VOLUMEN QUINTO

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO REVELADO

7 partes

Nacimiento y vida oculta de María y Jesús
capítulos 1-43

Primer año de la Vida pública de Jesús
capítulos 44–140

Segundo año de la Vida pública de Jesús
capítulos 141–312

Tercer año de la Vida pública de Jesús
capítulos 313–540

Preparación a la Pasión de Jesús
capítulos 541–586

Pasión y Muerte de Jesús
capítulos 587–613

Glorificación de Jesús y María
capítulos 614–651

Para despedida de la Obra, capítulo 652

10 volúmenes

Volumen primero, capítulos 1-78
Volumen segundo, capítulos 79-159
Volumen tercero, capítulos 160-225
Volumen cuarto, capítulos 226-295
Volumen quinto, capítulos 296-363
Volumen sexto, capítulos 364-432
Volumen séptimo, capítulos 433-500
Volumen octavo, capítulos 501-555
Volumen noveno, capítulos 556-603
Volumen décimo, capítulos 604-652

Maria Valtorta

EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

Traducido del italiano
por Alberto Giralda Cid

VOLUMEN QUINTO
Capítulos 296–363

CENTRO
EDITORIALE
VALTORTIANO

Todos los derechos reservados

Título original:
L'Evangelo come mi è stato rivelato
Volume Quinto, Capitoli 296-363

Traducción del italiano de
Alberto Giralda Cid

© Centro Editoriale Valtortiano srl., 1999
Viale Piscicelli 89-91
03036 Isola del Liri - Italia

ISBN 88-7987-025-4
ISBN 88-7987-031-9
(Obra completa de 10 volúmenes)

Fotocomposición e impresión:
Centro Editoriale Valtortiano srl

Diseño de cubierta de Piero Luigi Albery,
con retrato de Simón el Zelote dibujado por Lorenzo Ferri
bajo la dirección de Maria Valtorta.

Reprinted in Italy, 2002

NOTA DEL EDITOR

La presente edición de la Obra mayor de María Valtorta es la traducción en lengua española, llevada a cabo por Alberto Giralda Cid, de la tercera edición italiana.

El título, *El Evangelio como me ha sido revelado*, traduce el de la edición francesa, *L'Evangile tel qu'il m'a été révélé*, y el de la tercera edición italiana, *L'Evangelo come mi è stato rivelato*, inspirados ambos en las indicaciones originarias de María Valtorta.

El precedente título, *El Hombre-Dios*, correspondiente a la edición traducida por Juan Escobar, era la traducción simplificada del título *Il poema dell'Uomo-Dio*, el cual, a pesar de no haber sido enunciado por María Valtorta, dio nombre a las dos primeras ediciones italianas.

Esta nueva edición española se compone de 10 volúmenes, como la tercera italiana, de la que toma, además del título, las principales características.

Cada uno de los volúmenes se abre con el texto unificado de los cuatro Evangelios correspondiente a los capítulos contenidos en el volumen.

Los capítulos están numerados en serie progresiva desde el primer volumen hasta el décimo. Cada capítulo ha sido dividido, a su vez, en fragmentos numerados, llamados parágrafos, que presentan una completitud textual. Los números del capítulo y del parágrafo, separados por un punto, aparecen en el margen externo de las páginas.

Las notas que no llevan la sigla *NdT* (nota del traductor) son traducción de notas de la tercera edición italiana; en ellas, la sigla *MV* significa *María Valtorta*, y *D* significa *Director de la edición italiana*.

TEXTO UNIFICADO
DE LOS CUATRO EVANGELIOS

Texto unificado de los cuatro Evangelios

en relación a los capítulos del Quinto Volumen
de la Obra valtortiana (*)

296-299

Mt 15, 1-11 [Mc 7, 1-16]. En esta sazón ciertos escribas y fariseos, que habían llegado de Jerusalén [y habiendo observado que 300
algunos de sus discípulos comían con manos inmundas, esto es, sin habérselas lavado, se lo vituperaron.

Porque los fariseos, como todos los judíos, nunca comen sin lavarse a menudo las manos, siguiendo la tradición de sus mayores. Y si han estado en la plaza, no se ponen a comer sin lavarse primero; y observan otras muchas ceremonias que han recibido por tradición, como las purificaciones de los vasos, de las jarras, de los utensilios de metal.

Preguntábanle, pues, los escribas y fariseos] y le dijeron: «Por qué motivo tus discípulos traspasan la tradición de los antiguos, no lavándose las manos cuando comen?».

Y él les respondió: «[Porque vosotros, dejando el mandamiento de Dios, observáis con escrupulosidad la tradición de los hombres en lavatorios de jarros y de vasos, y en otras muchas cosas semejante que hacéis.] ¿Y por qué vosotros mismos traspasáis el mandamiento de Dios por seguir vuestra tradición? Pues que Dios tiene dicho: "Honra al padre, y a la madre", y también: "Quien maldijere padre o madre, sea condenado a muerte". Mas vosotros decís: "Cualquiera que dijere a su padre o a su madre: Sea [corbán,] ofrenda, si algo de mí pudiera aprovecharte, ya no tiene obligación de honrar a su padre o a su madre, con lo que habéis echado por tierra el mandamiento de Dios por vuestra tradición [inventada por vosotros mismos; y a este tenor hacéis muchas otras cosas]. ¡Hipocritas!, con razón profetizó de vosotros Isaías, diciendo: "Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí. En vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres"».

Y habiendo llamado a sí al pueblo, les dijo: «Escuchadme, y atended: No
567.22 es lo que entra por la boca lo que contamina al hombre; sino lo que sale de la boca, eso es lo que contamina al hombre. [Si alguien tiene oídos para oír, oiga]».

(*) Los cuatro Evangelios están íntegramente transcritos en este texto, unificado por Emilio Pisani según el orden de la narración valtortiana. En presencia de pasos paralelos, el texto unificado reseña por entero el primero de ellos y lo completa con las partes nuevas de los otros, insertadas entre corchetes.

Los números grandes puestos a la derecha hacen referencia a los capítulos de la Obra valtortiana: su colocación, dentro de los pasos evangélicos o fuera de ellos, indica la presencia o la ausencia de la correlación entre la Obra valtortiana y el texto evangélico. Los números pequeños colocados en el margen izquierdo hacen referencia a pasajes valtortianos e indican su relación con pasajes evangélicos, prescindiendo del orden de la narración.

El texto de los cuatro Evangelios ha sido tomado de: *Nuevo Testamento*, Editorial Herder, Barcelona 1962, y corresponde a la versión italiana usada por María Valtorta.

Mt 15, 12-20 [Mc 7, 17-23; Lc 6, 39]. Entonces, acercándose sus discípulos, le dijeron: «¿No sabes que los fariseos se han escandalizado de esto que acaban de oír?». Mas Jesús respondió: «Toda planta que mi Padre celestial no ha plantado, arrancada será de raíz. Dejadlos; ellos son ciegos que guían a otros ciegos; y si un ciego se mete a guíar a otro ciego, ambos caen en la hoya». 301

[Después que se hubo retirado de la gente y entró en su casa, sus discípulos le preguntaban la significación de esta parábola.] Aquí Pedro, tomando la palabra, le dijo: «Explícanos esa parábola». A lo que Jesús respondió; «¿Cómo?, ¿también vosotros estáis aún con tan poco conocimiento? ¿Pues no conocéis que todo cuanto [de afuera] entra [en el hombre], en la boca [no es capaz de contaminarle, puesto que nada de esto entra en su corazón, sino que] pasa de allí al vientre, y se echa en lugares secretos [con todas las heces de la comida]? Mas lo que sale de la boca, del corazón sale, y eso es lo que mancha al hombre; porque del corazón [del hombre] es de donde salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, [las avaricias, las malicias, los fraudes, las deshonestidades, la envidia, la blasfemia, la soberbia, la estupidez,] falsos testimonios y blasfemias. Estas cosas [malvadas proceden del interior y] sí que manchan al hombre. Mas el comer sin lavarse las manos, eso no le mancha».

302-326

Mt 13, 33 [Lc 13, 20-21]. Y añadió esta otra parábola: «[¿A qué cosa diré que se asemeja al reino de Dios?] El reino de los cielos es semejante a la levadura que cogió una mujer y mezclóla con tres medidas de harina, hasta que toda la masa quedó fermentada». 327

Mt 13, 34-35 [Mc 4, 33-34]. Todas estas cosas dijo Jesús al pueblo en parábolas, sin las cuales no les predicaba [conforme a la capacidad de los oyentes], cumpliéndose lo que había dicho el profeta: "Abriré mi boca para hablar con parábolas, publicaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo"[; bien es verdad que aparte lo descifraba todo a sus discípulos].

328

534.3 *Mt 20, 1-16.* «Porque el reino de los cielos se parece a un padre de familia que al romper el día salió a alquilar jornaleros para su viña. Y ajustándose con ellos en un denario por día, enviólos a su viña. Saliendo después cerca de la hora de tercia, se encontró con otros que estaban mano sobre mano en la plaza, y díjoles: "Andad también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo". Y ellos fueron. Otras dos veces salió a eso de la hora de sexta y de nona, e hizo lo mismo. Finalmente, salió cerca de la hora undécima, y vio a otros que estaban sin hacer nada, y les dijo: "¿Cómo os estáis aquí ociosos todo el día?". Respondiéronle: "Es que nadie nos ha alquilado". Díjoles: "Id también vosotros a mi viña". 329

Puesto el Sol, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: "Llama a los trabajadores, y págales el jornal, empezando desde los postreros y acabando en

los primeros". Venidos, pues, los que habían ido cerca de lo hora undécima, recibieron un denario cada uno. Cuando al fin llegaron los primeros, se imaginaron que les darían más; pero éstos recibieron igualmente cada uno su denario. Y al recibirlo murmuraban contra el padre de familia, diciendo: "Estos últimos no han trabajado más que una hora, y los has igualado con nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor".

Mas él por respuesta dijo a uno de ellos: "Amigo, yo no te hago agravio: ¿no te ajustaste conmigo en un denario? Toma, pues, lo que es tuyo y vete: es mi deseo dar a este último tanto como a ti. ¿Acaso no puedo yo hacer lo que quiero? ¿O ha de ser tu ojo malo porque yo soy bueno?".

De esta suerte los postreros serán primeros y los primeros, postreros, pues muchos son los llamados y pocos los escogidos».

330

Mt 15, 21-28 [Mc 7, 24-30]. Saliendo de allí Jesús retiróse ha- 331
cia el país de Tiro y de Sidón [y, habiendo entrado en una casa, deseaba que nadie supiese que estaba allí; mas no pudo encubrirse]. Cuando he aquí que [lo supo] una mujer cananea, [cuya hija estaba poseída del espíritu inmundo,] venida de aquel territorio, empezó a dar voces, diciendo: «Señor, hijo de David, ten compasión de mí; mi hija es cruelmente atormentada del demonio». [Era esta mujer gentil y sirofenicia de nación.]

Jesús no le respondió palabra. Y sus discípulos, acercándose, intercedían, diciéndole: «Atiéndela y que se marche, porque viene gritando tras nosotros». A lo que Jesús, respondiendo, dijo: «Yo no soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel». No obstante, ella se llegó y le adoró, diciendo: «Señor, socórreme». Y él le dio por respuesta: «[Aguarda que primero se sacien los hijos.] No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros». [A lo que replicó] ella: «Es verdad, Señor; pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores». Entonces Jesús, respondiendo, le dice: «¡Mujer!, grande es tu fe; hágase conforme tú lo deseas. [Por eso que has dicho, vete, que ya el demonio salió de tu hija]». Y en la hora misma su hija quedó curada.

[Y, habiendo vuelto a su casa, halló a la muchacha reposando sobre la cama, y libre ya del demonio.]

332-334

Lc 14, 1-24. Y sucedió que, habiendo entrado Jesús en casa de 335
uno de los principales fariseos a comer en un día de sábado, le estaban éstos acechando. Y he aquí que se puso delante de él un hombre hidrópico. Y Jesús, vuelto a los doctores de la Ley y a los fariseos, les preguntó: «¿Es lícito curar en día de sábado?». Mas ellos callaron. Y Jesús, habiendo tomado al hidrópico, le curó y le despidió. Dirigiéndose después a ellos, les dijo: «¿Quién de vosotros, si su hija o su buey cae en algún pozo, no le sacará luego, aunque sea día de sábado?». Y no sabían qué responder a esto.

Notando entonces que los convidados iban escogiendo los primeros pues-

tos en la mesa, les propuso esta parábola, y dijo: «Cuando fueres convidado a bodas, no te pongas en el primer puesto, porque no haya quizá otro convidado de más distinción que tú, y sobreviniendo el que a ti y a él os convidó, te diga: "Haz lugar a éste", y entonces con sonrojo te veas precisado a ponerte el último. Antes bien, cuando fueres convidado, vete a poner en el último lugar; para que, cuando venga el que te convidó, te diga: «Amigo, sube más arriba». Lo que te acarreará honor a vista de los demás convidados. Así es que cualquiera que se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado».

Decía también al que le había convidado: «Tú, cuando des comida, o cena, no convides a tus amigos, ni a tu hermanos, ni a los parientes, o vecinos ricos; no sea que también ellos te conviden a ti, y te sirva esto de recompensa. Sino que, cuando haces un convite, has de convidar a los pobres, y a los tullidos, y a los cojos, y a los ciegos; y serás afortunado, porque no pueden pagártelo: pues serás recompensado en la resurrección de los justos».

Habiendo oído esto uno de los convidados, le dijo: «¡Oh bienaventurado aquel que tendrá parte en el convite del reino de Dios!».

Mas Jesús le respondió: «Un hombre dispuso una gran cena, y convidó a mucha gente. A la hora de cenar envió un criado a decir a los convidados que viniesen, pues ya todo estaba dispuesto. Y empezaron todos, como de concierto, a excusarse. El primero le dijo: "He comprado una granja y necesito salir a verla: ruégote que me des por excusado". El segundo dijo: "He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas: dame, te ruego, por excusado". Otro dijo: "Acabo de casarme, y así no puedo ir allá". Habiendo vuelto el criado refirió todo esto a su amo. Irritado entonces el padre de familia, dijo a su criado: "Sal luego a las plazas y barrios de la ciudad; y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados y ciegos, y cojos hallares". Dijo después el criado: "Señor, se ha hecho lo que mandaste, y aún sobra lugar". Respondióle el amo: "Sal a los caminos y cercados, e impele a los que halles a que vengan, para que se llene mi casa. Pues os protesto que ninguno de los que antes fueron convidados ha de probar mi cena"».

336

337

Lc 13, 10-17. Un sábado, estaba Jesús enseñando en una de las sinagogas. Y había allí una mujer que por espacio de dieciocho años padecía una enfermedad causada por un espíritu: y andaba encorvada, sin poder mirar en modo alguno hacia arriba. Al verla Jesús llamóla a sí, y le dijo: «Mujer, libre quedas de tu achaque». Puso sobre ella las manos, y enderezó al momento, y daba gracias y alabanzas a Dios.

El jefe de la sinagoga, indignado de que Jesús hiciera esta cura en sábado, dijo al pueblo: «Seis días hay destinados al trabajo; en esos días podéis venir a curaros, y no en el día de sábado». Mas el Señor, dirigiéndole a él la palabra, dijo: «¡Hipócritas!, ¿cada uno de vosotros no suelta su buey o su asno del pesebre, aunque sea sábado, y los lleva a abrevar? Y a esta hija de Abraham a quien, como veis, ha tenido atada Satanás por espacio de dieciocho años, ¿no será permitido desatarla de estos lazos en día de sábado?».

Y a estas palabras quedaron avergonzados todos sus contrarios; y todo el pueblo se complacía en sus gloriosas acciones.

Lc 13, 6-9. Y añadióles esta parábola: «Un hombre tenía plan- 338
tada una higuera en su viña, y vino a ella en busca de fruto, y no lo
halló. Por lo que dijo al viñador: "Ya ves que hace tres años seguidos que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala, pues; ¿para qué ha de ocupar terreno en balde?". Pero él respondió: "Señor, déjala todavía este año, y cavaré alrededor de ella, y le echaré estiércol. A ver si así dará fruto; cuando no, entonces la harás cortar"».

339-340

Mc 7, 31-37. Dejando otra vez los confines de Tiro, se fue por 341
Sidón hacia el mar de Galilea, atravesando el territorio de Decápo-
lis. Y presentáronle un hombre sordo y mudo, suplicándole que pusiese sobre él su mano. Y, apartándole de la muchedumbre, le metió los dedos en los oídos, y con saliva, le tocó la lengua. Y, alzando los ojos al cielo, dio un suspiro, y díjole: «Efetá»; que quiere decir: «abríos». Y al momento se le abrieron los oídos, y se le soltó el impedimento de la lengua, y hablaba claramente. Y mandóles que no lo dijeran a nadie. Pero cuanto más lo mandaba, con tanto mayor empeño lo publicaban. Y tanto más crecía su admiración y decían: «Todo lo ha hecho bien: él ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos».

Mt 16, 1-4 [Mc 8, 11-13; Lc 12, 54-57]. Aquí vinieron a encon- 342
trarle los fariseos y saduceos [y empezaron a disputar con él]; y pa-
ra tentarle le pidieron que les hiciese ver algún prodigio del cielo. Mas él [dando un suspiro de lo íntimo del corazón] les respondió: «Cuando va llegando la noche, decís: "Hará buen tiempo, porque está el cielo arrebolado", y por la mañana: "Tempestad habrá hoy, porque el cielo está cubierto y encendido". ¿Conque sabéis adivinar por el aspecto del cielo, y no podéis conocer
269.10 las señales de estos tiempos? Esta generación mala y adúltera pide un prodi-
344.6 gio; mas no se le dará [prodigio alguno] sino el prodigio del profeta Jonás».
343.1 Y, dejándolos, se fue [, se embarcó otra vez, pasando a la ribera opuesta].

Mt 16, 5-20 [Mc 8, 14-21 y 27-30; Lc 9, 18-22]. Sus discípulos, 343
habiendo venido de la otra parte del lago, se olvidaron de tomar
pan [ni tenían más que un solo pan consigo en la barca]. Y Jesús les dijo:
421.6 «Estad alerta y guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos [y de la levadura de Herodes]». Mas ellos discurrían diciendo en su interior: «No hemos tomado pan». Lo que, conociendo Jesús, dijo: «Hombres de poca fe, ¿qué andáis discurriendo dentro de vosotros, porque no tenéis pan? [¿Todavía estáis sin conocimiento ni inteligencia? ¿aún está obscurecido vuestro corazón? ¿Tendréis siempre los ojos sin ver y los oído sin percibir?] ¿Todavía estáis sin
273 conocimiento, y no os acordáis de los cinco panes entre cinco mil hombres, y
353 cuántos cestos de pedazos recogisteis? [». Dícenle: «Doce». «] ¿Ni de los siete panes para cuatro mil hombres, ni cuántas espuertas recogisteis? [». Dícenle: «Siete». «] ¿Cómo no conocéis que no por el pan os he dicho: "Guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos?"». Entonces entendieron que no quiso decir que se guardasen de la levadura de los panes, sino de la doctrina de los fariseos y saduceos.

Viniendo después Jesús al territorio de Cesarea de Filipo, [habiéndose re-

tirado a hacer oración teniendo consigo a sus discípulos,] [por las aldeas] preguntó a sus díscipulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?». Respondieron ellos: «Unos dicen que Juan Bautista; otros Elías; otros Jeremías o alguno de los profetas [que ha resucitado]». Díceles Jesús: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Tomando la palabra Simón Pedro, dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente».

Y Jesús, respondiendo, le dijo: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás; porque no te ha revelado eso la carne y sangre, sino mi Padre, que está
280.4 en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré
631.16 mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te da-
638.8 ré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra será también desatado en los cielos».

Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijesen que él era Jesús el
364.5 Cristo. [Y añadió: «Porque conviene que el hijo del hombre padezca muchos tormentos y sea condenado por los ancianos, y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y sea muerto, y resucite al tercero día».]

Lc 11, 29-32. Y, habiendo aumentado las muchedumbres, comenzó a decir: «Esta generación es una generación perversa; pide **344**
269.10 un prodigio, y no se les dará otro prodigio que el del profeta Jonás. Pues, a la
342.7 manera que Jonás fue una señal para los ninivitas, así el hijo del hombre lo será para los de esta generación. La reina del mediodía se levantará en el día del juicio contra los hombres de esta nación, y los condenará; por cuanto ella vino del cabo del mundo a escuchar la sabiduría de Salomón; y ahí teneis uno superior a Salomón. Los habitantes de Nínive comparecerán también en el día del juicio contra esta nación y la condenarán; por cuanto ellos hicieron penitencia a la predicación de Jonás, y ved que el que está aquí es superior a Jonás».

345

Mt 16, 21-28 [Mc 8, 31-38; Lc 9, 23-27]. Y desde entonces Je- **346**
sús comenzó a manifestar a sus discípulos que convenía que [el Hijo del hombre] fuese a Jerusalén, y que allí padeciese mucho [y fuese desechado] de parte de los ancianos, y de los escribas, y de los príncipes de los sacerdotes, y que fuese muerto, y que resucitase al tercer día. [Y hablaba de esto muy claramente.] Tomándole aparte, Pedro trataba de disuadírselo, diciendo: «¡Ah, Señor!, de ningún modo: no ha de verificarse eso en ti». Pero él, volviéndose, [mirando a sus discípulos,] le dijo: «Quítateme de delante, Satanás, que me escandalizas: porque no tienes gusto de las cosas que son de Dios, sino de las de los hombres».

Entonces [, convocando al pueblo con sus discípulos,] dijo Jesús a sus dis-
265.12 cípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y cargue
281.6 [cada día] con su cruz, y sígame. Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí [y del evangelio], la encontrará. Porque ¿de qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma?, o ¿con qué cambio podrá el hombre rescatarla? [Ello es que quien se
265.11 avergonzare de mí y de mi doctrina, en medio de esta nación adúltera y peca-

dora, igualmente se avergonzará de él el Hijo del hombre, cuando venga en la gloria de su Padre acompañado de los santos ángeles.] Ello es que el Hijo del hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre acompañado de sus ángeles, y entonces dará el pago a cada cual conforme a sus obras. [» Y les añadió: «] En verdad os digo que hay aquí algunos que no han de morir antes que vean al Hijo del hombre aparecer en su reino».

Mc 8, 22-26. Habiendo llegado a Betsaida, presentáronle un ciego, suplicándole que le tocase. Y él, cogiéndole por la mano, le sacó fuera de la aldea; y, echándole saliva en los ojos, puestas sobre él las manos, le preguntó si veía algo. Él abriendo los ojos, dijo: «Veo andar a unos hombres como árboles». Púsole segunda vez las manos sobre los ojos, y empezó a ver y recobró la vista, de suerte que veía claramente todos los objetos. Con lo que le remitió a su casa, diciendo: «Vete a tu casa; y, si entras en el lugar, a nadie lo digas». 347

Lc 9, 7-9. Entre tanto oyó Herodes el tetrarca todo lo que hacía Jesús, y no sabía a que atenerse, porque unos decían: «Sin duda que Juan ha resucitado»; algunos: «No, sino que ha aparecido Elías»; otros en fin, que uno de los profetas antiguos había resucitado. Y decía Herodes: «A Juan yo le corté la cabeza: ¿quién será, pues, éste, de quien tales cosas oigo?». Y buscaba cómo verle. 348

Mt 17, 1-18 [Mc 9, 2-27; Lc 9, 28-43]. Seis días después [cerca de ocho días después de dichas estas palabras,] tomó Jesús consigo a Pedro, y a Santiago, y a Juan su hermano, y subiendo con ellos solos a un alto monte [a orar]. Y [mientras estaba orando] se transfiguró en su presencia. De modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos [resplandecientes y] blancos como la nieve [que no hay lavandero en el mundo que así pudiese blanquearlos.] Y al mismo tiempo se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él, [que aparecieron en forma gloriosa, y decían la muerte de él, que iba a cumplir en Jerusalén. Mas Pedro y sus compañeros se hallaban cargados de sueño. Y, despertando, vieron la gloria de Jesús y a los dos personajes que le acompañaban]. Y [así que éstos iban a despedirse de él,] Pedro, tomando la palabra, dijo a Jesús: «Señor, bueno es estarnos aquí: si te parece, formemos aquí tres pabellones, uno para ti, otro para Moisés, y otro para Elías». [Porque él no sabía lo que se decía, pues estaban sobrecogidos del pasmo.] 349

Todavía estaba Pedro hablando, cuando una nube resplandeciente vino a cubrirlos; [y, al entrar en esta nube, quedaron aterrados.] Y al mismo instante resonó desde la nube un voz que decía: «Éste es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias: a él habéis de escuchar». A cuya voz los discípulos cayeron sobre su rostro y quedaron poseídos de un grande espanto. Mas Jesús se llegó a ellos, los tocó y les dijo: «Levantaos, y no temáis». Y alzando los ojos, no vieron a nadie sino a solo Jesús.

Y al bajar del monte, les puso Jesús precepto, diciendo: «No digáis a nadie lo que habéis visto, hasta tanto que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos». [En efecto, guardaron en su pecho el secreto, bien que andaban discurriendo entre sí qué quería decir: Cuando hubiese resucitado de entre los muertos.]

Sobre lo cual le preguntaron los discípulos: «¿Pues cómo dicen los escribas que debe venir primero Elías?». A esto Jesús les respondió: «En efecto, Elías ha da venir y entonces restablecerá todas las cosas. Pero yo os declaro que Elías ya vino, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo cuanto quisieron [según estaba escrito]. Así también harán ellos padecer al Hijo del hombre [cómo está escrito del Hijo del hombre, que ha de padecer mucho y ser vilipendiado]. Entonces entendieron los discípulos que les había hablado de Juan Bautista.

[Y ellos guardaron silencio, y a nadie dijeron por entonces nada de lo que habían visto.]

[Al día siguiente, cuando bajaban del monte, les salió al camino gran multitud de gente.] [Al llegar a donde estaban sus discípulos, violos rodeados de una gran multitud de gente, y a los escribas disputando con ellos. Y todo el pueblo, luego que vio a Jesús, se llenó de asombro y de pavor, y acudieron corriendo a saludarle. Y él les preguntó: «¿Sobre qué altercabais entre vosotros?».]

Llegado al lugar donde le aguardaban las gentes, vino un hombre, e hincadas las rodillas delante de él, le dijo: «Señor, ten compasión de mi hijo, [que es el único que tengo,] porque es lunático, y padece mucho, [poseído de cierto espíritu mudo, el cual, cuando se apodera de él,] [de repente le hace dar alaridos, y le tira contra el suelo,] pues muy a menudo cae en el fuego, y frecuentemente en el agua [y le agita hasta hacerle arrojar espuma, y con dificultad se aparta de él después de magullarle]. Y le he presentado a tus discípulos, y no han podido curarle». Jesús, en respuesta, dijo: «¡Oh raza incrédula y perversa!, ¿hasta cuándo habré de sufriros? Traédmelo acá».

[Trajéronle. Y apenas vio a Jesús, cuando el espíritu empezó a agitarle con violencia, y, tirándose contra el suelo, se revolcaba echando espumarajos. Y Jesús preguntó a su padre: «¿Cuanto tiempo hace que le sucede esto?». «Desde la niñez» respondió. «Y muchas veces le ha precipitado en el fuego y en el agua, a fin de acabar con él; pero, si puedes algo, socórrenos, compadecido de nosotros». A lo que Jesús le dijo: «Si tú puedes creer; todo es posible para el que cree». Y en seguida el padre del muchacho, dijo, levantando la voz: «¡Creo, pero socorre tú mi falta de fe!».]

Jesús [viendo el tropel de gente que iba acudiendo] amenazó al demonio [diciéndole: «Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando, sal de este mozo, y no vuelvas más a entrar en él». Y, dando un gran grito, y atormentando horriblemente al joven,] salió de él, [dejándole como muerto, de suerte que muchos decían: «Está muerto». Pero Jesús, cogiéndole de la mano, le ayudó a alzarse, y se levantó], quedó curado desde aquel momento [y volvióle a su padre].

Mt 17, 19-21 [Mc 9, 28-29]. Entonces [entrado que hubo en la casa,] los discípulos hablaron aparte a Jesús, y le dijeron: «¿Por qué no hemos podido nosotros echarlo?». Respondióles Jesús: «Porque tenéis poca fe. Pues ciertamente os aseguro que si tuviereis fe como un granito de mostaza, podréis decir a ese monte: "Trasládate de aquí a allá", y se trasladará, y nada os será imposible. Y, además, que esta casta de demonios no se lanza sino mediante la oración y el ayuno». 350

408.6

Mt 17, 24-27. Habiendo llegado a Cafarnaúm, se acercaron a Pedro los recaudadores del tributo de las dos dracmas, y le dijeron: 351

«¿Qué?, ¿no paga vuestro Maestro las dos dracmas?». «Sí, por cierto» respondió. Y habiendo entrado en casa, se le anticipó Jesús diciendo: «¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra ¿de quién cobran tributo o censo? ¿de sus hijos o de los extraños?». «De los extraños» dijo él. Replicó Jesús: «Luego los hijos están exentos. Con todo eso, por no escandalizarlos, ve al mar y tira el anzuelo, y coge el primer pez que saliere, y, abriéndole la boca, hallarás una pieza de cuatro dracmas; tómala, y dásela por mí y por ti».

Mt 18, 1-14 [Mc 9, 33-37 y 42-50; Lc 9, 46-48; 17, 1-2]. [En esto llegaron a Cafarnaúm. Y, estando ya en casa, les preguntó: «¿De qué ibais tratando en el camino?». Mas ellos callaban, y es que habian tenido en el camino una disputa entre sí sobre quién de ellos era el mayor de todos.] 352

Entonces se acercaron los discípulos a Jesús, y le hicieron esta pregunta: «¿Quién será el mayor en el reino de los cielos?». [Pero Jesús leyendo los afectos de su corazón,] [sentándose, llamó a los doce, y les dijo: «Si alguno pretende ser el primero, hágase el último de todos y el siervo de todos».] Y Jesús, llamando así a un niño, le colocó en medio de ellos [y, después de abrazarlo,] dijo: «En verdad os digo que si no os hacéis otra vez semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare come este niño, ése será el mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiere a un niño como éste, en nombre mío, a mí me acoge [y cualquiera que me acoge, no tanto me acoge a mí, como al que a mí me ha enviado]. [Y así, aquel que es el menor entre vosotros, ése es el mayor]».

[Dijo también a sus discípulos:] «Mas quien escandalizare a uno de estos parvulillos, que creen en mí, mejor le sería que le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno, y así fuese sumergido en el profundo del mar. ¡Ay del mundo por razón de los escándalos! Porque si bien es forzoso que haya escándalo, sin embargo, ¡ay de aquel hombre que causa el escándalo! Que si tu mano o tu pie te es ocasión de escándalo, córtalos y arrójalos lejos de ti; pues más te vale entrar en la vida manco o cojo, que con dos manos o dos pies ser precipitado al fuego eterno. Y si tu ojo es para ti ocasión de escándalo, sácalo y tíralo lejos de ti: mejor te es entrar en la vida con un solo ojo, que tener dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno [donde su gusano no muere y el fuego no se extingue. Porque la sal con que todos ellos se-
169.7 rán salados, es el fuego. Buena es la sal, mas si la sal perdiere su sabor, ¿con qué la sazonaréis? Tened en vosotros sal y guardad la paz entre vosotros.] Mirad que no despreciéis a alguno de estos pequeñitos; porque os hago saber que sus ángeles en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celes-
233 tial. Pues el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que se había perdido. Si un hombre tiene cien ovejas y una de ellas se hubiere descarriado, ¿no dejará las noventa y nueve en los montes, y se irá en busca de la que se ha descarriado? Y si por dicha la encuentra, en verdad os digo que ella sola le causa mayor complacencia que las noventa y nueve que no se le han perdido. Así que, no es la voluntad de vuestro Padre, que está en los cielos, el que perezca uno sólo de estos pequeñitos».

Mc 9, 38-41 [Lc 9, 49-50]. Tomando Juan la palabra, le dijo: «Maestro, hemos visto a uno que andaba lanzando los demonios en tu nombre, que no es de nuestra compañía, y se lo prohibimos». «No hay para qué prohibírselo» respondió Jesús «puesto que ninguno que haga milagros en mi nombre podrá luego hablar mal de mí. Que quien no es contrario vuestro, de vuestro parti-

265.13 do es. Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, atento a que sois de Cristo, en verdad os digo que no será defraudado de su recompensa».

Mt 15, 29-30 [Mc 8, 1-10]. De allí pasó Jesús a la ribera del mar de Galilea, y subiendo a un monte, sentóse en él. Y se llegaron **353** a él muchas gentes, trayendo consigo mudos, ciegos, cojos, baldados y otros muchos, y los pusieron a sus pies, y curólos. Por manera que las gentes estaban asombradas, viendo hablar a los mudos, andar a los cojos y ver a los ciegos, y glorificaban al Dios de Israel.

Mas, [habiéndose juntado otra vez una gran muchedumbre y no teniendo qué comer,] Jesús, convocados sus discípulos, dijo: «Me da compasión esta muchedumbre, porque tres diás hace ya que perseveran en mi compañía, y no tienen qué comer; y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino [, pues algunos de ellos han venido de lejos]». Pero sus discípulos le respondieron: «¿Cómo podremos hallar en este lugar desierto bastantes panes para saciar a tanta gente?». Jesús les dijo: «¿Cuántos panes tenéis?». Respondieron: «Siete, con algunos pececillos». Entonces mandó a la gente que se sentase en tierra. Y él, cogiendo los siete panes y los peces, dadas las gracias, los partió y dio a sus discípulos, y los discípulos los repartieron al pueblo. Y comieron todos, y quedaron satisfechos. Y de los pedazos que sobraron, llenaron siete espuertas. Los que comieron eran cuatro mil hombres, sin contar mujeres y niños.

Con eso despidiéndose de ellos, entró en la barca y pasó al término de
354.2 Magedán [al territorio de Dalmanuta].

Jn 6, 22-71. Al día siguiente, aquel gentío que se había quedado en la otra parte del mar advirtió que allí no había más que una **354** barca, y que Jesús no se había metido en ella con sus discípulos, sino que éstos habían marchado solos. Arribaron a la sazón otras barcas de Tiberíades cerca del lugar en que habían comido pan después que el Señor hubo dado gracias. Pues como viese la gente que Jesús no estaba allí ni tampoco sus discípulos, entraron en dichas barcas, y dirigiéronse a Cafarnaúm en busca de Jesús. Y, habiéndole hallado a la otra parte del lago, le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo viniste acá?».

Jesús les respondió y dijo: «En verdad, en verdad os digo que vosotros me buscáis, no por los milagros que habéis visto, sino porque os he dado de comer con aquellos panes, hasta saciaros. Trabajad para tener no el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna el cual os lo dará el hijo del hombre, pues a éste el Padre, Dios mismo, confirmó con su sello». Preguntáronle luego ellos: «Qué es lo que haremos para realizar las obras de Dios?». Respondióles Jesús: «Ésta es la obra de Dios: que creáis en el que él ha enviado». Dijéronle: «¿Pues qué milagro haces tú para que nosotros veamos y creamos? ¿Qué cosas haces? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según está escrito: Dioles a comer pan del cielo». Respondióles Jesús: «En verdad, en verdad os digo: Moisés no os dio pan del cielo, mi Padre es quien os da a vosotros el verdadero pan del cielo. Porque pan de Dios es aquel que ha descendido del cielo, y que da la vida al mundo». Dijéronle ellos: «Señor, danos siempre ese pan».

A lo que Jesús respondió: «Yo soy el pan de vida: el que viene a mí no tendrá hambre; y el que cree en mí, no tendrá sed jamás. Pero ya os lo he dicho,

que vosotros me habéis visto y no creéis en mí. Todos los que me da el Padre vendrán a mí: y al que viniere a mí, no le desecharé. Pues he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me ha enviado. Y ésta es la voluntad del que me ha enviado: que yo no pierda ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite a todos en el último día. Por tanto, la voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día».

Los judíos entonces comenzaron a murmurar de él, porque había dicho: «Yo soy el pan vivo, que he descendido del cielo». Y decían: «¿No es éste aquel Jesús, hijo de José, cuyo padre y cuya madre nosotros conocemos? ¿pues cómo dice él: Yo he bajado del cielo?». Mas Jesús les respondió, y dijo: «No andéis murmurando entre vosotros. Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere, y yo le resucitaré en el último día. Escrito está en los Profetas: Todos serán enseñados de Dios. Cualquiera, pues, que ha escuchado al Padre, y aprendido viene a mí. No porque algún hombre haya visto al Padre, excepto quien viene de parte de Dios: éste sí que ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo que quien cree en mí tiene la vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Éste es el pan que desciende del cielo a fin de que quien comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo, que he descendido del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo».

Comenzaron entonces los judíos a altercar unos con otros diciendo: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?». Jesús, empero, les dijo: «En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come, también él vivirá por mí. Éste es el pan que ha bajado del cielo. No como a vuestros padres, que comieron el maná y murieron. Quien come este pan vivirá eternamente».

Estas cosas las dijo Jesús enseñando en la sinagoga de Cafarnaúm. Y muchos de sus discípulos, habiéndolas oído, dijeron: «Dura es esta doctrina, ¿y quién puede escucharla?». Mas Jesús, conociendo en su interior que sus discípulos murmuraban de esto, díjoles: «¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué sería si viereis al hijo del hombre subir a donde antes estaba? El espíritu es quien da la vida; la carne de nada sirve; las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son. Pero entre vosotros hay algunos que no creen». Que bien sabía Jesús desde el principio cuáles eran los que no creían, y quién le había de entregar. Así decía: «Por esta causa os he dicho que nadie puede venir a mí si mi Padre no se lo concediere».

Desde entonces, muchos de sus discípulos dejaron de seguirle, y ya no andaban con él. Por esto dijo Jesús a los doce: «¿Y vosotros queréis también marcharos?». Respondióle Simón Pedro: «Señor, ¿a quién iremos?; tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído, y sabemos que tú eres el Cristo, el santo de Dios». Replicóles Jesús: «Pues ¿no os escogí a los doce? Y, con todo, uno de vosotros es un diablo». Decía esto por Judas Iscariote, hijo de Simón; que, no obstante ser uno de los doce, le había de vender.

Mt 17, 22-23 [Mc 9, 30-32; Lc 9, 44-45]. [Y, habiendo marcha- 355
355.6 do de allí, atravesaron la Galilea, y no quería darse a conocer a nadie.] [Con lo que todos quedaban pasmados del gran poder de Dios.]

Mientras estaban ellos en Galilea, [mientras que todo el mundo no cesaba de admirar las cosas que hacía,] Jesús [iba instruyendo a sus discípulos y] les decía: [«Grabad en vuestro corazón lo que voy a deciros,] el Hijo del hom-
503.1 bre ha de ser entregado en manos de los hombres. Y le matarán, y resucitará al tercer día». Y ellos se entristecieron en gran manera.

[Ellos, empero, no comprendían lo que les decía, ni se atrevían a preguntárselo.]

356

Mt 19, 3-12 [Mc 10, 2-12]. Y se llegaron a él los fariseos para 357
probarle, y le dijeron: «¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo?». Y él, en respuesta, les dijo: «¿No habéis leído que el Hacedor los hizo, al principio, varón y hembra? Y dijo: "Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y unirse ha con su mujer, y serán dos en una sola carne". Así que ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios,
381.9 pues, ha unido, no lo desuna el hombre». «Pero ¿por qué» replicaron ellos
531.13 «mandó Moisés dar libelo de repudio y despedirla?». Y les dice: «A causa de
104.4 la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; mas desde el principio no fue así. Pero yo os digo que cualquiera que despidiere a su mujer — no hablo del caso de fornicación — y se casare con otra, este tal comete adulterio».

[Después, en casa, le tocaron otra vez sus discípulos el mismo punto. Y él les inculcó: «Cualquiera que desechare a su mujer y tomare otra, comete
531.13 adulterio contra ella. Y si la mujer se aparta de su marido, y se casa con otro, es adúltera».]

Dícenle sus discípulos: «Si tal es la condición del hombre con respecto a su mujer, no tiene cuenta el casarse». Jesús les respondió: «No todos com-
96.6 prenden esta palabra, sino sólo aquellos a quienes se les ha concedido. Porque hay eunucos que nacieron tales del vientre de sus madres, hay eunucos que fueron castrados por los hombres, y hay eunucos que se castraron a sí mismos por amor del reino de los cielos. Quien es capaz de comprender, comprenda».

Mt 19, 1-2 [Mc 10, 1]. Y sucedió que, cuando hubo concluido Jesús estos discursos, partió de Galilea, y vino a los confines de Judea, al otro lado del Jordán, [donde concurrieron de nuevo alrededor de él los pueblos, y se puso
359.7/8 otra vez a enseñarles como tenía de costumbre]. Le siguieron grandes multi-
361.6 tudes, y allí los curó.

358-362

Lc 13, 22-24. E iba enseñando por la ciudades y aldeas, de ca- 363
mino para Jerusalén.

Y uno le preguntó: «Señor, ¿es verdad que son pocos los que se salvan?». Él, en respuesta dijo a los oyentes: «Esforzaos a entrar por la puerta angosta;

porque os aseguro que muchos buscarán cómo entrar y no podrán».

Mt 7, 13-14. «Entrad por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que conduce a la perdición, y son muchos los que entran por él. ¡Cuán angosta es la puerta, y estrecha la senda que conduce a la vida! y pocos son los que atinan con ella».

Lc 13, 25-35. «Y después que el padre de familia hubiere entrado, y cerrado la puerta, empezaréis, estando fuera, a llamar a la puerta diciendo: "Señor, ábrenos", y él os responderá: "No sé de dónde sois". Entonces alegaréis a favor vuestro: "Nosotros hemos comido y bebido contigo, y tú predicaste en nuestras plazas". Y él os repetirá: "No sé de dónde sois. Apartaos de mí todos vosotros, artífices de la maldad. Allí será el llanto y crujir de dientes, cuando veréis a Abraham, y a Isaac, y a Jacob, y a todos los profetas en el reino de Dios, mientras vosotros sois arrojados fuera". Y vendrán también gentes de Oriente, y del Occidente, del Norte, y del Mediodía, y se pondrán a la mesa en el reino de Dios. Y ved que hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos».

Aquel mismo día vinieron algunos fariseos a decirle: «Sal de aquí y retírate a otra parte, porque Herodes quiere matarte». Y les respondió: «Andad, y decid de mi parte a ese raposo: "Sábete que aún he de lanzar demonios, y sanar enfermos el día de hoy y el de mañana, pero al tercer día alcanzaré el fin". No obstante, así hoy como mañana, y pasado mañana, conviene que yo siga mi camino, porque no cabe que un profeta pierda la vida fuera de Jerusalén».

596.21 «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que a ti son enviados!, ¡cuántas veces quise recoger a tus hijos, a la manera que el ave cubre la nidada debajo de sus alas, y tú no has querido! Mirad que vuestra casa os será abandonada. Y os digo que ya no me veréis más, hasta que llegue que digáis: "Bendito sea el que viene en nombre del Señor"».

EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

296. Llegada a Aera bajo la lluvia. Curación de los enfermos que allí esperan.

6 de octubre de 1945.

296.1 [1]Ya también Arbela ha quedado lejos. Se han añadido a la comitiva Felipe de Arbela y el otro discípulo que oigo que le llaman Marcos.

El camino está embarrado, como si hubiera llovido mucho. El cielo está ceniciento. Un riachuelo, bastante digno de este nombre, corta el camino de Aera. Lleno por las lluvias —que está claro que han arreciado con furia en esta zona —, no presenta ciertamente un color cerúleo, sino amarillo rojizo, como si portase aguas pasadas por terrenos ferruginosos.

«Ya el tiempo se ha puesto mal. Has hecho bien despidiendo a las mujeres. Este tiempo ya no es adecuado para que estén por los caminos» sentencia Santiago.

Y Simón el Zelote, siempre sereno, incluso en su absoluta dedicación al Maestro, proclama: «El Maestro todo lo que hace lo hace bien. No es torpe como nosotros. Ve y prevé todo en el mejor de los modos, y más por nosotros que por Él».

Juan, contento de ir al lado de Jesús, le mira de abajo arriba con su rostro risueño y dice: «Eres el Maestro más encantador y bueno que jamás tuvo la tierra, tiene ni tendrá, además del más santo».

«Esos fariseos... ¡Qué desilusión! También el mal tiempo ha contribuido a convencerlos de que verdaderamente Juan de Endor no estaba. Pero, ¿y por qué la tienen tomada con él de esa forma?» pregunta Hermasteo, que siente mucha ternura por Juan de Endor.

Responde Jesús: «Esa aversión no es contra él ni por él. Es un instrumento que mueven contra mí».

Felipe de Arbela dice: «Bien, pues el agua los ha requeteconvencido de que era inútil esperar y sospechar de Juan de Endor. ¡Viva el agua! Ha servido también para tenerte yo en mi casa cinco días».

«¡Qué preocupados estarán los de Aera! Ya será mucho si no vemos venir a nuestro encuentro a mi hermano» dice Andrés.

«¿A nuestro encuentro? Vendrá detrás de nosotros» observa Mateo.

«No. Iba por el camino del lago. Porque desde Gadara iba al lago y luego con alguna barca a Betsaida, para ver a su mujer y decirle que el niño está en Nazaret y que él pronto regresaría. De Betsaida a Merón tomaba el camino de Damasco durante un tramo, y luego el camino de Aera. Está, sin duda, en Aera».

296.2 [2]Pasa un momento de silencio. Luego Juan dice sonriendo: «¡Pero

esa viejecita, Señor!».

«Estaba casi convencido de que le ibas a conceder la alegría de
* morir apoyada en tu pecho, como a Saúl de Keriot» observa Simón Zelote.

«Mi amor ha sido mayor *incluso*. Porque espero a llamarla a mí en el momento en que el Cristo vaya a abrir las puertas del Cielo. No tendrá que esperarme mucho la pequeña madre. Ahora vive con su recuerdo y, con la ayuda de tu padre, Felipe, su vida será menos triste. Yo os bendigo de nuevo a ti y a tu familia».

Una nube más espesa que la que cubre el cielo vela ahora la alegría de Juan.

Jesús lo ve y dice: «¿No estás contento de que la ancianita vaya pronto al Paraíso?».

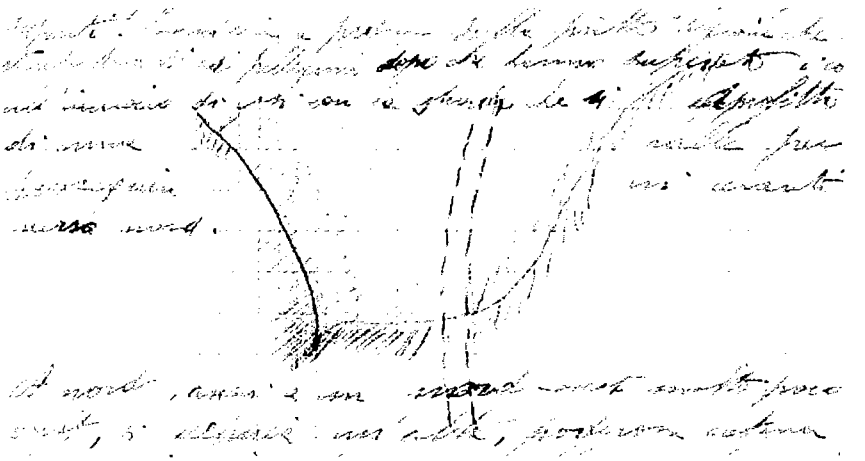
«Sí... pero no estoy contento porque ello querrá decir que Tú te marchas... ¿Por qué morir, Señor?».

«Quien ha nacido de mujer muere».

«¿Vas a tenerla sólo a ella, Señor?».

«¡Oh, no... y qué exultante será el paso de estos que salvo como Dios y que he amado como hombre!...».

[3]Atraviesan otros dos pequeños ríos, muy cercanos el uno del otro. 296.3
Empieza a llover en la llana región que se abre ante los peregrinos una vez superados los cerros (donde se cruzan con el camino que aprovecha un valle para proseguir hacia el Norte).



Al Norte — es más, a un noroeste muy poco Oeste — se delinea una alta, poderosa sierra sobre cuyos montes se superponen nubes y

* *como a Saúl de Keriot*, en 78.8.

más nubes, que casi crean nuevos, ilusorios montes de nubes encima de los reales, de roca, cubiertos de bosques a los lados y de nieves en sus cúspides. Pero es una sierra muy lejana.

«Aquí agua, allá nieve. Es la cadena del Hermón. En las cúspides hay ahora una capa más vasta de blancura. Si en Aera tenemos sol, veréis lo bonito que es cuando el sol pone rosa el pico mayor» dice Timoneo, que se siente impulsado por el amor patrio a cantar las bellezas de su región.

«Sí, pero mientras tanto llueve. ¿Está lejos todavía Aera?» pregunta Mateo.

«Mucho. Hasta la noche no llegaremos».

«Que Dios nos salve entonces de cogernos alguna enfermedad» termina Mateo, poco entusiasta de caminar con este mal tiempo.

Van todos arrebozados en sus mantos, debajo de los cuales llevan los sacos de viaje, para resguardarlos de la humedad, y resguardar así la ropa para poderse cambiar nada más llegar, pues la que llevan está ya chorreando de agua y los bajos están completamente cargados de lodo.

Jesús va a la cabeza, absorto en sus pensamientos. Los demás van dando mordiscos a sus respectivos panes. Juan dice alegremente: «No tenemos necesidad de buscar fuentes para calmar la sed. Basta con volver hacia atrás la cabeza y abrir la boca, y los ángeles nos dan el agua».

Hermasteo, que, siendo joven también, tiene en común con Felipe de Arbela y Juan la envidiable suerte de tomarse todo con alegría, dice: «Simón de Jonás se quejaba de los camellos. Pero ya preferiría yo estar encima de aquella torre sacudida por un terremoto que no en este barro. ¿Tú qué opinas?».

Y Juan: «Digo que en todas partes estoy bien, con tal de que esté Jesús...».

Los tres jóvenes se dan a una animada conversación entre ellos. Los cuatro más mayores aceleran hasta alcanzar a Jesús. La pareja restante, Timoneo y Marcos, se pone al final, hablando...

296.4 [4]«Maestro, en Aera estará Judas de Simón...» dice Andrés.

«Ciertamente. Y con él Tomás, Natanael y Felipe».

«Maestro... echo de menos estos días de paz» suspira Santiago.

«No debes decir eso, Santiago».

«Lo sé... Pero no puedo evitarlo...» y lanza otro gran suspiro.

«Estará también Simón Pedro con mis hermanos. ¿No te alegras de ello?».

«¡Mucho! Maestro, ¿por qué Judas de Simón es tan distinto de nosotros?».

«¿Por qué el agua se alterna con el sol, el calor con el frío, la luz con las tinieblas?».

«Pues porque no se podría tener siempre una cosa. Moriría la vida en la tierra».

«Así es, Santiago».

«Sí, pero eso no tiene que ver con Judas...».

«Respóndeme. ¿Por qué las estrellas no son todas como el Sol, grandes, calientes, espléndidas, poderosas?».

«Porque... la tierra se abrasaría bajo tanto fuego».

«¿Por qué las plantas — me refiero a todos los vegetales — no son como aquellos nogales?».

«Porque... los animales no podrían comérselas».

«¿Y entonces por qué no son todas como hierbas?».

«Porque... no tendríamos leña para el fuego, para las casas, para hacer utensilios, carros, barcas, muebles».

«¿Por qué los pájaros no son todos águilas y todos los animales elefantes o camellos?».

«¡Buenos estaríamos si fuera así!».

«¿Esta variedad te parece entonces una cosa buena, no?».

«Sin duda».

«Juzgas entonces que... ¿Por qué, según tú, Dios la ha hecho?

«Para ofrecernos la mayor ayuda posible».

«Entonces para bien, ¿no? ¿Estás seguro de ello?».

«Como de que vivo en este momento».

«Entonces, si ves justo que haya variedad de especies animales, vegetales y astrales, ¿por qué pretendes que todos los hombres sean iguales? Cada uno tiene su misión y su forma. ¿La infinita diversidad de especies te parece signo de potencia o de impotencia del Creador?».

«De potencia. Una sirve para hacer resaltar a la otra».

«Muy bien. También Judas sirve para lo mismo, y tú les sirves a tus compañeros, y tus compañeros a ti. Tenemos treinta y dos dientes en la boca, pero, si los miras bien, entre sí son bien diferentes. No sólo por lo que respecta a las tres clases, sino incluso entre los elementos de una misma clase. Pues bien, puesto que estás comiendo, observa su oficio. Verás que incluso los que parecen poco útiles y que trabajan poco son precisamente los que hacen el primer trabajo de cortar el pan y de llevarlo a los otros, que lo desmenuzan, para pasarlo a los otros que lo transforman en papilla. ¿No es así? A ti te parece que Judas no hace nada, o que su actuación es negativa. Te recuerdo que ha evangelizado, y bien, la Judea meridional, y que — tú lo has dicho — sabe tener tacto con los fariseos».

«Es verdad».

Mateo observa: «También es muy hábil para obtener dinero para los pobres. Pide, sabe pedir como no lo sé hacer ni siquiera yo... Quizás porque el dinero ahora me da asco».

296.5 [5]Simón Zelote agacha el rostro, carmesí de tan rojo como se ha puesto.

Andrés lo ve y pregunta: «¿Te encuentras mal?».

«No, no... El cansancio... no sé».

Jesús le mira fijamente y Simón se pone cada vez más rojo. Pero Jesús no dice nada.

Viene corriendo Timoneo: «Maestro, allí se ve el pueblo antes de Aera. Podremos hacer un alto en el camino o pedir burros».

«Ya está dejando de llover. Es mejor seguir».

«Como quieras Maestro. Pero ahora, con tu permiso, me adelanto».

«Bien».

Timoneo se echa a correr con Marcos. Jesús, sonriendo, observa: «Quiere que tengamos un ingreso triunfal».

De nuevo están todos en grupo. Jesús deja que se metan a hablar con pasión de las diferencias de las regiones. Luego se retrasa, tomando consigo al Zelote. En cuanto están solos, pregunta: «¿Por qué te has puesto colorado, Simón?». Vuelve a ponerse rojo como las brasas, pero no dice nada. Jesús repite la pregunta. Simón, más rojo y más callado. Jesús insiste en la pregunta.

«¡Señor, pero si Tú ya lo sabes! ¿Por qué me obligas a hablar?» grita el Zelote, dolido como si fuera un torturado.

«¿Tienes certeza?».

«No me lo ha negado. Sin embargo, ha dicho: "Lo hago por previsión. Soy sensato. El Maestro no piensa nunca al mañana". Forzando las cosas, hasta podría ser así. Pero... en todo caso es... en todo caso es... Maestro, mete Tú la palabra exacta».

«En todo caso es una demostración de que Judas es solamente un "hombre". No sabe elevarse a ser un espíritu. Pero, más o menos, sois todos así. Teméis por estupideces. Os preocupáis de previsiones inútiles. No sabéis creer que la Providencia es potente y está presente. Bien, que esto quede entre nosotros dos. ¿No es verdad?».

«Sí, Maestro».

Un momento de silencio. Luego Jesús dice: «Pronto volveremos al lago... Será hermoso un poco de recogimiento después de tanto camino. Nosotros dos iremos a Nazaret y estaremos allí un tiempo, hacia las Encenias. Estás sólo... Los otros estarán en familia. Tú, conmigo».

«Señor, Judas y Tomás, y también Mateo, están solos».

«No te preocupes. Cada uno celebrará las fiestas con la familia. Mateo tiene a su hermana. Tú estás solo. A menos que quieras ir con Lázaro...».

«No, Señor» interviene inmediatamente Simón. «No. Quiero a Lázaro. Pero estar contigo es estar en el Paraíso. Gracias, Señor» y le besa la mano.

[6]Hace poco que han dejado atrás el pueblecillo, cuando he aquí 296.6
que, bajo otro aguacero, aparecen de nuevo por el camino inundado Timoneo y Marcos, que gritan: «¡Deteneos! Está Simón Pedro con unos burros. Le he encontrado mientras venía para acá. Lleva ya tres días de camino hacia aquí con los animales, bajo la lluvia».

Se detienen al amparo de un robledal que resguarda un poco del chaparrón. Y ven venir, montado en un asno — el primero de una fila de borriquillos — a Pedro, que, con la manta que se ha echado sobre la cabeza y la espalda, parece un fraile.

«¡Dios te bendiga, Maestro! ¡Ya decía yo que estaría mojado como uno que se hubiera caído al lago! ¡Venga, en seguida, a caballo todos, que Aera hace tres días que está ardiendo de tanto como tiene encendidas sus chimeneas para secarte! Rápido, rápido... ¡En qué estado!... ¡Fijaos aquí! ¡Pero no erais capaces de hacerle esperar? ¡Ah, si no estoy yo! ¡Pero, yo digo...! ¡Pero mirad aquí! Tiene el pelo tieso como un ahogado. Debes estar helado. ¡Con toda esta agua! ¡Qué imprudencias! ¿Y vosotros? ¿Y vosotros? ¡Infames! Tú el primero, hermano, que no piensas. Y todos los demás. ¡Bien guapos estáis! ¡Parecéis sacos caídos a un pantano! ¡Venga, ligeros! ¡Ya no me vuelvo a fiar de confiárosle! Me falta poco para ahogarme de horror...».

«Y de lo que hablas, Simón» dice sereno Jesús mientras el asno trota al lado del de Pedro, a la cabeza de la caravana asnal. Jesús repite: «Y de lo que hablas. De palabras inútiles. No me has dicho si han llegado los otros, si han partido las mujeres, si tu mujer está bien... No me has dicho nada».

«Te diré todo. Pero ¿por qué te has puesto en camino con esta lluvia?».

«¿Y tú por qué has venido?».

«Porque tenía prisa de verte, Maestro mío».

«Porque tenía prisa de reunirme contigo, Simón mío».

«¡Oh, mi querido Maestro! ¡Cuánto te quiero! ¿Mujer, niño, casa? ¡Nada, nada! Todo es feo si Tú no estás. ¿Crees que te quiero así?».

«Lo creo. Sé quién eres, Simón».

«¿Quién?».

«Un grande niño lleno de pequeños defectos, y, bajo estos defectos, sepultadas, muchas dotes excelentes. Pero hay una que no está se-

296.7 pultada: tu honestidad en todo. [7]¿Y entonces, quién está en Aera?».

«Judas, tu hermano, con Santiago, más Judas de Keriot con los otros. Parece que Judas ha hecho las cosas muy bien. Todos le alaban...».

«¿Te ha hecho preguntas?».

«¡Muchas! No he respondido a nada. He dicho que no sabía nada. Y es así, porque ¿qué sé yo, aparte de haber acompañado hasta Gadara a las mujeres? Mira, no le he dicho nada de Juan de Endor. Él cree que está contigo. Deberías decírselo a los otros».

«No. Ellos, como tú, tampoco saben dónde está Juan. Inútil decir más cosas. ¡Pero estos burros?... ¡tres días!... ¡Qué gasto! ¿Y los pobres!».

«Los pobres... Judas tiene un montón de dinero. Se ocupa él. Estos burros no me cuestan una perra. Los habitantes de Aera me habrían dejado incluso mil, sin ningún gasto, para ti. He tenido que levantar la voz para impedir venir a buscarte con un ejército de asnos. Tiene razón Timoneo. Aquí todos creen en ti. Son mejores que nosotros...» y suspira.

«¡Simón, Simón! En la Transjordania nos honraron; hubo un galeote, paganas, pecadoras, mujeres, que os dieron lecciones de perfección. Recuérdalo siempre, Simón de Jonás».

«Trataré de recordarlo, Señor. Mira, mira, los primeros de Aera. ¡Mira cuánta gente! Está la madre de Timoneo. Ahí están tus hermanos entre la multitud. Y los discípulos a los que habías dicho que se adelantaran, y los que luego han venido con Judas de Keriot. Ahí está el más rico de Aera con sus servidores. Quería que te alojaras en su casa. Pero la madre de Timoneo ha hecho valer su derecho y estarás en su casa. ¡Mira, mira! Están irritados porque el agua apa-
296.8 ga las antorchas. [8]Hay muchos enfermos, ¡eh! Se han quedado en la ciudad, junto a las puertas, para verte en seguida. Uno que tiene un almacén de leña ha puesto a su disposición los cobertizos. Hace tres días que están allí, ¡pobre gente!; desde que llegamos nosotros y nos extrañamos de no verte».

El grito de la multitud impide que Pedro continúe, así que se calla y permanece al lado de Jesús como si fuera un escudero. Ya han llegado a la gente. La multitud se va abriendo, y Jesús pasa con su borriquillo, bendiciendo continuamente mientras pasa.

Entran en la ciudad.

«Donde los enfermos, inmediatamente» dice Jesús, sin hacer caso de las protestas de quienes quisieran ofrecerle un techo y darle alimento y fuego por miedo a que sufra demasiado. «Ellos sufren más que Yo» responde.

Tuercen a la derecha. Ya llegan al rústico recinto del almacén de la leña.

Abren de par en par la puerta. Del interior del recinto sale un clamor quejumbroso: «¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de nosotros!». Es un coro suplicante, constante como una letanía. Voces de niños, de mujeres, de hombres, de ancianos: tristes como balidos de corderos en pena; acongojadas como de madres en agonía; descorazonadas como de quien tiene una sola esperanza; temblorosas como de quien ya sólo sabe llorar...

Jesús entra en el recinto. Se yergue lo más que puede sobre los estribos, y, levantando la mano derecha, dice con su voz potente: «A todos los que creen en mí, salud y bendición».

Se apoya de nuevo en la silla y hace ademán de volver afuera. Pero la multitud le oprime, los que han quedado curados se cierran en torno a Él. Y, a la luz de las antorchas, que al amparo de los pórticos arden y dan viveza de resplandores al crepúsculo, se ve al gentío que bulle delirante de alegría aclamando al Señor; al Señor, que casi desaparece en medio de un tapiz de flores de niños sanados que las madres le han puesto en los brazos, en el regazo, y hasta en el cuello del asno, sujetándolos para que no se caigan. Jesús tiene los brazos colmados de niños, como si fueran flores, y sonríe feliz, y los besa, porque, sujetándolos como está con los brazos, no puede bendecirlos. En fin, retiran a los niños. Ahora son los ancianos curados los que lloran de alegría y le besan el vestido, y luego los hombres y las mujeres...

Es ya de noche cuando puede entrar en la casa de Timoneo y reponerse con el fuego y la ropa seca.

297. Con el sermón de Aera termina el segundo gran viaje apostólico.

7 de octubre de 1945.

297.1 [1]Jesús está hablando en la plaza principal de Aera:

«...Y no os estoy expresando, como he hecho en otros lugares, las primeras e indispensables cosas que hay que saber y hacer para salvarse. Ya las sabéis, y muy bien, por obra de Timoneo, sabio arquisinagogo de la Ley antigua, sapientísimo ahora al renovarla con la luz de la Ley nueva. Lo que quiero es poneros en guardia contra un peligro que en el estado de espíritu en que os encontráis no podéis ver. Es el peligro de presiones o malignas acusaciones que os desvíen, con la intención de separaros de esta fe que ahora tenéis en mí. Os

voy a dejar a Timoneo durante un tiempo. Con otros, os explicará las palabras del Libro a la luz nueva de mi Verdad, que él ha abrazado. Pero antes de dejaros, habiendo escrutado vuestros corazones, habiéndolos visto sinceramente amantes, voluntariosos y humildes, quiero comentar con vosotros un punto del cuarto Libro de los Reyes. *

297.2 [2]Cuando Ezequías, rey de Judá, sufrió el asalto de Senaquerib, fueron a él los tres altos personajes del rey enemigo para aterrorizarle con temores de quiebra de alianzas, de potencias que ya le circundaban. A las palabras de los poderosos enviados, respondieron Elyaquim, Sebná y Yoaj: "Habla de forma que el pueblo no comprenda" (para que el pueblo aterrorizado no invocara la paz). Pero esto es lo que querían los mensajeros de Senaquerib, así que dijeron con fuerte voz y en perfecto hebreo: "Que no os seduzca Ezequías... Concertad con nosotros lo que os conviene y rendíos, y todos podrán comer de su vid y de su higuera, y podréis beber el agua de vuestras cisternas, hasta cuando vengamos a llevaros a una tierra como la vuestra, fecunda, rica en vino, una tierra abundante de pan y uvas, tierra de aceitunas, aceite y miel; así viviréis y no moriréis...". Y está escrito que el pueblo no respondió porque había recibido la orden del rey de no responder.

Ved. Yo también, por compasión de vuestras almas asediadas por fuerzas más feroces aún que las de Senaquerib, que podía dañar los cuerpos mas no lesionar los espíritus — mientras que la guerra que os plantea el ejército enemigo capitaneado por el más fiero y cruel déspota que hay en la creación es contra vuestros espíritus —, Yo también he rogado a sus mensajeros, a esos mensajeros suyos que, para perjudicarme a mí en vosotros, tratan de aterrorizarnos a mí y a vosotros con amenazas de tremendos castigos, los he suplicado diciendo: "Habladme a mí, pero dejad en paz a las almas que nacen ahora a la Luz. Meteos conmigo, torturadme a mí, acusadme a mí, matadme a mí, pero no os ensañéis con estos pequeñuelos de la Luz. Son débiles todavía. Un día serán fuertes, pero ahora son débiles. No arremetáis contra ellos. No arremetáis contra la libertad que tienen los espíritus de elegir un camino. No arremetáis contra el derecho que Dios tiene a llamar a sí a estos que le buscan con sencillez y amor".

¿Pero puede, acaso, uno que odia ceder a las súplicas de la persona odiada? ¿Puede, acaso, uno que es víctima del odio conocer el amor? No puede. De aquí que, con mayor dureza aún, y cada vez con

---

* *un punto del cuarto libro de los Reyes,* que corresponde, en la nueva nomenclatura bíblica a *2 R 18, 17-36.*

mayor dureza, vendrán a deciros: "Que no os seduzca el Cristo. Venid con nosotros y tendréis todos los bienes". Y os dirán: "¡Ay de vosotros si le seguís! ¡Seréis perseguidos!". Y os urgirán con ficticia bondad: "Salvad vuestras almas. Es un Satanás". Muchas cosas os dirán de mí, muchas, para persuadiros a abandonar la Luz.

Yo os digo: "A los tentadores responded con el silencio". Después, cuando descienda la Fuerza del Señor a los corazones de los fieles de Jesucristo, Mesías y Salvador, entonces podréis hablar, porque no seréis vosotros, sino el mismo Espíritu de Dios, el que hablará en vuestros labios, y vuestros espíritus serán adultos en la Gracia, fuertes e invencibles en la Fe.

Sed perseverantes. Sólo os pido esto. Recordad que Dios no puede ceder a los sortilegios de un enemigo suyo. Que sean vuestros enfermos, aquellos que han recibido confortación y paz en su espíritu, los que hablen siempre entre vosotros, con su sola presencia, de quién es el que vino a vosotros para deciros: "Perseverad en mi amor y en mi doctrina y tendréis el Reino de los Cielos". Mis obras hablan más aún que mis palabras, y, a pesar de que saber creer sin necesidad de pruebas sea perfecta bienaventuranza, os he permitido ver los prodigios de Dios para el fortalecimiento de vuestra fe.

Responded a vuestro cerebro, tentado por los enemigos de la Luz, con las palabras de vuestro espíritu: "Creo porque he visto a Dios en sus obras". Responded al enemigo con el silencio activo y diligente. Y con estas dos respuestas caminad en la Luz. La paz sea siempre con vosotros».

Y los despide. Luego se encamina afuera de la plaza.

[3]«¿Por qué les has hablado tan poco, Señor? Timoneo quizás se ha quedado desilusionado» dice Natanael. 297.3

«No se sentirá desilusionado porque es un justo y comprende que advertir a uno de un peligro es amarlo con amor más intenso. Este peligro está muy presente».

«Como siempre, los fariseos, ¿no?» pregunta Mateo.

«Ellos y otros».

«¿Estás apesadumbrado, Señor?» pregunta afligido Juan.

«No. No más que de costumbre...».

«Sin embargo, estabas más alegre estos días pasados...».

«Será tristeza por no tener ya consigo a los discípulos. Pero, ¿y por qué los has despedido? ¿Es que quieres seguir el viaje?» pregunta el Iscariote.

«No. Éste es el último lugar. De aquí se va a casa. Pero las mujeres no podían continuar con estas condiciones climáticas. Han hecho mucho. No deben hacer más».

«¿Y Juan?».

«Enfermo. En una casa amiga como estuviste tú».

297.4 [4]Luego Jesús se despide de Timoneo y de otros discípulos que se quedan en la comarca, a los cuales se ve que les ha dado órdenes para el futuro pues no insiste en más consejos.

Están en la puerta de la casa de Timoneo, porque Jesús ha querido bendecir una vez más a la dueña de la casa. La gente, respetuosa, le observa, y le sigue cuando reanuda el camino en dirección al arrabal, a las huertas, a la campiña. Los más tenaces le siguen todavía un poco más, en un grupo cada vez más reducido, hasta sólo nueve, luego cinco, luego tres, luego uno... Este uno también se vuelve para Aera, mientras Jesús toma la dirección de occidente, sólo con los doce apóstoles, pues también Hermasteo se ha quedado, con Timoneo.

297.5 [5]Jesús dice:

«El viaje, el segundo gran viaje apostólico, está cumplido. Ahora es el regreso a los conocidos campos de Galilea.

¡Pobre María! Estás más agotada que Juan de Endor. Te autorizo a omitir las descripciones de los lugares. Ya hemos dado mucho a los investigadores curiosos. Y serán siempre "investigadores curiosos". Nada más. Ya basta. Las fuerzas se desvanecen. Consérvalas para la palabra. Con el mismo sentimiento con que constataba la inutilidad de muchas de mis fatigas, constato la inutilidad de muchas de *tus* fatigas. Por eso te digo: "resérvate sólo para la palabra".

Eres el "portavoz". ¡Oh, verdaderamente contigo se repite el dicho: "Hemos tocado música y no habéis cantado, hemos entonado lamentaciones y no habéis llorado". Te has limitado a repetir mis palabras, sólo ellas, y los doctores difíciles han fruncido el ceño, has unido a mis palabras tus descripciones y encuentran cosas que censurar. Ahora encontrarán todavía algo que criticar. Y tú estás agotada. Te diré cuándo habrás de describir el viaje. Solamente Yo.

Dentro de nada hará un año que te he herido. Pero, ¿quieres, antes de que se cumpla el año, descansar de nuevo sobre mi corazón? Ven, pues, pequeña mártir...».

298. La ayuda prestada a los huerfanitos María y Matías y las enseñanzas que de ella se deducen.

8 de octubre de 1945.

298.1 [1]Vuelvo a ver el lago de Merón en un lúgubre día de agua... Fango y nubes. Silencio y calígine. El horizonte desaparece entre las bru-

mas. La cadena del Hermón está sepultada bajo la espesa capa de nubes bajas. Pero desde este lugar — una llanura alta, situada cerca del pequeño lago todo oscuro y amarillento por el fango de mil riachuelos crecidos y el cielo de noviembre lleno de nubes — se ve bien este pequeño lago alimentado por el Alto Jordán, que de él sale luego para ir a alimentar al otro lago, más grande, de Genesaret.

Cae la tarde, cada vez más triste y amenazadora de lluvia, cuando Jesús toma el camino que corta el Jordán después del lago de Merón. Entra luego por una vereda que lleva a una casa...

(Jesús dice: «Aquí colocaréis la visión de Matías y María, huérfanos, tenida el 20 de agosto de 1944».)

20 de agosto de 1944.

[2]Otra dulce visión de Jesús y dos niños. 298.2

Digo esto porque veo que Jesús, al pasar por una vereda abierta entre campos — que deben haber recibido la simiente poco antes porque la tierra está todavía mullida y obscura como cuando ha sido sembrada recientemente —, se detiene a acariciar a dos pequeñuelos: un niño de no más de cuatro años y una niña que tendrá unos ocho o nueve. Deben ser niños muy pobres a juzgar por sus míseros vestiditos descoloridos y rotos y su carita triste y flaca.

Jesús no les pregunta nada. Se limita a mirarlos fijamente mientras los acaricia. Luego reanuda ligero su paso, hacia una casa que está en el fondo de la vereda. Es una casa labriega pero de buen aspecto, con una escalera exterior que sube del suelo a la terraza, en que hay un emparrado, ahora desnudo de racimos y hojas: solamente queda alguna que otra última hoja ya amarilla, que pende y se mueve con el viento húmedo de un desagradable día de otoño. En el murete de la casa unas palomas zurean esperando el agua que el cielo gris y todo nublado promete.

Jesús, seguido por los suyos, empuja la tosca cancela de la albarrada que rodea la casa; entra en un patio — nosotros diríamos una era —, con su pozo y, en un ángulo, también un horno (supongo que sea eso aquel tabuco de paredes más oscuras por el humo que incluso ahora sale y que el viento empuja hacia la tierra).

Al oír el rumor de los pasos, una mujer se asoma a la puerta de este cuartucho. Al ver a Jesús, le saluda con alegría y corre a avisar a la casa.

Un hombre más bien anciano, y grueso, sale a la puerta de la casa y va en seguida hacia Jesús. «¡Qué gran honor verte, Maestro!» le saluda.

Jesús responde con su saludo: «La paz sea contigo» y añade: «Es-

tá anocheciendo y la lluvia se acerca. Vengo a pedirte alojamiento y un pan para mí y mis discípulos».

«Entra, Maestro. Mi casa es tuya. La doméstica está para sacar el pan del horno. Con mucho gusto te lo ofrezco, con el queso de mis ovejas y los productos de mis campos. Entra, entra, que el viento es húmedo y frío...» y, solícito, sujeta la puerta y hace una reverencia
298.3 cuando pasa Jesús. [3]Pero inmediatamente cambia de tono dirigiéndose a alguien que ha visto, y dice airado: «¿Todavía estás aquí? ¡Vete! ¡No hay nada para ti! ¡Vete! ¡Entendido? Aquí no hay sitio para los vagabundos...» y farfulla entre dientes: «...y quizás rateros como tú».

Una vocecita llorosa responde: «Piedad, señor. Al menos un pan para mi hermanito. Tenemos hambre...».

Jesús, que había entrado en la vasta cocina, alegrada e iluminada con un vivo fuego, sale a la puerta. Su rostro es ya distinto. Severo y triste, pregunta, no al huésped sino en general — parece como si se lo preguntara a la era silenciosa, a la desnuda higuera, al oscuro pozo —: «¿Quién tiene hambre?».

«Yo, Señor. Yo y mi hermano. Sólo un pan y nos vamos».

Jesús está ya afuera, en el ambiente cada vez más lúgubre por el crepúsculo y la lluvia inminente. «Pasa» dice.

«¡Tengo miedo, Señor!».

«Ven, te digo. No tengas miedo de mí».

De detrás de una arista de la casa sale la pobre niña. De la mísera tuniquita viene agarrado su hermanito. Se acercan temerosamente: una mirada tímida a Jesús; una de susto al dueño de la casa, que pone ojos amenazadores mientras dice: «Son vagabundos, Maestro. Y ladrones. Hace poco he encontrado a ésta fisgando cerca de la almazara. Está claro que quería entrar a robar. ¡A saber de dónde vendrán! No son del lugar».

Jesús le escucha... digamos que le escucha. Mira muy fijamente a la niña de carita demacrada, de trenzas despeinadas (dos coletitas a los lados de ambas orejas, atadas al extremo con una cintita de trapo viejo). El rostro de Jesús no es severo mientras mira a la pobrecita; está triste, pero sonríe para animar a la niña: «¿Es verdad que querías robar? Di la verdad».

«No, Señor. Había pedido un poco de pan, porque tengo hambre. No me lo han dado. He visto una corteza de pan untada, allí, en el suelo, cerca del molino del aceite, y había ido a recogerla. Tengo hambre, Señor. Ayer he conseguido sólo un pan, pero lo guardé para Matías... ¿Por qué no nos han metido en la tumba con nuestra mamá?». La niña llora desconsoladamente, y su hermanito también.

«No llores». Jesús la consuela acariciándola y arrimándola a su pecho. «Responde: ¿de dónde eres?».

«De la llanura de Esdrelón».

«¿Y has venido hasta aquí?».

«Sí, Señor».

«¿Hace mucho que ha muerto tu madre? ¿No tienes padre?».

«Mi padre murió por el sol en el tiempo de la cosecha; mi mamá, la pasada luna... ella y el niño que iba a nacer murieron...» y el llanto aumenta.

«¿No tienes ningún pariente?».

«¡Venimos de muy lejos! No éramos pobres... Luego mi padre tuvo que ponerse al servicio de un patrón. Ahora ha muerto y mi mamá con él».

«¿Quién era el patrón?».

«El fariseo Ismael».

«¡El fariseo Ismael!... (es intraducible el modo como Jesús repite este nombre). ¿Saliste de allí por propia voluntad o te echó él?».

«Me echó, Señor. Dijo: "Los perros hambrientos a la calle"».

[4]«Y tú, Jacob, ¿por qué no has dado un pan a estos niños; un pan, un poco de leche y un manojo de heno como cama para su cansancio?...». 298.4

«Pero... Señor... tengo justo el pan que necesito... poca leche... y meterlos en casa... Éstos son como animales vagabundos. Si se les pone buena cara luego ya no se marchan...».

«¿Y te falta sitio y alimento para estos dos infelices? ¿Lo puedes decir con verdad, Jacob? La cosecha abundante, la abundancia de vino, de aceite, de fruta, que han hecho famosa tu propiedad este año, ¿por qué te han venido? ¿No te habrás olvidado ya, no? El año pasado, el granizo había depauperado tus bienes. Estabas preocupado * por tu vida... Vine y te pedí un pan... Tú me habías oído hablar un día y me fuiste fiel... En medio de tu aflicción me abriste tu corazón y tu casa. Me diste un pan y me alojaste. ¿Qué te dije al salir a la mañana siguiente? "Jacob, has comprendido la Verdad. Sé siempre misericordioso y obtendrás misericordia. Por el pan que has dado al Hijo del hombre, estos campos te darán muchos cereales; llenos de aceitunas, como si soportaran los granos de la arena marina, estarán tus olivos; tus manzanos, plegados hasta el suelo por su peso". Lo has tenido, y eres el más rico de la comarca este año. ¡Y niegas un pan a dos niños!...».

«Pero tú eras el Rabí...».

---

* *Vine...*: en el capítulo 110.

«Precisamente porque lo era podía hacer de las piedras pan; éstos, no. Ahora te digo: verás un nuevo milagro y te producirá aflicción, *gran aflicción*... Cuando llegue ese momento, dándote golpes de pecho, di: "Me lo he merecido"».

298.5 [5]Jesús se vuelve a los niños: «No lloréis. Id a ese árbol y coged los frutos».

«Pero si está vacío, Señor» objeta la niña.

«Ve».

La niña va, y vuelve con el vestidito alzado lleno de manzanas rojas y hermosas.

«Comed y venid conmigo» y a los apóstoles: «Vamos a llevar a estos dos pequeñuelos a Juana de Cusa. Ella sabe recordar los beneficios recibidos y es compasiva por amor a quien usó con ella misericordia. Vamos».

El hombre, confundido y apesadumbrado, trata de arreglar las cosas: «Es de noche, Maestro. Te puede venir el agua por el camino. Entra en mi casa. Mira, la doméstica va a sacar ya el pan del horno... Te doy también para ellos».

«No hace falta. No sería por amor, lo darías por miedo al castigo prometido».

«¿Entonces no es éste — y señala a las manzanas que los dos niños hambrientos se están comiendo con avidez, cogidas del árbol antes vacío —, no es éste, entonces, el milagro?».

«No». Jesús se muestra severísimo.

«¡Oh, Señor, Señor, ten piedad de mí! ¡Entiendo! ¡Tienes intención de castigarme en las mieses! ¡Piedad, Señor!».

«No todos los que me dicen "Señor" me tendrán, porque el amor y el respeto no se testifican con la palabra sino con obras. Tendrás la piedad que tú has tenido».

«Yo te amo, Señor».

«No es verdad. *Me ama quien ama*, porque esto es lo que he enseñado. Tú sólo te amas a ti mismo. Cuando me ames como enseño, el

298.6 Señor volverá. [6]Ahora me marcho. Mi techo es hacer el bien, consolar a los afligidos, enjugar las lágrimas de los huérfanos. Como la gallina extiende sus alas sobre los pollitos indefensos, así extiendo mi poder sobre los que sufren y viven en el dolor. Venid, niños. Pronto tendréis casa y pan. Adiós, Jacob».

Y, no contento con marcharse, indica que cojan en brazos a la niña fatigada (Andrés la toma y la arropa en su manto), y Él toma al niño; y se echan a andar, por la vereda ya oscura, con su carga de piedad que ya no llora.

Pedro dice: «¡Maestro! ¡Qué gran suerte para éstos el que hayas

llegado en este momento! ¡Pero para Jacob!... ¿Qué vas a hacer, Maestro?».

«Justicia. No llegará a conocer el hambre, porque tiene todavía muy llenos los graneros, pero sí que conocerá la estrechez, porque el trigo sembrado no podrucirá grano, y los olivos y manzanos solamente hojas. Estos inocentes, no de mí, sino del Padre, han recibido pan y casa; porque mi Padre es también Padre de los huérfanos; sí, Él, que da el nido y el alimento a los pájaros de los bosques. Éstos pueden decir, y con ellos todos los desvalidos, los desvalidos que saben permanecer "hijos inocentes y amorosos", que en sus pequeñas manos Dios ha depositado el alimento y que, con paterna guía, los conduce a casa hospitalaria».

La visión cesa así, y me deja una gran paz.

298.7 [7]Dice Jesús:

«Ésta es para ti, para ti, alma que lloras mirando las cruces del pasado y las dificultades del futuro. El Padre tendrá siempre un pan para tu mano, un nido para recoger a su tórtola que llora.

Para todos es la enseñanza de que sé ser el "Señor" con justicia. A mí no se me engaña, ni se me adula con falaz obsequio. Quien cierra su corazón a su hermano lo cierra a Dios, y Dios a Él.

¡Oh, hombres, es el primer mandamiento: Amor y amor. El que no ama, y se profesa cristiano, miente. Es inútil frecuentar los sacramentos y los ritos, inútil la oración, si falta la caridad. Quedan convertidos en fórmulas, e incluso en sacrilegios. ¿Cómo podéis venir al Pan eterno y saciaros con Él, cuando habéis negado un pan a un hambriento? ¿Vale más, acaso, vuestro pan que el mío? ¿Es más santo? ¡Hipócritas! Yo me doy a vuestra miseria sin medida, y vosotros, que sois miseria, no tenéis piedad de miserias que ante los ojos de Dios no son odiosas como lo son las vuestras: porque aquellas son desventuras, mientras que las vuestras son pecado. Demasiadas veces me decís: "Señor, Señor" para ganar mi benignidad para *vuestros* intereses. Mas no lo decís por amor al prójimo y no hacéis nada por el prójimo en nombre del Señor. Mirad: colectiva e individualmente, ¿qué os ha dado vuestra falaz religión y *auténtica* anticaridad? El abandono de Dios. Y el Señor volverá cuando sepáis amar como Yo he enseñado.

Pero, a vosotros, pequeño rebaño formado por los que sufren siendo buenos, os digo: "Nunca estáis huérfanos, nunca abandonados. No existiría Dios, antes que faltarles la Providencia a sus hijos. Tended la mano: el Padre os da todo como 'padre', o sea, con amor que no humilla. Enjugad vuestras lágrimas. Yo os tomo y os llevo conmigo por-

que siento piedad de vuestro abatimiento".

La criatura más amada es el hombre. ¿Vais a poner en duda que el Padre se mostrará más compasivo con el hombre fiel que con los pájaros?, ¿con el hombre fiel, Él, que es longánime incluso con el pecador, y le da tiempo y manera de ir a Él? ¡Ah, si el mundo comprendiera lo que es Dios!

Ve en paz, María. Te quiero como a los dos huerfanitos que has visto, y más incluso. Ve en paz. Estoy contigo».

21 de agosto de 1944.

298.8 [8]Dice María:

«María, habla Mamá. Mi Jesús ha hablado de la infancia del espíritu, requisito necesario para conquistar el Reino. Ayer te mostré una página de su vida de Maestro. Has visto ayer a unos niños, a unos pobres niños. ¿No habría nada que añadir? Sí, y lo añado yo. A ti, que quiero que seas cada vez más amada de Jesús. Es un detalle en el cuadro que ha hablado a tu espíritu para el espíritu de muchos. Pero son los detalles los que hacen hermoso el cuadro, los que revelan la capacidad del pintor y la sabiduría del observador. Quiero que observes la humildad de mi Jesús. *

Aquella pobre niña, en su ignorante simplicidad, no trata de forma distinta al pecador de corazón de piedra y a mi Hijo. No sabe ni de "Rabí" ni de "Mesías". Siendo poco menos que una pequeña salvaje, que ha vivido en los campos, en una casa donde se despreciaba al Maestro — porque el fariseo Ismael despreciaba a mi Jesús —, no había oído jamás hablar de Él, no le había visto.

Su padre y su madre, quebrantados por el trabajo insoportable que el cruel patrón exigía, no tuvieron tiempo ni modo de levantar la cabeza de la gleba que roturaban. Habrían oído, quizás, mientras segaban el heno o las mieses, mientras recogían la fruta o los racimos, mientras trituraban la aceituna en la dura muela, un clamor de ¡hosanna! Habrían, incluso, alzado un momento su cansada cabeza. Mas el miedo y el cansancio habrían vencido en seguida esas cabezas bajo su yugo. Y murieron pensando que el mundo era sólo odio y dolor; en cambio, el mundo, desde que le pisaban los santísimos pies de mi Jesús, era amor y bien. Siendo sólo los pobres siervos de un despiadado patrón, murieron sin cruzarse siquiera una vez con la mirada y la sonrisa de mi Jesús; sin haber oído su palabra, que daba una riqueza al espíritu por la que los indigentes se sentían ricos, los

---

* *Jesús ha hablado de la infancia del espíritu* en un "dictado" del mismo día, recogido en el volumen "I quaderni del 1944".

hambrientos hartos, los enfermos sanos, consolados los que sufrían.

Pues bien, Jesús no dice: "Yo, que soy el Señor, te digo: haz esto". Conserva su anonimato. Y la pequeñuela, tan simple que no comprendió ni siquiera al ver el milagro de un manzano, desnudo incluso de hojas, que carga una rama suya de manzanas para saciar su hambre, le sigue llamando "Señor", como llamaba a su patrón Ismael y al cruel Jacob. Se siente atraída hacia este Señor bueno porque la bondad siempre atrae. Pero nada más. Le sigue con confianza. Le ama inmediatamente, instintivamente, esta pobre criaturita sola en el mundo, ignorada voluntariamente por el mundo, por ese "mundo importante de los poderosos y de los que gozan de la vida" que quiere mantener en la sombra a los inferiores para poderlos torturar más a gusto y explotar más acerbamente.

[9]Más adelante sabrá quién era aquel "Señor" que — pobre como 298.9
ella, sin casa ni alimento, sin madre porque todo lo había dejado por amor al hombre (también a esa pizquita de ser humano que era ella, pobre criaturita niña) — le había dado milagrosos frutos, queriéndole quitar de sus labios y su corazón el amargor de la maldad humana que crea el odio de los desvalidos contra los poderosos, con un fruto del Padre, no con un mendrugo de pan ofrecido tarde y que para ella habría tenido en todo caso sabor de dureza y llanto. ¡Ah, verdaderamente esas manzanas recordaban el pomo del Paraíso Terrenal! Fruto nacido en la rama para el Bien y para el Mal, determinaría redención de *todas* las miserias — la primera la de la ignorancia de Dios — para los dos huerfanitos; determinaría castigo para aquel que, conociendo ya la Palabra, había obrado como si no la conociera. Sabrá más adelante, de boca de la mujer buena que en nombre de Jesús la acogió, quién era Jesús: para ella Salvador repetidamente: del hambre, de la intemperie, de los peligros del mundo, del pecado original.

Pero, para ella, Jesús tuvo siempre la luz de aquel día, bajo esa luz le vio siempre: el Señor bueno con bondad de cuento infantil, el Señor que tenía caricias y dones, el Señor que le había hecho olvidar que no tenía ni padre ni madre, ni casa ni vestidos, porque había sido para ella bueno como su padre y dulce como su madre y había ofrecido un nido para el cansancio de los dos, su pecho y el de otros hombres buenos que estaban con Él, y abrigo para la desnudez de los dos, su manto y el de otros hombres buenos que con Él estaban. Una luz paterna y suave, que no se apagó con el flujo de las lágrimas, ni siquiera cuando supo que había muerto atormentado en una cruz; ni siquiera cuando, pequeña fiel de la primera Iglesia, vio el aspecto del rostro de su "Señor" con los golpes y las espinas y pensó cómo era Él ahora, en el Cielo, a la derecha del Padre. Una luz que le sonrió en

su última hora de la tierra, y la condujo sin temor hacia su Salvador. Una luz que le sonrió una vez más con inefable dulzura en el fulgor del Paraíso.

298.10 [10]Jesús te mira a ti también así. Vele siempre como le veía tu lejana homónima y siéntete feliz de este amor suyo. Sé sencilla, humilde, fiel, como la pobre y pequeña María que has conocido. Ve adónde ha llegado, a pesar de que fuera una pobre ignorantilla de Israel: al corazón de Dios. El Amor se le reveló como se ha revelado a ti y se hizo docta con la verdadera Sabiduría.

Ten fe, vive en la paz. No existe miseria alguna que mi Hijo no pueda transformar en riqueza; no hay soledad alguna que no pueda colmar; como tampoco hay falta alguna que no pueda borrar. *El pasado no existe, cuando el amor le anula.* Ni siquiera un pasado horrendo. ¿Temerás *tú* si no temió Dimas el ladrón? Ama, ama y no tengas miedo de nada.

Mamá te deja con su bendición».

299. A Juana de Cusa le son confiados, para su tutela, los huerfanitos María y Matías.

11 de octubre de 1945.

299.1 [1]Todo el lago de Tiberíades es una lastra cenicienta. Parece mercurio turbio, de tan pesado como se ve, en una calma chicha que apenas si permite indicios de cansadas olas que no logran hacer espuma y en cuanto inician el movimiento ya se detienen, se amansan, se uniforman a esta masa de agua sin brillo bajo un cielo también opaco.

Pedro y Andrés en torno a su barca, Santiago y Juan al lado de la suya, preparan la partida en la pequeña playa de Betsaida. Olor de hierbas y de tierra empapada de agua, leve bruma sobre las planicies herbosas hacia Corazín. Tristeza de noviembre en todas las cosas.

299.2 [2]Jesús sale de la casa de Pedro, llevando de la mano a los dos pequeñuelos Matías y María. La mano de Porfiria los ha arreglado con maternal cuidado y ha substituido el vestidito de María por uno de Margziam. Matías, que es demasiado pequeño, no ha podido gozar de la misma gracia y tiembla todavía con su tuniquita de algodón descolorida; tanto que Porfiria, compasiva, vuelve a casa y sale con un pedazo de manta y arropa al niño como si la manta fuera un manto. Jesús le da las gracias mientras ella se arrodilla al despedirse, para retirarse después de haber dado a los dos huerfanitos un último beso.

«Con tal de tener niños, se habría hecho cargo de éstos también» comenta Pedro, que ha observado la escena, y que a su vez se agacha para ofrecer a los dos niños un pedazo de pan untado con la miel que tenía guardada debajo de un asiento de la barca; lo cual hace reír a Andrés, que dice: «¡Y tú no? ¡Hasta le has robado la miel a tu mujer para dar un poco de alegría a estos dos!...».

«¡Robado! ¡Robado! ¡La miel es mía!».

«Sí, pero mi cuñada la guarda con celo porque es de Margziam. Y tú, que lo sabes, has entrado esta noche descalzo como un ratero en la cocina a coger la cantidad de miel que te hacía falta para preparar ese pan. Te he visto, hermano, y me he reído porque mirabas a tu alrededor como un niño que teme los bofetones de su madre».

«¡Qué granuja este espía!» ríe Pedro mientras abraza a su hermano, que a su vez le besa diciendo: «¡Pero qué hermano más majo tengo!».

Jesús observa y sonríe abiertamente, entre los dos niños, que devoran su pan.

[3]Del interior de Betsaida llegan los otros ocho apóstoles. Quizás 299.3
estaban alojados donde Felipe y Bartolomé.

«¡Ligeros!» grita Pedro, y toma en un único abrazo a los dos niños para llevarlos a la barca sin que se mojen los piececitos desnudos. «¿No tenéis miedo, verdad?» pregunta mientras chapotea en el agua con sus piernas cortas y gruesas, desnudo hasta un palmo abundante por encima de las rodillas.

«No, señor» dice la niña, pero se agarra convulsamente al cuello de Pedro, y cierra los ojos cuando la pone dentro de la barca (que se balancea con el peso de Jesús, que acaba de subir). El niño, más valiente, o más impresionado, no habla siquiera.

Jesús se sienta, arrima hacia sí a los dos pequeñuelos y los tapa con su manto, que parece una ala extendida para proteger a dos pollitos.

Seis en una barca, seis en la otra, todos ya están a bordo. Pedro quita el madero del arribo y empuja fuertemente con la mano la barca para meterla más en el agua; luego, con un último salto, salva el borde de la barca; Santiago le imita con la suya. La acción de Pedro ha hecho bambolearse mucho a la barca; la niña gime: «¡Mamá!» y esconde la cara en el regazo de Jesús agarrándose con fuerza a sus rodillas. Mas ahora ya avanzan suavemente, aunque con fatiga para Pedro, Andrés y el mozo, que tienen que remar, ayudados por Felipe, que hace de cuarto. La vela, que pende floja con esta calma chicha pesada y húmeda, no sirve. Tienen que trabajar con los remos.

«¡Qué boga!» grita Pedro a los de la barca gemela, en la que hace

de cuarto el Iscariote, que rema perfectamente, lo cual es alabado por Pedro.

«¡Dale, Simón!» responde Santiago. «Dale o te ganamos. Judas tiene la fuerza de un galeote. ¡Muy bien, Judas!».

«Sí. Te nombraremos jefe de remadores» confirma Pedro, que rema por dos. Y ríe diciendo: «Pero no conseguiréis quitarle el primado a Simón de Jonás. A los veinte años ya era remador principal en las apuestas entre los pueblos» y, alegre, da la voz de estrepada a sus remadores: «¡O-e!, ¡o-e!». Las voces avanzan sobre el silencio del lago desierto en esta hora matutina.

299.4 [4]Los niños recobran seguridad. Cubiertos todavía por el manto, alzan sus caritas demacradas, y apenas si asoma a ellas una sonrisa, una por este lado, la otra por el otro lado del Maestro, que los tiene abrazados. Se interesan por el trabajo de los remadores. Intercambian algunos comentarios.

«Parece como si fuéramos en un carro sin ruedas» dice el niño.

«No. En un carro por las nubes. ¡Mira! Es como andar por el cielo. ¡Mira, mira, ahora subimos a una nube!» dice María, al ver que la barca hunde su punta en un lugar que refleja un nubarrón algodonoso. Y ríe levemente.

Mas el sol rompe la bruma, y, aunque sea sólo un pálido sol de noviembre, las nubes se hacen de oro y el lago las refleja brillando. «¡Qué bonito! Ahora andamos sobre el fuego. ¡Qué bonito! ¡Qué bonito!». El niño choca las manos.

Pero la niña calla, y luego rompe a llorar. Todos le preguntan el porqué de ese llanto. Entre sollozos explica: «Mi mamá decía una poesía, o un salmo, no sé, para tenernos tranquilos, para que pudiéramos rezar a pesar de tanto dolor... y decía esa poesía de un Paraíso que será como un lago de luz, de dulce fuego, donde sólo estará Dios, sólo habrá alegría, adonde irán los buenos... después de la venida del Salvador... Este lago de oro me lo ha recordado... ¡Oh, mi mamá!». Se echa a llorar también Matías. Y todos participan de este dolor.

299.5 [5]Pero, de entre el rumor de las distintas voces y el lamento de los huerfanitos, se alza la dulce voz de Jesús: «No lloréis. Vuestra mamá os ha traído a mí, y está aquí con nosotros mientras os llevo a una mamá que no tiene hijos. Se alegrará de tener dos niños buenos en vez del suyo, que ahora está donde vuestra mamá. Porque también ella ha llorado, ¿sabéis? Como a vosotros se os ha muerto vuestra mamá, a ella se le murió su hijito...».

«¡Entonces nosotros vamos con ella y su hijo irá con nuestra mamá!» dice María.

«Exactamente así. Y seréis todos felices».

«¿Cómo es esta mujer? ¿Qué hace? ¿Es una labriega? ¿Tiene un buen amo?». Los niños se interesan.

«No es campesina. Pero tiene un jardín lleno de rosas y es buena como un ángel. Su marido también es bueno. Él también os querrá».

«¿Tú crees, Maestro?» pregunta un poco incrédulo Mateo.

«Estoy seguro. Y vosotros también os convenceréis de ello. Hace tiempo Cusa quería a Margziam para hacer de él un noble».

«¡Ah, eso de ninguna manera!» grita Pedro.

«Margziam será un noble de Cristo. Sólo esto, Simón. ¡Tranquilo!».

El lago se pone de nuevo de color ceniza. Se frunce al levantarse un poco de viento. La vela se tensa, la barca avanza vibrando. Pero los niños están tan embelesados con la idea de su nueva mamá, que no sienten miedo.

[6]Pasa Magdala con sus casas blancas entre la verdura de los cam- 299.6
pos. Pasa la campiña entre Magdala y Tiberíades. Se ven las primeras casas de Tiberíades.

«¿A dónde, Maestro?».

«Al embarcadero de Cusa».

Pedro vira y da indicaciones al mozo. La vela cae, mientras la barca orienta su proa hacia el embarcadero para adentrarse luego en él, hasta detenerse junto al pequeño espigón, seguida por la otra. Están paradas las dos, una detrás de otra, como dos ánades cansadas. Bajan todos. Juan se adelanta corriendo para dar una voz a los jardineros.

Los niños, acobardados, se arriman a Jesús, y María, emitiendo un suspiro, tirando del vestido de Jesús, pregunta: «¿Pero es buena de verdad?».

Juan vuelve: «Maestro, un doméstico está abriendo la cancela. Juana ya está levantada».

«Bien. Esperad todos aquí. Voy a adelantarme».

Y Jesús se encamina solo. Los otros le ven ir adelante y hacen comentarios más o menos favorables al paso que quiere dar Jesús. No faltan dudas ni críticas. Desde el lugar donde están, sólo ven que acude Cusa al encuentro de Jesús, se inclina profundamente en el umbral de la cancela, y se adentra en el jardín a la izquierda de Jesús. Luego no se ve nada más.

[7]Pero yo sí veo. Veo a Jesús andando despacio al lado de Cusa, 299.7
que muestra toda su alegría de recibirle en su casa: «Mi Juana se pondrá muy contenta. Yo también lo estoy. Está cada vez mejor. Me ha hablado del viaje. ¡Qué éxitos, mi Señor!».

«¿No te ha causado pesar?».

«Juana es feliz. Yo me siento feliz de verla feliz a ella. Podía no tenerla ya desde hace meses, Señor».

«Podía haber sido así... Y Yo te la di de nuevo. Tienes que saber ser agradecido con Dios».

Cusa le mira turbado... y susurra: «¿Es una reprensión, Señor?».

«No. Un consejo. Sé bueno, Cusa».

«Maestro, sirvo a Herodes...».

«Lo sé. Pero tu alma no está sometida a nadie, aparte de Dios, si no lo quieres».

«Es verdad, Señor. Me enmendaré. Algunas veces se apodera de mí el respeto humano...».

«¿Lo habrías tenido el año pasado, cuando querías salvar a Juana?».

«¡No! A costa de perder cualquier honor, me habría dirigido a quien hubiera pensado que la podía salvar».

299.8 «Haz lo mismo por tu alma. Es más valiosa aún que Juana. [8]Ahí viene ella».

Viene a su encuentro corriendo por el paseo. Ellos aceleran el paso.

«¡Maestro mío! No esperaba volver a verte tan pronto. ¿Qué bondad tuya te conduce a tu discípula?».

«Una necesidad, Juana».

«¿Una necesidad? ¿Cuál? Habla, que, si podemos, te ayudamos» dicen a la vez los dos esposos.

«Ayer tarde he encontrado en un camino desierto a dos niños... una niñita y un pequeñuelo... Descalzos, andrajosos, hambrientos, solos... y he visto a un hombre de corazón de lobo que los arrojaba de su presencia como si fueran lobos. Estaban medio muertos de hambre... A ese hombre le procuré el bienestar el año pasado y ahora ha negado un pan a dos huérfanos. Porque son huérfanos. Huérfanos... por los caminos de este mundo cruel. Ese hombre recibirá su castigo. ¿Queréis vosotros mi bendición? Yo, Mendigo de amor, extiendo ante vosotros mi mano, para estos huérfanos sin casa, sin vestidos, sin pan, sin amor. ¿Queréis ayudarme?».

«¡Pero, Maestro, ¿lo pides?! ¡Di lo que quieres; cuanto quieras; di todo!...» dice impetuoso Cusa. Juana no habla, pero, con las manos juntas en su pecho, una lágrima en sus largas pestañas, una sonrisa de anhelo en sus rojos labios, espera... y habla más que si hablara.

Jesús la mira y sonríe: «Quisiera que esos niños tuvieran una madre, un padre, una casa. Y que la madre se llamara Juana...».

No tiene tiempo de terminar, porque el grito de Juana es como el

de uno que hubiera sido liberado de una prisión, mientras se postra a besar los pies de su Señor.

«¿Y tú, Cusa, qué dices? ¿Acoges en mi nombre a estos mis amados?, ¿a estos que para mi corazón son mucho más estimables que las preseas?».

«Maestro, ¿dónde están? Llévame a ellos. Por mi honor te juro que desde el momento en que deposite mi mano sobre su cabeza inocente, los querré en tu nombre como un verdadero padre».

«Venid, entonces. Sabía que no venía en vano. Venid. Son agrestes, están asustados, pero son buenos. Fiaos de mí, que veo los corazones y el futuro. Darán paz y unión a vuestra unión, no tanto ahora cuanto en el futuro. En su amor os identificaréis de nuevo. Sus inocentes abrazos serán la mejor argamasa para vuestra casa de esposos. Y el Cielo se os mostrará benigno, siempre misericordioso por esta caridad que hacéis. Están afuera, en la cancela. Venimos de Betsaida...».

Juana no escucha más. Se adelanta, corriendo, cautiva del frenesí de acariciar niños. Y lo hace: cae de rodillas, para estrechar contra su pecho a los dos huerfanitos, y besa sus mejillas macilentas, mientras ellos miran atónitos a esta hermosa señora de vestido enjoyelado. Miran también a Cusa, que los acaricia y coge en brazos a Matías. Miran también el espléndido jardín, y a los domésticos, que están acudiendo al lugar... Y miran la casa, que abre sus vestíbulos llenos de riquezas a Jesús y a sus apóstoles. Y miran a Ester, que los cubre de besos. El mundo de los sueños se ha abierto ante estos pequeños desvalidos...

Jesús observa y sonríe...

300. Con escribas y fariseos en casa del resucitado de Naím.

12 de octubre de 1945.

[1]Hay gran ambiente festivo en la ciudad de Naím: recibe a Jesús 300.1
por primera vez después del milagro del joven Daniel resucitado de la muerte.

Precedido y seguido por un buen número de personas, Jesús atraviesa la ciudad bendiciendo. Además de los de Naím, hay personas de otros lugares, que vienen de Cafarnaúm, adonde habían ido a buscarle y de donde los habían mandado a Caná, y de esta ciudad a Naím. Tengo la impresión de que, ahora que tiene muchos discípulos, Jesús ha creado una red de informaciones, de forma que los pe-

regrinos que le buscan le puedan encontrar a pesar de su continuo cambio de lugar, que, de todas maneras, es de pocas millas al día, tanto cuanto consienten la época del año y la brevedad de los días. Entre estas personas que han venido de otros lugares buscándole, no faltan fariseos y escribas, aparentemente respetuosos...

300.2 [2]Jesús se hospeda en casa del joven resucitado, en la que han concurrido también las personas importantes de la ciudad; y la madre de Daniel, al ver a los escribas y fariseos — siete como los pecados capitales —, toda humilde, los invita, disculpándose de no poder ofrecerles una morada más digna.

«Está el Maestro, está el Maestro, mujer. Ello daría valor incluso a una cueva. Tu casa es mucho más que una cueva. Así que entramos y decimos: "Paz a ti y a tu casa"».

Efectivamente, la mujer, a pesar de que ciertamente no es rica, ha hecho lo posible y lo imposible para dar honor a Jesús. No hay duda de que han entrado en liza todos los bienes de Naím, puestos conjuntamente en movimiento para embellecer la casa y aderezar las mesas. Las respectivas propietarias ojean, desde todos los puntos posibles, a la comitiva que pasa por el pasillo de entrada, y que se dirige a dos habitaciones situadas una frente a la otra, donde la dueña de la casa ha preparado las mesas. Quizás han pedido sólo esto por el préstamo de vajillas, manteles, asientos, y por su ayuda en la cocina; esto sólo: ver de cerca al Maestro y respirar donde Él respira. Y ahora se asoman acá o allá, rojas, llenas de harina o de ceniza, o goteándoles las manos, según su tarea culinaria; ojean, reciben su pedacito de mirada divina, su porcioncita de voz divina, beben la dulce bendición con el oído y la dulce figura con la mirada, y vuelven, todavía más rojas, felices, a la lumbre, a la amasadera o al fregadero.

Felices ellas. Felicísima la que, con la dueña de la casa, ofrece las jofainas de las abluciones a los invitados importantes. Es una jovencita obscura de ojos y cabellos, pero de tez tenuemente sonrosada; más rosa cuando la dueña de la casa explica a Jesús que es la prometida de su hijo y que pronto se celebrarán la bodas. «Hemos esperado a que vinieras para celebrarlas, para que toda la casa quedara por ti santificada. Ahora bendícela, para que sea una buena esposa en esta casa».

Jesús la mira, y, dado que ella se inclina, le impone las manos diciendo: «Florezcan en ti las virtudes de Sara, Rebeca y Raquel; de ti nazcan verdaderos hijos de Dios, para su gloria y para alegría de esta morada».

Ya Jesús y las personas importantes se han purificado y entran

en la sala del banquete con el joven, dueño de la casa, mientras los apóstoles, con otros hombres de Naím menos influyentes, entran en la habitación de enfrente. El banquete empieza.

[3]Comprendo, por lo que hablan, que, antes de que empezase la visión, Jesús había predicado y curado en Naím. Pero los fariseos y escribas poco se detienen en esto. En cambio llenan de preguntas a los de Naím para saber detalles sobre la enfermedad de que había muerto Daniel, sobre las horas que habían transcurrido entre la muerte y la resurrección, y sobre si había sido embalsamado completamente o no, etc. etc. 300.3

Jesús se abstrae de todas estas indagaciones hablando con el resucitado, que está magníficamente y come con un apetito formidable. Pero un fariseo llama a Jesús para preguntarle si había sabido antes de la enfermedad de Daniel.

«Venía de Endor por pura coincidencia, porque había querido complacer a Judas de Keriot, como también había complacido a Juan de Zebedeo. Ni siquiera sabía que había de pasar por Naím cuando empecé el camino para el peregrinaje pascual» responde Jesús.

«¡Ah, no habías ido premeditadamente a Endor?» pregunta asombrado un escriba.

«No. No tenía, entonces, ni la más mínima intención de ir a Endor».

«¿Y entonces cómo es que fuiste?».

«Lo acabo de decir: porque Judas de Simón quería ir».

«¿Y por qué este capricho?».

«Para ver la gruta de la maga».

«Quizás es que Tú habías hablado de eso...».

«¡Jamás! No tenía motivo para hablar de eso».

«Lo que quiero decir es que... quizás habías explicado con ese episodio otros sortilegios, para iniciar a tus discípulos en...».

«¿En qué? Para iniciar en la santidad no se necesitan peregrinajes. Una celda o una landa desierta, un pico de montaña o una casa solitaria van bien igualmente. Basta, en quien enseña, autoridad y santidad, y, en quien escucha, voluntad de santificarse. Yo enseño esto y no otras cosas».

«Pero los milagros que ahora hacen ellos, los discípulos, qué son sino prodigios y...».

«Y voluntad de Dios. Sólo eso. Y cuanto más santos vayan siendo más harán. Con la oración, con el sacrificio y con su obediencia a Dios. No con otras cosas».

«¿Estás seguro de eso?» pregunta un escriba, con la mano en el mentón y mirando de reojo, y de abajo arriba, a Jesús, con tono dis-

cretamente irónico y no sin un sentido de conmiseración.

«Son las armas y las doctrinas que les he dado. Si luego alguno de ellos, y son muchos, se corrompe con innobles prácticas, por soberbia o por otra cosa, el consejo no habrá provenido de mí. Puedo orar para tratar de redimir al culpable. Puedo imponerme duras penitencias expiatorias para obtener que Dios le ayude especialmente con luces de su sabiduría para que vea el error. Puedo arrojarme a sus pies para suplicarle que abandone el pecado, con todo mi amor de Hermano, Maestro y Amigo. Y no pensaría que me estaría rebajando al hacer eso, porque el precio de un alma es tal, que merece la pena sufrir cualquier humillación para ganarla. Pero no puedo hacer más. Si, a pesar de eso, continúa el pecado, llanto y sangre rezumarán de los ojos y el corazón del traicionado e incomprendido Maestro y Amigo». ¡Qué dulzura y qué tristeza en la voz y en la expresión de Jesús!

Los escribas y fariseos se miran entre sí. Es todo un juego de miradas. Pero no hacen ningún comentario al respecto.

300.4 [4]En cambio, eso sí, hacen preguntas al joven Daniel: ¿se acuerda de qué es la muerte?; ¿qué sintió al volver a la vida?; ¿qué vio en el espacio entre la muerte y la vida?

«Yo sé que estaba enfermo y que sufrí la agonía. ¡Oh, qué cosa más tremenda! ¡No me hagáis recordarlo!... Y, no obstante, llegará el día en que tendré que volverla a sufrir. ¡Oh, Maestro!...». Le mira aterrorizado, y empalidece ante el pensamiento de que tendrá que morir otra vez.

Jesús le consuela dulcemente diciendo: «La muerte es de por sí expiación. Tú, muriendo dos veces, quedarás purificado de toda mancha y gozarás en seguida del Cielo. Pero que este pensamiento te haga vivir una vida santa, de forma que sólo haya en ti involuntarias y veniales culpas».

Mas los fariseos vuelven al ataque: «¿Pero qué experimentaste al volver a la vida?».

«Nada. Me he encontré vivo y sano como si me hubiera despertado de un largo sueño pesado».

«¿Pero te acordabas de haber muerto?».

«Me acordaba de que había estado muy mal, hasta la agonía, y nada más».

«¿Y qué recuerdas del otro mundo?».

«Nada. No hay nada. Un agujero negro, un espacio vacío en mi vida... Nada».

«¿Entonces para ti no hay Limbo, ni Purgatorio ni Infierno?».

«¿Quién ha dicho que no existen? Claro que existen. Pero yo no

los recuerdo».

«Pero estás seguro de haber estado muerto?».

Reaccionan todos los que hay de Naím: «¡Que si estaba muerto? ¡Qué más queréis? Cuando le pusimos en la lechiga estaba casi empezando a oler. ¡Y, además!... con todos esos bálsamos y vendas habría muerto hasta un coloso».

«¿Pero tú no te acuerdas de haber muerto?».

«Os he dicho que no». El joven se impacienta y añade: «¿Pero qué es lo que queréis establecer con estas lúgubres argumentaciones?: ¿que un entero pueblo aparentaba que me tenía muerto a mí, incluida mi madre, incluida mi mujer, que estaba en la cama muriendo de dolor, incluido yo, atado y embalsamado, y que no era verdad? ¿Qué estáis diciendo?: ¿que en Naím éramos todos niños o imbéciles con ganas de bromas? Mi madre se puso blanca en pocas horas, mi mujer tuvo que ser asistida porque el dolor y la subsiguiente alegría la habían como enloquecido. ¿Y vosotros dudáis? ¿Y por qué lo íbamos a haber hecho?».

«¿Por qué? ¡Es verdad! ¿Por qué lo íbamos a haber hecho?» dicen los de Naím.

[5]Jesús no habla. Se entretiene con el mantel como si estuviera 300.5
ausente. Los fariseos no saben qué decir... Pero Jesús, al improviso, cuando la conversación y el asunto parecían concluidos, abre su boca y dice: «El porqué es el siguiente. Ellos (y señala a los fariseos y escribas) quieren establecer que tu resurrección no fue sino una artimaña bien montada para aumentar mi estima ante las multitudes: Yo, el que la ideó; vosotros, cómplices para traicionar a Dios y al prójimo. No. Yo dejo las fullerías a los innobles. No necesito hechicerías ni estratagemas, ni artimañas o complicidades, para ser lo que soy. ¿Por qué queréis negar a Dios el poder de devolver el alma a una carne? Si Él la da cuando la carne se forma, y crea una a una las almas, ¿no podrá restablecerla cuando, volviendo a la carne por la oración de su Mesías, puede ser incentivo para que multitud de gente se acerque a la Verdad? ¿Podéis negar a Dios el poder del milagro? ¿Por qué lo queréis negar?».

«¿Eres Tú Dios?».

«Yo soy quien soy. Mis milagros y mi doctrina dicen quién soy».

«¿Y entonces por qué éste no recuerda, mientras que los espíritus invocados saben decir lo que es el más allá?».

«Porque esta alma, ya santificada por la penitencia de una primera muerte, habla la verdad; mientras que lo que sale de los labios de los nigromantes no es verdad».

«Pero Samuel...».

«Pero Samuel fue, por mandato de Dios y no de la maga, a llevar * al desleal para con la Ley el veredicto del Señor *cuyas disposiciones no se hacen objeto de burla*».

300.6 [6]«¿Y entonces, por qué tus discípulos lo hacen?».

La voz arrogante de un fariseo, que ha alzado el tono porque se ha sentido tocado en la herida, llama la atención de los apóstoles, que están en la habitación de enfrente, separados por un pasillo de poco más de un metro de ancho y sin separación de puertas o cortinas gruesas. Sintiendo que es algo que los atañe, se levantan y van al pasillo sin hacer ruido, y se poner a escuchar.

«¿En qué lo hacen? Explícate. Si tu acusación es verdadera, les advertiré que no vuelvan a obrar contra la Ley».

«Yo sé en qué, y como yo muchos otros. Pero descúbrelo Tú por ti mismo, Tú, que resucitas a los muertos y te dices más que profeta. Nosotros, puedes estar seguro, no te lo vamos a decir. Además, tienes ojos para ver también muchas otras cosas cometidas por tus discípulos, hechas cuando no se debe o no hechas cuando se deben hacer. Y Tú no le das importancia a esto».

«¿Queréis indicarme algunas de estas cosas?».

«¿Por qué tus discípulos violan las tradiciones de los antepasados? Hoy los hemos observado. ¡Hoy otra vez! ¡No hace más de una hora! ¡Han entrado en su sala para comer y antes no se han purificado las manos!» (Si los fariseos hubieran dicho: «y antes han degollado a unos cuantos de la ciudad» no habrían expresado un tono tan profundamente lleno de horror).

300.7 [7]«Sí, los habéis observado. Hay muchas cosas que ver. Cosas hermosas y buenas, cosas que mueven a bendecir al Señor por habernos dado la vida para que pudiéramos verlas, y por haberlas creado o consentido. Ésas no las veis. Y, como vosotros, otros muchos. Y la verdad es que perdéis el tiempo y la paz yendo detrás de las cosas no buenas.

Parecéis chacales, o mejor, hienas que corren tras la estela de una pestilencia y no se cuidan de la afluencia de perfumes que vienen en el viento desde jardines llenos de aromas. A las hienas no les gustan las azucenas ni las rosas, jazmines ni alcanfores, cinamomos ni claveles. Para ellas significan olores desagradables. Pero el hedor de un cuerpo en putrefacción en el fondo de un barranco, o en un camino, sepultado bajo los espinos a que le ha arrojado un asesino, o lanzado a una playa desierta por la tempestad, hinchado, cárdeno, agrietado, horrendo, ¡ah, ese hedor es perfume agradable para las hienas! Olis-

* *Samuel fue, por mandato de Dios...*: en *1 Samuel 28, 3-19.*

quean el viento vespertino, que condensa y transporta consigo todos los olores que el sol destila de las cosas que ha calentado, para sentir este vago, sugestivo olor; y, una vez descubierto, una vez captada su dirección, empiezan a correr, con el hocico alzado, los dientes descubiertos por la vibración — semejante a una risa histérica — de las mandíbulas, para ir al lugar de la podredumbre. Y, ya sea cadáver de hombre o de cuadrúpedo, o de culebra quebrantada por el campesino o garduña muerta a manos del ama de casa, o aunque fuera una simple rata... les gusta, sí, les gusta, les gusta. Y en ese hedor en fermentación hunden sus patas, comen, se relamen...

¿Que hay hombres que día tras día se santifican? ¡Eso no les interesa! Pero basta con que uno sólo haga algún mal, basta con que algunos descuiden no ya un precepto divino sino una práctica humana — llamadla tradición, precepto o como queráis... al fin y al cabo una cosa humana —, basta eso para ir allí y acusar; aunque se trate solamente de una sospecha... cuando menos para darse la satisfacción de ver que la sospecha era una realidad.

[8]Pues bien, responded ahora vosotros, vosotros que habéis venido 300.8
aquí no por amor, sino con maligna intención, responded: ¿Por qué violáis el precepto de Dios por una tradición vuestra? ¡No me diréis ahora que una tradición es más que un mandamiento! Pues bien, Dios dijo: "Honra a tu padre y a tu madre", y también: "Quien maldijere a su padre o a su madre será reo de muerte". Pero vosotros decís: "Aquel que dijere a su padre y a su madre: 'Lo que debías recibir de mí es korbán' no está obligado a usarlo para su padre o para su madre". Por tanto, con vuestra tradición, habéis anulado el precepto de Dios.

¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías diciendo: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; en vano me honran, pues, enseñando doctrinas y preceptos de hombre".

Estáis atentos a las tradiciones de los hombres, al lavado de ánforas y copas, de platos y manos, y otras cosas semejantes; pero, eso sí, descuidáis los preceptos de Dios. Os escandalizáis porque uno no se lave las manos; pero, eso sí, justificáis la ingratitud y la avaricia de un hijo ofreciéndole la escapatoria de la ofrenda sacrificial para no dar un pan a quien le engendró y ahora necesita ayuda y él tiene la obligación de honrarle porque es padre suyo. Alteráis y violáis la palabra de Dios por obedecer a palabras vuestras, elevadas por vosotros a precepto. Así, os proclamáis más justos que Dios. Os arrogáis el derecho de legisladores, siendo así que sólo Dios es Legislador en su pueblo. Vosotros...».

Y seguiría; pero el grupo enemigo abandona la sala bajo la grani-

zada de acusaciones, chocándose con los apóstoles y con todas las otras personas que estaban en la casa, invitados o gente venida a ayudar a la dueña de la casa, los cuales, atraídos por el tañido de la voz de Jesús, se habían agrupado en el pasillo.

300.9 [9]Jesús, que se había puesto de pie, se sienta de nuevo, e indica a todos los presentes que entren adonde está Él. Les dice: «Escuchad todos y comprended esta verdad. No hay nada fuera del hombre que entrando en él le pueda contaminar. Lo que sale del hombre es lo que contamina. Quien tenga oídos para oír que oiga, y use la razón para comprender y la voluntad para obrar. Y ahora salgamos. Vosotros de Naím perseverad en el bien y esté siempre con vosotros mi paz».

Se levanta, saluda en particular a los dueños de la casa, y se encamina por el pasillo.

Pero ve a las mujeres amigas, que, recogidas en un ángulo, le miran embelesadas, y se dirige a ellas para decirles: «Paz a vosotras también. Que el Cielo os pague el haberme socorrido con un amor que no me ha permitido echar de menos la mesa materna. He sentido vuestro amor de madres en cada miga de pan, en cada una de las viandas guisadas o asadas, en el dulce de miel, en el vino fresco y aromático. Amadme siempre así, buenas mujeres de Naím. Y la próxima vez no trabajéis tanto para mí. Es suficiente un pan y un puñado de aceitunas condimentadas con vuestra sonrisa materna y vuestra mirada honesta y buena. Sed felices en vuestras casas, porque tenéis el agradecimiento del Perseguido, que se pone en camino consolado por vuestro amor».

Las mujeres, todas, felices a pesar de estar llorando, se han arrodillado; y Él, al pasar, roza apenas, una a una, sus cabellos blancos o negros, como para bendecirlas. Luego sale y reanuda su camino...

Las primeras sombras de la noche descienden y celan la palidez de Jesús, entristecido por *demasiadas* cosas.

301. Parábola de las frentes destronadas y explicación de la parábola sobre lo no puro.

13 de octubre de 1945.

301.1 [1]Jesús regresa solamente a Endor. Se detiene en la primera casa del pueblo, que es más un aprisco que una casa; pero, precisamente por serlo, con establos bajos, cerrados, colmados de heno, puede alojar a los trece peregrinos. El dueño, un hombre rudo pero bueno, se apresura a llevar una lámpara y un pequeño cubo de leche espumo-

sa, y unos panes muy oscuros. Luego se retira, con la bendición de Jesús, que se queda sólo con los doce apóstoles.

Jesús ofrece el pan y lo distribuye. A falta de escudillas o tazas, cada uno moja sus rebanadas de pan en el cubo y, cuando tiene sed, bebe directamente de él. Jesús sólo bebe un poco de leche. [2]Está se- 301.2
rio, silencioso... Tanto que, acabada la comida, saciada el hambre que en los apóstoles nunca falta, terminan por darse cuenta de su mutismo.

Andrés es el primero que pregunta: «¿Qué te sucede, Maestro? Te veo triste o cansado...».

«No niego que lo esté».

«¿Por qué? ¿Por esos fariseos? Pues si ya deberías estar acostumbrado a ellos... ¡Casi, casi que me he acostumbrado yo que...! Ya sabes cómo era yo las primeras veces con ellos. ¡Cantan siempre la misma canción!... La verdad es que las serpientes sólo pueden silbar; jamás ninguna logrará imitar el canto del ruiseñor. Se termina por no hacer caso» dice Pedro, parte convencido, parte queriendo liberar de preocupaciones a Jesús.

«Así es como se pierde el control y se cae en sus roscas. Os ruego que no os habituéis nunca a las voces del Mal como si fueran voces inocuas».

«¡Ah, sí! Pero no deberías estar triste, si es sólo por eso. Ya ves cómo te ama el mundo» dice Mateo.

«¿Pero es sólo por eso por lo que estás triste de esa forma? Dímelo, Maestro bueno. ¿O es que te han referido mentiras, o te han insinuado calumnias, o sospechas, o qué sé yo... respecto a nosotros, que te queremos?» pregunta presuroso y lisonjero el Iscariote, pasando un brazo por detrás de Jesús, que está sentado en el heno a su lado.

[3]Jesús vuelve la cara en la dirección de Judas. Sus ojos emanan 301.3
un relámpago fosfórico a la luz trémula de la lámpara colocada en el suelo, en medio del círculo de los que están sentados en el heno dispuesto como bajo asiento en redondel. Jesús mira muy fijamente a Judas de Keriot, y, mirándole, le pregunta: «¿Y me crees tan necio como para recibir como verdaderas las insinuaciones de cualquiera, hasta el punto de preocuparme por ellas? Son las realidades, Judas de Simón, las que me preocupan» y su mirada no deja ni un momento de hincarse, derecha como un calador, en la pupila oscura de Judas.

«¿Qué realidades te turban, entonces?» pregunta seguro el Iscariote.

«Las que veo en el fondo de los corazones y leo en las frentes *destronadas*». Jesús marca mucho esta palabra.

Todos se agitan: «¿Destronadas? ¿Por qué? ¿Qué quieres decir?».

«Un rey pierde el trono cuando es indigno de permanecer en él. Lo primero que se le quita es la corona que tiene en su frente como en el lugar más noble del hombre, único animal que — siendo animal como materia, pero sobrenatural como ser dotado de alma — tiene la frente erguida hacia el cielo. Mas no es necesario ser rey con un trono terreno para poder ser destronados. Todo hombre es rey por el alma y su trono está en el Cielo. Pero cuando un hombre prostituye su alma y viene a ser un animal, y viene a ser un demonio, entonces pierde el trono. El mundo está lleno de frentes destronadas, que ya no están erguidas hacia el Cielo, sino agachadas hacia el Abismo, gravadas con la palabra que en ellas ha esculpido Satanás. ¿Queréis saber qué palabra es? Es la que leo en las frentes. Está escrito en ellas: "¡Vendido!". Y, para que no tengáis dudas acerca de quién es el comprador, os digo que es Satanás, en sí mismo y en los siervos que tiene en el mundo».

«¡Comprendo! Esos fariseos, por ejemplo, son siervos de un siervo que está por encima de ellos y que a su vez es siervo de Satanás» dice convencido Pedro.

Jesús no rebate.

301.4 [4]«Pero, ¿sabes, Maestro, que esos fariseos, cuando han oído tus palabras, se han marchado escandalizados? Al salir se han chocado conmigo y lo decían... Has estado muy tajante» observa Bartolomé.

Y Jesús replica: «Pero muy verdadero. Si se tienen que decir estas cosas, es culpa de ellos, no mía. Es más, decirlas es un acto de caridad por mi parte. Toda planta que no haya plantado mi Padre celeste debe ser arrancada; y plantas no plantadas por Él es el improductivo brezal de parásitas hierbas, sofocantes, espinosas, que ahogan la semilla de la Verdad santa. Caridad es extirpar las tradiciones y preceptos que ahogan el Decálogo, lo enmascaran, hacen de él una cosa ineficaz e imposible de ser observado. Para las almas honestas, es caridad hacerlo. Respecto a ésos, a los alteros obstinados, cerrados a toda acción y consejo del Amor, dejadlos; que los sigan los que por corazón y por tendencias son semejantes a ellos. Son ciegos, guías de ciegos. Si un ciego guía a otro ciego, por fuerza caerán los dos en la fosa. Dejadlos que se nutran de esas cosas contaminadas a las que dan el nombre "pureza"; ya no pueden contaminarlos más, porque lo único que hacen es colocarse bien en la matriz de que provienen».

301.5 [5]«¿Esto que dices ahora empalma con cuanto dijiste en casa de Daniel, ¿no es verdad? Que no es lo que entra en el hombre lo que contamina, sino lo que sale del hombre» pregunta, pensativo, Simón

el Zelote.

«Sí» dice escuetamente Jesús.

Pedro, después de un silencio, porque la seriedad de Jesús congela hasta el carácter más exuberante, solicita: «Maestro, yo — y no sólo yo — no he comprendido bien la parábola. Explícanosla un poco. ¿Cómo es que lo que entra no contamina y lo que sale contamina? Yo, si tomo un ánfora limpia y meto en ella agua sucia, la ensucio. Por tanto, lo que entra en el ánfora la ensucia. Pero si de un ánfora llena de agua pura arrojo agua al suelo, no ensucio el ánfora, porque del ánfora sale agua pura. ¿Y entonces?».

[6]Y Jesús: «Nosotros no somos ánforas, Simón. No somos ánforas, 301.6
amigos. ¡Y en el hombre no todo es puro! ¿Entonces también vosotros estáis sin inteligencia? Reflexionad sobre el caso que esgrimían contra vosotros los fariseos. Vosotros, decían, os contaminabais porque llevabais alimento a vuestra boca con manos polvorientas, sudadas... bueno, sin lavar. Pero, ¿esa comida a dónde iba? De la boca al estómago, de éste al vientre, del vientre a la cloaca. ¿Podrá, pues, portar impureza a *todo* el cuerpo, y a lo que en él está contenido, pasando sólo por el canal a ello destinado, cumpliendo su oficio de nutrir a la carne, sólo a ella, para terminar, como conviene, en una cloaca? ¡No es esto lo que contamina al hombre! Lo que contamina al hombre es lo que es *suyo*, únicamente *suyo*, aquello que su *yo* ha engendrado y dado a la luz. O sea, aquello que tiene en el corazón y del corazón sube a los labios y a la cabeza y corrompe el pensamiento y la palabra y contamina a todo el hombre. Del corazón vienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios y las blasfemias. Del corazón vienen avaricias, lujurias, soberbias, envidias, iras, apetitos intemperados, ocios pecaminosos. Del corazón viene el fómite de las distintas acciones; si el corazón es malo, malas serán éstas como el corazón. *Todas las acciones*: desde los actos de idolatría a las murmuraciones insinceras... Todas estas cosas malas que van del interior hacia afuera contaminan al hombre, no el comer sin lavarse las manos. La ciencia de Dios no es cosa del suelo, lodo para ser pisado por todo pie; es algo sublime, que habita en las regiones de las estrellas, de donde desciende con rayos de luz para informar de sí a los justos. No queráis, vosotros al menos, arrancarla de los cielos para envilecerla en el fango... Id a descansar ahora. Yo salgo para orar».

302. En Magdala, antes de mandar a todos a sus respectivas familias para las Encenias.

14 de octubre de 1945.

302.1 [1]Agua, agua, agua... Los apóstoles, poco satisfechos de ir bajo la lluvia, insinúan a Jesús que si no sería mejor buscar refugio en Nazaret, que no está lejos... y Pedro dice: «Luego podríamos reanudar la marcha con el niño...». El «no» de Jesús es tan seco, que ninguno se atreve a insistir.

Jesús va delante, completamente solo... Los otros van detrás, mohínos, en dos grupos.

Luego Pedro, no sabiendo resistir más, se acerca a Jesús. «Maestro, ¿me aceptas aquí?» pregunta un poco apesadumbrado.

«Siempre me eres grato, Simón. Ven».

Pedro se tranquiliza. Camina con paso forzado al lado de Jesús, que con sus largos pasos recorre mucho camino fácilmente. Al poco rato dice: «Maestro... ¡qué bonito si hubiéramos traído con nosotros al niño para la fiesta...!».

Jesús no responde.

«Maestro, ¿por qué no me das esta satisfacción?».

«Simón, te estás arriesgando a que te quite el niño».

«¡No! ¡Señor! ¿Por qué?». Pedro está aterrorizado por la amenaza y desolado.

«Porque no quiero que estés atado a nada. Te lo dije cuando te concedí a Margziam. Tú, sin embargo, te estás encallando en este afecto».

«No es pecado amar. Y amar a Margziam... Tú también le quieres...».

«Pero este amor no me impide darme enteramente a mi misión. ¿No tienes presentes mis palabras sobre los afectos humanos?, ¿mis consejos — tan claros que son órdenes — acerca de quien quiere poner la mano en el arado? ¿Te estás cansando, Simón de Jonás, de ser *heroicamente* mi discípulo?».

Pedro responde con voz ronca de llanto: «No, Señor. Tengo presente todo y no estoy cansado. Me da la impresión de que sea lo contrario... Que Tú estés cansado de mí, del pobre Simón que ha dejado todo por seguirte...».

«Que ha hallado todo siguiéndome, querrás decir».

«No... Sí... Maestro... Yo soy un pobre hombre...».

«Lo sé. Precisamente por eso te labro. Para hacer del pobre hombre un hombre, y de éste un santo, mi Apóstol, mi Piedra. Soy duro para hacerte duro. No quiero que seas blando como este fango, sino

un bloque escuadrado, perfecto: la Piedra de base. ¿No comprendes
* que esto es amor? ¿No recuerdas lo que dice el Sabio? Dice que quien
ama es severo. [2]¡Pero compréndeme, hombre! ¡Compréndeme tú, al 302.2
menos! ¿No ves cómo estoy agobiado, desolado por tantas incomprensiones, por demasiadas simulaciones, por la mucha indiferencia, y por las aún más numerosas desilusiones?».

«¿Te sientes... te sientes así, Maestro? ¡Oh! ¡Divina Misericordia! ¡Y yo sin darme cuenta! ¡Pero qué animal soy!... Pero, ¿desde cuándo? ¿Por causa de quién? Dímelo...».

«No se gana nada con decírtelo. No podrías hacer nada. Ni siquiera Yo puedo hacer nada...».

«¿No podría hacer absolutamente nada para aliviarte?».

«Ya te lo he dicho: comprender que mi severidad es amor. Ver el amor en todo acto mío respecto a ti».

«Sí, sí. Ya no hablo más. ¡Mi amado Maestro! Ya no hablo más. Perdona a este completo animal que soy. Dame una prueba de que realmente me perdonas...».

«¡La prueba! Verdaderamente debería bastarte mi sí. De todas formas te doy la prueba. Mira: no puedo ir a Nazaret porque en Nazaret están Juan de Endor y Síntica además de Margziam, y no se debe saber».

«¿Ni siquiera nosotros? ¿Por qué?... ¡Ah! ¡¿Maestro?! ¡¿Maestro?! ¿Desconfías de alguno de nosotros?».

«La prudencia enseña que cuando se debe guardar secreto de una cosa demasiado es que dos la sepan. Se puede hacer daño también con una palabra dicha a la ligera. Y no todos ni siempre sois reflexivos».

«Es verdad... no lo soy tampoco yo. Pero cuando quiero sé callar. Y en este caso callaré. ¡Sin duda callaré! Dejaré de ser Simón de Jonás si no sé callar! Gracias, Maestro, por tu estima. Esto sí que es una gran prueba de amor... [3]¿Entonces ahora vamos a Tariquea?». 302.3

«Sí. Luego a Magdala con las barcas. Tengo que retirar el oro de las joyas...».

«¡Ves como sé guardar silencio! ¡No le he dicho nada a Judas, eh!».

Jesús no comenta la interrupción. Continúa: «Una vez que haya retirado el oro, os dejo a todos libres hasta el día de las Encenias. Si necesito a alguno de vosotros, os llamo para que vayáis a Nazaret. Los judíos, excepto Simón Zelote, acompañarán a las hermanas de

---

* *el Sabio* es Salomón, que habla de la severidad como signo de amor en *Proverbios 3, 12; 13, 24.*

Lázaro y a sus criadas, más Elisa de Betsur, a la casa de Betania. Luego irán para las Encenias a sus casas. Me bastará con que estén de regreso para el final de Sabat; entonces reanudaremos la marcha. Esto lo sabes tú sólo, ¿verdad, Simón Pedro?».

«Lo sé yo sólo. Pero... de todas formas, tendrás que decirlo...».

«Lo diré en su momento. Ahora regresa con los compañeros y estáte seguro de mi amor».

Pedro obedece contento, y Jesús se vuelve a ensimismar en sus pensamientos.

302.4 [4]Las olas se rompen contra la playita de Magdala, cuando las dos barcas tocan tierra al caer de una tarde del mes de noviembre. No son olas grandes. En todo caso, son molestas para quien desembarca, porque los vestidos se mojan. Pero la perspectiva del ya próximo alojamiento en casa de María de Magdala hace soportar sin refunfuños el no deseado baño.

«Poned en seguro las barcas y luego nos alcanzáis» dice Jesús a los mozos. Y, en seguida, se pone en camino siguiendo el litoral, porque han desembarcado en una pequeña ensenada que está un poco fuera de la ciudad y en la que hay otras barcas de pescadores de Magdala.

«Judas de Simón y Tomás, venid aquí conmigo» llama Jesús. Los dos van sin demora. «He decidido daros un encargo de confianza y, al mismo tiempo, una alegría. El cometido es éste: que acompañéis a las hermanas de Lázaro a Betania. Y, con ellas, a Elisa. Os estimo lo suficiente como para confiaros las discípulas. Aprovecharéis para llevar una carta mía a Lázaro. Luego, una vez cumplido este cometido, iréis a vuestras casas, para las Encenias... No interrumpas, Judas. Todos pasaremos las Encenias en *nuestra* casa, este año. Es un invierno demasiado lluvioso para poder viajar. Como podéis ver, incluso los enfermos son más escasos. Por tanto, aprovecharemos de ello para descansar y dar una satisfacción a nuestra familias. Os espero en Cafarnaúm para el final de Sabat».

«¿Pero vas a estar en Cafarnaúm?» pregunta Tomás.

«No estoy todavía seguro de dónde voy a estar. En un sitio o en otro, para mí es igual. Basta con tener cerca a mi Madre».

«Yo prefería pasar las Encenias contigo» dice el Iscariote.

«Te creo. Pero, si me amas, obedece; mucho más, considerando que vuestra obediencia os proporcionará la manera de ayudar a los discípulos que se han vuelto a esparcir por todas partes. ¡Sí que tenéis que ayudarme en esto! En las familias los hijos mayores son los que ayudan a los padres en la formación de los hijos menores. Voso-

tros sois los hermanos mayores de los discípulos, que son los menores, y os debéis sentir contentos de que Yo me ponga en vuestras manos. Ello es señal de que he quedado contento de vuestra reciente actuación».

[5]Tomás dice sencillamente: «Demasiado bueno, Maestro. Pero, 302.5
por lo que a mí respecta, trataré de hacer las cosas ahora todavía mejor. De todas formas, siento dejarte... Bueno... pasará pronto... Y mi anciano padre se sentirá contento de tenerme para la fiesta... y también mis hermanas... ¡Y mi hermana gemela?... Debe haber tenido un niño, o estará para tenerle... Mi primer sobrino... Si es varón y nace cuando estoy yo, ¿qué nombre le pongo?».

«José».

«¿Y si es niña?».

«María. No hay nombres más dulces».

Judas, sin embargo, orgulloso del encargo recibido, ya está pavoneándose y haciendo proyectos y más proyectos... Se ha olvidado completamente de que se aleja de Jesús, mientras que, poco tiempo antes (hacia los Tabernáculos, si bien recuerdo), había protestado como un potro salvaje ante la disposición de Jesús de separarse de Él por un tiempo. Pierde también de vista completamente la sospecha de entonces de que era un deseo de Jesús de apartarle. Todo lo olvida... y está contento de ser considerado una persona a la que se le pueden confiar cometidos delicados. Promete: «Te traeré mucho dinero para los pobres» y, mientras, saca la bolsa y dice: «Toma éstos. Es todo lo que tenemos. No tengo más. Tú dame el viático para nuestro viaje de Betania a nuestra casa».

«Pero no partimos esta noche» objeta Tomás.

«No importa. En casa de María no hace falta más dinero, por tanto... Bien contento estoy de no tener más dinero que manejar... Cuando vuelva le traeré a tu Madre semillas de flores. Se las pediré a mi madre. Quiero también traer un regalo a Margziam...» Judas está exaltado. Jesús le mira...

[6]Ya llegan a la casa de María de Magdala. Se dan a conocer y en- 302.6
tran todos. Las mujeres acuden llenas de alegría al encuentro del Maestro, que ha venido a alojarse en su hogar.

Después de la cena, cuando ya los apóstoles, cansados, se han retirado, Jesús, sentado en el centro de una sala, rodeado por el círculo de las discípulas, comunica a éstas su deseo de que partan cuanto antes. Al contrario de los apóstoles, ninguna de ellas protesta. Inclinan la cabeza en señal de asentimiento y salen para preparar sus equipajes.

Jesús llama a la Magdalena cuando está para atravesar el um-

bral de la puerta. «¿Entonces, María? ¿Por qué me has susurrado a mi llegada: "Tengo que hablarte en secreto"?».

«Maestro, he vendido las piedras preciosas. En Tiberíades. Las ha vendido Marcela con la ayuda de Isaac. Tengo la suma en mi habitación. No he querido que Judas viera nada...» y se pone muy colorada.

Jesús la mira fijamente, pero no dice nada.

La Magdalena sale... y vuelve con una pesada bolsa y se la da a Jesús. «Aquí tienes» dice. «Las han pagado bien».

«Gracias, María».

«Gracias, Rabbuní, por haberme pedido este favor. ¿Deseas pedirme alguna cosa más?...».

«No, María. Y tú, ¿tienes algo más que decirme?».

«No, Señor. Bendíceme, Maestro mío».

302.7 «Sí. Te bendigo... [7]María... ¿estás contenta de volver donde Lázaro? Imagínate que Yo ya no estuviera en Palestina. ¿Volverías gustosa a casa, entonces?».

«Sí, Señor. Pero...».

«Termina, María. No tengas miedo nunca de manifestarme lo que piensas».

«Pero estaría más contenta de volver a casa si en vez de Judas de Keriot viniera Simón el Zelote, gran amigo de familia».

«Le necesito para una seria misión».

«Entonces tus hermanos, o Juan, de corazón de paloma. Bueno, todos menos él... Señor no me mires con severidad... Quien se ha alimentado de lujuria siente su proximidad... No la temo. Sé controlar a alguien que supera ampliamente a Judas. Es mi terror a no ser perdonada, es mi *yo*, es Satanás, que ciertamente da vueltas en torno a mí, es el mundo... Pero si María de Teófilo no tiene miedo de ninguno, María de Jesús siente repulsa por el vicio que la había subyugado, y la... Señor... El hombre que brega por la carnalidad me da asco...».

«No estás sola en el viaje, María. Y contigo estoy seguro de que no se volverá para atrás... Ten presente que debo proveer para la partida de Síntica y Juan para Antioquía, y que ello no debe saberlo quien es un imprudente...».

«Es verdad. Iré entonces... Maestro, ¿cuándo nos volveremos a ver?».

«No lo sé, María. Quizás no antes de la Pascua. Ve en paz ahora. Te bendigo esta noche y todas las noches, y, contigo, a tu hermana y al buen Lázaro».

María se agacha para besar los pies de Jesús y sale, dejando solo a Jesús en la silenciosa habitación.

303. Jesús donde su Madre en Nazaret.

15 de octubre de 1945.

[1]Una noche obscura de diciembre. Fría, ventosa. Aparte de las hojas arrancadas de aquellos árboles que todavía las tienen y que zurren con los silbidos del viento, no se siente ruido alguno por las calles de Nazaret, obscuras como las de una ciudad muerta. A través de las casas trancadas no se filtran ni luz ni ruidos. Es verdaderamente una noche de lobos... 303.1

Y, no obstante, por las calles desiertas de Nazaret, se mueve el Cordero de Dios, en dirección a su casa. Alta sombra obscura con su vestido obscuro, casi se pierde en la tiniebla de esta noche sin estrellas, y su paso es sólo un leve crujido cuando su pie apoya sobre un conjunto de hojas que el viento, tras haberlas remolineado en el aire, ha depositado en el suelo, para, inmediatamente, volver a tomarlas y llevarlas a otro sitio.

Llega a la casa de María Cleofás. Un momento duda si entrar en el huerto y llamar a la puerta de la cocina o si seguir... Pero luego sigue, sin detenerse. Ya está en la callecita de su casa. Ya se ve el atormentado ondear de los olivos en el promontorio contra el que está construida la casa: un ondear negro en el cielo negro. Acelera el paso. Llega a la puerta. Escucha atentamente. ¡Tan fácil es oír lo que sucede en esa casa tan pequeña! Basta arrimarse a las jambas para tener sólo los pocos centímetros de la madera de la puerta entre quien escucha y quien habla... Y, no obstante, no oye ninguna voz.

«Es tarde» suspira. «Esperaré a que amanezca para llamar».

[2]Pero mientras está para irse llega hasta Él el rítmico sonido del telar. Sonríe. Dice: «Está levantada. Teje. Sin duda es Ella... Es la cadencia de Mamá». Yo no puedo ver su cara, pero estoy segura de que sonríe, porque la sonrisa se oye en su voz, antes triste, ahora alegre. 303.2

Llama. El sonido cesa un momento; luego, el ruido de una silla echada para atrás; luego, la voz argentina que pregunta: «¿Quién llama?».

«¡Yo, Mamá!».

«¡Hijo mío!». Un dulce grito de alegría (grito, aunque mantenido en tono bajo). Se oye el rumor confuso de las manos en los cerrojos... se oye descorrerlos... y la puerta se abre, poniendo un recorte de oro en el color negro de la noche. María cae en los brazos de Jesús, allí mismo, en el umbral de la puerta... como si no pudieran retrasar un minuto: Él, recibirla; Ella, abandonarse en ese Corazón. «¡Hijo! ¡Hi-

jo! ¡Hijo mío!».

Besos, las dulces palabras «Mamá — Hijo»... Luego entran y la puerta se cierra de nuevo, despacio.

María, en voz baja, explica: «Están todos durmiendo. Yo velaba... Desde que han vuelto Santiago y Judas y han dicho que Tú venías detrás, te he esperado siempre hasta tarde. ¿Tienes frío, Jesús? Sí. Estás de hielo. Ven. He mantenido encendida la lumbre. Voy a echar un haz de ramas. Así te calentarás». Y le lleva de la mano como si siguiera siendo el pequeño Jesús...

La llama resplandece alegre y crepitante en la lumbre avivada. María mira a Jesús, que extiende las manos hacia la llama para calentárselas. «¡Qué pálido estás! No estabas así cuando nos separamos... Cada vez estás más delgado y pálido, Hijo mío. Tiempo atrás eras de leche y rosas; ahora pareces hecho de marfil añoso. ¿Qué otras cosas te han sucedido, Hijo mío? ¿Otra vez los fariseos?».

«Sí... y más cosas. Pero ahora me siento feliz, aquí contigo; muy pronto estaré perfectamente. ¡Este año se celebran aquí las Encenias, Mamá! Cumplo la edad perfecta aquí a tu lado. ¿Te sientes contenta?».

«Sí. Pero la edad perfecta para ti, corazón mío, está todavía lejana... Eres joven, y para mí sigues siendo mi Niño. Mira, ya está caliente la leche. ¿Quieres beberla aquí o allí en la otra habitación?».

«Allí, Mamá. Ahora tengo calor. Me la bebo mientras cubres tu telar».

303.3 [3]Vuelven a la pequeña habitación. Jesús se sienta en el arquibanco, junto a la mesa, y se bebe la leche. María le mira y sonríe. Sonríe más todavía cuando toca el talego de Jesús y lo pone encima de una repisa. Sonríe tanto que Jesús pregunta: «¿En qué piensas?».

«Estoy pensando en que has llegado precisamente en el aniversario de nuestra partida para Belén. También entonces había talegos y arquetas abiertas y llenas de ropa, especialmente de ropa pequeña... para un Pequeñuelo que podía nacer — decía a José —, que *debía* nacer — me decía a mí misma —, en Belén de Judá... Los tenía escondidos en el fondo, porque José tenía miedo de esto... No sabía todavía que el nacimiento del Hijo de Dios no estaría sujeto, ni para Él mismo ni para su Mamá, a las comunes miserias de dar a luz y de nacer. No sabía... y tenía miedo de estar lejos de Nazaret conmigo en ese estado. Estaba segura de que iba a ser Puérpera allí... Exultabas demasiado en mí por la alegría de haber llegado a tu Natalicio, y, por tanto, al Natalicio de la Redención, como para que pudiera equivocarme. Los ángeles remolineaban en torno a la Mujer que te llevaba a ti, mi Dios... Ya no era el sublime Arcángel,

ni el dulcísimo Ángel custodio mío, como meses antes. En ese momento era un sinfín de coros de ángeles, que, como saetas, venían del Cielo de Dios a mi pequeño Cielo: mi seno, donde estabas Tú... Los oía cantar y hablarse con sus palabras de luz... palabras ansiosas de verte a ti, Encarnado Dios... Los oía en esas fugas suyas de amor, fugas del Paraíso para venir a adorarte, Amor del Padre, escondido en mi seno. Y yo trataba de aprender sus palabras... sus cantos... sus ardores... Pero una criatura humana no puede ni decir ni tener cosas de Cielo...».

Jesús la escucha, sentado. Ella está de pie, junto a la mesa. Él, muy feliz; ella, soñando... una manita relajada sobre la obscura madera; la otra, apoyada contra el corazón... Jesús cubre su manita blanca y delicada con la suya, larga y más obscura; y aprieta en su puño esa manita santa... Y cuando ella calla, casi deplorando el no haber podido aprender de los ángeles palabras, cantos y ardores, Jesús dice: «¡Todas las palabras de los ángeles, todos sus cantos, todos sus ardores, no me habrían hecho feliz en la tierra, si no hubiera gozado de los tuyos, Mamá mía! Tú me dijiste y me diste aquello que ellos no pudieron darme. De ti, ellos aprendieron, no tú de ellos... [4]Ven aquí, Mamá, a mi lado; sígueme contando cosas... No de entonces, sino de ahora. ¿Qué estabas haciendo?». 303.4

«Estaba trabajando...».

«Lo sé. Pero, ¿qué era? De seguro que te estabas fatigando por mí. Déjame ver...».

María se pone más colorada que la tela que está sobre el telar y que está siendo observada por Jesús, que se ha levantado.

«¿Púrpura? ¿Quién te la ha dado?».

«Judas de Keriot. La consiguió de los pescadores de Sidón, creo. Quiere que te haga una túnica regia... Te voy a hacer la túnica, pero Tú no necesitas la púrpura para ser rey».

«Judas es más tozudo que un mulo» es el único comentario respecto a la púrpura regalada...

Luego se vuelve a su Madre: «¿Y se hace una túnica entera con eso que te ha dado?».

«¡No, Hijo! Podrá servir para las orlas de la túnica y del manto. Más no».

«Bien. Entiendo por qué tejes franjas estrechas. Entonces... Mamá, me parece muy bien esta idea. Consérvame aparte estas franjas; un día te diré que las uses para un bonito vestido. Pero todavía hay tiempo. No te mates a trabajar».

«Trabajo cuando estoy en Nazaret...».

«Es verdad... [5]¿Y los otros qué han hecho en este tiempo?». 303.5

«Se han instruido».

«Es decir, los *has* instruido. ¿Qué te parecen?».

«¡Oh, son tres personas buenas! Aparte de ti, nunca he tenido alumnos más dulces y atentos. He tratado también de dar un poco de fuerzas a Juan. Está muy enfermo. No vivirá mucho...».

«Lo sé. Pero para él es un bien. Por lo demás, él mismo lo desea. Ha comprendido espontáneamente el valor del sufrimiento y de la muerte. ¿Y Síntica?».

«Es una pena mandarla lejos. Vale por cien discípulos por santidad y por capacidad de entender lo sobrenatural».

«Comprendo. Pero tengo que hacerlo».

«Lo que haces está siempre bien hecho, Hijo».

«¿Y el niño?».

«También aprende. Pero estos días está muy triste... Se acuerda de la desgracia de la que ahora se cumple un año... ¡Oh, no ha habido mucha alegría aquí!... Juan y Síntica están afligidos pensando en la partida de aquí, el niño llora pensando en su mamá muerta...».

«¿Y tú?».

«Yo... ya sabes, Hijo. No hay sol cuando estás lejos de mí. No lo habría ni aunque el mundo te amara; pero, al menos, habría cielo sereno... Sin embargo...».

«Hay llanto. ¡Pobre Mamá!... ¿No te han hecho preguntas acerca de Juan y Síntica?».

«¿Quién crees que iba a hacerlas? María de Alfeo sabe, pero guarda silencio. Alfeo de Sara ha visto ya a Juan, pero no se siente curioso. Le llama "el discípulo"».

«¿Y los demás?».

«Menos María y Alfeo, ninguno viene a esta casa. Alguna mujer, para algún trabajo o consejo. Pero los hombres de Nazaret ya no atraviesan mi puerta».

«¿Ni siquiera José y Simón?».

«...No... Simón me manda aceite, harina, aceitunas, leña, huevos... como para subsanar el hecho de no comprenderte, como para hablar a través de estos presentes. Pero se los da a María, su madre, y aquí no viene. Pero es que además viniera quien viniere solamente me vería a mí, porque Síntica y Juan se retiran cuando llama alguna persona...».

«Una vida muy triste».

«Sí. Y el niño sufre un poco por ello; tanto es así que ahora María de Alfeo se lo lleva consigo cuando me hace las compras. Pero ahora ya no estaremos tristes, mi Jesús: ¡estás Tú!».

«Estoy Yo... Ahora vamos a dormir. Bendíceme, Mamá, como

cuando era niño».

«Bendíceme, Hijo. Soy tu discípula».

Se besan... Encienden una nueva lamparita y salen para ir a descansar.

304. Con Juan de Endor, Síntica y Margziam. María es Madre y Maestra.

16 de octubre de 1945.

[1]«¡Maestro! ¡Maestro! ¡Maestro!». Los tres gritos de Juan de En- 304.1
dor, que al salir de su habitación para ir a la pila a lavarse se ha encontrado de frente a Jesús que de allí viene, despiertan a Margziam, el cual sale corriendo de la habitación de María, vestido sólo con una camisola sin mangas y corta, todavía descalzo, todo ojos y boca, para ver y gritar: «¡Está aquí Jesús!», y todo piernas para correr y trepar a sus brazos. Despiertan también a Síntica (que duerme en el ex taller de José), la cual, pasados unos momentos, sale, ya vestida pero con sus obscuras trenzas todavía semisueltas y congándole por los hombros.

Jesús, con el niño todavía en los brazos, saluda a Juan y a Síntica, y los exhorta a entrar en la casa, porque la tramontana es muy fuerte. Entra Él el primero, y lleva al semidesnudo Margziam, que castañetea los dientes a pesar de su entusiasmo, al lado de la lumbre, ya encendida, donde María se apresura a calentar leche y luego la ropa del niño para que no se pesque una enfermedad.

Los otros dos no hablan, pero parecen la personificación de la alegría extática. Jesús, que está sentado con el niño en su regazo mientras la Virgen, presurosamente, le arreboza en la ropa calentada, alza la cara y les sonríe diciéndoles: «Os prometí que vendría. Y hoy o mañana viene también Simón Zelote. Ha ido, por indicación mía, a otro lugar, pero pronto vendrá y estaremos juntos bastantes días».

[2]El aseo de Margziam ha terminado; ya el color vuelve a sus ca- 304.2
rrillitos lívidos de frío. Jesús le baja de sus rodillas y se pone de pie. Pasa a la habitación de al lado, seguido por todos. La última es María, con el niño de la mano, al cual regaña dulcemente así: «¿Qué tendría que hacer yo ahora contigo? Has desobedecido. Te había dicho: "Estáte en la cama hasta que vuelva", y has venido antes...».

«Me he despertado por los gritos de Juan...» se disculpa Margziam.

«Precisamente entonces debías saber obedecer. Estar en la cama

mientras uno duerme no es obediencia, y no hay ningún mérito en hacerlo. Debías haber sabido hacerlo cuando había mérito porque exigía voluntad. Yo te habría llevado a Jesús. Le habrías tenido todo para ti, y sin el riesgo de cogerte una enfermedad».

«No sabía que hacía tanto frío».

«Pero yo sí que lo sabía. Me apena el verte desobediente».

«No, Mamá. Me apena más a mí el verte así... ¡Si no hubiera sido por Jesús no me habría levantado ni aunque me hubieras olvidado en la cama sin comer, Mamá guapa, Mamá mía!... Dame un beso, Mamaíta. ¡Ya sabes que soy un pobre niño!...».

María le toma en brazos y le besa, deteniendo así las lágrimas en su carita, a la que devuelve la sonrisa con la promesa del niño: «¡No te voy a volver a desobedecer nunca, nunca, nunca!».

304.3 [3]Jesús, entretanto, habla con los dos discípulos. Se informa de sus progresos en la Sabiduría, y, dado que dicen que por la palabra de María todo se ilumina en ellos, dice: «Lo sé. La sobrenaturalmente luminosa Sabiduría de Dios se hace comprensible luz incluso para los más duros de corazón si es ella quien la expone. Pero vosotros no sois duros de corazón, así que os beneficiáis enteramente de su enseñanza».

«Ahora estás Tú, Hijo. La maestra se convierte de nuevo en alumna».

«¡No! Tú sigues siendo maestra. Yo te escucharé como ellos. Estos días soy sólo "el Hijo". Nada más. Tú serás la Madre y Maestra de los cristianos. Lo eres ya desde ahora: Yo, tu Primogénito y primer alumno; éstos, y con ellos Simón cuando venga, los otros... ¿Ves, Madre? El mundo está aquí: el mundo del mañana en el pequeño israelita puro que ni siquiera se dará cuenta de hacerse "el cristiano"; el mundo, el viejo mundo de Israel, en el Zelote; la humanidad en Juan; los gentiles en Síntica. Y vienen todos a ti, santa Criadora que das leche de Sabiduría y Vida al mundo y a los siglos. ¡Cuántas bocas han deseado prenderse a tu pezón! ¡Y cuántas lo harán en el futuro! Te anhelaron los Patriarcas y los Profetas, porque de tu seno fecundo había de venir el Alimento del hombre. Y te buscarán, como otro Margziam cada uno de ellos, los "míos", para ser perdonados, instruidos, defendidos, amados. ¡Y dichosos los que lo hagan! Porque no será posible perseverar en Cristo si no se fortalece la gracia con tu ayuda, Madre llena de Gracia».

María parece una rosa vestida de obscuro, de tanto como se le ha encendido el rostro por la alabanza de su Hijo: una espléndida rosa muy humildemente vestida, de gruesa lana marrón obscura...

304.4 [4]Llaman y entran en grupo María de Alfeo, Santiago y Judas, car-

gados, estos últimos, de ánforas de agua y haces de leña. La alegría de verse es recíproca, y aumenta cuando vienen a saber que pronto llegará el Zelote. El afecto de los hijos de Alfeo por él es claro, incluso sin tener en cuenta la frase que Judas dice como respuesta a la observación de su madre, que repara en esta alegría de ellos: «Mamá, precisamente en esta casa, una noche muy triste para nosotros, nos dio afecto de padre, y lo mantiene. Esto no podemos olvidarlo. Para nosotros es "el padre"; nosotros para él "los hijos". ¿Qué hijos no exultan al volver a ver a un padre bueno?».

María de Alfeo reflexiona y suspira... Luego, muy práctica incluso en medio de sus penas, pregunta: «¿Y dónde le vais a meter para dormir? No tenéis sitio. Mandadlo a mi casa».

«No, María. Estará bajo mi techo. Se resuelve pronto. Síntica duerme con mi Madre, Yo con Margziam, Simón en el taller. Es más, lo mejor será preparar las cosas en seguida. Vamos».

Y los hombres salen al huerto con Síntica, mientras las dos Maríias van a la cocina para sus tareas.

305. Jesús consuela a Margziam con la parábola de los pajarillos.

17 de octubre de 1945.

[1]Jesús sale de casa llevando al niño de la mano. No entran en el 305.1
centro de Nazaret; al contrario, salen del centro, por la misma calle recorrida por Jesús la primera vez que dejó su casa para la vida pública; llegados a las primeras matas de olivos, dejan la vía principal para seguir senderos que van por entre los árboles, en busca del sol templado que ha seguido a días de temporal.

Jesús invita al niño a correr y a saltar. Pero Margziam responde: «Prefiero estar a tu lado. Ya soy grande y soy un discípulo».

Jesús sonríe por esta... competente profesión de edad y dignidad. Verdaderamente, es un bien *pequeño* discípulo el que camina a su lado: nadie le echaría más de diez años. Pero nadie puede negar que sea un discípulo, y menos de todos Jesús, que se limita a decir: «Pero te vas a aburrir estando callado mientras Yo hago oración. Te traía conmigo con intención de que te divirtieras».

«No podría divertirme estos días... Pero estar a tu lado me con- 305.2
suela mucho... [2]Te he añorado *mucho* durante este tiempo... porque... porque...». El niño aprieta los labios temblorosos y no dice nada más.

Jesús le pone una mano en la cabeza y dice: «Quien cree en mi

palabra no debe estar triste como los que no creen. Yo digo la verdad siempre. Digo la verdad también cuando aseguro que no hay separación entre las almas de los justos que están en el seno de Abraham y las de los justos que están en la tierra. Yo soy la Resurrección y la Vida, Margziam. Y transmito la Vida incluso antes de cumplir mi misión. Siempre me has dicho que tus padres anhelaban la venida del Mesías y le pedían a Dios vivir mucho para verle. Por tanto creían en mí. Se han dormido en esta fe. Por tanto ya están salvados por ella, ya han resucitado y viven por ella. Porque esta fe da vida dando sed de justicia. Piensa tú cuántas veces habrán resistido a las tentaciones para ser dignos de encontrar al Salvador...».

«Pero han muerto sin haberte visto, Señor... Y han muerto de esa forma... Yo vi sacar de la tierra a todos los muertos del pueblo, ¿sabes?... A mi mamá, a mi padre... a mis hermanitos... ¡Qué me importa si para consolarme me decían: "Los tuyos no están así. No han sufrido"! ¡Oh, que no han sufrido!... ¿Acaso eran plumas las rocas que les cayeron encima? ¿Era aire la tierra y el agua que los ahogó? ¿Su razón acaso no habrá sufrido sintiéndose morir, pensando en mí?...». El niño está muy nervioso por el dolor. Gesticula vivamente, erguido frente a Jesús, casi agresivo...

Pero Jesús comprende ese dolor, esa necesidad de expresarlo, y le deja hablar. Jesús no es de esos que a quien delira por un *verdadero* dolor le dice: «Calla, que me escandalizas».

305.3 [3]El niño prosigue: «¿Y después? ¿Qué sucedió después? ¡Ya sabes lo que sucedió después! Si no hubieras venido Tú, me habría convertido en una fiera, o habría muerto como una serpiente en el bosque. Y no habría vuelto a reunirme con mi mamá, con mi padre, con mis hermanos, porque odiaba a Doras y... y ya no amaba a Dios como antes cuando estaba mi mamá que me quería y que me hacía amar al prójimo. Sentía casi odio por los pájaros que se llenaban el buche, que tenían plumas calientes, que rehacían sus nidos... yo, que tenía hambre, que llevaba una túnica rota, que ya no tenía casa... Los alejaba de mí, yo, que siento amor por los pájaros, por la ira que me venía al compararme con ellos. Y luego lloraba porque sentía que había sido malo y que merecía el infierno...».

«¡Ah! ¿Te arrepentías, entonces, de ser malo?».

«Sí, Señor. ¿Pero, cómo podía ser bueno? Mi anciano padre era bueno. Pero él decía: "Dentro de poco terminará todo. Soy viejo...". ¡Pero yo no era viejo! ¿Cuántos años, antes de poder trabajar como un hombre y comer no como un perro callejero? Si no hubieras venido Tú, habría acabado siendo un maleante».

«No habrías acabado maleante, porque tu mamá oraba por ti.

¿Ves como vine y te tomé conmigo? Esto es prueba de que Dios te amaba y de que tu madre velaba por ti».

El niño guarda silencio, pensando. Mira tanto al suelo que pisa, que parece como si buscara luz en él, mientras va caminando al lado de Jesús por la hierba un poco requemada a causa de la tramontana de los días anteriores. Luego levanta la cabeza y pregunta: «¿Pero no habría sido una prueba más bonita, si no hubiera llamado de este mundo a mi mamá?».

[4]Jesús sonríe por la lógica humana de la mente infantil. Pero explica, serio y bueno: «Mira, Margziam. Para que comprendas, te voy poner una comparación. Tú me has dicho que te gustan los pajaritos, ¿no es verdad? Escúchame ahora. ¿Los pajaritos están hechos para volar o para estar en una jaula?». 305.4

«Para volar».

«Bien. ¿Y las mamás de los pajaritos cómo los alimentan cuando son pequeños?».

«Les dan la comida en el pico».

«Sí. ¿Pero qué les dan?».

«Semillas, moscas, larvas, o migas de pan, o trocitos de fruta que se encuentran, volando por ahí».

«Muy bien. Ahora escúchame. Si esta primavera encontraras un nido en el suelo, con las crías dentro y la madre encima, ¿qué harías?».

«Lo cogería».

«¿Todo? ¿Así como está? ¿También con la madre?».

«Todo. Porque es demasiado triste ser una cría y no tener mamá».

* «Verdaderamente en el Deuteronomio está escrito que se coja sólo a las crías y se deje libre a la madre, sagrada para generar».

«Pero si es una buena mamá no se marcha. Corre a donde están sus polluelos. La mía habría hecho eso. Ni siquiera a ti me habría entregado para siempre, porque todavía soy un niño. Venir también ella conmigo no habría podido, porque mis hermanitos eran todavía más pequeños que yo. Así que no me habría dejado que me fuera».

«Está bien. Pero, escucha: según tú, ¿demostrarías más amor a esa madre de los pajaritos, y a los propios polluelos, teniendo la jaula abierta para que entrara y saliera con el alimento apropiado, o teniendo prisionera también a la madre?».

«¡Hombre!... Le demostraría más amor dejándola entrar y salir hasta que sus pequeñuelos fueran grandes... y le demostraría todo el

---

* *en el Deuteronomio está escrito...*: en *Deuteronomio 22, 6-7.*

amor si, quedándome con ellos, una vez que fueran grandes, la dejase libre a ella, porque el pájaro está hecho para volar... Verdaderamente... para ser bueno completamente... debería dejar que se marcharan también los polluelos ya crecidos y devolverlos al estado libre... Sería el más auténtico amor que podría demostrarles... Y el más justo... ¡Ah, sí! El más justo, porque obrando así no haría sino permitir que se cumpliera cuanto Dios ha querido para los pájaros...».

«¡Exactamente, Margziam! ¡Has hablado verdaderamente como un sabio! ¡Serás un gran maestro de tu Señor, y quien te escuche te creerá porque hablarás como persona sabia!».

«¡¿Sí, Jesús?!». La carita, antes inquieta y triste, luego sombría por la reflexión, concentrada en el esfuerzo de juzgar lo mejor, se tranquiliza y resplandece de alegría laudatoria.

305.5 «Sí, Margziam. [5]Ahora observa esto: tú, sólo porque eres un niño excelente, juzgas así. Imagínate cómo juzgará Dios, que es Perfección en todo, respecto a las almas y su bien. Como pájaros son las almas, que la carne aprisiona en su jaula. La tierra es el lugar al que son conducidas con la jaula. Pero aspiran ardientemente a la libertad del Cielo, anhelan el Sol que es Dios, el Alimento justo para ellas, que es la contemplación de Dios. Ningún amor humano, ni siquiera el santo amor de la madre por sus hijos o de los hijos por su madre, es tan fuerte como para ahogar este deseo de las almas de reunirse con su Origen, que es Dios. Como tampoco Dios, por su perfecto amor hacia nosotros, encuentra razón alguna que sea tan fuerte como para superar su deseo de reunirse con el alma que le desea. ¿Y entonces qué sucede? Algunas veces la ama tanto que le dice: "¡Ven! Te libero". Y lo dice aunque haya niños en torno a una madre. Él ve todo, sabe todo, todo lo que hace lo hace bien. Cuando libera a un alma — podrá no parecerles así a los hombres con su intelecto relativo, pero es así —, cuando libera a un alma, siempre lo hace por un bien mayor, de esa propia alma y de sus allegados. Él entonces —ya te lo he dicho otras veces — añade al ministerio del ángel custodio el ministerio de esa alma que ha llamado a sí, y que ama a sus allegados con un amor exento de lastres humanos, pues los ama en Dios. Cuando libera a un alma, Él mismo se encarga de substituirla a ella en los cuidados hacia los que siguen en la tierra. ¿No lo ha hecho contigo acaso? ¿No ha hecho de ti, pequeño hijo de Israel, mi discípulo, mi sacerdote del mañana?».

«Sí, Señor».

«Ahora, fíjate. Yo liberaré a tu madre y no tendrá necesidad de tus sufragios. Pero tú, si ella hubiera muerto después de la Reden-

ción y hubiera necesitado sufragios, habrías podido sufragarla como sacerdote. Fíjate: sólo habrías podido gastar en ofrendas a un sacerdote del Templo, para que se llevase a cabo un sacrificio por ella, de víctimas como corderos o palomas u otro producto de la tierra; esto si hubieras seguido siendo el pequeño labriego Yabés junto a tu madre. ¡Sin embargo, tú, Margziam, sacerdote de Cristo, podrías celebrar para ella directamente el Sacrificio verdadero de la Víctima perfecta, en cuyo nombre todo perdón es concedido!».

«¿Y ya no lo voy a poder hacer?».

«No por tu padre, tu madre y tus hermanitos; pero lo podrás hacer por amigos y discípulos tuyos. [6]¿No es hermoso todo esto?». 305.6

«Sí, Señor».

«Volvamos, pues, a casa, sosegados».

«Sí... ¡Pero no te he dejado hacer oración!... Lo siento...».

«¡Pero si hemos hecho oración, hombre! Hemos considerado las verdades, hemos contemplado a Dios en sus bondades... Todo esto es oración. Has hecho oración como un verdadero adulto. ¡Ánimo, ahora! Vamos a cantar un bonito salmo de alabanza por la alegría que tenemos». Y entona: «"Un bonito canto ha brotado de mi corazón..."». *

Margziam une su voz de plata al bronce y oro de la de Jesús.

306. También Simón Zelote está en Nazaret. Lección sobre los daños del ocio.

18 de octubre de 1945.

[1]Anochece pronto en diciembre. Pronto se encienden las lámparas 306.1
y la familia se reúne en una única habitación. También es así en la casita de Nazaret, y, mientras las dos mujeres trabajan, una en el telar, la otra con la aguja, Jesús y Juan de Endor, sentados junto a la mesa, conversan en tono bajo, y Margziam termina de alisar dos arcones puestos en el suelo.

El niño trabaja con todo su ahínco, hasta que Jesús se levanta, se agacha a tocar la madera y dice: «Ya basta. Está bien lisa. Mañana la podremos barnizar. Ahora mete todo en su sitio, que mañana seguiremos trabajando».

Y, mientras Margziam sale con sus instrumentos de pulimento —espátulas duras con pieles rasposas de pescado clavadas en ellas, que cumplen el oficio de nuestra lija; y una especie de cuchillos, que

* Después de las palabras *de mi corazón,* MV pone, en el manuscrito original, la anotación *Salmo 44*, que en la nueva versión de la Biblia corresponde al *Salmo 45*.

ciertamente no son de acero, empleados para el mismo trabajo —, Jesús toma en sus fuertes brazos uno de los arcones y lo lleva al taller, donde ciertamente se ha trabajado porque hay serrín y viruta junto a uno de los bancos, que, para esta ocasión, ha sido puesto de nuevo en el centro. Margziam ya ha colocado sus herramientas en los correspondientes soportes, y ahora está recogiendo la viruta para — dice — echarla al fuego; querría también barrer el serrín, pero prefiere hacerlo Juan de Endor. Todo está ya en orden cuando Jesús vuelve con el segundo arcón y lo coloca junto al primero.

306.2 [2]Cuando están para salir los tres, se oye llamar a la puerta de la casa; inmediatamente después, la voz grave del Zelote resuena con el reverente saludo que dirige a María: «Te saludo, Madre de mi Señor. Bendigo vuestra bondad, que me concede habitar bajo vuestro techo».

«Ha llegado Simón. Ahora sabremos el porqué de su retraso. Vamos...» dice Jesús.

Entran en la pequeña habitación donde está el apóstol con las mujeres, cuando éste se está liberando de un voluminoso envoltorio que lleva a las espaldas.

«Paz a ti, Simón...».

«¡Oh, Maestro bendito! ¿Me he retrasado, verdad? Pero he hecho todo y lo he hecho bien...».

Se besan. Luego Simón sigue explicando: «He estado en casa de la viuda del carpintero. Tus ayudas son muy oportunas. La anciana * está muy enferma y, por tanto, han aumentado los gastos. El pequeño carpintero se da maña en trabajar en objetos pequeños como él, y te recuerda siempre. Todos te bendicen. Luego fui a ver a Nara, Samira y Sira. El hermano se muestra más duro que nunca, pero ellas están en paz, como santas que son, y comen su pobre pan condimentado con llanto y perdón. Te bendicen por la ayuda que les has enviado. Pero te suplican que ores para que su duro hermano se convierta. También te bendice la anciana Raquel por el óbolo. Por último, he estado en Tiberíades para las compras. Espero haber acertado. Ahora lo verán las mujeres... Pero en Tiberíades me han retenido algunos que me creían un emisario tuyo. Me han tenido secuestrado tres días... ¡Prisión dorada, hasta cierto punto, pero prisión al fin y al cabo!... Querían saber muchas cosas... He dicho la verdad: que nos habías dejado libertad a todos y que Tú, por tu parte, te habías retirado durante el período más malo del invierno... Cuando se persuadieron de que era verdad — incluso porque fueron a casa de Simón de Jo-

---

* De la *viuda del carpintero* se ha tratado en 266.2, 267, 268.1/2, 269.1. *Nara, Samira y Sira*, nombradas luego, son las hermanas que ya nos hemos encontrado en 277.2.

nás y de Felipe y no te encontraron ni supieron más cosas —, me dejaron partir. Incluso la disculpa del mal tiempo, con estos bonitos días, no valía ya. Por eso me he retrasado».

«No importa. Tendremos tiempo de estar juntos. Gracias por todo... [3]Madre, mira con Síntica lo que hay en el envoltorio y dime si 306.3
piensas que es suficiente para lo que ya sabes...» y, mientras las mujeres desenvuelven el envoltorio, Jesús se sienta y habla con Simón.

«¿Y Tú qué has hecho, Maestro?».

«Dos arcones, para no estar ocioso y porque serán útiles. He paseado, he gozado de mi casa...».

Simón le mira muy fijamente... Pero no dice nada.

Las exclamaciones de Margziam, que ve salir del envoltorio telas, prendas de lana, sandalias, velos y cinturones, hacen que Jesús y sus dos compañeros se vuelvan en esa dirección.

María dice: «Todo va bien, muy bien. Nos pondremos en seguida a trabajar y pronto estará todo cosido».

El niño pregunta: «¿Te vas a casar, Jesús?».

Todos se echan a reír. Jesús pregunta: «¿Qué te lo hace suponer?».

«Esta ropa de hombre y de mujer, y los dos arcones que has hecho. Son el ajuar tuyo y de la prometida. ¿Me la presentas?».

«¿Quieres verdaderamente conocer a mi prometida?».

«¡Oh, sí! ¡Será guapísima y muy buena! ¿Cómo se llama?...».

«Es un secreto por ahora. Porque tiene dos nombres, como tú, que primero eras Yabés y luego Margziam».

«¿Y no puedo saberlos?».

«Por ahora no. Pero un día los sabrás».

«¿Me invitas a los esponsales?».

«No será una fiesta adecuada para niños. Te invitaré a la fiesta nupcial. Serás uno de los invitados y testigos. ¿Te parece bien?».

«Pero ¿cuánto tiempo falta? ¿Un mes?».

«¡Mucho más!».

«¿Y entonces por qué has trabajado tan deprisa que te has provocado ampollas en las manos?».

«Las ampollas me han salido porque había dejado de trabajar con las manos. [4]¿Ves, niño, que el ocio es penoso? Siempre. Cuando luego 306.4
uno vuelve al trabajo sufre el doble, porque se ha hecho demasiado delicado. ¡Imagínate tú: si perjudica así a las manos, qué daño no hará al alma! ¿Ves? Esta misma tarde he tenido que decirte: "ayúdame", porque sufría tanto que no podía tener la escofina, mientras que hace sólo dos años trabajaba incluso catorce horas al día sin sentir dolor. Lo mismo pasa con quien se vuelve tibio en el fervor, en la voluntad. Pierde vigor, se hace débil. Más fácilmente se cansa de to-

do. Con mayor facilidad, siendo débil, entran en él los venenos de las enfermedades espirituales. Por el contrario, cumple con doble dificultad las obras buenas que antes no le costaba cumplir porque estaba en continuo ejercicio. ¡No conviene nunca estar ociosos diciendo: "Pasado este período volveré más fresco al trabajo"! No lo lograría nunca; o con extremo esfuerzo».

«¡Pero Tú no has estado ocioso!».

«No. He hecho otro tipo de trabajo. Pero date cuenta de que el ocio de mis manos ha sido perjudicial para ellas». Y Jesús muestra las palmas enrojecidas y con ampollas en varios puntos.

Margziam las besa diciendo: «Mi mamá, cuando yo me hacía daño, hacía esto, porque el amor cura».

«Sí, el amor cura de *muchas* cosas... Bien... Ven, Simón. Dormirás en el taller del carpintero. Ven, que te voy a decir dónde puedes colocar tu ropa y...».

Salen y todo termina.

307. Controversia en la casa de Nazaret acerca de las culpas de los nazarenos. Lección sobre la tendencia al pecado a pesar de la Redención.

19 de octubre de 1945.

307.1 [1]El telar está parado porque María y Síntica están cosiendo muy diligentemente las telas que ha traído el Zelote. Doblan y ponen encima de la mesa, en montones ordenados por colores, los pedazos de vestidos ya cortados. Cada cierto tiempo, las mujeres cogen uno para hilvanarlo sobre la mesa. Así que los hombres se ven arrinconados hacia el inactivo telar, cerca, pero no interesados en el trabajo de las mujeres.

Están también los dos apóstoles Judas y Santiago de Alfeo, los cuales, por su parte, observan la intensa labor femenina, sin hacer preguntas, pero creo que no sin curiosidad.

Los dos primos hablan de sus hermanos, especialmente de Simón, que los ha acompañado hasta la puerta de Jesús y luego se ha marchado «porque tiene un niño enfermo» dice Santiago para suavizar la cosa y disculpar a su hermano. Judas se muestra más severo; dice: «Precisamente por eso debía venir. Pero parece que él también se ha vuelto idiota. Como todos los nazarenos, por lo demás, si se excluyen Alfeo y los dos discípulos que ahora quién sabe dónde están.

307.2 [2]Se ve que Nazaret no tiene de bueno nada más, y que ha escupido todo lo bueno que tenía, como si fuera un sabor molesto para esta

ciudad nuestra...».

«No hables así» ruega Jesús. «No te envenenes el corazón... No es culpa suya...».

«¿De quién, entonces?».

«De muchas cosas... No investigues. De todas formas, no toda Nazaret es enemiga. Los niños...».

«Porque son niños».

«Las mujeres...».

«Porque son mujeres. Pero no son ni los niños ni las mujeres quienes afirmarán tu Reino».

«¿Por qué, Judas? Te equivocas. Los niños de hoy serán precisamente los discípulos de mañana, los que propagarán el Reino por toda la Tierra. Y las mujeres... ¿Por qué no lo pueden hacer?».

«Ciertamente, no podrás hacer de las mujeres apóstoles; al máximo, serán discípulas, como Tú has dicho, que servirán de ayuda a los discípulos».

«Un día cambiarás la opinión sobre muchas cosas, hermano mío. Pero ni siquiera intento convencerte de tu error. Chocaría contra una mentalidad que te viene de siglos de conceptos y prejuicios errados acerca de la mujer. Lo único que te ruego es que observes, que anotes, en ti, las diferencias que ves entre las discípulas y los discípulos, y que observes, fríamente, su adecuación a mis enseñanzas. Verás cómo, empezando por tu madre, que se podría decir que ha sido la primera de las discípulas en el orden del tiempo y del heroísmo — y lo sigue siendo, haciendo frente con valentía a toda una ciudad que la vitupera por serme fiel; resistiendo contra las voces de su sangre, que no le ahorra reproches por serme fiel —, verás cómo las discípulas son mejores que vosotros».

«Lo reconozco, es verdad. ¿Pero en Nazaret dónde están también las mujeres discípulas? Las hijas de Alfeo, las madres de Ismael y de Aser y sus hermanas. Y basta. Demasiado poco. Querría no volver a Nazaret para no ver todo esto».

«¡Pobrecilla tu madre! Le darías un gran dolor» interviene María.

«Es verdad» dice Santiago. «Tiene muchas esperanzas de lograr conciliar a nuestros hermanos con Jesús y con nosotros. Creo que no desea sino esto. Pero, ciertamente, no es estando lejos como lo conseguiremos. Hasta ahora te he hecho caso en estar como aislado; pero, desde mañana, quiero salir a estar con unos u otros... Porque, si vamos a tener que evangelizar incluso a los gentiles, ¿no vamos a evangelizar nuestra ciudad? Me niego a creer que toda ella sea mala, que no se la puede convertir».

Judas Tadeo no rebate, pero está visiblemente inquieto.

307.3 [3]Simón Zelote, que había estado todo el tiempo callado, interviene: «No querría insinuar sospechas. Pero consentidme que os haga una pregunta para consolar vuestro espíritu. Ésta: ¿Estáis seguros de que en la actitud de reserva de Nazaret no haya fuerzas externas, venidas de otros lugares y que aquí operan bien, sobre la base de un elemento que debería, si se razonara con justicia, dar las mejores garantías de seguridad de que el Maestro es el Santo de Dios? El conocimiento de la vida perfecta de Jesús, nazareno, debería facilitar a los nazarenos el aceptarle como el Mesías prometido. Yo más que vosotros, y conmigo muchos de mi edad, en Nazaret hemos conocido, al menos de oídas, a algunos supuestos Mesías. Y os aseguro que su vida íntima desacreditaba las más obstinadas aserciones de mesianidad en ellos. Roma los ha perseguido ferozmente como a rebeldes. Pero, aparte de la idea política, que Roma no podía permitir que existiera en los lugares de su dominio, estos falsos Mesías, por muchos motivos privados, habrían merecido castigo. Nosotros los instigábamos y sosteníamos, porque nos servían para saciar nuestro espíritu de rebelión contra Roma; los secundábamos, porque, estando embotados, hemos creído — hasta que el Maestro ha aclarado la verdad, y, por desgracia, a pesar de esto, todavía no creemos como deberíamos, o sea, totalmente —, hemos creído ver en ellos al "rey" prometido. Ellos halagaban nuestro espíritu afligido con esperanzas de independencia nacional y de reconstrucción del reino de Israel. ¡Pero, ay, qué miseria! ¡¿Qué reino, lábil y degenerado, habría sido?! No. Llamar a esos falsos Mesías reyes de Israel y fundadores del Reino prometido era en verdad degradar profundamente la idea mesiánica. En el Maestro, a la profundidad de su doctrina se une la santidad de vida, y Nazaret, como ninguna otra ciudad, la conoce. No tengo ninguna intención de acusar a los nazarenos de incredulidad respecto al carácter sobrenatural de su venida, que ellos ignoran. ¡Pero la vida! ¡*Su* vida!... Ahora tanto resentimiento, tanta impenetrable resistencia... Bueno, mucho más que eso: tanta resistencia aumentada. ¿Y el origen de una resistencia tan crecida no podría estar en maniobras enemigas? Sabemos cómo son los enemigos de Jesús, sabemos la influencia que tienen. ¿Pensáis que sólo aquí se hayan mantenido inactivos y ausentes, si en todos los lugares nos han precedido, o se nos han juntado, o nos han seguido, para destruir la obra de Cristo? No acuséis a Nazaret como si fuera la única culpable. Mas bien llorad por ella, desviada por los enemigos de Jesús».

«Muy bien lo has dicho, Simón: Llorad por ella...» dice Jesús. Y está triste.

Juan de Endor observa: «También has dicho muy bien eso de que

el elemento favorable se transforma en desfavorable porque el hombre raramente piensa con justicia. Aquí el primer obstáculo es el nacimiento humilde, la infancia humilde, la adolescencia humilde, la juventud humilde de nuestro Jesús. El hombre olvida que los valores se celan bajo apariencias modestas, mientras que los que no son nada se camuflan bajo apariencia de grandes seres para imponerse a las muchedumbres».

«Será así... Pero ello no cambia en nada mi pensamiento acerca de los nazarenos. Sea cual fuere lo que les hayan dicho, debían saber juzgar por las obras reales del Maestro, no por las palabras de unos desconocidos».

[4]Un largo silencio, roto únicamente por el ruido de telas que la Virgen divide en franjas para hacer de ellas orlas. Síntica no ha hablado en todo este tiempo, a pesar de haber estado atentísima. Conserva siempre esa actitud suya de profundo respeto, de discreción, que solamente con María o con el niño se hace menos rígida. Pero ahora el niño se ha dormido, sentado en un taburete justo a los pies de Síntica y con la cabeza apoyada en las rodillas de ella sobre su brazo doblado. Por eso ella no se mueve y espera a que María le pase las franjas de tela. 307.4

«¡Qué sueño más inocente!... ¡Está sonriendo!...» observa María inclinándose hacia la carita durmiente.

«¡Qué estará soñando?» dice, sonriendo, Simón.

«Es un niño muy inteligente. Aprende pronto y pide explicaciones precisas. Hace preguntas muy agudas y quiere respuestas claras. Sobre todas las cosas. Confieso que algunas veces me veo en dificultad para responder. Son argumentos superiores a su edad, y, algunas veces, también a mi capacidad de explicarlos» dice Juan.

«¡Ah, sí! Como aquel día... ¿Te acuerdas, Juan? ¡Tuviste dos alumnos muy mortificantes ese día! ¡Y muy ignorantes!» dice Síntica, sonriendo levemente y mirando fijamente al discípulo con su mirada profunda.

Juan sonríe a su vez y dice: «Sí. Y vosotros tuvisteis un maestro muy incapaz, que tuvo que pedir ayuda a la verdadera Maestra... porque, en ninguno de los muchos libros que había leído, este pedagogo ignorante había encontrado la respuesta para un niño. Señal de que soy un pedagogo ignorante todavía».

«La ciencia humana es ignorante todavía. Lo insuficiente no era el pedagogo, sino lo que le habían dado para serlo. ¡La pobre ciencia humana! ¡Oh, qué mutilada la veo! Me recuerda a una divinidad que era venerada en Grecia. ¡Se requería verdaderamente la materialidad pagana para poder creer que, por estar privada de alas, la Victo-

ria fuera para siempre propiedad de los griegos! No sólo las alas a la Victoria; la libertad incluso nos han quitado... Mejor hubiera sido, en nuestra creencia, que hubiera tenido alas. Habríamos podido concebirla capaz de volar para arrebatar rayos celestes y asaetear a los enemigos. Pero, así, sin alas, no daba esperanza sino desconsuelo y mensaje de tristeza. No la podía mirar sin apenarme... La veía doliente, descorazonada por su mutilación. Un símbolo de dolor, no de alegría... Y lo fue. Pero es que el hombre hace con la Ciencia lo mismo que con la Victoria. Le amputa las alas que bañarían en lo sobrenatural el saber y darían una clave para abrir muchos secretos de lo cognoscible y de la creación. Han creído, y creen, que, mutilándole las alas la tienen cautiva... Lo único que han hecho ha sido reducirla a minusválida... La Ciencia alada sería Sabiduría. Así, en ese estado, es solamente comprensión parcial».

307.5 [5]«¿Y mi Madre os dio respuesta ese día?».

«Con perfecta claridad y con casta palabra, adecuada para el oído de un niño y de dos adultos de sexo distinto sin que ninguno se ruborizase».

«¿Sobre qué versaba?».

«Sobre el pecado original, Maestro. Tomé nota de la explicación de tu Madre para recordarla» dice Síntica; y también Juan de Endor dice: «También yo. Creo que será una cosa muy solicitada, si un día se va a los gentiles. Yo no creo que vaya porque...».

«¿Por qué, Juan?».

«Porque viviré poco».

«¿Pero irías con gusto?».

«Más que muchos otros de Israel, porque no tengo prejuicios. Y también... Sí, también por esto. Yo di mal ejemplo entre los gentiles, en Cintium, y en Anatolia. Hubiera deseado poder hacer el bien en los lugares en que he hecho el mal. El bien que debería hacer: llevar tu palabra allí, darte a conocer... Pero habría sido demasiado honor... No lo merezco...».

307.6 Jesús le mira sonriendo, pero no dice nada a este respecto. [6]Pregunta: «¿Y no tenéis otras preguntas que hacer?».

«Yo tengo una. Me ha surgido la otra noche, cuando hablabas del ocio con el niño. He tratado de darme una respuesta, pero no lo he conseguido. Esperaba al sábado para hacértela, cuando las manos están inactivas y nuestra alma, en tus manos, es elevada a Dios» dice Síntica.

«Haz ahora tu pregunta, mientras esperamos la hora del descanso».

«Maestro. Tú dijiste que, si uno se vuelve tibio en el trabajo espi-

ritual, se debilita y predispone a las enfermedades del espíritu. ¿No es así?».

«Sí, mujer».

«Pues bien, esto me parece en contraste con cuanto os he oído a ti y a tu Madre acerca del pecado original, sus efectos en nosotros, la liberación de éste por medio de ti. Me habéis enseñado que con la Redención quedará anulado el pecado original. Creo que no yerro si digo que será anulado no para todos, sino solamente para aquellos que crean en ti».

«Es verdad».

«Dejo, por tanto a los otros, y tomo en consideración a uno de estos salvados. Le contemplo después de los efectos de la Redención. Su alma ya no tiene el pecado original. Vuelve, pues, a poseer la Gracia como la tenían los Progenitores. ¿Esto no le dará un vigor que no podrá sufrir desfallecimiento alguno? Tú dirás: "El hombre comete también pecados personales". Bien, de acuerdo. Pero pienso que también éstos caerán con tu Redención. No te pregunto cómo. Pero supongo que, como testimonio de que ella se ha producido verdaderamente — y no sé cómo acontecerá, si bien cuanto se refiere a ti en el Libro sagrado hace temblar, y espero que sea sufrimiento simbólico, restringido a lo moral, aunque el dolor moral no es una ilusión sino un espasmo quizás mucho más atroz que el físico —, dejarás, digo, unos medios, unos símbolos. Todas las religiones los tienen; en algunas ocasiones los llaman "misterios"... El bautismo actual, vigente en Israel, es uno de ellos, ¿no es verdad?».

«Lo es. Y habrá, con nombre distinto del que tú les das, en mi Religión también signos de esta Redención, que serán aplicados a las almas para purificarlas, fortalecerlas, iluminarlas, sostenerlas, nutrirlas, absolverlas».

«¿Y entonces? Si son absueltas también de los pecados personales, siempre estarán en gracia... ¿Cómo es que, entonces, serán débiles y propensas a enfermedades espirituales?».

[7]«Te pongo una comparación. Tomemos un niño recién nacido de 307.7
padres sanísimos, sano y robusto. No hay en él ninguna tara física, hereditaria. Esqueleto y órganos perfectos. Goza de sangre sana. Tiene, pues, todos los requisitos para desarrollarse fuerte y sano, dándose, además, el caso de que su madre tiene leche abundante y substanciosa. Mas, he aquí que en los albores de su vida se manifiesta en él una gravísima enfermedad cuya causa se desconoce; una enfermedad auténticamente mortal. A duras penas se salva, por la piedad de Dios, que le retiene la vida que estaba a punto de marcharse de ese cuerpecito. Pues bien, ¿crees que, después, ese niño tendrá el

mismo vigor que si no hubiera sufrido esa enfermedad? No. Tendrá siempre en sí un estado de debilidad, que, aunque no se manifieste claramente, estará ahí y le predispondrá a las enfermedades más fácilmente que si no hubiera estado enfermo. Algun órgano ya nunca estará íntegro como antes. Su sangre será menos fuerte y pura que antes. Razones todas éstas por las que contraerá enfermedades más fácilmente, las cuales, a su vez, cada vez que le afecten, le dejarán más propenso a enfermarse de nuevo. Lo mismo sucede en el campo espiritual. El pecado original quedará cancelado en los que crean en mí. Pero el espíritu conservará una tendencia al pecado que no habría tenido sin el pecado original. Por tanto, es necesario vigilar y cuidar continuamente el propio espíritu, como hace la solícita madre con su hijito debilitado por una enfermedad infantil. Por tanto, es necesario no holgar, sino ser siempre diligentes para fortalecerse en virtud. Si uno cae en la indolencia o en la tibieza, más fácilmente será seducido por Satanás. Y cada pecado grave, siendo semejante a una grave recaída, predispondrá cada vez más a la enfermedad y muerte del espíritu. Por el contrario, la Gracia, restituida por la Redención, si va acompañada de una voluntad activa e incansable, se conserva. No sólo se conserva, sino que aumenta, porque queda asociada a las virtudes conseguidas por el hombre. ¡Santidad y Gracia! ¡Qué alas más seguras para volar a Dios! ¿Has comprendido?».

«Sí, mi Señor. Tú, o sea, la Trinidad santísima, dais el Medio base al hombre. El hombre, con su trabajo y atención, no lo debe destruir. Comprendo. Todo pecado grave significa destrucción de la Gracia, o sea, de la salud del espíritu. Los signos que vas a dejarnos devolverán, sí, la salud; pero el pecador obstinado, que no lucha por no pecar, será cada vez más débil, aunque todas las veces sea perdonado. Es necesario, pues, vigilar para no perecer. Gracias, Señor...

307.8 [8]Margziam se está despertando. Es tarde...».

«Sí. Vamos a orar todos juntos y luego iremos a descansar».

Jesús se levanta y todos le imitan (también el niño, que todavía está adormilado). Y el "Pater noster" resuena, fuerte y armónico, en la pequeña habitación.

308. Curación del hijo de Simón de Alfeo. Margziam es el primero de los niños discípulos.

20 de octubre de 1945.

308.1 [1]Jesús, con Simón Zelote y Margziam, atraviesa Nazaret en dirección a la campiña que separa Nazaret de Caná. Atraviesa esta ciu-

dad suya incrédula y hostil, precisamente por las calles del centro y cortando oblicuamente la plaza del mercado, llena de gente en esa hora matutina. Muchos se vuelven a mirarle; algún nazareno — pocos — le saluda; las mujeres, especialmente las ancianas, le sonríen; pero, aparte de algún que otro niño, ninguno se acerca a Él. Un murmullo le sigue cuando termina de pasar. Jesús ve todo, pero hace como si no viera. Habla con Simón, o con el niño, que va entre los dos hombres, y sigue por su camino.

[2]Ya han llegado a las últimas casas. A la puerta de una de éstas 308.2
hay una mujer de unos cuarenta años. Parece esperar a alguien. Al ver a Jesús hace ademán de moverse, luego se queda quieta e inclina la cabeza ruborizándose.

«Es una pariente mía, la mujer de Simón de Alfeo» dice Jesús al apóstol.

La mujer parece incómoda, en lucha con un fuerte contraste de sentimientos. Cambia de color, alza y baja los ojos, todo su rostro expresa un deseo de hablar, contenido por algún motivo.

«Paz a ti, Salomé» saluda Jesús, que ha llegado a la altura de ella.

La mujer le mira como asombrada de la afectuosidad que hay en la voz de su Pariente, y, ruborizándose más todavía, responde: «Paz a...». Un nudo de llanto le impide concluir la frase. Se tapa la cara con un brazo doblado y llora acongojadamente, contra la jamba de la puerta de su casa.

«¿Por qué lloras así, Salomé? ¿No puedo hacer nada para consolarte? Ven aquí, detrás de esta esquina, y dime qué te pasa...» y, tomándola por un codo, la conduce a una callejuela estrecha que hay entre su casa y el huerto de otra casa. Simón y Margziam, que está todo asombrado, se quedan a la entrada de aquélla. «¿Qué te pasa, Salomé? Sabes que siempre te he querido. *Os he querido siempre. A todos. Y os quiero.* Debes creerlo y tener, por tanto, confianza...».

El llanto se detiene a intervalos como para escuchar esas palabras y comprender su verdadero significado. Luego vuelve con más fuerza, entrecortado con palabras quebradas: «Tú sí... Nosotros... Yo no... Ni tampoco Simón... Pero él es más necio que yo... Yo le decía...: "Llama a Jesús"... Pero tenemos la oposición de todo un pueblo... Tú... yo... y mi hijo...». Habiendo tocado el punto trágico, el llanto se hace también trágico. La mujer se contorsiona y gime, mientras se golpea la cara como en un delirio de dolor.

Jesús le coge las manos y dice: «No hagas esto. Estoy aquí para consolarte. Habla. Haré todo...».

La mujer le mira con unos ojos desorbitados por el estupor y el dolor. Pero la esperanza le da fuerzas para hablar, para hablar inclu-

so con orden: «¿Aunque Simón sea reprobable, usarás misericordia conmigo? ¿Sí?... ¡Oh, Jesús que a todos salvas! ¡Mi hijo! ¡Alfeo, el último, está mal... se está muriendo! Tú amabas a Alfeo. Le tallabas juguetes de madera... Le alzabas para que cogiera uvas e higos de tu huerto... y, antes de marcharte para... para ir por el mundo, ya le enseñabas muchas cosas buenas... Ahora no podrías hacerlo... Está como muerto... Ya no volverá a comer ni uvas ni higos. Ya no aprenderá nada más...» y llora fuertemente.

«Salomé, cálmate. Dime qué le pasa».

«Su vientre está muy enfermo. Ha estado muchos días gritando, con dolores atroces, delirando. Ahora ya no dice nada. Está como si hubiera recibido un golpe en la cabeza. Gime, pero no responde. Ni siquiera se da cuenta de sus gemidos. Está violáceo. Se está poniendo frío. [3]Hace muchos días que le suplico a Simón que vaya a ti. Pero... ¡oh!... Le he amado siempre, pero ahora le odio, porque es un estúpido, que por una idea estúpida permite que muera mi hijo. Pero, cuando se muera, me voy. A mi casa. Con mis otros hijos. No es capaz de ser padre en el momento necesario. Protejo a mis hijos. Me voy. Sí. Que la gente diga lo que quiera. Me voy».

308.3

«No digas eso. Abandona inmediatamente este pensamiento de venganza».

«De justicia. Me rebelo. ¿Ves? Te he esperado yo, porque ninguno te decía: "Ven". Te lo digo yo. Pero he tenido que hacerlo como si fuera una mala acción. Y no te puedo decir: "Entra", porque en casa están los de José y...».

«No es necesario. ¿Me prometes que perdonarás a Simón?, ¿que serás siempre una buena esposa? Si me lo prometes, te digo: "Entra en casa, que tu hijo te sonreirá curado". ¿Eres capaz de creer esto?».

«Yo creo en ti. Creo, aunque sea contra todo el mundo».

«¿Y, de la misma forma que tienes fe, eres capaz de perdonar?».

«... ¿Pero verdaderamente me le vas a curar?».

«No sólo eso. Te prometo que cesará la vacilación de Simón respecto a mí, y que el pequeño Alfeo, y con él tus otros hijos y tú misma, con tu esposo y padre de tus hijos, volveréis a mi casa. María te menciona muchas veces...».

«¡Oh! ¡María! ¡María! Estaba ella cuando Alfeo nació... Sí, Jesús. Perdonaré. No le diré nada... No, es más, le diré: "Mira cómo responde Jesús a tu comportamiento: te rescata un hijo". ¿Puedo decir esto?».

«Lo puedes decir... Ve, Salomé. Ve. No llores más. Adiós. Paz a ti, buena Salomé. Ve. Ve». La acompaña de nuevo a la puerta. La mira mientras entra. Sonríe al ver que por el ansia que la invade se echa

a correr por el vestíbulo, sin cerrar siquiera la puerta; y la entorna Él, lentamente, hasta cerrarla del todo.

[4]Se vuelve a sus dos compañeros y dice: «Y ahora vamos a donde teníamos que ir...». 308.4

«¿Crees que Simón se convertirá?» pregunta el Zelote.

«No es una persona infiel. Sólo es uno que se deja dominar por el más fuerte».

«¡Pues entonces! ¡Más fuerte que el milagro!...».

«Como ves, tú te das la respuesta... [5]Estoy contento de haber salvado al niño. Le vi cuando tenía sólo unas pocas horas. Siempre me ha querido mucho...». 308.5

«¿Cómo te quiero yo? ¿Se va a hacer discípulo?» pregunta Margziam, interesado y un poco incrédulo de que uno pueda amar a Jesús como le ama él.

«Tú me quieres como niño y como discípulo. Alfeo me quería sólo como niño. Pero más adelante me querrá también como discípulo. Pero ahora es muy niño. Está para cumplir ocho años. Le verás».

«¿Entonces, niño y discípulo soy sólo yo?».

«Por ahora tú sólo. Eres el adalid de los niños discípulos. Cuando seas hombre plenamente maduro, acuérdate de que supiste no peor que los hombres ser discípulo; abre, pues, los brazos a todos los niños que vayan a ti buscándome a Mí diciendo: "Quiero ser discípulo de Cristo". ¿Lo vas a hacer?».

«Lo haré» promete serio Margziam...

Los campos abiertos, llenos de sol, ya los rodean, y ellos se me alejan bajo el sol...

309. Sacrificio de Margziam por la curación de una niña. Enmienda de Simón de Alfeo.

21 de octubre de 1945.

[1]Los acoge una casa pobre con una abuelita rodeada de un buen pelotón de niños de diez a dos años apenas. La casa está en medio de unas parcelas poco cuidadas, muchas de ellas convertidas de nuevo en prados, en que se yerguen algunos restantes árboles frutales. 309.1

«La paz a ti, Juana. ¿Va mejor hoy? ¿Han venido a ayudarte?».

«Sí, Maestro y Jesús. Y me han dicho que volverán para sembrar. Nacerá con retraso, pero me han dicho que sí que nacerá todavía».

«Nacerá, sin duda. Lo que sería milagro de la tierra y de la semilla se convertirá en milagro de Dios; por tanto, milagro perfecto. Tus campos serán los más hermosos de esta región, y estos pajaritos que

te circundan tendrán grano abundante para sus bocas. No llores más. El año que viene irá ya mucho mejor. Pero Yo te seguiré ayudando. O mejor, te ayudará una mujer que tiene tu mismo nombre y que nunca se sacia de ser buena. Mira, esto es para ti. Con esto podrás tirar adelante hasta la cosecha».

La anciana toma bolsa y mano de Jesús juntas, y besa esta mano llorando. Luego pregunta: «Dime, Señor, ¿quién es esta criatura buena, para que yo diga su nombre al Señor?».

«Una discípula mía y hermana tuya. Su nombre lo conocemos Yo y el Padre de los Cielos».

«¡Oh, eres Tú!...».

«Yo soy pobre, Juana. Doy cuanto me dan. Lo único mío que puedo dar es el milagro. Siento no haber tenido antes noticia de tu desventura. Nada más decírmelo Susana, he venido. Tarde ya. Pero así resplandecerá más la obra de Dios».

«¡Tarde! Sí. ¡Tarde! ¡Dalló muy rápida la muerte aquí! Y se ha llevado a los jóvenes. No a mí, que ya no sirvo; no a éstos, que todavía no sirven. Se llevó a los que podían trabajar. ¡Maldita luna de Elul, cargada de malignos influjos!».

309.2 «No maldigas al planeta; que no tiene nada que ver... [2]¿Son buenos estos niños? Venid aquí. ¿Veis? Éste también es un niño sin padre ni madre. Y ni siquiera puede vivir con su abuelo. Pero Dios no le abandona de todas formas. Y no le abandonará mientras sea bueno. ¿Verdad, Margziam?».

Margziam asiente y habla a los pequeños — por edad más pequeños que él, aunque algunos le sacan un buen trozo de estatura —, que han hecho círculo en torno a él. Dice: «¡Oh, es verdad que Dios no abandona! Yo lo puedo decir. Mi abuelo rezó por mí. Y, sin duda, también mi madre y mi padre desde la otra vida. Y Dios ha escuchado esas oraciones, porque es muy bueno y siempre escucha las oraciones de los justos, estén vivos o hayan muerto ya. Por vosotros, sin duda, han orado vuestros muertos y esta abuelita tan maja. ¿La queréis?».

«Sí, sí...». Los piídos de la huérfana nidada se alzan entusiastas.

Jesús calla para escuchar el coloquio de su pequeño discípulo y de los huerfanitos.

«Hacéis bien. No se debe hacer llorar a los ancianos. No se debe hacer llorar a nadie, porque quien causa dolor al prójimo causa dolor a Dios. ¡Pues mucho menos a los ancianos! El Maestro trata bien a todos. Bueno, pues con los ancianos, como con los niños, es todo caricias. Porque los niños son inocentes y los ancianos sufren. ¡Han llorado ya mucho! ¡Hay que quererlos el doble, el triple, diez veces más,

por todos los que no los quieren ya. Jesús dice siempre que quien no honra al anciano, como quien maltrata al niño, es doblemente malo. Porque los ancianos y los niños no se pueden defender. Por tanto, sed buenos con vuestra anciana madre».

«Yo alguna vez no la ayudo...» dice uno de los más grandecitos.

«¿Por qué? ¡Comes el pan que ella te ofrece con su trabajo! ¿No sientes en el pan el sabor del llanto cuando la entristeces? [3]¿Y tú, 309.3
mujer (la *mujer* tendrá al máximo diez años y es una criatura muy menudita y pálida), la ayudas?».

Sus hermanitos dicen en coro: «¡Raquel es buena! Se queda despierta hasta tarde para hilar la poca lana y el poco estambre que tenemos, y se ha cogido las fiebres por trabajar en el campo preparando las tierras para la simiente cuando nuestro padre se estaba muriendo».

«Dios te premiará» dice serio Marziam.

«Ya me ha premiado confortando a la abuela».

Jesús interviene: «¿No pides nada más?».

«No, Señor».

«¿Pero estás curada?».

«No, Señor. Pero no importa. Ahora, aunque me muera, la abuela está socorrida. Antes me apenaba morir porque la ayudaba».

«Pero la muerte es fea, niña...».

«Dios, de la misma forma que me ayuda mientras vivo, me ayudará cuando muera. Iré con mi mamá... ¡No llores, abuela! También te quiero a ti, amor. No lo volveré a decir, si te hace llorar. Es más, si quieres, le diré al Señor que me cure... No llores, mamaíta mía...» y abraza a la ancianita desolada.

«Cúrala, Señor. A mi abuelo le hiciste feliz, por mí. Haz feliz a esta anciana, ahora».

«Las gracias se obtienen con sacrificio. ¿Qué sacrificio haces para obtenerla?» pregunta serio Jesús.

Margziam piensa... Busca la cosa cuya renuncia es más penosa... Luego sonríe: «No tomaré miel durante toda una luna».

«¡Poco! La de Kisléu está ya muy avanzada...».

«Digo luna para decir cuatro fases. Y... fíjate... que en estos días está la fiesta de las Luces y los bollos de miel...».

«Es verdad. Bien, pues entonces Raquel sanará por mérito tuyo. [4]Ahora vámonos. Adiós, Juana. Antes de mi partida volveré. Adiós, 309.4
Raquel, y tú, Tobiolo. Sé siempre bueno. Adiós a todos vosotros, pequeños. Quede con vosotros mi bendición y en vosotros mi paz».

Salen, seguidos de las bendiciones de la anciana y de los niños.

Margziam, habiendo terminado de ser "apóstol y víctima", se po-

ne a saltar como un cabritillo corriendo adelante.

Simón observa sonriendo: «Su primera predicación y su primer sacrificio. Promete, ¿no te parece, Maestro?».

«Sí. Pero ya ha predicado otras veces. También a Judas de Simón...».

«...al cual parece que el Señor le habla a través de los niños... Quizás para impedir venganzas por parte de él...».

«Venganzas no... No creo que llegue a tanto. Pero sí reacciones turbulentas. Quien merece reproche no ama la verdad... Y a pesar de todo hay que decirla...». Jesús suspira.

Simón le observa. Luego pregunta: «Maestro, dime la verdad. Le has apartado, y has tomado la decisión de mandar a todos a casa para las Encenias, para impedir que Judas esté ahora en Galilea. No te pregunto ni quiero que me digas por qué es conveniente que el hombre de Keriot no esté entre nosotros. Me basta con saber si he acertado. Todos pensamos esto, ¿sabes? El mismo Tomás. Y me ha dicho: "Yo voy sin poner objeciones porque comprendo que detrás hay un motivo serio". Y ha añadido: "Y el Maestro hace bien así. Demasiados Nahúm, Sadoq, Jocanán y Eleazar en las amistades de Judas...". ¡Tomás no es estúpido! Ni tampoco malo, si bien es muy hombre. En su afecto por ti es muy sincero...».

«Lo sé. Y es verdad lo que habéis pensado. Pronto conoceréis el motivo...».

«No te lo preguntamos».

«Pero tendré que pediros ayuda y os lo tendré que decir».

309.5 [5]Vuelve Margziam corriendo: «Maestro, allí, donde termina el sendero en el camino, está tu primo Simón, todo sudado, como si hubiera corrido mucho. Me ha preguntado: "¿Dónde está Jesús?". He respondido: "Viene detrás, con Simón Zelote". Me ha dicho: "¿Pasa por aquí?". "Sí, sí" he respondido. "Pasa por aquí de regreso a casa, a menos que no haga como los pájaros, que vuelan y van por todas partes para volver al nido. ¿Quieres verle?" he preguntado yo también. Tu hermano se ha quedado indeciso. Pero quiere verte, estoy seguro».

«Maestro, ha visto ya a su mujer... Vamos a hacer esto: yo y Margziam te dejamos libre; damos la vuelta por detrás de Nazaret. Total... no tenemos prisa en llegar... Y Tú vas por el camino normal».

«Sí. Gracias, Simón. Adiós a los dos».

Se separan. Jesús acelera el paso hacia el camino principal.

309.6 [6]Ya se ve a Simón, jadeante y secándose el sudor, apoyado en un tronco. En cuanto ve a Jesús, alza los brazos... pero luego los deja

caer de nuevo y baja la cabeza descorazonado.

Jesús llega adonde él, le pone una mano en un hombro y le dice: «¿Qué quieres de mí, Simón? ¿Hacerme feliz con una palabra tuya de amor, que desde hace *muchos* días espero?».

Simón baja más la cabeza y calla...

«Dime, entonces. ¿Soy un extraño para ti? No, la verdad es que tú sigues siendo mi buen hermano Simón, y Yo, para ti, el pequeño Jesús que llevabas en brazos, no sin esfuerzo pero con mucho amor, cuando volvimos a Nazaret».

El hombre se tapa el rostro con las manos y se desliza al suelo de rodillas gimiendo: «¡Oh, mi Jesús! Soy yo el culpable, pero ya he recibido suficiente castigo...».

«¡Vamos, levántate! ¡Somos parientes! ¡Vamos, ¿qué quieres?!».

«¡Mi hijo! Está...» el llanto no le consiente seguir.

«¿Tu hijo? Sí... ¿qué?».

«Está agonizando. Con él muere también el amor de Salomé... Yo me quedo con dos remordimientos: haber perdido a mi hijo y a mi mujer juntos... Esta noche he creído que ya hubiera muerto verdaderamente. Ella me parecía una hiena. Me gritaba a la cara: "¡Asesino de tu hijo!". He suplicado que no sucediera, jurándome a mí mismo ir a ti si el niño se recobraba, aun a costa de ser rechazado — que por lo demás me lo merezco —, para manifestarte esto: que solamente Tú puedes impedir mi desventura. A la aurora el niño se ha recobrado un poco... [7]He salido inmediatamente de mi casa, hacia la tuya, 309.7
por detrás de la ciudad para no encontrar obstáculos... He llamado. María me ha abierto y se ha asombrado. Habría podido tratarme mal. Y, sin embargo, no ha dicho sino: "¿Qué te sucede, pobre Simón?". Y me ha acariciado como si fuera todavía un niño... Esto me ha hecho llorar mucho. La soberbia y la vacilación han terminado así. No puede ser verdad lo que nos dijo Judas, tu apóstol, no mi hermano. Esto a María no se lo he dicho, pero me lo digo a mí mismo, dándome golpes de pecho y diciéndome a mí mismo todo tipo de injuria, desde aquel momento. A ella le he dicho: "¿Está Jesús? Es por Alfeo. Se me está muriendo...". María me ha dicho: "¡Corre! Está hacia Caná, con el niño y un apóstol. Por el camino que va a Caná. Pero date prisa. Ha salido al alba. Estará para volver. Oraré para que le encuentres". ¡Ninguna palabra de reprensión, ni siquiera una, para mí, que tantas merezco!».

«Yo tampoco te reprendo, sino que te abro los brazos para...».

«¡Ay! ¡Para decirme que Alfeo ha muerto!...».

«No. Para decirte que te quiero».

«¡Ven, entonces! ¡Pronto! ¡Pronto!...».

«No. No hace falta».

«¿No vienes? ¡Ah, ¿no perdonas?! ¿O es que Alfeo ha muerto? Pero, aunque hubiera muerto, ¡Jesús, Jesús, Jesús, Tú que resucitas a los muertos, rescátame a mi criatura! ¡Jesús bueno!... ¡Jesús santo!... ¡Jesús al que yo he abandonado!... ¡Oh, Jesús, Jesús, Jesús!...».

El llanto del hombre llena el camino solitario, y, de rodillas nuevamente, convulso, soba la túnica de Jesús o le besa los pies, atormentado por el dolor, por el remordimiento, por el amor paterno...

309.8 [8]«¿No has pasado por casa antes de venir aquí?».

«No. He venido corriendo hasta aquí como un loco... ¿Por qué? ¿Hay algún otro dolor? ¿Salomé ha huido? ¿Se ha vuelto loca? Lo parecía ya esta noche...».

«Salomé me ha hablado. Ha llorado. Ha creído. Ve a casa, Simón. Tu hijo está curado».

«¡Tú!... ¡Tú! ¡¿Tú has hecho esto, por mí, que te he ofendido creyendo a esa serpiente?! ¡Señor, no soy digno de tanto! ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón! Dime qué quieres que haga para reparar, para decirte que te amo, para convencerte de que sufría mostrándome falto de cordialidad, para decirte que desde que estás aquí, incluso antes de que Alfeo se pusiera tan enfermo, deseaba hablar contigo!... Pero... Pero...».

«Déjalo. Son cosas pasadas. Yo ya no me acuerdo de ellas. Haz tú lo mismo. Y olvida también las palabras de Judas de Keriot. Es un muchacho. De ti quiero solamente esto: que tú, ni ahora ni nunca, digas esas palabras a mis discípulos, a mis apóstoles y, menos que a nadie, a mi Madre. Esto solamente. Ahora, Simón, ve a tu casa. Ve. Queda en paz... No te demores en gozar de la alegría que llena tu hogar. Ve». Le besa y le empuja dulcemente hacia Nazaret.

«¿No vienes conmigo?».

«Te espero en mi casa, con Salomé y Alfeo. Ve. Y recuerda que es por tu mujer, que ha sabido creer sólo en la verdad, por quien tienes la alegría presente. Por ella».

«Quieres decir que a mí...».

«No. Quiero decir que he sabido percibir el arrepentimiento en ti. Y el arrepentimiento te ha venido por el grito acusador de ella... ¡Verdaderamente Dios grita por la boca de los buenos, y reprende, y aconseja!... Y he visto la fe humilde y fuerte de Salomé. Ve, te digo. No tardes más en decirle "gracias"».

Casi le empuja rudamente para convencerle de que se marche. Y, cuando Simón por fin se marcha, le bendice... Luego menea la cabeza, en un mudo soliloquio, y lentas lágrimas descienden por el rostro quebrado... Una sola palabra da la dirección de su pensamiento:

«¡Judas!»...

Se encamina hacia casa por el mismo camino que había tomado el Zelote, detrás del límite de la ciudad.

310. Con Pedro, en Nazaret, Jesús organiza la partida de Juan de Endor y Síntica.

22 de octubre de 1945.

[1]Está avanzada ya la mañana cuando Pedro llega, solo e inesperado, a la casa de Nazaret. Viene cargado de cestas y talegos, como un mozo de cuerda; pero tan feliz, que no siente el peso ni la fatiga. 310.1

Dedica una sonrisa llena de felicidad y un saludo, gozoso y respetuosísimo al mismo tiempo, a María, que ha ido a abrirle. Luego pregunta: «¿Dónde están el Maestro y Margziam?».

«Están en el ribazo, encima de la gruta, pero de la parte de la casa de Alfeo. Creo que Margziam está cogiendo aceitunas; Jesús está meditando. Voy a llamarlos».

«Lo hago yo».

«Descarga todos esos pesos al menos».

«No, no. Son sorpresas para el niño. Me gusta verle abrir del todo los ojos y hurgar ansioso... Son sus delicias, pobre niño mío».

Sale al huerto. Va al pie del ribazo. Se esconde muy bien en la oquedad de la gruta y grita cambiando un poco la voz: «La paz a ti, Maestro», y luego con su voz natural: «¡Margziam!...».

La vocecita de Margziam, que llenaba de exclamaciones el aire calmo, calla... Una pausa, luego la vocecita, casi de niña, del muchacho pregunta: «¿Maestro, pero no era mi padre el que me ha llamado?».

Quizás Jesús estaba tan inmerso en sus pensamientos, que no ha oído nada, y lo confiesa con sencillez.

Pedro llama de nuevo: «¡Margziam!» y se echa a reír con su abierta risa.

«¡Sí, sí, es él! ¡Padre! ¡Padre mío! ¿Dónde estás?». Se asoma prominentemente para mirar al huerto. Pero no ve nada...

También Jesús se acerca y mira... Ve a María, sonriente, en la puerta, y a Juan y Síntica, que están en el local que hay en el fondo del huerto, junto al horno, y se asoman también.

¡Ah, Margziam no espera más! Se echa abajo desde el borde, justo al lado de la gruta. Pedro está preparado para agarrarle antes de que toque el suelo. Es conmovedor el saludo de los dos. Jesús, María y los dos que están en el fondo del huerto lo observan sonriendo; lue-

go se acercan todos al grupo de amor.

310.2 [2]Pedro se libera a duras penas del apretón del muchacho para saludar a Jesús de nuevo con una inclinación. Y Jesús le abraza, abarcando al mismo tiempo al niño, que no se separa del apóstol y que pregunta: «¿Y mi madre?».

Pero Pedro responde a la pregunta de Jesús «¿por qué has venido tan pronto?»: «¿Creías que podía estar tanto tiempo sin verte? Y además... estaba Porfiria, que no me dejaba tranquilo: "Ve a ver a Margziam. Llévale esto, llévale aquéllo". Parecía como si viera a Margziam en medio de bandidos o en un desierto. La última noche se levantó para hacer los bollos, y nada más que acabaron de cocerse me apremió para que me pusiera en camino...».

«¡Sopla! ¡Los bollos!...» grita Margziam. Pero, inmediatamente, se calla.

«Sí. Están aquí dentro, junto con los higos secados en el horno y las aceitunas y las manzanas rojas. Y también te ha untado un pan. Y te manda quesitos de tus ovejitas. Hay también una túnica que no absorbe el agua. Y luego, y luego... No sé qué más. ¿Cómo? ¿Ya no sientes apremio? ¿Casi lloras? ¡¿Por qué?!».

«Porque hubiera preferido que me hubieras traído a ella, antes que todas estas cosas... Yo la quiero, ¿sabes?».

«¡Oh, Divina Misericordia! ¡¿Quién lo iba a pensar?! Si estuviera aquí y te oyera, se derretiría como la mantequilla...».

«Margziam tiene razón. Podías haber venido con ella. Evidentemente, desea verle después de tanto tiempo. Nosotras las mujeres somos así con nuestros niños...» dice María.

«Bien... Pero dentro de poco le verá, ¿no es verdad, Maestro?».

«Sí. Después de las Encenias, cuando nos marchemos... Es más... Sí, cuando vuelvas, después de las Encenias, vendrás con ella. Estará con él aquí, unos días, y luego volverán juntos a Betsaida».

«¡Oh, qué bonito! ¡Aquí con dos madres!». El niño está ya calmado y contento.

310.3 [3]Entran todos en casa y Pedro se descarga de los bultos.

«Mirad: pescado seco, en salmuera, y fresco. Le será útil a tu Madre. Y ese queso tierno que te gusta tanto, Maestro. Y aquí huevos para Juan. Esperemos que no se hayan roto... No. Menos mal. Y luego uvas. Me las ha dado Susana en Caná, donde he dormido. Y luego... ¡Ah, y esto! Mira, Margziam, qué color de oro tiene. Parece hecho con los cabellos de María»... y abre un tarro lleno de miel filamentosa.

«¿Pero por qué tantas cosas? Ha sido un sacrificio para ti, Simón» dice María ante los envoltorios, grandes y pequeños, vasijas y orzas

que tapan la mesa.

«¿Un sacrificio? No. Por lo que se refiere al pescado, he pescado mucho y con mucho resultado. Lo demás son cosas de la casa. No cuesta nada, y, en compensación, da mucha alegría traerlo. Además... Ya estamos en las Encenias... Es tradición, ¿no? ¿No pruebas la miel?».

«No puedo» dice serio Margziam.

«¿Por qué? ¿Estás mal?».

«No. Pero no puedo comerla».

«¿Pero por qué?».

El niño se pone colorado, pero no responde. Mira a Jesús y calla. Jesús sonríe y explica: «Margziam ha hecho un voto para obtener una gracia. No puede comer miel durante cuatro semanas».

«¡Ah! ¡Bien! La comerás después... De todas formas, toma el tarro... ¡Fíjate tú! ¡No pensaba que fuera tan... tan...».

«Tan generoso, Simón. Quien de niño acomete la penitencia encontrará fácil durante toda la vida el camino de la virtud» dice Jesús mientras el niño se marcha con su tarro entre las manos.

Pedro le mira, con admiración, mientras se marcha. Luego pregunta: «¿No está el Zelote?».

«Está en casa de María de Alfeo. Volverá pronto. Esta noche dormiréis juntos. [4]Vamos allí, Simón Pedro». 310.4

Salen. María y Síntica se quedan a ordenar la habitación invadida de envoltorios.

«Maestro... Yo he venido para verte a ti y al niño. Es verdad. Pero también porque he pensado mucho estos días, especialmente después de la llegada de tres abejorros venenosos... a los que les dije más mentiras que peces hay en el mar. Ahora están yendo al Getsemaní, creyendo que encontrarán a Juan de Endor; luego van a casa de Lázaro, esperando encontraros allí a Síntica y a ti. ¡Que anden, que anden!... Pero luego volverán y... Maestro, te quieren crear problemas por estos dos pobrecitos...».

«Ya hace meses que he tomado las medidas oportunas. Cuando ésos regresen buscando a estos dos perseguidos, ya no los encontrarán, en ningún lugar de Palestina. ¿Ves estos arcones? Son para ellos. ¿Has visto todos esos vestidos doblados junto al telar? Son para ellos. ¿Estás asombrado?».

«Sí, Maestro. ¿Y a dónde los mandas?».

«A Antioquía».

Pedro da un silbido significativo y pregunta: «¿A casa de quién? ¿Y cómo van?».

«Van a una casa de Lázaro. La última que tiene Lázaro donde su

padre gobernó en nombre de Roma. Irán por mar...».

«¡Ah, eso; porque si Juan tuviera que ir con sus piernas!...».

310.5 «Por mar. [5]Me complace también a mí el poder hablar contigo. Habría mandado a Simón a decirte: "Ve", para preparar todo. Escucha. Dos o tres días después de las Encenias, nos marcharemos de aquí, pero no todos juntos, para no llamar la atención. Formaremos parte de la comitiva: Yo, tú, tu hermano, Santiago y Juan y mis dos hermanos, más Juan y Síntica. ¡Iremos a Tolemaida! Desde allí, con una barca, tú los acompañarás a Tiro. Allí subiréis a bordo de una nave que va a Antioquía, como si fuerais prosélitos que regresan a sus casas. Luego os volveréis y me encontraréis en Akzib. Estaré en la cima del monte todos los días, y además el espíritu os guiará...».

«¿Cómo? ¿No vienes con nosotros?».

«Me notarían demasiado. Quiero dar paz al espíritu de Juan».

«¡¿Y cómo me las voy a arreglar yo, que no he salido nunca de aquí?!».

«No eres un niño... y pronto tendrás que ir mucho más lejos que a Antioquía. Me fío de ti. Como ves te estimo...».

«¿Y Felipe y Bartolomé?».

«Irán a nuestro encuentro a Yotapata, y evangelizarán en espera de nosotros. Les escribiré. Tú llevarás la carta».

«Y... ¿Esos dos que están ahí ya saben su destino?».

«No. Les dejo celebrar en paz la fiesta...».

«¡Mmm! ¡Pobrecillos! ¡Vamos, hombre, que uno tenga que verse perseguido por gentuza y...!».

«No te ensucies la boca, Simón».

«Sí, Maestro... Oye... ¿y cómo vamos a llevar estos arcones? ¿Y a Juan? Le veo verdaderamente muy enfermo».

«Nos serviremos de un burro».

«No. Tomamos un carrito».

«¿Y quién lo guía?».

«¡Hombre, si Judas de Simón ha aprendido a remar, Simón de Jonás aprenderá a guiar! ¡A fin de cuentas, no debe ser una cosa tan difícil llevar por el ramal a un asno! En el carro metemos los arcones y a los dos... y nosotros vamos a pie. ¡Sí, sí, créeme que será una buena solución!».

«¿Y quién nos deja el carrito? Recuerda que no quiero que se note la partida».

Pedro piensa... Decide: «¿Tienes dinero?».

«Sí. Mucho todavía, de las joyas de Misax».

«Entonces todo es fácil. Dame una suma. Tomaré asno y carro de alguien y... sí, sí... luego le regalamos el asno a algún necesitado, y

el carrito... pues ya veremos... He hecho bien en venir. ¿Y entonces tengo que volver con mi mujer?».

«Sí. Conviene».

«Pues así será. [6]¡Pero, esos dos pobrecillos!... Siento que nos tengamos que separar de Juan. Ya de por sí le íbamos a tener poco tiempo... ¡Pero, pobrecillo! Podía morir aquí, como Jonás...». 310.6

«No se lo habrían permitido. El mundo odia a quien se redime».

«Le va a doler...».

«Encontraré un expediente para que parta consolado».

«¿Cuál?».

«El mismo que ha servido para apartar a Judas de Simón: el de trabajar para mí».

«¡Sólo que en Juan será santidad, pero en Judas es solamente soberbia».

«Simón, no murmures».

«¡Más difícil que hacer cantar a un pez! Es verdad, Maestro, no es murmuración... Pero, creo que ha venido Simón con tus hermanos. Vamos allí».

«Vamos. Y silencio con todos».

«No es necesario que me lo digas. No puedo callar la verdad cuando hablo, pero sé callar del todo, si quiero. Y *quiero*. Me lo he jurado a mí mismo. ¡Yo ir hasta Antioquía! ¡Al otro extremo del mundo! ¡Ya ardo en deseos de volver de allí! No dormiré hasta que todo se haya hecho...».

Salen y ya no sé nada más.

311. La renuncia de Margziam es ocasión de una lección sobre los sacrificios hechos por amor.

23 de octubre de 1945.

[1]No sé si es el mismo día, pero supongo que sí por la presencia de Pedro en la mesa familiar de Nazaret. Ya casi han terminado de comer. Síntica se levanta para llevar a la mesa manzanas, nueces, uva y almendras que concluyen la cena, porque es de noche y las lámparas están ya encendidas. 311.1

El tema de conversación versa precisamente sobre las lámparas, mientras Síntica lleva la fruta. Pedro dice: «Este año encenderemos una más, y en lo sucesivo siempre una más, por ti, hijo mío. Sí, queremos encenderla nosotros por ti, aunque estés aquí. Es la primera vez que la encendemos por un niño...» y Simón se emociona un poco al terminar: «La verdad es que... si tú estuvieras, sería más bonito...».

«El año pasado era yo, Simón, la que suspiraba así por mi Hijo lejano, y conmigo María de Alfeo y Salomé, y también María de Simón, en su casa de Keriot, y la madre de Tomás...».

«¡Oh, la madre de Judas! Este año tendrá con ella a su hijo... pero no creo que se sienta más feliz... Bueno, vamos a dejarlo... Nosotros estábamos en casa de Lázaro. ¡Cuántas lámparas!... Parecía un cielo de oro y fuego. Este año Lázaro tiene a su hermana... Pero estoy seguro de que no me equivoco si digo que estarán afligidos pen-
311.2 sando que Tú no estás. [2]¿Y para el año que viene, dónde estaremos?».

«Yo, muy lejos...» susurra Juan.

Pedro se vuelve a mirarle, porque le tiene a su lado, y está para preguntar algo, pero, afortunadamente, se sabe retener por la llamada de atención de Jesús con la mirada.

Margziam pregunta: «¿Dónde vas a estar?».

«Por la misericordia del Señor, espero que con Abraham, en su seno...».

«¡Quieres morir? ¡No quieres evangelizar? ¡No te pesa morir sin haber evangelizado?».

«La palabra del Señor debe salir de labios santos. Ya es mucho el que me haya permitido escucharla y redimirme por ella. Me habría gustado... Pero es tarde...».

«Sin embargo, evangelizarás. Ya lo has hecho. Tanto que has atraído hacia ti la atención. Por eso serás igualmente llamado discípulo evangelizador, aunque no peregrines esparciendo la Buena Nueva. Y recibirás en la otra vida el premio reservado a mis evangelizadores».

«Tu promesa me hace desear la muerte... Cada minuto de vida puede celar un peligro que yo, siendo débil como soy, quizás no podría superar. Si Dios me acoge, satisfecho de lo que he realizado, ¿no es bondad grande que debe ser bendecida?».

«En verdad te digo que la muerte será suma bondad para muchos, que, así, conocerán hasta qué punto el hombre se puede volver demonio, desde un punto donde la paz los consolará de esta cognición y la transformará en alabanza, porque estará unida a la inefable alegría de la liberación del Limbo».

«¿Y los años siguientes dónde vamos a estar, Señor?» pregunta atento Simón Zelote.

«Donde quiera el Eterno. ¿Pretendes fijar anticipadamente el tiempo lejano, cuando no estamos seguros del momento que vivimos, ni si nos será concedido terminarlo? Y, además, cualquiera que fuere el lugar en que se celebren las futuras Encenias, en todo caso será

santo, si estáis allí para cumplir la voluntad de Dios».

«¿Estáis? ¿Y Tú?» pregunta Pedro.

«Estaré siempre donde estén mis amados».

María no ha hablado en todo este tiempo. Pero sus ojos no han dejado ni un momento de examinar el rostro de su Hijo...

[3]La saca de su ensimismamiento la observación de Margziam, 311.3
que dice: «Madre, ¿por qué no has puesto en la mesa los bollos de miel? A Jesús le gustan y a Juan le vendrían bien para su garganta. Y además también le gustan a mi padre...».

«Y a ti» termina Pedro.

«Para mí... es como si no existieran. He hecho una promesa...».

«Por esto, encanto, no los he traído...» dice María acariciándole, porque Margziam está entre Ella y Síntica en uno de los lados de la mesa, mientras que los cuatro hombres están en el lado opuesto.

«No, no. Los puedes traer. Es más, debes traerlos. Y se los doy yo a todos».

Síntica coge una lámpara, sale, vuelve con los bollos. Y Margziam le coge la bandeja y empieza a distribuir. Le da a Jesús el más hermoso (dorado, esponjado con la maestría de un pastelero). Uno, el segundo en perfección, a María. Luego es el turno de Pedro, luego de Simón, luego de Síntica. Y, para dárselo a Juan, el niño se levanta y se pone al lado del anciano y enfermo pedagogo y le dice: «Para ti el tuyo y el mío, y además un beso, por todo lo que me enseñas». Luego vuelve a su sitio y deposita con resolución la bandeja en medio de la mesa y cruza los brazos.

«Así se me atraganta esta cosa deliciosa» dice Pedro al ver que Margziam ni lo prueba. Y añade: «Al menos un trocito. ¡Venga, hombre, del mío; aunque sólo sea para no morir de ganas! Sufres demasiado... Jesús te lo concede».

«Pero si no sufriera no tendría mérito, padre mío. He ofrecido este sacrificio precisamente porque sabía que me iba a hacer sufrir.... Y, en definitiva... estoy tan contento desde que lo he hecho, que me siento como todo lleno de miel. Siento el sabor de la miel en todas partes. Hasta me da la impresión de respirarlo junto con el aire...».

«Es porque te mueres de las ganas».

«No. Es porque sé que Dios me dice: "Haces bien, hijo mío"».

«El Maestro te habría contentado incluso sin este sacrificio. ¡Te quiere mucho!».

«Sí. Pero no es justo que me aproveche porque me quiera. Además, Él dice que es grande la recompensa en el Cielo incluso por un vaso de agua ofrecido en su nombre. Pienso que, si es grande por un vaso ofrecido a otros en su nombre, también lo será por un bollo o un

poco de miel negados a nosotros mismos por amor a un hermano.
311.4 [4]¿Me equivoco, Maestro?».

«Hablas sabiamente. Yo podía, efectivamente, sin tu sacrificio, concederte también la cosa que me pedías para la pequeña Raquel, porque bueno era hacerla y mi corazón la deseaba. Pero la hice con más alegría porque me ayudaste tú. El amor hacia nuestros hermanos no se limita a medios y límites humanos, sino que se yergue a lugares mucho más altos. Cuando es perfecto, toca absolutamente el trono de Dios y se funde con su infinita caridad y bondad. La comunión de los santos es exactamente este continuo obrar, de la misma forma que continuamente y en todos los modos obra Dios, para ayudar a los hermanos, sea en sus necesidades materiales, sea en sus necesidades espirituales, o en las dos, como en el caso de Margziam, que, obteniendo la curación de Raquel, la libera de la enfermedad y, al mismo tiempo, eleva el espíritu abatido de la anciana Juana y enciende una confianza cada vez mayor en el Señor en el corazón de todos los de aquella familia. Sí, también el sacrificio de una cucharada de miel puede servir para devolver la paz y la esperanza a una persona afligida; así como un bollo, u otro alimento que no se come por una finalidad de amor, puede conseguir un pan, ofrecido milagrosamente, para una persona hambrienta lejana que nunca conoceremos; y retener, por espíritu de sacrificio, una palabra de ira, aunque fuera justa, puede impedir un delito lejano; así como resistir a las ganas de coger un fruto, por amor, puede servir para inspirar a un ladrón la idea de enmendarse, impidiendo así un latrocinio. Nada se pierde en la economía santa del amor universal. No se pierde el holocausto de un mártir, no se pierde el heroico sacrificio de un niño ante una bandeja de bollos. Es más, os digo que el holocausto de un mártir frecuentemente tiene origen en la heroica educación que se haya procurado desde la infancia por amor a Dios y al prójimo».

311.5 [5]«Entonces conviene mucho que haga siempre sacrificios. Para cuando seamos perseguidos» dice convencido Margziam.

«¿Perseguidos?» pregunta Pedro.

«Sí. ¿No te acuerdas que lo dijo?: "Seréis perseguidos por causa mía". Me lo dijiste tú la primera vez que viniste, solo, a Betsaida a evangelizar, en verano».

«Este niño se acuerda de todo» comenta Pedro admirado.

La cena termina. Jesús se levanta. Ora por todos y bendice. Luego, mientras las mujeres van a sus labores de ordenar la loza, Jesús con los hombres se pone en un ángulo de la habitación y labra un trozo de madera, que, ante la sorprendida mirada de Margziam, se transforma en una ovejita...

312. Jesús comunica a Juan de Endor la decisión de enviarle a Antioquía. Final del segundo año.

24 de octubre de 1945.

[1]Es una lluviosa mañana de invierno. Jesús se ha levantado y está trabajando en su taller. Trabaja en objetos de pequeño tamaño. Pero en uno de los ángulos ya está listo un telar novísimo, no muy grande pero sí bien acabado. 312.1

Entra María con una taza de leche humeante. «Bebe, Jesús. Hace mucho que estás levantado, y el ambiente está húmedo y hace frío...».

«Sí. Pero al menos he podido ultimar todo... Estos ocho días de fiesta habían paralizado el trabajo...».

Jesús se ha sentado en el banco de carpintero, un poco al bies, y bebe la leche mientras María observa el telar y lo acaricia con la mano.

«¿Lo bendices, Mamá?» pregunta sonriendo Jesús.

«No. Lo acaricio, porque lo has hecho Tú. La bendición se la has dado Tú, haciéndolo. Has tenido una buena idea. A Síntica le servirá. Es muy experta en la textura. Y esto le servirá para entablar relación con mujeres y muchachas. ¿Qué otras cosas has hecho, que veo virutas finas, de olivo, me parece, al lado del torno?».

«He hecho cosas que le servirán a Juan. ¿Ves? Un estuche para las plumas y una pequeña mesa para escribir. Y estos ambones para tener dentro sus libros. No lo habría podido hacer si Simón de Jonás no hubiera tenido la idea del carro. Así ahora podremos cargar también esto... y sentirán que los he amado también en estas pequeñas cosas...».

«¿Sufres mandándolos lejos, verdad?».

«Sufro... Por mí y por ellos. He esperado hasta ahora a hablar... y ya se demora demasiado Simón con Porfiria... Es hora de que hable... Un sufrimiento que he tenido en el corazón todos estos días y que me ha hecho tristes incluso las luces de muchas lámparas... Un sufrimiento que ahora debo dar a otros... ¡Mamá, hubiera querido padecerlo Yo solo!...».

«¡Hijo bueno!». María le acaricia una mano para consolarle.

[2]Un momento de silencio... Luego Jesús dice: «¿Se ha levantado Juan?». 312.2

«Sí. Le he oído toser. Quizás está en la cocina bebiéndose la leche. ¡Pobre Juan!...». Una lágrima desciende por las mejillas de María.

Jesús se levanta: «Voy... Tengo que ir a decírselo. Con Síntica se-

rá más fácil... Pero para él... Mamá, ve donde Margziam, despiértale, y orad mientras hablo a este hombre... Es como si tuviera que hurgar en sus entrañas. Puedo matar o paralizar su vitalidad espiritual... ¡Qué dolor, Padre mío!... Voy...» y sale, realmente abatido.

Da los pocos pasos que conducen del taller a la habitación de Juan, que es la misma en que murió Jonás, o sea, la de José. Se encuentra con Síntica, que está volviendo con una fajina que ha cogido del horno y que le saluda desconocedora de la cosa. Responde absorto al saludo de la griega y luego se detiene a mirar un cuadro de lirios que apenas muestran el hacecillo de sus hojas. Pero quizás no los ve... Luego se decide. Se vuelve y llama a la puerta de Juan, y éste se asoma y su rostro se llena de luminosidad al ver a Jesús que viene a él.

«¿Puedo entrar un poco en tu habitación?» pregunta Jesús.

312.3 «¡Oh! ¡Maestro! ¡Siempre! [3]Estaba escribiendo lo que dijiste ayer noche sobre la prudencia y la obediencia. Es más, sería conveniente que lo vieras, porque me parece que no he recogido bien lo que se refiere a la prudencia».

Jesús ha entrado en la habitación ya ordenada, a la que ha sido agregada una mesita para comodidad del viejo maestro. Jesús se inclina hacia el pergamino y lee.

«Muy bien. Has transcrito muy bien».

«¿Ves? Creía que había sido inexacto en esta frase. Siempre dices que no debemos afanarnos por el mañana, ni por el propio cuerpo. Ahora bien, decir aquí que la prudencia, incluso la que se refiere a las cosas relativas al mañana, es una virtud, me parecía un error; mío, naturalmente».

«No. No has errado. Dije exactamente eso. El afán exagerado y temeroso del egoísta es distinto del cuidado prudente del justo. Pecado es la avaricia dirigida al mañana, que quizás no gozaremos nunca; no es pecado la sobriedad para garantizarse un pan, y garantizárselo a los nuestros, en los tiempos de escasez. Pecado es el cuidado egoísta del propio cuerpo, exigiendo que todos los que están alrededor de nosotros estén preocupados de él, evitando todos los trabajos o sacrificios por miedo a que la carne sufra; no es pecado preservar el cuerpo de inútiles enfermedades, cogidas por imprudencias, enfermedades que luego serán un peso para los familiares y una pérdida de productivo trabajo para nosotros. Dios ha dado la vida. Es un don suyo. Debemos, por tanto, hacer uso de ella santamente, sin

312.4 imprudencias y sin egoísmos. [4]¿Ves? Algunas veces la prudencia aconseja acciones que a los necios pueden parecerles vileza o volubilidad, mientras que no son sino santos actos de prudencia derivados

de hechos nuevos que se han presentado. Por ejemplo: si Yo te enviara ahora a estar precisamente entre gente que te pudiera dañar... por ejemplo, los familiares de tu mujer o los guardianes de las minas en que trabajaste, ¿actuaría bien o mal?».

«Yo... no quisiera juzgarte, pero diría que sería mejor mandarme a otro sitio, donde no hubiera peligro de que mi poca virtud fuera sometida a una prueba demasiado dura».

«¡Eso es! Juzgarías con sabiduría y prudencia. Por esto mismo Yo nunca te mandaría a Bitinia o a Misia, donde ya has estado. Ni siquiera a Cintium, a pesar de que tú, espiritualmente, hayas deseado ir. Allí, podrían dominar sobre tu espíritu las muchas intransigencias humanas, y tu espíritu podría retroceder. La prudencia, pues, enseña a no mandarte a un lugar en que serías inútil, mientras que podría mandarte a otro sitio, con buen fruto para mí y para las almas del prójimo y la tuya. ¿No es verdad?».

Juan, que ignora lo que el destino le reserva, no capta las alusiones de Jesús a una posibilidad de misión fuera de Palestina. Jesús le estudia el rostro, le ve tranquilo y eschuchándole dichoso, y resuelto en la respuesta: «Sin duda, Maestro, produciría más en otro lugar. Yo mismo, cuando, hace unos días, he dicho: "Querría ir a los gentiles para dar buen ejemplo en el lugar en que di mal ejemplo", me he reprendido a mí mismo diciendo: "A los gentiles sí, porque no tienes las reservas de los otros de Israel; pero a Cintium no, y tampoco a los yermos montes en que viviste como presidiario y como un lobo, trabajando en el plomo o en los mármoles preciosos. Ni siquiera podrías ir allí por sed de sacrificio absoluto. Se te subvertiría el corazón con recuerdos crueles, y, si te reconocieran, aun en el caso de que no arremetieran contra ti, dirían: 'Calla, asesino. No podemos escucharte', y sería inútil ir allí". Esto es lo que me he dicho. Y es un buen pensamiento».

[5]«Como puedes ver, tú también posees la prudencia. Yo también. 312.5
Por eso te he evitado las fatigas del apostolado como lo hacen los otros, y te he traído aquí al descanso y a la paz».

«¡Oh! ¡sí! ¡Cuánta paz. Si viviera todavía cien años, aquí sería siempre igual. Es una paz sobrenatural. Y, si me marchara a otro lugar, me la llevaría conmigo. La llevaré incluso a la otra vida... Los recuerdos podrán todavía subvertir mi corazón, las ofensas podrán hacerme sufrir, porque soy hombre, pero ya nunca seré capaz de odiar, porque aquí el odio ha quedado inerte para siempre, hasta en sus más profundas extremidades. Ya tampoco tengo antipatía hacia la mujer, que veía como el animal más inmundo y despreciable de la tierra. Tu Madre está al margen de todo esto. A tu Madre la veneré

desde el momento en que la vi, porque la sentí distinta a todas las mujeres. Ella es el perfume de la mujer; pero el de la mujer santa. ¿Quién no estima el perfume de las flores más puras?... Pero también las otras mujeres, las discípulas buenas, amorosas, pacientes con su peso de llanto, como María Cleofás y Elisa, o generosas como María de Magdala, tan absoluta en su cambio de vida, o delicadas y puras como Marta y Juana, o dignas, inteligentes, llenas de pensamiento y de rectitud, como Síntica; sí, también ellas me han reconciliado con la mujer. Bueno, te confieso que a Síntica es a la que prefiero. Afinidades de mente me la hacen estimable; afinidades de condición — ella esclava, yo presidiario — me permiten tener con ella una familiaridad que la diversidad de las otras me impide. Para mí Síntica es descanso. No sabría decirte exactamente lo que veo en ella ni cómo la veo. Yo, viejo respecto a ella, la veo como a una hija, esa hija sabia y estudiosa que habría deseado tener... Pero, como enfermo asistido por ella con tanto afecto, como hombre triste y solitario que ha llorado y ha echado de menos a la propia madre durante toda la vida, y que ha buscado a la mujer-madre en todas las mujeres, sin encontrarla, pues ahora veo en ella la realidad de ese sueño soñado, y siento que el rocío de un afecto materno desciende a mi cansada cabeza y a mi alma que va al encuentro de la muerte... Como ves, percibiendo en Síntica un alma de hija y de madre, siento en ella la perfección de la mujer, y por ella perdono todo el mal que de la mujer me vino. Si, suponiendo una cosa imposible, aquella infame, que tuve por mujer y que yo maté, resucitara, siento que la perdonaría, porque ahora he comprendido el alma femenina, propensa al afecto, generosa en darse... sea en el mal, sea en el bien».

«Me alegro mucho de que hayas encontrado todo esto en Síntica. Será una buena compañera tuya para el resto de la vida y juntos haréis mucho bien. Porque os voy a asociar...».

Jesús estudia nuevamente a Juan. Pero en el discípulo — el cual, no obstante, no es un superficial — no hay ningún signo de que su atención se haya despertado. ¿Qué misericordia divina le vela hasta el momento decisivo su sentencia? No lo sé. Sé que Juan sonríe diciendo: «Trataremos de servirte con lo mejor de nosotros».

«Sí. Y estoy también seguro de que lo haréis, sin discutir ni el trabajo ni el lugar que os asignaré, aun no siendo como vosotros lo deseáis...».

312.6 [6]Juan tiene un primer barrunto de lo que le espera. Cambia de cara y de color: se pone serio y pálido, y su único ojo ahora mira fijamente, atento y escudriñador, al rostro de Jesús, que prosigue: «¿Te acuerdas, Juan, cuando, para calmar tus dudas acerca del perdón de

Dios, te dije: "Para hacer que comprendas la Misericordia te emplearé en obras especiales de misericordia y para ti expondré las parábolas de la misericordia"?».

«Sí. Y fue verdad. Me persuadiste y me has concedido exactamente hacer obras de misericordia, y diría que las más delicadas, como limosnas, como la instrucción de un niño, de un filisteo y de una griega. Esto me ha dicho que Dios había conocido tanto mi verdadero arrepentimiento — y lo había visto real —, que me confiaba almas inocentes o almas de personas en vías de conversión, para que los formase en Él».

Jesús abraza a Juan acercándosele a su costado — es el gesto que hace habitualmente con el otro Juan — y, palideciendo por el dolor que debe causar, dice: «También ahora Dios te confía una tarea delicada y santa. Una tarea de predilección. Sólo tú, que eres generoso, que no tienes restricciones ni prevenciones, que eres sabio, que, so-
* bre todo, te has ofrecido a todas las renuncias y penitencias para purgar aquel resto de expiación, aquella deuda que todavía tenías con Dios; sólo tú lo puedes hacer. Cualquier otro no querría, y tendría razón, porque le faltarían los requisitos necesarios. Ninguno de mis apóstoles posee todo lo que tú tienes para ir a preparar los caminos del Señor... Bueno, y te llamas Juan. Serás, por tanto, un precursor de mi Doctrina... prepararás los caminos a tu Maestro... es más, harás las veces de tu Maestro, que no puede ir *tan* lejos... (Juan se sobresalta y trata de liberarse del brazo de Jesús para mirarle a la cara, pero no lo consigue, porque Jesús le tiene estrechado dulce pero autoritariamente y ya su boca da el golpe final...) ...No puede ir *tan* lejos... hasta Siria... hasta Antioquía...».

[7]«¡Señor!» grita Juan liberándose violentamente del abrazo de 312.7
Jesús. «¡Señor! ¿A Antioquía? ¡Dime que he entendido mal! ¡Dímelo, por piedad!...».

Está de pie... todo en él es súplica: su único ojo, su rostro, que se ha puesto cinéreo, sus labios trémulos, sus manos temblorosas extendidas hacia adelante, su cuerpo, que parece plegarse hacia el suelo como subyugado por la noticia.

Pero Jesús no puede decir: «Has entendido mal». Abre los brazos, levantándose a su vez para recibir en su corazón al anciano pedagogo, y abre los labios para confirmar: «A Antioquía, sí. A casa de Lázaro. Con Síntica. Partiréis mañana o pasado mañana».

La desolación de Juan es verdaderamente lastimosa. Se libera del abrazo a mitad, y, frente a frente, bañadas en lágrimas sus flacas

---

* *te has ofrecido*: en 250.10.

mejillas, grita: «¡¡Ah, ya no me quieres a tu lado!! ¿En qué te he contrariado, mi Señor?», y se separa y se deja caer en la mesa mientras rompe en sollozos desgarradores, lastimosos, intercalados con accesos ásperos de tos, insensible a las caricias de Jesús, susurrando: «Me alejas de ti, me alejas de ti, no te volveré a ver...».

Jesús sufre visiblemente, y ora... Luego sale quedamente. Ve en la puerta de la cocina a María con Margziam, que está asustado de ese llanto... Más allá está Síntica, también sorprendida.

«Madre, ven aquí un momento».

María va, ligera y pálida. Entran juntos. María se inclina hacia el hombre que llora como si fuera un pobre niño, y dice: «¡Cálmate, pobre hijo mío, cálmate! ¡No, esto no! Te perjudicará».

Juan alza su cara desencajada y grita: «¡Me despide!... Moriré solo, lejos... ¡Podía esperar unos meses y dejarme morir aquí. ¿Por qué este castigo? ¿En qué he pecado? ¿Te he causado alguna vez molestias? ¿Por qué me has dado esta paz para luego... para luego...». Se deja caer de nuevo encima de la mesa, llorando más fuerte, jadeando...

Jesús le pone la mano en sus flacos y convulsos hombros, mientras dice: «¿Cómo puedes pensar que, si hubiera podido, no te habría tenido aquí? ¡Oh, Juan! En el camino del Señor hay tremendas necesidades. Y el primero que sufre por ello soy Yo. Yo, que llevo mi dolor y el de todo el mundo. Mírame, Juan. Observa si mi rostro es el de una persona que te odia, que está cansada de ti... Ven aquí, a mis brazos, siente cómo palpita de dolor mi corazón. Compréndeme, Juan; no me entiendas mal. Es la última expiación que Dios te impo-
312.8 ne, para abrirte las puertas del Cielo. [8]Escucha...» le levanta y le estrecha entre sus brazos. «Escucha... Mamá, sal un momento... Ahora que estamos solos, escucha. Tú sabes quién soy. ¿Crees firmemente que soy el Redentor?».

«Claro que sí. Por ello quería estar contigo siempre, hasta la muerte...».

«Hasta la muerte... ¡Horrenda será mi muerte!...».

«La mía, digo. ¡La mía!...».

«La tuya será tranquila, confortada por mi presencia, que te infundirá la certeza del amor de Dios; y por el amor de Síntica, además de por la alegría de haber preparado el triunfo del Evangelio en Antioquía. ¡Pero la mía!... Me verías reducido a un amasijo de carne llagada, cubierta de esputos, infamada, abandonada en manos de una muchedumbre rabiosa, dada a la muerte colgándola de una cruz, como un delincuente... ¿Podrías soportar esto?».

Juan, que a cada descripción de cómo será Jesús en la Pasión ha

respondido gimiendo: «¡No, no!», grita un «no» seco, y añade: «Odiaría de nuevo a la humanidad... Pero yo ya habré muerto, porque Tú eres joven y...».

«Y veré ya sólo una vez las Encenias».

Juan le mira fijamente, aterrorizado...

«Te lo he dicho en secreto para explicarte que una de las razones por las que te mando lejos es ésta. No serás el único. A todos aquellos que no quiero que sean turbados por encima de sus fuerzas los mandaré antes a otro lugar. ¿Esto te parece falta de amor?...».

«No, mi mártir Dios... Pero yo te debo dejar... y moriré lejos».

«Por la Verdad que soy, te prometo que estaré inclinado hacia la almohada de tu agonía».

«¿Y cómo, si estaré muy lejos y me dices que Tú no vas tan lejos? Lo dices para que me vaya menos triste...».

«Juana de Cusa, agonizando a los pies del Líbano, me vio, y Yo estaba muy lejos y no me conocía todavía. Pues allí la devolví a la pobre vida de esta tierra. ¡Créeme que el día de mi muerte ella lamentará haber vivido!... Sin embargo, para ti, alegría de mi corazón en este segundo año de Maestro, haré más. Iré a conducirte a la paz, y te daré la misión de decir a los que esperan: "La hora del Señor ha llegado. Así como ahora llega la primavera a la tierra, para nosotros llega la primavera del Paraíso". Pero, no iré sólo entonces... Iré, me sentirás, siempre... Lo puedo hacer y lo haré. Tendrás al Maestro en ti como ni siquiera ahora me tienes. Porque el Amor puede comunicarse a aquel a quien ama, y tan sensiblemente que puede tocar no sólo el espíritu sino los mismos sentidos. [9]¿Más tranquilo ahora, Juan?». 312.9

«Sí, mi Señor. ¡Pero qué dolor!».

«De todas formas, ¿no te rebelas, no?».

«¿Rebelarme? ¡Jamás! Te perdería del todo. Digo "*mi*" Padre nuestro: hágase tu voluntad».

«Sabía que me comprenderías...». Le besa en las mejillas surcadas por un continuo, aunque sereno, llanto.

«¿Me permites saludar al niño?... Éste es otro dolor... Le quería...». El llanto vuelve, ahora más intenso...

«Sí. Le llamo enseguida... Y también a Síntica, que también sufrirá... Tú, siendo hombre, debes ayudarla...».

«Sí, Señor».

Jesús sale. Mientras, Juan llora, y besa y acaricia las paredes y los objetos de la pequeña habitación hospitalaria.

Entran juntos María y Margziam.

«¡Madre! ¿Has oído? ¿Lo sabías?».

«Lo sabía, y me dolía... Pero yo también me he separado de Jesús... Y soy su Madre...».

«¡Es verdad!... Margziam, ven aquí. ¿Sabes que me marcho y que no volveremos a vernos?...».

Quiere mostrarse fuerte. Pero... coge al niño en brazos, se sienta en el borde de la cama y llora abundantemente encima de la cabeza morena de Margziam, que, a su vez, bien se encarga de imitarle.

312.10 [10]Entra Jesús con Síntica. Ésta pregunta: «¿Por qué tanto llanto, Juan?».

«Nos traslada, ¿no lo sabes? ¿No lo sabes todavía? ¡Nos manda a Antioquía!».

«¿Y qué quieres decir con ello? ¿No ha dicho Él que si dos están congregados en su nombre estará en medio de ellos? ¡Ánimo, Juan! Quizás es que hasta ahora tú has elegido siempre tu destino, y entonces la imposición de una voluntad, aunque sea de amor, te abate. Yo... yo estoy acostumbrada a aceptar el destino impuesto por otras personas. ¡Y qué destino!... Por eso ahora doblego con gusto mi cabeza ante este nuevo destino. Si no me he rebelado contra la despótica esclavitud sino cuando pretendía imponerse a mi alma, ¿debería rebelarme ahora contra esta dulce esclavitud de amor que no lesiona sino que eleva nuestra alma y nos confiere el título de siervos suyos? ¿Te da miedo el mañana porque te encuentras mal? Trabajaré para ti. ¿Tienes miedo a quedarte solo? No te dejaré nunca. Puedes estar seguro de esto. La única finalidad de mi vida es amar a Dios y al prójimo. Tú eres el prójimo que Dios me confía. ¡Imagínate cuánto te voy a querer!».

«No tendréis necesidad de trabajar para vivir, porque estaréis en una casa de Lázaro. Eso sí, os aconsejo que uséis la vía de la enseñanza para entablar contactos con la gente: tú, como maestro; tú, mujer, con trabajos femeninos: servirá para el apostolado y para llenar vuestras jornadas».

«Así lo haremos, Señor» responde firmemente Síntica.

312.11 [11]Juan sigue teniendo en brazos al niño y llora quedamente. Margziam le acaricia...

«¿Te vas a acordar de mí?».

«Siempre, Juan, y rezaré por ti... Es más... Espera un momento...». Sale corriendo.

Síntica pregunta: «¿Cómo vamos a ir a Antioquía?».

«¿Por mar. ¿Tienes miedo?».

«No, Señor. Además nos mandas Tú y eso nos protegerá».

«Iréis con los dos Simones, mis hermanos, los hijos de Zebedeo, Andrés y Mateo. De aquí a Tolemaida en el carro, donde se van a

cargar los arcones y un telar que te he hecho, Síntica, y algunos objetos útiles para Juan...».

«Yo ya me había imaginado algo al ver los arcones y los vestidos. Así que había preparado mi alma para la separación. ¡Era demasiado bonito vivir aquí!...». Un sollozo reprimido quiebra la voz de Síntica. Pero se rehace para sostener el valor de Juan. Pregunta con voz reafirmada: «¿Cuándo partimos?».

«En cuanto lleguen los apóstoles. Quizás mañana».

«Entonces, si me permites, voy a colocar los vestidos en los arcones. Dame tus libros, Juan». Creo que Síntica desea estar sola para llorar...

Juan responde: «Cógelos... Pero dame ese rollo atado con azul».

Vuelve Margziam con su tarro de miel. «Ten, Juan. Te la comerás por mí...».

«¡No, niño! ¿Por qué?».

«Porque Jesús ha dicho que una cucharada de miel ofrecida puede dar paz y esperanza a una persona afligida. Tu estás afligido... Te doy toda la miel para llenarte de consuelo».

«Pero es demasiado sacrificio, niño».

«¡No, no! En la oración de Jesús se dice: "No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal". Este tarro era una tentación para mí... y podía ser un mal porque podía hacerme infringir el voto. Así ya no lo veo... y es más fácil... y estoy seguro de que Dios te va a ayudar por este nuevo sacrificio. Pero no llores más. Y tampoco tú, Síntica...».

Efectivamente, la griega ya llora, silenciosamente, mientras recoge los libros de Juan. Y Margziam los acaricia alternadamente, con un gran deseo de llorar también. Mas Síntica sale, cargada de rollos, y María la sigue con el tarro de miel.

[12]Juan se queda con Jesús, que se sienta a su lado, y con el niño 312.12
en sus brazos. Está sereno, pero alicaído.

«Une también al volumen tu último escrito» aconseja Jesús. «Creo que se lo quieres dar a Margziam...».

«Sí... Yo tengo para mí una copia... Aquí tienes, muchacho. Éstas son las palabras del Maestro. Las que ha dicho cuando tú no estabas, y otras... Quería seguir copiándolas, para ti, porque tú tienes la vida por delante... ¡y quién sabe cuánto evangelizarás!... Pero ya no puedo continuar... Ahora soy yo quien se queda sin tus palabras...». Y se echa de nuevo a llorar con fuerza.

Margziam muestra un nuevo gesto, dulce y viril: se echa al cuello de Juan y dice: «Ahora seré yo quien las escriba para ti y te las mandaré... ¿Verdad, Maestro? Se puede, ¿no?».

«Claro que se puede. Y será una gran obra de caridad».

«Lo haré. Y, cuando no esté yo, se lo encargaré a Simón Zelote. Nos quiere a los dos, y lo hará por ejercitar la caridad con nosotros. Así que no llores más. Y voy a ir a verte... No es que te vayas a ir lejos...».

«¡Ah, sí, qué lejos! Cientos de millas... Y moriré pronto».

El niño está desilusionado y afligido. Pero se rehace con la bella serenidad del niño al que todo parece fácil. «De la misma forma que vas tú, puedo ir yo con mi padre. Y además... nos escribiremos. Cuando se leen las páginas sagradas es como estar con Dios, ¿no es verdad? Pues, cuando se lee una carta es como estar con la persona a la que queremos y que nos la ha escrito. Venga, ven conmigo allí...».

312.13 «Sí, vamos allí, Juan. [13]Dentro de poco vendrán mis hermanos con el Zelote. Les he mandado aviso de que vengan».

«¿Están al corriente?».

«Todavía no. Espero a decirlo cuando estén presentes todos...».

«De acuerdo, Señor. Vamos...».

Es un anciano muy encorvado el que sale de la habitación de José. Un anciano que parece saludar a cada uno de los hilos de yerba, a cada tronco, al pilón y a la gruta, mientras se dirige hacia el vasto taller, donde María y Síntica, silenciosamente, están colocando los objetos y los vestidos en el fondo de los arcones...

Y así, silenciosos y tristes, los encuentran Simón, Judas y Santiago. Observan... pero no hacen preguntas, y no logro comprender si intuyen la verdad.

312.14 [14]Dice Jesús:

«Había indicado, para claridad de los lectores, el lugar de la expiación carcelaria de Juan con el nombre que se usa actualmente. Se plantea objeción. Pues bien, ahora especifico: "Bitinia y Misia" para quien quiere los nombres antiguos.

Pero éste es el Evangelio para los sencillos y los pequeños. No para los doctores, que, en su gran mayoría, lo consideran inaceptable e inútil. Y los sencillos y los pequeños comprenden más "Anatolia" que "Bitinia o Misia". ¿No es verdad, pequeño Juan, que lloras por el dolor de Juan de Endor? ¡Y hay *muchos* Juanes de Endor en el mundo! Son los hermanos desolados por los que te hacía sufrir el año pasado. * Ahora descansa, pequeño Juan que jamás serás enviado lejos del Maestro; es más, cada vez estarás más cerca.

---

* *los hermanos desolados por los que te hacía sufrir el año pasado*, como se puede leer en el "dictado" del 29 de mayo de 1944, recogido en "I quaderni del 1944".

Y con esto se concluye el segundo año de predicación y de vida pública: el año de la Misericordia... Y no puedo hacer otra cosa sino repetir el lamento con que cerraba el primer año. Pero no toca a mi portavoz, el cual, contra obstáculos de todo tipo, continúa su obra. Verdaderamente no son los "grandes", sino los "pequeños", los que recorren los caminos heroicos, y los allanan, con su sacrificio, también para aquellos a quienes demasiadas cosas gravan. Los "pequeños", o sea, los sencillos, los mansos, los puros de corazón y de intelecto. Los "párvulos".

Y Yo os digo, ¡oh párvulos!, os digo, ¡oh Romualdo y María!, y con vosotros a los que son como vosotros: "Venid a mí para seguir oyendo, ahora y siempre, al Verbo que os habla porque os ama, que os habla para bendeciros. Mi paz sea con vosotros"».

Tercer año de la vida pública de Jesús.

313. Preparativos para salir de Nazaret, después de la visita de Simón de Alfeo con su familia. Durante el tercer año, Jesús será el Justo.

29 de octubre de 1945.

313.1 [1]Juan, Santiago, Mateo y Andrés han llegado ya a Nazaret, y, mientras esperan a Pedro, pasean por el huerto de Nazaret, jugando con Margziam o hablando entre ellos. No veo a ningún otro, como si Jesús faltara en este momento de casa y María estuviera ocupada en algunas labores (por el humo del horno, yo diría que está allí dentro, haciendo el pan).

A los cuatro apóstoles se los ve contentos de estar en casa del Maestro, y lo exteriorizan. Hasta tres veces les dice Margziam: «¡Pero no os riáis de esa forma!». Y, la tercera vez, Mateo nota la recomendación y pregunta: «¿Por qué, chico? ¿No es justo sentirse contentos de estar aquí? Tú has disfrutado de este sitio, ¿no? Pues ahora nosotros», y le da afablemente un cachetito. Margziam le mira muy serio. Pero sabe callar.

Regresa Jesús con sus primos Judas y Santiago, los cuales saludan efusivamente a los compañeros, de los que han estado separados muchos días. María de Alfeo asoma la cabeza desde el interior del horno, toda colorada y llena de harina, y sonríe a sus hijotes.

El último en regresar es el Zelote, que dice: «He hecho todo, Maestro. Dentro de poco, Simón estará aquí».

«¿Qué Simón? ¿Mi hermano o Simón de Jonás?».

«Tu hermano, Santiago. Viene a saludarte con toda la familia».

313.2 [2]Efectivamente, pasados pocos minutos, unos golpes en la puerta y una densa parlería anuncian la llegada de la familia de Simón de Alfeo, que es el primero en entrar, llevando de la mano a un niñito de unos ocho años; tras él, Salomé, rodeada por su nidada. María de Alfeo se apresura a salir del cuarto del horno y besa a sus nietos, contenta de verlos ahí.

«¿Te marchas, entonces, otra vez?» pregunta Simón, mientras sus hijos estrechan amistad con Margziam, el cual, me parece, conoce bien sólo a Alfeo, el curado.

«Sí, es hora».

«Tendrás todavía días lluviosos».

«No importa. Los días nos van acercando a la primavera».

«¿Vas a Cafarnaúm?».

«Sí, iré también allí. Pero no enseguida. Ahora atravesaré la Galilea e iré allende sus confines».

«Cuando estés en Cafarnaúm y yo lo sepa, iré a verte. Te llevaré a tu Madre y a la mía».

«Te quedaré agradecido. Entre tanto no la desatiendas. Se queda completamente sola. Tráele a los niños. Aquí puedes estar seguro de que no se vician...».

Simón se pone como la brasa por la alusión de Jesús a sus pensamientos pasados y por la ojeada que le ha lanzado su mujer como diciendo: «¿Has oído? Te está bien empleado». Y Simón cambia de tema diciendo: «¿Dónde está tu Madre?».

«Está haciendo el pan. Ahora vendrá...».

Pero los hijos de Simón no esperan y van al horno detrás de su abuela. Y una niñita, poco mayor que el curado Alfeo, sale casi inmediatamente, diciendo: «María está llorando. ¿Por qué? ¡Eh, Jesús!, ¿por qué llora tu Madre?».

«¿Está llorando? ¡Oh, querida mía! Voy con ella» dice Salomé solícita.

Y Jesús explica: «Llora porque me marcho... Pero vendrás a hacerle compañía, ¿no? Te enseñará a bordar y tú alegrarás sus días. ¿Me lo prometes?».

«Vendré también yo, ahora que mi padre me deja» dice Alfeo mientras se come un bollito caliente que le acaban de dar. Pero, aunque el bollo esté tan caliente que casi no puede ser sujetado con los dedos, creo que está helado respecto al calor de vergüenza que asalta a Simón de Alfeo por las palabras de su hijito. A pesar de ser una mañana de invierno más bien fresca (debido a un ligero cierzo que barre las nubes del cielo pero raspa la piel), Simón se cubre de abundante sudor, como si fuera pleno verano...

Jesús hace como que no se da cuenta y los apóstoles aparentan un gran interés por lo que están contando los hijos de Simón; así se concluye el incidente, [3]y Simón puede reponerse y preguntar a Jesús 313.3
que por qué no están todos los apóstoles.

«Simón de Jonás está para llegar. Los demás me alcanzarán en el momento oportuno. Ya está determinado».

«¿Todos?».

«Todos».

«¿También Judas de Keriot?».

«También él...».

«Jesús, ven un momento conmigo» le solicita su primo Simón. Y, separados ya hacia el fondo del huerto, Simón pregunta: «¿Pero sabes bien quién es Judas de Simón?».

«Es un hombre de Israel. Nada más. Nada menos».

«¡No querrás decirme que es...!». Ya está para acalorarse y levantar la voz.

Pero Jesús le calma interrumpiéndole y poniéndole una mano en un hombro mientras le dice: «Es como le hacen las ideas imperantes y los que entran en contacto con él. Porque, por ejemplo, si *aquí* (y recalca mucho las palabras) hubiera encontrado *solamente corazones justos y mentes inteligentes*, no habría sentido interés en pecar. Pero no los ha encontrado. Por el contrario, ha encontrado un elemento totalmente humano, y en él ha asentado sin ninguna dificultad su *yo* muy humano, que me sueña, me ve, trabaja por mí, como rey de Israel, en el sentido *humano* del término; de la misma forma que me sueñas y me quisieras ver tú, y estarías dispuesto a trabajar tú, y contigo José, tu hermano, y, con vosotros dos, Leví, arquisinagogo de Nazaret, y Matatías y Simeón y Matías y Benjamín, y Jacob, y, menos tres o cuatro, todos vosotros de Nazaret. Y no sólo los de Nazaret... Encuentra dificultades para formarse porque todos vosotros contribuís a deformarle. Cada vez más. Es el más débil de mis apóstoles. Pero, por ahora, no es sino un débil. Tiene impulsos buenos, deseos rectos, amor por mí (desviado en cuanto a la forma, pero amor en todo caso). Vosotros no le ayudáis a separar estas partes buenas de las partes no buenas que forman su *yo*; antes al contrario, agraváis éstas cada vez más añadiendo vuestras incredulidades y li-
313.4 mitaciones umanas. [4]Pero vamos a casa. Los demás han entrado ya...».

Simón le sigue un poco apesadumbrado. Están ya casi en la puerta, cuando para a Jesús y dice: «Hermano mío, ¿estás airado conmigo?».

«No. Es que intento formarte también a ti, como formo a todos los demás discípulos. ¿No has dicho que quieres ser discípulo?».

«Sí, Jesús. Pero las otras veces no hablabas así, ni siquiera cuando corregías. Eras más dulce...».

«¿Y para qué ha servido? Antes lo era. Hace dos años que lo soy... Unos, a costa de mi paciencia y bondad, os habéis emperezado, otros habéis afilado colmillos y garras. El amor os ha servido para dañarme. ¿No es así?...».

«Es así. Es verdad. Pero, ¿no vas a seguir siendo bueno?».

«Seré justo. Y aun así seré como no merecéis, vosotros de Israel que no queréis reconocer en mí al Mesías prometido».

[5]Entran en la pequeña habitación, tan abarrotada de personas, 313.5
que muchos han terminado en la cocina o en el taller de José. Y éstos son los apóstoles, menos los dos hijos de Alfeo, que se han quedado con su madre y su cuñada. A ellas ahora se añade María, que entra llevando de la mano al pequeño Alfeo. El rostro de María presenta claros signos de haber llorado.

Pero, mientras María está para responder a Simón, que le asegura que irá a su casa todos los días, por la callejuela serena avanza un carrito, con tanto sonido de cascabeles, que llama la atención de los hijos de Zebedeo por la bulla que hace, y... mientras afuera llaman, contemporáneamente, dentro abren. Aparece el rostro alegre de Simón Pedro, que ha llamado con el mango de la tralla y está todavía sentado en el carro... A su lado, tímida pero sonriente, Porfiria, sentada encima de cajas de tamaño decreciente como si fuera un trono.

Margziam sale corriendo y trepa al carro para saludar a su madre adoptiva. Salen también los demás, entre los cuales Jesús.

«Maestro, aquí estoy. He traído a mi mujer; con este vehículo, porque es una mujer que resiste poco caminando. María, el Señor esté contigo. También contigo, María de Alfeo». Mira a todos, mientras baja de su vehículo y ayuda a bajar a su mujer, y saluda conjuntamente al grupo.

Quisieran ayudarle a descargar el carrito, pero él se opone enérgicamente. «Después, después» dice. Y, ni corto ni perezoso, se acerca a la ancha puerta del taller de José y la abre de par en par, tratando de hacer entrar el carrito como está. No pasa, naturalmente. Pero la maniobra sirve para atraer la atención de los que han venido de visita y hacer comprender que sobra gente... Efectivamente, Simón de Alfeo se despide con toda su familia...

[6]«¡Oh, ahora que estamos solos, vamos a preocuparnos de noso- 313.6
tros...» dice Simón de Jonás haciendo retroceder al burrito, que, cubierto como está de cascabeles, hace bulla por diez; tanto che Santiago de Zebedeo no puede contenerse de preguntar, riendo: «¿Y dónde lo has encontrado tan enjaezado?».

Pero Pedro está concentrado en coger las cajas que había en el carro y pasárselas a Juan y Andrés, que se quedan asombrados, pues creían que iban a sentir peso y, sin embargo, las cajas son ligeras; y lo comentan...

«¡Venga, id para el huerto y no os quedéis ahí como chorlitos!» ordena Pedro, mientras, a su vez, baja con una cajita que sí que pesa, para colocarla en un rincón de la habitación.

«Y ahora el burro y el carro. ¿El burro y el carro? ¡El burro y el carro!... ¡Esto es lo difícil!... Y tiene que entrar todo en casa...».

«Por el huerto, Simón» dice en voz baja María. «Hay una valla en el seto del fondo. No lo parece, porque está cubierta de ramajes... Pero está. Sigue el sendero que va bordeando la casa, entre esta casa y el huerto vecino. Yo voy a mostrarte dónde está la valla... ¿Quién viene a apartar las matas que la cubren?».

«Yo. Yo». Todos se dirigen premurosos hacia el fondo del huerto. Entretanto, Pedro se marcha con su rumoroso cargamento y María de Alfeo cierra la puerta... Trabajando con un hocino, queda libre el rústico vallado y abren un paso por el que entran burro y carro.

«¡Bueno, bien! Y ahora quitamos todo esto. Me han roto los oídos», y Pedro se apresura a cortar los lazos que mantienen sujetos los cascabeles a los jaeces.

«¿Y por qué los has tenido, entonces?» pregunta Andrés.

«Para que toda Nazaret me oyera llegar. Y lo he conseguido... Ahora los quito para que nadie de Nazaret nos oiga partir. Lo mismo, he metido vacías las cajas... Nos marcharemos con las cajas llenas, y nadie, si es que alguien nos ve, se sorprenderá de ver a una mujer sentada a mi lado en las cajas. El que ahora está lejos se las da de tener tino y sentido práctico. Bueno, pues, cuando quiero, también lo tengo yo...».

«Perdona, hermano. ¿Para qué es necesario todo esto?» pregunta Andrés, que ha dado de beber al burro y le ha llevado al lado de la tosca leñera que hay junto al horno.

«¿Para qué? ¿No sabes nada!... ¿Maestro, no saben todavía nada!».

«No, Simón. Estaba esperándote a ti para hablar. Venid todos al taller. Las mujeres están bien donde están. Lo que has hecho ha estado bien hecho, Simón de Jonás».

313.7 [7]Van al taller. Porfiria con el niño y las dos Marías se han quedado en casa.

«He querido que vinierais porque tenéis que ayudarme a mandar fuera de aquí, muy lejos, a Juan y a Síntica. Lo tengo decidido desde los Tabernáculos. Como habéis podido constatar, no era posible tenerlos con nosotros, ni siquiera aquí, sin poner en peligro su paz. Como siempre, Lázaro de Betania me ayuda en esta obra. Ellos ya lo saben. Simón Pedro lo sabe desde hace pocos días. Vosotros lo sabéis ahora. Esta noche dejaremos Nazaret. Aunque en lugar de la primera luna tuviéramos agua y viento. Ya deberíamos haber partido, pero supongo que es que Simón de Jonás habrá tenido dificultades para encontrar el medio de transporte...».

«¡No lo sabes bien! Ya perdía la esperanza de encontrarlo. Pero, al final, lo he podido conseguir de un ruin griego... Será útil...».

«Sí. Será útil, especialmente para Juan de Endor».

«¿Dónde está, que no se le ve?» pregunta Pedro.

«En su habitación, con Síntica».

«Y... ¿cómo ha recibido la cosa?» pregunta otra vez Pedro.

«Con mucho dolor. También la mujer...».

«Y también Tú, Maestro. En tu frente hay una arruga que no tenías. Y tienes mirada grave y triste» observa Juan.

[8]«Es verdad. Estoy muy apenado... Pero, hablemos de lo que tenemos que hacer. Escuchadme bien, porque luego nos tendremos que * separar. Partimos esta noche, a mitad de la primera vigilia. Nos marcharemos como quien huye... porque son culpables. Sin embargo, nosotros no vamos con intención de hacer ningún mal, ni huimos por haberlo hecho; nos vamos para impedir que algún otro lo haga a quien no tendría la fuerza para soportarlo. Partiremos pues... Iremos por el camino de Seforí... Haremos un alto a mitad de camino, en una casa, para partir al alba. Es una casa que tiene muchos pórticos para los animales. En ella hay pastores amigos de Isaac. Los conozco. Me darán hospedaje sin pedir nada. Luego tenemos que llegar a Yiftael, necesariamente ese mismo día aunque sea de noche; allí pernoctaremos. ¿Crees que podrá el animal?». 313.8

«¡Y mucho más! Ese griego deshonesto me le ha hecho pagar, pero me ha dado un animal bueno y fuerte».

«Está bien. Al día siguiente por la mañana iremos a Tolemaida y nos separaremos. Vosotros, guiados por Pedro, que es vuestro jefe, y al cual debéis obedecer ciegamente, iréis por mar hasta Tiro. Allí encontraréis una nave preparada para zarpar en dirección a Antioquía. Subiréis y daréis esta carta al patrón de la nave para que la vea. Es de Lázaro de Teófilo. Vosotros pasáis por dependientes suyos enviados a sus tierras de Antioquía, o mejor, a sus jardines de Antigonio. *Esto sois para todos*. Sabed mostraos atentos, serios, prudentes y silenciosos. Cuando lleguéis a Antioquía, id en seguida a ver a Felipe, el administrador de Lázaro, y le dais esta carta...».

«Maestro, él me conoce» dice el Zelote.

«Muy bien».

«¿Cómo va a creer que soy un subordinado?».

---

* *a mitad de la primera vigilia* puede corresponder, en nuestros tiempos, aproximadamente a las siete o las ocho de la tarde.
El día hebreo iba de una puesta de sol a otra, y se dividía en dos partes. La primera parte, la nocturna, se componía de cuatro vigilias de tres horas cada una. (La tercera vigilia recibía también el nombre de *galicinio*, como en 480.1, que significa *canto del gallo*). La segunda parte, la diurna, comprendía las restantes doce horas. Dado que las dos partes del día estaban reguladas, respectivamente, por el ocaso y la salida del Sol, la duración de las horas nocturnas (agrupadas en vigilias) y de las diurnas variaba de una a otra estación del año.

«Para Felipe no hace falta. Sabe que debe recibir y hospedar a dos amigos de Lázaro y ayudarlos en todo. Así está escrito. Vosotros los habéis acompañado. Nada más. Él os llama: "sus queridos amigos de Palestina". Y es lo que sois, congregados por la fe y por la acción que lleváis a cabo. Descansaréis hasta que la nave, acabadas sus operaciones de descarga y carga, vuelva para Tiro. De Tiro, con la barca, vendréis a Tolemaida y desde allí vendréis a reuniros conmigo a Akcib...».

«¿Por qué no vienes con nosotros?» suspira Juan.

«Porque me quedo a orar por vosotros, y especialmente por estos
313.9 dos pobres. Me quedo para orar. [9]Así empieza mi tercer año de vida pública. Empieza con una partida bien triste; como el primero y el segundo. Empieza con una intensa oración y penitencia, como el primero... Porque éste tiene las dificultades dolorosas del primero, y más aún. Entonces me preparaba para convertir al mundo. Ahora me preparo para una obra sin duda más vasta y potente. Pero, escuchadme atentamente: habéis de saber que, si en el primero fui el Hombre-Maestro, el Sabio que llama a la Sabiduría con humanidad perfecta e intelectual perfección, y en el segundo fui el Salvador y Amigo, el Misericordioso que pasa acogiendo, perdonando, compadeciéndose, soportando, en el tercero seré el Dios Redentor y Rey, el Justo. No os asombréis, pues, si veis en mí formas nuevas, si en el Cordero veis el súbito fulgor del Fuerte. ¿Qué ha respondido Israel a mi invitación de amor? ¿Qué ha respondido ante mis brazos abiertos a él y mis palabras: "Ven, Yo amo y perdono"? Ha respondido con embotamiento y dureza de corazón voluntarios y cada vez mayores, con el embuste, con la insidia. Pues bien, así sea. Le había llamado — sin excluir clase alguna al hacerlo — plegando mi frente hasta el polvo: Israel ha escupido encima de la Santidad que se humillaba. Le había invitado a santificarse: me ha respondido entregándose al demonio. He cumplido mi deber en todo: ha llamado "pecado" a mi deber. He callado: ha llamado "prueba de culpabilidad" mi silencio. He hablado: ha llamado "blasfemia" mi palabra. ¡Basta ya! No me ha dado respiro, no me ha concedido una sola alegría. Y la alegría para mí era nutrir y formar en la vida del espíritu a los recién nacidos a la Gracia. Les tienden insidias y debo arrancármelos de mi pecho, produciendo en ellos y en mí el espasmo de padres e hijos arrancados el uno al otro, para ponerlos a salvo del maligno Israel. Los poderosos de Israel, que se llaman a sí mismos "santificadores" haciendo alarde de serlo, me impiden, quisieran impedirme, salvar y gozar de mis salvados. Hace ya muchos meses que tengo a un Leví publicano como amigo y a mi servicio: el mundo puede constatar si Mateo es

motivo de escándalo o de emulación. Pero la acusación no cesa. Como no cesará tampoco para María de Lázaro ni para los otros muchos a quienes salvaré. ¡Basta ya! Yo recorro mi camino, cada vez más áspero y regado de llanto... Yo camino... Ninguna de mis lágrimas caerá inútilmente. Elevan su grito a mi Padre... Después elevará su grito otro humor mucho más poderoso. Yo camino. El que me ame que me siga y se haga viril, porque llega la hora severa. No me detengo. Nada me detiene. Tampoco ellos se detendrán... Mas, ¡ay de ellos! ¡Ay de ellos! ¡Ay de aquellos para quienes el Amor se hace Justicia!... El signo del nuevo tiempo será una Justicia severa para todos los que se obstinan en su pecado contra las palabras del Señor y la acción del Verbo del Señor...».

[10]Jesús parece un arcángel castigador. Yo diría que tanto resplan- 313.10
decen sus ojos, que lanza fuego contra la pared humosa... Hasta su voz, que tiene tonos agudos de bronce y plata golpeados con violencia, parece resplandecer.

Los ocho apóstoles se han puesto pálidos y están casi encogidos de temor. Jesús los mira... con piedad y amor. Dice: «No os lo digo a vosotros, amigos míos. No son para vosotros estas amenazas. Vosotros sois mis apóstoles, Yo os he elegido». La voz es ahora dulce y profunda. Termina: «Vamos allí. Hagámoles ver a los dos perseguidos — y os recuerdo que piensan que parten para prepararme el camino a Antioquía — que los amamos más que a nosotros mismos. Venid...».

314. La cena en la casa de Nazaret. La dolorosa partida.

30 de octubre de 1945.

[1]Y ya llegó la noche. Otra noche de despedida para la casita de 314.1
Nazaret y sus habitantes. Otra cena durante la cual la pena quita las ganas de comer a las bocas y pone taciturnas a las personas.

Están sentados a la mesa Jesús, Juan y Síntica, Pedro, Juan, Simón y Mateo. Los demás no han podido: ¡es tan pequeña la mesa de Nazaret! ¡Hecha realmente para una pequeña familia de justos, que, al máximo, pueden invitar a sentarse al peregrino y al afligido, para ofrecerles un alivio más de amor que de alimento! Al máximo, esta noche, se hubiera podido sentar a la mesa Margziam, porque es un niño, y muy menudito, que ocupa poco sitio... Pero Margziam, muy serio y silencioso, está comiendo en un rincón, sentado en una banquetita, a los pies de Porfiria — para quien la Virgen ha reservado

su silla del telar —, que, sumisa y silenciosa, come la comida que le han dado, mirando con ojos compasivos a los dos que están para partir. Éstos tratan de tragar sus bocados con la cabeza muy baja para esconder el rostro excoriado por las lágrimas. Los demás, o sea, los dos hijos de Alfeo, Andrés y Santiago de Zebedeo, se han instalado en la cocina, junto a una especie de hintero. Pero se les ve por la puerta abierta.

314.2 [2]María santísima y María de Alfeo van y vienen sirviendo a éstos y a aquéllos, maternales, acongojadas, tristes. Y, si María santísima acaricia con su sonrisa — muy dolorosa esta noche — a aquellos a quienes se acerca, María de Alfeo, menos reservada y más campechana, une a la sonrisa el acto y la palabra, y más de una vez anima, añadiendo una caricia o incluso un beso, según quién sea la persona favorecida, a éste o a aquél a nutrirse tomando los alimentos más apropiados para su físico y para el próximo viaje. Tanto se aplica a convencer al exhausto Juan — que en estos días de espera está aún más demacrado — para que coma esto o aquello, alabando su sabor y sus propiedades salutíferas, que deduzco que, por amor compasivo hacia él, le daría de comer a sí misma. Pero, a pesar de sus... seducciones, los alimentos se quedan casi intactos en el plato de Juan, y María de Alfeo se aflige por ello como una madre que ve que su lactante rechaza el pezón.

«¡Pero así no puedes partir, hijo!» exclama. Y, movida por la maternidad de su alma, no reflexiona que Juan de Endor tiene más o menos su edad y que el nombre de hijo está mal dado. Mas ella ve en él sólo una criatura que sufre, y, por ello, no encuentra sino este nombre para consolarle... «Te va a hacer daño viajar con el estómago vacío en esa carreta tambaleante con el frío húmedo de la noche. Y, además, ¡a saber cómo comeréis durante este horrible y largo viaje!... ¡Eterna piedad! ¡Por mar tantas millas! Yo me moriría de miedo. Y costeando tierras fenicias. ¡Y luego!... ¡peor todavía! Claro, el patrón de la nave será filisteo, o fenicio, o de alguna otra nación infernal... y no tendrá piedad con vosotros... ¡Venga, hombre, ahora que tienes todavía a tu lado a una madre que te quiere!... Come: sólo un trocito de este pescado bonísimo... Aunque sólo sea por contentar a Simón de Jonás, que lo ha preparado en Betsaida con mucho amor y hoy me ha enseñado a cocinarlo de este manera, para ti y para Je-
314.3 sús, para que os dé muchas fuerzas. [3]¿No te apetece realmente?... Entonces... ¡Ah, esto si que te lo comerás!» y va ligera hacia la cocina y vuelve con una bandeja repleta de una humeante polentita. No sé lo que es... Ciertamente un tipo de harina, o de granos cocidos en leche hasta deshacerlos: «Mira, esto lo he hecho yo, porque me he

acordado de que un día hablaste de ello como de un dulce recuerdo de tu niñez... Es rico y bueno. ¡Venga, un poco!».

Juan se deja meter en el plato alguna cucharada de este blando manjar, y trata de tragarlo; pero las lágrimas descienden para mezclar su sal con el alimento mientras pliega aún más su rostro hacia el plato.

Los otros reciben con muchos signos de alegría este alimento (quizás una gollería). Sus rostros se han iluminado al verlo. Margziam se ha puesto de pie... pero luego ha sentido la necesidad de preguntarle a María Santísima: «¿Lo puedo comer? Faltan todavía cinco días para el final del voto...».

«Sí, hijo mío. Lo puedes comer» dice María con una caricia.

Pero el niño vacila todavía. Entonces María, para calmar los escrúpulos del pequeño discípulo, consulta a su Hijo: «Jesús, Margziam pregunta si puede comer la cebada monda... por la miel, que hace que sea un plato dulce, ¿sabes?...».

«Sí, sí, Margziam. Esta noche te dispenso Yo de tu sacrificio, a condición de que Juan se coma también su cebada con miel. ¿Ves cómo lo desea el niño? Pues ayúdale a conseguir esto». Y Jesús, que está al lado de Juan, le toma la mano y se la sujeta mientras éste se esfuerza, obediente, en terminar su cebada.

[4]María de Alfeo ahora está más contenta. Y vuelve al asalto con 314.4
un buen plato de peras cocidas en el horno, humeantes. Entra, del huerto, con su bandeja y dice: «Llueve. Empieza ahora. ¡Qué pena!».

«¡No, mujer, no! ¡Al revés! ¡Es mejor! Así no habrá nadie por las calles. Cuando uno se marcha, los saludos hacen siempre daño... Mejor correr con el viento en la vela y sin encontrar bajos o escollos que le hagan detenerse a uno y moverse lentamente; y los curiosos son exactamente eso: bajos y escollos...» dice Pedro, que en toda acción ve la vela y la navegación.

«Gracias, María. Pero no como más» dice Juan, tratando de rechazar la fruta.

«¡Ah, esto no! Las ha cocido María. ¡No querrás despreciar la comida hecha por ella! ¡Mira qué bien las ha preparado! Con sus especias en el agujerito... con su mantequilla en la parte baja... Deben ser un manjar regio. Almíbar. Para cocerlas tan doradas, se ha dorado también ella en el fuego del horno. Vienen bien para la garganta, para la tos... Dan calor y son medicinales. María dile cuánto bien le hacían a mi Alfeo cuando estaba enfermo. Pero las quería hechas por ti. ¡Sí, claro! ¡Tus manos son santas y dan salud!... ¡Benditos los alimentos que preparas tú!... Estaba más tranquilo mi Alfeo después de comer esas peras... respiraba con más suavidad... ¡Pobre marido

mío!...» y María aprovecha la oportunidad de la evocación para poder por fin llorar, y salir a llorar.

Quizás es un mal pensamiento mío, pero creo que, sin la pena por los dos que parten, para el "pobre Alfeo" no habría habido ni una lágrima de la consorte, esa noche... María de Alfeo estaba llena de llanto por Juan y Síntica, y por Jesús, Santiago y Judas, que se marchan; tan llena, que abrió una salida al llanto para no ahogarse.

314.5 [5]María toma su lugar ahora, pone delicadamente una mano en el hombro de Síntica, que está frente a Jesús, entre Simón y Mateo. «¡Venga, ánimo, comed. ¿Queréis marcharos añadiendo a mi angustia la de que os habéis marchado casi en ayunas?».

«Yo he comido, Madre» dice Síntica mientras levanta su cara cansada y signada por el llanto de varios días. Y luego la baja hacia el hombro en que está la mano de María, y roza la mejilla contra la mano menuda para recibir su terneza. María le acaricia con la otra mano los cabellos y acerca hacia sí la cabeza de Síntica, cuya cara ahora está apoyada en el pecho de María.

«Come, Juan. Te vendrá muy bien. No te fuedes enfriar. Tú, Simón de Jonás, te encargarás de darle la leche caliente con miel todas las noches, o, al menos, agua muy caliente con miel. Acuérdate».

«También yo me ocuparé de ello, Madre. Puedes estar segura» dice Síntica.

«Efectivamente, estoy segura. Pero lo harás a partir de que te instales en Antioquía. Por ahora se encargará Simón de Jonás. Y acuérdate, Simón, de darle mucho aceite de oliva. Por eso te he dado esa orza. Cuida de que no se rompa. Y, si le ves más cerrado de respiración, haz como te he dicho con el otro frasco de bálsamo. Tomas la cantidad suficiente para untarle el pecho, la espalda y la parte de los riñones, y lo calientas hasta que lo puedas tocar sin quemarte; luego le untas y le recubres enseguida con esas fajas de lana que te he dado. Lo he preparado concretamente para eso. Tú, Síntica, recuerda su composición. Para volver a hacerle. Siempre tendrás lirios, alcanfor y díctamo, resinas, claveles, laurel, artemisias y todo lo demás. He oído que Lázaro tiene en Antigonio jardines de esencias».

«Y además magníficos» dice el Zelote, que los ha visto. Y añade: «No doy ningún consejo. Pero digo que para Juan ese lugar debería ser saludable, para el espíritu y para el cuerpo; incluso más que Antioquía. Está protegido del viento. Tiene una brisa ligera que viene de los bosquecillos de árboles de resinas arraigados en las laderas de un pequeño collado que hace de barrera al viento del mar, pero que permite a las sales marinas beneficiosas extenderse hasta allí. Es un lugar sereno, silencioso y, no obstante, alegre, por las mil flores y los

mil pájaros que viven allí en paz... Bueno, bien, vosotros veréis lo que más os hace al caso. [6]¡Síntica es muy juiciosa! Porque en estas 314.6
cosas es mejor ponerse en manos de las mujeres. ¿No es verdad?».

«Por eso Yo confío a mi Juan al buen juicio y al buen corazón de Síntica» dice Jesús.

«Y yo también» dice Juan de Endor. «Yo... yo... yo no tengo ya ninguna energía... y... ya jamás serviré para nada...».

«¡Juan, no digas eso! Si el otoño desnuda los árboles, no se puede concluir que no tengan ya vitalidad; al contrario, trabajan, con celada energía, para preparar el triunfo de los próximos frutos. Tú eres lo mismo. Ahora te ves empobrecido por el viento frío de este dolor, pero, en realidad, en lo profundo de ti, trabajas ya para los ministerios nuevos. Tu propio dolor te servirá de acicate para la acción. Estoy segura. Entonces serás tú, siempre tú, el que me ayudarás a mí, que soy una pobre mujer que todavía tiene mucho que aprender para llegar a ser *algo* para Jesús».

«¡¿Pero qué crees que puedo ser ya?! Ya nada tengo que hacer... ¡Estoy acabado!».

«No. ¡No está bien decir eso! Sólo el que muere puede decir: "Como hombre estoy acabado". Otro no puede decirlo. ¿Crees que no tienes ya nada que hacer? Todavía te queda lo que un día me dijiste: cumplir el sacrificio. ¿Y cómo, sino con el sufrimiento? Juan, es necio citarte a los sabios a ti, que eres un pedagogo; pero te recuerdo a Gorgias de Leontina (o Leontine). Enseñaba que *sólo con los dolores y sufrimientos se expía en esta vida y en la otra.* Y te recuerdo también a nuestro gran Sócrates: "Desobedecer a quien es superior a nosotros, sea dios u hombre, es un mal y una vergüenza". Ahora bien, si éste era un justo modo de actuar ante una injusta sentencia emanada de hombres injustos, ¿qué no será, ante una orden emanada del Hombre santísimo y de nuestro Dios? Obedecer, por el solo hecho ya de que es obedecer, es una cosa grande; grandísima será, entonces, prestar obediencia a una orden santa que juzgo — y tú conmigo debes juzgarla igual — gran misericordia. Tú siempre dices que tu vida se acerca a su fin, y todavía no sientes haber anulado tu deuda con la Justicia. ¿Por qué no juzgas, entonces, este gran dolor como un medio para anular la deuda, y además para hacerlo en el breve tiempo que te queda? ¡Un gran dolor para conseguir una gran paz! Créeme: vale la pena sufrirlo. Lo único importante en la vida es llegar a la muerte habiendo conquistado la Virtud».

«Me das ánimos, Síntica... Hazlo siempre».

«Lo haré. Lo prometo aquí. Pero tú facilítamelo, como hombre y como cristiano».

314.7 [7]La cena ha terminado. María recoge las peras que han quedado, las mete en un recipiente y se las da a Andrés, que sale, para volver luego diciendo: «Llueve cada vez más. Yo diría que es mejor...».

«Sí. Esperar siempre es más angustioso. Voy en seguida a preparar el burro. Venid también vosotros, con los arcones y todo lo demás. Tú también, Porfiria, ¡rápidamente! Eres tan paciente, que te has conquistado al asno y se deja vestir (dice exactamente esto) sin resistirse. Después se encargará Andrés, que te asemeja. ¡Venga, todos fuera!». Y Pedro incita a todos a que salgan de la habitación y de la cocina, excepto a María, a Jesús, a Juan de Endor y a Síntica.

«¡Maestro! ¡Oh, Maestro, ayúdame! ¡Llegó el momento de... sentir que se me desgarra el corazón! ¡Ha llegado, sí, el momento! ¡¿Por qué, Jesús bueno, no has hecho que muriese aquí, una vez experimentada la congoja de mi condena y hecho el esfuerzo de aceptarla?!». Y Juan cae en el pecho de Jesús, llorando angustiosamente.

María y Síntica tratan de calmarle. María, a pesar de que siempre es tan reservada, le separa de Jesús, le abraza y le dice: «Hijo amado, hijo mío predilecto»...

314.8 [8]Síntica, entretanto, se arrodilla a los pies de Jesús y dice: «Bendíceme, conságrame, para quedar fortalecida. Señor, Salvador, Rey, yo, aquí, en presencia de tu Madre, juro y profeso que seguiré tu doctrina y te serviré hasta el último respiro. Juro y profeso que me dedicaré a tu doctrina y a los seguidores de ella, por amor a ti, Maestro y Salvador. Juro y profeso que mi vida no tendrá ninguna otra finalidad, y que todo lo que significa mundo y carne ha muerto definitivamente para mí. Y espero, con la ayuda de Dios y de las oraciones de tu Madre, vencer al Demonio, para que no me arrastre al error y no ser condenada en la hora de tu Juicio. Juro y profeso que no me doblegarán ni las seducciones ni las amenazas y que no tendré memoria lábil, a menos que Dios permita que suceda de otra forma. Pero espero en Él y creo en su bondad, por lo cual estoy segura de que no me dejará a merced de fuerzas obscuras más fuertes que las mías. Consagra a tu sierva, oh Señor, para que se sienta defendida de las insidias de todos los enemigos».

Jesús extiende las manos sobre su cabeza, con las palmas abiertas, como hacen también los sacerdotes, y ora por ella.

María lleva a Juan al lado de Síntica y le hace arrodillarse, y dice: «También a él, Hijo mío, para que te sirva con santidad y paz».

Y Jesús repite el acto sobre la cabeza inclinada del pobre Juan. Luego le levanta y hace levantarse a Síntica, pone las manos de ellos en las de María y dice: «Que sea ella la última que os acaricia, aquí», y sale rápidamente para ir no sé a dónde.

«¡Madre, adiós! ¡No olvidaré nunca estos días!» gime Juan.

«Yo tampoco te olvidaré, amado hijo».

«Igual yo, Madre... Adiós. Déjame besarte una vez más... ¡Después de tantos años, me había saciado de besos maternos!... Pero ahora ya no...». Síntica llora en los brazos de María, que la besa.

Juan da rienda suelta a su llanto. María le abraza también a él; ahora tiene — verdadera Madre de los cristianos — a los dos entre sus brazos, y toca apenas, con sus labios purísimos, la mejilla rugosa de Juan: un beso pudoroso, pero amorosísimo. Con el beso queda el llanto de la Virgen en la flaca mejilla...

[9]Entra Pedro: «Está preparado. Venga, vamos...» y no dice nada 314.9
más, porque está emocionado.

Margziam, que sigue a su padre como la sombra al cuerpo, se echa al cuello de Síntica y la besa; luego abraza a Juan y le besa, le besa... Pero llora también él.

Salen: María, llevando de la mano a Síntica; Marziam de la mano de Juan.

«Nuestros mantos...» dice entre lágrimas Síntica, y hace ademán de entrar en las habitaciones.

«Están aquí, están aquí. ¡Tomad, rápido!...». Pedro se muestra rudo para no dejar ver su emoción; pero, detrás de los dos que ahora se arropan en sus mantos se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano...

Al otro lado del seto, el farolillo trémulo del carro dibuja un cerco amarillo en el ambiente oscuro... Se oye el susurro de la lluvia entre el follaje de los olivos, y su choque contra el pilón rebosante de agua... Una paloma, despertada por la luz de las lámparas que llevan los apóstoles amparadas bajo los mantos, bajas, para iluminar los senderos llenos de charcos, zurea quejumbrosamente...

Jesús ya está al pie del carrito, sobre el cual ha sido extendida como techo una manta.

«¡Venga, venga, que llueve recio» incita Pedro. Y, mientras Santiago de Zebedeo substituye a Porfiria en los ramales, él, sin muchas ceremonias, levanta del suelo a Síntica y la pone en el carro, y, todavía más expeditivamente, agarra a Juan de Endor y le mete encima del carro; sube él, y da un fustazo tan enérgico al pobre burro, que éste, casi llevándose por delante a Santiago, empieza a correr inmediatamente. Y Pedro insiste hasta que llegan al camino propiamente dicho, bastante lejos de las casas... Un último grito de despedida sigue a los que parten, que lloran inconteniblemente...

Pedro para luego al burro fuera de Nazaret, para esperar a Jesús y a los demás, que no tardan en darles alcance caminando ligeros

bajo la lluvia que arrecia.

Toman un camino entre las huertas, para ir de nuevo hacia el norte de la ciudad sin cruzarla. Pero Nazaret está obscura y duerme bajo el agua gélida de la noche de invierno... y creo que ni los que están despiertos oyen el chocar de las pezuñas del asno, poco perceptibles contra el suelo de tierra empapado...

La comitiva avanza con el máximo silencio. Sólo se oyen los sollozos de los dos discípulos, mezclados con el rumor de la lluvia entre las frondas de los olivares.

315. El viaje hacia Yiftael y las reflexiones de Juan de Endor.

31 de octubre de 1945.

315.1 [1]Debe haber llovido toda la noche. Pero con el alba ha venido un viento seco que ha repelido las nubes hacia el Sur, más allá de las colinas de Nazaret. Por ello, un tímido Sol invernal se atreve a asomarse y a encender con su rayo un diamante en cada hoja de los olivos; mas es vestido de gala que pronto pierden, porque el viento agita sus frondas y las desnuda, y parecen llorar esquirlas de diamante que se desvanecen entre la hierba aljofarada o en el camino lodoso.

Pedro, con la ayuda de Santiago y Andrés, prepara carro y burro. No se ve a los otros todavía. Luego salen uno tras otro quizás de una cocina (porque dicen a los tres que ya estaban fuera: «Id ahora vosotros a tomar algo»); y los tres entran, para salir poco después, esta vez con Jesús.

«He vuelto a poner la cubierta, por el viento» explica Pedro. «Si estás decidido a ir a Yiftael, tendremos de frente el viento... y punza. No comprendo por qué no cogemos el camino que va a Sicaminón y luego el del litoral... Es más largo, pero menos escabroso. ¿Has oído lo que decía ese pastor al que he logrado tirar de la lengua? Ha dicho: "Yotapata, durante los meses de invierno, queda aislada. Sólo hay un camino para llegar a ella. Y no se va con corderos, no... No se debe llevar nada en las espaldas, porque hay pasos que se salvan más con las manos que con los pies... Y los corderos no pueden nadar... Hay dos ríos, llenos muchas veces, y hasta el propio camino es un torrente que corre por un fondo de rocas. Yo voy allí después de los Tabernáculos, y en plena primavera, y vendo bien, porque entonces la gente se aprovisiona para meses". Eso ha dicho... Y nosotros... con este cacharro... (y da una patada a la rueda del carrito)... y con este burro... ¡Mmmm!...».

«El camino que va de Seforí a Sicaminón era mejor. Pero lo utiliza mucha gente... Recuerda que conviene no dejar rastro de Juan...».

«El Maestro tiene razón. Podríamos encontrar incluso a Isaac con otros discípulos... ¡Y en Sicaminón ya no digamos!...» observa el Zelote.

«Pues nada... vamos...».

«Voy a llamar a esos dos...» dice Andrés.

Y mientras Andrés hace esto Jesús se despide de una anciana y de un niño, que salen de un aprisco con unos cubos de leche. Llegan también unos pastores, barbados. Jesús les agradece la hospitalidad ofrecida en la noche de lluvia.

[2]Juan y Síntica ya están en el carro, que ahora, guiado por Pedro, 315.2
emboca el camino. Jesús acelera el paso para seguirle; a su lado el Zelote y Mateo; detrás de Él, Andrés, Santiago, Juan y los dos hijos de Alfeo.

El viento corta la cara e hincha los mantos. La cobertura extendida sobre los arcos del carro cruje como una vela, a pesar de que la lluvia de la noche la haya hecho más pesada.

«¡Bueno, hombre, pues se secará pronto» susurra Pedro mirándola. «¡Basta con que a este pobre hombre no se le sequen los pulmones!... Espera, Simón de Jonás... Se hace así». Y para el burro, se quita el manto, sube al carro y arropa muy bien a Juan.

«¿Pero por qué? Ya tengo el mío...».

«Porque yo, tirando del asno, tengo ya tanto calor como si estuviera en un horno de pan. Y además estoy habituado a estar desnudo en la barca, y cuanto más tormenta más desnudo. El frío es para mí un acicate y me hace más ágil. ¡Venga, arrópate bien! María me ha dado en Nazaret tantas recomendaciones, tantas, que, si te pones malo, no voy a poder presentarme a ella jamás...».

[3]Baja del carro y coge otra vez los ramales e incita al asno para 315.3
que camine. Pero pronto debe pedir ayuda a su hermano y a Santiago, para ayudar al burro a salir de un sitio cenagoso en que se ha hundido la rueda. Y así van, empujando por turnos el carro para facilitar la labor al burro, que hinca sus robustas patas en el fango y tira — ¡pobre animal! —, resoplando afanoso y espurreando ávido (es que Pedro le estimula a caminar ofreciéndole unos pedazos de pan y unos tronchos de manzana, que le concede sólo cuando hacen un alto en el camino).

«Eres un engañador, Simón de Jonás» dice bromeando Mateo, que observa la maniobra.

«No. Aplico *con dulzura* al animal a su deber. Si no hiciera esto, tendría que usar la tralla, y eso me duele. Si no pego a la barca

cuando hace caprichos, y es de madera, ¿por qué debería pegar a éste, que es de carne? Ahora mi barca es éste... está en el agua... ¡vaya que si está en el agua! Por tanto, le trato como a la barca. ¡Yo no soy Doras, eh! ¿Sabéis que quería llamarle Doras, antes de comprarle? Pero luego oí su nombre y me gustó. Se lo he dejado...».

«¿Cómo se llama?» preguntan curiosos.

«¡Adivinad!» y Pedro se ríe bajo su barba.

Salen los más extraños nombres, y los de los más cafres fariseos o saduceos, etc. etc. Pero Pedro siempre menea su cabeza... Se dan por vencidos.

«¡Se llama Antonio! ¿No es un nombre bonito? ¡Ese maldito romano! ¡Se ve que el griego que me lo vendió también tenía sus resentimientos contra Antonio!».

Todos ríen, mientras Juan de Endor explica: «Será uno de los que obtuvo la libertad previo pago de una talla, después de la muerte de César. ¿Es viejo?».

«Tendrá setenta años... y debe haber hecho todos los tipos de trabajos... Ahora tiene un hospedaje en Tiberíades...».

315.4 [4]Llegan al trivio de Seforí con el camino de Nazaret-Tolemaida, Nazaret-Sicaminón, Nazaret-Jotapata (hago la observación de que la J la pronuncian como una "ye" muy sonora). El hito consular tiene escritas las tres indicaciones de Tolemaida, Sicaminón y Yotapata.

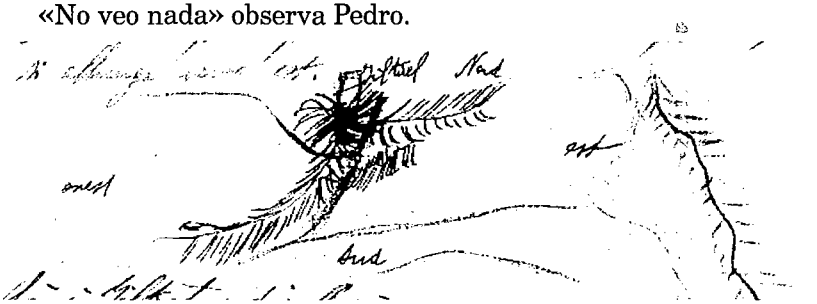
«¿Entramos en Seforí, Maestro?».

«Es inútil. Vamos a Yiftael. Sin detenernos. Comeremos mientras andamos. Es preciso estar allí antes de que anochezca».

Marchan y marchan, atravesando dos torrentillos bien cargados, afrontando las primeras pendientes de un sistema de montes en dirección Norte-Sur, pero que forman al Norte un nudo escabroso que luego se resuelve hacia el Este. *

«Allí está Yiftael» dice Jesús.

«No veo nada» observa Pedro.



* En el dibujo de MV se leen los cuatro puntos cardinales (*Nord, est, sud, ovest*) y, al Norte, Yiftael (*Jiftael*).

«Está a septentrión. Por la parte nuestra hay pendientes a pico, y lo mismo a oriente y a poniente».

«De modo que hay que rodear todo aquel monte, ¿no?».

«No. Hay un camino junto al monte más alto, al pie de él, en el valle. Acorta mucho, aunque es un camino muy empinado».

«¿Has estado allí alguna vez?».

«No. Pero lo sé».

¡Verdaderamente es un camino empinado! Tanto que, llegados a él, se sienten desfallecer: parece como si uno, de tanto como se reduce la luz en el fondo de este valle, tan horrendo y escarpado que me hace pensar en las dantescas simas del octavo círculo, descendiera veloz al encuentro de la noche. Es un camino verdaderamente ahondado en el volumen rocoso; tan lleno de desniveles, que está dispuesto casi en escalones; un camino estrecho, agreste, encajado entre un torrente rabioso y una pendiente aún más rabiosa, que continúa, con empinada subida, hacia el Norte.

La luz aumenta a medida que se sube, pero, como contrapartida, aumenta también el cansancio; tanto que aligeran de los talegos personales el carro, y baja también Síntica para que el carrito vaya lo más ligero posible. Juan de Endor, que después de aquellas pocas palabras no había vuelto a abrir la boca sino para toser, querría bajarse también. No se lo conceden, así que se queda donde estaba, mientras todos empujan el carro y tiran del asno, y sudan cada vez que hay un desnivel. Pero ninguno se queja. Al contrario, todos tratan de mostrarse satisfechos del ejercicio para no humillar a los dos por los que lo hacen (los cuales ya más de una vez han expresado su pesar por este esfuerzo).

El camino hace un ángulo recto: ⌐. Y luego otro ángulo, más corto, que termina en una ciudad acoclada en lo alto de una ladera, tan empinada que, como dice Juan de Zebedeo, da la impresión de que vaya a deslizarse hacia abajo con sus casas.

«Sin embargo, es muy sólida. Todo un bloque con la roca».

«Como Ramot entonces...» dice Síntica recordándose.

«Más todavía. Aquí la roca es parte de las casas, no sólo base de ellas. Recuerda más a Gamala. ¿Os acordáis?».

«Sí, y también de aquellos cerdos...» dice Andrés.

«De allí justamente partimos para Tariquea, el Tabor y Endor...» recuerda Simón Zelote.

[5]«Estoy destinado a daros recuerdos penosos y grandes traba- 315.5
jos...» suspira Juan de Endor.

«¡De ninguna manera! Tú nos has dado una amistad fiel. Nada más, amigo» dice impetuosamente Judas de Alfeo. Y todos se unen a

él para confirmar más claramente.

«De todas formas... alguno no me ha amado... Ninguno me lo dice... Pero yo sé meditar, sé reunir en un solo cuadro los hechos diseminados. Esta partida, no, no estaba prevista, y la decisión no es espontánea...».

«¿Por qué hablas así, Juan?» pregunta dulcemente afligido Jesús.

«Porque es verdad. Alguno no me ha aceptado. He sido elegido yo, no otros, ni siquiera los grandes discípulos, para ir lejos».

«¿Y entonces Síntica?» pregunta Santiago de Alfeo entristecido por esta luz que viene a la mente del hombre de Endor.

«Síntica viene para no trasladarme a mí solo... para celarme compasivamente la verdad...».

«¡No, Juan!...».

«Sí, Maestro. Fíjate, podría hasta decirte el nombre de mi torturador. ¿Sabes dónde lo leo? ¡Me basta mirar a estas ocho personas buenas para leerlo! ¡Me basta reflexionar en la ausencia de los otros para leerlo! El hombre por quien Tú me encontraste es el mismo que quisiera que Belcebú me encontrara. Y me ha conducido a este momento — y a ti también, Maestro, porque Tú también sufres como yo, o quizás más que yo — y me ha conducido a este momento para hacerme caer de nuevo en la desesperación y en el odio. Porque es malo, es cruel, es envidioso... y más cosas. El alma obscura en medio de tus siervos luminosísimos es Judas de Keriot...».

«No hables así, Juan. No falta sólo él. Todos, excepto el Zelote, que no tiene familia, faltaron durante las Encenias. De Keriot, y menos aún en este período, no se viene en pocas etapas. Son casi doscientas millas de camino. Y era justo que fuera a casa de su madre, como Tomás. También he prescindido de Natanael, porque es anciano, y de Felipe, para que acompañara a Natanael...».

«Sí. Faltan otros tres. Pero... ¡Oh, Jesús bueno!... Tú conoces los corazones porque eres el Santo. ¡Pero no eres el único que los conoce! También los perversos conocen a los perversos, porque se reconocen en ellos. Yo fui perverso, y me he visto de nuevo, en mis peores instintos, en Judas. De todas formas, le perdono. Solamente por una cosa le perdono el que me mande a morir tan lejos: porque precisamente por él vine a ti. Y que Dios le perdone todo lo demás... *todo* lo demás».

Jesús no intenta rebatir... Calla. Los apóstoles se miran unos a otros mientras a fuerza de brazos empujan al carro por el camino resbaladizo.

315.6 [6]Está ya cerca la noche cuando llegan a la ciudad. Allí, desconoci-

dos entre desconocidos, se alojan en una posada construida en el extremo sur del pueblo, el extremo sur: un risco, cuya pared está tan cortada a pico y es tan profunda, que lanzar hacia abajo la mirada por ella hace venir vértigo; mientras en el fondo — ruido, sólo ruido, en la sombra de pez que ya viste al valle — ruge un torrente.

316. Jesús se despide de Juan de Endor y de Síntica.

1 de noviembre de 1945.

[1]Al día siguiente, perseguidos por un tiempo lluvioso y frío que di- 316.1
ficulta la marcha, reanudan el viaje por el mismo camino (el único, por lo demás, de este pueblo que parece un nido de águila en la cima de un pico solitario).

Tiene que bajar del carro también Juan de Endor, porque el camino cuesta abajo es todavía más peligroso que cuesta arriba, y, aunque el burro por sí solo no correría peligro, el peso del carro, fuertemente empujado hacia adelante por el desnivel, hace que el pobre animal vaya muy mal. Como van también mal sus conductores, que hoy tienen que sudar no ya para empujar sino para retener el vehículo, que podría despeñarse, provocando alguna desgracia o, por lo menos, pérdida de la carga. El camino es, así, horrible hasta llegar a un tercio, aproximadamente, de su longitud (el último tercio respecto al valle). Y se bifurca: un ramal, más cómodo y llano, va hacia el Oeste.

Se paran a descansar y se secan el sudor. Pedro premia al borrico, que tiembla todo, de jadeo, y que sacude las orejas resoplando, ciertamente absorto en una profunda meditación sobre la dolorosa condición de los asnos y sobre los caprichos de los hombres que escogen ciertos caminos. Al menos también Simón de Jonás atribuye a estas consideraciones la expresión pensativa del animal, y, para subirle los ánimos, le cuelga al cuello una saca de habas forrajeras, y, mientras el asno quebranta el duro alimento con ávido placer, también los hombres comen pan y queso y beben la leche de que sus odres están llenos.

Termina la comida. Pero Pedro quiere dar de beber a «mi Antonio, que merece los honores más que César» dice. Y va con un cubo que tiene en el carro a coger agua a un torrente que discurre hacia el mar.

[2]«Ahora podemos reanudar la marcha... Iremos incluso al trote, 316.2
porque pienso que detrás de aquel collado es todo llanura... Pero nosotros no podemos trotar. De todas formas, caminaremos ligero. ¡Venga, Juan y tú, mujer, montad y vamos!».

«Yo también subo, Simón, y guío Yo. Todos los demás seguid-

nos...» dice Jesús en cuanto suben los dos.

«¿Por qué? ¿Te encuentras mal? ¡Estás muy pálido!...».

«No, Simón. Quiero hablar a solas con ellos...» y señala a los dos que, como Él, están pálidos también, intuyendo que ha llegado el momento del adiós.

«¡Ah! Bien. Sube, sube. Nosotros te seguimos».

Jesús se sienta en la tabla que hace de asiento para el conductor y dice: «Ven aquí a mi lado, Juan. Y tú, Síntica, acércate...».

Juan se sienta a la izquierda del Señor. Síntica a sus pies, casi en el borde del carro, de espaldas al camino, con la cara alzada hacia Jesús. Colocada así, sentada sobre los talones, relajada como si soportara un peso agotador, abandonadas las manos en su regazo y unidas para mantenerlas quietas, porque tiemblan, la cara cansada, sus bellísimos ojos de color negro-violeta como empañados por el mucho llanto vertido, bajo la sombra de su velo y su manto — muy cubierta con ambos —, parece una Piedad desolada. ¡Y Juan...! Creo que si al final del camino le esperara el patíbulo estaría menos turbado.

El asno se pone al paso, tan obediente y juicioso que no obliga a Jesús a estrecha vigilancia. Y Jesús aprovecha de ello para abandonar los ramales y coger la mano de Juan y poner la otra en la cabeza de Síntica.

316.3 [3]«Hijos míos, os agradezco toda la alegría que me habéis procurado. Este año ha estado para mí tachonado de flores de alegría, porque he podido tomar vuestras almas y ponérmelas delante, para no ver las cosas feas del mundo, y perfumarme el aire viciado por el pecado del mundo e infundirme dulzura y confirmarme en la esperanza de que mi misión no es inútil. Margziam, tú, Juan mío, Hermasteo, tú, Síntica, y María de Lázaro, y Alejandro Misax, y otros más... Las flores triunfales del Salvador, al que sólo sienten como tal los rectos de corazón... ¿Por qué meneas la cabeza, Juan?».

«Porque eres bueno y me pones entre los rectos de corazón. Pero yo siempre tengo en mi pensamiento mi pecado...».

«Tu pecado es el fruto de una carne azuzada por dos malvados. Tu rectitud de corazón es el substrato de tu *yo* honesto, deseoso de cosas honestas, desgraciado porque estas cosas te fueron arrebatadas por la muerte o la maldad, mas no por ello menos vivo aun bajo el cúmulo de tanto dolor. Fue suficiente que la voz del Salvador se filtrara en las profundidades donde tu *yo* se marchitaba, para que saltaras y te pusieras en pie, liberándote de todo peso, para venir a mí. ¿No es así? Pues entonces eres recto de corazón; mucho, mucho más recto que otros que no tienen *tu* pecado, pero que tienen otros mucho peores,

porque son pecados meditados y conservados vivos obstinadamente...

Benditos seáis, pues, vosotros, mis flores de mi triunfo de Salvador; en este mundo, tardo en comprender y enemigo, que da de beber amargura y aversión al Salvador, habéis representado el amor. ¡Gracias! En las horas más penosas que he vivido este año, os he tenido presentes para recibir de vosotros consuelo y apoyo; en las horas más penosas que viviré, os tendré todavía más presentes. Hasta la muerte. Y estaréis conmigo eternamente. Os lo prometo.

[4]Os confío mis más estimados intereses, o sea, la preparación de 316.4
mi Iglesia de Asia menor. Allí no puedo ir porque aquí, en Palestina, está mi lugar de misión, y porque la mentalidad reaccionaria de los importantes de Israel me perjudicaría con todos los medios si fuera a otro lugar distinto. ¡Ya quisiera tener otros Juanes y otras Sínticas para otros países, de modo que mis apóstoles encontraran arada la tierra para esparcir la semilla en la hora que ha de llegar!

Sed dulces y pacientes, y al mismo tiempo fuertes para penetrar y soportar. Encontraréis cerrazón y escarnio. No os descorazonéis por ello. Pensad esto: "Comemos el mismo pan y bebemos el mismo cáliz que bebe nuestro Jesús". No sois más que vuestro Maestro y no podéis pretender mejor suerte que la suya. La mejor suerte es ésta: compartir lo que es del Maestro.

Doy una sola orden: que no os desaniméis, que no pretendáis daros una respuesta acerca de esta lejanía, que no es un destierro como quiere pensar Juan, sino que es, antes al contrario, un poneros a las puertas de la Patria antes que a todos los demás, como a siervos más formados que ningún otro. El Cielo desciende para vosotros, como materno velo, y el Rey de los Cielos ya os acoge en su seno, os protege bajo sus alas de luz y amor, como a los primogénitos de la inconmensurable nidada de los siervos de Dios, del Verbo de Dios, que en nombre del Padre y del eterno Espíritu os bendice para ahora y para siempre.

Y orad por mí, el Hijo del hombre que se está acercando a todas sus torturas de Redentor. ¡Oh, verdaderamente mi Humanidad está para conocer todas las más amargas experiencias, que van a triturarla!... Orad por mí. Tendré necesidad de vuestras oraciones... Serán caricias... Serán profesiones de amor... Serán ayudas, para no llegar a decir: "La Humanidad está hecha sólo de demonios"...

[5]¡Adiós, Juan! Vamos a darnos el beso del adiós... No llores de ese 316.5
modo... Aun a costa de arrancarme jirones de carne, te habría tenido

---

* *Orad por mí.* A pie de página, en una copia mecanografiada, MV escribe esta observación: *Para evitar malas interpretaciones, explico: Orar es acordarse de un ser, bien sea Dios, bien sea el prójimo. Acordarse de uno quiere decir amarle. Jesús tenía deseos de amor y consuelo por todo el odio que le rodeaba. También ahora tiene deseos de que*

conmigo, si no hubiera visto todo el bien que esta separación producirá para ti y para mí. Eterno bien...

Adiós, Síntica. Sí, besa si quieres mis manos, pero piensa que si la diversidad de sexo me veda besarte como a una hermana, a tu alma sí le doy mi beso fraterno...

Y esperadme, con vuestro espíritu. Iré. Me tendréis cerca de vuestros trabajos y de vuestras almas. Sí, porque, si bien el amor por el hombre ha encerrado mi naturaleza divina en carne mortal, no ha podido limitar su libertad. Libre soy de ir, como Dios, a quien merece tener consigo a Dios.

Adiós, hijos míos. El Señor está con vosotros...».

Y se deshace del abrazo convulso de Juan, que circunda con fuerza sus espaldas, y de Síntica, que se ha agarrado a sus rodillas; y salta del carro, hace un gesto de saludo a sus apóstoles, y se echa a correr por el camino ya recorrido, rápido como ciervo perseguido...

316.6 [6]El asno, al sentir caer del todo los ramales que antes estaban encima de las rodillas de Jesús, se ha parado; y también, atónitos, los ocho apóstoles, mirando al Maestro que se aleja cada vez más.

«Lloraba...» susurra Juan.

«Y estaba pálido como un muerto...» dice en voz baja Santiago de Alfeo.

«Ni siquiera ha tomado su talego... Ahí está en el carro...» observa el otro Santiago.

«¿Y ahora cómo se las va a componer?» se pregunta Mateo.

Judas de Alfeo lanza toda su poderosa voz: «¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!...». Pero un recodo del camino absorbe dentro del verde de sus plantas al Maestro, sin que Él se vuelva siquiera a mirar quién le llama...

«Se ha marchado... Lo único que podemos hacer es ponernos en marcha también nosotros...» dice Pedro desolado mientras monta en el carro y coge los ramales para arrear al burro.

Y el carro se pone en camino, con su chirrido, acompañado del rítmico sonido de los cascos herrados y del angustioso llanto de los dos que, abatidos en el fondo del carro, gimen: «No le volveremos a ver. Nunca, nunca...».

---

los hombres se acuerden de orar por que el mundo le ame para obtener salud. Tendré necesidad de vuestras oraciones. En la misma página de la copia mecanografiada, al margen, MV anota: *necesidad no como puede tenerla un hombre cualquiera para sus más variadas necesidades, sino para sentir en su espíritu el consuelo del amor de sus discípulos, expresado con la oración, "a Él" y "para Él".*
Estas dos observaciones de MV pueden valer también para otros pasos de la Obra en que Jesús pide amor y oración para Él, como en 415.5, 455.4, etc.

317. La oración de Jesús por la salvación de Judas Iscariote.

2 de noviembre de 1945.

[1]Jesús está de nuevo al pie del macizo sobre el que se alza Yiftael. 317.1
No en la calzada — llamémosla así — o camino de herradura recorrido antes con el carro, sino en una senda, tan empinada, que se diría ser para cabras montesas, toda formada de grandes lascas, toda ella grietas profundas, pegada contra el monte, yo diría que excavada en la pared vertical del monte, como si éste hubiera sido rayado por una enorme uñarada. La limita un tajo que se abre a pico a nuevas profundidades, en cuyo fondo espuma rabioso un torrente.

Pisar en falso ahí significa despeñarse sin esperanza, rebotando de una mata a otra, matas de zarzas y de otras plantas agrestes, nacidas no sé cómo entre las fisuras de la roqueda y sin la disposición vertical propia de las plantas, sino oblicua, o incluso horizontal, porque a ello las constriñe su lugar de arraigamiento. Pisar en falso ahí significa la laceración a causa de todos los peines espinosos de estas plantas; quedar deslomado por los golpes contra los troncos rígidos que se asoman hacia el abismo. Pisar en falso ahí significa desgarraduras con las piedras aguzadas que sobresalen de las paredes del tajo. Pisar en falso ahí significa llegar sangrando y quebrantado a las aguas espumosas del rabioso torrente, y ahogarse, y yacer sumergido en un lecho de escollos puntiagudos, a merced de los ramalazos de las violentas aguas.

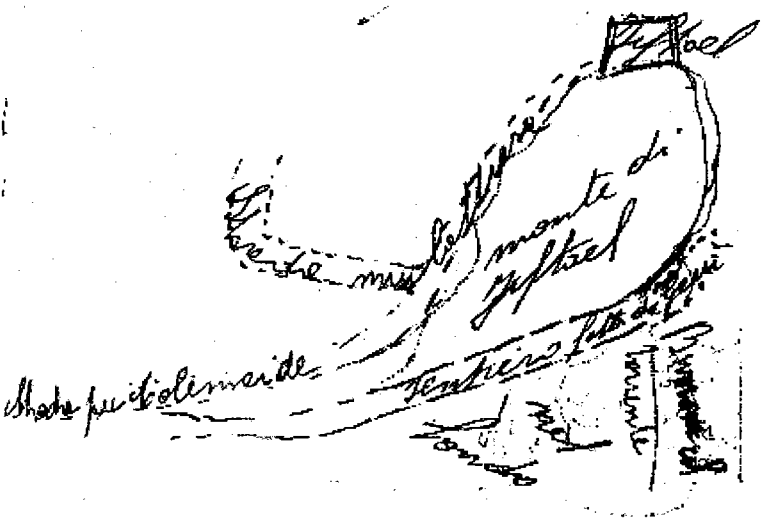
Mas, a pesar de ello, Jesús recorre este sendero, este arañazo en la roca, más peligroso aún por la humedad que sube del torrente, evaporándose; que rezuma de la pared superior; que gotea de las plantas nacidas en esta pared superior vertical (yo diría casi levemente cóncava).

* Me esfuerzo en mostrarle este lugar infernal.

Va lentamente, estudiando dónde pone el pie sobre las aguzadas piedras, algunas removidas. A veces, el sendero se estrecha tanto que se ve obligado a apretarse contra la pared. Para pasar puntos sobremanera peligrosos, debe agarrarse a las ramas colgantes de la pared. Rodea así el lado oeste y llega al lado sur, que es el lado en que el monte, después de un descenso a plomada desde la cima, se

---

* *Me esfuerzo en mostrarle este lugar infernal.* Y, en efecto, MV añade el dibujo — reseñado en la página siguiente por exigencias de paginación — en cuyo centro pone el *monte de Yiftael* (*monte di Jiftael*), en la cima del cual está *Yiftael* (*Jiftael*), a donde se llega por el *camino de herradura* (*Strada mulattiera*). Más al Sur está el *camino para Tolemaida* (*Strada per Tolemaide*) y hacia el Este el *sendero recorrido por Jesús* (*sentiero fatto da Gesù*), bajo el cual está el *Precipicio con el torrente en el fondo* (*Burrone col torrente nel fondo*).



hace más cóncavo, y da más respiro en anchura al sendero, aunque se lo quita en altura: tanto que, en ciertos puntos, Jesús tiene que caminar agachado para no golpear la cabeza contra las rocas.

317.2 [2]Quizás tiene intención de detenerse al llegar a un lugar en que el sendero termina bruscamente como por rocas desprendidas. Pero observa, y ve que hay debajo una caverna — más que una caverna, una grieta del monte —, y desciende a ella por entre las rocas caídas. Entra. Una grieta al principio; dentro, una amplia gruta (como si el monte hubiera sido excavado mucho tiempo atrás a golpe de pico, no sé con qué finalidad). Se ve claramente dónde se han asociado a las curvas naturales de la roca las producidas por los hombres, los cuales, en el lado opuesto a la hendidura de entrada, abrieron como una estrecha galería, en cuyo fondo hay una franja de luz y una lejana vista de bosques que indican que la galería penetra de Sur a Este cortando el espolón del monte.

Jesús se mete por esa galería semiobscura y estrecha, y la recorre hasta llegar a la abertura, situada por encima del camino que siguió con los apóstoles y el carro para subir a Yiftael. Los montes que rodean el lago de Galilea están frente a Él, allende el valle; en dirección nordeste resplandece el gran Hermón vestido de nieve. Hay, excavada en la ladera del monte — aquí no tan vertical, ni hacia arriba ni hacia abajo —, una escalerita primitiva que conduce al camino de herradura del valle y también a la cima donde está Yiftael.

Jesús se muestra satisfecho de su exploración. Vuelve para atrás, al interior de la vasta caverna, y busca un sitio resguardado. Allí

amontona hojarasca que el viento ha empujado hacia dentro del antro: una bien mísera yacija, un velo de hojas secas entre su cuerpo y el suelo desnudo y gélido... Se deja caer encima, y se queda así, inmóvil, extendido, con las manos debajo de la cabeza, los ojos fijos en la bóveda rocosa, absorto, yo diría aturdido, como quien hubiera soportado un esfuerzo o un dolor superior a sus fuerzas.

[3]Luego, lágrimas lentas, sin sollozos, empiezan a descender de 317.3
sus ojos, y caen a ambos lados de la cara para perderse entre sus cabellos, hacia las orejas, y terminar ciertamente entre la hojarasca... Llora así, largamente, y sin decir nada ni hacer ningún movimiento... Luego se sienta y, con la cabeza entre las rodillas, alzadas y ceñidas con sus manos entrelazadas, llama, con toda su alma, a su lejana Madre: «¡Madre! ¡Madre! ¡Madre mía! ¡Mi eterna dulzura! ¡Oh, Mamá, cuánto quisiera tenerte a mi lado! ¡¿Por qué no te tengo siempre, único consuelo de Dios?!».

Solamente la gruta hueca responde a sus palabras, a sus sollozos, con un susurro de imperfecto eco; y parece que ella misma llore y solloze también, con sus salientes, sus rocas, y las pocas y todavía pequeñas estalactitas que en un ángulo penden (quizás el más sujeto a labor de aguas internas).

El llanto de Jesús continúa, aunque ahora más tranquilo — como si el simple hecho de haber invocado a su Madre le hubiera consolado —, y, lentamente, se transforma en un monólogo.

«Han partido... ¿Y por qué? ¿Y por quién? ¿Por qué he tenido que dar este dolor, y a mí mismo también, si ya el mundo me llena de dolor mis jornadas?... ¡Judas!»...

¡Quién sabrá a dónde vuela ahora el pensamiento de Jesús, que levanta la cabeza de las rodillas y mira hacia adelante con ojos dilatados y el rostro tenso propio de quien está absorto en espectáculos espirituales futuros o en gran meditación! Ya no llora, pero sufre visiblemente. Luego parece responder a un interlocutor invisible. Para hacerlo se yergue en pie.

«Soy hombre, Padre. Soy el Hombre. La virtud de la amistad, herida y arrancada de mí, se lamenta y se retuerce dolorosamente...

Sé que debo sufrir *todo*. Lo sé. Como Dios, lo sé, y, como Dios, *lo quiero* por el bien del mundo. También como hombre lo sé, porque mi Espíritu divino lo comunica a mi humanidad. Y también como hombre *lo quiero*, por el bien del mundo. ¡Pero, qué dolor, oh Padre mío! Esta hora es mucho más penosa que la que viví con mi espíritu y el
* tuyo en el desierto... Y es mucho más fuerte la tentación presente de

* *Y es mucho más fuerte la tentación presente...* MV comenta esta expresión con la si-

no amar y no soportar a mi lado a ese ser legamoso y tortuoso que tiene por nombre Judas, causa del mucho dolor que hasta la saciedad como y bebo y que tortura las almas a las que Yo había dado paz.

317.4 [4]Padre, siento que te vas haciendo riguroso con tu Hijo a medida que me voy acercando al final de esta expiación mía por el género humano. Se va alejando de mí cada vez más tu suavidad, y aparece severo tu rostro a mi espíritu, que cada vez se ve más apartado hacia las profundidades, donde la humanidad, padeciendo tu castigo, gime desde milenios. Me era suave el sufrimiento; suave el camino al principio de la existencia; suave, también, cuando, de hijo del carpintero, pasé a ser Maestro del mundo, arrancándome de una Madre para darte a ti, Padre, al hombre caído. Me fue suave también, respecto a este momento, la lucha con el Enemigo en la Tentación del desierto. La afronté con el ardimiento del héroe que cuenta con todas sus fuerzas... ¡Oh, Padre mío!... que ahora mis fuerzas están debilitadas por la falta de amor de demasiados y el conocimiento de demasiadas cosas...

Yo sabía que Satanás, una vez terminada la tentación, se marcharía; y así fue. Y los ángeles vinieron a consolar de ser hombre al Hijo tuyo, de ser objeto de la tentación del Demonio. Pero ahora no cesará, una vez pasada la hora en que el Amigo sufre por los amigos enviados a un país lejano, y por el amigo perjuro que le perjudica de cerca y de lejos. No cesará. No vendrán tus ángeles a consolarme en este momento, ni pasado este momento. Antes al contrario, vendrá el mundo con todo su odio, su burla, su incomprensión; vendrá y estará cada vez más cerca y será cada vez más tortuoso y legamoso el perjuro, el traidor, el vendido a Satanás. ¡¡Padre!!...».

Es verdaderamente un grito de congoja, de espanto, de invocación; y Jesús se estremece y me trae a la mente la hora del Getsemaní.

«¡Padre! Lo sé. Lo veo... Mientras Yo aquí sufro y seguiré sufriendo, y te ofrezco mi sufrimiento por su conversión y por los que me

---

guiente nota autógrafa en una copia mecanografiada: *Lucha entre las dos naturalezas unidas en Cristo. Como Dios, no podía sino amar. Como Hombre, no podía no sentir rechazo por el falso discípulo. Aviándose hacia la meta de su misión redentora, advertía la preparación a ese abandono paterno que sería total en las horas de la Pasión. El gran Solitario y gran Desconocido, como era el Verbo encarnado, venido a vivir en medio de los hombres, se sintió siempre "solo y desconocido". Sólo su Madre le conoció verdaderamente y fue su perfecta compañera. En los demás, a medida que iba acercándose la hora redentora, iba aumentando la incomprensión, el odio o el abandono. La pasión incruenta, pero pasión al cabo.* Y, respecto a la oración que sigue, aproximadamente una página después, MV hace esta observación: *Que no sorprenda a los supercríticos esta oración al Padre. Es evangelio que Cristo fue tentado "come Hombre" en el desierto y que sufrió hasta sudar sangre en su lucha de Hombre, puro hombre, ya no sostenido por la Divinidad, en el Getsemaní, en la noche del Jueves Santo. Ésta es otra de sus horas de "auténtico" Hombre, de totalmente hombre, sujeto al amor y al dolor humanos, en Él perfectos porque era perfecto entre todos los hombres.*

han sido arrebatados de mis brazos y están marchando a su destino con el corazón traspasado, él se está vendiendo para ser mayor que Yo. ¡El Hijo del hombre!

¡¿Soy Yo, no es verdad, el Hijo del hombre?! Sí. Pero no soy el único que lo es. La Humanidad, la Eva fecunda ha generado a sus hijos, y, si Yo soy Abel, el Inocente, no falta Caín entre la prole de la Humanidad. Y, si soy el Primogénito, porque soy como habrían debido ser los hijos del hombre, sin mancha ante tus ojos, él, el engendrado en pecado, es el primero de lo que vinieron a ser después de que mordieron el fruto envenenado. Ahora, no contento con tener dentro de sí los fómites repugnantes y blasfemos de la mentira, la anticaridad, la sed de sangre, la avidez de dinero, la soberbia y la lujuria, se hace como el demonio para ser — hombre que podía hacerse ángel — el
* hombre que se convierte en demonio... "Y Lucifer quiso ser como Dios; por ello, fue expulsado del Paraíso, y, transformado en demonio, habitó el Infierno".

[5]¡Pero, Padre! ¡Oh, Padre mío! Yo le amo... le amo todavía. Es un 317.5
hombre... Es uno de aquellos por quienes te dejé... Por mi humillación, sálvale... ¡concédeme redimirle, Señor altísimo! ¡Sé que es incongruente lo que pido, Yo, que conozco todo cuanto existe!... Pero, Padre mío, no veas en mí por un instante a tu Verbo. Contempla sólo mi humanidad de Justo... y deja que Yo, por un instante, pueda ser sólo "el Hombre" en gracia tuya, el Hombre que no conoce el futuro, que puede forjarse ilusiones... el Hombre que, no conociendo el ineluctable sino, puede orar, con esperanza absoluta, para arrancar el milagro. ¡Un milagro! ¡Un milagro a Jesús de Nazaret, a Jesús de María de Nazaret, nuestra eterna Amada! ¡Un milagro que viole lo signado y lo anule! ¡La salvación de Judas! Ha vivido a mi lado, ha bebido mis palabras, ha compartido conmigo el alimento, ha dormido sobre mi pecho... ¡No sea él, no, no sea él mi demonio!...

No te pido no ser traicionado... Debe suceder, y sucederá... para que, por mi dolor de ser traicionado, sean anuladas todas las mentiras; por mi dolor de ser vendido, quede expiada toda avaricia; por mi congoja de ser blasfemado, reparadas todas las blasfemias; y, por la congoja de no ser creído, reciban la fe aquellos que no la tienen ahora o en el futuro; para que, por mi tortura, queden purificados todos los pecados de la carne... ¡Pero, te lo ruego: no él, no él, Judas, mi amigo, mi apóstol!

Yo querría que ninguno traicionara... Ninguno... Ni siquiera el más lejano habitante de los hielos hiperbóreos o de los fuegos de la

* *Y Lucifer...* parece cita de *Isaías 14, 12-15.*

zona tórrida... Yo quisiera que sólo Tú fueras el Sacrificador... como otras veces lo fuiste, quemando los holocaustos con tu fuego... Mas, dado que debo morir a manos del hombre — y más que el verdugo real será verdugo el amigo traidor, el corrompido que portará en sí ese hedor de Satanás que ya está aspirando, buscando ser como Yo en cuanto al poder... así piensa en su orgullo y ansia —, dado que debo morir a manos del hombre, Padre, otorga que no sea el Traidor aquel a quien he llamado amigo y he amado como tal.

Multiplica, Padre mío, mis torturas, pero dame el alma de Judas... Pongo esta oración sobre el altar de mi Persona víctima... ¡Padre, acógela!...

317.6 [6]¡El Cielo está cerrado y mudo!... ¿Es éste el horror que tendré conmigo hasta la muerte? ¡El Cielo está mudo y cerrado!... ¿Será éste el silencio y la mazmorra en que exhalaré mi espíritu? ¡El Cielo está cerrado y mudo!... ¿Será ésta la suprema tortura del Mártir?...

Padre, hágase tu Voluntad y no la mía... Pero, por mis penas, ¡oh, al menos esto!, por mis penas, da paz e ingenuidad al otro mártir de Judas, a Juan de Endor, Padre mío... Él realmente es mejor que muchos. Ha recorrido un camino como pocos saben ni sabrán. Para él ya se ha cumplido todo de la Redención. Dale, pues, tu paz plena y completa, para que Yo le tenga en mi Gloria cuando también para mí todo se haya cumplido para honrarte y obedecerte...

¡Padre mío!...».

Jesús, lentamente, ha ido arrodillándose. Ahora llora rostro en tierra, ora mientras la luz del breve día invernal muere precoz en el antro obscuro, y el grito del torrente parece ganar voz cuanto más aumenta la sombra en el valle...

318. En barca de Tolemaida a Tiro.

3 de noviembre de 1945.

318.1 [1]La ciudad de Tolemaida da la impresión de que va a ser aplastada por un cielo bajo, de plomo, sin una rendija azul, sin una sola variación en su lóbrego aspecto. No. Ni una nube o un cirro o un nimbo que surquen aislados la capa cerrada del firmamento. Es una única bóveda cóncava y pesada como una tapa que fuera a ser abatida sobre una caja; una enorme tapa de estaño sucio, fuliginoso, opaco, agobiante. Las casas blancas de la ciudad parecen de yeso, un yeso áspero, crudo, desolado, bajo esta luz... y el verde de las plantas siempre verdes parece empañado, triste; los rostros de las personas, lívidos y espectrales; los colores de los vestidos, apagados. La ciudad

se ahoga en el cargante siroco.

El mar responde al cielo con su mismo aspecto de muerte. Un mar sin límites, quieto, desierto. No es siquiera plomizo, sería errado definirlo así. Es una extensión ilimitada, diría incluso sin repliegues, de una substancia oleaginosa, gris como deben ser los lagos de petróleo crudo, o, mejor, si fuera posible, los lagos de una plata mezclada con hollín, con ceniza, para formar una pomada. Tiene un especial brillo de lasca cuarzosa, y, no obstante, se ve tan muerto y opaco, que no parece brillar. Su resplandor no se advierte sino con la molestia que sufren los ojos, deslumbrados por este cabrilleo de madreperla negruzca que cansa y no alegra. No se ve ni una sola ola hasta donde alcanza la vista. La mirada llega al horizonte, donde el muerto mar toca el cielo muerto, sin ver movimiento alguno de ola, aunque, por su subyacente ondeo, apenas sensible en la superficie con el cabrilleo sucio de las aguas, se comprende que no son aguas solidificadas. Tan muerto, que en la orilla las aguas están detenidas como agua de un pilón, sin el más mínimo indicio de ola o resaca. Y la arena está claramente marcada de humedad a poco más de un metro del agua, confesando así que no ha habido movimiento de olas en la orilla desde hace muchas horas. Es la calma chicha absoluta.

Las naves, pocas, que hay en el puerto están completamente inmóviles. Tan inmóviles, que parecen clavadas en una materia sólida. Los pocos paños tendidos en los altos puentes — enseñas o indumentos, no lo sé — penden inmóviles.

[2]Por una callecita del barrio popular del puerto, vienen hacia la 318.2
marina los apóstoles con los dos que van a Antioquía. No sé qué ha sido del burro y el carro. No están ya. Pedro y Andrés llevan un arcón, Santiago y Juan el otro; Judas de Alfeo, por su parte, se ha liado a los hombros el telar, desmontado; Mateo, Santiago de Alfeo y Simón Zelote van cargados con los talegos de todos, incluido el de Jesús. Síntica lleva en la mano solamente un cesto con comida. Juan de Endor no lleva nada. Caminan deprisa por entre la gente que, en general, regresa de los mercados con las compras, o que, si son gente de mar, se apresura en dirección al puerto, para cargar o descargar las naves, o repararlas, según las necesidades.

Simón de Jonás camina seguro. Debe saber ya a dónde ir porque no mira a los lados. Todo colorado, sujeta de su parte el arcón, por una lazada de la cuerda, puesta como asidero; Andrés, de su parte, hace lo propio. Y se ve, tanto en ellos como en los compañeros Santiago y Juan, el esfuerzo del peso que llevan, porque se les ponen turgentes los músculos de las pantorrillas y de los brazos (y es que, para estar más libres, llevan sólo la prenda de debajo, corta y sin

mangas); en todo, semejantes a los mozos de cuerda, que, ágiles, van de los fondaques a las naves, o viceversa, para sus operaciones. Por tanto, pasan completamente desapercibidos.

318.3 [3]Pedro no va al muelle grande, sino a otro más pequeño, a través de una pasarela chirriante: es un andén construido en forma de arco, que delimita como un segundo embarcadero, mucho más pequeño, para las barcas de pesca. Mira y da una voz.

Responde un hombre, alzándose del fondo de una barca fuerte y bastante grande. «¿Estás decidido a zarpar de verdad? Ten en cuenta que la vela hoy no sirve. Tendrás que ir a fuerza de remos».

«Así me caliento y se me abre el apetito».

«¿Pero sabes de verdad navegar?».

«¡¿Pero qué dices, hombre?! No sabía decir "mamá" y ya mi padre me había puesto en la mano la sondaleza y las cuerdas de las velas. He amolado con ellas los dientes de leche...».

«Es porque... ¿sabes?... esta barca es todo lo que poseo, ¿sabes?...».

«Ya desde ayer me lo estás diciendo. ¿No sabes otra canción?».

«Lo que sé es que si te vas a pique pierdo todo y...».

«¡Yo sí que pierdo todo, que me dejo la piel ahí, no tú!».

«Pero esto es mi bien, mi pan, la alegría mía y de mi mujer, y es la dote de mi niña, y...».

«¡Uf! ¡Mira, no me pinches más los nervios, que tienen ya un calambre... un calambre... mucho peor que el de los nadadores! Te he dado tanto, que podría decir: "he comprado la barca". No te he regateado lo que me has pedido. Tú eres un barquero largo de uñas, hombre. Te he demostrado que conozco el remo y la vela mejor que tú. Ya todo estaba acordado. Ahora, si la ensalada de puerros que has cenado ayer — que te huele la boca como una sentina — te ha dado una pesadilla y ahora te arrepientes, me importa un bledo. El acuerdo se ha efectuado delante de dos testigos, uno tuyo, otro mío, y es suficiente. Baja de ahí, cangrejo peludo, y déjame entrar».

«Pero yo... al menos una garantía... Si mueres, ¿quién me paga la nave?».

«¿La nave? ¿Llamas nave a esta calabaza despulpada? ¡Miserable! ¡Soberbio! De todas formas, te voy a calmar, para que te decidas: te voy a dar otras cien dracmas. Con éstas y con lo que has pedido como alquiler te construyes otros tres topos de éstos... Bueno, no... de dinero nada. Serías capaz incluso de llamarme loco, y luego pedirme más todavía, a la vuelta. ¡Porque vuelvo, eh, puedes estar seguro! A lo mejor para quitarte la barba a tortazos, si me has dado una barca con los fondos defectuosos. Te dejo como seña el burro y el carro... ¡No! ¡Tampoco eso! No dejo en tus manos a mi Antonio. Te creo capaz

de cambiar de oficio y pasarte de barquero a carretero, y escaparte en mi ausencia. Mi Antonio vale diez veces lo que tu barca. Mejor te dejo el dinero. Pero ten en cuenta que son como seña, y tú me lo devuelves a mi regreso. ¿Está bien claro? ¡Eh, los de esa nave! ¿Quién es de Tolemaida?».

En una nave cercana se asoman tres caras: «Nosotros».

«Venid aquí...».

«No, no, no hace falta. Nos arreglamos entre nosotros» suplica el barquero.

Pedro le mira indagador, razona para sí, y, viendo que el hombre baja de la barca y se apresura a cargar el telar que Judas había dejado en el suelo, susurra: «¡Comprendo!». Luego grita a los de la nave: «Ya no hace falta. Quedaos ahí» y extrae de una bolsa pequeña unas monedas, las cuentas, las besa y dice: «¡Adiós, amigas!» y se las da al barquero.

«¿Por qué las has besado?» pregunta éste extrañado.

«Un... rito. ¡Adiós, ladrón! Arriba, vosotros; tú, al menos, sujeta la barca. Ya las contarás. Verás que están justas. No quiero tenerte como compañero en el infierno, ¿eh! Yo no robo... ¡Aaarriba! ¡Aaarriba!». Y embarca el primer baúl. Luego ayuda a los otros a estibar el suyo, los talegos y todo, equilibrando el peso y colocando los objetos de forma que pueda estar libre para las maniobras; y, después de las cosas, las personas. «¿Ves como sé, vampiro? Suelta ahora y ve a tu destino». Y, junto con Andrés, hinca el remo contra el andén para separar la barca.

[4]Una vez tomada la dirección de la corriente, deja el timón a Mateo mientras le dice: «Bueno, tú, para sacarnos los hígados, venías a pescarnos cuando pescábamos, y sabes llevar el timón pasablemente». Luego se sienta en la proa, dando la espalda a la proa, en el primer banco, con Andrés a su lado. Frente a él están sentados Santiago y Juan de Zebedeo, que bogan con ritmo regular y poderoso. 318.4

La barca avanza — sin tirones, rápida, a pesar de ir bastante cargada — muy cerca del flanco de las naves grandes, desde cuya borda descienden palabras de alabanza por la perfecta boga. Luego, superados los espigones, el mar abierto... Tolemaida, al estar construida a orillas del mar y teniendo su puerto en el sur de la ciudad, desfila toda ante los ojos del grupo que parte. En la barca el silencio es absoluto. Sólo se oyen los chirridos de los remos en los toletes.

Pasado un buen rato, habiendo ya dejado atrás Tolemaida, Pedro dice: «Pero si hubiera un poco de viento... ¡Pero nada! ¡Ni un hilo!...».

«¡Con tal de que no llueva!...» dice Santiago de Zebedeo.

«¡Mmm! Tiene muchas ganas de llover...».

Silencio y cansancio de remos durante largo tiempo.

Luego Andrés pregunta: «¿Por qué has besado las monedas?».

«Porque se saluda a quien parte para siempre. No las volveré a ver. Y lo siento. Hubiera preferido dárselas a algún necesitado... ¡Paciencia!... La barca la verdad es que es buena y fuerte y está bien construida. Es la mejor de Tolemaida. Por eso he cedido a las pretensiones de su dueño. También para evitar muchas preguntas sobre el lugar adonde vamos. Por eso le he dicho: "A comprar al Jardín blanco"... ¡Ay, ay, ay, que empieza a llover! Cubríos, vosotros que podéis hacerlo. Tú, Síntica, dale el huevo a Juan. Es la hora... Y a mayor razón porque con un mar así no se revuelve nada en el estómago... ¿Y que me estará haciendo Jesús? ¿Qué estará haciendo? ¡Sin vestidos, sin dinero! ¿Y dónde estará ahora?».

«Sin duda, orando por nosotros» responde Juan de Zebedeo.

«Sí, pero ¿dónde?...».

Ninguno puede decir dónde. Y la barca da bordadas, con dificultad, pesada, bajo el cielo de plomo, en un mar de betún cinéreo, en medio de un sirimiri fino como niebla y latoso como cosquillas prolongadas. Los montes, que tras una zona de llanura vuelven a arrimarse al mar, se acercan, lívidos en el ambiente neblinoso. El mar, de cerca, sigue produciendo molestia a los ojos con su extraña fosforescencia; más lejos, se pierde en un velo brumoso.

318.5 [5]«En aquel pueblo nos detendremos para descansar y comer» dice Pedro, que boga incansablemente. Los demás asienten.

Llegan al pueblo: un pequeño conglomerado de casas de pescadores al abrigo del espolón de un monte que penetra en el mar.

«Aquí no se desembarca. No se toca fondo...» dice Pedro entre dientes. «Bien, pues comeremos aquí donde estamos». Y así es: los bogadores comen con buen apetito; los dos exiliados, sin ganas. La lluvia, alternativamente, sigue o se para.

No se ve a gente en el pueblo; como si estuviera deshabitado. Pero, vuelos de palomas de una casa a otra y ropa tendida en las azoteas dicen que hay gente. En fin, aparece en la orilla un hombre semidesnudo que va hacia una barquita sacada al margen.

«¡Eh! ¡Tú, hombre! ¿Eres pescador?» grita Pedro haciendo embudo con las manos.

«Sí». El *sí* llega débil por la distancia.

«¿Qué tiempo hará?».

«Mar tendida dentro de poco. Si no eres de aquí, te aconsejo que vayas en seguida más allá del cabo. Allá la ola es más calma, sobre todo si vas bordeando la orilla. Puedes, porque es profundo el mar. Pero ve sin demora...».

«Sí. ¡Paz a ti!».

«¡Paz y suerte a vosotros!».

«Ánimo, entonces» dice Pedro a sus compañeros. «Y que Dios esté con nosotros».

«Está ciertamente con nosotros. Jesús ciertamente ora por nosotros» responde Andrés mientras se pone de nuevo a remar.

Pero la ola tendida, en efecto, ya se ha formado, y repele y aspira a la pobre barca cada vez que viene; mientras tanto, la lluvia se hace cada vez más tupida... y un viento rítmico se agrega para torturar a los pobres navegantes. Simón de Jonás le gratifica con todos los más pintorescos epítetos, porque es un viento malo que no puede ser usado para la vela y que trata de empujar a la barca contra los escollos del cabo ya cercano. La barca navega con dificultad en la curva de este pequeño golfo, más obscuro que la tinta. Reman, reman, con dificultad, rojos, sudados, apretando los dientes, sin desaprovechar ni una miaja de fuerza en palabras. Los otros, sentados frente a ellos — yo los veo de espaldas — callan, mudos, bajo la tediosa lluvia. Juan y Síntica, en el centro (junto al mástil de la vela); detrás de ellos, los hijos de Alfeo; últimos, Mateo y Simón, que luchan por mantener derecho el timón a cada golpe de ola.

[6]Doblar el cabo es empresa fatigosa. Por fin lo hacen... Los remadores, que deben estar extenuados, pueden gozar de un poco de paz. Se consultan sobre si refugiarse en un pueblecillo de allende el cabo. Pero se impone la idea de que «se debe obedecer al Maestro incluso contra lo sensato. Y Él dijo que se debe llegar a Tiro todo en una jornada». Y continúan... 318.6

El mar se calma al improviso. Notan el fenómeno. Santiago de Alfeo dice: «El premio de la obediencia».

«Sí, Satanás se ha marchado porque no ha logrado hacernos desobedecer» confirma Pedro.

«De todas formas llegaremos a Tiro de noche. Esto nos ha retrasado mucho...» dice Mateo.

«No importa. Iremos a dormir, y mañana buscaremos la nave» responde Simón Zelote.

«¿Y la encontraremos?».

«Jesús lo ha dicho. Por tanto, la encontraremos» dice seguro el Tadeo.

«Podemos izar la vela, hermano» observa Andrés. «Ahora hay viento bueno. Iremos raudos».

La vela, efectivamente, se hincha, no mucho, pero lo suficiente como para que sea mucho menos necesario remar; y la barca se desliza, como aligerada, hacia Tiro, cuyo promontorio — mejor: cuyo ist-

mo — albea allá, al Norte, con las últimas luces del día.

Y la noche cae rápida. Y parece extraño, después de tanta lobreguez de cielo, ver asomarse las estrellas a través de un imprevisto claro, y titilar resplandecientes los astros de la Osa, mientras el mar se ilumina con los serenos rayos de luna, tan blancos que casi parece rayar el alba, después de un día penoso, sin el intervalo de la noche...

318.7 [7]Juan de Zebedeo alza la cabeza al cielo, mira y sonríe, y, al improviso, abre su boca al canto, acompañando el movimiento del remo con la estrofa y ritmando ésta con el remo:

«Ave, Estrella de la Mañana,
Jazmín de la noche,
Luna de oro de mi Cielo,
Madre santa de Jesús.

Espera en ti el navegante,
Te sueña el que sufre y muere,
¡Ilumina, Estrella santa y pía,
a quien te ama, oh María!...».

Canta feliz, a pleno pulmón, con voz de tenor.

«¿Pero qué haces? Estamos hablando de Jesús ¿y tú hablas de María?» pregunta su hermano.

«Él está en Ella y Ella en Él. Pero si Él está aquí es porque ha estado antes Ella... Déjame cantar...». Y pone ahínco y arrastra a los demás...

Llegan así a Tiro. La arribada es cómoda en el puertecito más pequeño, el que está al sur del istmo, velado por lámparas que cuelgan de muchas barcas. Los que están allí no niegan su ayuda a los recién llegados.

Pedro y Santiago de Zebedeo se quedan en la barca para vigilar los baúles. Mientras tanto, los otros, con un hombre de otra barca, se dirigen al hospedaje para descansar.

319. Partida de Tiro en la nave del cretense Nicomedes.

4 de noviembre de 1945.

319.1 [1]Tiro se despierta entre ráfagas de mistral. El mar es todo un cabrilleo de olitas, azul-blanco, esplendor agitado bajo un cielo azul y altos cirros blancos en movimiento (como abajo se mueve la espuma

de las olas). El Sol goza de su jornada de cielo claro después de tanta obscuridad de mal tiempo.

«Entendido» dice Pedro poniéndose en pie en la barca, donde ha dormido. «Es hora de moverse. Y "él" (y señala al mar que entra inquieto incluso en el puerto) nos ha proporcionado el agua lustral... ¡Mmm! Vamos a consumar la segunda parte del sacrificio... Dime, Santiago... ¿No te da la impresión realmente de que estamos llevando a dos víctimas al sacrificio? A mí sí».

«También a mí, Simón. Y... le agradezco al Maestro la estima en que nos tiene, pero... no hubiera querido ser yo el que viera tanto dolor; y nunca me habría imaginado que habría visto esto...».

«Tampoco yo... Pero... ¿Sabes? Digo que el Maestro no lo habría hecho si el Sanedrín no hubiera metido el hocico...».

«Ya lo ha dicho... Pero ¿quién habrá informado al Sanedrín? Esto es lo que querría saber...».

«¿Quién? ¡Dios eterno, hazme guardar silencio, haz que no piense! Es un voto que he hecho, para quitarme esta sospecha que me trepana. Ayúdame, Santiago, a no pensar. Habla de otra cosa completamente distinta».

«Pero ¿de qué? ¿Del tiempo?».

«Sí, por ejemplo».

«Es que no entiendo de mar...».

«Yo creo que vamos a bailar» dice Pedro mirando al mar.

«¡No, hombre, no! Un poco de oleaje. Una cosa amena, nada más... Más feo estaba ayer. Desde encima de la nave será bonito este mar agitado. A Juan le va a gustar... Hará que se ponga a cantar. ²¿Cuál será la nave?». 319.2

Se pone de pie también Santiago, y observa las naves que están en la otra parte; visibles, con sus altas superestructuras, sobre todo cuando la ola alza la barquita de ellos con un movimiento de sube y baja. Miran, estudiando las distintas naves, haciendo pronósticos... El puerto se anima.

Pedro pregunta a un barquero, o algo parecido, que trajina en el muelle: «¿Sabes si está en el puerto, en aquel puerto de allí, la nave de... espera que leo este nombre (y saca del cinturón un pergamino atado)... aquí está: Nicomedes Filadelfio de Filipo, cretense de Paleocastro...».

«¡El gran navegante! ¿Quién no le conoce? Creo que le conocen no sólo desde el Golfo de las Perlas hasta las Columnas de Hércules, sino incluso hasta los mares fríos, aquellos de que se dice que durante meses enteros es de noche! ¿Cómo es que no le conoces, tú que eres marinero?».

«No. No le conozco, pero pronto le conoceré, porque le busco de parte de nuestro amigo Lázaro de Teófilo, que fue gobernador en Siria».

«¡Ah! Cuando yo navegaba — ahora soy viejo — en Antioquía estaba él... Hermosos tiempos... ¿Tu amigo? ¿Y buscas a Nicomedes el cretense? Ve seguro entonces. ¿Ves aquella nave de allí, la más alta, con esos estandartes al viento? Es la suya. Zarpa antes de la hora sexta. ¡No le teme al mar!...».

«Efectivamente, no hay por qué tenerle miedo. No es nada del otro mundo» observa Santiago. Pero un rudo embate de una ola le demuestra lo contrario, mojando a los dos de los pies a la cabeza.

«Ayer, demasiado quieto; hoy, demasiado agitado. ¡Caramba, qué loco! Prefiero el lago...» refunfuña Pedro mientras se seca la cara.

«Os aconsejo que entréis en las dársenas. Van todos, ¿veis?».

«Pero nosotros tenemos que partir. Tenemos que marcharnos con la nave de... de... espera: Nicomedes, y todo lo demás» dice Pedro, que no logra recordar los nombres extraños del cretense.

«¡No querréis cargar la barca en la nave!».

«¡No, claro!».

«Entonces en las dársenas hay sitio para la custodia, y hombres de guardia hasta el regreso. Una moneda al día hasta el regreso. Porque supongo que volveréis...».

«¡Claro, claro! Vamos y volvemos... una vez visto el estado de los jardines de Lázaro».

«¡Ah!, ¿sois sus administradores?».

«Y más que eso...».

«Bien. Venid conmigo. Os enseño el sitio. Está pensado precisamente para los que dejan, como vosotros, las barcas...».

319.3 «Espera... [3]Ahí están los otros. Te alcanzamos en seguida». Y Pedro salta al andén del puerto y corre al encuentro de los compañeros, que están viniendo.

«¿Has dormido bien, hermano?» pregunta solícito Andrés.

«Como un niño en la cuna. Y no me han faltado ni el meneo ni la canción...».

«Me parece que tampoco te ha faltado el chapuzón» dice sonriendo el Tadeo.

«Tampoco. El mar es... tan bueno, que me ha lavado la cara para quitarme el sueño».

«Un poco rudo, me parece» objeta Mateo.

«¡Si supierais con quién vamos! ¡Uno conocido hasta por los peces de los hielos!».

«¿Ya le has visto?».

«No. Pero me ha hablado de él uno que me dice que hay un sitio

para las barcas, un depósito... Venid, vamos a descargar los arcones y nos ponemos en marcha, porque Nicodemo, no, Nicomedes el cretense, parte dentro de poco».

«En el canal de Chipre sí que vamos a bailar bien» dice Juan de Endor.

«¿Sí?» pregunta, preocupado, Mateo.

«Sí. Pero Dios nos ayudará».

[4]Ya están otra vez al pie de la barca. 319.4

«Aquí estamos, hombre. Ahora descargamos estas cosas y luego vamos allí, dado que eres tan bueno».

«Nos ayudamos unos a otros...» dice el hombre de Tiro.

«¡Sí, claro! Nos ayudamos, nos deberíamos ayudar. Nos deberíamos amar unos a otros, porque ésta es la Ley de Dios...».

«Me dicen que en Israel ha surgido un nuevo Profeta que predica esto. ¿Es verdad?».

«¡Vaya que si es verdad! ¡Esto y otras cosas! ¡Y qué milagros hace! Ánimo, Andrés, aúpa, aúpa, más a la derecha. Venga, mientras la ola levanta la barca... ¡Eso es! ¡Ya está...! Te estaba diciendo, hombre: ¡y qué milagros! Muertos que resucitan, enfermos que quedan curados, ciegos que recuperan la vista, ladrones que se convierten, y hasta... ¿Ves? Si estuviera aquí, diría al mar: "Deténte" y el mar se calmaría... ¿Puedes, Juan? Espera, voy yo. Vosotros sujetad fuerte y bien pegado... ¡Arriba!, ¡arriba!... Un poco más... Tú, Simón, agarra el asa... ¡Cuidado con la mano, Judas! ¡Arriba!, ¡arriba!, gracias, hombre... Cuidado, no os caigáis al agua, vosotros los de Alfeo... ¡Arriba!... ¡Eso es! ¡Loado sea Dios! Ha sido menor el trabajo para meterlas abajo que para sacarlas arriba... Yo es que tengo los brazos deshechos del ejercicio de ayer... Volviendo a lo que decía del mar...».

«Pero, ¿y es verdad eso?».

«¿Verdad! ¡Lo he visto yo!».

«¿Sí!... Pero ¿dónde?».

«En el lago de Genesaret. Sube a la barca, que te explico mientras vamos allí...» y se marcha, con el hombre y con Santiago, remando por el canal que conduce a las dársenas.

[5]«Y Pedro se queja de incapacidad...» observa el Zelote. «Sin em- 319.5
bargo, tiene el arte de explicar las cosas así, con sencillez; y hace más que todos».

«Lo que me gusta mucho de él es su honestidad» dice el hombre de Endor.

«Y su constancia» añade Mateo.

«Y su humildad. ¡Fijaos cómo no se ensoberbece sabiendo que es el "jefe"! Trabaja más que ninguno. Se preocupa más de nosotros que

de sí mismo...» dice Santiago de Alfeo.

«Y así es virtuoso, como él entiende. Un hermano bueno. Ni más ni menos...» termina Síntica

«¿Así que está decidido? ¿Pasáis por hermanos?» pregunta después de un rato el Zelote a los dos discípulos.

«Sí. Es mejor. Y no es mentira. Es una verdad espiritual. Es mi hermano mayor. No de las mismas nupcias, pero sí de un único padre: el Padre es Dios; las nupcias distintas, Israel y Grecia. Y Juan es mayor que yo, y se ve, en edad y como discípulo más antiguo que
319.6 yo (eso no se ve, pero es así). [6]Ahí vuelve Simón...».

«Ya está todo hecho. Vamos...».

Se cargan con los arcones y, por el istmo estrecho, pasan al otro puerto. El hombre de Tiro los acompaña — tiene ya experiencia — por las callejuelas que forman las balas de mercancías apiladas bajo vastísimas cubiertas; los acompaña hasta la poderosa nave del cretense, que está haciendo las maniobras de la ya próxima partida, y da una voz a los marineros para que vuelvan a echar la pasarela que habían alzado.

«No se puede. Terminada la carga» grita el contramaestre.

«Debe entregar en mano unas cartas» dice el hombre señalando a Simón de Jonás.

«¿Cartas? ¿De quién?».

«De Lázaro de Teófilo, el que fue gobernador de Antioquía».

«¡Ah! Voy a decírselo al patrón».

Simón dice al otro Simón y a Mateo: «Ahora os toca a vosotros. No soy hábil para tratar con estas personas...».

«No. Tú eres el jefe. Actúas, y sabes actuar. Nosotros, eso sí, te ayudaremos, si hace falta. Pero no hará falta».

«¿Dónde está el hombre de las cartas? Que suba» dice, asomándose por la obra muerta, un hombre moreno como un egipcio, delgado, guapo, esbelto, severo, de cuarenta años o poco más. Y manda que echen de nuevo la pasarela.

Simón de Jonás, que se ha puesto túnica y manto mientras esperaba la respuesta, sube todo digno. Detrás de él, el Zelote y Mateo.

«La paz a ti, hombre» saluda gravemente Pedro.

El cretense responde al saludo y pregunta: «¿La carta dónde está?».

«Es ésta».

El cretense rompe el sello, desenrolla y lee.

«¡Bienvenidos sean los enviados de la familia de Teófilo! Los cretenses no olvidan su bondad y buen trato. Pero agilizad la operación. ¿Tenéis mucho que cargar?».

«Lo que ves en el andén».

«¿Y cuántos sois...?».

«Diez».

«Bien. Prepararemos un sitio para la mujer. Vosotros os arreglaréis como mejor podáis. Apresuraos. Hay que zarpar y llegar a alta mar antes de que el viento aumente, lo cual sucederá después de la hora sexta».

Y ordena, con silbidos lacerantes, cargar y estibar los arcones. Luego suben los apóstoles y los dos discípulos. Se alza la pasarela, se cierra la obra muerta, se sueltan las amarras, se izan las velas. Y la nave empieza su marcha. Bascula fuertemente al salir del puerto. Luego, las velas, muy hinchadas por el viento, se ponen tirantes y crujen. Y, con un amplio cabeceo, la nave sale a alta mar y huye rauda en dirección a Antioquía...

A pesar de la violencia del viento, Juan y Síntica, cerca el uno del otro, agarrados a un aparejo, en la popa, observan cómo la costa se va alejando, la tierra de Palestina, y lloran...

320. Prodigios en la nave en medio de una tempestad.

5 de noviembre de 1945.

[1]El Mediterráneo es una planicie borrascosa de aguas verdeazules que se embisten entre sí formando altísimas olas con cresta de espuma. Hoy no hay niebla de calina, no. Pero el agua marina, pulverizada por los continuos embates de unas olas contra otras, se transforma en líquidas partículas saladas, que abrasan, que traspasan incluso los vestidos, enrojecen los ojos, queman las gargantas, y parecen esparcirse como un velo de polvos de tocador salinos por todas partes, tanto en el aire, haciéndola opaca como por una niebla sutil, como encima de las cosas, que parecen asperjadas con una harina brillante: los diminutos cristales salinos. Esto no sucede en los lugares a donde llegan los embates de las olas, o sus vigorosas mojaduras, que lavan el puente de un lado al otro, y se precipitan hacia dentro, saltando por encima de una parte de la obra muerta, para volver a caer al mar, con estrépito de cascada, por los vanos de la parte opuesta. Y la nave se alza y se hunde, pajuela a merced del océano, reducida a una nada respecto a éste, y cruje y se queja desde las sentinas a lo más alto de los mástiles... El mar es realmente el amo y la nave su juguete... 320.1

Aparte de los que están maniobrando, no hay ya nadie en el puente. Ni ninguna mercancía. Sólo los botes de salvamento. Los

hombres de la tripulación (el primero de todos el cretense Nicomedes), completamente desnudos, bamboleándose como se bambolea la nave, corren acá o allá, a protegerse o a hacer maniobras, que son difíciles porque el puente está continuamente inundado y resbaladizo. Las escotillas, trancadas, no permiten ver lo que sucede bajo cubierta. Pero, ciertamente, no creo que ahí dentro estén muy tranquilos...

No logro hacerme una idea de dónde están, porque alrededor sólo hay mar, y una costa lejana, que se ve muy montañosa, con verdaderos montes, no colinas. Yo diría que ya ha pasado más de una jornada de navegación, porque se ve claramente que son horas de la mañana, dado que el sol, que aparece y desaparece tras nimbos muy densos, viene todavía de oriente. Creo que la barca, a pesar del zarandeo a que se ve sometida, avanza muy poco. Y el mar parece ponerse cada vez más feo.

Con una terrible, fragorosa avalancha, se rompe un trozo de mástil — desconozco el nombre exacto de esta parte de la arboladura —, y, al caer, arrastrado ahora por una avalancha de agua que irrumpe en el puente junto con un verdadero torbellino de viento, abate un trozo del casco.

320.2 [2]Los que están debajo deben tener la sensación de estar naufragando... Como demostración de esto, después de unos momentos, se ve que se entreabre el portillo de una escotilla y aparece la cabeza entrecana de Pedro. Mira, ve, vuelve a cerrar a tiempo de impedir a un torrente de agua descender por la escotilla entreabierta. Pero luego, en un momento de ausencia de ola, vuelve a abrir y salta afuera. Se agarra a los soportes y observa ese infierno en que se ha convertido el mar; silba como todo comentario, y masculla algunas palabras.

Le ve Nicomedes: «¡Fuera! ¡Fuera!» grita. «Cierra ese portillo. Si la nave se carga, se va a pique. Ya es mucho si no me veo obligado a deshacerme de la carga... ¡Jamás he visto una tempestad como ésta! ¡Vete, te digo! No quiero hombres de tierra estorbándome. Éste no es sitio para jardineros, y...». No puede seguir, porque otra ola barre el puente, cubriendo a los que están en él. «¿Lo ves?» grita a Pedro, que chorrea agua.

«Lo veo. Pero esto no me altera. No sólo sé vigilar jardines. He nacido en el agua. De lago, es verdad... ¡Pero también el lago!... Antes de... cultivador fui pescador y conozco...». Pedro está tranquilísimo y sabe acompañar las oscilaciones a la perfección con sus piernas separadas, y musculosas.

El cretense le observa mientras se mueve para acercarse a él. «¿No tienes miedo?» le pregunta.

«¡En absoluto!».

«¿Y los otros?».

«Tres son pescadores como yo, o sea, lo eran... Los otros, excepto el enfermo, son fuertes».

«¿También la mujer?... ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Sujétate!».

Otra avalancha de agua señorea en el puente.

Pedro espera a que pase y luego dice: «Este frescor me habría hecho falta este verano... ¡Paciencia! ¿Decías que qué hace la mujer? Reza... y tú también deberías ponerte a rezar. Pero, ¿dónde estamos ahora exactamente? ¿En el canal de Chipre?».

«¡Si así fuera!... Me arrimaría a la isla y esperaría a que se calmaran los elementos. Apenas si estamos a la altura de Colonia Julia, o Bertius si lo prefieres. Y ahora viene lo feo... Aquellas son las montañas del Líbano».

«¿Y no podrías entrar allí, en aquel pueblo?».

«El puerto no es bueno y hay bajíos y escollos. No se puede. ¡Cuidado!...».

[3]Otro torbellino y otro pedazo de mástil que se va; pero antes ha caído sobre un hombre, que, si no es arrastrado por las aguas, es sólo porque la ola le lleva contra un obstáculo. 320.3

«¡Ve abajo! ¡Ve abajo! ¿Ves?».

«Ya veo, ya veo... ¿Pero aquel hombre?...».

«Si no está muerto, volverá en sí. ¡Ya ves que no puedo atenderle!...». Efectivamente, el cretense debe estar atento a todo por la vida de todos.

«Déjamele a mí. Le atenderá la mujer...».

«¡Lo que quieras, pero vete!...».

Pedro se arrastra hasta el hombre inmóvil. Le agarra por un pie y, tirando, le acerca a sí. Le mira, silba... Masculla: «Tiene la cabeza abierta como una granada madura. Aquí haría falta el Señor... ¡Si estuviera Él! ¡Señor Jesús! Maestro mío, ¿por qué nos has dejado?». Un gran dolor acompaña a su voz...

Se carga al moribundo a hombros. Se llena de sangre. Vuelve a la escotilla.

El cretense le grita: «Esfuerzo inútil. Nada que hacer. ¿No lo ves?...».

Pero Pedro, yendo cargado, le hace un gesto como diciendo: «Veremos» y se arrima contra un palo para resistir una nueva ola. Abre la escotilla y grita: «¡Santiago, Juan! ¡Aquí!», y con la ayuda de ellos descuelga al herido y baja también él; luego tranca el portillo.

A la luz humeante de lámparas suspendidas ven a Pedro lleno de sangre: «¿Estás herido?» preguntan.

«Yo no. Es sangre de éste... Pero... poneos a rezar, porque... [4]Sín- 320.4

tica, mira aquí un momento. Una vez me dijiste que sabías curar heridos. Mira esta cabeza...».

Síntica deja de sujetar a Juan de Endor, que está bastante mal, para acercarse a la mesa sobre la que han extendido al desdichado, y mira...

«¡Una herida fea! La he visto dos veces, en dos esclavos: uno por un golpe del amo; el otro por un golpe de una piedra grande en Caprarola. Haría falta agua, mucha agua, para limpiar y cortar la hemorragia...».

«¡Si solamente quieres agua!... ¡Hay incluso demasiada! Ven, Santiago, con la artesa. Es mejor entre dos».

Van y vuelven, chorreando. Y Síntica, con paños empapados en agua, lava y aplica compresas en la nuca... Pero la herida es fea. Desde la sien hasta la nuca el hueso está al descubierto. No obstante, el hombre abre de nuevo los ojos, vagarosos. Está estertoroso. Se apodera de él el miedo instintivo de morir.

«¡Tranquilízate! Ahora te curas» le dice, maternal, la griega para consolarle (se lo dice en griego, porque él habla en griego).

El hombre, a pesar de estar aturdido, la mira con asombro y con un atisbo de sonrisa al oír la lengua natal, y busca la mano de Síntica... el hombre, que es niño en cuanto siente el sufrimiento, y busca a la mujer, que es siempre madre en esos casos.

«Voy a probar con el ungüento de María» dice Síntica cuando la sangre mana menos.

«Pero es para los dolores...» objeta Mateo, pálido como un muerto, no sé si por el mar o por la sangre, o si por las dos cosas.

«¡Lo ha hecho María con sus manos! Yo lo uso orando... Orad también vosotros. Mal no puede hacer. El aceite es siempre medicamentoso...».

Va al talego de Pedro, saca un recipiente — yo diría que es de bronce —, lo abre, toma un poco de ungüento y lo calienta sobre una lámpara en la misma tapadera de la vasija. Lo vierte encima de un paño, doblado varias veces, y lo aplica en la cabeza herida. Luego, con unos pedazos de tela hechos tiras, hace un vendaje apretado. Pone un manto plegado debajo de la cabeza del herido, que parece adormecerse, y se sienta junto a él para orar; también los demás oran.

320.5 [5]Arriba se sigue abatiendo la furia de los elementos sobre la nave, que se hunde y se empina sin tregua. Pasado un rato, se abre el portillo y entra presuroso un marinero.

«¿Qué pasa?» pregunta Pedro.

«Que estamos en peligro. Vengo por los inciensos y las oblaciones para un sacrificio...».

«¡Olvídate de esas historias!».

«¡Nicomedes quiere sacrificar a Venus! Estamos en su mar...».

«Que está desenfrenado, como ella» barbota en voz baja Pedro. Luego dice más fuerte: «Venid vosotros. Vamos al puente. Quizás tenemos que intervenir... ¿Tienes miedo de quedarte con el herido y con estos dos?». Los dos son Mateo y Juan de Endor, que están hechos unos guiñapos por el mal de mar.

«No, no. Id, id» responde Síntica.

De camino hacia el puente se topan con el cretense, que está tratando de encender los inciensos, y que arremete furioso contra ellos, para mandarlos dentro de nuevo, gritando: «¡¿Pero no veis que sin un milagro naufragamos?! ¡La primera vez! ¡La primera vez desde que navego!».

«¡Vas a ver como ahora dice que somos nosotros los del maleficio!» susurra Judas de Alfeo.

En efecto, el hombre grita más fuerte: «¡Malditos israelitas, ¿qué lleváis con vosotros?! ¡Perros hebreos, me habéis traído el maleficio! ¡Fuera, que voy a sacrificar a Venus naciente...».

«No, de ninguna manera. Sacrificamos nosotros...».

«¡Fuera! Sois paganos, sois demonios, sois...».

«¡Escucha! Te juro que si nos dejas verás el prodigio».

«No. ¡Fuera!» y enciende los inciensos, y tira al mar, como mejor puede, unos líquidos, que primero ha ofrecido y gustado, y unos polvos que no sé lo que son. Pero las olas apagan los inciensos, y, en vez de calmarse, el mar se pone más furioso y se lleva todos los aparejos del rito, y, por poco, también al propio Nicomedes...

«¡Buena respuesta te da tu diosa! [6]Ahora a nosotros. También no- 320.6
sotros tenemos Una, más pura que ésta, hecha de espuma, y además... Canta, Juan, como ayer; nosotros te acompañamos; ¡vamos a ver qué sucede!».

«¡Sí, vamos a ver! Pero, si sucede algo peor, os arrojo al mar como víctimas propiciatorias».

«Bien. ¡Ánimo, Juan!».

Y Juan entona su canción, acompañado por todos los demás, incluso Pedro, que normalmente no canta, porque desafina. El cretense, con los brazos cruzados y una sonrisa entre colérica e irónica en su rostro, los mira. Luego, terminada la canción, oran con los brazos abiertos. Debe ser el "Pater noster", pero está recitado en hebreo y no entiendo nada. Luego cantan más fuerte. Y siguen así, alternativamente, sin miedo, sin interrupción, a pesar de los embates que reciben de las olas. Ni siquiera se sujetan a los soportes, y, no obstante, están seguros, como si formaran un bloque con la madera del puen-

te. Y las olas realmente disminuyen de violencia poco a poco. No cesan del todo, y tampoco el viento, pero ya no es la furia de antes; de hecho las olas ya no llegan al puente.

La cara del cretense es todo un poema de estupor... Pedro le mira de reojo y sigue orando. Juan sonríe, y canta más fuerte... Los otros le acompañan, y van triunfando cada vez más netamente sobre el fragor, a medida que el mar para volver a su movimiento regular, y el viento para soplar normalmente, se van aplacando.

«¿Y ahora... qué tienes que decir?».

«¿Pero, qué habéis dicho? ¿Qué fórmula es?».

«La del Dios verdadero y de su santa Sierva. Puedes izar las velas y arreglar todos los desperfectos, esto... ¿Aquello no es una isla?».

«Sí. Es Chipre... Y en el canal el mar está todavía más calmo... ¡Extraño! Pero, ¿esa estrella a la que adoráis quién es? En todo caso Venus, ¿no?».

«Veneráis, se dice; se adora sólo a Dios. Pero nada de Venus. Es María. María de Nazaret, María hebrea, la Madre de Jesús, Mesías de Israel».

«¿Y eso otro qué era? No era hebreo eso...».

«No, era nuestro dialecto, el de nuestro lago, de nuestra patria. Pero no te lo podemos decir a ti, que eres pagano. Es una oración a
320.7 Yeohveh. Sólo los creyentes la pueden conocer. 7Hasta luego, Nicomedes. Y no te preocupes por lo que ha ido al fondo. Un... sortilegio menos para poderte atraer una desgracia. Hasta luego, ¡eh! ¿Eres de sal?».

«No... Pero... Perdonad... Antes os he insultado».

«No importa. Son efectos del... del culto de Venus... Vamos, muchachos, a donde los demás...» y, sonriendo feliz, Pedro se encamina hacia la escotilla.

El cretense los sigue: «¡Eh! ¿Y el hombre? ¿Muerto?».

«¡No, hombre, no! Quizás te le devolvemos pronto sano... Otro juego de nuestros... maleficios...».

«¡Perdonad! ¡Perdonad! Decidme: ¿dónde se pueden aprender, para gozar de su ayuda? Yo pagaría por esto...».

«¡Adiós, Nicomedes! Es un trato largo y... no permitido. No se deben dar las cosas sagradas a los paganos. ¡Adiós! ¡Que te vaya bien, amigo! ¡Que te vaya bien!».

Y Pedro, seguido de los demás, baja adentro, sonriente. También sonríe el mar calmado, con un viento mistral armónico que favorece la navegación, mientras declina el Sol y, a oriente, se dibuja un huso de luna tendente a su plenitud...

321. Arribo a Seleucia. Se despiden de Nicomedes.

6 de noviembre de 1945.

[1]En una bellísima puesta de sol, se delinea la ciudad de Seleucia como un voluminoso aglomerado blanco en el límite de las aguas azules del mar calmo y risueño (todo un jugueteo de olitas bajo un cielo que funde su cobalto sin nubes con la púrpura del ocaso). La nave, desplegadas sus velas, enfila veloz hacia la ciudad lejana, y tanto inciden en ella los esplendores del Sol poniente, que parece incendiarse, con fuego de alegría por la fiesta de la llegada ya cercana. 321.1

En el puente de la nave, entre los marineros, que ya ni trajinan ni están inquietos, están los pasajeros, que ven acercarse la meta. Sentado junto a Juan de Endor (más macilento aún que cuando partió), se ve al marinero herido. Todavía tiene fajada la cabeza con una venda ligera; su tez, pálida-marfil por la gran cantidad de sangre que ha perdido. Pero sonríe y habla con sus salvadores, o con los compañeros que, pasando, se congratulan con él de verle en el puente.

[2]También el cretense se percata de su presencia. Deja por un momento su puesto, poniéndolo en manos del jefe de la tripulación, para ir a saludar a su «óptimo Demetes», que ha vuelto al puente por primera vez después de sufrir la herida. «Y gracias a todos vosotros» dice a los apóstoles. «No tenía ninguna esperanza de que sobreviviera, después del golpe de ese pesado travesaño y del hierro que le hacía todavía más pesado. Verdaderamente, Demetes, éstos te han dado de nuevo a la vida, porque estabas ya dos veces muerto. La primera, yaciendo como una mercancía en el puente, donde habrías perecido por la sangre que salía y por las olas, que te hubieran llevado al mar; habrías descendido al reino de Neptuno, a hacer compañía a nereidas y tritones. La segunda, por haberte curado con esos maravillosos ungüentos. ¡Déjame, pues, ver la herida!». 321.2

El hombre se suelta la venda y muestra la cicatriz: bien cerrada, lisa; es como una señal roja desde la sien hasta la nuca, hasta el límite de los cabellos, que se ven cortados (quizás los cortó Síntica para que no entrasen en la herida).

Nicomedes toca apenas, levemente, la señal: «¡También está soldado el hueso! ¡Te ha mostrado su amor Venus marina! Ha querido tenerte sólo en la superficie del mar y en las riberas de Grecia. Séate, pues, propicio Eros, ahora que ponemos pie en tierra, y contribuya a quitarte el recuerdo de la desgracia y el terror de Tánatos, que ya te tenía en sus manos».

La cara de Pedro, al oír todas estas filigranas mitológicas, es todo un panorama de impresiones: apoyado en un mástil, con las manos

detrás de la espalda, no habla; pero todo en él habla para aplicar un epíteto incisivo al pagano Nicomedes y a su paganismo, y para expresar su asco por todo lo que significa gentilismo.

No menos los otros... Judas de Alfeo tiene la cara de los momentos peores; su hermano se da la vuelta mostrando un gran interés por el mar. Santiago de Zebedeo y Andrés optan por dejar plantados a todos y bajar por los talegos y el telar. Mateo manosea su cinturón; el Zelote también se ocupa exageradamente de sus sandalias como si fueran una cosa nueva. Juan de Zebedeo se extasía mirando al mar.

Son tan manifiestos el desprecio y el tedio de los ocho — y no lo es menos el mutismo de los dos discípulos que están sentados junto al herido —, que el cretense se da cuenta y presenta disculpas: «Mirad, es nuestra religión. Como vosotros creéis en la vuestra, yo y todos nosotros creemos en la nuestra...».

321.3 Ninguno responde, [3]y el cretense opta por dejar en paz a sus dioses y bajar del Olimpo a la tierra, o mejor, al mar, a la nave, e invita a los apóstoles a ir a la proa para ver bien la ciudad que ya se va acercando. «Ahí tenéis, ¿veis? ¿Habéis estado alguna vez aquí?».

«Yo una vez, pero viniendo por tierra» dice el Zelote, serio y seco.

«¡Ah, bien! Entonces, al menos sabes que el verdadero puerto de Antioquía es Seleucia, en la costa, en la desembocadura del Oronte, que también se presta gentilmente a acoger a las naves, y, cuando las aguas son profundas, puede ser remontado por embarcaciones ligeras hasta Antioquía. Estáis viendo Seleucia, la más grande; la otra, orientada al Sur, no es una ciudad, sino ruinas de un lugar devastado. Engañan: es sólo una ciudad muerta. Aquella cadena montañosa es el Pierio que da a la ciudad el nombre de Seleucia Pieria. Aquel pico más hacia dentro, después de la llanura, es el monte Casio, que domina como un gigante la llanura de Antioquía. La otra cadena, al Norte, es la del Amán. ¡Ya veréis qué obras han hecho los romanos en Seleucia y Antioquía! Mayores ya no podían. Un puerto de tres fondeaderos, que es uno de los mejores; y canales, y rompeolas, y diques. Tanto no se ve en Palestina. Pero Siria es mejor que otras provincias del Imperio...».

Sus palabras caen en un silencio glacial. Hasta Síntica, que por ser griega es menos quisquillosa que los demás, aprieta los labios y su rostro adquiere más que nunca la expresividad de un rostro esculpido en una medalla o un bajorrelieve: un rostro de diosa, desdeñosa de los contactos terrenos.

El cretense se da cuenta y se disculpa: «¡Qué queréis que haga! ¡En el fondo, yo gano con los romanos!...».

La respuesta de Síntica es tajante cual golpe de sable: «Y el oro

hace perder el filo a la espada del honor nacional y de la libertad», y lo dice de tal forma y con un latín tan puro que el otro se queda paralizado...

Luego se atreve a preguntar: «¿Pero no eres griega?».

«Soy griega. Pero tú amas a los romanos. Te hablo en la lengua de tus amos, no en la mía, la de la Patria mártir».

El cretense está desconcertado, y los apóstoles mudamente entusiastas por la lección dada al elogiador de Roma, [4]el cual opta por 321.4
cambiar de tema: pregunta que de qué se van a servir para ir de Seleucia a Antioquía.

«De las piernas, hombre» responde Pedro.

«Pero ya está anocheciendo. Cuando pongáis pie en tierra será de noche...».

«Habrá un sitio donde dormir».

«¡Sí, claro! Pero también podríais dormir aquí hasta mañana».

Judas Tadeo, que ha visto que han traído ya todo lo necesario para un sacrificio a los dioses, que quizás se hará a la llegada al puerto, dice: «No hace falta. Te agradecemos tu bondad. Pero preferimos bajar. ¿No, Simón?».

«Sí, sí. También nosotros tenemos que hacer nuestras oraciones y... o tú y tus dioses o nosotros y nuestro Dios».

«Como os parezca mejor. Quería hacer algo que fuera grato al hijo de Teófilo».

«También nosotros al Hijo de Dios, convenciéndote de que hay un solo Dios. Pero eres un escollo que no cede. Como ves, estamos a la par. Pero quién sabe si un día nos encontraremos y tú para entonces seras menos tenaz...» dice serio el Zelote.

Nicomedes hace un gesto que es como decir: «¡A saber cuándo!»: es un gesto de irónico desinterés acerca de la invitación a reconocer al Dios verdadero y a abandonar al falso. Luego va a su puesto de piloto, porque el puerto está cerca.

«Vamos a bajar a coger los arcones. Nosotros solos. Quiero alejarme cuanto antes de este hedor pagano» dice Pedro. Y bajan todos, menos Síntica y Juan.

[5]Ellos, los dos exiliados, están cerca el uno del otro, mirando a los 321.5
espigones, que se van acercando cada vez más.

«Síntica, otro paso hacio lo desconocido, otra escisión respecto al dulce pasado, otra agonía, Síntica... Yo no puedo más...».

Síntica le coge la mano. Está muy pálida, afligida, pero sigue siendo la mujer fuerte que sabe infundir fuerza. «Sí, Juan, otra escisión, otra agonía. Pero no digas: otro paso hacia lo desconocido... No es justificable. Conocemos nuestra misión aquí. Jesús la ha declara-

do. Así que nosotros no vamos hacia lo desconocido; antes al contrario, cada vez nos fundimos más con lo que conocemos, con la voluntad de Dios. Tampoco es justificable decir: "otra escisión". Nos unimos a su voluntad. La escisión separa, nosotros nos unimos. Por tanto no nos escindimos. Únicamente nos desprendemos de todas las delicias sensibles de nuestro amor a Él, nuestro Maestro, reservándonos las delicias suprasensibles, trasladando el amor y el deber a un plano ultraterreno. ¿Estás convencido de que es así? ¿Sí? Entonces no debes decir tampoco: "otra agonía". Agonía presupone muerte próxima. Pero nosotros, alcanzando las alturas espirituales para morada, aire y alimento nuestros, no morimos; antes al contrario, "*vivimos*". Porque lo espiritual es eterno. Por tanto, ascendemos a una vida más viva, anticipación de la Vida grande de los Cielos. ¡Ánimo, pues! Olvídate de que eres el hombre-Juan y recuerda que eres el destinado al Cielo. Razona, obra, piensa y espera únicamente como ciudadano de esta Patria inmortal...».

321.6 [6]Vuelven los otros con sus cargas, precisamente en el momento en que la nave está entrando, majestuosa, en el vasto puerto de Seleucia.

«Y ahora desaparecemos lo antes posible y vamos a la primera posada que veamos. Tiene que haber alguna aquí cerca. Y mañana... o en barca o en carro, iremos a nuestro destino».

Entre secos silbidos de mando, la nave atraca, y echan la pasarela. Nicomedes se acerca a los que están para partir.

«Adiós, hombre. Y gracias» dice Pedro por todos.

«Adiós, hebreos. Gracias también de mi parte. Si seguís esa calle, encontraréis en seguida alojamiento. Adiós».

Los apóstoles bajan por esa parte; él se marcha por la otra, hacia su altar. Y, mientras Pedro y los demás, cargados como faquines, van a descansar, el pagano comienza su inútil rito...

322. Partida de Seleucia en un carro y llegada a Antioquía.

[sin fecha]

322.1 [1]«En los mercados encontraréis seguro un carro. Pero, si queréis el mío, os lo dejo, en recuerdo de Teófilo. Si vivo tranquilo, se lo debo a él. Me defendió, porque era justo. Ciertas cosas no se olvidan» dice el anciano posadero, erguido enfrente de los apóstoles bajo el primer sol de la mañana.

«Es que tú estarías sin tu carro varios días... Y, además, ¿quién

lo guía? Yo con un burro... todavía... ¡pero con un caballo!...».

«¡Es igual! No te voy a dar un potro indómito. Te doy un prudente caballo de tiro, bueno como un cordero. Llegaréis pronto y sin fatigaros. Para la hora novena estaréis en Antioquía; mucho más considerando que el caballo conoce muy bien el camino y va solo. Me lo devolverás cuando quieras, sin interés por mi parte, si no es el de hacer una cosa grata al hijo de Teófilo. Decidle que todavía le debo muchas cosas, y que le recuerdo y me siento siervo suyo».

«¿Qué hacemos?» pregunta Pedro a sus compañeros.

«Lo que te parezca mejor. Tú juzga y nosotros obedecemos...».

«¿Probamos con el caballo? Por Juan lo digo... y también para abreviar... Me siento como si estuviera llevando a uno a la muerte y estoy deseando acabar todo esto lo antes posible...».

«Tienes razón» dicen todos.

«Entonces, hombre, acepto».

«Y yo ofrezco con alegría. Voy a aparejar el vehículo».

[2]El hospedero se marcha. Pedro da rienda suelta a su pensamien- 322.2
to: «He consumido en estos pocos días la mitad del tiempo de vida que tenía. ¡Una pena!... ¡Una pena!... Habría querido tener el carro
* de Elías, el manto que cogió Eliseo, cualquier cosa rápida para abreviar el tiempo... Pero, sobre todo, habría deseado, a costa de morir, dar a esos pobres algo que los consolase, que les hiciera olvidar, que les... ¡¡No sé!! Algo, en definitiva, que no les hiciera sufrir tanto... Pero, si logro saber quién es la causa principal de este dolor, dejo de ser Simón de Jonás si no le retuerzo como a un paño empapado. No digo matarle, ¡no!, pero sí exprimirle, como él ha exprimido la alegría y la vida a esos dos pobrecillos...».

«Tienes razón. Es una gran pena. Pero Jesús dice que se debe perdonar las ofensas...» dice Santiago de Alfeo.

«Si me las hubieran hecho a mí, debería perdonar. Y podría. Estoy sano y fuerte, y si alguien me ofende tengo fuerza para reaccionar incluso contra el dolor. ¡Pero, el pobre Juan! No, no puedo perdonar la ofensa contra el redimido del Señor, contra uno que muere afligido de esta forma...».

«Yo pienso en el momento en que le dejemos del todo...» suspira Andrés.

«Yo también. Es un pensamiento fijo y que aumenta a medida que se acerca el momento...» susurra Mateo.

«Hagámoslo pronto, por piedad» dice Pedro.

---

* *el carro de Elías, el manto que cogió Eliseo* son particularidades del episodio bíblico del rapto de Elías, y se encuentran en: *2 R 2, 11 y 14.*

«No, Simón. Perdona si te observo que te equivocas deseando eso. Tu amor al prójimo se está transformando en un amor desviado, y esto no debe suceder en ti, que siempre has sido recto» dice sereno el Zelote, poniendo una mano en el hombro de Pedro.

«¿Por qué, Simón? Eres culto y bueno. Muéstrame mi error, y yo, si así lo veo, te diré: tienes razón».

«Tu amor se está haciendo malsano, porque está para transformarse en egoísmo».

«¿Cómo? ¿Me aflijo por ellos y soy egoísta?».

«Sí, hermano, porque tú, por exceso de amor — todo exceso es desorden y, por tanto, induce al pecado — te envileces. Quieres no sufrir *tú* de ver sufrir. Eso es egoísmo, hermano en el nombre del Señor».

«¡Es verdad! Tienes razón. Y te agradezco esta advertencia. Así se debe hacer entre buenos compañeros. Bien. Entonces ya no tendré prisa... Pero, decid la verdad, ¿no es un acto de piedad?».

«Lo es, lo es...» dicen todos.

322.3 [3]«¿De qué forma los vamos a dejar?».

«Propondría hacerlo cuando nos haya recibido Felipe, pero quedándonos quizás ocultos un tiempo en Antioquía y preguntándole a Felipe cómo se van adaptando...» sugiere Andrés.

«No. Sería hacerles sufrir demasiado con una separación tan brusca» dice Santiago de Alfeo.

«Entonces... sigamos a medias el consejo de Andrés. Quedémonos en Antioquía, pero no en casa de Felipe, y durante unos días vamos a verlos, cada vez menos, cada vez menos, hasta que... no volvemos» dice el otro Santiago.

«Dolor renovado una y otra vez, y cruel desilusión. No. No se debe hacer» dice Judas Tadeo.

«¿Qué hacemos, Simón?».

«¡Ah!, por lo que a mí respecta, quisiera estar en su lugar más bien que tener que decir: "Me despido de vosotros"» dice Pedro abatido.

«Propongo una cosa. Vamos con ellos a casa de Felipe. Nos quedamos allí. Luego, siguiendo todavía juntos, vamos a Antigonio. Es un lugar ameno... Y allí también estamos un tiempo. Una vez que ellos se hayan aclimatado, nos retiramos, con dolor pero con virilidad. Yo diría esto. A menos que Simón-Pedro tenga órdenes distintas del Maestro» dice Simón Zelote.

«¿Yo? No. Me dijo: "Haz todo, bien, con amor, sin pereza y sin prisa, y de la forma que juzgues mejor". Hasta ahora creo que lo he hecho. ¡Está eso de que dije que era pescador!... Pero, si no lo hubiera

dicho no me habría dejado estar en el puente».

«No te crees escrúpulos tontos, Simón. Son puntadas del demonio para turbarte» conforta Judas Tadeo.

«¡Verdaderamente es así! Creo que está alrededor de nosotros como no lo ha estado jamás, poniéndonos obstáculos y creándonos miedos para movernos a actos viles» dice Juan apóstol, y concluye en voz baja: «Creo que quería inducir a la desesperación a ellos dos reteniéndolos en Palestina... y ahora que se escapan de su asechanza se venga en nosotros... Me lo siento alrededor como una serpiente escondida entre la hierba... Y ya hace meses que me lo siento alrededor así... Mirad, ahí vienen el hospedero por un lado y Juan y Síntica por el otro. Os diré el resto cuando estemos solos, si os interesa».

En efecto, por un lado del patio viene el carro, un carro sólido al que está unido un robusto caballo guiado por el hospedero; por el otro, vienen hacia ellos los dos discípulos.

«¿Es hora de marcharnos?» pregunta Síntica.

«Sí. Es la hora. ¿Estás cubierto bien, Juan? ¿Van mejor tus dolores?».

«Sí. Estoy envuelto en lana y la unción con el ungüento me ha hecho bien».

«Entonces sube, que ahora subimos también nosotros».

322.4 [4]...Y, ultimada la carga, todos ya en el carro, salen por la amplia puerta, después de repetidos aseguramientos del hospedero de que el caballo es dócil. Cruzan una plaza que les ha sido indicada y entran por una calle que bordea los muros de la ciudad, hasta que salen por una puerta; después siguen el curso de un profundo canal y luego el propio río. Es un camino bonito y bien mantenido, que va en dirección Norte-Este, pero siguiendo los meandros del río. Por el otro lado hay montes muy verdes, con sus pendientes, sus concavidades, sus barrancos; y ya se ven en los matorrales del monte bajo, en los lugares más expuestos al sol, llenarse las gemas de mil arbustos.

«¡Cuántos arrayanes!» exclama Síntica.

«¡Y laurel!» añade Mateo.

«Cerca de Antioquía hay un lugar sacrado dedicado a Apolo» dice Juan de Endor.

«Quizás el viento ha traído las semillas hasta aquí...».

«Quizás. Pero éste es un lugar todo lleno de plantas hermosas» dice el Zelote.

«Tú, que has estado aquí, ¿crees que pasaremos por Dafne?».

«Por fuerza. Veréis uno de los valles más bonitos del mundo. Aparte del culto obsceno y degenerado en orgías que cada vez son más asquerosas, es un valle de paraíso terrenal, y si en él entra la Fe

se transformará en un paraíso verdadero. ¡Cuánto bien podréis hacer aquí! Os deseo corazones fértiles como fértil es el suelo...» dice el Zelote para suscitar en los dos discípulos pensamientos consoladores.

Pero Juan agacha la cabeza y Síntica suspira.

322.5 [5]El caballo trota cadencioso. Pedro, estando todo centrado en el esfuerzo de guiar, aunque el animal va seguro sin necesidad de guía o estímulo, no habla. Así que el camino discurre bastante rápidamente. Llegan a un puente y se detienen para comer y para que el caballo descanse. El Sol está en su culmen; vese toda la hermosura de la bellísima naturaleza.

«De todas formas... prefiero estar aquí antes que en el mar...» dice Pedro observando en derredor.

«¡Pero qué tempestad!».

«El Señor ha orado por nosotros. Le he sentido cerca cuando orábamos en el puente de la nave. Cerca como si estuviera en medio de nosotros...» dice sonriendo Juan.

«¿Y dónde estará? No estoy tranquilo pensando que no tiene ropa... ¿Y si se moja? ¿Y qué come? Es capaz de hacer ayuno...».

«Puedes estar convencido de que lo hace, para ayudarnos a nosotros» dice con seguridad Santiago de Alfeo.

«Y también por otros motivos. Nuestro hermano está muy afligido desde hace un tiempo. Creo que se mortifica continuamente para vencer al mundo» dice Judas Tadeo.

«Querrás decir: al demonio que hay en el mundo» dice Santiago de Zebedeo.

«Es lo mismo».

«No lo va a conseguir. Tengo el corazón oprimido por mil miedos...» suspira Andrés.

«¡Ahora que nosotros estamos lejos, todo irá mejor!» dice, no sin aflicción, Juan de Endor.

«No pienses eso. Tú y ella no erais nada respecto a las "grandes culpas" del Mesías según los grandes de Israel» dice resueltamente Judas Tadeo.

«¿Estás seguro? Yo, dentro de mi sufrimiento, tengo en el corazón también la espina de haber sido con mi llegada causa de mal para Jesús. Si estuviera seguro de que no es así, sufriría menos» dice Juan de Endor.

«¿Me crees veraz, Juan?» pregunta Judas Tadeo.

«¡Sí que lo creo!».

«Pues bien, entonces, en nombre de Dios y mío, te aseguro que tú has dado sólo una pena a Jesús: la de tener que mandarte aquí en

misión. En *todas* las otras penas suyas, pasadas, presentes y futuras, tú no estás implicado».

La primera sonrisa, después de tantos días de lóbrega melancolía, ilumina el rostro asendereado de Juan de Endor, que dice: «¡Qué alivio me das! El día me parece más luminoso, más ligero mi mal, más consolado el corazón. ¡Gracias, Judas de Alfeo! ¡Gracias!».

[6]Vuelven a subir al carro, y, pasando por el puente, toman la otra 322.6
orilla del río, el otro camino, que va derecho hacia Antioquía, a través de una zona fertilísima.

«¡Allí está! En aquel valle poético está Dafne, con su templo y sus bosquecillos. Y allá, en aquella llanura, se ve Antioquía, y sus torres que se alzan sobre las murallas. Entraremos por la puerta que hay al lado del río. La casa de Lázaro no está muy lejos de las murallas. Las casas más bonitas han sido vendidas. Queda ésta, que fue lugar de parada tanto para el personal de Teófilo como para sus clientes, con muchas caballerizas y graneros. Ahora vive en ella Felipe. Un buen viejo. Un fiel de Lázaro. Os encontraréis bien. Y, juntos, iremos a Antigonio, donde estaba la casa en que vivían Euqueria y sus hijos, que entonces eran niños...».

«¡Muy fortificada esta ciudad, ¿eh?!» observa Pedro, que respira tranquilo ahora que ve que su primer intento como auriga ha ido bien.

«Mucho. Murallas de altura y anchura grandiosas. Más de cien torres, que, como veis, parecen gigantes enhiestos encima de las murallas, y fosos infranqueables al pie de ellas. El Silpio también contribuye con sus cimas a la defensa, y hace de contrafuerte de las murallas en la parte más débil... Ahí está la puerta. Es mejor que pares y entres sujetando el bocado. Yo te guío porque sé el camino»...

Pasan la puerta, vigilada por romanos.

Juan apóstol dice: «Quién sabe si está aquí ese soldado de la Puerta de los Peces... Jesús se alegraría de saberlo...».

«Le buscaremos. Pero ahora camina raudo» ordena Pedro, turbado por la idea de ir a una casa desconocida.

Juan obedece sin decir nada; se limita a mirar atentamente a todos los soldados que ve.

[7]Un camino corto, luego una casa sólida y sencilla, o sea, un alto 322.7
muro sin ventanas. Solamente un portal en el centro del muro.

«Aquí es. Para» dice el Zelote.

«¡Anda, Simón, habla tú ahora!».

«¡Sí, hombre, si ello te agrada, hablo yo!» y el Zelote llama al recio portalón.

Simón se presenta como un enviado de Lázaro. Entra solo. Sale

con un anciano alto y de noble porte, que se prodiga en profundas reverencias y da a uno del servicio la orden de abrir el portón para permitir entrar al carro; luego se disculpa por hacerles pasar a todos por esa puerta, en vez de por la puerta de casa.

El carro se para en un vasto patio con pórticos, bien cuidado, con cuatro recios plátanos en los cuatro ángulos y otros dos en el centro que amparan un pozo y un pilón para abrevar a los caballos.

«Preocúpate del caballo» ordena el administrador a su subordinado. Y dice a los que recibe como huéspedes: «Por favor, venid. Bendito sea el Señor, que me manda siervos suyos y amigos de mi jefe. Ordenad, que vuestro siervo escucha».

Pedro se pone colorado, porque especialmente a él van esas palabras y esas reverencias, y no sabe qué decir...

Le ayuda el Zelote. «Los discípulos del Mesías de Israel, de que te habla Lázaro de Teófilo, que a partir de ahora vivirán en tu casa para servir al Señor, no necesitan sino descansar. ¿Nos enseñas dónde pueden habitar?».

«¡Siempre tenemos preparadas habitaciones para peregrinos, como era costumbre de mi ama. Venid, venid...».

Y, seguido por todos, entra en un pasillo y luego en un pequeño patio. Al final de este patio está la verdadera casa. Abre la puerta. Va por un vestíbulo. Tuerce a la derecha. Una escalera. Suben. Otro pasillo con habitaciones a los lados.

«Aquí tenéis. Que sea agradable vuestra permanencia. Voy a decir que traigan agua y ropa. Dios sea con vosotros» dice el anciano, y se marcha.

Abren las contraventanas de las habitaciones que eligen. Las murallas y fuertes de Antioquía están frente a las ventanas de un lado; el tranquilo patio ornado de rosales trepadores, por ahora pobres a causa del período del año en que están, se ve por las del otro lado.

Y, después de tanto caminar, por fin una casa, una habitación, un lecho... Para algunos, sólo una etapa; para otros, meta...

323. La visita a Antigonio.

7 de noviembre de 1945.

323.1 [1]«Mi hijo Tolmái ha venido para los mercados. Hoy, a la sexta, regresa a Antigonio. El día está templado. ¿Queréis ir, según vuestro deseo?» pregunta el anciano Felipe mientras sirve a los huéspedes leche humeante.

«Iremos, seguro. ¿Cuándo has dicho?».

«A la sexta. Podréis volver mañana, si queréis; o, si no, si preferís, en la víspera del sábado, al caer de la tarde, cuando vienen para las funciones del sábado todos los subalternos hebreos o los que han entrado en la fe».

«Lo haremos así. [2]Y se podría incluso elegir ese lugar para que 323.2
vivieran éstos».

«Será un placer en todo caso, aunque los pierda. Porque es un lugar salubre. Y podríais hacer mucho bien con los subalternos, algunos de los cuales son todavía los que dejó el amo. Otros provienen de la bondad de la bendita ama, que los rescató de amos crueles. Por eso no son todos israelitas. Pero ahora ya no son tampoco paganos. Hablo de las mujeres. Los hombres, todos, están circuncidados. No sintáis aversión... Pero están todavía muy lejos de la justicia de Israel. Los santos del Templo, que son perfectos, se escandalizarían de ellos...».

«¡Ah, ya! ¡Ya! ¡Ya!... ¡Bueno, bien! Ahora podrán progresar aspirando sabiduría y bondad de los enviados del Señor... ¿Estáis oyendo cuántas cosas que hacer tenéis aquí?» termina Pedro, dirigiéndose a los dos.

«Lo haremos. No defraudaremos al Maestro» promete Síntica. Y sale para preparar lo que cree oportuno.

Juan de Endor pregunta a Felipe: «¿Piensas que en Antigonio voy a poder hacer un poco de bien también a otros, enseñando como pedagogo?».

«Mucho bien. El anciano Plauto ha muerto ya hace tres lunas y los niños de los gentiles no tienen escuela. En cuanto a los hebreos, no hay maestro, porque todos los nuestros huyen de ese lugar que está cerca de Dafne. Se necesita uno que sea... que sea... como era Teófilo... Sin rigideces para... para...».

«Sí, en fin, sin fariseísmo, quieres decir» concluye Pedro expeditivo.

«Eso... sí... No quiero criticar... Pero pienso... Maldecir no sirve para nada. Mejor sería ayudar... Como hacía la ama, que con su sonrisa conducía a la Ley más y mejor que un rabí».

[3]«¡Ahora comprendo por qué me ha enviado aquí el Maestro! Soy 323.3
exactamente el hombre con los requisitos precisos... ¡Haré su voluntad! ¡Hasta el último respiro! Ahora creo, creo con firmeza que es exclusivamente una misión de predilección ésta mía. Voy a decírselo a Síntica. Vais a ver como nos quedamos allí... Voy, voy a decírselo» y sale, animado como hacía tiempo no lo estaba.

«¡Altísimo Señor, te doy las gracias y te bendigo! Sufrirá todavía, pero no como antes... ¡Ah, qué alivio!» exclama Pedro. Y luego siente el deber de explicar a Felipe un poco, de la forma que puede, el porqué de su alegría: «Debes saber que los... "rígidos" de Israel — tú los

llamas "rígidos" — persiguen a Juan».

«¡Ah, comprendo! Perseguido político como... como...» y mira al Zelote.

«Sí, como yo y más; por otros motivos también. Porque, además de por la casta distinta, los irrita por ser del Mesías. Por lo cual, dicho sea de una vez por todas, él y ella quedan confiados a tu fidelidad... ¿Comprendes?».

«Comprendo. Y sabré cómo moverme».

«Ante los demás, ¿cómo los vas a llamar?».

«Dos pedagogos recomendados por Lázaro de Teófilo, él para los niños, ella para las niñas. Veo que tiene bordados y telares... Gente extranjera hace y vende muchas labores femeninas en Antioquía. Pero son labores toscas y recargadas. Ayer he visto una labor suya que me ha recordado a la buena ama mía... Serán labores muy solicitadas...».

«Una vez más, alabado sea el Señor» dice Pedro.

«Sí. Esto disminuye en nosotros el dolor de la ya próxima despedida».

«¿Ya os queréis marchar?».

«Tenemos que marcharnos. La tormenta nos ha hecho perder tiempo. Para los primeros días de Sabat tenemos que estar con el Maestro. Nos está esperando, porque ya vamos con retraso» explica Judas Tadeo.

323.4 [4]Se separan y va cada uno a sus incumbencias: Felipe a donde le llama una mujer; los apóstoles al sol, en la azotea.

«Podríamos partir el día siguiente del sábado. ¿Qué os parece?» pregunta Santiago de Alfeo.

«¡Por mí!... ¡Fíjate tú! Todos los días me levanto con el tormento de Jesús solo, sin ropa, desatendido, y todas las noches me acuesto con el mismo tormento. De todas formas, hoy lo decidimos».

«Decidme. ¿Creéis que el Maestro sabía todo esto? Hace días que me pregunto cómo sabía que encontraríamos al cretense; cómo ha visto con anticipación el trabajo de Juan y Síntica; cómo, cómo... en definitiva, muchas cosas» dice Andrés.

«Verdaderamente creo que el cretense tiene épocas fijas de estancia en Seleucia. Quizás Lázaro se lo dijo a Jesús, y Él, por ello, decidió la partida sin esperar a la Pascua...» explica el Zelote.

«¡Sí! ¡Eso! ¿Y Juan cómo va a celebrar la Pascua?» pregunta Santiago de Alfeo.

«Pues como todos los israelitas...» dice Mateo.

«No. Sería caer en la boca del lobo».

«¡Pero qué dices, hombre? Entre tanta gente, ¿quién le va a des-

cubrir?».

«El Iscar... ¡Oh, ya hablé! No penséis en ello. Es un capricho de mi mente...». Pedro está colorado, afligido por haber hablado.

Judas de Alfeo le pone una mano en el hombro, sonriendo con su sonrisa grave, y dice: «¡Bueno, hombre! Todos pensamos lo mismo... Pero mejor no decírselo a ninguno. Bendigamos, más bien, al Eterno, que ha desviado la mente de Juan de este pensamiento».

Todos, abstraídos, guardan silencio. Pero para ellos, verdaderos israelitas, es una preocupación el cómo va a poder celebrar la Pascua en Jerusalén el discípulo exiliado... y vuelven sobre el tema.

«Yo creo que Jesús proveerá. Quizás Juan lo sabe. Basta preguntárselo» dice Mateo.

«No lo hagáis. No creéis deseos y espinas donde apenas si se acaba de establecer la paz» suplica Juan apóstol.

«Sí. Es mejor preguntárselo al Maestro mismo» confirma Santiago de Alfeo.

«¿Cuándo le veremos? ¿Qué pensáis vosotros?» pregunta Andrés.

«Si partimos el día siguiente del sábado, para el final de la luna estaremos seguro en Tolemaida...» dice Santiago de Zebedeo.

«Si encontramos nave...» observa Judas Tadeo. Y su hermano añade: «Y si no hay tempestad».

«Por lo que se refiere a la nave, siempre hay alguna que parte para Palestina. Y, pagando, haremos que se haga escala en Tolemaida aunque la nave vaya para Joppe. ¿Tienes todavía?» pregunta el Zelote a Pedro.

«Sí. Contando incluso con que me ha pelado bien ese ladrón del cretense, a pesar de todas sus declaraciones de querer favorecer a Lázaro. Pero tengo que pagar la permanencia de la barca y la de Antonio... Y no toco los denarios que me han dado para Juan y Síntica. Sagrados. Los dejo intactos, a costa incluso de no comer».

«Haces bien. Ese hombre está muy enfermo. Él cree que podrá ejercer la función de pedagogo. Yo creo que su única función será la de enfermo, pronto...» juzga el Zelote.

«Sí, también yo creo eso. Síntica, más que labores, tendrá que hacer ungüentos» confirma Santiago de Zebedeo.

«¡Ese ungüento, eh? ¡Qué prodigio! Síntica me ha dicho que quiere hacer más y usarle para poder entrar en familias de aquí» dice Juan.

«¡Buena idea! Un enfermo que se cura es siempre un discípulo conquistado, y con él los suyos» proclama Mateo.

«¡Ah, no, eso no!» exclama Pedro.

«¿Cómo? ¿Quieres decir que el milagro no arrastra hacia el Se-

ñor?» le pregunta Andrés, y también dos o tres más.

«¡Sois unos niñitos! ¡Parece que acabáis de bajar del Cielo! ¡Pero no veis lo que le hacen a Jesús? ¿Se ha convertido Elí de Cafarnaúm? ¿Y Doras? ¿Y Oseas de Corazín? ¿Y Melquías de Betsaida? ¿Y — perdonad los de Nazaret — y toda Nazaret por los cinco, seis, diez milagros cumplidos, hasta el último, el de vuestro sobrino?» pregunta Pedro.

Ninguno replica, porque es la amarga verdad...

«No hemos encontrado todavía al soldado romano. Jesús ya lo había dado a entender...» dice Juan después de un poco.

«Se lo diremos a los que se quedan. Es más, será otra misión más en su vida» responde el Zelote.

323.5 [5]Vuelve Felipe: «Mi hijo está ya listo. Se ha dado prisa. Está con * su madre, que prepara regalos para los nietos».

«¿Es buena tu nuera, no?».

«Buena. Ha sido consuelo mío en la pérdida de mi José. Es como una hija. Era sierva de Euqueria. La educó ella. Venid a reponer fuerzas antes de poneros en marcha. Los otros ya lo están haciendo»...

...Y, precedidos por el carro de Tolmái, nieto de Felipe, trotan hacia Antigonio...

Llegan pronto a esta pequeña ciudad. Sepultada en la feracidad de sus jardines, protegida de las corrientes por las cadenas de montes que tiene alrededor — suficientemente lejanas para no ahogarla, pero suficientemente cercanas para protegerla y derramar sobre ella los efluvios de sus bosques de árboles resinosos y esenciales —, toda llena de sol, alegra la vista y el corazón con sólo cruzarla.

323.6 [6]Los jardines de Lázaro están al sur de la ciudad. Están precedidos por un paseo, por ahora sin frondas, a lo largo del cual están las casas de los que trabajan en los jardines. Son casitas bajas, pero bien cuidadas. A sus puertas se asoman caras de niños que observan curiosos, y de mujeres que saludan sonriendo. Las razas distintas se manifiestan en la diversidad de los rostros.

Tolmái, en cuanto traspasan la cancilla donde empieza la propiedad, hace un especial chasquido de tralla al ir pasando por delante de todas las casas; debe ser como una señal. Y los que viven en ellas, tras haber observado, entran de nuevo y luego vuelven a salir, cie-

---

* *Mi hijo*: así llama a Tolmái el anciano Felipe, abuelo suyo, padre de su padre José. Los hebreos llamaban *hijo* también al nieto, de la misma forma que a los abuelos los llamaban *padre* y *madre*; y extendían la calificación de *hermano* o *hermana* a los primos y cuñados. En la Obra valtortiana se encuentran los dos modos de llamar a los distintos grados de parentesco: el de los tiempos de Jesús y el de nuestros tiempos.

rran las puertas y empiezan a caminar por el paseo, detrás de los dos carros, que van al paso y luego se paran en el centro de una confluencia de senderos (dirigidos, como los radios de una rueda, en todas las direcciones, entre muchos campos dispuestos en cuadros, cuáles desnudos, cuáles de un verde perenne, custodiados por laureles, por acacias o árboles semejantes, o por otros árboles que a través de los tajos incididos en su tronco rezuman leche olorosa y resinas). En el ambiente hay un olor mixto de aromas balsámicos, resinosos, fragantes. Panales por todas partes. Y pilones para el riego, en que beben palomas blanquísimas. Y, en zonas especiales, de tierra desnuda, recientemente cavada, escarban gallinitas también blancas custodiadas por muchachas.

[7]Tolmái restalla la tralla repetidas veces, hasta que todos los súb- 323.7
ditos del pequeño reino se reúnen en torno a los llegados. Entonces empieza su discursito:

«Escuchad. Felipe, jefe nuestro y padre de mi padre, manda y recomienda a estos santos de Israel, venidos aquí por voluntad de nuestro patrón. Que Dios esté siempre con él y con su casa. Mucho nos quejábamos porque aquí faltaba la voz de los rabíes santos. He aquí que la bondad del Señor y de nuestro patrón, lejano pero que mucho nos ama — Dios le compense el bien que ofrece a sus siervos —, nos procuran lo que nuestro corazón soñaba. En Israel ha aparecido Aquel que había sido prometido a las gentes. Ya nos lo habían dicho durante las Fiestas en el Templo y en la casa de Lázaro. Pero ahora realmente ha llegado para nosotros el tiempo de la gracia, porque el Rey de Israel ha pensado en sus siervos más pequeños y ha enviado a sus ministros a portarnos sus palabras. Éstos son sus discípulos, y dos de ellos vivirán en medio de nosotros, aquí o en Antioquía, enseñando la Sabiduría para ser instruidos en orden al Cielo, y también la otra que se necesita para la tierra. Juan, pedagogo y discípulo de Cristo, enseñará a nuestros niños estas dos sabidurías; Síntica, discípula y maestra con la aguja, enseñará la ciencia del amor a Dios y el arte del trabajo femenil a las muchachas. Recibidlos como bendición del Cielo, y amadlos como los ama Lázaro de Teófilo y Euqueria — gloria a sus almas y paz — y como los aman las hijas de Teófilo, Marta y María, nuestras amadas señoras y discípulas de Jesús de Nazaret, el Rabí de Israel, el Prometido, el Rey».

El pequeño pueblo de hombres, vestidos con cortas túnicas, de manos terrosas que sostienen utensilios de jardinería, de mujeres, de niños de todas las edades, escucha asombrado. Luego bisbisean. En fin, saludan con una profunda reverencia.

Tolmái empieza las presentaciones: «Simón de Jonás, el jefe de

los enviados del Señor; Simón el Cananeo, amigo de nuestro señor; Santiago y Judas, hermanos del Señor; Santiago y Juan, Andrés y Mateo»; y luego, a los apóstoles y discípulos: «Ana, mi mujer, de la tribu de Judá, como, por lo demás, mi madre, porque somos puros, venidos con Euqueria de Judá. José, el varón consagrado al Señor, y Teoqueria, primogénita, que en el nombre lleva el recuerdo de los justos señores, sabia hija y amante de Dios como una verdadera israelita. Nicolái y Dositeo. Nicolái es nazireo. Dositeo es el tercero de * los hijos; ya lleva casado (y un fuerte suspiro acompaña el anuncio
323.8 de esto) varios años con Hermiona. [8]Ven aquí, mujer...».

Se adelanta una jovencísima morenita con un lactante en brazos.

«Ésta es. Es hija de un prosélito y de una griega. Mi hijo la vio en * Alejandrocena de Fenicia cuando fue para unas compraventas... y la quiso para sí... y Lázaro no se opuso, antes al contrario me dijo: "Mejor así que al mal". Y no es ningún mal. Pero yo quería sangre de Israel...».

La pobre Hermiona está con la cabeza agachada como una acusada. Dositeo está visiblemente agitado y se ve que sufre. Ana, la madre y suegra, mira con ojos entristecidos...

Juan, a pesar de ser el más joven, siente la necesidad de elevar los espíritus humillados y dice: «En el Reino del Señor no hay ya griegos o israelitas, romanos o fenicios, sino solamente hijos de Dios. Cuando, a través de estos que han venido, conozcas la Palabra de Dios, sentirás elevarse tu corazón a nuevas luces, y ésta ya no será "la extranjera" sino la discípula, como tú y como todos, del Señor nuestro Jesús».

Hermiona levanta la humillada cabeza y sonríe con gratitud a Juan. En los rostros de Dositeo y de Ana se ve la misma expresión de agradecimiento.

Tolmái responde austero: «Y Dios quiera que sea así, porque,
323.9 aparte del origen, nada tengo que recriminar a mi nuera. [9]El que está en sus brazos es Alfeo, el último nacido, que del padre de ella, prosélito, ha tomado el nombre. La pequeña de los ojos de cielo bajo los rizos de ébano es Mírtica, del nombre de la madre de Hermiona, y éste, el primogénito, es Lázaro, porque así lo quiso el señor nuestro, y el otro es Hermas».

«El quinto se debe llamar Tolmái y la sexta Ana, para decir al Se-

---

* *nazireo* era el consagrado al Señor con el voto de *nazireato*, del que se dan explicaciones en *Números 6, 1-21*. El primer nazireo que se encontra en la Obra valtortiana es san José (12.7).

* *prosélito* era el pagano convertido al judaísmo y circunciso. Reiterativa en la Obra valtortiana, la figura del *prosélito* encuentra una expecial acentuación en el contexto del presente capítulo.

ñor y al mundo que tu corazón se ha abierto a nuevas comprensiones» dice otra vez Juan.

Tolmái se inclina sin decir nada. Luego reanuda las presentaciones: «Éstos son dos hermanos de Israel: Miriam y Silvano, de la tribu de Neftalí. Y éstos son Elbónides Danita y Simeón judío. Luego, aquí están los prosélitos, que eran romanos, o, al menos, de romanos, caridad de Euqueria hecha obra, arrancados por ella al yugo y a la gentilidad: Lucio, Marcelo, Solón, hijo de Elateo».

«Nombre griego» observa Síntica.

«De Tesalónica. Esclavo de un siervo de Roma» — el desprecio es manifiesto al decir "siervo de Roma" —. «Euqueria lo tomó, junto con el padre agonizante, en un momento confuso; si el padre murió pagano, Solón es prosélito... Priscila ven aquí adelante con tus hijos...».

Una mujer alta y delgada, de rostro aquilino, se adelanta empujando a una niña y a un niño; cogidas de la falda lleva a dos rapazuelas.

«Ésta es la mujer de Solón, que fue liberta de una romana ya difunta; y Mario, Cornelia, María y Martila, gemelas. Priscila es experta en esencias. Amiclea, ven con tus hijos. Ésta es hija de prosélitos. Y prosélitos son los dos niños, Casio y Teodoro. Tecla, no te escondas. Es la mujer de Marcelo. Su dolor es que es estéril. También hija de prosélitos. Éstos son los colonos. [10]Ahora a los jardines. Venid». 323.10

Y los guía por la vasta propiedad, seguido de los jardineros, que explican los cultivos y trabajos, mientras las muchachas vuelven a sus gallinitas, que han aprovechado la ausencia de las guardianas para irse a otros lugares sobrepasando los límites establecidos.

Tolmái explica: «Se las trae aquí para limpiar la tierra de larvas antes de la siembra de los cultivos anuales».

Juan de Endor sonríe a las gallinitas, que cloquean, y dice: «Parecen las que tenía yo...» y se agacha para echar miguitas de pan que tenía en el talego, hasta que se ve rodeado de polluelas, y ríe porque una de ellas, petulante, le arrebata el pan de los dedos.

«¡Menos mal!» exclama Pedro dando con el codo a Mateo y señalando a Juan, que juega con los pollos, y a Síntica, que está hablando griego con Solón y Hermiona.

Luego vuelven hacia la casa de Tolmái, que explica: «Éste es el sitio. Pero, si queréis enseñar, se puede hacer un lugar. ¿Os quedáis aquí o...?».

«¡Sí, Síntica! ¡Aquí! ¡Es más bonito! Antioquía me ahoga de recuerdos...» ruega quedamente Juan a su compañera.

«¡Sí, hombre, claro! Como quieras. Basta con que tú estés bien.

Para mí todo es igual. No miro ya hacia atrás... sólo adelante, adelante... ¡Ánimo, Juan! Aquí estaremos bien. Niños, flores, palomas y gallinas para nosotros, pobres criaturas. Y para nuestra alma el gozo de servir al Señor. ¿Qué opináis vosotros?» pregunta volviéndose a los apóstoles.

«Pensamos como tú, mujer».

«Pues ya está dicho».

«Muy bien. Nos iremos contentos...».

«¡Oh, no os marchéis! ¡No os volveré a ver! ¿Por qué tan pronto? ¿Por qué?...». Juan vuelve a su dolor.

«¡No nos marchamos ahora! Estamos aquí hasta... hasta que seas...». Pedro no sabe expresar lo que será Juan, y, para que no se vea que también él está repleto de lágrimas, abraza a Juan, que está llorando, y trata de consolarle así.

324. Las pláticas de los ocho apóstoles antes de dejar Antioquía. El adiós a Juan de Endor y a Síntica.

8 de noviembre de 1945.

324.1 [1]Los apóstoles están otra vez en la casa de Antioquía; con ellos, los dos discípulos y todos los hombres de Antigonio, no vestidos ya con túnicas cortas y de trabajo, sino con indumentos largos, festivos. De esto deduzco que es sábado.

Felipe ruega a los apóstoles que hablen al menos una vez a todos, antes de su ya inminente partida.

«¿Sobre qué?».

«Sobre todo lo que queráis. Habéis oído estos días lo que hemos dicho. De acuerdo con ello, decidid».

Los apóstoles se miran unos a los otros. ¿Quién debe hablar? ¡Pedro, es natural! ¡Es el jefe! Pero Pedro no querría hablar y defiere a Santiago de Alfeo o a Juan de Zebedeo el honor de hacerlo. Sólo cuando los ve irremovibles se decide a hablar.

«Hoy hemos oído en la sinagoga explicar el capítulo 52 de Isaías. El comentario que se ha hecho ha sido docto según el mundo, pero deficiente según la Sabiduría. De todas formas no se debe recriminar al comentador, que ha dado lo que podía con esa sabiduría suya que carece de la parte mejor: el conocimiento del Mesías y del tiempo nuevo que Él ha traído. No obstante, no hagamos críticas, sino oraciones para que llegue al conocimiento de estas dos gracias y las pueda aceptar sin obstáculo. Me habéis dicho que durante la Pascua oís-

teis hablar del Maestro con fe y también con menosprecio. Y que solamente por la gran fe que llena los corazones de la casa de Lázaro, todos los corazones, habíais podido resistir a la desazón que las acusaciones de otros metían en el corazón; mucho más si se considera que estos otros eran precisamente los rabíes de Israel. Pero ser doctos no quiere decir ser santos ni poseer la Verdad. La Verdad es ésta: Jesús de Nazaret es el Mesías prometido, el Salvador de que hablan los Profetas, de los cuales el último descansa desde hace poco en el seno de Abraham después del glorioso martirio sufrido por la justicia. Juan el Bautista — y aquí están presentes los que oyeron esas palabras — dijo: "Éste es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo". Sus palabras fueron creídas por los más humildes de entre los que se hallaban presentes, porque la humildad ayuda a llegar a la Fe, mientras que a los soberbios les es difícil el camino — cargados como están de lastre — para llegar a la cima del monte donde vive, casta y luminosa, la Fe. Estos humildes, porque tales eran y por haber creído, han merecido ser los primeros en el ejército del Señor Jesús. Podéis ver, pues, cuán necesaria es la humildad para tener fe solícita, y cuánto es premiado el saber creer, incluso cuando las apariencias se presentan contrarias. Os exhorto y estimulo a tener estas dos cualidades en vosotros; entonces seréis del ejército del Señor y conquistaréis el Reino de los Cielos... [2]A ti, Simón Zelote. Yo he terminado. Continúa tú». 324.2

El Zelote, cogido tan al improviso y tan claramente indicado como segundo orador, tiene que salir adelante sin demoras ni quejas. Y dice:

«Voy a continuar la plática de Simón Pedro, cabeza de todos nosotros por voluntad del Señor. Voy a continuar sin dejar el tema del capítulo 52 de Isaías, visto por uno que conoce la Verdad encarnada, de la que es siervo para siempre. Está escrito: "¡Levántate, revístete de tu fuerza, oh Sión, vístete de fiesta, ciudad del Santo!". Así verdaderamente debería ser. Porque, cuando una promesa se cumple, cuando una paz se establece, cuando cesa una condena y cuando viene el tiempo de la alegría, los corazones y las ciudades deberían vestirse de fiesta y levantar las frentes abatidas, sintiendo que ya no son personas odiadas, derrotadas, golpeadas, sino amadas y liberadas. No estamos aquí haciendo un proceso a Jerusalén. La caridad, primera entre todas las virtudes, lo prohíbe. Dejemos, pues, de observar el corazón de los demás y miremos al nuestro. Revistamos de fuerza nuestro corazón con esa fe de que ha hablado Simón, y vistámonos de fiesta, porque nuestra fe secular en el Mesías ahora se corona con la realidad de la cosa. El Mesías, el Santo, el Verbo de Dios está real-

mente entre nosotros. Y tienen prueba de ello no sólo las almas, que reciben palabras de Sabiduría que las fortalecen e infunden santidad y paz, sino también los cuerpos, que por obra del Santo, al cual el Padre todo concede, se ven liberados de las más atroces enfermedades, e incluso de la muerte; para que las tierras y los valles de nuestra patria de Israel queden llenos de las alabanzas al Hijo de David y al Altísimo, que ha enviado a su Verbo, como había prometido a los Patriarcas y Profetas. El que os habla estaba leproso, destinado a morir, transcurriendo primero años de cruel angustia, en la soledad de fiera que es propia de los leprosos. Un hombre me dijo: "Ve a Él, al Rabí de Nazaret, y serás curado". Tuve fe. Fui. Quedé curado. En el cuerpo. En el corazón. En el primero desapareció la enfermedad que separa de los hombres; en el segundo, el rencor que separa de Dios. Y con un corazón nuevo, pasé, de proscrito, enfermo, inquieto, a ser su siervo, llamado a la feliz misión de ir a los hombres y amarlos en nombre suyo e instruirlos en la única cosa que es necesario conocer: que Jesús de Nazaret es el Salvador y que son
324.3 bienaventurados los que creen en Él. [3]Habla tú ahora, Santiago de Alfeo».

«Yo soy el hermano del Nazareno. Mi padre y su padre eran hermanos nacidos del mismo seno. Y, no obstante, no puedo llamarme hermano, sino siervo. Porque la paternidad de José, hermano de mi padre, fue una paternidad espiritual, y en verdad os digo que el verdadero Padre de Jesús, Maestro nuestro, es el Altísimo al que nosotros adoramos. El cual ha permitido que la Segunda Persona de su Divinidad Una y Trina se encarnara y viniera a la tierra, permaneciendo de todas formas siempre unida con Aquellas que viven en el Cielo. Porque ello lo puede hacer Dios, el infinitamente Potente. Y lo hace por el Amor, que es su naturaleza. Jesús de Nazaret es nuestro hermano, ¡oh hombres!, porque ha nacido de mujer y es semejante a nosotros por su humanidad. Es nuestro Maestro porque es el Sabio, es la Palabra misma de Dios que ha venido a hablarnos para hacernos de Dios. Y es nuestro Dios, siendo uno con el Padre y con el Espíritu Santo, con los cuales está siempre en unión de amor, potencia y naturaleza. Sea propiedad vuestra también esta verdad, que con manifiestas pruebas fue concedido conociera el Justo que fue pariente mío. Y contra el mundo, que tratará de separaros de Cristo diciendo: "Es un hombre cualquiera", responded: "No. Es el Hijo de Dios, es la Estrella nacida de Jacob, es el Cayado que se eleva en Israel, es el Do-
324.4 minador": no dejéis que ninguna cosa os disuada. Ésta es la Fe. [4]A ti, Andrés».

«Ésta es la Fe. Yo soy un pobre pescador del lago de Galilea, y, en

las silenciosas noches de pesca, bajo la luz de los astros, tenía muchos coloquios conmigo mismo. Decía: "¿Cuándo vendrá? ¿Viviré todavía? Faltan todavía muchos años, según la profecía". Para el hombre, de vida limitada, unas pocas decenas de años son siglos... Me preguntaba: "¿Cómo vendrá? ¿Dónde? ¿De quién?". Y mi embotamiento humano me hacía soñar regios esplendores, regias moradas y cortejos y clangores y poder, e irresistible majestad... Y decía: "¿Quién podrá mirar a este gran Rey?". Le imaginaba manifestándose en modo más aterrorizador que el propio Yeohveh en el Sinaí. Me decía: "Los hebreos, allí, vieron al monte lanzando resplandores, pero no quedaron reducidos a cenizas porque el Eterno estaba más allá de los nimbos. Pero aquí nos mirará con ojos mortíferos y moriremos...". * Era discípulo del Bautista. Y en las pausas de la pesca iba donde él, con otros compañeros. Era un día de esta luna... Las márgenes del Jordán estaban llenas de gente que temblaba al oír las palabras del Bautista. Yo había visto a un joven hermoso y calmo venir hacia nosotros por un sendero. Humilde la túnica, dulce el aspecto. Parecía pedir amor y dar amor. Su ojo azul se posó un momento en mí, y experimenté una cosa que no he vuelto a experimentar jamás. Me pareció como si me acariciaran el alma, como si alas de ángel me rozaran apenas. Por un momento, me sentí tan lejos de la tierra, tan distinto, que dije: "¡Ahora muero! Es la convocatoria de Dios a mi espíritu". Pero no morí. Me quedé hechizado contemplando al joven desconocido, que, a su vez, había fijado su mirada azul en el Bautista. Y el Bautista se volvió, se apresuró a ir a Él, se inclinó ante Él. Se hablaron. Y, dado que la voz de Juan era un trueno continuo, las misteriosas palabras llegaron hasta mí, que estaba escuchando, deseando vehementemente saber quién era el joven desconocido. Mi alma le sentía distinto de todos. Decían: "Yo debería ser bautizado por ti...". "Deja, ahora. Conviene cumplir toda justicia"... Juan ya había dicho: "Vendrá uno al que no soy digno de desatar las correas de las sandalias". Había dicho ya: "En medio de vosotros, en Israel, hay uno que no conocéis. Tiene ya en su mano el aventador y limpiará su era y quemará la paja con el fuego inextinguible". Yo tenía ante mí a un joven común, de aspecto manso y humilde, y, no obstante había oído que era Aquel al que ni siquiera el Santo de Israel, el último Profeta, el Precursor, era digno de desatarle las sandalias. Había oído que era Aquel al que no conocíamos. Pero no sentí miedo de Él. Es más, cuando Juan, pasado el superextasiante trueno de Dios, pasado

---

* *Era discípulo del Bautista.* La evocación del apóstol Andrés merece ser puesta en relación con la explicación dada en 49.9.

el inconcebible esplendor de la Luz en forma de paloma de paz, dijo: "Éste es el Cordero de Dios", yo, con la voz del alma, jubiloso por haber presentido al Rey Mesías en el joven manso y humilde de aspecto, grité con la voz del espíritu: "¡Creo!". Por esta fe soy su siervo.
324.5 Sedlo vosotros también y tendréis paz. [5]Mateo, a ti el narrar las otras glorias del Señor».

«Yo no puedo usar las palabras límpidas de Andrés. Él era un justo; yo, un pecador. Por eso mi palabra no tiene notas festivas, aunque no le falta la paz confidencial de un salmo. Era un pecador, un gran pecador. Vivía en el error completo. Me había endurecido en el error y no sentía desazón. Si alguna vez los fariseos o el arquisinagogo me herían con sus insultos o reprensiones, recordándome al Dios Juez implacable, experimentaba un momento de terror... y luego me arrellanaba en la necia idea: "Total ya soy un réprobo. Gocemos, pues, sentidos míos, mientras podamos hacerlo". Y, más que nunca, me hundía en el pecado. Hace dos primaveras, vino un Desconocido a Cafarnaúm. También para mí era un desconocido. Lo era para todos, porque estaba en los comienzos de su misión. Solamente unos pocos hombres le conocían por lo que Él era realmente. Estos que veis y otros pocos. Me asombró su espléndida virilidad, más casta que la castidad de una virgen. Esto fue lo primero que me impresionó. Le veía con porte grave, y, a pesar de ello, dispuesto a escuchar a los niños que iban a Él como las abejas a la flor; su único entretenimiento eran sus juegos inocentes y sus palabras sin malicia. Luego me impresionó su poder. Hacía milagros. Dije: "Es un exorcista. Un santo". Pero me sentía tan ignominioso a su lado, que me apartaba de Él. Él me buscaba. Ésa era mi impresión. No había vez que pasara cerca de mi banco que no me mirase con su ojo dulce y un poco triste. Y cada vez se producía como un sobresalto de la conciencia entorpecida, la cual no volvía ya al mismo nivel de torpor. Un día — la gente magnificaba siempre su palabra — sentí deseos de oírle. Escondiéndome detrás de una esquina de una casa le oí hablar a un pequeño grupo de hombres. Hablaba con sencillez, sobre la caridad, que es como indulgencia por nuestros pecados... Desde aquella tarde yo, el exigente y duro de corazón, quise conseguir de Dios el perdón de muchos pecados. Hacía las cosas en secreto... Pero Él sabía que era yo, porque lo sabe todo. Otra vez, le oí explicar precisamente el capítulo 52 de Isaías: decía que en su Reino, en la Jerusalén celestial, no estarían los impuros ni los incircuncisos de corazón, y prometía que aquella Ciudad celeste — cuyas bellezas expresaba con tan persuasiva palabra, que me vino nostalgia de ella — sería de quien a Él fuera. Y luego,... y luego... ¡oh, aquel día no fue una mirada de

tristeza, sino de mando! Me desgarró el corazón, puso mi alma al desnudo, la cauterizó, tomó en su poder a esta pobre alma enferma, la atormentó con su amor exigente... y mi alma fue nueva. Fui a Él con arrepentimiento y deseo. No esperó a que le dijera: "¡Señor, piedad!". Dijo Él: "¡Sígueme!". El Manso había vencido a Satanás en el corazón del pecador. Que esto os diga, si alguno de vosotros tiene culpas que le turban, que es el Salvador bueno y que no hay que apartarse de Él, sino que, cuanto más pecador es uno, más debe ir a Él con humildad y arrepentimiento para ser perdonado. [6]Santiago de 324.6
Zebedeo, habla tú».

«Verdaderamente no sé qué decir. Habéis hablado y dicho lo que yo habría dicho. Porque la verdad es ésta y no puede cambiar. Yo también estaba, con Andrés, en el Jordán, pero no me di cuenta de Él sino cuando me lo indicó la mención del Bautista. Yo también creí inmediatamente, y, cuando se marchó, después de su luminosa manifestación, me quedé como uno al que de una cima llena de sol le llevan a una obscura cárcel. Sentía un incontenible deseo de volver a encontrar el Sol. El mundo carecía totalmente de luz, después de habérseme presentado la Luz de Dios y luego haber desaparecido de mi presencia. Estaba solo entre los demás hombres. Mientras comía tenía hambre. Durante el sueño velaba con la parte mejor de mí mismo. Dinero, oficio, afectos, todo había pasado a un segundo lugar respecto a este deseo incontenible de Él; había quedado lejos, sin atractivo. Cual niño que ha perdido a su madre, gemía: "¡Vuelve, Cordero del Señor! ¡Altísimo, como enviaste a Rafael a guiar a Tobías, envía a tu ángel a guiarme a los caminos del Señor para que le encuentre, le encuentre, le encuentre!". Y, a pesar de todo, cuando,
* después de decenas de días de inútil espera y de búsqueda ansiosa — que, por su inutilidad, nos hacía sentir más cruel la perdida de nuestro Juan, que había sido arrestado por primera vez —, se nos presentó por el sendero, viniendo del desierto, no le reconocí inmediatamente. Llegado a este punto, quiero, hermanos en el Señor, enseñaros otro camino para ir a Él y reconocerle. Simón de Jonás ha dicho que hace falta fe y humildad para reconocerle. Simón Zelote ha confirmado la absoluta necesidad de la fe para reconocer en Jesús de Nazaret a Aquel que es, en el Cielo y en la tierra, según cuanto ha sido dicho. Y Simón Zelote necesitaba una fe muy grande, para esperar incluso para su cuerpo inevitablemente enfermo. Por eso Simón

---

* *después de decenas de días* — circunstancia confirmada hacia el final de la plática con las palabras *después de la ausencia* — es una precisión que confirma la explicación dada en 47.10 sobre el tiempo transcurrido entre la manifestación en el Jordán y el encuentro con los primeros discípulos.

Zelote dice que fe y esperanza son los medios para poseer al Hijo de Dios. Santiago, hermano del Señor, habla del poder de la fortaleza para conservar lo hallado. La fortaleza, que impide que las insidias del mundo y de Satanás socaven nuestra fe. Andrés muestra toda la necesidad de unir a la fe una santa sed de justicia, tratando de conocer y retener la verdad, cualquiera que fuere la boca santa que la anuncie, no por un orgullo humano de ser doctos, sino por el deseo de conocer a Dios. Quien se instruye en las verdades encuentra a Dios. Mateo, que fue pecador, os indica otro camino por el que se alcanza a Dios: despojarse de la sensualidad por espíritu de imitación, yo diría que por reflejo de Dios, que es Pureza infinita. Él, el pecador, se siente impresionado, lo primero, por la "virilidad casta" del Desconocido que había ido a Cafarnaúm, y, casi como si ésta tuviera el poder de resucitar su muerta continencia, se veda a sí mismo, lo primero, el sentido carnal, liberando así de obstáculos el camino para la llegada de Dios y para la resurrección de las otras virtudes muertas. De la continencia pasa a la misericordia, de ésta a la contrición, de la contrición a la superación de todo sí mismo y a la unión con Dios. "Sígueme". "Voy". Pero su alma había dicho ya: "Voy", y el Salvador había dicho ya: "Sígueme", desde la primera vez que la virtud del Maestro había atraído la atención del pecador. Imitad. Porque toda experiencia ajena, aunque fuera penosa, es guía para evitar el mal y encontrar el bien en aquellos que tienen buena voluntad. Yo, por mí, digo que, cuanto más se esfuerza el hombre en vivir para el espíritu, más apto es para reconocer al Señor; y la vida angélica favorece esto al máximo. Entre nosotros, discípulos de Juan, el que le reconoció, después de la ausencia, fue el alma virgen. Él, más incluso que Andrés, le reconoció, a pesar de que la penitencia hubiera cambiado el rostro del Cordero de Dios. Por eso digo: "Sed castos para poderle reconocer". [7]Judas, ¿quieres hablar tú ahora?».

324.7

«Sí. Sed castos para poderle reconocer. Pero sedlo también para poderle conservar en vosotros con su Sabiduría, con su Amor, con todo Él mismo. Sigue diciendo Isaías en el capítulo 52: "No toquéis lo impuro,... purificaos los que lleváis los vasos del Señor". Verdaderamente, toda alma que se hace discípula suya es semejante a un vaso colmado del Señor, y el cuerpo que la contiene es como el portador del vaso consagrado al Señor. No puede Dios estar donde hay impureza. Mateo ha dicho cómo el Señor estaba explicando que nada que fuera impuro o que estuviera separado de Dios habitará en la Jerusalén celeste. Sí. Pero es necesario no ser impuros aquí abajo, y no estar separados de Dios, para poder entrar en ella. Desdichados aquellos que aplazan a la última hora su arrepentimiento. No siem-

pre tendrán tiempo de hacerlo. De la misma manera que los que ahora le calumnian no tendrán tiempo de hacer nuevo su corazón en el momento de su triunfo, siendo así que no gozarán de los frutos de éste. Quienes esperan ver en el Rey santo y humilde un monarca terreno, y, más aún, quienes temen ver en Él un monarca terreno, no estarán preparados para aquella hora; engañados y defraudado su pensamiento, que no es el pensamiento de Dios sino un pobre pensamiento humano, pecarán cada vez más. La humillación de ser el Hombre pesa sobre Él. Debemos tener presente esto. Isaías dice que todos nuestros pecados tienen mortificada a la Persona Divina bajo una apariencia común. Cuando pienso que el Verbo de Dios tiene alrededor de sí, como una costra sucia, toda la miseria de la humanidad desde que ésta existe, pienso con profunda compasión y con profunda comprensión en el sufrimiento que debe producirle ello a su alma sin culpa: la repulsa de una persona sana que fuera recubierta con los andrajos y las porquerías de un leproso. Es verdaderamente el traspasado por nuestros pecados, el llagado por todas las concupiscencias del hombre. Su alma, que vive entre nosotros, debe temblar con los contactos como por escalofrío de fiebre. Y, no obstante, no dice nada. No abre la boca para decir: "Me producís horror". La abre solamente para decir: "Venid a mí, que os quite vuestros pecados". Es el Salvador. En su infinita bondad, ha querido velar su irresistible belleza. Esa belleza que, si se hubiera presentado cual es en el Cielo, nos habría reducido a cenizas, como ha dicho Andrés. Esa belleza ahora se ha hecho atractiva, como de manso Cordero, para poder acercarse a nosotros y salvarnos. Su opresión, su condena durará hasta que, consumido por el esfuerzo de ser el Hombre perfecto en medio de los hombres imperfectos, sea elevado por encima de la multitud de los rescatados, en el triunfo de su realeza santa. ¡Dios que conoce la muerte, para salvarnos a la Vida!... Que estos pensamientos os hagan amarle sobre todas las cosas. Él es el Santo. Yo lo puedo decir, yo que con Santiago he crecido con Él. Y lo digo y lo diré, dispuesto a dar mi vida para firmar esta confesión; para que los hombres crean en Él y tengan la Vida eterna. [8]Juan de Zebedeo, te toca hablar a ti». 324.8

* «¡Qué hermosos en los montes los pies del mensajero! Del Mensajero de paz, de Aquel que anuncia la felicidad y predica la salud, de Aquel que dice a Sión: "¡Reinará tu Dios!". Y estos pies van, incansables, desde hace dos años, por los montes de Israel, convocando a las

* *¡Qué hermosos...* es cita de *Isaías 52, 7*. Las pláticas de los ocho apóstoles están, en su mayoría, fundados en el capítulo 52 del libro del profeta Isaías.

ovejas de la grey de Dios para reunirlas, confortando, sanando, perdonando, dando paz. Su paz. Verdaderamente me resulta extraño el no ver estremecerse de alegría los montes y exultar las aguas de la patria, bajo la caricia de su pie. Pero lo que más me asombra es el no ver a los corazones estremecerse de alegría y exultar diciendo: "¡Gloria al Señor! ¡El Esperado ha venido! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!". Aquel que derrama gracias y bendiciones, paz y salud, y llama para el Reino abriéndonos el camino que a él conduce; Aquel, sobre todo, que espira amor de cada una de sus acciones o palabras, de cada mirada, de cada respiro. ¿Qué es este mundo, pues, para estar ciego a la Luz que vive en medio de nosotros? ¿Qué losas, más espesas que la piedra que cierra las puertas de los sepulcros, le muran la vista del alma para no ver esta Luz? ¿Qué montañas de pecados tiene encima de sí para estar tan oprimido, separado, cegado, ensordecido, encadenado, paralizado, de forma que permanece pasivo ante el Salvador? ¿Qué es el Salvador? Es la Luz fundida con el Amor. La boca de mis hermanos ha cantado las alabanzas del Señor, ha recordado sus obras, ha indicado las virtudes que deben practicarse para llegar a su camino. Yo os digo: amad. No hay virtud mayor ni más semejante a su Naturaleza. Si amáis, practicaréis todas las virtudes sin esfuerzo, empezando por la castidad. Y no os será gravoso el ser castos, porque amando a Jesús no amaréis a nadie inmoderadamente. Seréis humildes porque veréis en Él sus infinitas perfecciones con ojos amantes, por lo cual no os ensoberbeceréis de las vuestras, mínimas. Seréis creyentes. ¿Quién no cree en aquel a quien ama? Sentiréis la contrición del dolor que salva, porque será recto vuestro dolor, es decir será un dolor por la pena causada a Él, no por la pena por vosotros merecida. Seréis fuertes. ¡Oh, sí! ¡Cuando uno está unido a Jesús, es fuerte! Fuerte contra todo. Estaréis llenos de esperanza, porque no dudaréis del Corazón de los corazones, que os ama con la totalidad de sí mismo. Seréis sabios. Seréis todo. Amad a Aquel que anuncia la felicidad verdadera, que predica la salud, que va, incansable, por los montes y los valles convocando al rebaño para reunirle; a Aquel en cuyo camino está la Paz, como también hay paz en su Reino, que no es de este mundo, sino que es verdadero, como verdadero es Dios. Abandonad cualquier camino que no sea el suyo. Liberaos de toda tiniebla. Id a la Luz. No seáis como el mundo, que no quiere ver la Luz, que no quiere conocerla. Vosotros id a nuestro Padre, que es el Padre de las luces, que es Luz sin medida, a través del Hijo, que es la Luz del mundo, para gozar de Dios en el abrazo del Paráclito, que es fulgor de las Luces en una sola beatitud de amor, que a los Tres centra en Uno. ¡Infinito acéano del Amor, sin tempestades, sin tinieblas, acógenos! ¡A

todos! A los inocentes y a los convertidos. ¡A todos! ¡En tu paz! ¡A todos! Para toda la eternidad. A todos los que habitamos sobre la tierra, para que te amemos a ti, Dios, y al prójimo como tú quieres. A todos, en el Cielo, para que sigamos amando, siempre, no sólo a ti y a los celestes habitantes, sino también, y todavía, a los hermanos que militen en la tierra en espera de la paz, y, cual ángeles de amor, los defendamos y apoyemos en las batallas y tentaciones, para que después puedan estar contigo en tu paz, para gloria eterna del Señor nuestro Jesús, Salvador, Amador del hombre, hasta el límite sin límite del anonadamiento sublime».

[9]Como siempre, Juan, ascendiendo en sus vuelos de amor, lleva consigo a las almas a lugares de amor levísimo y silencio místico. 324.9

Debe pasar un rato antes de que retorne la palabra a los labios del auditorio. El primero en hablar es Felipe, dirigiéndose a Pedro: «¿Y Juan, el pedagogo, no habla?».

«Os hablará por nosotros continuamente. Ahora dejadle en su paz, y dejadnos también a nosotros un buen rato con él. Tú, Saba, haz lo que te he dicho antes; y tú también, buena Berenice...».

[10]Salen todos. Se quedan en la amplia sala los ocho con los dos. Hay un silencio grave. Están todos un poco pálidos: los apóstoles, porque saben lo que está para producirse; los dos discípulos, porque lo presienten. 324.10

Pedro abre sus labios, pero encuentra sólo esta palabra: «Oremos», y entona el "Pater noster". Luego — está verdaderamente pálido, quizás más que en el momento de la muerte —, yendo a ponerse entre los dos y colocando una mano sobre sus hombros, dice: «Es la hora de la despedida, hijos. ¿Qué le digo al Señor en nombre vuestro? ¿A Él, que ciertamente estará ansioso de saber de vuestra santidad?».

Síntica cae de rodillas y se cubre el rostro con las manos. Juan la imita. Pedro los tiene a sus pies, y, mecánicamente, los acaricia mientras se muerde los labios para no ceder a la emoción.

Juan de Endor alza su acongojado rostro y dice: «Dirás al Maestro que nosotros hacemos su voluntad...». Y Síntica: «Y que nos ayude a cumplirla hasta el final...». El llanto impide frases más largas.

«Bien. Démonos el beso de despedida. Esta hora debía llegar...». También Pedro se corta, ahogado por un nudo de llanto.

«Antes bendícenos» suplica Síntica.

«No. No yo. Mejor uno de los hermanos de Jesús...».

«No. Tú eres el jefe. Nosotros los bendeciremos con el beso. Bendícenos a todos, a nosotros que nos marchamos y a ellos que se quedan» dice Judas Tadeo, poniéndose el primero de rodillas.

Y Pedro, el pobre Pedro — que ahora está rojo por el esfuerzo de

mantener firme la voz y por la emoción de bendecir, con las manos extendidas hacia el pequeño núcleo arrodillado a sus pies — pronuncia, con voz aún más áspera por el llanto, casi de viejo, la bendición * mosaica... Luego se agacha, besa en la frente a la mujer, como si fuera una hermana; levanta y abraza, besándole fuerte, a Juan, y... se marcha valientemente de la habitación, mientras los otros imitan su acto para con los dos que se quedan...

Afuera, el carro está ya preparado. Sólo están presentes Felipe y Berenice, y el siervo, que sujeta el caballo. Pedro ha subido ya al carro...

«Dirás al amo que esté tranquilo respecto a sus recomendados» dice Felipe a Pedro.

«Dirás a María que siento la paz de Euqueria desde que ella es discípula» dice en voz baja Berenice al Zelote.

«Le diréis al Maestro, a María, a todos, que los amamos, y que... ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Oh, no los volveremos a ver! ¡Adiós, hermanos! Adiós...».

Corren afuera, al camino, los dos discípulos... Pero el carro, que ha partido al trote, ya ha doblado la esquina... Ha desaparecido...

«¡Síntica!».

«¡Juan!».

«¡Estamos solos!».

«¡Dios está con nosotros!... Ven, pobre Juan. El Sol declina. Te sienta mal estar aquí...».

«Para mí el Sol se ha puesto para siempre... Sólo volverá a salir en el Cielo».

Y entran donde antes estaban con los demás, se dejan caer sobre una mesa y se entregan, ya sin freno, al llanto...

324.11 [11]Dice Jesús:

«Y el tormento causado por un hombre, sólo querido por el hombre malo, quedó consumado, deteniéndose como un curso de agua en un lago después de haber realizado su recorrido...

Te hago notar cómo también Judas de Alfeo, a pesar de estar más nutrido de sabiduría que los demás, da al texto de Isaías, sobre mis sufrimientos de Redentor, una explicación humana. Y así era todo Israel, que se negaba a aceptar la realidad profética y contemplaba las profecías sobre mis dolores como alegorías y símbolos. Fue el gran error, por el que, en la hora de la Redención, bien pocos en Isra-

---

* *la bendición mosaica*, que aparece en repetidas ocasiones en la Obra valtortiana, está en *Números 6, 22-27.*

el supieron ver todavía al Mesías en el Condenado.

La Fe no es sólo una corona de flores. Tiene espinas también. Y es santo aquel que sabe creer tanto en las horas de gloria como en las horas trágicas; y sabe amar, tanto si Dios le cubre de flores, como si le coloca sobre espinas».

325. Los ocho apóstoles se reúnen con Jesús cerca de Akcib.

10 de noviembre de 1945.

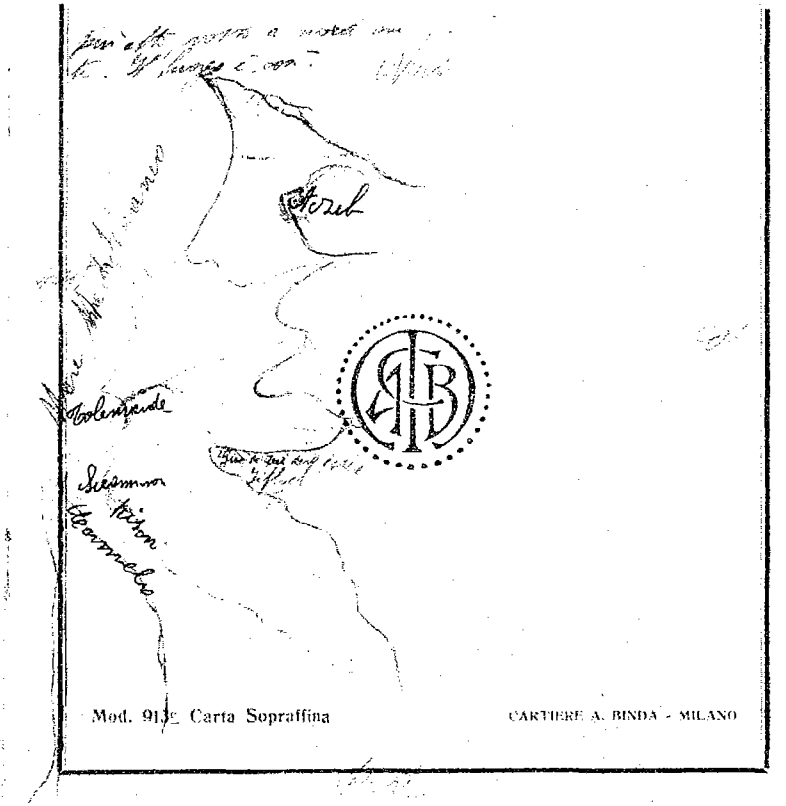
[1]Jesús — un Jesús muy delgado y pálido, muy triste, atormentado yo diría — está en la cima, exactamente en la cima más alta de un montecito, que es sede de un pueblo. Pero Jesús no está en el pueblo (que está en la cima, sí, pero vuelto hacia la ladera sureste), sino en una pequeña prominencia, las más alta, que mira hacia el noroeste (la verdad es que más Oeste que Norte). 325.1

Jesús, dado que mira desde varios lados, ve una cadena ondulada de montes, que en los extremos noroeste y suroeste introduce sus últimos ramales en el mar: al suroeste, con el Carmelo, que se difumina a lo lejos en este día claro; al noroeste, con un cabo cortante como un espolón de nave, muy parecido a nuestras Apuanas, por las venas rocosas que albean bajo el sol. Por las laderas de esta cadena ondulada de montes descienden torrentes y regatos (todos bien colmados de aguas en esta estación del año) que por la llanura costera corren a introducirse en el mar. Cerca de la amplia bahía de Sicaminón, el más exuberante de ellos, el Kisón, desemboca en el mar, tras haber formado casi un pequeño lago en la confluencia con otro riachuelo, poco antes de la desembocadura. El Sol meridiano del claro día extrae de los cursos de agua reflejos de topacios o zafiros, mientras que el mar es un inmenso zafiro veteado de livianos collares de perlas.

La primavera del Sur se perfila ya con las nuevas hojas, que, de las abiertas gemas, brotan, tiernas, brillantes, tan nuevas, tan desconocedoras de polvo y tempestades, de mordeduras de insectos y de contactos de hombre, que yo diría virginales. Y las ramas de los almendros son ya borlas de espuma blanco-rosada; tan blandas, tan livianas, que da la impresión de que vayan a desprenderse del tronco natal y navegar, cual pequeñas nubes, por el aire sereno. También los campos de la llanura, no vasta pero sí fértil, comprendida entre los dos cabos, el del noroeste y el del suroeste, muestra un tierno verdear de cereales, que quitan toda tristeza a los campos, poco antes desnudos.

Jesús mira. Desde el punto en que se encuentra, ve tres caminos: el que sale del pueblo y va a terminar ahí (es un caminito sólo para personas) y otros dos, que van hacia abajo, desde el pueblo, y se bifurcan en opuestas direcciones: hacia el noroeste, hacia el suroeste.

El lugar es así: *



¡Qué Jesús tan desmejorado! Signado por la penitencia mucho más que cuando ayunó en el desierto: entonces era el hombre empa-

* En el dibujo de MV se leen, en la vertiente oeste (de arriba hacia abajo): *Mar Mediterráneo* (*Mare Mediterraneo*), *Tolemaida* (*Tolemaide*), *Sicaminón* (*Sicaminon*), *Kisón* (*Kison*), *Carmelo* (*Carmelo*); y en la vertiente este: *Akcib* (*Aczib*), *Hacia abajo desde aqui debe estar Yiftael* (*Giù di qui deve essere Jiftael*). Están indicados los cuatro puntos cardinales.
La reproducción del dibujo muestra que MV utilizó para él el frontispicio del cuaderno. A veces MV escribía incluso en las contraportadas, en la página interna de la pasta al final del cuaderno o en grupos de folios doblados y añadidos cosiéndolos con hilo de algodón.

lidecido, pero todavía joven y vigoroso; ahora es el hombre consumido por un complejo sufrir que deprime tanto las fuerzas físicas como las morales. Sus ojos están muy tristes, una tristeza dulce y grave al mismo tiempo. Las mejillas, enflaquecidas, hacen realzar aún más la espiritualidad del perfil, de la frente alta, de la nariz larga y derecha, de esa boca cuyos labios carecen absolutamente de sensualidad. Un rostro angélico, de tanto como excluye la materialidad. Tiene la barba más larga que de costumbre, crecida incluso en los carrillos hasta confundirse con los cabellos, que le caen sobre las orejas; de forma que de su rostro son visibles solamente la frente, los ojos, la nariz y los pómulos, flacos y de un color marfil sin sombra de róseo. Tiene los cabellos peinados rudimentariamente, cabellos que se han vuelto opacos y conservan, para recuerdo del antro en que ha estado, muchos pequeños fragmentos de hojas secas y de palitos que se han quedado enredados en la larga cabellera. Y la túnica y el manto, arrugados y polvorientos, denuncian también el lugar agreste en que han sido vestidos y usados sin tregua.

[2]Jesús mira... El Sol del mediodía le calienta, y da la impresión 325.2
de que ello le es agradable, porque evita la sombra de algunos robles para ir bien al sol; pero, a pesar de que sea un Sol neto, resplandeciente, no enciende reflejos en sus cabellos polvorientos ni en sus ojos cansados, ni da color a su rostro enflaquecido.

No es el sol lo que le conforta y aviva su color; es el ver a sus queridos apóstoles, que suben, gesticulando y mirando hacia el pueblo por el camino que viene del noroeste, el más llano. Entonces se produce la metamorfosis: la mirada se le aviva; el rostro parece perder en parte su aspecto demacrado, por una leve coloración rosada que se extiende sobre las mejillas, y más por la sonrisa que le ilumina. Abre los brazos — los tenía cruzados — y exclama: «¡Mis amados!». Lo dice alzando la cara, extendiendo su mirada sobre las cosas, como queriendo comunicar su alegría a las hierbas y a los árboles, al cielo sereno, al aire, que ya sabe a primavera.

Recoge el manto ciñéndoselo bien al cuerpo, para que no se quede enganchado en las matas, y baja raudo, por un atajo, al encuentro de ellos, que suben y que todavía no le han visto. Cuando la distancia puede ser salvada por la voz, los llama para detener su marcha en dirección al pueblo.

Oyen la llamada lejana. Quizás desde el punto en que están no pueden ver a Jesús, cuyo indumento obscuro se confunde con la espesura del bosque que cubre la ladera. Miran a su alrededor, gesticulan... Jesús los llama de nuevo... Por fin, un claro del bosque le muestra a sus ojos, bajo el sol, con los brazos un poco extendidos, co-

mo queriéndolos abrazar ya. Entonces se oye un fuerte grito, que se refleja en la abrupta ladera: «¡El Maestro!» y, dejando el camino, empieza una gran carrera hacia arriba por las escarpaduras, arañándose, tropezando, jadeando, sin sentir el peso de los talegos ni la fatiga del paso... llevados de la alegría de verle de nuevo.

325.3 [3]Naturalmente, los primeros en llegar son los más jóvenes y los más ágiles, es decir, los dos hijos de Alfeo, de paso seguro, propio de quien ha nacido en las colinas, y Juan y Andrés, que corren como dos cervatillos, sonriendo felices. Y caen a sus pies, amorosos y reverentes, felices, felices, felices... Luego llega Santiago de Zebedeo. Los últimos en llegar, casi juntos, son los tres menos expertos en carreras y en montañas: Mateo y el Zelote y, el último, el último de todos, Pedro.

Pero se abre paso — ¡vaya que si se abre paso! — para llegar al Maestro. Los primeros que han llegado están abrazados a sus piernas y no se cansan de besarle las vestiduras o las manos, que Él les ha dejado abandonadas. Coge enérgicamente a Juan y a Andrés, que están agarrados a las vestiduras de Jesús como ostras a un escollo, y, jadeante por el esfuerzo realizado, los aparta lo suficiente como para poder caer también él a los pies de Jesús, y dice: «¡Oh, Maestro mío! ¡Ahora vuelvo a vivir, por fin! Ya no podía más. He envejecido y adelgazado como por una mala enfermedad. Mira como es verdad, Maestro...» y alza la cara para que Jesús le mire. Pero, al hacerlo, ve él el cambio de Jesús, y se pone en pie gritando: «¡¡Maestro!? ¡¿Pero qué has hecho?! ¡Necios! ¡Pero mirad! ¿No veis nada vosotros? ¡Jesús ha

325.4 estado enfermo!... [4]Maestro, Maestro mío, ¿qué has tenido? ¡Díselo a tu Simón!».

«Nada, amigo».

«¿Nada? ¿Con esa cara? ¡Entonces es que alguien te ha tratado mal!».

«¡No, hombre, Simón!».

«¡Imposible! ¡O enfermo o has sufrido persecución! ¡Que tengo ojos, eh!...».

«Yo también los tengo. Y, efectivamente, te veo enflaquecido y más viejo. Entonces tú ¿por qué estás así?» pregunta sonriendo el Señor a su Pedro, el cual le observa atentamente como si quisiera leer la verdad en el pelo, en la piel, en la barba de Jesús.

«¡Pero yo he sufrido! No lo niego. ¿Crees que ha sido placentero ver tanto dolor?».

«¡Tú lo has dicho! Yo también he sufrido por el mismo motivo...».

«¿Sólo por eso, realmente, Jesús?» pregunta, enternecido y afectuoso, Judas de Alfeo.

«Por el dolor, sí, hermano mío. El dolor causado por tener que

mandar a otro sitio...».

«Y por el dolor de haberte visto obligado a ello por...».

«¡Por favor!... ¡Silencio! Prefiero el silencio ante mi herida a cualquier palabra que quiera consolarme diciéndome: "Sé por qué has sufrido". Y, además, sabedlo todos, he sufrido por *muchas* cosas, no sólo por ésta. Y, si Judas no me hubiera interrumpido, os lo habría dicho». Jesús se muestra severo al decir esto. Todos se intimidan.

Pedro es el primero en reaccionar, y pregunta: «¿Y dónde has estado, Maestro? ¿Qué has hecho?».

«He estado en una gruta... orando... meditando... fortaleciendo mi espíritu, obteniendo fortaleza para vosotros en vuestra misión, para Juan y Síntica en su sufrimiento».

«¿Pero dónde, dónde? ¡Sin vestidos, sin dinero! ¿Cómo te las has arreglado?». Simón está nervioso.

«En una gruta no necesitaba nada».

«Pero, ¿y la comida?, ¿y el fuego?, ¿y la cama?, ¿y...? ¡bueno, todo! Yo te imaginaba — era mi esperanza —, al menos, huésped, como un peregrino que hubiera perdido el camino, en Yiftael, o en otra parte... en definitiva, en una casa. Eso me tranquilizaba un poco. ¡Pero, de todas formas...! Decid vosotros si no era mi tormento el pensamiento de que Él estaba sin ropa, sin comida, sin medios para procurársela, sin, sobre todo esto, sin voluntad de procurársela. ¡Jesús, no debías haberlo hecho! ¡Y no me lo volverás a hacer, *nunca*! De ahora en adelante, no te dejaré ni por una hora. Me coseré a tu túnica, para seguirte como una sombra, quieras o no. Sólo si muero seré separado de ti».

«O si muero Yo».

«¡Tú no! Tú no debes morir antes que yo. No digas eso. ¿Quieres entristecerme del todo?».

«No. Es más, quiero alegrarme contigo, con todos, en esta hermosa hora que me trae de nuevo a mis amados, predilectos amigos. ¡Veis? Ya estoy mejor, porque vuestro amor sincero me alimenta, me da calor, me consuela de todo».

Y los acaricia, uno a uno, mientras sus rostros resplandecen con una sonrisa dichosa y sus ojos brillan y tiemblan los labios por la emoción de estas palabras, preguntando: «¿De verdad, Señor?», «¿Es realmente así?», «¿Tanto nos quieres?».

«Sí. Os quiero mucho. [5]¿Habéis traído comida?». 325.5

«Sí. Presentía que estabas exhausto y la he comprado por el camino. Tengo pan, carne asada, leche, queso y manzanas, y una borracha con vino generoso y huevos para ti, si es que no se han roto...».

«Bien, entonces vamos a sentarnos aquí, bajo este buen sol, y va-

mos a comer. Mientras comemos me habláis...».

Se sientan al sol en un risco. Pedro abre su talego y observa sus tesoros: «¡Todo salvo!» exclama. «Incluso la miel de Antigonio. ¡Pero hombre! ¡Si ya lo he dicho yo! Al regreso, aunque nos hubiéramos metido en una cuba para rodar impulsados por un loco, o en un bote sin remos, hasta incluso con agujero, y además en una tempestad, habríamos llegado sanos y salvos... ¡Pero a la ida! Cada vez me convenzo más de que era el demonio el que nos ponía obstáculos, para no dejarnos ir con esos dos pobrecitos...».

«Si, claro, ahora ya no tenía objeto...» confirma el Zelote.

«Maestro, ¿has hecho penitencia por nosotros?» pregunta Juan, que se olvida de comer por contemplar a Jesús.

«Sí, Juan. Os he seguido con el pensamiento. He sentido vuestros peligros y aflicciones. Os he ayudado como he podido...».

«¡Yo lo he sentido! Y os lo dije, ¿os acordáis?».

«Sí, es verdad» confirman todos.

«Ahora me estáis devolviendo lo que os he dado».

«¿Has ayunado, Señor?» pregunta Andrés.

«¡Qué remedio!» le responde Pedro. «Aunque hubiera querido comer, sin dinero, en una gruta, ¿cómo querías que comiera?».

«¡Por causa nuestra! ¡Cuánto me apena esto!» dice Santiago de Alfeo.

«¡Oh, no! ¡No os aflijáis! No solamente por vosotros. También por
325.6 todo el mundo. [6]He hecho lo que cuando empecé la misión. En aquella ocasión, al final, fui socorrido por los ángeles; ahora me socorréis vosotros. Y, creedme, para mí es doble alegría. Porque en los ángeles es inderogable el ministerio de caridad, pero en los hombres es menos fácil de encontrar. Vosotros lo estáis ejerciendo. Y habéis pasado, por amor a mí, de hombres a ángeles, habiendo elegido la santidad por encima de toda otra cosa. Por tanto, me hacéis feliz como Dios y como Hombre-Dios. Porque me dais aquello que es de Dios: la Caridad, y me dais aquello que es del Redentor: vuestra elevación a la Perfección. Esto me viene de vosotros, y alimenta más que cualquier otro alimento. También en aquel entonces, en el desierto, fui nutrido de amor después del ayuno. Y ello me confortó. ¡Lo mismo ahora, lo mismo ahora! Todos hemos sufrido. Yo y vosotros. Pero no ha sido un sufrimiento inútil. Creo, sé, que este sufrimiento os ha favorecido más que todo un año de instrucción. El dolor, la meditación sobre el mal que un hombre puede hacer a su semejante, la piedad, la fe, la esperanza, la caridad que habéis debido ejercer, y además solos, os han madurado, como niños que se hacen hombres...».

«¡Oh, sí! Me he hecho viejo. No volveré a ser el Simón de Jonás

que era al partir. He comprendido lo dolorosa y fatigosa que es nuestra misión, a pesar de ser hermosa...» suspira Pedro.

«Bueno, pues ahora estamos aquí, juntos. 7Referid...». 325.7

«Habla tú, Simón. Sabes hacerlo mejor que yo» dice Pedro al Zelote.

«No. Tú, como jefe competente que eres, habla por todos» responde.

Y Pedro empieza, diciendo como preliminar: «Pero ayudadme». Narra con orden hasta la partida de Antioquía. Luego comienza la narración del regreso: «¡Sufríamos todos, ¿eh?! Nunca olvidaré las últimas voces de los dos...». Pedro se seca con el dorso de la mano dos lagrimones que ruedan al improviso... «Me parecieron el último grito de uno que se estuviera ahogando... ¡En fin! Bueno, hablad vosotros... yo no puedo...» y se levanta y se aparta un poco para controlar su emoción.

Continúa Simón Zelote: «Ninguno habló durante mucho camino... No podíamos hablar... La garganta estaba tan hinchada de llanto que nos dolía... Y no queríamos llorar... porque si hubiéramos empezado, aunque hubiera sido uno sólo, ya no habría tenido solución. Llevaba los ramales yo, porque Simón de Jonás, para que no se viera que sufría, se había puesto en el fondo del carro a hurgar en los talegos. Nos detuvimos en un pueblecito a mitad de camino entre Antioquía y Seleucia. A pesar de que la luna fuera cada vez más clara a medida que la noche avanzaba, no conociendo bien el lugar, nos detuvimos allí. Y nos quedamos adormilados ahí, entre nuestras cosas. No comimos, ninguno, porque... no podíamos. Pensábamos en ellos dos... Con la primera luz del alba, pasamos el puente y llegamos antes de la hora tercera a Seleucia. Restituimos el carro y el caballo al hospedero y — era un hombre muy bueno — le pedimos consejo respecto a la nave. Dijo: "Voy yo al puerto. Me conocen y conozco gente". Y así hizo. Encontró tres naves que estaban para zarpar para estos puertos. Pero en una de ellas había ciertos... seres que no quisimos tener cerca. Nos lo dijo el hombre, que lo había sabido por el jefe de la nave. La segunda era de Ascalón, y no quería hacer escala para nosotros en Tiro, a menos que hubiéramos dado una suma que ya no teníamos. La tercera era una goleta bien mísera, cargada de madera bruta. Una barca pobre, con pocos tripulantes, y creo que con mucha miseria. Por eso, a pesar de que se dirigía a Cesarea, aceptó detenerse en Tiro, previo desembolso de una jornada de comida y paga para toda la tripulación. Nos venía bien. Yo, verdaderamente, y conmigo Mateo, teníamos un poco de miedo. Es época de tempestades... Y ya sabes lo que encontramos a la ida. Pero Simón

Pedro dijo: "No sucederá nada". Y subimos a la barca. Iba tan suave y veloz que parecía que los ángeles fueran las velas de la nave. Empleamos para llegar a Tiro menos de la mitad del tiempo tardado a la ida; y en Tiro el patrón fue tan bueno, que nos concedió remolcar la barca hasta cerca de Tolemaida. Bajaron a la barca Pedro, Andrés y Juan, para las maniobras. Pero era muy simple... No como a la ida... En Tolemaida nos separamos. Estábamos tan contentos, que, antes de bajar todos a la barca, donde estaban ya nuestras cosas, les dimos más dinero del convenido. En Tolemaida nos hemos detenido un día, y luego hemos venido aquí... Pero nunca olvidaremos el dolor sufrido. Simón de Jonás tiene razón».

«¿No tenemos también razón al decir que el demonio nos ponía obstáculos sólo a la ida?» preguntan más de uno.

325.8 «Tenéis razón. [8]Ahora escuchad. Vuestra misión ha terminado. Volvemos hacia Yiftael, a esperar a Felipe y Natanael. Y hay que hacerlo pronto. Luego vendrán los demás. Entretanto, evangelizaremos aquí, en los confines de Fenicia y en la propia Fenicia. Pero todo lo ocurrido ha quedado para siempre sepultado en nuestros corazones. No se dará respuesta a ninguna pregunta».

«¿Ni siquiera a Felipe y Natanael? Saben que hemos venido contigo...».

«Hablaré Yo. He sufrido mucho, amigos, y vosotros lo habéis visto. He pagado con mi sufrimiento la paz de Juan y Síntica. Haced que mi sufrimiento no sea inútil. No carguéis mis hombros con un peso más. ¡Tengo ya muchos!... Y su peso crece cada día que pasa, cada hora que pasa... Decid a Natanael que he sufrido mucho. Decídselo a Felipe. Y que sean buenos. Decídselo a los otros dos. Pero no digáis más. Decir que habéis entendido que he sufrido, y que os lo he confirmado, es una verdad. No hace falta más».

Jesús habla cansado... Los ocho le miran apenados, y Pedro, que está detrás de Él, se atreve incluso a acariciarle la cabeza. Jesús la alza y mira a su honesto Simón con una sonrisa de tristeza afectuosa.

«¡No, no puedo verte así! Me parece, tengo la sensación de que la alegría de nuestra unión haya terminado, y que de ella quede la santidad, sólo la santidad. Entretanto... vamos a Akcib. Te cambiarás de túnica, te rasurarás los carrillos, ordenarás tus cabellos. ¡Así no, así no! No puedo verte así... Me pareces... uno que hubiera logrado huir de manos crueles, o que le hubieran maltratado, o una persona al límite de sus fuerzas... Me pareces Abel de Belén de Galilea, liberado de sus enemigos...». *

* *Abel de Belén de Galilea* es el joven protagonista del episodio narrado en 248.5/11.

«Sí, Pedro. Pero el maltratado es el corazón de tu Maestro... y no se curará nunca... Es más, será herido cada vez más. Vamos...».

[9]Juan suspira: «Lo siento... hubiera deseado contar a Toma, que 325.9
tanto quiere a tu Madre, el milagro de la canción y del ungüento...».

«Un día lo contarás... No ahora. Todo manifestaréis un día. Entonces podréis hablar. Yo mismo os diré: "Id a decir todo lo que sabéis". Pero, entretanto, sabed ver en el milagro la verdad, ésta: el poder de la fe. Tanto Juan como Síntica han calmado el mar y curado al hombre no por las palabras, no por el ungüento, sino por la fe con que han usado el nombre de María y el ungüento hecho por Ella. Y otra cosa: ello se produjo porque en torno a su fe estaba la vuestra, la de todos vosotros, y vuestra caridad. Caridad hacia el herido. Caridad hacia el cretense. Al primero le quisisteis conservar la vida; al otro quisisteis darle la fe. Pero si aun es fácil curar los cuerpos, cosa muy dura es curar los espíritus... No hay morbo más difícil de erradicar que el espiritual...», y Jesús suspira fuerte.

Están a la vista de Akcib. Pedro se adelanta con Mateo para encontrar alojamiento. Le siguen los demás, compactos en torno a Jesús. El Sol declina rápidamente mientras entran en el pueblo...

326. Un alto en Akcib.

11 de noviembre de 1945.

[1]«Señor, esta noche he estado pensando... ¿Por qué quieres venir 326.1
tan lejos, para luego volver a los confines fenicios? Deja que vaya yo con otro. Venderé a Antonio... Lo siento... pero ahora ya no hace falta y llamaría la atención. Me toparé con Felipe y Bartolomé. Sólo pueden recorrer *ese* camino, así que los encontraré, sin duda. Y puedes estar seguro de que *no* hablaré. No quiero causarte dolores... Tú descansas aquí, con los demás, nos ahorramos todos ese camino de Yiftael... y tardamos menos» dice Pedro mientras salen de la casa donde han dormido. Y parecen menos demacrados, porque tienen túnicas frescas, y las barbas y los cabellos han sido arreglados por mano experta.

«Tu idea es buena. No te impido hacerlo. Bien, ve con quien quieras de tus compañeros».

«Entonces con Simón. Señor, bendícenos».

Jesús los abraza diciendo: «Con un beso. Id».

Los miran mientras se marchan, descendiendo raudos hacia la llanura.

«¡Qué bueno es Simón de Jonás! Estos días le he apreciado como

nunca lo había hecho» dice Judas Tadeo.

«También yo» dice Mateo. «Nunca egoísta, nunca soberbio, nunca exigente».

«No se ha aprovechado nunca del hecho de ser el jefe. ¡Al contrario! Parecía el último de nosotros, y, no obstante, conservaba su puesto» añade Santiago de Alfeo.

«A nosotros esto no nos asombra. Le conocemos desde hace años. Fogoso, pero todo corazón. ¡Y además tan honesto...!» dice Santiago de Zebedeo.

«Mi hermano, a pesar de ser rudo, es bueno. Y, desde que está con Jesús, se ha hecho doblemente bueno. Yo tengo un carácter completamente distinto, y... algunas veces se ponía nervioso, pero era porque comprendía que yo sufría por ese carácter; se inquietaba por mi bien. Uno, una vez que le comprende, se lleva bien con él» dice Andrés.

326.2 [2]«Estos días nos hemos entendido siempre y hemos sido un corazón solo» afirma Juan.

«¡Sí, sí! Yo también lo he percibido. Durante toda una luna, y en momentos incluso de verdadera tensión, no hemos tenido nunca malos humores... Mientras que otras veces... no sé por qué...» monologa Santiago de Zebedeo.

«¿Por qué! ¡Pues es fácil de entender! Porque tenemos intención recta. No somos perfectos, pero sí rectos. Por eso aceptamos el bien que uno propone; o descartamos el mal, cuando uno de nosotros nos lo indica como tal y antes no lo habíamos intuido nosotros solos. ¿Por qué! ¡Es fácil responder! Porque nosotros ocho tenemos solo un pensamiento: hacer las cosas de forma que Jesús se sienta contento. ¡Eso es todo!» exclama Judas Tadeo.

«No creo que los otros tengan un pensamiento distinto» dice, conciliador, Andrés.

«No. No Felipe, ni Bartolomé, aunque sea muy anciano y *muy* Israel... Y tampoco Toma, a pesar de que sea más hombre que espíritu. Sería injusto con ellos si los acusara de... Jesús, tienes razón. Perdona. Pero, si supieras lo que me produce el verte sufrir. ¡Y por él! Yo soy discípulo tuyo, como todos los otros. Pero, además, soy hermano y amigo tuyo, y llevo en mis venas la fogosa sangre de Alfeo. Jesús, no me mires tan severo y tan triste. Tu eres el Cordero y yo... el león. Créeme que a duras penas logro sujetarme para no romper de un zarpazo la red de calumnias que te circunda, y para no abatir el cobijo en que se cela el verdadero enemigo. Quisiera ver la realidad de su rostro espiritual, al cual doy un nombre... aunque quizás calumnio al hacerlo; y le marcaría con una señal, si lograse conocer su

realidad sin riesgo de error... que le quitaría para siempre las ganas de dañarte» dice vehementemente Judas Tadeo, que se ha contenido, al principio de su intervención, por una mirada de Jesús.

Santiago de Zebedeo le responde: «¡Deberías marcar a la mitad de Israel!... Pero Jesús seguirá adelante igual. Ya has visto estos días que nada puede contra Jesús. [3]¿Qué hacemos ahora Maestro? 326.3
¿Has hablado aquí?».

«No. Hacía menos de un día que había llegado a estas laderas. Dormí en el bosque».

«¿Porque no te recibieron?».

«Su corazón rechazó al Peregrino... No tenía dinero...».

«¡Entonces son corazones de piedra! ¿De qué tenían miedo?».

«De que fuera un bandido... Pero no importa. El Padre que está en los Cielos hizo que encontrara una cabra, perdida o que había huido. Venid, os la muestro. Vive en la espesura con su cabritillo. No huyó al verme llegar. Es más, me dejó exprimir su leche en mi boca... como si fuera una criatura suya Yo también. Y dormí al lado de ella, con el cabritillo casi en mi corazón. ¡Dios es bueno con su Verbo!».

Van hacia el lugar del día anterior, a un boscaje espeso y espinoso. En su centro hay un roble secular, que no sé cómo puede vivir con esa base tan hendida: como si el terreno se hubiera abierto y hubiera desgajado su tronco poderoso, fajado todo de verdes hiedras y de espinos por ahora carentes de hojas. Allí cerca está pastando la cabra con su cabritillo. Al ver a tantos hombres, apunta hacia ellos los cuernos en señal de defensa. Pero luego reconoce a Jesus y se calma. Le echan unas cortezas de pan y se retiran.

«Ahí dormí» explica Jesús. «Y hubiera seguido allí, si no hubierais venido. Ya tenía hambre. El objetivo del ayuno estaba terminado... No era necesario insistir por otras cosas que ya no se pueden cambiar»...

Jesús está de nuevo triste... Los seis se intercambian breves miradas, pero no dicen nada.

«¿Y ahora? ¿A dónde vamos?».

«Nos quedamos aquí, por hoy. Mañana bajaremos a predicar en el camino de Tolemaida. Luego iremos hacia los confines fenicios, para regresar aquí antes del sábado».

Y, lentamente, regresan al pueblo.

327. En los confines de Fenicia. Palabras de Jesús sobre la igualdad de los pueblos. Parabola de la levadura.

[sin fecha]

327.1 [1]El camino que de Fenicia viene hacia Tolemaida es hermoso. Corta, muy derecho, la llanura que hay entre el mar y los montes. Y es muy transitado (por cómo está mantenido). A menudo cortado por caminos menores — que de los pueblos del interior van hacia los de la costa —, ofrece numerosos cruces, cabe los cuales generalmente hay una casa, un pozo y un rudimentario taller de herrador para los cuadrúpedos que puedan necesitar herraduras.

Jesús, con los seis que se han quedado con Él, recorre un buen trecho de camino, por lo menos dos kilómetros, viendo siempre las mismas cosas. Al final se detiene junto a una de estas casas con pozo y taller de herrador, en una bifurcación, junto a un torrente por encima del cual pasa un puente, que, siendo fuerte pero de una anchura que apenas si da para el paso de un carro, hace que tengan que detenerse los que van o los que vienen, porque las dos corrientes opuestas no podrían pasar al mismo tiempo. Y ello da ocasión a los transeúntes (de razas diversas, por lo que logro entender, o sea, fenicios e israelitas en el verdadero sentido de la palabra, que se odian recíprocamente), de aunarse en una única intención: imprecar contra Roma... Pero sin Roma no tendrían ni siquiera ese puente, y con el torrente colmado no sé cómo habrían podido pasar. ¡Pero bueno... al opresor siempre se le odia, aunque haga cosas útiles!

Jesús se para junto al puente, en el ángulo lleno de sol en que está la casa. El maloliente taller de herrador está en el lado de la casa paralelo al torrente; en él se están forjando herraduras para un caballo y dos asnos, que las han perdido. El caballo está enganchado a un carro romano. En el carro hay unos soldados que, poniendo caras burlonas a los hebreos que imprecan, se lo pasan bien. Y, a un viejo narigudo, más avieso que todos los otros, una verdadera boca viperina, que creo que con mucho gusto mordería a los romanos con tal de envenenarlos, le tiran encima un puñado de estiércol equino...

¡Se puede uno imaginar lo que sucede! El viejo hebreo sale corriendo y gritando como si le hubieran infectado de lepra, y a él se agregan en coro otros hebreos. Los fenicios gritan irónicos: «¿Os gusta el nuevo maná? Comed, comed, para tener energías para gritar contra estos que son demasiado buenos con vosotros, víboras hipócritas». Los soldados sueltan burlonas risotadas... Jesús calla.

El carro romano, por fin, se pone en marcha, saludando al herrador con el grito: «¡Salve, Tito, y próspera permanencia!». El hombre,

vigoroso, anciano, de cuello toroso, desbarbado el rostro, ojos negrísimos a los lados de una nariz fuerte y bajo la cubierta de una frente saliente y amplia, un poco pelada en las sienes por falta de cabellos (los cuales, donde están, son cortos y muy crespos), alza el pesado martillo con un gesto de despedida, y de nuevo se vuelve hacia el yunque, donde un joven ha puesto un hierro candente, mientras otro muchacho está quemando el casco de un burrito, reglándolo para el herrado ya próximo.

[2]«Casi todos estos herradores que están por los caminos son ro- 327.2
manos; soldados que se han quedado aquí una vez terminado su servicio. Y ganan bien... Nunca tienen impedimentos para atender a las caballerías... Y un asno se puede desherrar también antes de la puesta del Sol del sábado, o en tiempos de Encenias...» observa Mateo.

«El que herró a Antonio estaba casado con una hebrea» dice Juan.

«Hay más mujeres necias que sensatas» sentencia Santiago de Zebedeo.

«¿Y los hijos, de quién son? ¿De Dios o del paganismo?» pregunta Andrés.

«Son del cónyuge más fuerte, generalmente» responde Mateo. «Y, basta con que la mujer no sea apóstata, para que sean hebreos, porque el hombre, estos hombres, dejan libertad. No son muy... fanáticos ni siquiera de su Olimpo. Me parece que ya no creen en ninguna otra cosa, si no es en la necesidad de ganar dinero. Están llenos de hijos».

«Pero son uniones abyectas. Sin una fe, sin una verdadera patria... mal vistos por todos...» dice Judas Tadeo.

«No. Te equivocas. Roma no los desprecia. Es más, siempre los ayuda. Sirven más así que cuando llevaban las armas. Desvirtuando la sangre, se introducen en nosotros más que con la violencia. La que sufre, si es que sufre, es la primera generación. Luego se dispersan y... el mundo olvida...» dice Mateo, que parece muy práctico.

«Sí, son los hijos los que sufren. ¡Pero, hay que ver también las mujeres hebreas, unidas en matrimonio así!... Por ellas mismas y por sus hijos... Me dan pena. Nadie les habla ya de Dios. Mas no será así en el futuro. Entonces no permanecerán estas separaciones de personas y de naciones, porque las almas estarán unidas en una sola Patria: la mía» dice Jesús, que hasta ahora ha estado silencioso.

«¡Pero entonces ya habrán muerto!...» exclama Juan.

«No. Habrán sido congregadas en mi Nombre. No serán ya romanos o libios, griegos o pónticos, iberos o galos, egipcios o hebreos, si-

no almas de Cristo. Y ¡ay de aquellos que quieran distinguir a las almas — todas igualmente amadas por mí y por las cuales habré sufrido de igual modo — según sus patrias terrenas! Quien así lo hiciere demostraría que no ha comprendido la Caridad, que es universal».

Los apóstoles sienten la velada corrección y agachan la cabeza y guardan silencio...

327.3 [3]El fragor del hierro batido en el yunque ha callado; ya amainan los golpes en el último casco asnal. Jesús aprovecha para alzar la voz y ser oído por la gente. Parece como si continuara hablando a sus apóstoles, en realidad habla a los transeúntes, y quizás también a los habitantes de la casa, mujeres ciertamente, porque reclamos de femeniles voces recorren el aire tibio.

«Aunque parezca que no exista, siempre hay en los hombres un parentesco: el de proceder de un único Creador. Porque, aunque luego estos hijos de un único Padre se hayan separado, no por ello ha cambiado el vínculo de origen, de la misma forma que no cambia la sangre de un hijo cuando repudia la casa paterna. Después de que el delito le hiciera fugitivo por el vasto mundo, siguió circulando la sangre de Adán por las venas de Caín; y, por las venas de los hijos nacidos después del dolor de Eva, que lloraba a su hijo asesinado, circulaba la misma sangre que hervía en las del lejano Caín.

Lo mismo, y con razón más pura, se diga de la igualdad entre los hijos del Creador. ¿Descarriados? Sí. ¿Exiliados? Sí. ¿Apóstatas? Sí. ¿Culpables? Sí. ¿Que hablan lenguas y creen fes que para nosotros son detestables? Sí. ¿Contaminados por uniones con paganos? Sí. Pero su alma procede de Uno solo, y es *siempre* esa alma, aunque esté lacerada, descarriada, exiliada, contaminada... Aunque sea motivo de dolor para el Padre Dios, sigue siendo una alma creada por Él.

327.4 [4]Los hijos buenos de un Padre bonísimo deben tener sentimientos buenos. Buenos hacia su Padre, buenos hacia sus hermanos, al margen de lo que éstos hayan venido a ser, porque son hijos del Mismo. Buenos hacia su Padre, tratando de consolar su dolor conduciendo de nuevo a Él a los hijos, que son su dolor o porque son pecadores o porque son apóstatas o porque son paganos. Buenos hacia ellos, porque tienen esa alma que procede del Padre cerrada en un cuerpo culpable, o manchada, u obnubilada por una religión errada, pero sigue siendo alma del Señor e igual que la nuestra.

Recordad, vosotros los de Israel, que no hay ninguno — aunque fuera el idólatra más lejano de Dios con su idolátrica religión, o el más pagano de los paganos, o el más ateo de los hombres —, no hay ninguno que esté absolutamente privado de una huella de su origen. Recordad, vosotros los que habéis errado separándoos de la justa re-

ligión, descendiendo a connubios de sexos que nuestra religión condena, recordad que, aunque os parezca que todo lo que era Israel haya muerto en vosotros sofocado por el amor a un hombre de distinta fe y raza, muerto no está. Hay uno que vive todavía, y es Israel. Y tenéis la obligación de soplar en este fuego que muere, debéis alimentar la chispa que subsiste por voluntad de Dios, para hacerla crecer por encima del amor carnal. Éste cesa con la muerte. Pero vuestra alma no cesa con la muerte. Recordadlo. Y vosotros, vosotros, quienesquiera que seáis, que veis y muchas veces os causa horror el ver esos híbridos connubios de una hija de Israel con un hombre de distinta raza y fe, recordad que tenéis la obligación, el deber, de ayudar caritativamente a esa hermana extraviada a volver a los caminos del Padre.

Ésta es la nueva Ley, santa y grata al Señor: que los seguidores del Redentor rediman dondequiera haya necesidad de redención, para que Dios sonría por las almas que vuelven a la Casa paterna, y para que no quede convertido en estéril o demasiado escaso el sacrificio del Redentor.

[5]Para hacer fermentar mucha harina, la mujer de casa toma un 327.5
trocito de la masa hecha la semana anterior. ¡Una cantidad mínima separada de la voluminosa masa! La sepulta en el montón de harina y mantiene todo ello al amparo de hostiles vientos, en el calorcillo próvido de la casa.

Haced vosotros lo mismo, verdaderos discípulos del Bien; haced vosotros lo mismo, criaturas que os habéis alejado del Padre y de su Reino. Dad vosotros, los primeros, una pequeña porción de vuestra levadura para ser añadida a las segundas y reforzarlas; ellas la unirán a la molécula de justicia que en ellas subsiste. Y, tanto vosotros como ellas, mantened al amparo de los vientos hostiles del Mal, en el calor de la Caridad — señora vuestra, o tenaz superviviente en vosotros, aunque esté ya languideciendo: según lo que seáis —, la levadura nueva. Y cerrad bien las paredes de la casa, de la correligión, en torno a lo que fermenta en el corazón de una correligionaria extraviada; que se sienta amada todavía por Israel, todavía hija de Sión y hermana vuestra, para que fermenten todos los buenos deseos y venga a las almas y para las almas, para *todas*, el Reino de los Cielos».

[6]«¿Pero quién es? ¿Pero quién es?» se pregunta la gente, que ya 327.6
no siente la prisa de pasar, a pesar de que el puente haya quedado libre; ni de proseguir, si ya lo ha atravesado.

«Un rabí».

«Un rabí de Israel».

«¿Aquí? ¿En los confines de Fenicia? ¡Es la primera vez que sucede!».

«Pues es así. Aser me ha dicho que es el que llaman el Santo».

«Entonces quizás se refugia entre nosotros porque allá le persiguen».

«¡Menudos reptiles son!».

«¡Está bien que venga a nuestra tierra! Hará prodigios...».

Entretanto, Jesús ha puesto tierra de por medio, por un sendero que atraviesa los campos. Y se marcha...

328. En Alejandrocena donde los hermanos de Hermiona.

12 de noviembre de 1945.

328.1 [1]Llegan de nuevo a la vía, tras una larga vuelta por los campos y habiendo atravesado el torrente por un puentecito de tablas crujientes, que solamente puede ser utilizado para el paso de personas: una pasarela más que un puente.

La marcha prosigue por la llanura, que se va estrechando al aproximarse las colinas al litoral, tanto que, después de otro torrente, con su indispensable puente romano, la vía de llanura se transforma en camino de montaña, bifurcándose en el puente con otro menos empinado que se prolonga hacia el nordeste por un valle, mientras que éste, el que ha elegido Jesús, según la indicación del cipo romano: "Alejandrocena — m. V^{a}", es verdaderamente una escalera en el monte rocoso y empinado, que hunde su testera puntiaguda en el Mediterráneo, el cual se va ofreciendo cada vez más a la vista a medida que se sube. Sólo viandantes y asnos recorren esa vía, esas gradas, como sería mejor decir. Pero, quizás porque acorta mucho, es una vía muy transitada; y la gente observa con curiosidad al grupo tan insólito galileo que la recorre.

«Éste debe ser el cabo de la Tempestad» dice Mateo señalando al promontorio que penetra en el mar.

«Sí, ahí abajo está el pueblo desde el que nos habló el pescador» * confirma Santiago de Zebedeo.

«¿Pero quién habrá hecho este camino?».

«¡Quién sabe desde cuándo estará! Quizás es obra fenicia...».

«Desde la cima veremos Alejandrocena, allende la cual está el cabo Blanco. ¡Verás mucho mar, Juan mío!» dice Jesús ciñendo con un

---

* *el pueblo desde el que nos habló el pescador*, en el viaje en barca desde Tolemaida a Tiro, en 318.5. La *mujer de Antigonio*, mencionada unos renglones más abajo, es Hermiona, a la que ya hemos encontrado en 323.8.

brazo los hombros del apóstol.

«Me sentiré feliz. Pero... dentro de poco es de noche. ¿Dónde vamos a pararnos?».

«En Alejandrocena. ¿Ves? El camino ya desciende. Abajo es llanura, hasta la ciudad que se ve allí».

[2]«Es la ciudad de aquella mujer de Antigonio... ¿Cómo podríamos 328.2
cumplir su deseo?» dice Andrés.

«¿Sabes, Maestro? Nos dijo: "Id a Alejandrocena. Mis hermanos son propietarios de almacenes allí y son prosélitos. Proveed a que sepan del Maestro. También somos hijos de Dios nosotros..." y lloraba porque la soportan poco como nuera... de manera que sus hermanos nunca van a visitarla y ella no tiene noticias de ellos...» explica Juan.

«Buscaremos a los hermanos de la mujer. Si nos acogen como a peregrinos, tendremos modo de cumplir su deseo...».

«¿Pero, y cómo hacemos para decir que la hemos visto?».

«Trabaja para Lázaro. Nosotros somos amigos de Lázaro» dice Jesús.

«Es verdad. Hablas Tú...».

«Sí. Pero acelerad el paso para encontrar la casa. ¿Sabéis dónde es?».

«Sí. Cerca del Castro. Tienen muchos contactos con los romanos. Les venden muchas cosas».

«Bien».

[3]Recorren velozmente la calzada, toda llana, bonita: una verdade- 328.3
ra vía consular, que enlaza con las del interior (o, mejor: prosigue hacia el interior tras haber proyectado su ramal rocoso, dispuesto en gradas, a lo largo de la costa, dominando el promontorio).

Alejandrocena es una ciudad más militar que civil. Debe tener una importancia estratégica que no conozco. Agazapada como está entre dos promontorios montañosos, parece un centinela puesto ahí para vigilar ese trecho de mar. Ahora que el ojo puede mirar a ambos cabos, se ve que en ellos abundan las torres militares, que forman cadena con las del llano, de la ciudad, donde, orientado hacia la marina, impera el majestuoso Castro.

Entran en la ciudad, después de haber atravesado otro torrente, pequeño, sito a las propias puertas de ésta. Se dirigen hacia la mole adusta de la fortaleza, mirando, curiosos, alrededor, y siendo observados con curiosidad. Los soldados son muy numerosos, y — parece — en buenas relaciones con los habitantes de la ciudad, cosa que hace mascullar a los apóstoles: «¡Gente fenicia! ¡Sin honor!».

[4]Llegan a los almacenes de los hermanos de Hermiona cuando los 328.4
últimos marchantes salen cargados con los más variados tipos de

mercancías, que van desde tejidos a vajillas, desde vajillas a heno y cereales, o aceite y otros alimentos. Olor de cueros, especias, almiares, lana basta, llena el amplio atrio por el que se accede al patio, vasto como una plaza, bajo cuyos pórticos están los distintos depósitos.

Acude un hombre barbudo y moreno. «¿Qué queréis? ¿Víveres?».

«Sí... y también alojamiento, si no te desdeñas de hospedar peregrinos. Venimos de lejos. Nunca hemos estado aquí. Acógenos en nombre del Señor».

El hombre mira atentamente a Jesús, que habla por todos. Le escruta... Luego dice: «A decir verdad, no doy alojamiento. Pero Tú me caes bien. ¿Eres galileo, no es verdad? Mejores los galileos que los judíos. Demasiada arrogancia en ellos. No nos perdonan el tener sangre no pura. Más les valdría tener el alma pura. Ven, entra aquí, que vuelvo en seguida. Cierro, que ya es de noche».

Efectivamente, la luz ya es crepuscular, y más aún en el patio dominado por el poderoso Castro.

Entran en una estancia. Se sientan, fatigados, en asientos desperdigados acá o allá...

Vuelve el hombre con otros dos, uno más viejo, el otro más joven, y señala a los huéspedes, los cuales se levantan y saludan. Dice: «Éstos son. ¿Qué pensáis vosotros? A mí me parecen honrados...».

«Sí. Has hecho bien» dice el más viejo al hermano, y luego, vuelto hacia los huéspedes (mejor: hacia Jesús, que aparece claramente como el jefe), pregunta: «¿Cómo os llamáis?».

«Jesús de Nazaret, Santiago y Judas también de Nazaret, Santiago y Juan de Betsaida, y también Andrés, y Mateo de Cafarnaúm».

«¿Cómo es que estáis por aquí? ¿Os persiguen?».

«No. Evangelizamos. Hemos recorrido más de una vez Palestina, desde Galilea a Judea, desde un mar al otro. Hemos estado incluso en Transjordania, en Auranítida. Ahora hemos venido aquí... a adoctrinar».

«¿Un rabí aquí? ¡Asombroso!, ¿no es verdad, Felipe y Elías?» pregunta el más anciano.

«Mucho. ¿De qué casta eres?».

«De ninguna. Soy de Dios. Creen en mí los buenos del mundo. Soy pobre, amo a los pobres, pero no desprecio a los ricos; a éstos les enseño el amor a la misericordia y el desapego de las riquezas; a los pobres, a amar su pobreza confiando en Dios, que no deja perecer a
328.5 ninguno. [5]Entre los amigos ricos y discípulos míos está Lázaro de Betania...».

«¿Lázaro? Una hermana nuestra está casada con uno que vive al

servicio suyo».

«Lo sé. También he venido para esto, para deciros que ella os manda saludos y que os quiere».

«¿La has visto?».

«Yo no. Estos que están conmigo, enviados por Lázaro a Antigonio».

«¡Oh! ¡Contadnos! ¿Qué hace Hermiona? ¿Vive feliz verdaderamente?».

«Su marido y su suegra la quieren mucho. El suegro la respeta...» dice Judas Tadeo.

«Pero no le perdona la sangre materna. Dilo».

«Pronto se la perdonará. Nos ha hecho grandes alabanzas de ella. Y tiene cuatro niños muy guapos y buenos. Ello la hace feliz. A vosotros os tiene siempre en su corazón. Nos dijo que viniéramos a traeros al Maestro divino».

«Pero... cómo... ¿Eres el... eres ese que llaman el Mesías, Tú?».

«Lo soy».

«¿Eres verdaderamente el...? Nos dijeron en Jerusalén que eres, que te llaman, el Verbo de Dios. ¿Es verdad?».

«Sí».

«¿Pero lo eres para aquellos de allí o para todos?».

«Para todos. ¿Podéis creer que lo soy?».

«Creer no cuesta nada, mucho más cuando se espera que la cosa creída pueda quitar lo que hace sufrir».

«Es verdad, Elías. Pero no hables así. Es un pensamiento muy impuro, mucho más que la mezcla de sangre. Alégrate no en la esperanza de que caiga lo que hace que sufras como hombre el desprecio de los demás; alégrate, más bien, por la esperanza de conquistar el Reino de los Cielos».

«Tienes razón. Soy un medio pagano, Señor...».

«No te deprimas por ello. También te amo a ti. Por ti también he venido».

[6]«Estarán cansados, Elías. Los estás entreteniendo en hablar. Vamos a cenar y luego los llevamos a que descansen. Aquí no hay mujeres... Ninguna de Israel ha querido venir con nosotros, y nosotros queríamos una de ellas... Perdona, pues, si la casa te parece fría y desnuda». 328.6

«Vuestro corazón me la hará parecer adornada y cálida».

«¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?».

«No más de un día. Quiero ir hacia Tiro y Sidón, y quisiera estar en Akcib antes del sábado».

«¡No puedes, Señor! ¡Sidón está lejos!».

«Mañana quisiera hablar aquí».

«Nuestra casa es como un puerto. Sin salir de ella, tendrás el auditorio que quieras; mucho más, siendo mañana día de mercado grande».

«Vamos, pues, y que el Señor os pague vuestra caridad».

329. En el mercado de Alejandrocena. La parábola de los obreros de la viña.

13 de noviembre de 1945.

329.1 [1]El patio de los tres hermanos está la mitad en sombra, la mitad luminoso de sol. Está lleno de gente que va y viene para sus compras, mientras que fuera del portón, en la placita, vocea el mercado de Alejandrocena en medio de un confuso ir y venir de adquisidores y compradores, de asnos, de ovejas, de corderos, de volatería; porque se comprende que aquí tienen menos remilgos y llevan al mercado también a los pollos, sin miedo a ningún tipo de contaminación. Rebuznos, balidos, cacareos de gallinas y triunfales quiquiriquíes de gallitos se mezclan con las voces de los hombres, formando un alegre coro que, de vez en cuando, adquiere notas agudas y dramáticas por algún altercado.

También dentro del patio de los hermanos hay bullicio, y no falta algún que otro altercado, o por el precio o porque un marchante ha tomado lo que otro para sus adentros había elegido. No falta el quejido lastimero de los mendigos que, en la plaza, cerca del portón, recitan la letanía de sus miserias con una cadencia cantora y triste como un aúllo de moribundo.

Soldados romanos, con aire de dueños, van y vienen por el fondac y la plaza; supongo que en servicio, porque los veo armados y nunca solos, en medio de los fenicios, que también van todos armados.

Jesús pasea arriba y abajo por el patio, con los seis apóstoles, como esperando el momento adecuado para hablar. Luego sale a la plaza un momento. Pasa cerca de los mendigos y les da una limosna. La gente se distrae unos minutos a mirar al grupo galileo y se pregunta quiénes serán esos extranjeros. Hay quien informa de quiénes son los huéspedes de los tres hermanos, porque les ha pedido a éstos información.

Un rumor sigue los pasos de Jesús, que va tranquilo, acariciando a los niños que encuentra en su camino. En el rumor no faltan risitas irónica y epítetos poco halagüeños para los hebreos, como tampoco falta el honesto deseo de oír a este «Profeta», a este «Rabí», a es-

te «Santo», a este «Mesías» de Israel (sí, se lo señalan unos a otros con tales nombres, según su grado de fe y su rectitud de corazón).

[2]Oigo a dos madres: «¿Pero es verdad?». 329.2

«Me lo ha dicho Daniel, precisamente a mí. Y él ha hablado en Jerusalén con gente que ha visto los milagros del Santo».

«¡Sí, de acuerdo. ¿Pero será el mismo hombre?».

«¡Me ha dicho Daniel que no hay duda de que es Él, por lo que dice».

«Entonces... ¿qué piensas... me concederá la gracia aunque sea sólo prosélito?».

«Yo diría que sí... Inténtalo. Quizás no vuelve. ¡Inténtalo, inténtalo! ¡Mal no te hará, eso está claro!».

«Sí» dice la mujercita, y, dejando plantado a un vendedor de loza con el que estaba contratando unos cuencos, se marcha. Vendedor que ha oído la conversación de las dos, y ahora, defraudado, enfadado por el buen trato que se ha esfumado, se abalanza contra la mujer que queda y la cubre de improperios cuales: «Maldita neófita. Sangre de hebrea. Mujer vendida» etc., etc.

Oigo a dos hombres, barbudos y de porte grave: «Me gustaría oírle hablar. Dicen que es un gran Rabí».

«Un Profeta debes decir. Mayor que el Bautista. ¡Me ha dicho Elías unas cosas! ¡Unas cosas! Él las sabe porque tiene una hermana que está casada con uno que vive al servicio de un rico de Israel, y, para saber de ella, va a preguntar a los compañeros de servicio. Este rico es muy amigo del Rabí...».

Un tercero, un fenicio quizás, que, estando cerca, ha oído la conversación, asoma su cara enjuta, satírica, entre los dos, y, con sardónica risotada, dice: «¡Pues vaya santidad! ¡Aderezada con riquezas! ¡Por lo que yo sé, el santo debería vivir en pobreza!».

«Calla, Doro, mala lengua. Tú, pagano, no eres digno de juzgar estas cosas».

«¡Ah, vosotros sí sois dignos, especialmente tú, Samuel! Mejor sería que me pagaras esa deuda».

«¡Ten, y no sigas dando vueltas alrededor de mí, vampiro de cara de fauno!»...

Oigo a un anciano semiciego, que está acompañado de una muchachita y que pregunta: « ¿Dónde está, dónde está el Mesías?», y la niña: «¡Dejad paso al viejo Marcos! ¡Por favor, decidle al viejo Marcos dónde está el Mesías!».

Las dos voces — la senil, feble y trémula; la niña, argentina y segura — se expanden en vano por la plaza, hasta que otro hombre dice: «¿Buscáis al Rabí? Ha vuelto hacia la casa de Daniel. Ahí está,

parado, hablando con los mendigos».

329.3 [3]Oigo a dos soldados romanos: «Debe ser ese al que persiguen los judíos. ¡Menudos bichos, ésos! A simple vista se ve que es mejor que ellos».

«¡Eso es lo que los fastidia!».

«Vamos a decírselo al alférez. Ésa es la orden».

«¡Disparatada, Cayo! Roma se guarda de los corderos y soporta, diría incluso que acaricia, a los tigres» (Escipión).

«¡No creo, Escipión! ¡A Poncio matar le es fácil!» (Cayo).

«Sí... pero no cierra su casa a las hienas rastreras que le adulan» (Escipión).

«¡Política, Escipión! ¡Política!» (Cayo).

«Vileza, Cayo, y necedad. De éste debería hacerse amigo. Ganaría una ayuda para mantener obediente a esta gentuza asiática. No sirve bien a Roma Poncio desatendiendo a este hombre bueno y adulando a los malos» (Escipión).

«No critiques al Procónsul. Somos soldados. El superior es sagrado como un dios. Hemos jurado obediencia al divino César y el Procónsul le representa» (Cayo).

«Eso está bien en lo que respecta al deber hacia la Patria, sagrada e inmortal, pero no para el juicio interno» (Escipión).

«Pero la obediencia viene del juicio. Si tu juicio se rebela contra una orden y la critica, ya no obedecerás totalmente. Roma se apoya en nuestra obediencia ciega para tutelar sus conquistas» (Cayo).

«Pareces un tribuno, y es correcto lo que dices. Pero te hago una observación: Roma es reina, pero nosotros no somos esclavos, sino súbditos. Roma no tiene, no debe tener, ciudadanos esclavos, y esclavitud es imponer silencio a la razón de los ciudadanos. Yo digo que mi razón juzga que Poncio hace mal no ocupándose de este israelita... llámale Mesías, Santo, Profeta, Rabí, lo que quieras. Y siento que puedo decirlo porque, diciéndolo, no viene a menos ni mi fidelidad a Roma, ni mi amor; es más, si deseo esto es porque siento que Él, enseñando respeto a las leyes y a los Cónsules, como hace, ayuda al bienestar de Roma» (Escipión).

«Eres culto, Escipión... Llegarás lejos. ¡Ya vas adelante! Yo soy un pobre soldado. Pero, ¿ves, mientras, allí? La gente se ha amontonado en torno al Hombre. Vamos a decírselo a los jefes militares» (Cayo)...

329.4 [4]Efectivamente, cerca del portón de los tres hermanos, hay un montón de gente alrededor de Jesús, al cual se le ve bien por su alta estatura. Luego, de repente, se eleva un grito y la gente se agita. Otros, que estaban en el mercado, acuden corriendo, y algunos del

remolino de gente corren hacia la plaza e incluso más allá de la plaza. Preguntas... respuestas...

«¿Qué ha pasado?».

«¿Qué sucede?».

«¡El Hombre de Israel ha curado a Marcos, el anciano!».

«El velo de sus ojos se ha disipado».

Jesús, entretanto, ha entrado en el patio, seguido de una cola de gente. Renqueando, al final, viene uno de los mendigos: un renco que se arrastra más con las manos que con las piernas. Pero, si las piernas están torcidas y carecen de fuerza — por lo cual, sin los bastones, no andaría —, la voz, por el contrario, es bien vigorosa. Parece una sirena que desgarra el aire luminoso de la mañana: «¡Santo! ¡Santo! ¡Mesías! ¡Rabí! ¡Piedad de mí!» grita desgañitándose y sin tregua.

Se vuelven dos o tres personas: «¡No malgastes energías! Marcos es hebreo, tú no», «¡Para los israelitas verdaderos hace milagros, no para los hijos de perro!».

«Mi madre era hebrea...».

«Y Dios la ha castigado dándole a ti, un monstruo, por su pecado. ¡Fuera, hijo de loba! Vuelve a tu sitio, lodo en el lodo...».

El hombre se pega a la pared, acobardado, atemorizado ante los amenazadores puños levantados...

Jesús se detiene, se vuelve, mira. Ordena: «¡Hombre, ven aquí!».

El hombre le mira, mira a los que le amenazan... y no se atreve a avanzar.

Jesús se abre paso entre la pequeña muchedumbre y se acerca a él. Le toma de la mano (o sea: le pone la mano en el hombro) y dice: «No tengas miedo. Ven aquí delante conmigo» y, mirando a los despiadados, dice severo: «Dios es de todos los hombres que le buscan y que son misericordiosos».

Comprenden la alusión, y ahora son ellos los que se quedan al final; más aún, los que se quedan parados donde están.

Jesús se vuelve de nuevo. Los ve allí, confusos, casi decididos a marcharse, y les dice: «No, venid también vosotros. Os vendrá bien también a vosotros, para enderezar y fortalecer vuestra alma, de la misma forma que enderezo y fortalezco a éste porque ha sabido tener fe. Hombre, Yo te lo digo, queda curado de la enfermedad». Y quita la mano del hombro del renco, tras haber experimentado éste como una sacudida.

El hombre se yergue, seguro, sobre sus propias piernas, arroja las muletas ya consumidas por el uso, y grita: «¡Él me ha curado! ¡Bendito sea el Dios de mi madre!» y se arrodilla para besar los bordes de

la túnica de Jesús.

329.5 [5]El tumulto de quien quiere ver, o ya ha visto y ahora comenta, alcanza su culmen. En el profundo atrio, que de la plaza conduce al patio, las voces resuenan con sonoridad de pozo y producen eco contra las murallas del Castro.

Los soldados deben temer que se haya producido una reyerta —debe ser fácil en estos lugares, con tantos contrastes de razas y fes —, de forma que acude un pelotón y se abre paso rudamente preguntando que qué sucede.

«¡Un milagro, un milagro! Jonás, el renco, ha sido curado. Ahí está, al lado del Hombre galileo».

Los soldados se miran unos a otros. No hablan hasta que no ha pasado toda la muchedumbre (detrás se ha agregado más gente, de la que había en los locales del fondac y en la plaza, donde ahora se ve solamente a los vendedores, enojadísimos por el imprevisto reclamo, que hace fracasar el mercado de ese día). Luego, al ver pasar a uno de los tres hermanos, preguntan: «Felipe, ¿sabes lo que piensa hacer ahora el Rabí?».

«Va a hablar, a adoctrinar. ¡Y además en mi patio!» dice Felipe todo alborozado.

Los soldados se consultan. ¿Quedarse? ¿Marcharse?

«El alférez nos ha dicho que vigilemos...».

«¿A quién? ¿Al Hombre? Por Él podríamos ir a jugarnos a los dados una ánfora de vino de Chipre» dice Escipión, el soldado que antes defendía a Jesús ante su compañero.

«¡A mí me parece que es Él el que necesita ser protegido, no el derecho de Roma! ¿No le veis! Ninguno de nuestros dioses tiene un aspecto tan manso, y al mismo tiempo tan viril. Esta gentuza no es digna de Él. Y los indignos son siempre malos. Vamos a quedarnos a protegerle. Si hace falta le guardamos las espaldas, y se las acariciamos a estos bribones» dice, medio sarcástico, medio admirado, otro.

«Bien dices, Pudente. Es más, para que Prócoro, el alférez, que siempre está soñando complots contra Roma y... ascensos para él, por gracia y mérito de su solícita vigilancia por la salud del divino César y de la diosa Roma, madre y señora del mundo, se convenza de que aquí no va a conquistar brazalete o corona, ve a llamarle, Acio».

329.6 [6]Un soldado joven se marcha corriendo, y corriendo vuelve, diciendo: «Prócoro no viene, manda al triario Aquila...».

«¡Bien! ¡Bien! Mejor él que el propio Cecilio Máximo. Aquila ha servido en África, en Galia, y estuvo en las crueles selvas que nos arrebataron a Varo y a sus legiones. Conoce a griegos y bretones y

tiene buen olfato para distinguir... ¡Salve! ¡Aquí tenemos al glorioso Aquila! ¡Ven, enséñanos, a nosotros, míseros, a comprender el valor de los seres!».

«¡Viva Aquila, maestro de soldados!» gritan todos, dándole afectuosos zarandeos al viejo soldado, marcado de cicatrices en el rostro (y, como el rostro, así tiene sus brazos y pantorrillas desnudos).

Él sonríe bonachón y exclama: «¡Viva Roma, maestra del mundo; no yo, que soy un pobre soldado! ¿Qué sucede, pues?».

«Vigilar a ese hombre alto y rubio como el más claro cobre».

«Bien. Pero, ¿quién es?».

«El Mesías, según dicen. Se llama Jesús y es de Nazaret. Es aquel, ¿ya sabes, no?, por el que se comunicó aquella orden...».

«¡Mmm! Bien... pero me parece que perseguimos nubes».

«Dicen que quiere hacerse rey y suplantar a Roma. El Sanedrín, los fariseos, saduceos y herodianos, le han denunciado ante Poncio. Ya sabes que los hebreos tienen esta obsesión en la cabeza y, de vez en cuando, aparece un rey...».

«Sí, sí... ¡Pero si es por este hombre!... De todas formas, vamos a oír lo que dice. Creo que se dispone a hablar».

«He sabido por el soldado, que está con el centurión, que Publio Quintiliano le ha hablado de Él como de un filósofo divino... Las mujeres imperiales se muestran entusiastas...» dice otro soldado, joven.

«¡Claro! También yo me sentiría entusiasta de Él si fuera una mujer, y querría tenerle en mi cama...» dice, riéndose abiertamente, otro soldado joven.

«¡Cállate, impúdico! ¡La lujuria te come!» dice otro bromeando.

«¿Y tú no, Fabio? Ana, Sira, Alba, María...».

«Silencio, Sabino. Está hablando y quiero escuchar» ordena el triario. Y todos guardan silencio.

[7]Jesús ha subido encima de una caja que está colocada contra una 329.7
pared. Todos, por tanto, le pueden ver bien. Ya se ha esparcido por el aire su dulce saludo, seguido luego por las palabras: «Hijos de un único Creador, escuchad», para proseguir, en el atento silencio de la gente:

«El tiempo de la Gracia para todos ha llegado, no sólo para Israel, sino para todo el mundo. Hombres hebreos que estáis aquí por diversas razones, prosélitos, fenicios, gentiles, todos: oíd la Palabra de Dios, comprended la Justicia, conoced la Caridad. Teniendo Sabiduría, Justicia y Caridad, dispondréis de los medios para llegar al Reino de Dios, a ese Reino que no es una exclusividad de los hijos de Israel, sino que es de todos aquellos que amen de ahora en adelante al verdadero, único Dios, y crean en la palabra de su Verbo.

329.8 [8]Escuchad. He venido de muy lejos, no con miras de usurpador, ni con la violencia del conquistador. He venido sólo para ser el Salvador de vuestras almas. Los dominios, las riquezas, los cargos, no me seducen. Para mí no son nada; son cosas a las que ni siquiera miro. Es decir, las miro con conmiseración, porque me producen compasión, siendo como son cadenas para apresar a vuestro espíritu, impidiéndole así acercarse al Señor eterno, único, universal, santo y bendito. Las miro y me acerco a ellas como a las *más grandes* miserias. Y trato de liberarlas del lisonjero y cruel engaño que seduce a los hijos de los hombres, para que puedan usarlas con justicia y santidad, no como crueles armas que hieren y matan al hombre (y lo primero, siempre, al espíritu de aquel que las usa no santamente).

Pero, en verdad os digo, me es más fácil curar a un cuerpo deforme que a un alma deforme; me es más fácil dar luz a las pupilas apagadas, salud a un cuerpo agonizante, que luz a los espíritus y salud a las almas enfermas. ¿Por qué? Porque el hombre ha perdido de vista el verdadero fin de su vida, y se ocupa de lo transitorio.

El hombre no sabe, o no recuerda, o, recordando, no quiere prestar obediencia a esta santa orden del Señor — y hablo también para los gentiles que me escuchan — de hacer el bien, que es bien en Roma como lo es en Atenas, en Galia o en Africa, porque la ley moral existe bajo todos los cielos y en todas las religiones, en todo corazón recto. Y las religiones, desde la de Dios hasta la de la moral individual, dicen que la parte mejor de nosotros sobrevive, y que según como haya obrado en la tierra así será su suerte en la otra vida. Fin, pues, del hombre es la conquista de la paz en la otra vida; no las comilonas, la usura, el abuso de la fuerza, el placer, aquí, por poco tiempo, para pagarlos eternamente con muy duros tormentos. Pues bien, el hombre no sabe, o no recuerda, o no quiere recordar esta verdad. Si no la sabe, es menos culpable; si no la recuerda, es bastante culpable, porque hay que tener encendida la verdad, cual antorcha santa, en las mentes y en los corazones; pero, si no la quiere recordar, y, cuando resplandece, cierra los ojos para no verla, aborreciéndola como a la voz de un orador pedante, entonces su culpa es grave, muy grave.

329.9 [9]Y, no obstante, Dios perdona esta culpa, si el alma repudia su comportamiento malo y se propone perseguir durante el resto de la vida el fin verdadero del hombre, que es conquistarse la paz eterna en el Reino del Dios verdadero. ¿Habéis seguido hasta ahora un camino malo? ¿Abatidos, pensáis que es tarde para tomar el camino recto? ¿Desconsolados, decís: "¡No sabía nada de esto! Ahora me veo ignorante e inhábil"? No. No penséis que es como con las cosas mate-

riales, y que hace falta mucho tiempo y fatiga para rehacer de nuevo, con santidad, lo ya hecho. La bondad del eterno, verdadero Señor Dios, es tal que, ciertamente, no os hace recorrer hacia atrás la vida vivida para colocaros de nuevo en la bifurcación en que vosotros, errando, dejarais el recto sendero para seguir el malo; es tanta que, desde el momento en que decís: "*Quiero* ser de la Verdad", o sea, de Dios, porque Dios es Verdad, Dios, por un milagro enteramente espiritual, infunde en vosotros la Sabiduría, siendo así que ya no sois ignorantes sino poseedores de la ciencia sobrenatural, igual que los que desde años antes la poseen.

Sabiduría es desear tener a Dios, amar a Dios, cultivar el espíritu, tender al Reino de Dios repudiando todo lo que es carne, mundo y Satanás. Sabiduría es obedecer a la ley de Dios, que es ley de caridad, de obediencia, de continencia, de honestidad. Sabiduría es amar a Dios con todo el propio ser, amar al prójimo como a nosotros mismos. Éstos son los dos elementos indispensables para ser sabios con la Sabiduría de Dios. Y en el prójimo están incluidos no sólo los que tienen nuestra misma sangre o raza o religión, sino todos los hombres, ricos o pobres, sabios o ignorantes, hebreos, prosélitos, fenicios, griegos, romanos...».

329.10 [10]Jesús se ve interrumpido por un grito amenazador de algunos exaltados. Los mira y dice: «Sí. Esto es el amor. Yo no soy un maestro servil. Digo la verdad porque debo hacerlo así para sembrar en vosotros lo necesario para la Vida eterna. Os guste o no, tengo que decíroslo, para cumplir mi deber de Redentor; os toca a vosotros cumplir con el vuestro de personas necesitadas de Redención. Amar al prójimo, pues. *Todo* el prójimo. Con un amor santo. No amarle con deshonesto concubinato de intereses, de forma que es "anatema" el romano, fenicio o prosélito — o viceversa —, mientras no hay de por medio sensualidad o dinero; y luego, si surgen en vosotros el deseo carnal o de la ganancia, ya no es "anatema"...».

Se oye otra vez el rumor de la gente. Los romanos, por su parte, en su sitio en el atrio, exclaman: «¡Por Júpiter! ¡Habla bien éste!».

Jesús deja que se calme el rumor y prosigue:

«Amar al prójimo como querríamos ser amados nosotros. Porque no nos agrada ser maltratados, vejados, o que nos roben o subyuguen, ni ser calumniados o que nos traten groseramente. La misma susceptibilidad, nacional o individual, tienen los demás. No nos hagamos, pues, recíprocamente, el mal que no quisiéramos recibir nosotros.

* Sabiduría es prestar obediencia a los diez preceptos de Dios:

"Yo soy el Señor tu Dios. No tengas otro Dios aparte de mí. No

* *Los diez preceptos de Dios* como aparecen en *Éxodo 20, 2-17* y en *Deuteronomio 5, 6-21*.

tengas ídolos, no les rindas culto.

No tomes el Nombre de Dios en vano. Es el Nombre del Señor tu Dios, y Dios castigará a quien lo use sin razón o por imprecación o para convalidar un pecado.

Acuérdate de santificar las fiestas. El sábado está consagrado al Señor, que descansó en sábado de la Creación y le ha bendecido y santificado.

Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas en paz largamente sobre la tierra y eternamente en el Cielo.

No matarás.

No cometerás adulterio.

No robarás.

No hablarás con falsedad contra tu prójimo.

No desearás la casa, la mujer, el siervo, la sierva, el buey, el asno, ni nada que pertenezca a tu prójimo".

Ésta es la Sabiduría. Quien esto hace es sabio y conquista la Vida y el Reino que no tienen fin. Desde hoy, pues, proponeos vivir según la Sabiduría, anteponiéndola a las pobres cosas de la tierra.

329.11 [11]¿Qué decís? Hablad. ¿Decís que es tarde? No. Escuchad una parábola.

Un amo de una viña, al amanecer de un día, salió para contratar obreros para su viña, y ajustó con ellos un denario al día.

Salió de nuevo a la hora tercera, y, pensando que eran pocos los jornaleros contratados, viendo en la plaza a otros desocupados en espera de que los contratara, los tomó y dijo: "Id a mi viña, que os daré lo que he prometido a los otros". Y éstos fueron.

Habiendo salido a la hora sexta y a la hora nona, vio todavía a otros y les dijo: "¿Queréis trabajar para mí? Doy un denario al día a mis jornaleros". Aceptaron y fueron.

Salió, en fin, a la hora undécima. Vio a otros, que, ya declinando el Sol, estaban inactivos: "¿Qué hacéis aquí, tan ociosos? ¿No os da vergüenza estar sin hacer nada todo el día?", les preguntó.

"Nadie nos ha contratado. Hubiéramos querido trabajar y ganarnos el pan. Pero nadie nos ha llamado a su viña".

"Bien, pues yo os llamo a mi viña. Id y recibiréis el salario de los demás". Eso dijo porque era un buen patrón y sentía piedad del abatimiento de su prójimo.

Llegada la noche, terminados los trabajos, el hombre llamó a su administrador, y dijo: "Llama a los jornaleros y paga su salario, según lo que he fijado, empezando por los últimos, que son los más necesitados, porque no han tenido durante el día el alimento que los otros una o varias veces han tenido, y, además, son los que, agrade-

ciendo mi piedad, más han trabajado; los he observado; licéncialos, que vayan a su merecido descanso y gocen con su familia de los frutos de su trabajo". Y el administrador hizo como el patrón le ordenaba, y dio a cada uno un denario.

Habiendo llegado al final aquellos que llevaban trabajando desde la primera hora del día, se asombraron al recibir también un solo denario, y manifestaron sus quejas entre sí y ante el administrador, el cual dijo: "He recibido esta orden. Id a quejaros al patrón, no vengáis a quejaros a mí". Y fueron y dijeron: "¡No eres justo! Hemos trabajado doce horas, primero en medio del aguazo, luego bajo el sol de fuego, y luego otra vez con la humedad del anochecer, ¡y tú nos has dado lo mismo que a esos haraganes que han trabajado sólo una hora!... ¿Por qué?". Y especialmente uno de ellos levantaba la voz juzgándose traicionado y explotado indignamente.

"Amigo, ¿y en qué te he perjudicado? ¿Qué he pactado contigo al alba? Una jornada de continuo trabajo y, como salario, un denario. ¿No es verdad?".

"Sí. Es verdad. Pero tú has dado lo mismo a ésos, por mucho menos trabajo...".

"¿Has aceptado este salario porque te parecía bueno?"

"Sí. He aceptado porque los otros daban incluso menos".

"¿Te he maltratado aquí?".

"No, en conciencia no".

"Te he concedido reposo a lo largo de la jornada, y comida, ¿no es verdad? Te he dado tres comidas. Y la comida y el descanso no habían sido pactados. ¿No es verdad?".

"Sí, no estaban acordados".

"Entonces, ¿por qué los has aceptado?".

"Hombre, pues... Tú dijiste: 'Prefiero así, para evitar que os canséis volviendo a vuestras casas'. No dábamos crédito a nuestros oídos... Tu comida era buena, era un ahorro, era...".

"Era una gracia que os daba gratuitamente y que ninguno podía pretender. ¿No es verdad?".

"Es verdad."

"Por tanto, os he favorecido. ¿Por qué os quejáis entonces? Debería quejarme yo de vosotros, que, habiendo comprendido que tratabais con un patrón bueno, trabajabais perezosamente, mientras que éstos, que han llegado después de vosotros, habiendo gozado del beneficio de una sola comida — y los últimos de ninguna —, han trabajado con más ahínco, haciendo en menos tiempo el mismo trabajo que habéis hecho vosotros en doce horas. Os habría traicionado si os hubiera reducido a la mitad el salario para pagar también a éstos.

No así. Por tanto, coge lo tuyo y vete. ¿Pretendes venir a imponerme en mi casa lo que a ti te parece? Hago lo que quiero y lo que es justo. No quieras ser malo y tentarme a la injusticia. Yo soy bueno".

329.12 [12]¡Oh, vosotros todos, que me escucháis! En verdad os digo que el Padre Dios propone a todos los hombres el mismo pacto y les promete la misma retribución. Al que con diligencia se pone a servir al Señor, Él le tratará con justicia, aunque fuere poco su trabajo debido a la muerte cercana. En verdad os digo que no siempre los primeros serán los primeros en el Reino de los Cielos, y que allí veremos a últimos ser primeros y a primeros ser últimos. Allí veremos a hombres no pertenecientes a Israel más santos que muchos de Israel. He venido a llamar a todos, en nombre de Dios. Pero, si muchos son los llamados, pocos son los elegidos, porque pocos desean la Sabiduría. No es sabio el que vive del mundo y de la carne y no de Dios. No es sabio ni para la tierra ni para el Cielo: en la tierra se crea enemigos, castigos, remordimientos, y pierde el Cielo para siempre.

Repito: sed buenos con el prójimo, quienquiera que sea. Sed obedientes, dejando a Dios la tarea de castigar a quien manda injustamente. Sed continentes sabiendo resistir a la sensualidad; honrados, sabiendo resistir al oro; coherentes, calificando de anatema a aquello que se lo merece, y no cuando os parece y luego estrecháis contactos con el objeto que antes habíais maldecido como idea. No hagáis a los demás lo que no querríais para vosotros, y entonces...».

329.13 [13]«¡Vete, profeta molesto! ¡Nos has fastidiado el mercado!... ¡Nos has arrebatado los clientes!...» gritan los vendedores irrumpiendo en el patio... Y los que habían hecho alboroto en el patio cuando Jesús había empezado a enseñar — no todos fenicios: también hay hebreos, que están en esta ciudad por un motivo que desconozco — se unen a los vendedores para insultar y amenazar, y, sobre todo, para obligar a abandonar el lugar...

Jesús no gusta porque no aconseja en orden al mal... Cruza los brazos y mira, triste, solemne.

La gente, dividida en dos partidos, se enzarza, defendiendo u ofendiendo al Nazareno. Improperios, alabanzas, maldiciones, bendiciones, gritos de: «Tienen razón los fariseos. Eres un vendido a Roma, amigo de publicanos y meretrices», o de: «¡Callad, lenguas blasfemas! ¡Vosotros sois los vendidos a Roma, fenicios del infierno!», «¡Sois diablos!», «¡Que os trague el infierno!», «¡Fuera! ¡Fuera!», «¡Fuera vosotros, ladrones que venís a mercadear aquí, usureros!» etcétera, etcétera.

Intervienen los soldados diciendo: «¡De amotinador nada! ¡Es Él la víctima!». Y con las lanzas echan fuera del patio a todos y cierran

el portón.

Se quedan con Jesús los tres hermanos prosélitos y los seis apóstoles.

«¡Pero cómo se os ha ocurrido hacerle hablar?» pregunta el triario a los tres hermanos.

«¡Muchos hablan!» responde Elías.

«Sí. Y no pasa nada porque enseñan lo que gusta al hombre. Pero éste no enseña eso. Y es indigesto...». El viejo soldado mira atentamente a Jesús, que ha bajado de su sitio y está callado, como abstraído.

Fuera, la gente sigue enzarzada. Tanto que, del recinto militar salen otros soldados y con ellos el propio centurión. Instan para que les abran, mientras otros se quedan a rechazar tanto a quien grita: «¡Viva el Rey de Israel!», como a quien le maldice.

El centurión, inquieto, da unos pasos adelante. Arremete coléricamente contra el viejo Aquila: «¿Así tutelas a Roma tú? ¿Dejando aclamar a un rey extranjero en la tierra dominada?».

El viejo saluda con reciedumbre y responde: «Enseñaba respeto y obediencia y hablaba de un reino que no es de esta tierra. Por eso le odian. Porque es bueno y respetuoso. No he hallado motivo para imponer silencio a quien no iba contra nuestra ley».

El centurión se calma, y barbota: «Entonces es una nueva sedición de esta fétida gentuza... Bien. Dadle a este hombre la orden de marcharse *inmediatamente*. No quiero problemas aquí. Cumplid esto y, en cuanto esté libre el trayecto, escoltadle hasta fuera de la ciudad. Que vaya a donde quiera. A los infiernos, si quiere. Pero que se vaya de mi jurisdicción. ¿Entendido?».

«Sí. Lo haremos».

El centurión da media vuelta, con grandes resplandores de coraza y ondeos de manto purpurino, y se marcha sin siquiera mirar a Jesús.

[14]Los tres hermanos dicen a Jesús: «Lamentamos...». 329.14

«No tenéis la culpa vosotros. No temáis. No os ocasionará ningún mal, Yo os lo digo...».

Los tres cambian de color... Felipe dice: «¿Cómo es que sabes que tenemos este temor?».

Jesús sonríe dulcemente (un rayo de sol en su rostro triste): «Conozco lo que hay en los corazones y en el futuro».

Los soldados se han puesto al sol, a esperar; y no pierden ojo, más o menos solapadamente, mientras hacen comentarios...

«¿Podrán querernos a nosotros, si odian incluso a ése, que no los subyuga?».

«Y que hace milagros, debes decir...».

«¡Por Hércules! ¿Quién de nosotros ha sido el que ha venido a avisar de que estaba el sospechoso y había que vigilarle?».

«¡Ha sido Cayo!».

«¡El cumplidor! Ya hemos perdido el rancho y preveo que voy a perder el beso de una muchacha!... ¡Ah, sí!».

«¡Epicúreo! ¿Dónde está la bella?».

«¡Está claro que a ti no te lo digo, amigo!».

«Detrás del alfarero, en los Cimientos. Lo sé. Te he visto hace unas noches...» dice otro.

329.15 [15]El triario, como paseando, va hacia Jesús. Se mueve alrededor de Él, mirándole insistentemente. No sabe qué decir... Jesús le sonríe para infundirle ánimo. El hombre no sabe qué hacer... Pero se acerca más.

Jesús, señalando las cicatrices, dice: «¿Son todas heridas? Se ve que eres un hombre valeroso y fiel...».

El viejo soldado se pone como la púrpura por el elogio.

«Has sufrido mucho por amor a tu patria y a tu emperador... ¿No querrías sufrir algo por una patria más grande: el Cielo?; ¿por un eterno emperador: Dios?».

El soldado mueve la cabeza y dice: «Soy un pobre pagano. De todas formas, quién sabe si no llegaré también yo a la hora undécima. Pero, ¿quién me instruye? ¡Ya ves!... Te echan. ¡Éstas heridas sí que hacen daño, no las mías!... Al menos yo se las he devuelto a los enemigos. Pero Tú, a quién te hiere, ¿que le das?».

«Perdón, soldado. Perdón y amor».

«Tengo razón yo. La sospecha sobre ti es estúpida. Adiós, galileo».

«Adiós, romano».

329.16 [13]Jesús se queda solo, hasta que vuelven los tres hermanos y los discípulos, con comida: los hermanos ofrecen a los soldados; los discípulos, a Jesús. Éstos comen, inapetentes, al sol, mientras los soldados comen y beben alegremente.

Luego un soldado sale a dar una ojeada a la plaza silenciosa. «Podemos ponernos en marcha» grita. «Se han ido todos. Sólo están las patrullas».

Jesús se pone en pie dócilmente. Bendice y conforta a los tres hermanos, y les da una cita para la Pascua en el Getsemaní. Luego sale, encuadrado entre los soldados. Le siguen sus discípulos, apesadumbrados. Y recorren las calles vacías, hasta la campiña.

«Salve, galileo» dice el triario.

«Adiós, Aquila. Te ruego que no hagáis ningún mal a Daniel, Elías y Felipe. Sólo Yo soy el culpable. Díselo al centurión».

«No digo nada. A estas horas ya ni se acuerda de esto. Y los tres

hermanos nos proveen bien, especialmente de ese vino de Chipre que el centurión prefiere a la propia vida. Quédate tranquilo. Adiós».

Se separan. Los soldados franquean, de regreso, las puertas, mientras Jesús y los suyos se encaminan por la campiña silenciosa, en dirección Este.

330. Santiago y Juan "hijos del trueno". Hacia Akcib con el pastor Anás.

14 de noviembre de 1945.

[1]Jesús va caminando por una zona muy montañosa. No son montes altos, pero es un continuo subir y bajar de collados, y un fluir de torrentes (alegres en esta estación fresca y nueva; límpidos como el cielo; niños como las primeras hojas, cada vez más numerosas, sobre las ramas). Mas, a pesar de que la estación del año sea tan bella y alegre que podría aliviar el corazón, no parece que Jesús esté muy aliviado de espíritu, y menos que Él lo están los apóstoles. Caminan, muy callados, por el fondo de un valle. Solamente pastores y greyes se presentan ante sus ojos. Pero Jesús ni tan siquiera da muestras de verlos. 330.1

Lo que capta la atención de Jesús es el suspiro desconsolado de Santiago de Zebedeo, y sus improvisas palabras, fruto de un pensamiento amargo... Santiago dice: «¡Derrotas y más derrotas!... Parecemos como malditos...».

Jesús le pone la mano en el hombro: «¿No sabes que ése es el sino de los mejores?».

«¡Sí, sí! ¡Lo sé desde cuando estoy contigo! Pero, de vez en cuando sería necesario algo distinto — y antes lo teníamos — para confortar el corazón y la fe...».

[2]«¿Dudas de mí, Santiago?». ¡Cuánto dolor tiembla en la voz del Maestro! 330.2

«¡No, no!...». La verdad es que no es muy seguro el "no".

«Pero dudar, dudas. ¿De qué, entonces? ¿Ya no me amas como antes? ¿Ver que me echan de un lugar, o que se burlan de mí, o, sencillamente, que no me prestan atención en estos confines fenicios, ha debilitado tu amor?». Hay un llanto tembloroso en las palabras de Jesús, a pesar de que no haya sollozos ni lágrimas: es verdaderamente su alma la que llora.

«¡Eso no, Señor mío! Es más, mi amor a ti crece a medida que te veo menos comprendido, menos amado, más postrado, más afligido. Y, por no verte así, por poder cambiar el corazón a los hombres, solí-

cito daría mi vida en sacrificio. Debes creerme. No me tritures el corazón, ya tan afligido, con la duda de que piensas que no te amo. Si no... si no, romperé todos los cánones. Volveré para atrás y me vengaré de los que te causan dolor, para demostrarte que te amo, para quitarte esta duda. Y, si me atrapan y me matan, no me importará lo más mínimo. Me conformaré con haberte dado una prueba de amor».

«¡Oh, hijo del trueno! ¿De dónde tanta impetuosidad? ¿Es que quieres ser un rayo exterminador?». Jesús sonríe por la fogosidad y los propósitos de Santiago.

«¡Al menos, te veo sonreír! Ya es un fruto de estos propósitos míos. ¿Tú que opinas, Juan? ¿Debemos llevar a cabo mi pensamiento para confortar al Maestro, abatido por tantas reacciones contrarias?».

«¡Sí, sí! Vamos nosotros. Hablamos de nuevo. Y si le vuelven a insultar, llamándole rey de palabras, rey hazmerreír, rey sin dinero, rey loco, repartimos palos a diestro y siniestro, para que se den cuenta de que el rey tiene también un ejército de fieles y que estos fieles no permiten burlas. La violencia es útil en ciertas cosas. ¡Vamos, hermano!» le responde Juan (y ahora, tan colérico como se manifiesta, no parece él, que siempre es dulce).

330.3 [3]Jesús se mete entre los dos, los aferra por los brazos para detenerlos y dice: «¡Pero los estáis oyendo? ¿Y Yo qué he predicado durante tanto tiempo? ¡Sorpresa de las sorpresas! ¡Hasta incluso Juan, mi paloma, se me ha transformado en gavilán! Miradle, vosotros, qué feo está, tenebroso, hosco, desfigurado por el odio. ¡Qué vergüenza! ¡Y os asombráis porque unos fenicios reaccionen con indiferencia, y de que haya hebreos que tengan odio en su corazón, y de que unos romanos me conminen a marcharme, cuando vosotros sois los primeros que no habéis entendido todavía nada después de dos años de estar conmigo, cuando vosotros os habéis llenado de hiel por el rencor que tenéis en el corazón, cuando arrojáis de vuestros corazones mi doctrina de amor y perdón, la echáis afuera como cosa estúpida, y acogéis por buena aliada a la violencia! ¡Oh, Padre santo! ¡Ésta si que es una derrota! En vez de ser como gavilanes que se afilan rostro y garfas, ¿no sería mejor que fuerais ángeles que orasen al Padre para que confortara a su Hijo? ¿Cuándo se ha visto que un temporal beneficie con sus rayos y granizadas? Pues bien, para recuerdo de este pecado vuestro contra la caridad, para recuerdo de cuando vi aflorar en vuestra cara el animal-hombre en vez del hombre-ángel que quiero ver siempre en vosotros, os voy a apodar "los hijos del trueno"».

Jesús está semiserio mientras habla a los dos inflamados hijos de Zebedeo. Pero el reproche, al ver el arrepentimiento de ellos, pasa, y, con cara luminosa de amor los estrecha contra su pecho diciendo:

«Nunca más, feos de esta forma. Y gracias por vuestro amor. Y también por el vuestro, amigos» dice, dirigiéndose a Andrés, Mateo y los dos primos. «Venid aquí, que quiero abrazaros también a vosotros. ¿No sabéis que, aunque no tuviera nada más que la alegría de hacer la voluntad de mi Padre y vuestro amor, sería siempre feliz, aunque todo el mundo me abofetease? Estoy triste, mas no por mí, por mis derrotas, como vosotros las llamáis; estoy triste por piedad hacia las almas que rechazan la Vida. Bien, ahora estamos todos contentos, ¿no es verdad?, niños grandes, que es lo que sois. Ánimo, entonces.
[4]Id donde esos pastores que están ordeñando el rebaño. Pedid un po- 330.4
co de leche en nombre de Dios. No tengáis miedo» dice al ver la mirada desolada de los apóstoles. «Obedeced con fe. Recibiréis leche y no palos, aunque el hombre sea fenicio».

Y los seis se dirigen hacia el hombre indicado, mientras Jesús los espera en el camino. Y ora, entretanto, este Jesús triste al que ninguno quiere...

Vuelven los apóstoles con un pequeño cubo de leche, y dicen: «Ha dicho el hombre que vayas allí, que tiene que decirte algo y no puede dejar las cabras a los zagales, porque son antojadizas e imprevisibles».

Jesús dice: «Vamos entonces allí, a comer nuestro pan».

Y suben todos a lo alto de la escarpa, desde donde se asoman, prominentemente, las caprichosas cabras.

[5]«Te agradezco la colodra de leche que me has dado. ¿Qué deseas 330.5
de mí?».

«Tu eres el Nazareno, ¿verdad? ¿El que hace milagros?».

«Soy el que predica la Bienaventuranza eterna. Soy el Camino para ir al Dios verdadero; la Verdad que se da; la Vida que os vivifica. No soy el hechicero que hace prodigios. Éstos son las manifestaciones de mi bondad y de vuestra debilidad, que tiene necesidad de pruebas para creer. Pero, ¿qué deseas de mí?».

«Mira... ¿Hace dos días estabas en Alejandrocena?».

«Sí. ¿Por qué?».

«Yo también estaba, con mis cabritillos. Cuando he comprendido que iba a producirse una riña, he desaparecido, porque es costumbre suscitarlas para robar lo que hay en los mercados. Son ladrones todos: los fenicios... y también los otros. No debería decirlo, porque soy de padre prosélito y de madre siria, y yo mismo soy prosélito. Pero es la verdad. Bien. Volvamos a lo que estaba diciendo. Me había metido en una caballeriza, con mis animales, esperando a que llegara el carro de mi hijo. Al atardecer, al salir de la ciudad, encontré a una mujer que lloraba con una hijita suya en los brazos. Había recorrido ochos millas para llegar a ti, porque está fuera, en los campos. Le

pregunté que qué le sucedía. Es prosélito. Había venido para vender y comprar. Había oído hablar de ti, y le había nacido la esperanza en el corazón. Había ido corriendo a casa, había tomado en brazos a la niña. ¡Pero con un peso se anda despacio! Cuando llegó a los almacenes de los hermanos, ya no estabas. Ellos, los hermanos, le dijeron: "Le han echado. Pero ayer por la tarde nos dijo que haría de nuevo un alto en Tiro". Yo — también yo soy padre — le dije: "Pues entonces ve a Tiro". Pero ella me respondió: "¿Y si, después de todo lo que ha sucedido, pasa por otros caminos para volver a Galilea?". Le dije: "Mira. O ese confín o el otro. Yo pastoreo entre Rohob y Lesemdán, justamente en el camino que hace de confín entre aquí y Neftalí. Si le veo, se lo digo; palabra de prosélito". Y te lo he dicho».

330.6 «Y que Dios te recompense por ello. Iré a ver a esa mujer. [6]Tengo que volver a Akcib».

«¿Vas a Akciba? Entonces podemos ir juntos, si no desdeñas a un pastor».

«No desdeño a nadie. ¿Por qué vas a Akcib?».

«Porque allí tengo los corderos. A no ser que... ya no los tenga...».

«¿Por qué?».

«Porque hay una enfermedad... No sé si ha sido una hechicería o qué. Sé que mi lindo rebaño se me ha enfermado. Por eso he traído aquí las cabras, que están todavía sanas, para separarlas de las ovejas. Aquí estarán con dos hijos míos. Ahora están en la ciudad, para hacer las compras. Vuelvo allá... para ver morir a mis lindas ovejas lanosas...». El hombre suspira... Mira a Jesús y se disculpa: «Hablarte a ti, siendo quien eres, de estas cosas, y afligirte, estando ya afligido de cómo te tratan, es una necedad. Pero las ovejas son afecto y dinero, ¿sabes?, para nosotros...».

«Comprendo. Pero se pondrán buenas. ¿No las has llevado a que las vea una persona entendida?».

«Todos me han dicho lo mismo: "Mátalas y vende sus pieles. No hay otra posibilidad", e incluso me han amenazado si las saco... Tienen miedo de que las suyas se cojan la enfermedad. Así que las tengo que tener encerradas... y aumenta la mortalidad. Son malos, ¿sabes?, los de Akciba...».

Jesús dice simplemente: «Lo sé».

«Yo digo que me las han embrujado...».

«No. No creas esas historias... ¿En cuanto vengan tus hijos te pones en marcha?».

330.7 «Inmediatamente. De un momento a otro llegarán. [7]¿Éstos son tus discípulos? ¿Son sólo éstos?».

«No. Tengo otros más».

«¿Y por qué no vienen aquí? Una vez, cerca de Merón, me encontré con un grupo de ellos. A la cabeza del grupo había un pastor. Decía serlo. Uno alto, fuerte, de nombre Elías. Fue en octubre, me parece. Antes o después de los Tabernáculos. ¿Ahora te ha abandonado?».

«Ningún discípulo me ha abandonado».

«Me habían dicho que...».

«¿Qué te habían dicho?».

«Que Tú... que los fariseos... En fin, que los discípulos te habían abandonado por miedo, y porque Tú eras un...».

«Demonio. Dilo tranquilamente. Lo sé. Doble mérito para ti, que crees igualmente».

«¿Y por este mérito no podrías?... Quizás estoy pidiendo una cosa sacrílega...».

«Dila. Si es una cosa mala, te lo digo».

«¿No podrías, al pasar, bendecir a mi rebaño?» se le ve lleno de ansiedad al hombre...

«Bendeciré a tu rebaño. A éste...» y alza la mano bendiciendo a las cabritas desperdigadas, «...y al de las ovejas. ¿Crees que mi bendición las salvará?».

«De la misma forma que salvas a los hombres de las enfermedades, podrás salvar a los animales. Dicen que eres el Hijo de Dios. Las ovejas las ha creado Dios. Por tanto son cosas del Padre. Yo... no sabía si era una cosa respetuosa el pedírtelo. Pero, si se puede, hazlo, Señor, y llevaré al Templo grandes ofrendas de alabanza; o, mejor: te lo doy a ti, para los pobres, que será mejor».

Jesús sonríe y calla.

[8]Llegan los hijos del pastor. Poco después, Jesús con los suyos y el viejo se ponen en marcha. Dejan a los zagales custodiando las cabras. 330.8

Caminan raudos porque quieren llegar pronto a Quedes, para dejarla también enseguida, con intención de tomar la vía que del mar va hacia el interior. Debe ser la misma que recorrieron yendo a Alejandrocena, la que se bifurca a los pies del promontorio. Al menos yo lo entiendo así, por lo que conversan el pastor y los discípulos. Jesús va adelante, solo.

«¿No nos encontraremos con otros problemas?» pregunta Santiago de Alfeo.

«Quedes no depende de aquel centurión. Está fuera de los confines fenicios. A los centuriones basta con no pincharlos, y se desinteresan de religión».

«Y además no nos vamos a detener...».

«¿Vais a aguantar más de treinta millas en un día?» pregunta el pastor.

«¡Sí, hombre! ¡Somos peregrinos perpetuos!».

Caminan ininterrumpidamente... Llegan a Quedes. La atraviesan sin ningún contratiempo. Toman la vía directa. En el mojón está indicada Akciba. El pastor lo señala diciendo: «Mañana llegaremos. Esta noche venís conmigo. Conozco labriegos de estos valles, pero muchos están dentro de los confines fenicios... ¡Bueno!, pues pasaremos los confines. Seguro que no nos van a descubrir inmediatamente... ¡Lo que es la vigilancia!... ¡Mejor sería que vigilasen a los bandidos!...».

El Sol declina, y los valles ciertamente no contribuyen a mantener la luz, menos aún siendo boscosos. Pero el pastor conoce muy bien la zona y va seguro.

330.9 [9]Llegan a un pueblecito muy pequeño, verdaderamente un puñado de casas.

«Vamos a ver si nos dan posada. Aquí son israelitas. Estamos justamente en los confines. Si no nos reciben, vamos a otro pueblo, que es fenicio».

«No tengo prejuicios, hombre».

Llaman a una casa.

«¿Tú, Anás? ¿Con amigos? Ven, ven, y que Dios sea contigo» dice una mujer muy anciana.

Entran en una amplia cocina alegrada por una lumbre. Alrededor de la mesa está reunida una numerosa familia de todas las edades, pero que hace sitio amablemente a los que, al improviso, acaban de llegar.

«Éste es Jonás. Ésta es su esposa, y sus hijos y nietos y nueras. Una familia de patriarcas fieles al Señor» dice el pastor Anás a Jesús. Y luego, volviéndose hacia el anciano Jonás: «Y éste que está conmigo es el Rabí de Israel, al que deseabas conocer».

«Bendigo a Dios por ser hospitalario y por tener sitio esta noche. Y, pidiendo bendición, bendigo al Rabí que ha venido a mi casa».

Anás explica que la casa de Jonás es casi una posada para los peregrinos que del mar van hacia el interior.

Se sientan todos en la caliente cocina. Las mujeres sirven a los llegados. El respeto que hay es tal, que incluso paraliza. Pero Jesús resuelve la situación rodeándose, nada más terminar la cena, de los muchos niños presentes, e interesándose por ellos, los cuales en seguida fraternizan. Detrás de ellos, durante el breve espacio de tiempo que separa la cena del descanso, encuentran valor los hombres de la casa y narran lo que han sabido del Mesías, y preguntan cosas nuevas. Jesús, benigno, rectifica, confirma, explica, en serena conversación, hasta que peregrinos y familiares se van a descansar, tras haberlos bendecido Jesús a todos.

331. La fe de la mujer cananea y otras conquistas. Llegada a Akcib.

15 de noviembre de 1945.

[1]«¿El Maestro está contigo?» pregunta el viejo campesino Jonás a 331.1
Judas Tadeo, que entra en la cocina, donde la lumbre ya resplandece para calentar la leche y el lugar, que está un poco frío en estas primeras horas de una bellísima mañana de finales de enero, creo, o primeros de febrero; bellísima, pero bastante punzante.

«Habrá salido a orar. Sale frecuentemente al alba, cuando sabe que puede estar solo. Regresará pronto. ¿Por qué lo preguntas?».

«Lo he preguntado también a los otros, que se han desperdigado para buscarle, porque hay una mujer allí, con mi esposa. Es una del pueblo de allende el confín. La verdad no sabría decir cómo ha podido saber que está aquí el Maestro. Pero lo sabe. Y quiere hablar con Él».

«Bien. Hablará con Él. Quizás es la mujer que Él está esperando, con una hijita enferma. La habrá guiado aquí su espíritu».

«No. Está sola. No tiene hijos consigo. Los pueblos están tan cercanos... por eso la conozco... y el valle es de todos. Yo, además, pienso que para servir al Señor no hace falta ser crueles con los vecinos si son fenicios. Estaré equivocado, pero...».

«El Maestro también dice siempre que tenemos que ser compasivos con todos».

«Él lo es, ¿no es verdad?».

«Lo es».

«Me ha dicho Anás que también esta vez le han tratado mal. ¡Mal, siempre mal!... En Judea, en Galilea, en todos los lugares. ¿Por qué, me pregunto yo, Israel es tan malo con su Mesías? Me refiero a los principales de Israel. Porque el pueblo le ama».

«¿Cómo sabes estas cosas?».

«Vivo aquí, lejos; pero soy un fiel israelita. ¡Basta ir para las fiestas de precepto al Templo para saber todo lo bueno y todo lo malo! Y el bien se sabe menos que el mal. Porque el bien es humilde y no hace autoalabanza. Deberían proclamarle los que han sido agraciados. Pero pocos son los agradecidos después de recibir una gracia. El hombre acepta el beneficio y lo olvida... El mal, sin embargo, toca fuerte sus trompetas y hace escuchar sus palabras incluso a quienes no quieren oírlas. ¡Vosotros, sus discípulos, no sabéis cuánto abundan en el Templo las críticas y acusaciones contra el Mesías! Los escribas ya sólo tratan de esto en sus lecciones. Yo creo que se han hecho un libro de lecciones sobre cómo acusar al Maestro, y de hechos

que presentan como objetos de acusación verosímiles. Y se necesita una conciencia muy recta, firme y libre, para saber resistir y juzgar con cordura. ¿Él está al corriente de todas estas maniobras?».

«De todas. Y también nosotros, más o menos, las conocemos. Pero Él no se intranquiliza. Continúa su obra, y los discípulos o las personas que creen en Él aumentan cada día que pasa».

«Dios quiera que perseveren hasta el final. Pero el hombre es de
331.2 pensamiento mudable. Y débil... [2]Está viniendo el Maestro hacia la casa, con tres discípulos».

Y el viejo sale afuera, seguido por Judas Tadeo, para venerar a Jesús, que, lleno de majestad, viene hacia la casa.

«La paz sea contigo hoy y siempre, Jonás».

«Gloria y paz contigo, Maestro, siempre».

«Paz a ti, Judas. ¿Andrés y Juan no han vuelto todavía?».

«No. Y no los he oído salir. A ninguno. Estaba cansado y dormía profundamente».

«Entra, Maestro. Entrad. El ambiente está fresco esta mañana. En el bosque debía hacer mucho frío. Ahí hay leche caliente para todos».

Están bebiendo la leche, y — excepto Jesús — mojando en ella unos recios trozos de pan, cuando he aquí que llegan Andrés y Juan, junto con Anás, el pastor.

«¡Ah! ¿estás aquí? Volvíamos para decir que no te habíamos encontrado...» exclama Andrés.

Jesús dirige su saludo de paz a los tres, y añade: «Pronto. Tomad vuestra parte y pongámonos en marcha. Quiero estar, antes de que anochezca, al menos en las faldas del monte de Akcib. Esta noche empieza el sábado».

«¿Y mis ovejas?» pregunta, perplejo, el pastor.

Jesús sonríe y responde: «Estarán curadas después de la bendición».

«¡Pero yo estoy a oriente del monte! Tú vas hacia poniente para ir a ver a esa mujer...».

«Déjalo en manos de Dios y Él a todo proveerá».

331.3 [3]Terminado el desayuno, los apóstoles suben por los talegos de viaje, preparándose para partir.

«Maestro... ¿no vas a escuchar a esa mujer que está allí?».

«No tengo tiempo, Jonás. El camino es largo, y además Yo he venido para las ovejas de Israel. Adiós, Jonás. Que Dios te recompense por tu caridad. Mi bendición a ti y a todos tus parientes. Vamos».

El viejo, entonces, se pone a gritar con todas sus fuerzas: «¡Hijos! ¡Mujeres! ¡El Maestro se marcha! ¡Venid!».

Y, como responde a la voz de la clueca que los llama una nidada de pollitos desperdigados por un pajar, de todas las partes de la casa acuden mujeres y hombres, ocupadas en sus labores o todavía medio dormidos, y niños semidesnudos con su carita sonriente recién salida del sueño... Se apiñan en torno a Jesús, que está en medio de la era, y las madres envuelven en sus amplias faldas a los niños para protegerlos del aire, o los estrechan entre sus brazos hasta que una criada llega con los vestiditos, que en seguida son empleados.

[4]Pero viene también una que no es de la casa. Una pobre mujer 331.4
que llora. Se la ve abochornada. Camina encorvada, casi arrastrándose. Llegada cerca del grupo en cuyo centro está Jesús, se pone a gritar: «¡Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David! Mi hija vive malamente atormentada por el demonio, que le hace hacer cosas vergonzosas. Ten piedad, porque sufro mucho y todos se burlan de mí por esto. Como si mi hija tuviera la culpa de hacer lo que hace... Ten piedad, Señor, Tú que lo puedes todo. Alza tu voz y tu mano y ordena al espíritu inmundo que salga de Palma. Sólo tengo a esta criatura, y soy viuda... ¡Oh, no te vayas! ¡Piedad!...».

Jesús, efectivamente, una vez que ha terminado de bendecir a cada uno de los componentes de la familia, después de haber amonestado a los adultos por haber hablado de su venida — ellos se disculpan diciendo: «¡Créenos, Señor, no hemos hablado!» — se marcha, inexplicablemente duro para con la pobre mujer, que se arrastra sobre sus rodillas, tendidos los brazos en actitud de congojosa súplica, mientras dice: «Yo, yo te vi ayer cuando pasabas el torrente, y oí que te llamaban: "Maestro". He venido siguiéndoos, ocultándome entre las matas. Oía lo que iban diciendo éstos. He comprendido quién eres... Y esta mañana, todavía de noche, he venido a ponerme aquí a la puerta como un perrito; hasta que se ha levantado Sara y me ha invitado a entrar. ¡Señor, piedad! ¡Piedad de una madre y de una niña!».

Pero Jesús camina ligero, sordo a toda apelación.

Los de la casa dicen a la mujer: «¡Resígnate! No te quiere escuchar. Ya ha dicho que ha venido para los de Israel...».

Pero ella se pone en pie desesperada, y al mismo tiempo llena de fe, y responde: «No. Suplicaré tanto, que me escuchará». Y se echa a seguir al Maestro suplicando a gritos sin parar. Sus súplicas hacen que salgan a las puertas de las casas del pueblo todos los que están despiertos, los cuales, como los de la casa de Jonás, se ponen a seguir a la mujer para ver en qué termina la cosa.

[5]Los apóstoles, por su parte, se miran recíprocamente con estupor, 331.5
y susurran: «¿Pero por qué hace esto? ¡No lo ha hecho nunca!...».

Y Juan dice: «En Alejandrocena ha curado incluso a aquellos dos».

«Pero eran prosélitos» responde Judas Tadeo.

«¿Y esta a la que va a curar ahora?».

«También es prosélito» dice el pastor Anás.

«¡Y cuántas veces ha curado también a gentiles o a paganos? ¿Y la niña romana, entonces?...» dice desconsolado Andrés, que no logra tranquilizarse ante la dureza de Jesús hacia la mujer cananea.

«Yo os digo lo que pasa» exclama Santiago de Zebedeo. «Lo que pasa es que el Maestro está indignado. Su paciencia se acaba ante tantos asaltos de maldad humana. ¿No veis cómo ha cambiado? ¡Tiene razón! De ahora en adelante se dedicará sólo a los que conoce convenientemente. ¡Y hace bien!».

«Sí. Pero, mientras tanto, ésta viene aquí detrás de nosotros gritando, y la sigue una buena cola de gente. Si quiere pasar inadvertido, ha encontrado la manera de llamar la atención hasta de los árboles...» se queja Mateo.

«Vamos a decirle que la despida... ¡Fijaos aquí qué lindo cortejo tenemos a nuestras espaldas! ¡Si llegamos así a la vía consular, estamos frescos! Y ésta, si no le dice que se marche, no nos deja...» dice, molesto, Judas Tadeo, el cual, además, se vuelve y conmina a la mujer: «¡Calla y vete!». Y lo mismo hace Santiago de Alfeo, solidario con su hermano. Pero ella no se impresiona por las amenazas y órdenes y sigue suplicando.

«Vamos a decirle al Maestro que la eche Él, dado que no quiere concederle lo que pide. ¡Así no se puede seguir!» dice Mateo, mientras Andrés susurra: «¡Pobrecilla!», y Juan repite sin tregua: «No comprendo... no comprendo...». Juan está confundido por el modo de actuar de Jesús.

Mas ya, acelerando el paso, han alcanzado al Maestro, que camina raudo como un perseguido. «¡Maestro! ¡Dile a esa mujer que se vaya! ¡Es un escándalo! ¡Viene gritando detrás de nosotros! ¡Nos señala ante todos! El camino se va poblando cada vez más de gente... y muchos se ponen detrás de ella. Dile que se marche».

«Decídselo vosotros. Yo ya la he respondido».

«No nos escucha. ¡Díselo Tú, hombre! Y además severamente».

331.6 [6]Jesús se detiene y se vuelve. La mujer interpreta ello como signo de gracia; acelera el paso y alza el tono, ya agudo, de la voz; su rostro palidece por la aumentada esperanza.

«Calla, mujer. Vuelve a casa. Ya lo he dicho: "He venido para las ovejas de Israel". Para curar a las enfermas y buscar a las perdidas. Tú no eres de Israel».

Pero la mujer ya está a sus pies y se los besa, adorándole, sujetándole fuerte por los tobillos como si fuera una náufraga que hubiera encontrado un escollo de salvación, y gime: «¡Señor, ayúdame! Tú lo puedes, Señor. Dale una orden al demonio, Tú que eres santo... Señor, Señor, Tú eres el amo de todo: de la gracia y del mundo. Todo está sometido a ti, Señor. Yo lo sé. Lo creo. Toma, pues, tu poder y úsalo para mi hija».

«No está bien tomar el pan de los hijos de la casa y arrojarlo a los perros de la calle».

«Yo creo en ti. Creyendo, he pasado de ser perro de la calle a ser perro de la casa. Ya te he dicho que he venido antes del alba a acurrucarme a la puerta de la casa donde estabas, y, si hubieras salido, habrías tropezado en mí. Pero has salido por el otro lado y no me has visto. No has visto a este pobre perro lacerado, hambriento de tu gracia, que esperaba entrar, arrastrándose, adonde Tú estabas, para besarte los pies así, pidiéndote que no le arrojaras de tu presencia...».

«No está bien echar el pan de los hijos a los perros» repite Jesús.

«Pero los perros entran en la habitación donde come el amo con sus hijos, y comen lo que cae de la mesa, o los desperdicios que les dan los de la familia, lo que ya no sirve. No te pido que me trates como a una hija, no te pido que me invites a sentarme a tu mesa; te pido al menos las migas...».

[7]Jesús sonríe. ¡Cómo se transfigura su rostro con esta sonrisa de gozo!... 331.7

La gente, los apóstoles, la mujer, le miran admirados... sintiendo que está para suceder algo.

Y Jesús dice: «¡Oh, mujer! ¡Grande es tu fe! Con tu fe consuelas mi espíritu. Ve, pues, y te suceda como quieres. Desde este momento, el demonio ha salido de tu hijita. Ve en paz. Y, de la misma forma que, como perro extraviado, has sabido querer ser perro de casa, sabe ser hija en el futuro, sentada a la mesa del Padre. Adiós».

«¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!... Quisiera echarme a correr, para ver a mi Palma amada... ¡Quisiera estar contigo, seguirte! ¡Bendito! ¡Santo!».

«Ve, ve, mujer. Ve en paz».

Y Jesús reanuda su camino, mientras la cananea, más ligera que una niña, regresa corriendo por el mismo camino que había venido; tras ella la gente, curiosa de ver el milagro...

«¿Pero, por qué, Maestro, la has hecho suplicar tanto, si luego la ibas a escuchar?» pregunta Santiago de Zebedeo.

«Por causa tuya y de todos vosotros. Ésta no es una derrota, San-

tiago. Aquí no me han expulsado, no se han burlado de mí, no me han maldecido... Sirva ello para levantar vuestro espíritu abatido.
331.8 Yo ya he recibido mi dulcísimo alimento. Y bendigo a Dios por ello. [8]Y ahora vamos a ver a esta otra que sabe creer y esperar con fe segura».

«¿Y mis ovejas, Señor? Dentro de poco tendría que tomar un camino distinto del tuyo para ir a mi pastura...». Pregunta de nuevo el pastor Anás.

Jesús sonríe, pero no responde.

Es bonito andar, ahora que el sol calienta el aire y hace brillar como esmeraldas las hojitas nuevas de los bosques y la hierba de los prados, transformando en engastes los cálices de las flores para las gotas de rocío que brillan en los aros radiados multicolores de las florecillas del campo. Jesús camina, sonriente. Los apóstoles, en seguida animados de nuevo, le siguen sonrientes...

Llegan a la desviación. El pastor Anás, afligido, dice: «Y aquí tendría que dejarte... ¿Entonces no vienes a curar a mis ovejas? Yo también tengo fe, y soy prosélito... ¿Me prometes, al menos, que vendrás después del sábado?».

«¡Anás! ¿Pero no has comprendido todavía que tus ovejas están curadas desde que alcé mi mano hacia Lesemdán? Ve, pues, tú también a ver el milagro y a bendecir al Señor».

Creo que la mujer de Lot, después de su petrificación en sal, no * sería distinta del pastor, que se ha quedado en la posición en que estaba, un poco encorvado e inclinado, con la cabeza vuelta hacia arriba para mirar a Jesús, un brazo semiextendido a media altura... Parece una estatua. Podría tener debajo el cartel: "El suplicador". Mas luego vuelve en sí, se postra y dice: «¡Bendito! ¡Bueno! ¡Santo!... Pero te había prometido mucho dinero y aquí solamente tengo algunas dracmas... Ven, ven a visitarme después del sábado...».

«Iré. No por el dinero, sino para bendecirte una vez más por tu fe sencilla. Adiós, Anás. La paz sea contigo».

Y se separan...

«Y tampoco ésta es una derrota, amigos. Aquí tampoco se han
331.9 burlado de mí, ni me han expulsado o maldecido... [9]¡Venga, raudos! Hay una madre esperándonos desde hace días...».

Y la marcha prosigue, con un breve alto en el camino para comer pan y queso y beber en un manantial...

El Sol está en mediodía cuando se ve aparecer la bifurcación del camino.

---

* *la mujer de Lot,... su petrificación en sal* está contenido en el episodio bíblico de la destrucción de Sodoma, y se encuentra en *Génesis 19, 26.*

«Allá en el fondo empieza la escalera de Tiro» dice Mateo. Y se alegra al pensar que la mayor parte del trayecto está ya recorrido.

Apoyada en el mojón romano hay una mujer. A sus pies, en un traspuntín, hay una pequeñuela de unos siete u ocho años. La mujer mira en todas las direcciones: hacia la escalera excavada en el monte rocoso, hacia la vía de Tolemáida, hacia el camino recorrido por Jesús. Y, de vez en cuando, se inclina para acariciar a su niña, para proteger su cabeza del sol con un paño, o cubrirle los pies y las manos con un chal...

«¡Ahí está la mujer! Pero, ¿dónde habrá dormido estos días?» pregunta Andrés.

«Quizás en aquella casa de cerca de la bifurcación. No hay otras casas cercanas» responde Mateo.

«O al raso» dice Santiago de Alfeo.

«No, por la niña» responde su hermano.

«¡Con tal de obtener la gracia!...» dice Juan.

[10]Jesús no habla. Pero sonríe. Todos en fila (Él en el centro, tres 331.10
de esta parte, tres de la otra), ocupan toda la vía, en esta hora de pausa de viandantes, que se han parado a comer en los respectivos lugares en que los ha sorprendido el mediodía. Jesús sonríe, alto, hermoso, en el centro de la fila. Su rostro está tan radiante que parece como si toda la luz del sol se hubiera concentrado en él. Parece emanar rayos.

La mujer levanta los ojos... Ya están a unos cincuenta metros de distancia. Quizás ha llamado su atención, distraída al oír llorar a su hija, la mirada de Jesús fija en ella. Mira... Se lleva las manos al corazón con un gesto involuntario de ansia, de sobresalto.

Jesús aumenta su sonrisa. Y esa fúlgida sonrisa, inefable, debe decirle tantas cosas a la mujer, que, ya sin ansia, sonriente, como si ya fuera feliz, se agacha a coger a su niña y, sosteniéndola en su jergoncillo, con los brazos extendidos, como si se la estuviera ofreciendo a Dios, da unos pasos hacia Jesús. En llegando a los pies de Él, se arrodilla levantando lo más que puede a la niña, que está en posición echada y que mira, extática, el hermosísimo rostro de Jesús.

La mujer no dice ni una palabra. ¿Qué podría decir que fuera más profundo que lo que dice con toda su figura?...

Jesús dice solamente *una* palabra, corta pero poderosa, letificante como el "Fiat" de Dios en la creación del mundo: «Sí». Y apoya la mano sobre el pequeño pecho de la niña echada.

Entonces la niña, emitiendo un grito de calandria liberada de la jaula, exclama: «¡Mamá!», se sienta de golpe, pasa a poner pie en tierra, abraza a su madre, la cual — ella sí —, exhausta, vacila y es-

tá a punto de caerse boca arriba, desmayada por el cansancio, por la cesación del ansia, por la alegría que sobrecarga las ya debilitadas fuerzas del corazón por tanto dolor pasado.

Jesús está atento a sujetarla: una ayuda más eficaz que la de la niñita, que, recargando con su peso los miembros maternos, no es, ciertamente, el más indicado factor para sujetar a su madre sobre las rodillas. Jesús la ayuda a sentarse y le transfunde fuerzas... Y la mira, mientras mudas lágrimas descienden por la cara, cansada y dichosa al mismo tiempo, de la mujer.

331.11 [11]Luego es el momento de las palabras: «¡Gracias, mi Señor! ¡Gracias y bendiciones! Mi esperanza ha sido coronada... Te he esperado mucho... Pero ahora soy feliz...».

La mujer, superado su semidesmayo, se arrodilla de nuevo, adorando, teniendo delante de sí a la niñita curada y que ahora recibe las caricias de Jesús. Y explica: «Hacía dos años que un hueso de la columna se le consumía, la paralizaba y la llevaba a la muerte lentamente y con grandes dolores. La habíamos llevado a que la vieran médicos de Antioquía, Tiro, Sidón, y también de Cesarea y Panéade. Hemos gastado tanto en médicos y medicinas, que hemos vendido la casa que poseíamos en la ciudad para retirarnos a la de campo. Habíamos despedido a los sirvientes de la casa y nos habíamos quedado sólo con los de los campos. Habíamos puesto en venta los productos que antes consumíamos nosotros... ¡Nada aprovechaba! Te vi. Tenía noticia de lo que hacías en otros lugares. He esperado la gracia también para mí... ¡Y la he obtenido! Ahora vuelvo a casa, aligerada, dichosa... Le daré una alegría a mi esposo... a mi Santiago, que me puso en el corazón la esperanza, narrándome lo que por tu poder sucede en Galilea y Judea. ¡Si no hubiéramos tenido miedo de no encontrarte, habríamos venido con la niña! ¡Pero Tú estás siempre en camino!...».

«Caminando he venido a verte... Pero, ¿dónde has pasado estos días?».

«En aquella casa... Bueno, por la noche, se quedaba sólo la niña. Hay allí una buena mujer, que me la cuidaba. Yo he estado siempre aquí, por miedo a que pasaras de noche».

Jesús le pone la mano sobre la cabeza: «Eres una buena madre. Dios te ama por ello. ¿Ves cómo te ha ayudado en todo?».

«¡Oh, sí, lo he sentido precisamente mientras venía. Había venido de casa a la ciudad con la confianza de encontrarte; por tanto, con poco dinero, y sola. Luego, siguiendo el consejo de aquel hombre, seguí por este lugar. Mandé un aviso a casa y vine... y no me ha faltado nunca nada, ni pan, ni refugio, ni fuerza».

«¿Siempre con ese peso en los brazos? No podías servirte de un carro?...» pregunta enternecido Santiago de Alfeo.

«No. Ella habría sufrido demasiado: hasta morir incluso. En los brazos de su mamá ha venido mi Juana a la Gracia».

Jesús acaricia en el pelo a las dos: «Ahora podéis marcharos. Sed siempre fieles al Señor. El Señor esté con vosotras y con vosotras mi paz».

Jesús reanuda su camino por la vía que conduce a Tolemaida.

«Ésta tampoco es una derrota, amigos. Tampoco aquí me han expulsado, ni se han burlado de mí, ni me han maldecido».

[12]Siguiendo la vía directa, pronto se llega al taller del herrador 331.12
que está al lado del puente. El herrador romano está descansando al sol, sentado contra el muro de la casa. Reconoce a Jesús y le saluda.

Jesús devuelve el saludo y añade: «¿Me dejas estar aquí, para descansar un poco y comer un poco de pan?».

«Sí, Maestro. Mi mujer quería verte... porque le he referido la parte de tu discurso que ella no había oído la otra vez. Ester es hebrea. Pero, siendo romano, no me atrevía a decírtelo. Te la habría mandado...».

«Llámala, entonces». Y Jesús se sienta en el banco que hay contra la pared, mientras Santiago de Zebedeo distribuye pan y queso...

Sale una mujer de unos cuarenta años, turbada, roja de vergüenza.

«Paz a ti, Ester. ¿Tenías deseos de conocerme? ¿Por qué?».

«Por lo que dijiste... Los rabíes nos desprecian a nosotras, casadas con un romano... Pero he llevado a todos mis hijos al Templo, y los varones están todos circuncidados. Se lo dije antes a Tito, cuando me quiso como esposa... Y él es bueno... Siempre me ha dejado libertad de acción con los hijos. Costumbres, ritos, ¡aquí todo es hebreo!... Pero los rabíes, los arquisinagogos, nos maldicen. Tú no... Tú tienes palabras de piedad para nosotras... ¡No sabes cuánto significa eso para nosotras! Es como sentirnos abrazadas por el padre y la madre que nos han repudiado y maldecido, o que se muestran severos con nosotras... Es como volver a poner pie en la casa que hemos dejado y no sentirse extranjeras en ella... Tito es bueno. Durante nuestras fiestas cierra el taller, con gran pérdida de dinero, y me acompaña con nuestros hijos al Templo. Porque dice que sin religión no se puede estar. Él dice que su religión es la de la familia y el trabajo, como antes era la del deber de soldado... Pero yo... Señor... quería hablar contigo por una cosa... Tú dijiste que los seguidores del verdadero Dios deben separar un poco de su levadura santa y meterla en la buena harina para hacerla fermentar santamente. Yo lo he hecho

con mi esposo. He tratado, en estos veinte años que llevamos juntos, de trabajar su alma, que es buena, con la levadura de Israel. Pero no se decide nunca... es ya mayor... Querría tenerle conmigo en la otra vida... Unidos por la fe como lo estamos por el amor... No te pido riquezas, bienestar, salud. Lo que tenemos es suficiente, y bendito sea Dios por ello. Pero sí que querría esto... ¡Pide por mi esposo! Que sea del verdadero Dios...».

«Lo será. Puedes estar segura. Pides una cosa santa y te será dada. Has comprendido los deberes de la esposa hacia Dios y hacia su esposo. ¡Si así fueran todas las esposas! En verdad te digo que muchas deberían imitarte. Sigue así y recibirás la alegría de tener a tu
331.13 Tito a tu lado, en la oración y en el Cielo. [13]Muéstrame a tus hijos».

La mujer llama a la numerosa prole: «Jacob, Judas, Leví, María, Juan, Ana, Elisa, Marco». Y luego entra en la casa y vuelve a salir con una que apenas si sabe andar todavía y con uno de tres meses como mucho: «Y éste es Isaac, y esta pequeñita es Judit» dice terminando la presentación.

«¡Abundancia!» dice riendo Santiago de Zebedeo.

Y Judas exclama: «¡Seis varones! ¡Y todos circuncisos! ¡Y con nombres puros! ¡Sí señora, muy bien!».

La mujer está contenta, y hace elogios de Jacob, Judas y Leví, los cuales ayudan a su padre «todos los días menos el sábado, el día en que Tito trabaja solo, poniendo las herraduras ya hechas» dice. Elogia también a María y a Ana, «ayuda de su mamá». Pero no deja de elogiar también a los cuatro más pequeños «buenos y sin caprichos. Tito, que ha sido un soldado disciplinado, me ayuda a educarlos» dice mientras mira con mirada afectuosa al hombre, el cual, apoyado en la jamba, con una mano en la cadera, ha escuchado todo lo que ha dicho su mujer, con una franca sonrisa en su rostro claro, y que ahora, al oír la memoria de sus méritos de soldado, rebosa complacencia.

«Muy bien. La disciplina de las armas no repugna a Dios, cuando se cumple con humanidad el propio deber de soldado. Todo consiste en ser siempre moralmente honestos, en todos los trabajos, para ser siempre virtuosos. Tu pasada disciplina, que ahora transfundes en tus hijos, te debe preparar para incorporarte a un más alto servicio: el de Dios. Ahora vamos a despedirnos. Tengo el tiempo justo para llegar a Akcib antes de que se cumpla el ocaso. Paz a ti, Ester, y a tu casa. Sed, dentro de poco, todos del Señor».

La madre y los hijos se arrodillan, mientras Jesús alza la mano bendiciendo. El hombre, como si de nuevo fuera el soldado de Roma ante su emperador, se cuadra, saludando a la romana.

[14]Y se ponen en marcha... Después de unos metros, Jesús pone 331.14
la mano en el hombro de Santiago: «Una vez más aún, la cuarta de hoy, te hago la observación de que ésta no es una derrota, ni es ser expulsado, satirizado o maldecido. ¿Qué dices ahora?».

«Que soy un necio, Señor» dice impetuosamente Santiago de Zebedeo.

«No. Tú, como todos vosotros, sois todavía demasiado humanos. Todas vuestras opciones son las propias de quien está más sujeto a humanidad que a espíritu. El espíritu, cuando es soberano, no se altera ante cualquier soplo del viento, que no siempre puede ser brisa perfumada... Podrá sufrir, pero no se altera. Yo oro siempre porque alcancéis esta soberanía del espíritu. Pero vosotros me tenéis que ayudar con vuestro esfuerzo... ¡Bueno, este viaje ha terminado! En él he sembrado lo necesario para prepararos el trabajo, para cuando seáis vosotros los evangelizadores. Ahora podemos iniciar el reposo sabático con la conciencia de haber cumplido nuestro deber. Y esperaremos a los otros... Luego proseguiremos... todavía... siempre... hasta que todo quede cumplido...».

332. La sufrida separación de Bartolomé, que con Felipe vuelve a unirse al Maestro.

17 de noviembre de 1945.

[1]Jesús está reunido con los seis en una habitación donde hay ya- 332.1
cijas muy míseras, arrimadas unas a otras. El espacio que queda libre apenas si consiente andar de un lado a otro de la estancia. Comen su más que humilde comida sentados encima de los lechos, porque no hay ni mesa ni asientos. Pasa un rato y Juan va a sentarse en el alféizar de la ventana, en busca de sol. Por eso él es el primero que ve a los esperados Pedro, Simón, Felipe y Bartolomé, que vienen en dirección a la casa. Les da una voz y sale corriendo, seguido por todos. Se queda sólo Jesús, el cual los únicos movimientos que hace son ponerse en pie y volverse hacia la puerta para mirar...

Entran los llegados. Es fácil imaginar la exuberancia de Pedro; también, la reverencia profunda de Simón Zelote. Lo que causa sorpresa es la actitud de Felipe, y especialmente la de Bartolomé. Entran, yo diría que casi con temor, con congoja, y, a pesar de que Jesús les abra los brazos para intercambiar con ellos el ósculo de paz que ya ha dado a Pedro y a Simón, ellos caen de rodillas y se curvan hasta tocar casi con la frente en el suelo, y besan los pies de Jesús. Permanecen así... Y los suspiros ahogados de Bartolomé denuncian que

llora silenciosamente sobre los pies de Jesús.

«¿Por qué esta congoja, Bartolmái? ¿No vienes a los brazos del Maestro? ¿Y tú, Felipe, por qué tan temeroso? Si no supiera que sois dos hombres honestos, en cuyo corazón no puede anidar la malicia, tendría que sospechar que sois culpables de algo. Pero no es así. ¡Ánimo, pues! Hace mucho que deseo vuestro beso y ver la límpida mirada de vuestros ojos fieles...».

«También nosotros, Señor...» dice Bartolomé, levantando su cara, en que brillan las lágrimas. «Tú has sido nuestro único deseo. Nos preguntábamos en qué podíamos haberte desagradado para merecer tanta separación. Nos parecía una cosa injustificada... Pero ahora sabemos... ¡Oh, perdón, Señor! Te pedimos perdón. Sobre todo yo, porque Felipe ha estado separado de ti por mí. A él ya le he pedido perdón. Yo, yo sólo culpable, yo, el viejo israelita reticente a renovarse, yo, que te he causado dolor...».

Jesús se inclina y le alza con la fuerza, como alza también a Felipe, y, juntos, los aprieta entre sus brazos, mientras dice: «¿Pero de qué te acusas? No has hecho nada malo. ¡Ningún mal! Y Felipe tampoco. Sois mis amados apóstoles, y hoy me siento verdaderamente feliz de teneros conmigo, de nuevo juntos, para siempre...».

332.2 «No, no... [2]Durante mucho tiempo hemos ignorado el motivo por el que, justamente, has desconfiado de nosotros hasta el punto de excluirnos de tu familia apostólica. Pero ahora lo sabemos... y te pedimos perdón, perdón, perdón; yo especialmente. Jesús, Maestro mío...». Y Bartolomé le mira con congoja, con amor, con compasión. Siendo anciano como es, parece un padre mirando a su hijo afligido, examinando su rostro, más afilado a causa de una pena que no había intuido, y en el cual antes no había notado el enflaquecimiento, el envejecimiento... Entonces, nuevas lágrimas gotean en las mejillas de Bartolomé. Y exclama: «¿Pero qué te han hecho? ¿Qué nos han hecho, para hacernos sufrir a todos de este modo? Parece como si un espíritu malo hubiera entrado entre nosotros, para turbarnos, para volvernos tristes, débiles, apáticos, necios... Necios hasta el punto de no comprender que Tú sufrías... Es más, hasta el punto de aumentarte el sufrimiento con nuestras mezquindades, cerrazones, respetos humanos, y con nuestras vejeces, las de nuestro hombre viejo... Sí, el hombre viejo ha triunfado en nosotros, siempre, y tu vitalidad perfecta no nos ha podido renovar nunca. ¡Esto, esto es lo que no me deja tranquilo! No he sabido renovarme, comprenderte, seguirte, con todo mi amor... Te he seguido sólo materialmente... Pero Tú... Tú querías que te siguiéramos espiritualmente... y te comprendiéramos en tu perfección... para ser capaces de perpetuarte... ¡Oh! ¡Maestro

mío! ¡Maestro mío, que un día te marcharás, después de tantas luchas, insidias, desazones, después de tantos dolores, y con el dolor de vernos todavía inmaduros!...». Y Bartolomé reclina su cabeza en el hombro de Jesús y llora, lleno de desolación, compungido por la conciencia de haber sido un discípulo obtuso.

«No te achiques, Natanael. Ves todo esto como una enormidad que te sorprende. Pero tu Jesús sabía que sois hombres... y no pretende nada por encima de cuanto podáis dar. ¡Ah, me daréis todo, absolutamente todo! Mas ahora tenéis que crecer, formaros... Es una obra lenta. Pero sé esperar. Y gozo con vuestro crecimiento. Porque es un crecimiento continuo en mi Vida. Incluso tu llanto, y la concordia de los que estaban conmigo, y la piedad que ha substituido a las intransigencias que constituían vuestra naturaleza, a egoísmos, a avaricias espirituales; incluso vuestra seriedad actual: todo es fase de crecimiento en mí. Ánimo, pues. Queda en paz, porque Yo sé. Todo. Conozco tu honestidad, tu buena fe, tu generosidad, tu sincero amor. ¿Dudar Yo de mi sabio Bartolmái y de Felipe, tan equilibrado y fiel? Sería hacer un agravio a mi Padre, que me ha concedido el contaros entre los más amados. [3]Pero ahora... ¡venga, vamos a sentarnos aquí!, y que quien ya haya descansado se ocupe de los hermanos cansados y hambrientos, ofreciéndoles comida y descanso. Entretanto contad a vuestro Maestro y a los hermanos lo que ellos ignoran». 332.3

Y se sienta en su yacija, teniendo consigo, a ambos lados, a Felipe y a Natanael; Pedro y Simón se sientan en la yacija que hay frente a Jesús: unas rodillas contra otras.

«Habla tú, Felipe. Yo ya he hablado. Y tú has sido más justo que yo en este tiempo...».

«¡Oh! ¡Bartolomé! ¡Justo! Sólo había entendido que el hecho de no haber querido que estuviéramos a su lado no era ni animosidad ni cambio voluble del Maestro respecto a nosotros... Intentaba tranquilizarte así... tratando de impedirte que pensaras en cosas que te habrían dado dolor por haberlas pensado, y remordimiento. Yo tenía sólo un remordimiento: haberte retenido la desobediencia al Maestro cuando querías seguir a Simón de Jonás, que iba por Margziam a Nazaret... Después... te veía sufrir tanto en el cuerpo y en el alma, que decía: "¡Mejor hubiera sido dejarle hacer lo que quería! El Maestro le habría perdonado su desobediencia, y Bartolomé no se seguiría envenenando el alma con estas ideas"... Pero tú mismo puedes ver que, si hubieras partido, no habrías tenido nunca la clave del misterio... y quizás tu sospecha sobre la volubilidad del Maestro no habría desaparecido ya nunca. Sin embargo, así...».

332.4 «Sí. Sin embargo, así he entendido. 'Maestro, Simón de Jonás y Simón Zelote — los asalté con mis preguntas para saber muchas cosas o para que me confirmaran muchas otras que ya sabía — me dijeron solamente: "El Maestro ha sufrido *mucho*; tanto, que ha adelgazado y se ha envejecido. Y todo Israel, nosotros los primeros, tenemos la culpa. Él nos ama y perdona. Pero desea no hablar del pasado. Por tanto os aconsejamos que ni preguntéis ni habléis...". Pero yo quiero hablar. Preguntar, no preguntaré. Pero debo hablar. Para que Tú sepas. Porque ninguna cosa presente en el alma de tu apóstol te debe quedar celada. Un día — ya llevaban varios fuera Simón y los otros — vino a verme Micael de Caná. Un poco pariente, muy amigo, compañero de estudios ya desde la infancia... Él, estoy seguro, venía con buena fe. Por afecto hacia mí. Pero quien le enviaba no tenía buena fe. Quería saber por qué yo me había quedado en casa... mientras que los otros se habían marchado. Y me dijo: "¡Entonces es verdad! Te has separado porque eres un buen israelita y no puedes aprobar ciertas cosas. Y de buena gana te dejan separado los otros, empezando por Jesús de Nazaret, porque están seguros de que no los ayudarías ni siquiera con la complicidad del silencio. ¡Haces bien! Reconozco en ti al hombre de tiempos pasados. Creía que te habías corrompido, que habías renegado de Israel. Haces bien, por tu espíritu y por tu bienestar y el de los tuyos. Porque lo que está sucediendo no será perdonado por el Sanedrín, y serán perseguidos los que hayan participado en ello". Yo le dije: "¿Pero de qué estás hablando? Ya te he dicho que recibí la orden de quedarme en casa por la estación que era. Eso por una parte, y también por si venían peregrinos, para encaminarlos hacia Nazaret, o decirles que esperasen al Maestro para el final de Sabat en Cafarnaúm. ¿Y tú me hablas de separaciones, complicidades, persecuciones! ¡Explícate!...". ¿No es verdad que le dije eso, Felipe?».

Felipe asiente con un gesto. «Entonces» prosigue Bartolomé, «Micael me dijo que se sabía que Tú te mostrabas rebelde al consejo y a la orden de los miembros del Sanedrín, porque seguías teniendo contigo a Juan de Endor y a una griega... Señor, te causo dolor, ¿verdad? Pero... tengo que hablar. Te pregunto: ¿Es verdad que estaban en Nazaret?».

«Sí. Es verdad».

«¿Es verdad que partieron contigo?».

«Sí. Es verdad».

«¡Felipe, Micael tenía razón! ¡Pero cómo podía saberlo?».

«¡Pero hombre, si son las serpientes que me pararon a mí, y a Simón, y quién sabe a cuántos más. Son las víboras de siempre» dice

Pedro, vehemente.

Jesús, sin embargo, sereno pregunta: «¿No te dijo nada más? Sé totalmente sincero con tu Maestro».

«Nada más. Quería saber por boca mía... Pero yo le mentí a Micael. Dije: "Hasta Pascua estoy en mi casa". Por miedo a que me siguiera, por miedo a que... no sé... Por miedo a perjudicarte... Y entonces comprendí también por qué me habías dejado... Habías sentido que yo era todavía demasiado Israel...». Bartolomé llora de nuevo... «... y dudaste de mí...».

«No. ¡Eso no! En absoluto. En ese momento no se necesitaba tu presencia junto a tus compañeros; sin embargo, eras necesario, como puedes ver, en Betsaida. A cada uno su misión. A cada edad sus fatigas...».

«¡No, no! No me vuelvas a separar por ninguna fatiga, Señor. No tengas en cuenta nada... Tú eres bueno. Pero yo quiero estar contigo. Es un castigo estar lejos de ti... Y yo, necio, incapaz de todo, hubiera podido al menos consolarte, si no podía hacer otra cosa. He comprendido... Has enviado a éstos con los dos... No me lo digas. No quiero saberlo. Pero siento que es así y lo digo. Pues entonces, habría podido, y debido, estar contigo. Pero Tú no me has tomado contigo como castigo por ser tan reacio a hacerme "nuevo". Pero, te juro, Maestro, que lo que he sufrido me ha renovado, y que *jamás* volverás a ver al viejo Natanael».

«Como puedes ver, el sufrimiento ha terminado para todos en alegría. [5]Ahora nos pondremos en marcha, al encuentro de Tomás y 332.5
Judas. Sin esperar a que vayan al lugar establecido. Luego, con ellos, seguiremos caminando... ¡Hay mucho que hacer!... Mañana nos pondremos en camino. Pronto».

«Y harás bien. Porque el tiempo se pone nórtico. Una desgracia para los cultivos...» dice Felipe.

«¡Pues sí! Las últimas granizadas han quemado en franjas los campos. ¡Si lo hubieras visto, Señor! Parece como si hubiera pasado el fuego por ciertos lugares. Y lo curioso es que son así verdaderamente: devastaciones en franjas» dice Pedro.

«En vuestra ausencia, ha granizado mucho. Un día, a mitad de la luna de Tébet, parecía un flagelo. Me dicen que en la llanura algunos tienen que volver a sembrar. Hacía más calor antes. Pero, desde entonces, se busca el sol con placer. Se vuelve para atrás... ¡Qué signos más extraños! ¿Qué serán?» pregunta Felipe.

«Sólo efectos de lunaciones. No le des importancia. No son éstas las cosas que deben causar impresión. Además, nosotros iremos hacia la llanura, y la marcha será bonita. Frío, pero no mucho; en cam-

bio, tiempo seco. Entretanto, venid. En la terraza hay buen sol. Estaremos ahí arriba descansando todos juntos...».

333. Con los diez apóstoles hacia Sicaminón.

18 de noviembre de 1945.

333.1 [1]«Y ahora que hemos complacido también al pastor, ¿qué hacemos?» pregunta Pedro, que está solo con Jesús, mientras que los otros van en grupo unos metros más atrás.

«Volvemos a la vía de la costa, y vamos hacia Sicaminón».

«¿¡Sí!? Creía que íbamos a Cafarnaúm...».

«No es necesario, Simón de Jonás. No es necesario. Has tenido noticias de tu mujer y del niño, y, por lo que se refiere a Judas,... será más sencillo ir a su encuentro».

«Pues precisamente, Señor. ¿No toma el camino del interior, del río y del lago? Es el más corto y resguardado...».

«Pero él no lo tomará. Recuerda que debe prestar atención a los discípulos, y están muy desperdigados en el lado occidental en esta época del año, de nuevo tan fría además».

«Bueno, bien. Si Tú lo dices... Por lo que a mí respecta, me conformo con estar contigo y verte menos triste. Y... no tengo ninguna prisa de encontrar a Judas de Simón. ¡Ojalá no le encontráramos!... ¡Hemos estado tan bien entre nosotros!...».

«¡Simón! ¡Simón! ¿Es ésta tu caridad fraterna?».

«Señor... ésta es mi verdad» dice Pedro con franqueza. Y lo dice con tal ímpetu y tal expresión, que Jesús se tiene que esforzar en no reírse. Pero, ¿cómo se puede amonestar severamente a un hombre tan franco y fiel?

Jesús prefiere guardar silencio, mostrando un excesivo interés por las cuestas que hay a su izquierda; a la derecha, sin embargo, la llanura se abre, cada vez más plana. Detrás de ellos, en grupo, van hablando los otros nueve; Juan parece un "buen pastor" para un cordero que lleva sobre los hombros, quizás un regalo del manadero Anás.

Pasa un rato, y Pedro vuelve a preguntar: «¿Y no vamos a Nazaret?».

«Iremos, sí. A mi Madre le agradará tener noticias del viaje de Juan y Síntica».

«¡Y verte!».

«Y verme».

«¿Al menos a Ella la habrán dejado en paz?».

«Ya lo sabremos».

«Pero, ¿y por qué son tan sañosos? También en Judea hay muchos como Juan, y no obstante... Es más, se protegen y se ocultan por fastidiar a Roma...».

«Convéncete de que no lo hacen por Juan, sino porque él es un elemento de acusación contra mí».

«¡No le encontrarán nunca! Has hecho bien todo... Mandarnos solos... por mar... primero en una barca una serie de millas, luego, más allá de los confines, en una nave... ¡Oh, todo bien! Espero verdaderamente que se lleven una desilusión».

«Se la llevarán».

«Tengo curiosidad por ver a Judas de Keriot, para astrologar en él un poco, como en un cielo lleno de vientos y signos, y ver si...».

«¡Pero bueno, hombre!...».

«Tienes razón. Es un clavo aquí dentro» y se golpea en la frente.

[2]Jesús, para distraerle, llama a todos los demás y les hace notar 333.2
la extraña destrucción producida por el granizo y el frío, llegado éste cuando era presumible considerarle ya superado por ese año... Quién dice una cosa, quién otra: todos queriendo ver en ello un signo de castigo divino a la proterva Palestina que no acoge al Señor. Los más doctos citan hechos semejantes, conocidos por las narraciones antiguas; los más jovenes y menos cultos escuchan admirados y atentos.

Jesús menea la cabeza. «Es efecto lunar y de vientos lejanos. Ya os lo he dicho. En los países septentrionales se ha producido un fenómeno y sufren sus consecuencias regiones enteras».

«¿Pero, por qué, entonces, algunos campos están bien?».

«Así se comporta el granizo».

«¿Pero no podría ser un castigo para los más malos?».

«Podría ser. Pero no lo es. ¡Ay si lo fuera!...».

«Quedaría yerma y desolada casi toda nuestra Patria, ¿no es verdad, Señor?» dice Andrés.

«Pero en las profecías está escrito, a través de símbolos, qué daño va a recibir quien no acoja al Mesías. ¿Es que pueden mentir los Profetas?».

«No, Bartolomé. Lo que está escrito sucederá. Pero el Altísimo es tan bueno, infinitamente bueno, que necesita mucho más de lo que ahora está sucediendo para castigar. Sed buenos también vosotros, sin desear siempre castigos para los duros de corazón y de intelecto. Desead para ellos conversión, no castigo. [3]Juan, pasa el cordero a un 333.3
compañero, y ven a mirar tu mar desde lo alto de aquellas crestas de arena. Voy Yo también».

En efecto, ahora van por un camino muy cercano al mar, separado de éste sólo por una larga faja de dunas onduladas, en las que ondean finas palmas, o vegetan tarayes de desordenadas frondas, lentiscos y otras plantas de las arenas.

Jesús va con Juan. Pero ¿quién deja a Jesús! Ninguno. Y, pronto, están todos arriba, bajo el lindo sol que no molesta, frente al mar sereno y riente...

La ciudad de Tolemaida está muy cerca con sus casas blancas.

«¿Vamos a entrar en la ciudad?» pregunta Judas de Alfeo.

«No es necesario. Nos detendremos a comer junto a las primeras casas. Quiero estar esta noche en Sicaminón. Quizás encontramos allí a Isaac».

«¡Cuánto bien hace, ¿eh?! ¿Has oído lo que han dicho Abel, Juan y José?».

«Sí. Pero todos los discípulos son muy diligentes. Por esto bendigo día y noche a mi Padre. Todos vosotros... Mis alegrías, mis paces, mis seguridades...» y los mira con tal amor, que a los diez les suben las lágrimas a los ojos...

Y en presencia de esta mirada de amor cesa mi facultad de ver.

334. También Tomas y Judas Iscariote se unen de nuevo al grupo apostólico.

19 de noviembre de 1945.

334.1 [1]El valle del Kisón, a pesar del Sol resplandeciente en el cielo sereno, aparece inclemente, peinado por un viento helado que viene salvando los collados septentrionales y destruyendo los tiernos cultivos, que se estremecen de frío y se arrugan quemados, destinados a morir en sus verdes renuevos.

«¿Pero va a durar todavía mucho este frío?» pregunta Mateo, arrebujándose más todavía en el manto, bajo el cual aparece únicamente un trocito de cara, o sea, los ojos y la nariz.

Con voz ahogada por el manto, que también a él le cubre la boca, le responde Bartolomé: «Quizás el resto de la luna».

«¡Pues estamos apañados! ¡Bueno, paciencia! Menos mal que en Nazaret estaremos en casa hospitalaria... Mientras tanto, pasará».

«Sí, Mateo. Pero para mí ya ha pasado la cosa, viendo a Jesús menos apesadumbrado. ¿No te parece que está más alegre?» pregunta Andrés.

«Lo está. Pero yo... bueno, quiero decir que me parece imposible que se haya consumido tanto por lo que sabemos. ¿No ha habido re-

almente ninguna otra cosa nueva, que vosotros sepáis?» pregunta Felipe.

«Nada. Nada, nada. Te digo que en los confines siro-fenicios le dieron mucha alegría espíritus creyentes, e hizo esos milagros que te hemos dicho» asegura Santiago de Alfeo.

«Desde hace algunos días está mucho con Simón de Jonás. Y Simón está muy cambiado... ¡Sí! Estáis todos cambiados. No sé... sois más... eso: austeros» dice Felipe.

«¡Eso es que te da esa impresión!... En realidad somos iguales que antes. Claro, ver al Maestro tan apenado por tantas cosas, no ha sido motivo de satisfacción, ni tampoco el oír con qué saña le atacan... Pero le defenderemos. ¡No le harán nada si estamos con Él!
[2]Ayer noche le he dicho, después de haber oído lo que decía Hermas, 334.2
que es un hombre serio y digno de credibilidad: "De ahora en adelante, no debes estar solo. Ya tienes a los discípulos, que, ya lo ves, actúan, y bien, y aumentan continuamente. Por tanto, nosotros estaremos contigo. No quiero decir que tengas que hacer todo Tú, que ya es hora de aliviarte, hermano mío. Pero Tú estarás con nosotros, entre nosotros, como Moisés en el monte, y nos batiremos por ti, dispuestos, si fuese necesario, a defenderte incluso físicamente. Lo que le ha sucedido a Juan Bautista no te debe suceder a ti". Porque, en fin, si los discípulos del Bautista no se hubieran reducido a dos o tres imbeles, no habría sido apresado. Nosotros, al fin y al cabo, somos doce, y quiero convencerle de que se una, o, por lo menos, de tener a su lado a alguno de los más fieles y enérgicos discípulos. Los que estaban con Juan en Maqueronte, por ejemplo. Hombres de fe y coraje. Juan, Matías y también José. ¿Sabéis que ese joven promete mucho?» dice Judas Tadeo.

«Sí, Isaac es un ángel, pero su fuerza está enteramente en el espíritu. José, sin embargo, es fuerte también en el cuerpo. Tiene la misma edad que nosotros».

«Y aprende rápidamente. ¿Has oído lo que ha dicho Hermas? "Si éste hubiera estudiado, sería, además de un justo, un rabí". Y Hermas sabe lo que dice».

«Yo, no obstante... tendría cerca también a Esteban y a Hermas y al sacerdote Juan. Por su conocimiento de la Ley y del Templo. ¿Sabéis lo que significa su presencia frente a los escribas y fariseos? Un control, un freno... Y para la gente vacilante equivale a decir: "¿Veis como no faltan en torno al Rabí, a su servicio y como discípulos, los mejores de Israel?"» dice Santiago de Alfeo.

«Tienes razón. Se lo decimos al Maestro. Ya habéis oído lo que ha dicho ayer: "Vosotros debéis obedecer, pero tenéis también la obliga-

ción de abrirme vuestro corazón y decirme lo que juzgáis justo. Para habituaros a saber dirigir en un futuro. Yo, si veo que es como decís, aceptaré vuestros pensamientos"» dice el Zelote.

«Quizás lo hace también para mostrarnos que nos quiere, visto que estamos todos más o menos convencidos de que somos la causa de su sufrimiento» observa Bartolomé.

«O está realmente cansado de tener que pensar en todo y de ser el único que toma decisiones y asume responsabilidades. Quizás también reconoce que su santidad perfecta es... casi una imperfección, yo diría, respecto a quienes tiene frente a sí: el mundo, que no es santo. Nosotros no somos santos perfectos. Sólo un poquito menos granujas que los otros... y, por tanto, capaces de responder a aquellos que son casi como nosotros» dice Simón Zelote.

«¡Y de conocerlos, debes decir!» aumenta Mateo.

«¡Oh, respecto a esto, estoy seguro de que Él también los conoce! Es más, los conoce mejor que nosotros, porque lee en los corazones. Estoy seguro de ello como de que estoy vivo» dice Santiago de Zebedeo.

«¿Y entonces por qué algunas veces hace lo que hace, buscándose problemas y peligros?» pregunta, desconsolado, Andrés.

«La verdad es que no sé que responder» dice Judas Tadeo encogiéndose de hombros; y con él confiesan lo mismo los otros.

334.3 [3]Juan guarda silencio. Su hermano le provoca: «Tú que sabes siempre todo de Jesús — parecéis dos enamorados algunas veces —, ¿no te ha dicho nunca por qué actúa así?».

«Sí. Se lo he preguntado, incluso recientemente. Siempre me ha respondido: "Porque debo hacerlo. Debo actuar como si el mundo estuviera compuesto enteramente de criaturas ignorantes pero buenas. A todos les doy la misma doctrina; así se separarán los hijos de la Verdad de los de la Mentira". Me ha dicho también: "¿Ves, Juan? Esto es como un primer juicio, no universal, colectivo, sino individual. Sobre la base de sus acciones de fe, caridad, justicia, serán separados los corderos de las cabras. Esto continuará después, cuando Yo ya no esté, cuando esté mi Iglesia, durante siglos y siglos, hasta el fin del mundo. El primer juicio de las masas humanas se cumplirá en el mundo, en el lugar en que los hombres actúan con libertad, teniendo frente a sí el Bien y el Mal, la Verdad y la Mentira; como el primer juicio fue dictado en el Paraíso Terrenal, ante el árbol del Bien y del Mal, violado por los que desobedecieron a Dios. Después, en la hora de la muerte de cada uno de los hombres, será ratificado el juicio, ya escrito en el libro de las acciones humanas, por una Mente que no tiene defecto alguno. Por último, el *Gran Juicio*, el *Te-*

rrible, y entonces, nuevamente, en masa, serán juzgados los hombres. Desde Adán al último hombre. Juzgados por aquello que *hayan querido* para ellos, libremente, en la tierra. Ahora bien, si Yo por mí mismo ya seleccionara a quien merece el Milagro, el Amor, la Palabra de Dios, y a quien no la merece — y podría hacerlo por derecho divino y por divina capacidad —, los que quedasen excluidos, aunque fueran verdaderos diablos, gritarían fuerte el día de su juicio individual: 'El culpable es tu Verbo, que no quiso adoctrinarnos'. Mas esto no podrán decirlo... O sea, lo dirán mintiendo una vez más. Y serán juzgados por ello"».

«¿Entonces, no acoger la doctrina es ser un réprobo?» pregunta Mateo.

«Eso no lo sé. No sé si todos los que no crean serán realmente réprobos. Si os acordáis, hablando a Síntica, dio a entender que los que obran con honestidad en la vida no son réprobos, aunque crean en otras religiones. Pero se lo podemos preguntar. Claro que Israel, que tiene conocimiento del Mesías y que ahora cree parcialmente y mal en el Mesías, o que lo rechaza, será severamente juzgado».

[4]«El Maestro habla mucho contigo, y sabes muchas cosas que nosotros no sabemos» observa su hermano Santiago. 334.4

«Culpa tuya y vuestra. Yo le pregunto con sencillez. Algunas veces pregunto cosas que deben darle una imagen de su Juan como persona muy necia. Pero no me importa dar esta imagen. Me basta con conocer su pensamiento, y tenerlo dentro de mí para hacerlo mío. Deberíais hacer lo mismo vosotros. ¡Pero tenéis siempre miedo!... ¿Y de qué? ¿De ser ignorantes? ¿De ser superficiales? ¿De ser cabezotas? Deberíais tener miedo sólo de estar todavía pobremente preparados cuando Él se marche. Lo dice siempre... y me lo digo siempre, para prepararme a la separación... Pero siento que significará siempre un gran dolor...».

«¡No me lo recuerdes!» exclama Andrés. Y repiten lo mismo los otros, y suspiran.

«Pero, ¿cuándo sucederá? Dice siempre: "Pronto". Pero "pronto" puede ser dentro de un mes o de años. Es muy joven y el tiempo pasa muy rápido... ¿Qué te pasa, hermano? Te estás poniendo muy pálido...» pregunta Judas Tadeo a Santiago.

«¡Nada, nada! Pensaba...» dice pronto Santiago, con la cabeza agachada.

Y Judas Tadeo se inclina para verle bien... «¡Pero si se te saltan las lágrimas! ¿Qué te pasa?...».

«No más que lo que os pasa a vosotros... Pensaba en cuando estemos solos».

334.5 [5]«¡Pero qué le pasa a Simón de Jonás, que se adelanta corriendo y gritando como un somorgujo en día de tempestad?» pregunta Santiago de Zebedeo, señalando a Pedro, que ha dejado a Jesús solo, y que ahora corre, gritando palabras que el viento impide oír.

Aceleran el paso y ven que Pedro ha tomado un senderillo que viene de la ya cercana Seforí (eso dicen los discípulos, mientras se preguntan si va a Seforí por orden de Jesús por aquel atajo). Pero luego, observando bien, ven que los dos únicos viandantes que de la ciudad vienen hacia la vía principal son Tomás y Judas.

«¡Atiza! ¿Aquí? ¿Precisamente aquí? ¡Y qué hacen aquí? De Nazaret, si acaso, tenían que ir a Caná y luego a Tiberíades...» se preguntan varios.

«Quizás venían buscando a los discípulos. Era su misión» dice prudente el Zelote, que siente que la sospecha, cual serpiente despertada, alza su cabeza en el corazón de muchos.

«Vamos a acelerar el paso. Jesús está solo y parece que nos espera...» aconseja Mateo.

Van, y llegan donde Jesús al mismo tiempo que Pedro, Judas y Tomás.

Jesús está palidísimo, tanto que Juan pregunta: «¿Te encuentras mal?». Pero Jesús le sonríe y hace un gesto de negación; mientras tanto, saluda a los dos que han regresado después de tanta ausencia.

Abraza primero a Tomás, pujante y alegre como siempre, pero que se pone serio mirando al Maestro, tan manifiestamente cambiado, y pregunta solícito: «¿Has estado enfermo?».

«No, Toma. En absoluto. ¿Y tú?, ¿has estado bien, contento?».

«Yo sí, Señor. Siempre bien y siempre contento. Sólo me faltabas Tú para hacer beato a mi corazón. Mi padre y mi madre te agradecen el que me hayas mandado un tiempo. Mi padre estaba un poco enfermo, así que he trabajado yo. He estado donde mi hermana gemela y he conocido al sobrinito. Le hemos puesto el nombre que me dijiste. Luego vino Judas, y me ha hecho dar más vueltas que una tórtola en período de amores: arriba, abajo... donde había discípulos. Él ya se había movido, por su propia cuenta, no poco. Pero bueno, ahora te contará él, porque ha trabajado como diez y merece que le escuches».

Jesús le deja y ahora es la vez de Judas, que ha esperado pacientemente y que se acerca franco, desenvuelto, triunfante. Jesús le perfora con su mirada de zafiro. Pero le besa y recibe su beso, igual que con Tomás. Y las palabras que siguen son afectuosas: «¿Y tu madre, Judas, ha estado contenta de tenerte? ¿Está bien esa santa mujer?».

«Sí, Maestro, y te bendice por haberle enviado a su Judas. Quería mandarte unos presentes. Pero, ¿cómo podía llevármelos conmigo acá y allá por montes y valles? [6]Puedes estar tranquilo, Maestro. To- 334.6
dos los grupos de discípulos que he visitado trabajan santamente. La idea se va extendiendo cada vez más. Yo he querido personalmente controlar las repercusiones de ella en los más poderosos escribas y fariseos. A muchos de ellos ya los conocía, a otros los he conocido ahora, por amor a ti. He tratado con saduceos, herodianos... ¡Oh, te aseguro que me han machacado bien la dignidad!... ¡Pero, por amor a ti, haré esto y más! He sido desdeñosamente rechazado, he recibido anatemas. Pero también he logrado suscitar simpatías en algunos que tenían prevenciones respecto a ti. No quiero tus elogios. Me basta con haber cumplido mi deber, y agradezco al Eterno el que me haya ayudado siempre. He tenido que usar el milagro en algunos casos, lo cual me ha dolido, porque merecían rayos y no bendiciones. Pero Tú dices que hay que amar y ser pacientes... Lo he sido, para honor y gloria de Dios y para alegría tuya. Espero que muchos obstáculos queden abatidos para siempre; mucho más si consideramos que por mi honor he garantizado que ya no estaban aquellos dos que creaban tanta sombra. Después me vino el escrúpulo de haber afirmado lo que no sabía con certeza. Y entonces quise verificar para poder tomar las oportunas medidas, para no ser hallado en embuste, lo cual me habría colocado para siempre en situación sospechosa ante los que caminan hacia la conversión... ¡Fíjate! ¡He ido a ver incluso a Anás y a Caifás!... ¡Oh, querían reducirme a cenizas con sus censuras!... Pero yo me he mostrado tan humilde y persuasivo, que al final me han dicho: "Bueno, pues si las cosas están exactamente así... Pensábamos que estaban de otro modo. Los rectores del Sanedrín, que podían conocer la situación, nos habían referido lo contrario y..."».

«No querrás decir que José y Nicodemo han sido unos embusteros» interrumpe el Zelote, que se ha contenido hasta ese momento, pero no más, y está lívido por el esfuerzo hecho.

«¿Y quién ha dicho eso? ¡Todo lo contrario! José me vio cuando salía de donde Anás y me dijo: "¿Por qué estás tan alterado?". Le conté todo. Le dije también que, siguiendo el consejo suyo y de Nicodemo, Tú, Maestro, habías despedido al presidiario y a la griega. Porque los has despedido, ¿no es verdad?» dice Judas mirando fijamente a Jesús con sus ojos de azabache, brillantes hasta la fosforescencia. Parece como si quisiera perforarle con la mirada para leer lo que Jesús ha hecho.

Jesús, que sigue frente a Judas, cercanísimo, dice sereno: «Te

ruego que continúes tu narración, que me interesa mucho. Es un relato exacto, que puede ser muy útil».

«¡Ah!, bueno, decía que Anás y Caifás han cambiado de opinión. Lo cual significa mucho para nosotros, ¿no es verdad? ¡Y luego!... ¡Ahora os voy a hacer reír! ¿Sabéis que los rabíes me metieron en medio y me sometieron a otro examen, como si fuera un menor en el paso a la mayoría de edad? ¡Y qué examen! Bien. Los convencí y ya no me entretuvieron más. Entonces me vino la duda y el miedo de haber dicho algo que no fuera verdad. Y pensé tomar conmigo a Tomás e ir de nuevo a donde estaban los discípulos, o donde se podía pensar que se hubieran refugiado Juan y la griega. He estado con Lázaro, con Manaén, en el palacio de Cusa, con Elisa de Betsur, en Béter en los jardines de Juana, en el Getsemaní, en la casita de Salomón del otro lado del Jordán, en Agua Especiosa, donde Nicodemo, donde José...».

«¿Pero no le habías visto?».

«Sí. Y me había asegurado que no había vuelto a ver a esos dos. Pero... ya sabes... yo quería asegurarme... Resumiendo: he inspeccionado todos los lugares en que pensaba que pudiera estar él... Y no creas que sufría por no encontrarle. Sería injusto. Siempre — y Tomás lo puede confirmar — siempre que salía de un lugar sin haberle encontrado y sin haber visto siquiera algun indicio de él, decía: "¡Alabado sea el Señor!", y decía: "¡Oh, Eterno, haz que no le encuentré jamás!". Exactamente así. El suspiro de mi alma... El último lu-
334.7 gar fue Esdrelón... [7]¡Ah, a propósito! Ismael ben Fabí, que está en su palacio de los campos de Meguiddó, desea invitarte a su casa... Pero yo en tu lugar no iría...».

«¿Por qué? Iré sin falta. También Yo deseo verle. Es más, iremos en seguida. En vez de ir a Seforí, vamos a Esdrelón, y, pasado mañana, que es vigilia de sábado, a Meguiddó, y de allí a la casa de Ismael».

«¡No, no, Señor! ¿Por qué? ¿Piensas que te estima?».

«Pero, si has ido a hablar con él y le has cambiado a favor mío, ¿por qué no quieres que vaya?».

«No fui a hablar con él... Estaba él en las tierras y me reconoció. Pero yo — ¿verdad, Tomás? — quería huir cuando le vi. No pude porque me llamó por el nombre. Yo... sólo puedo aconsejarte que no vayas nunca más donde ningún fariseo, o escriba, o seres semejantes. No es útil para ti. Quedémonos nosotros solos con el pueblo y basta. Incluso Lázaro, Nicodemo, José... será un sacrificio... pero es mejor, para no crear celos, rencores, y dar armas a las críticas... En la mesa se habla... y ellos estudian deslealmente tus palabras. Pero, volva-

mos a Juan... Yo estaba yendo a Sicaminón, a pesar de que Isaac, que le he visto en los confines de Samaria, me había jurado que desde octubre no le había vuelto a ver».

«Pues Isaac ha jurado una cosa verdadera. Pero esto que aconsejas respecto a los contactos con escribas y fariseos se contradice con lo que has dicho antes. Tú me has defendido... Eso has hecho, ¿no es verdad? Has dicho: "He desmontado muchas prevenciones contra ti". Has dicho esto, ¿no es verdad?».

«Sí, Maestro».

«¿Y entonces por qué no puedo Yo mismo terminar de defenderme? Así que iremos a casa de Ismael. Y tú, ahora, vuelves, y vas a avisarle. Contigo van Andrés, Simón el Zelote y Bartolomé. Nosotros nos detendremos donde los campesinos. Respecto a Sicaminón, venimos de allí. Eramos once. Te aseguramos que Juan no está allí. Y tampoco en Cafarnaúm, o en Betsaida, Tiberíades, Magdala, Nazaret, Corazín, Belén de Galilea, y así sucesivamente en todas las etapas que quizás tenías pensado recorrer para... tu propia seguridad respecto a la presencia de Juan entre los discípulos o en casas amigas».

[8]Jesús habla sereno, con tono natural... Y, no obstante, algo debe haber en Él que turba a Judas, el cual, por un instante, cambia de color. Jesús le abraza como para besarle... Y, mientras le tiene así, su mejilla al lado de la de Judas, le susurra quedo: «¡Desdichado! ¿Qué has hecho de tu alma!». 334.8

«Maestro... yo...».

«¡Vete! ¡Que apestas a infierno más que el mismo Satanás! ¡Calla!... Y arrepiéntete si puedes».

Judas... Bueno yo me habría escapado a todo correr. ¡Pero él!... Dice con desfachatez en alta voz: «Gracias, Maestro. Lo que sí que te rogaría, antes de marcharme, sería dos palabras en secreto».

Todos se separan bastantes metros.

«¿Por qué, Señor, me has dicho esas palabras? Me han dolido».

«Porque son la verdad. Quien trata con Satanás se coge el olor de Satanás».

«¡Ah! ¿Es por la nigromancia? ¡Qué miedo me has hecho pasar! ¡Una broma! ¡Sólo una broma de niño curioso! Y me ha servido para conocer a algunos saduceos y perder el hambre de la nigromancia. Como ves, me puedes absolver con toda tranquilidad. Son cosas inútiles cuando se tiene tu poder. Tenías razón. ¡Venga, Maestro! ¡Es tan leve el pecado!... Grande es tu sabiduría. Pero, ¿quién te lo ha dicho?».

Jesús le mira severamente y no responde.

«¿Pero verdaderamente me has visto en el corazón el pecado?» pregunta un poco atemorizado Judas.

«Y me has dado repugnancia. ¡Vete! Y no digas ni una sola palabra más». Y le vuelve la espalda. Regresa adonde los discípulos y les ordena que cambien de camino. Pero primero despide a Bartolomé, Simón y Andrés, los cuales van hasta donde Judas y se echan a andar a buen paso. Los que se quedan, por el contrario, caminan lentamente, desconocedores de la verdad que sólo Jesús conoce.

Tan desconocedores, que elogian a Judas por su actividad y sagacidad. Y el honesto de Pedro se acusa sinceramente del pensamiento temerario que tenía en el corazón respecto a su compañero...

Jesús sonríe, una sonrisa leve, de persona un poco cansada, como si estuviera abstraído y apenas oyera el charloteo de sus compañeros, que de las cosas saben sólo aquello que su humanidad les permite saber.

335. La falsa amistad de Ismael ben Fabí, y el hidrópico curado en sábado.

11 de septiembre de 1944.

335.1 [1]Veo a Jesús que va andando rápidamente por una vía de primer orden que el viento frío de una mañana de invierno barre y endurece. Los campos, aquende y allende la vía, apenas presentan una tímida pelusa de gramíneas que ya brotan, un velo de verde en que hay una promesa de futuro pan, pero una promesa que apenas si ha sido pensada. Los surcos umbrosos carecen todavía de este verde bendito; sólo los que están en lugares más soleados tienen ese verdear, tan leve y ya tan festivo porque habla de próxima primavera. Los árboles frutales están todavía desnudos; ni siquiera una yema se hincha en sus obscuras ramas. Sólo los olivos presentan su eterno pardo verde, triste tanto bajo el sol de agosto como bajo este claror de reciente mañana invernal. Y, como ellos, también tienen verde — un verde pastoso de cerámicas acabadas de pintar — las carnosas hojas de las cácteas.

Jesús camina, como sucede a menudo, dos o tres pasos más adelante que los discípulos. Van todos bien tapados con sus mantos de lana. En llegando a un punto, Jesús se para, se vuelve y pregunta a los discípulos: «¿Conocéis bien el camino?».

«El camino es éste. Pero... ¿la casa?... no se sabe, porque está en el interior... Quizás allí, donde aquella mata de olivos...».

«No. Debe estar allá al final, donde aquellos árboles grandes sin

hojas...».

«Debería haber un camino para carros...».

En definitiva, no saben nada con precisión. No se ven personas ni por la vía ni por los campos. Van sin rumbo definido, hacia delante, buscando el camino.

Encuentran una pequeña casita de pobres, con dos o tres terrenitos alrededor. Una niña saca agua de un pozo.

«Paz a ti, niña» dice Jesús mientras se detiene en el limen del seto, que tiene una abertura para quien va o viene.

«Paz a ti. ¿Qué quieres?».

«Una información. ¿Dónde está la casa de Ismael el fariseo?».

«Vas mal por aquí, Señor. Tienes que volver a la bifurcación y tomar el camino que va hacia donde se pone el Sol. Pero tienes que andar mucho, mucho, porque tienes que volver allí, a la bifurcación, y luego andar y andar. ¿Has comido? Hace frío y se siente más con el estómago vacío. Entra, si quieres. Somos pobres. Pero tú tampoco eres rico. Te puedes adaptar. Ven». Y llama con voz aguda: «¡Mamá!».

[2]Se asoma a la puerta una mujer de unos treinta y cinco o cuarenta años. Su cara es honesta, aunque un poco triste. Lleva en brazos a un niño de unos tres años, medio desnudo. 335.2

«Entra. El fuego está encendido. Voy a darte leche y pan».

«No vengo sólo. Tengo conmigo a estos amigos».

«Que entren todos y que la bendición de Dios descienda sobre los peregrinos mis huéspedes».

Entran en una cocina baja y obscura alegrada por un fuego vivo. Se sientan acá o allá en rústicos arquibancos.

«Ahora os preparo... Es pronto... No he puesto en orden nada todavía... Perdonad».

«¿Vives sola?». Es Jesús el que habla.

«Tengo marido e hijos. Siete. Los dos mayores están todavía en el mercado de Naím. Tienen que ir ellos porque mi marido está enfermo. ¡Qué pena!... Las niñas me ayudan. Éste es el más pequeño. Pero tengo otro muy poco mayor que él».

El pequeñuelo, ya vestido con su tuniquita, corre descalzo hacia Jesús y le mira con curiosidad. Jesús le sonríe. Ya son amigos.

«¿Quién eres?» pregunta el niño con confianza.

«Soy Jesús».

La mujer se vuelve y le mira atentamente. Se ha quedado ahí, con un pan en las manos, entre el hogar y la mesa. Abre la boca para hablar, pero calla.

El niño continúa: «¿A dónde vas?».

«Voy por los caminos del mundo».

«¿Para qué?».

«Para bendecir a los niños buenos y a sus casas, donde hay fidelidad a la Ley».

335.3 [3]La mujer hace otra vez un gesto. Luego hace una seña a Judas Iscariote, que es el que está más cerca de ella. Judas se inclina hacia la mujer, y ésta pregunta: «¿Pero quién es tu amigo?».

Y Judas, todo presumido (parece como si el Mesías fuera tal por su mérito y bondad): «Es el Rabí de Galilea, Jesús de Nazaret. ¿No lo sabes mujer?».

«¡Esta vía queda apartada y yo tengo muchas penas!... Pero... ¿podría hablarle?».

«Puedes» dice con entono Judas. Me parece como una persona importante del mundo concediendo audiencia...

Jesús sigue hablando con el niño, que le pregunta si tiene también Él niños.

Mientras la niña vista antes y otra más mayorcita traen leche y avíos de mesa, la mujer se acerca a Jesús. Un momento de pausa y luego un grito ahogado: «¡Jesús, piedad de mi marido!».

Jesús se levanta. La domina con su estatura, pero la mira con tanta bondad, que ella recobra la seguridad. «¿Qué quieres que haga?».

«Está muy enfermo. Hinchado como un odre. No puede ya agacharse y trabajar. No puede descansar porque se ahoga, y se agita... Y nuestros hijos son todavía pequeñitos...».

«¿Quieres que le cure? ¿Pero, por qué lo quieres de mí?».

«Porque Tú eres Tú. No te conocía, pero había oído hablar de ti. La fortuna te ha conducido a mi casa después de haberte buscado yo tres veces en Naím y en Caná. Dos veces estaba también mi marido. Ir en carro le hace sufrir mucho, y, no obstante, te buscaba... Está también fuera ahora, con su hermano... Nos habían comunicado que el Rabí, dejada Tiberíades, iba hacia Cesarea de Filipo. Ha ido allí a esperarte...».

335.4 «No he ido a Cesarea. [4]Voy a casa del fariseo Ismael y luego hacia el Jordán...».

«¡Tú, que eres bueno, donde Ismael?».

«Sí. ¿Por qué?».

«Porque... porque... Señor, sé que dices que no hay que juzgar, que hay que perdonar y que tenemos que amarnos. No te había visto nunca. Pero he tratado de saber de ti lo más que podía, y rogaba al Eterno poderte escuchar al menos una vez. No quiero hacer nada que te desagrade... Pero, ¿cómo se puede no juzgar a Ismael, y amar-

le? No tengo nada en común con él, y, por tanto, no tengo nada que perdonarle. Nos sacudimos las insolencias que nos lanza cuando encuentra nuestra pobreza en su camino, con la misma paciencia con que nos sacudimos el barro y el polvo que nos echa cuando pasa rápido con sus carruajes. Pero amarle y no juzgarle es demasiado difícil... ¡Es muy malo!».

«¿Es muy malo? ¿Con quién?».

«Con todos. Subyuga a sus siervos, presta con usura, y es exigente hasta la crueldad. Sólo se ama a sí mismo. Es el más cruel de la comarca. No lo merece, Señor».

«Lo sé. Dices la verdad».

«¿Y Tú vas allí?».

«Me ha invitado».

«Desconfía, Señor. No lo habrá hecho por amor. *No te puede amar.* Y Tú... no le puedes amar».

«Yo amo también a los pecadores, mujer. He venido para salvar a quien está perdido...».

«Pero a éste no le salvarás. ¡Oh, perdón por haber juzgado! Tú eres sabio... Todo lo que haces está bien hecho. Perdona a mi necia lengua y no me castigues».

«No te castigo. Pero no lo vuelvas a hacer. Ama a los malvados también. No por su maldad, sino porque con el amor es como se obtiene para ellos la misericordia que convierte. Tú eres buena y tienes deseos de serlo más todavía. Amas la Verdad, y la Verdad que te está hablando te dice que te ama porque eres compasiva para con el huésped y el peregrino, según la Ley, y así has educado a tus hijos. Dios será tu recompensa. [5]Yo tengo que ir a casa de Ismael, que me 335.5
ha invitado para presentarme a muchos amigos suyos que me quieren conocer. No puedo esperar más a tu marido. Has de saber que está regresando. Pero, exhórtale a sufrir todavía un poco y dile que venga *en seguida* a casa de Ismael. Ven tú también. Le curaré».

«¡Oh, Señor!...» la mujer está de rodillas a los pies de Jesús, y le mira con sonrisa y llanto. Luego dice: «¡Pero hoy es sábado!...».

«Lo sé. Necesito que sea sábado para decirle a Ismael algo al respecto. Todo lo que Yo hago lo hago con una finalidad clara y sin error. Sabedlo todos, también vosotros, amigos míos que tenéis miedo y querríais que me comportara según las conveniencias humanas para no recibir, de lo contrario, daño. Os guía el amor. Lo sé. Pero tenéis que saber amar mejor a quien amáis. No posponiendo nunca el interés divino al interés de vuestro amado. Mujer, voy y te espero. La paz sea perenne en esta casa en que se ama a Dios y a su Ley, se respeta el vínculo matrimonial, se educa santamente a la prole, se ama

al prójimo y se busca la Verdad. Adiós».

Jesús pone la mano en la cabeza de la mujer y de las dos mocitas y luego se agacha para besar a los niños más pequeños, y sale.

Ahora un solecillo de invierno templa el aire crudo. Un muchacho de unos quince años espera con un rústico carro muy desvencijado.

«Sólo tengo esto, Señor. Pero, en todo caso, llegarás antes y con más comodidad».

«No, mujer. Conserva fresco tu caballo para venir a casa de Ismael. Indícame sólo el camino más corto».

El muchacho se pone a su lado y, por campos y prados, van hacia una ondulación del terreno, tras la cual hay una depresión de algunas hectáreas, bien cultivada, en cuyo centro hay una hermosa casa ancha y baja, circundada por una faja de jardín bien cultivado.

«La casa es aquélla, Señor» dice el muchacho. «Si no te hago más falta, vuelvo a casa para ayudar a mi madre».

«Ve, y sé siempre un hijo bueno. Dios está contigo»...

335.6 [6]...Jesús entra en la suntuosa casa de campo de Ismael. Gran número de siervos acuden al encuentro del Huésped, ciertamente esperado. Otros van a avisar al amo, y éste sale al encuentro de Jesús haciendo profundas reverencias.

«¡Bien vienes, Maestro, a mi casa!».

«Paz a ti, Ismael ben Fabí. Deseabas mi presencia. Vengo. ¿Para qué querías verme?».

«Para ser honrado con tu presencia y para presentarte a mis amigos. Quiero que lo sean también tuyos. De la misma forma que deseo que Tú seas amigo mío».

«Yo soy amigo de todos, Ismael».

«Lo sé. Pero, ya sabes... Conviene tener amistades en las altas esferas. Y la mía y las de mis amigos son de ésas. Tú — perdona si te lo digo — pasas por alto demasiado a quienes te pueden apoyar...».

«¿Y tú eres de ésos? ¿Por qué?».

«Yo soy de ésos. ¿Por qué? Porque te admiro y quiero tenerte como amigo».

«¡Amigo! ¿Pero sabes, Ismael, el significado que doy Yo a esta palabra? Para muchos, "amigo" quiere decir "conocido"; para otros, "cómplice"; para otros, "siervo". Para mí quiere decir "*fiel a la Palabra del Padre*". Quien no es tal no puede ser amigo mío, ni Yo suyo».

«Pero si quiero tu amistad precisamente porque quiero ser fiel,
335.7 Maestro. ¿No lo crees? [7]Mira: ahí llega Eleazar. Pregúntale cómo te he defendido ante los Ancianos. Eleazar, te saludo. Ven, que el Rabí quiere preguntarte una cosa».

Grandes saludos y recíprocas ojeadas indagadoras.

«Di tú, Eleazar, lo que dije del Maestro la última vez que nos reunimos».

«¡Oh, un verdadero elogio! ¡Una defensa apasionada! Ismael habló de ti tanto (como del Profeta más grande que haya venido al pueblo de Israel), Maestro, que sentí apetencia de escucharte. Recuerdo que dijo que ninguno tenía palabra más profunda que la tuya, ni atractivo mayor que el tuyo, y que, si como sabes hablar sabes sujetar la espada, no habrá ningún rey más grande que Tú en Israel».

«¡Mi Reino!... Este Reino no es humano, Eleazar».

«¡¿Pero el Rey de Israel?!».

«Ábranse vuestras mentes para comprender el sentido de las palabras arcanas. Vendrá el Reino del Rey de los reyes. Pero no en la medida humana. No respecto a lo perecedero, sino a lo eterno. A él se accede no por florida vía de triunfos ni sobre purpúrea alfombra de sangre enemiga, sino por empinado sendero de sacrificio y por benigna escalera de perdón y amor. *Las victorias contra nosotros mismos nos darán este Reino*. Y quiera Dios que la mayor parte de Israel pueda entenderme. Mas no será así. Vosotros pensáis lo que no es. En mi mano habrá un cetro puesto por el pueblo de Israel. Regio y eterno. Ningún rey podrá ya arrebatárselo a mi Casa. Pero muchos en Israel no podrán verlo sin estremecerse de horror, porque tendrá un nombre atroz para ellos».

«¿No nos crees capaces de seguirte?».

«Si quisierais, podríais. Pero no queréis. ¿Por qué no queréis? Sois ya ancianos. La edad debería haceros comprender y ser justos. Justos incluso con vosotros mismos. Los jóvenes... podrán errar y luego arrepentirse. ¡Pero vosotros! La muerte está siempre muy cerca de los ancianos. Eleazar, tú estás menos envuelto en las teorías de muchos de tus iguales. Abre tu corazón a la Luz...».

[8]Vuelve Ismael con otros cinco pomposos fariseos: «Venid, pues, adentro» dice el amo de la casa. Y, dejado el atrio, rico de sillas y alfombras, entran en una estancia. Traen ánforas y palanganas para las abluciones. Luego pasan al comedor, muy ricamente preparado. 335.8

«Jesús a mi lado, entre yo y Eleazar» ordena el amo. Y Jesús, que había permanecido en el fondo de la sala, junto a los discípulos, un poco arredrados y olvidados, debe sentarse en el sitio de honor.

Empieza el banquete, con numerosos servicios de carnes y pescados asados. Vinos y, según me parece, jarabes, o por lo menos aguamieles, pasan una y otra vez.

[9]Todos tratan de hacer hablar a Jesús. Uno, un viejo todo temblo- 335.9
roso, pregunta con voz bronca de decrépito: «Maestro, ¿es verdad lo

que se dice, que pretendes modificar la Ley?».

«No cambiaré ni una iota a la Ley. Es más — y Jesús recalca las palabras —, he venido realmente para devolverle su integridad, como cuando le fue dada a Moisés».

«¿Insinúas que ha sido modificada?».

«De ninguna manera. Ha sufrido la suerte de todas las cosas excelsas que han sido puestas en manos del hombre, nada más».

«¿Qué quieres decir? Especifica».

«Quiero decir que el hombre, por la antigua soberbia o por el antiguo fomes de la triple lujuria, quiso retocar la palabra clara, e hizo de ella una cosa opresiva para los fieles; mientras que para los autores de los retoques no es más que un cúmulo de frases que... bueno, que es para los demás».

«¡Pero, Maestro! Nuestros rabíes...».

«¡Esto es una acusación!».

«¡No frustres nuestro deseo de favorecerte!...».

«¡Ah, ya! ¡Tienen razón cuando te llaman rebelde!».

«¡Silencio! Jesús es mi invitado. Que hable libremente».

«Nuestros rabíes comenzaron su esfuerzo con la santa finalidad de facilitar la aplicación de la Ley. Dios mismo dio comienzo a esta escuela cuando a las palabras de los diez mandamientos añadió explicaciones más detalladas. Para que el hombre no tuviera la excusa de no haber sabido comprender. Obra santa, pues, la de los maestros que desmenuzan para los pequeñuelos de Dios el pan que Dios ha dado al espíritu: *santa si persigue recto fin*. No siempre fue así. Y ahora menos que nunca. Pero, ¿por qué me queréis hacer hablar, vosotros que os ofendéis si os enumero las culpas de los poderosos?».

«¿Culpas? ¿Culpas? ¿No tenemos sino culpas?».

«¡Quisiera que tuvierais sólo méritos!».

«Pero no los tenemos: eso es lo que piensas, y tu mirada lo delata.

335.10 [10]Jesús, no se logra la amistad de los poderosos criticando. No reinarás. No conoces el arte de reinar».

«No pido reinar a la manera que vosotros creéis. Ni mendigo amistades. Quiero amor. Pero un amor honesto y santo. Un amor que vaya de mí a aquellos a quienes amo, y que se demuestre usando con los pobres lo que predico que se use: misericordia».

«Yo, desde que te oí hablar, no he vuelto a prestar con usura» dice uno.

«Dios te recompensará».

«El Señor me es testigo de que no he vuelto a pegar a los siervos que merecían azotes, desde que me refirieron una parábola tuya» dice otro.

«¿Y yo? ¡He dejado en los campos, para los pobres, más de diez moyos de cebada!» dice un tercero.

Los fariseos se alaban excelsamente.

Ismael no ha hablado. Jesús pregunta: «¿Y tú, Ismael?».

«¡Oh, ¿yo?! *Siempre* he usado misericordia. Sólo debo seguir actuando como siempre».

«¡Bien para ti! Si es realmente así, eres el hombre que no conoce remordimientos».

«¡Ciertamente no!».

Jesús le perfora con su mirada de zafiro.

[11]Eleazar le toca en el brazo: «Maestro, escúchame. Tengo un caso 335.11
especial que someter a tu consideración. Recientemente he adquirido de un pobre desdichado una propiedad; este hombre se ha echado a perder por una mujer. Me ha vendido la propiedad, pero sin decirme que en ella hay una sierva anciana, su nodriza, ya ciega y medio chiflada. El vendedor no la quiere. Yo... no la querría. Pero, ponerla en plena calle... ¿Qué harías tú, Maestro?».

«¿Tú qué harías, si tuvieras que dar a otro un consejo?».

«Diría: "Quédate con ella, que no va a ser un pan lo que te arruine"».

«¿Y por qué dirías eso?».

«Bueno, pues... porque creo que yo actuaría así y querría que hicieran eso conmigo...».

«Estás muy cerca de la justicia, Eleazar. Haz como aconsejarías, y el Dios de Jacob estará siempre contigo».

«Gracias, Maestro».

Los otros murmuran entre sí.

«¿Qué tenéis que criticar?» pregunta Jesús. «¿No he hablado rectamente? ¿Y éste?, ¿no ha hablado también rectamente? Ismael, defiende a tus invitados, tú que siempre has usado misericordia».

«Maestro, hablas bien, pero... ¡si se actuara siempre así!... Seríamos víctimas de los demás».

«Y es mejor, según tú, que sean los demás víctimas nuestras, ¿no?».

«No digo eso. Pero hay casos...».

«La Ley dice que hay que tener misericordia...».

«Sí, hacia el hermano pobre, hacia el forastero, el peregrino, la viuda y el huérfano. Pero esta vieja que ha venido a parar a los brazos de Eleazar no es su hermana, ni peregrina, forastera, huérfana o viuda. Para él no es nada; ni menos ni más que un objeto viejo del ajuar — no suyo —, olvidado en la propiedad vendida por quien es su verdadero dueño. Por eso Eleazar podría incluso echarla sin es-

crúpulos de ningún tipo. A fin de cuentas, la culpa de la muerte de la vieja no sería suya, sino de su verdadero amo...».

«...el cual, siendo también pobre, no la puede seguir manteniendo; de forma que también está exento de obligaciones. Así que, si la anciana se muere de hambre, la culpa es de la anciana. ¿No es así?».

«Así, Maestro. Es la suerte de los que... ya no sirven. Enfermos, viejos, incapaces, están condenados a la miseria, a la mendicidad. Y la muerte es lo mejor para ellos... Así es desde que el mundo existe, y así será...».

335.12 [12]«¡Jesús, ten piedad de mí!». Un lamento entra a través de las ventanas trancadas (porque la sala está cerrada y las lámparas encendidas; quizás por el frío).

«¿Quién me llama?».

«Algún importuno. Haré que le manden afuera. O algún mendigo. Diré que le den un pan».

«Jesús, estoy enfermo. ¡Sálvame!».

«Ya decía yo. Un importuno. Castigaré a los siervos por haberle dejado pasar». Y se levanta Ismael.

Pero Jesús, al menos veinte años más joven que él, y todo el cuello y la cabeza más alto, le sienta de nuevo poniéndole la mano en el hombro mientras ordena: «Quédate ahí, Ismael. Quiero ver a este que me busca. Que entre».

Entra un hombre de cabellos todavía negros. Puede tener unos cuarenta años. Pero está hinchado como una cuba y amarillo como un limón; violáceos los labios en la boca jadeante. Le acompaña la mujer de la primera parte de la visión. El hombre avanza con dificultad, por la enfermedad y por temor. ¡Se ve tan mal mirado!...

Pero ya Jesús ha dejado su sitio y ha ido hasta el infeliz. Luego le ha tomado de la mano y le ha llevado al centro de la sala, al espacio vacío que hay entre las mesas, colocadas en forma de "u" ⌈•⌉, justo debajo de la lámpara.

«¿Qué quieres de mí?».

«Maestro... te he buscado mucho... desde hace mucho... Nada quiero aparte de salud... por mis hijos y mi mujer... Tú puedes todo... Ya ves mi mísero estado...».

«¿Y crees que te puedo curar?».

«¡Vaya que si lo creo!... Cada paso que doy me hace sufrir... cada movimiento brusco es un dolor para mí... y, no obstante, he recorrido kilómetros para buscarte... y luego, con el carro, te he seguido aún... pero no te alcanzaba nunca... ¡Vaya que si lo creo! Me extraña no estar ya curado desde que mi mano está en la tuya, porque todo en ti es santo, ¡oh, Santo de Dios!».

El pobrecillo resopla como un fuelle por el esfuerzo de tantas palabras. La mujer mira a su marido y a Jesús, y llora.

[13]Jesús los mira y sonríe. Luego se vuelve y pregunta: «Tú, anciano escriba (habla al viejo tembloroso que ha hablado el primero), respóndeme: ¿es lícito curar en sábado?». 335.13

«En sábado no es lícito hacer obra alguna».

«¿Ni siquiera salvar a uno de la desesperación? No es trabajo manual».

«El sábado está consagrado al Señor».

«¡¿Cuál obra más digna de un día sagrado que hacer que un hijo de Dios diga al Padre: "Te amo y te alabo porque me has curado"?!».

«Debe hacerlo aunque sea infeliz».

* «Cananías, ¿sabes que en este momento tu bosque más hermoso está ardiendo y toda la ladera del Hermón resplandece envuelta en purpúreas llamas?».

El viejecillo pega un salto como si le hubiera mordido un áspid: «Maestro, ¿dices la verdad o estás bromeando?».

«Digo la verdad. Yo veo y sé».

«¡Oh, pobre de mí! ¡Mi más hermoso bosque! ¡Miles de siclos reducidos a ceniza! ¡Maldición! ¡Malditos sean los perros que me le han prendido fuego! ¡Que ardan sus entrañas como mi madera!». El viejecillo está desesperado.

«¡No es más que un bosque, Cananías, y te lamentas! ¿Por qué no alabas a Dios en esta desventura? Éste no pierde madera, que renace, sino la vida y el pan para los hijos, y debería dar a Dios esa alabanza que tú no le das. Entonces, escriba, ¿no me es lícito curar en sábado a éste?».

«¡Maldito Tú, él y el sábado! Tengo otras cosas mucho más graves en que pensar...» y, dando un empujón a Jesús, que le había puesto una mano en el brazo, sale enfurecido, y se le oye dar gritos con su voz bronca para que le traigan su carro.

«¿Y ahora?» pregunta Jesús mirando a los que tiene alrededor. «Y ahora, decidme, ¿es lícito o no?».

Ninguna respuesta. Eleazar agacha la cabeza. Antes había entreabierto los labios, pero vuelve a cerrarlos, sobrecogido por el hielo que reina en la sala.

«Bien, pues voy a hablar Yo» dice Jesús, con majestuoso aspecto y voz tronante, como siempre cuando está para realizar un milagro.

---

* *Cananías*. MV pone una nota en el manuscrito original, para explicar que el sonido correspondiente a la "C" lo pronuncian en un modo entre aspirado y prolongado. Por eso lo escribe una vez con "Ch" y otra simplemente con "C". Con la "h" quiere expresar esa aspiración o prolongación del sonido.

«Voy a hablar Yo. Hablo. Digo: hombre, hágase en ti según crees. Estás curado. Alaba al Eterno. Ve en paz».

El hombre se queda desorientado. Quizás pensaba que iba a volverse de golpe esbelto, como tiempo atrás. Y le da la impresión de no estar curado. Pero... a saber lo que siente... Emite un grito de alegría, se arroja a los pies de Jesús y se los besa.

«¡Ve, ve! Sé siempre bueno. ¡Adiós!».

El hombre sale, seguido de la mujer, la cual hasta el último momento se vuelve a saludar a Jesús.

335.14 [14]«Pero, Maestro... En mi casa... En sábado...».

«¿No das tu aprobación? Ya lo sé. Por esto he venido. ¿Tú, amigo? No. Enemigo mío. No eres sincero ni conmigo ni con Dios».

«¿Ofendes ahora?».

«No. Digo la verdad. Has dicho que Eleazar no está obligado a socorrer a esa anciana porque no es de su propiedad. Pero tú tenías a dos huérfanos en tu propiedad. Eran hijos de dos de tus siervos fieles, que se han muerto trabajando, uno de ellos con la hoz en el puño, la otra matada por la excesiva fatiga por haberte tenido que servir — como la exigías para no despedirla —, servirte por ella y por su marido. Tú decías: "He hecho contrato por dos personas que trabajaran, y, para seguirte teniendo, quiero el trabajo tuyo y el del muerto". Y ella te lo ha dado, y ha muerto con el fruto de su concebimiento; porque esa mujer era madre. Y no hubo para ella la piedad que se tiene con la bestia encinta. ¿Dónde están ahora esos dos niños?». *

«No lo sé... Desaparecieron un día».

«No mientas ahora. Basta haber sido cruel. No es necesario añadir el embuste para que Dios aborrezca tus sábados, a pesar de su total carencia de obras serviles. ¿Dónde están esos niños?».

«No lo sé. Ya no lo sé. Créelo».

«Yo lo sé. Los encontré una noche de noviembre, fría, lluviosa, oscura. Los encontré hambrientos y temblando, cerca de una casa, como dos perrillos en busca de un pedazo de pan que llevarse a la boca... Maldecidos y despedidos por quien tenía entrañas de perro más que un perro verdadero. Porque un perro habría tenido piedad de aquellos dos huerfanitos. Y ni tú ni aquel hombre la habéis tenido. ¿Ya no te servían sus padres, verdad? Estaban muertos. Los muertos sólo lloran, en sus sepulcros, al oír los sollozos de esos hijos infelices de que los demás no se ocupan. Pero los muertos, con su espíritu, elevan sus llantos y los de sus huérfanos a Dios, y dicen: "Señor, vén-

* Los *dos huérfanos* son los niños María y Matías, que hemos visto en 298.2/6 y en 299.2/8.

ganos tú, porque el mundo aplasta cuando ya no le es posible seguir explotando". ¿No te servían todavía los dos pequeñuelos, verdad? Apenas si la niña podía servir para espigar... Y tú los despediste negándoles incluso aquellos pocos bienes que pertenecían a su padre y a su madre. Podían morir de hambre y frío como dos perros en un camino de carros. Podían vivir y hacerse el uno ladrón, la otra prostituta. Porque el hambre porta al pecado. ¡Pero a ti qué te importaba?

Hace un rato citabas la Ley como apoyo de tus teorías. ¿Es que la * Ley no dice: "No vejéis a la viuda y al huérfano, porque, si lo hacéis y elevan su voz hacia mí, escucharé su grito y mi furor se desencadenará y os exterminaré y vuestras mujeres se quedarán viudas y vuestros hijos huérfanos"? ¿No dice eso la Ley? Y entonces, ¿por qué no la observas? ¿Me defiendes ante los demás? ¿Y por qué no defiendes mi doctrina en ti mismo? ¿Quieres ser amigo mío? ¿Y por qué haces lo opuesto de lo que Yo digo? Uno de vosotros va corriendo a más no poder, arrancándose los pelos, por la destrucción de su bosque. ¡Y no se los arranca ante las ruinas de su corazón! ¿Y tú a qué esperas a hacerlo?

[15]¿Por qué queréis siempre creeros perfectos, vosotros a quienes la 335.15
suerte ha hecho subir? Y, suponiendo que lo fuerais en algo, ¿por qué no tratáis de serlo en todo? ¿Por qué me odiais porque os destapo las llagas? Yo soy el Médico de vuestro espíritu. ¿Puede un médico curar si no destapa y limpia las llagas? ¿No sabéis que muchos — y esa mujer que ha salido es uno de ellos — merecen, a pesar de su pobre apariencia, el primer puesto en el banquete de Dios? No es lo externo, es el corazón, es el espíritu, lo que vale. Dios os ve desde lo alto de su trono. Y os juzga. ¡Cuántos ve mejores que vosotros! Por tanto, escuchad. Como regla comportaos así, siempre: cuando os inviten a un banquete de bodas, elegid siempre el último puesto. Recibiréis doble honor cuando el amo de la casa os diga: "Amigo, ven adelante". Honor de méritos y honor de humildad. Mientras... ¡Oh, triste hora para un soberbio, ser puesto en evidencia y oír que le dicen: "Ve allá, al final, que aquí hay uno que es más que tú"! Y haced lo mismo en el banquete secreto del desposorio de vuestro espíritu con Dios. Quien se humilla será ensalzado y quien se ensalza será humillado.

[16]Ismael, no me odies porque te medico. Yo no te odio. He venido 335.16
para curarte. Estás más enfermo que aquel hombre. Tú me has invitado para darte lustre a ti mismo y satisfacción a los amigos. Invitas a menudo, pero es por soberbia y gusto. No lo hagas. No invites a ricos, a parientes y a amigos. Abre, más bien, la casa, abre el corazón, a los pobres, mendigos, lisiados, cojos, huérfanos y viudas. La única

* *No vejéis...* es cita de *Éxodo 22, 21-23.*

compensación que te darán serán bendiciones. Pero Dios las transformará para ti en gracias. Y al final... ¡oh, al final, qué beata ventura para todos los misericordiosos, que serán retribuidos por Dios en la resurreción de los muertos! ¡Ay de aquellos que acarician solamente una esperanza de ganancia y luego cierran su corazón al hermano que ya no puede ser útil! ¡Ay de ellos! Yo vengaré a los abandonados».

«Maestro... yo... quiero complacerte. Tomaré de nuevo a esos niños».

«No».

«¿Por qué?».

«¡¿Ismael?!...».

Ismael agacha la cabeza. Quiere aparentar humildad. Pero es una víbora a la que se la ha hecho soltar el veneno, y no muerde porque sabe que no lo tiene, pero espera la ocasión para morder...

335.17 [17]Eleazar trata de instaurar de nuevo la paz diciendo: «Dichosos los que participan en el banquete con Dios, en su espíritu y en el Reino eterno. Pero, créelo, Maestro, a veces es la vida la que supone un obstáculo. Los cargos... las ocupaciones...».

Jesús dice aquí la parábola del banquete, y termina: «Has dicho * los cargos... las ocupaciones. Es verdad. Pero por eso te he dicho al principio de este convite que mi Reino se conquista con victorias sobre uno mismo y no con victorias de armas en el campo de batalla. El puesto en la gran Cena es para estos humildes de corazón que saben ser grandes con su amor fiel que no mide el sacrificio y que todo lo supera para venir a mí. Una hora basta para transformar un corazón. Si ese corazón *quiere*. Y basta una palabra. Yo os he dicho muchas. Y miro... En un corazón está naciendo una planta santa. En los otros, espinos para mí, y dentro de los espinos hay áspides y escorpiones. No importa. Yo voy por mi camino recto. El que me ame que me siga. Yo paso llamando. Los que sean rectos que vengan a mí. Paso instruyendo. Los buscadores de justicia acérquense a la Fuente. Respecto a los otros... respecto a los otros juzgará el Padre santo. Ismael, me despido de ti. No me odies. Medita. Siente que fui severo por amor, no por odio. Paz a esta casa y a sus habitantes. Paz a todos, si merecéis paz».

---

* *Jesús dice aquí la parábola del banquete*, que no está recogida aquí, pero que puede ser leída en *Lucas 14, 16-24*, texto a que remite MV en una copia mecanografiada.

336. En Nazaret con cuatro apóstoles. El amor de Tomás por María Stma.

20 de noviembre de 1945.

[1]Ismael ben Fabí. Dice Jesús: «Aquí pondréis la visión del 11 de septiembre de 1944». 336.1

[2]Jesús con los suyos están de nuevo en la vía que va de la llanura de Esdrelón a Nazaret. Deben haber pernoctado en algún lugar, porque es otra vez por la mañana. Van en silencio durante un tiempo. Primero va Jesús solo delante; luego Jesús con Pedro y Simón (los ha llamado); después todos juntos, hasta una bifurcación que es intersección de la vía de Nazaret con una que va hacia el nordeste. Los montes ya están cercanos por los dos lados. 336.2

Jesús indica a los que van hablando que guarden silencio, y dice: «Dividámonos ahora. Yo voy a Nazaret con los hermanos, con Pedro y con Tomás. Vosotros, dirigidos por Simón Zelote, id, por la vía del Tabor y de las caravanas, a Debaret, a Tiberíades, Magdala, Cafarnaúm; y de allí iréis hacia Merón y os detenéis en casa de Jacob para ver si se ha convertido, y lleváis mi bendición a Judas y Ana. Os alojaréis donde os hospeden con más insistencia. Una noche sólo en cada sitio, porque la noche del sábado nos encontraremos en la vía de Sefet. [3]Pasaré el sábado en Corazín, en casa de la viuda. Pasad a avisarla. Así terminaremos de dar paz al alma de Judas, que se persuadirá de que Juan no está tampoco en estos cobijos hospitalarios...». 336.3

«¡Maestro, que yo creo!...».

«Pero siempre conviene que te asegures, para que no tengas que ponerte colorado delante de Caifás y Anás, como no me pongo colorado Yo delante de ti ni delante de ningún otro hombre afirmando que Juan ya no está con nosotros. A Tomás me lo llevo a Nazaret. Así podrá tranquilizarse también respecto a ese lugar, viendo con sus propios ojos...».

«¡Pero yo, Maestro! ¿Qué crees que me puede interesar! Al contrario, siento que no esté ya con nosotros ese hombre. Habrá sido lo que haya sido. Pero, desde que le hemos conocido, ha sido siempre mejor que muchos ilustres fariseos. Me bastaría con saber que no te ha renegado ni causado dolor. Y además... sea que esté en la tierra, sea que le tenga Abraham en su seno, a mí no me interesa. Créeme. Aunque estuviera en mi casa... no sentiría ninguna repulsa. Espero que no pienses que tu Tomás tenga en el corazón más que una natural curiosidad, y ninguna mala intención, ningún estímulo de investigar con más o menos rectitud, ninguna tendencia al espionaje, ni volun-

tario ni involuntario ni autorizado, ningún deseo de causar daño...».

«¡Tú me ofendes! ¡Estás haciendo insinuaciones! ¡Mientes! ¿Por qué dices eso, si has visto que en todo este tiempo no he tenido sino un único modo santo de actuar? ¿Qué puedes decir de mí? ¡Habla!» Judas está encolerizado, furioso.

«¡Silencio! Tomás me responde a mí. A mí sólo, que soy quien le ha hablado. Creo en las palabras de Tomás. Pero *quiero que se haga así*, y así sea, y ninguno de vosotros tiene derecho a criticar mi modo de actuar».

«No te estoy criticando. Es que la insinuación me ha tocado y...».

«Sois doce. ¿Por qué te ha tocado sólo a ti lo que he dicho a todos?» pregunta Tomás.

«Porque he sido yo el que ha buscado a Juan».

Jesús dice: «También lo han hecho otros compañeros tuyos, y otros discípulos lo harán, y por ello ninguno se considerará ofendido por las palabras de Tomás. No es pecado preguntar honestamente por un condiscípulo. No duele oír palabras como las que han sido dichas, cuando en nosotros no hay sino amor y honestidad; cuando nada remuerde en el corazón y cuando, por no haber sido herido ya el corazón por el diente del remordimiento, nada le hace ultrasensible. ¿Por qué quieres hacer estas protestas en presencia de tus compañeros? ¿Quieres que sospechen pecado en ti? La ira y la soberbia son dos malas compañeras, Judas. Arrastran al delirio, y uno que delira ve lo que no existe, dice lo que no debería decir... de la misma forma que la avaricia y la lujuria arrastran a acciones culpables con tal de satisfacerse... Líbrate de estas malvadas siervas... Y de momento has de saber que durante estos muchos, muchos días de ausencia tuya ha habido buena concordia entre nosotros, *siempre*, y ha habido obediencia y
336.4 respeto *siempre*. Nos hemos amado, ¿comprendes?... [4]Adiós, amados amigos. Idos, y *amad*. ¿Comprendéis? Amaos, sed compasivos los unos para con los otros, hablad poco y actuad bien. La paz sea con vosotros».

Los bendice. Mientras ellos van a la derecha, Jesús continúa su camino con los primos y con Pedro y Tomás.

Continúa en medio de un gran silencio, hasta que Pedro salta con un potente y solitario: «¡Sabe Dios!...», puesto como corolario de quién sabe qué larga meditación. Los demás le miran...

Jesús, al quite, desvía otras preguntas diciendo: «¿Estáis contentos vosotros dos de venir a Nazaret conmigo?» y pasa los brazos por los hombros a Pedro y a Tomás.

«¿Y lo preguntas?» dice Pedro con su exuberancia.

Tomás, más tranquilo, pero con su cara regordeta resplandeciente de alegría, añade: «¿No sabes que para mí estar al lado de tu Ma-

dre es una dulzura que no encuentro palabras para describírtela?
* María es mi amor. No estoy consagrado virgen, y no era contrario a tener una familia; ya había puesto mi mirada en algunas jóvenes, sin decidirme sobre cuál elegir por esposa. ¡Pero ahora... ahora!... ¡Que sí, que mi amor es María! El inasible amor para la carne. ¡Pero la carne muere con sólo pensar en Ella! El letificante amor para el espíritu. ¡Ah!, todo lo que he visto en las mujeres — incluso las más queridas, como mi madre y mi hermana gemela —, todo lo que de bueno veo en ellas, lo comparo con lo que veo en tu Madre, y digo dentro de mí: "En Ella habita toda justicia, toda gracia y belleza. Plantío de flores paradisíacos es su espíritu amable... un poema su figura...". ¡Oh, porque nosotros israelitas no osamos pensar en los
* ángeles y con pávida reverencia observamos a los querubines del Santo de los Santos!... ¡Qué necios! ¡Y no sentimos luego diez veces más de devotísimo temblor mirándola a Ella! Ella, que — estoy seguro — supera ante los ojos de Dios toda belleza angélica...».

Jesús mira al enamorado de su Madre, que parece espiritualizarse de tanto como su sentimiento hacia María le muda la expresión bondadosa del rostro. «Bueno, pues unas horas, pocas, estaremos con Ella. Nos detendremos hasta pasado mañana. Luego vamos a ir a Tiberíades, a ver a los dos niños y a tomar una barca para Cafarnaúm».

«¿Y a Betsaida?» pregunta Pedro.

«Al regreso, Simón. Al regreso iremos a Betsaida para recoger a Margziam para el peregrinaje de Pascua»...

[5]...Y es la noche del mismo día, en Nazaret, en la casita pacífica, 336.5
donde Pedro y Tomás ya duermen. Y se oye el coloquio delicado entre la Madre y el Hijo.

«Todo ha ido bien, Madre mía. Ahora tienen paz. Tus oraciones han ayudado a los peregrinos, y ahora, como rocío en flores agostadas, están curando su dolor».

«¡Quisiera curar el tuyo, Hijo mío! ¡Cuánto debes haber sufrido!

---

* *No estoy consagrado virgen*: En el texto original italiano leemos "Non sono vergine" (literalmente: "no soy virgen"). Esta traducción está apoyada principalmente en la expresión de María Stma. en 7.4: "mi farò vergine" (literalmente: "me haré virgen") con el sentido de "me conservaré y consagraré virgen".
Pocas líneas más abajo, MV, en una copia mecanografiada, hace la siguiente observación a las palabras *la carne muere con sólo pensar en Ella*: *Es opinión de Santos (S. Tomás de Aquino, S. Tomás de Villanueva, S. Buenaventura y otros) que, a pesar de su belleza física, Ella era tan santa, que extinguía en quien la mirase toda concupiscencia, y no sólo eso, sino que virginizaba el espíritu y extinguía la carnalidad de quien a Ella se acercaba.*

* *los querubines* que Salomón hizo colocar en el Santo de los Santos, la parte más interna del Templo, están descritos en *1 Re 6, 23-28.*

Mira. Aquí, en las sienes, tu carne se hunde, y aquí, en las mejillas; una arruga corta tu frente como señal de espada. ¿Quién te ha herido de este modo, corazón mío?».

«El dolor de tener que dar dolor, Mamá».

«¿Eso sólo, Jesús mío? ¿Tus discípulos no te han dado dolor?».

«No, Mamá. Han sido de una bondad de santos».

«Los que estaban contigo... Pero yo me refiero a todos...».

«Como puedes ver, he traído a Tomás para premiarle, y hubiera querido traer también a los que no habían estado aquí la otra vez. Pero tenía que enviarlos a otro lugar, adelante...».

«¿Y Judas de Keriot?».

«Judas está con ellos».

María abraza a su Hijo y reclina la cabeza en su hombro llorando.

«¿Por qué lloras, Mamá?» pregunta Jesús acariciando su pelo.

María guarda silencio y llora. Sólo a la tercera pregunta susurra: «Por el terror que siento... Siempre deseo que te abandone... ¿Peco, no es verdad, deseando esto? Pero es tan fuerte, tan fuerte el miedo que le tengo, por ti...».

«Sólo si desapareciera muriendo cambiarían las cosas. Pero, ¿por qué debería morir?».

«No soy tan mala como para desearlo... ¡Él también tiene una madre! Y tiene un alma... Un alma que todavía puede salvarse. Pero... ¡oh, Hijo mío!... ¿no sería, acaso, un bien para él la muerte?».

Jesús suspira y susurra: «Para muchos sería un bien la muerte...». Y luego, en voz alta: «¿Has sabido algo de la anciana Juana? * ¿Sus campos?...».

«He ido con María de Alfeo y Salomé de Simón después de las granizadas. Pero su trigo, al haber sido sembrado con retraso, no había nacido todavía y no se ha dañado. Hace tres días volvió María para ver cómo iba. Dice que parece una alfombra. Los campos más lindos de esta tierra. Raquel está bien y la anciana contenta. También María de Alfeo está contenta, ahora que Simón es todo para ti. Mañana le verás. Viene todos los días. Hoy acababa de salir cuando has llegado. ¿Sabes?, ninguno se dio cuenta de nada. Alguno habría hablado, si se hubiera dado cuenta de que estaban aquí. Pero... si verdaderamente no estás cansado, cuéntame su viaje...».

Y Jesús cuenta todo a la Madre atenta, menos su sufrimiento en la gruta de Yiftael.

---

* A la *anciana Juana*, mencionada aquí, y a su nieta *Raquel*, mencionada algunos renglones después, las hemos visto ya en 309.1/4. A la pequeña Raquel, curada por mérito de Margziam, la veremos también en 338.3.

337. El sábado en Corazín. Parábola sobre los corazones imposibles de labrar. Curación de una mujer encorvada.

21 de noviembre de 1945.

[1]Jesús está en Corazín, en la sinagoga, que se va llenando lenta- 337.1
mente de gente. Los notables del lugar deben haber insistido para que Jesús este sábado adoctrinase allí. Lo comprendo por las razones que aducen y por las respuestas de Jesús.

«No somos más arrogantes que los judíos o que los de la Decápolis» dicen «y, sin embargo, vas una y otra vez... y vuelves allí a menudo».

«También aquí lo mismo. Con palabras y obras, con mi silencio y mis actos, os he adoctrinado».

«Pero, si somos más duros que los otros, razón de más para insistir...».

«Bien, bien».

«¡Claro que sí; que bien! Te dejamos que uses nuestra sinagoga como lugar de adoctrinamiento, precisamente porque juzgamos que está bien hecho. Acepta, pues, la invitación y habla».

[2]Jesús abre los brazos — señal de silencio para los presentes — y 337.2
empieza su discurso, y habla con tono de salmo: una recitación lenta, melodiosa y enfática: «"Arauná respondió a David: 'Que el rey mi señor tome y ofrende como quiera. Ahí están los bueyes para el holocausto, el carro y los yugos de los bueyes como leña; todo, ¡oh rey!, da Arauná al rey'. Y añadió: 'Que el Señor Dios acepte propicio tu voto'. Mas el rey respondió y dijo: 'No será como quisieras. No. Quiero comprar con dinero. No quiero ofrecer al Señor mi Dios holocaustos que me hayan sido regalados'"».

Jesús baja la mirada, pues hablaba con la cara casi vuelta hacia el techo; mira fijamente, agudamente, al arquisinagogo y a los cuatro notables que estaban con él, y pregunta: «¿Habéis comprendido el significado?».

* «Esto está en el segundo de los Reyes, cuando el rey santo compró la era de Arauná... Pero no comprendemos por qué nos lo has citado. Aquí no hay pestilencia y no se tiene que ofrecer un sacrificio. Tú no eres rey... Bueno, queremos decir: no todavía».

«En verdad, tarda es vuestra mente para comprender los símbolos, e insegura vuestra fe. Si fuera segura, veríais que ya soy Rey como he dicho; si tuvierais intuición despierta, comprenderíais que

---

* *está en el segundo de los Reyes*, pero la cita corresponde, en la actual nomenclatura bíblica, a *2 S 24, 22-24*.

aquí hay una pestilencia muy grave, más que la que preocupaba a David: tenéis la de la incredulidad que os hace perecer».

«¡Bien! Pues si somos tardos e incrédulos, danos inteligencia y fe y explícanos lo que has querido decir».

«Digo: no ofrezco a Dios los holocaustos forzados, los que se ofrecen por mezquino interés. Y Aquel que para hablar ha venido no acepta el hablar sólo si se le concede: es mi derecho y me lo tomo. Bajo el sol o entre cerradas paredes, encima de los montes o en el fondo de los valles, en el mar o sentado en las orillas del Jordán, en todas partes, tengo el derecho y el deber de adoctrinar y de comprar con mi esfuerzo los únicos holocaustos agradables a Dios: los corazones convertidos y hechos fieles por mi palabra.

Aquí, vosotros de Corazín, habéis concedido al Verbo la palabra no por respeto y fe, sino porque tenéis en vuestro corazón una voz que os tortura como carcoma que roe la madera: "Este castigo del hielo es por nuestra dureza de corazón". Y queréis arreglar las cosas. Por la economía, no por el alma. ¡Oh, Corazín pagana y obcecada! Mas no toda Corazín es igual. Para los que no son así, hablaré, con una parábola.

337.3 [3]Oíd. Un necio rico llevó a un artista un trozo grande de una substancia blonda como la miel más fina, y le ordenó que lo trabajara para hacer de él una ánfora decorada.

"No es un material bueno para ser trabajado" dijo el artista al adinerado. "¿Ves? Es blando, elástico. ¿Cómo puedo esculpirlo y modelarlo?".

"¿Cómo! ¿No es bueno? Es una resina preciada. Y un amigo mío tiene una pequeña ánfora de esta resina y en ella su vino adquiere un sabor delicioso. La he pagado a precio de oro, para disponer de un ánfora más grande y humillar así a mi amigo jactancioso. Házmela inmediatamente. Si no, diré que eres un artista incapaz".

"La de tu amigo será de alabastro blondo".

"No. Es de este material".

"Será de ámbar fino".

"No. Es de este material".

"Aunque fuera de este material — vamos a suponerlo — habrá adquirido compacidad, dureza, por siglos de antigüedad o con la mezcla de otras substancias solidificantes. Pregúntaselo y vuelve a decirme cómo fue hecha la suya".

"No. Me la ha vendido él mismo, asegurándome que se usa así".

"Pues entonces te ha timado para castigarte por envidiar su bonita ánfora".

"¡Mide tus palabras! Trabaja. Si no, te castigo quitándote el ta-

ller; que todo lo que tienes no vale cuanto me cuesta esta estupenda resina".

El artista, desconsolado, se puso manos a la obra. Plasmaba la substancia... Pero ésta se le quedaba pegada a las manos. Trataba de solidificar un trocito con mástiques y polvos... Pero la resina perdía su transparencia de oro. La ponía junto al horno de fusión esperando que el calor la endureciera... Pero, desesperado, tenía que quitarla porque se licuaba. Mandó por nieve helada a la cima del alto Hermón; metió la resina dentro de la nieve... Se endurecía, seguía siendo bonita, pero ya no se podía modelar. "La voy a modelar con el cincel" dijo. Mas al primer golpe de cincel la resina se hizo pedazos.

El artista, totalmente desesperado, convencido ya de que nada podía hacer apto para ser trabajado a aquel material, intentó una última prueba. Reunió los trozos, los hizo de nuevo líquidos al calor del horno, los volvió a congelar con la nieve, aunque esta vez no demasiado, e intentó trabajar en la masa ligeramente blanda con el cincel y la espátula. ¡Se modelaba!, ¡sí!... Pero, nada más dejar cincel y espátula, volvía a la forma de antes, como si fuera masa de pan en fermentación en la artesa.

El hombre se dio por vencido. Y para huir de las represalias del rico, y de la ruina, durante la noche cargó en un carro a su mujer, a sus hijos, los enseres y los instrumentos de trabajo; y dejó en el centro del taller completamente vacío la masa blonda de la resina con una tira de papel encima con las palabras: "Imposible de labrar". Luego huyó allende los confines...

[4]Yo he sido enviado a labrar los corazones en orden a la Verdad y 337.4
la Salud. Han venido a mis manos corazones de hierro, plomo, estaño, alabastro, mármol, plata, oro, jaspe, piedras preciosas. Corazones duros, corazones toscos, corazones demasiado tiernos, corazones volubles, corazones endurecidos por las penas, corazones valiosísimos: todo tipo de corazones. Los he labrado a todos. Y a muchos los he modelado según el deseo de Aquel que me ha enviado. Algunos me han herido mientras los trabajaba, otros han preferido romperse antes que dejarse trabajar con toda profundidad. Pero, quizás con odio, conservarán siempre un recuerdo mío.

Vosotros sois imposibles de labrar. Calor de amor, paciencia de instrucción, frío de reprensiones, fatiga de cincel... nada sirve con vosotros. Nada más retirar mis manos, volvéis a ser como erais. Tendríais que hacer una única cosa para ser cambiados: abandonaros totalmente en mí. No lo hacéis. No lo haréis nunca. El Trabajador, desconsolado, os abandona a vuestro destino. Pero, dado que es justo, no os abandona a todos igual. Desconsolado, sabe todavía elegir a los

que merecen su amor, y los consuela y bendice.

337.5 [5]¡Mujer, ven aquí!» dice señalando a una mujer que está junto a la pared, tan encorvada que parece un signo de interrogación.

La gente ve a dónde señala Jesús, pero no ve a la mujer, la cual, por su conformación, no puede ver a Jesús ni tampoco su mano. «¡Ve, Marta! Que te llama» le dicen varias personas. Y la pobrecita va, renqueando con su bastón, que le llega a la altura de la cabeza.

Ahora está delante de Jesús, que le dice: «Mujer, quédate con un recuerdo de mi paso y con un premio a tu fe silenciosa y humilde. Queda liberada de tu enfermedad» grita al final, poniéndole las manos en la espalda.

Y en seguida la mujer se alza y, derecha como una palma, levanta los brazos y grita: «¡Hosanna! ¡Me ha curado! Ha visto a su sierva fiel y la ha agraciado. ¡Sea alabado el Salvador y Rey de Israel! ¡Hosanna al Hijo de David!».

La gente responde con sus "¡hosanna!" a los de la mujer, la cual ahora está de rodillas a los pies de Jesús, besándole el borde de la túnica, mientras Él le dice: «Ve en paz y persevera en la fe».

337.6 [6]El arquisinagogo — deben quemarle todavía las palabras dichas por Jesús antes de la parábola — quiere responder con veneno a la reprensión, y, mientras la muchedumbre se abre para dejar pasar a la mujer curada milagrosamente, grita indignado: «Hay seis días para trabajar, seis días para pedir y dar. Venid, pues, en esos días, tanto para pedir como para dar. ¡Venid a recobrar la salud en esos días, sin violar el sábado, pecadores e infieles, corrompidos y corruptores de la Ley!», y trata de empujar a todos afuera de la sinagoga, como para arrojar la profanación del lugar de oración.

Pero Jesús, que le ve ayudado en su acción por los cuatro notables de antes y por otros que están repartidos entre la muchedumbre (los cuales dan los signos más manifiestos de estar escandalizados, torturados por el... delito de Jesús), a su vez grita (mientras con los brazos recogidos sobre el pecho, severo, majestuoso, le mira): «¡Hipócritas! ¿Quién de vosotros en este día no ha desatado el buey o el asno del pesebre y le ha llevado a beber? ¿Y quién no ha llevado los haces de hierba a las ovejas del rebaño y no ha extraído la leche de las ubres llenas? ¿Y por qué, si tenéis seis días para hacerlo, lo habéis hecho también hoy, por unos pocos denarios de leche, o por miedo de perder el buey y el asno a causa de la sed? ¿Y no debía soltar Yo a ésta de sus cadenas, después de que Satanás la ha tenido atada durante dieciocho años, sólo porque es sábado? Idos. He podido soltar a esta mujer de su desventura involuntaria; mas no podré jamás soltaros a vosotros de las vuestras, que son voluntarias, ¡oh enemigos de

la Sabiduría y de la Verdad!».

La gente buena, de entre los muchos no buenos de Corazín, aprueba y alaba; la otra parte, lívida de rabia, huye, dejando plantado al también lívido arquisinagogo.

También Jesús le deja plantado y sale de la sinagoga, rodeado de los buenos, que siguen circundándole hasta que llega a los campos, lugar donde Él bendice una última vez, para tomar luego la vía de primer orden, junto con los primos y Pedro y Tomás...

338. Judas Iscariote pierde el poder de milagros. La parábola del cultivador.

22 de noviembre de 1945.

[1]La vía que conduce a Sefet deja la llanura de Corazín para arremeter contra un grupo montañoso bastante notable y muy poblado de árboles. Un curso de agua desciende de estos montes para dirigirse ciertamente al lago de Tiberíades. 338.1

Los peregrinos esperan en este puente a que lleguen los otros, los que habían sido enviados al lago de Merón. No esperan mucho. Puntuales a la cita, vienen ligeros, y se reúnen alegres con el Maestro y los compañeros. Luego refieren cómo se ha desarrollado su viaje, que ha sido bendecido por algunos milagros hechos a turno por «todos los apóstoles» dicen; pero Judas de Keriot corrige: «Menos por mí, que no he logrado hacer nada», y su bochorno al confesarlo es penoso.

«Ya te hemos dicho que era porque estábamos frente a un gran pecador» le responde Santiago de Zebedeo. Y explica: «¿Sabes, Maestro? Era Jacob. Estaba muy enfermo. Te invoca por este motivo. Porque tiene miedo a la muerte y al juicio de Dios. Pero ahora es más avaro que nunca, porque prevé un verdadero desastre para su cosecha, que ha sido completamente destruida por el hielo. Ha perdido toda la simiente de trigo, y no puede sembrar más porque está enfermo, y la sierva, agotada de fatigas y hambre — porque él economiza incluso la harina para el pan, pues tiene miedo a quedarse un día sin comer —, no tiene fuerzas para arar el campo. Nosotros — quizás hemos pecado, porque trabajamos todo el viernes, y después de la puesta del Sol, hasta la última luz, e incluso con antorchas y hogueras encendidas para ver —, nosotros aramos una gran extensión de terreno. Felipe, Juan y Andrés saben, y yo también. ¡Lo que hemos currado!... Simón, Mateo y Bartolomé venían detrás de nosotros limpiando las glebas del trigo nacido pero luego muerto. Judas fue, en tu nombre, a pedir un poco de simiente a Judas y Ana, y les

prometió nuestra visita de hoy. Se la dieron, y además selecta. Entonces dijimos: "Mañana sembramos". Por este motivo hemos tardado un poco. Porque empezamos al principio de la puesta del Sol. Que el Eterno nos perdone por el motivo por el que hemos pecado. Judas, mientras tanto, estaba al pie de la cama de Jacob para convertirle. Él sabe hablar mejor que nosotros. Al menos eso es lo que dijeron también Bartolomé y el Zelote. Pero Jacob se mostraba sordo a toda razón. Quería la curación porque la enfermedad le cuesta, e injuriaba a la mujer llamándola holgazana. Para calmarle, visto que decía: "Me convertiré si me curo", Judas le impuso las manos. Pero Jacob siguió enfermo como antes. Judas, desconsolado, nos lo dijo. Lo intentamos nosotros antes de irnos a dormir. Pero no obtuvimos el milagro. Ahora Judas sostiene que es porque él, habiéndote disgustado, ha caído en desgracia tuya; y está deprimido. Pero nosotros decimos que es porque teníamos frente a nosotros a un pecador obstinado, que pretende obtener todo lo que quiere, poniendo condiciones y dando órdenes hasta a Dios. ¿Quién tiene razón?».

338.2 «Vosotros siete. Es como habéis dicho. [2]¿Y Judas y Ana? ¿Sus campos?».

«Muy dañados. Pero tienen recursos y ya está todo solucionado. ¡Pero ellos son buenos! Ten. Te mandan este donativo y estos alimentos. Esperan verte en alguna ocasión. Lo que entristece es el estado espiritual de Jacob. Habría deseado curarle el alma más que el cuerpo...» dice Andrés.

«¿Y en los otros lugares?».

«¡Oh! En el camino de Debaret, cerca del pueblo, curamos — fue Mateo — a uno que tenía fiebres y que volvía de un médico que le había desahuciado. Nos hospedamos en su casa y la fiebre no volvió desde la puesta del Sol hasta la aurora, y él afirmaba que se sentía bien y fuerte. Luego, en Tiberíades, fue Andrés el que curó a un barquero que se había roto un hombro cayendo en el puente. Le impuso las manos y el hombro quedó curado. ¡Imagínate el hombre! Nos quiso llevar sin pagar a Magdala y a Cafarnaúm, luego a Betsaida, y allí se ha quedado, porque allí están los discípulos Timoneo de Aera, Felipe de Arbela, Hermasteo y Marcos de Josías, uno de los liberados del demonio cerca de Gamala. Quiere ser discípulo también José el barquero... Los niños, en casa de Juana, están bien. Ya no parecen los mismos. Estaban en el jardín jugando con Juana y Cusa...».

«Los he visto. Yo también he pasado por allí. Seguid».

«En Magdala fue Bartolomé el que convirtió a un corazón vicioso y curó un cuerpo vicioso. ¡Qué bien habló! Explicó que el desorden del espíritu genera desorden en el cuerpo, y que toda concesión a la

deshonestidad degenera en pérdida de la tranquilidad, de la salud y al final del alma. Cuando le vio arrepentido y convencido, le impuso las manos y el hombre quedó curado. Querían retenernos en Magdala. Pero nosotros obedecimos: pasada la noche, proseguimos para Cafarnaúm. Allí había cinco que pedían les concedieras una gracia. Y ya estaban para marcharse desconsolados. Los curamos. No vimos a ninguno porque embarcamos de nuevo en seguida para Betsaida, para evitar preguntas de Elí, Urías y sus compañeros. [3]¡En Betsaida!... 338.3
¡Cuenta tú, Andrés, a tu hermano!...» termina Santiago de Zebedeo, que era el que hablaba.

«¡Oh! ¡Maestro! ¡Simón! ¡Si vierais a Margziam! ¡No se le reconoce!...».

«¡Maldición! ¿Qué?, ¿es mujer ahora?» exclama y pregunta Pedro.

«¡Pero qué dices, hombre! Un jovencito muy majo, alto, delgado, porque ha crecido mucho... ¡Una cosa maravillosa! Nos costó reconocerle. Está tan alto como tu mujer y yo...».

«¡Hombre, ni yo ni tú ni Porfiria somos palmas! Al máximo se nos podrá comparar con una zarza...» dice Pedro (pero exulta de alegría al oír que su hijo adoptivo se ha desarrollado).

«Sí, hermano. Pero en las Encenias, no más, era todavía un niñito escasamente desarrollado, que apenas si nos llegaba a los hombros. Ahora es verdaderamente un hombre joven, por la estatura, la voz y la gravedad. Ha hecho como esas plantas que no crecen durante años y luego, al improviso, se desarrollan de forma asombrosa. Tu mujer ha estado muy ocupada en alargar túnicas o hacerlas nuevas. Y las hace con dobladillos muy anchos y amplios pliegues en la cintura, porque prevé, con razón, que Margziam seguirá creciendo. Y en sabiduría crece todavía más. Maestro, la humildad de Natanael no te había dicho que durante casi dos meses Bartolomé ha sido maestro del más pequeño y heroico de los discípulos, que se levanta antes del amanecer para llevar a pastar a las ovejas, cortar la leña, sacar agua, encender el fuego, barrer, hacer las compras por amor a su mamá de adopción, y luego, por la tarde y hasta bien de noche, estudia y escribe como un pequeño doctor. ¡Fíjate! Ha reunido a todos los niños de Betsaida y los sábados les imparte pequeñas lecciones evangélicas. Así, los pequeños, excluidos de la sinagoga porque no molesten en las funciones, tienen su jornada de oración como los mayores. Y me han dicho las madres que es bonito oírle hablar, y que los niños le quieren y le obedecen con respeto y se hacen mejores. ¡Qué discípulo va a ser!».

«¡Pues fíjate!, ¡fíjate! Yo... estoy emocionado... ¡Mi Margziam! Pe-

ro ya también en Nazaret, ¡eh?: ¡qué heroísmo por... aquella niña! ¿Raquel, verdad?». Pedro se para a tiempo, y se pone como la púrpura por el miedo a haber dicho demasiado.

Por suerte, Jesús viene en su auxilio, y Judas está meditabundo o distraído. O finge estarlo. Jesús dice: «Raquel. Tienes buena memoria. Está curada. Y sus campos producirán mucho trigo. Hemos pasado por allí Yo y Santiago. Mucho puede el sacrificio de un niño justo».

«En Betsaida fue Santiago el que realizó un milagro en aquel pobre lisiado; y Mateo, por el camino, yendo a la casa de Jacob, curó a un niño. Y precisamente hoy, en la plaza de aquel pueblecito que está al pie del puente, Felipe y Juan han hecho curaciones: el primero a un enfermo de los ojos; el segundo, a un niño endemoniado».

338.4 [4]«Lo habéis hecho todos bien. Muy bien. Ahora vamos a ir hasta aquel pueblo de las laderas. Nos detendremos en alguna casa para dormir».

«¿Y tú, Maestro mío, qué has hecho? ¿Cómo está María? ¿Y la otra María?» pregunta Juan.

«Están bien y os saludan a todos. Están preparando túnicas y cuanto se necesita para el peregrinaje de primavera. Están ya deseando que llegue, para estar con nosotros».

«Susana y Juana y nuestra madre tienen la misma ansia» dice también Juan.

Bartolomé dice: «También mi mujer, con las hijas, quiere ir este año, después de tantos, a Jerusalén. Dice que nunca volverá a ser tan bonito como este año... No sé por qué lo dice. Pero ella sostiene que lo siente en el corazón».

«Entonces seguro que vendrá también la mía. No me lo ha dicho... Pero lo que hace Ana lo hace siempre María» dice Felipe.

«¿Y las hermanas de Lázaro? Vosotros que las habéis visto...» pregunta Simón Zelote.

«Obedecen con sufrimiento a la orden del Maestro y a la necesidad... Lázaro está muy enfermo, ¿verdad, Judas? Casi siempre está en la cama. Pero esperan con mucha ansia al Maestro» dice Tomás.

«Pronto será Pascua e iremos a casa de Lázaro».

«¿Pero Tú qué has hecho en Nazaret y Corazín?».

«En Nazaret he saludado a los parientes y amigos y a los parientes de los dos discípulos. En Corazín he hablado en la sinagoga y he curado a una mujer. Nos hemos detenido donde la viuda. Se le ha muerto la madre. Un dolor y un alivio al mismo tiempo, por los pocos recursos y por el tiempo que la asistencia a la enferma quitaba del trabajo de la viuda, que se ha puesto a hilar por cuenta de terceros.

Pero ya no está desesperada. Tiene asegurado lo necesario y se siente satisfecha con eso. José va todas las mañanas donde un carpintero del Pozo de Jacob para aprender el oficio».

[5]«¿Son mejores los de Corazín?» pregunta Mateo. 338.5

«No, Mateo. Son cada vez peores» confiesa con franqueza Jesús. «Y nos han tratado mal. Los notables, es natural, no el pueblo llano».

«Es un lugar muy poco recomendable. No vuelvas» dice Felipe.

«Sería causa de dolor para el discípulo Elías, y para la viuda y la mujer curada hoy y las otras personas buenas».

«Sí. Pero son tan pocos, que... yo no me ocuparía más de ese lugar. Tú lo has dicho: "Es imposible de labrar"» dice Tomás.

«Una cosa es la resina y otra los corazones. Algo permanecerá, como semilla hundida bajo muchas glebas muy compactas. Tardará mucho en nacer, pero, al final, nacerá. Lo mismo Corazín. Un día nacerá lo que he sembrado. No hay que desmoralizarse ante las primeras derrotas.

[6]Oíd esta parábola. Podría ser titulada: "La parábola del buen labrador". 338.6

Un rico tenía una grande y hermosa viña. En ella había también higueras de distintas variedades. A la viña se dedicaba un sirviente, experto viñador y podador de árboles frutales, que cumplía con su deber con amor a su señor y a las plantas. Todos los años, el rico, en el mejor período del año, iba reiteradas veces a su viña para ver madurar las uvas y los higos y probar estos frutos cogiéndolos de las plantas con sus manos. Un día, pues, se acercó a una higuera de muchísima calidad, el único árbol de esa calidad que había en la viña. Pero también aquel día, como en los dos años anteriores, la encontró todo follaje y nada fruta. Llamó al viñador y dijo: "Hace tres años que vengo a buscar fruta a esta higuera y no encuentro sino hojas. Se ve que el árbol ha terminado de dar frutos. Córtalo, pues. Es inútil que esté aquí ocupando sitio y ocupando tu tiempo, para después no acabar en nada. Córtala, échala al fuego, limpia de raíces el terreno, y en el lugar suyo planta un arbolito nuevo. Dentro de algunos años dará fruto". El viñador, que era paciente y amoroso, respondió: "Tienes razón. Pero déjame todavía un año. No corto el árbol. Es más, con mayor dedicación aún, le cavaré el suelo de alrededor, lo abonaré, lo podaré. ¡Quién sabe, a lo mejor da todavía fruto! Si después de esta última prueba no da fruto, obedeceré tu deseo y lo cortaré".

Corazín es la higuera que no da frutos. Yo soy el buen Labrador. El rico impaciente sois vosotros. Dejad actuar al buen Labrador».

338.7 [7]«De acuerdo. Pero tu parábola no concluye. ¿La higuera, al año siguiente, dio fruto?» pregunta el Zelote.

«No dio fruto y fue cortada. Pero el labrador quedó justificado de haber cortado un árbol que todavía era joven y pujante, porque había hecho *todo* su deber. Yo también quiero ser justificado por aquellos a quienes tenga que meter la segur y separarlos de mi viña, donde son árboles estériles o plantas venenosas, cobijos de serpientes, acaparadores de jugos nutritivos, parásitos o elementos tóxicos, que deterioran y dañan a los compañeros discípulos; o bien, que entran sin haber sido llamados, reptando con sus malignas raíces para proliferar en mi viña, rebeldes a todo injerto, venidos sólo para espiar, menoscabar y hacer estéril mi campo. A éstos los cortaré cuando todo haya sido intentado para convertirlos. Por ahora, antes de la segur, alzo las tijeras y el cuchillo del podador, desramo e injerto... Será un trabajo duro, para mí, que lo hago, y para los que lo sufran. Pero hay que hacerlo. Para que se pueda decir en el Cielo: "Ha cumplido todo. Pero ellos, cuanto más los ha podado, cuanto más ha injertado o removido la tierra de alrededor o abonado, con sudor y lágrimas, fatiga y sangre, ellos se han hecho cada vez más estériles y ma-
338.8 los"... [8]Hemos llegado al pueblo. Id todos adelante y pedid alojamiento. Tú, Judas de Keriot, quédate conmigo».

Se quedan solos y, en la penumbra de la noche, caminan uno al lado del otro en el máximo silencio.

Por fin Jesús dice, como hablando consigo mismo: «Y, no obstante, aunque se haya caído en desgracia de Dios por haber infringido su Ley, siempre podemos volver a ser lo que éramos, renunciando al pecado...».

Judas no responde nada.

Jesús sigue: «Y si hemos comprendido que no podemos seguir recibiendo de Dios el poder, porque Dios no está donde está Satanás, con facilidad se puede solucionar, prefiriendo lo que Dios concede a lo que quiere nuestra soberbia».

Judas calla.

Jesús — y ya están a la altura de la primera casa del pueblo —, todavía como hablando consigo mismo, dice: «Y pensar que he sufrido áspera penitencia para que se enmiende y torne al Padre suyo...».

Judas se estremece, levanta la cabeza, le mira... pero no dice nada.

También Jesús le mira... y luego pregunta: «Judas, ¿a quién estoy hablando?».

«A mí, Maestro. Por ti ya no tengo poder. Porque me lo has quita-

do para aumentárselo a Juan, a Simón, a Santiago, a todos, excepto a mí. ¡No me amas, eso es lo que pasa! Y acabaré por no amarte y por maldecir la hora en que te amé, y me hundí ante los ojos del mundo por un rey imbele que se deja supeditar incluso por la plebe. ¡No esperaba esto de ti!».

«Ni Yo tampoco de ti. Pero nunca te he engañado, ni te he obligado. ¿Por qué, pues, permaneces a mi lado?».

«Porque te amo. No puedo ya separarme de ti. Me atraes y me produces repulsión. Te deseo como el aire que respiro y... me das miedo. ¡Ah, soy un maldito! ¡Estoy condenado! ¿Por qué no arrojas de mí el demonio, Tú que puedes?». La cara de Judas está lívida y descompuesta, enajenada, llena de miedo y odio... Recuerda ya, aunque pálidamente, la máscara satánica del Judas del Viernes Santo.

Y el rostro de Jesús recuerda el del Nazareno flagelado, que, sentado en el patio del Pretorio encima de la artesa puesta boca abajo, mira a los que se burlan de Él con toda su piedad amorosa. Dice, y parece que hay ya un sollozo en su voz: «Porque no hay arrepentimiento en ti, sino solamente ira contra Dios, casi como si Él fuera el culpable de tu pecado».

Judas dice entre dientes una fea imprecación...

[9]«Maestro, hemos encontrado lo que buscábamos. Cinco en un si- 338.9
tio, tres en otro, dos en otro, y uno y uno en otros dos. No hemos podido mejor» dicen los discípulos.

«Está bien. Yo voy con Judas de Keriot» dice Jesús.

«No. Prefiero estar solo. Estoy inquieto. No te dejaría descansar...».

«Como quieras... Entonces iré con Bartolomé. Vosotros haced lo que queráis. Entretanto vamos a donde haya más sitio, para poder cenar juntos».

339. La noche pecaminosa de Judas Iscariote.

23 de noviembre de 1945.

[1]Una bonita aurora de primavera pone rosicler el cielo y alegra 339.1
las colinas. Los discípulos se manifiestan unos a otros su contento por ello, mientras se reúnen a la entrada del pueblo en espera de los rezagados.

«Es el primer día que no hace frío, después de las granizadas» dice Mateo frotándose las manos.

«¡Ya era hora de que llegara! ¡Estamos en la neomenia de Adar!» exclama Andrés.

«¡Bien! ¡Bien! ¡Si hubiéramos tenido que subir a los montes con el fresco de estos días pasados!...» comenta Felipe.

«¿Pero luego a dónde vamos?» pregunta Andrés.

«No sé... De aquí vamos a Sefet o a Meirón. ¿Pero luego...?» le responde Santiago de Zebedeo, y se vuelve a preguntar a los dos hijos de Alfeo: «¿Sabéis vosotros a dónde vamos?».

«Jesús nos ha dicho que quiere ir hacia septentrión; nada más» dice lacónico Judas de Alfeo.

«¿Otra vez? Para la próxima luna tenemos que empezar el peregrinaje de Pascua...» dice no demasiado entusiasta Pedro.

«Tendremos tiempo de sobra» le rebate Judas Tadeo.

«Sí, pero nada de descanso en Betsaida...».

«Pasaremos por allí seguro para recoger a las mujeres y a Margziam» responde Felipe a Pedro.

«Lo que os ruego es que no deis muestras de fastidio, desgana u
339.2 otras cosas por el estilo. [2]Jesús está muy afligido... Ayer por la noche lloraba. Me le he encontrado llorando mientras preparábamos la cena. No estaba orando afuera, en la terraza, como creíamos. Lloraba» dice Juan.

«¿Por qué? ¿Se lo preguntaste?» dicen todos.

«Sí. Pero sólo me dijo: "Ámame, Juan"».

«Quizás... es por los de Corazín».

El Zelote, que está llegando en ese momento, dice: «El Maestro está viniendo con Bartolomé. Vamos a su encuentro».

Van... pero siguen con lo que estaban comentando: «O es por Judas. Ayer por la noche se habían quedado solos...» dice Mateo.

«¡Ya! Y Judas había declarado antes que estaba inquieto y no quería a ninguno consigo» observa Felipe.

«¡No ha querido estar ni siquiera con el Maestro! ¡Y yo que de tan buena gana habría estado!» suspira Juan.

«¡También yo!» dicen todos los demás.

«Ese hombre no me gusta... O está enfermo o hechizado o loco o endemoniado... Algo le pasa» dice seguro Judas Tadeo.

«Y, sin embargo, creedlo, en el viaje de regreso fue ejemplar. Defendió constantemente al Maestro y los intereses del Maestro como ninguno de nosotros ha hecho nunca. ¡Le vi yo, le oí yo! Espero que no dudéis de mi palabra» afirma Tomás.

«¿Cómo piensas que no te creemos! ¡No, hombre, no, Tomás! Y estamos contentos de que Judas sea mejor que nosotros. Pero ya le ves tú. ¿Es extraño, sí o no?» pregunta Andrés.

«¡Extraño lo es! Pero quizás es que sufre por cosas íntimas... Quizás también porque no ha hecho milagros. Es un poco orgulloso. ¡Con

buena finalidad, claro! Pero para él es importante hacer mucho y ser encomiado...».

«¡Mmm...! ¡Será así! La cosa es que el Maestro está triste. Miradle allí, decidme si asemeja al hombre que conocimos. Pero, ¡vive Dios, que si logro descubrir quién es el que hace sufrir al Maestro... ¡Basta! ¡Yo sé lo que le hago!» dice Pedro.

[3]Jesús, que viene en vivaz conversación con Natanael, los ve y 339.3
acelera el paso sonriendo. «Paz a vosotros. ¿Estáis todos?».

«Falta Judas de Simón... Creía que estaba contigo, porque en la casa donde dormía me han dicho que han encontrado la habitación vacía y todo en orden...» explica Andrés.

Jesús frunce un momento la frente, agacha la cabeza y se concentra en su pensamiento. Luego dice: «No importa. Vámonos de todas formas. Decid a los de las últimas casas que vamos a Meirón y luego a Yiscala. Si Judas nos busca, que le manden allí. Vamos».

Todos sienten borrasca en el ambiente y obedecen sin rechistar.

Jesús sigue hablando con Bartolomé, adelantado algunos pasos respecto a los demás. Y oigo pasar grandes nombres en lo que dicen, Hil.lel, Yael, Barac; y glorias patrias, que pasan por la mente y las palabras; y comentarios de admiración sobre grandes doctores; y añoranzas en Bartolomé...

«¡Si viviera todavía el Sabio! Hil.lel era bueno. Pero también era fuerte. No se habría dejado turbar. ¡Habría emitido su propio juicio acerca de ti!».

«¡No te lo tomes a pecho, Bartolmái! Bendice al Altísimo que le ha llamado a su paz. El espíritu del Sabio no conoció así la turbación de tanto odio contra mí».

«¡Mi Señor! ¡No sólo odio!...».

«Más odio que amor, amigo. Y así será siempre».

«No estés triste. Nosotros te defenderemos...».

«No me angustia la muerte... sino el ver el pecado de los hombres».

«¡La muerte no!... No hables de muerte. No llegarán a tanto... porque tienen miedo...».

«El odio será más fuerte que el miedo. Bartolomé, después de mi muerte, luego, cuando esté lejos, en el Cielo santo, di a los hombres: "Él, más que por la muerte, sufrió por vuestro odio"...».

«¡Maestro! ¡Maestro! ¡Maestro! ¡No hables así! Nadie te va a odiar hasta el punto de hacer que mueras. Y Tú siempre puedes impedirlo, Tú que eres poderoso...».

[4]Jesús sonríe con tristeza (yo diría: cansado), mientras sube con 339.4
su paso mesurado el camino montano que conduce a Meirón, y que a

medida que se eleva va descubriendo un vasto y bonito panorama sobre el lago de Tiberíades, visible a través de la brecha de una hoz, y sobre colinas cercanas que, en forma de arco, hacen de mampara a la vista del lago de Merón, y luego, más allá del lago de Tiberíades, sobre el altiplano de la Transjordania, hasta los recortados montes lejanos de Aurán, Traconítida y Perea.

Jesús señala, no obstante, en dirección norte-nordeste diciendo: «Después de la Pascua tendremos que ir allá, a la tetrarquía de Filipo; en cuanto tengamos tiempo, para estar de nuevo para Pentecostés en Jerusalén».

«¿Pero no te convendría más hacerlo ahora? Pasando a la Transjordania, hacia el nacimiento del Jordán... volviendo por la Decápolis...».

Jesús se pasa la mano por la frente, con gesto cansado, como cuando uno tiene la mente ofuscada, y susurra: «¡No sé, no sé todavía!... ¡Bartolomé!...». ¡Cuánto desconsuelo, dolor, invocación hay en la voz!...

Bartolomé se curva un poco, como herido por ese tono extraño y nuevo en Jesús, y dice, congojoso de amor: «¡Maestro? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres del viejo Natanael?».

«Nada, Bartolmái... Tu oración... Por que vea bien lo que hay
339.5 que hacer... [5]Pero, nos llaman, Bartolmái... Parémonos aquí...». Y se paran junto a un grupo de árboles.

Se ve por la curva del sendero a los otros, en grupo: «Maestro, Judas nos sigue, corriendo a toda velocidad...».

«Bueno, pues le esperamos».

Judas, en efecto, aparece pronto, corriendo... «Maestro... Me he retrasado... Me he quedado dormido y...».

«¿Dónde, si en casa no te he encontrado?» pregunta extrañado Andrés.

Judas se queda confundido un momento, pero rápidamente se rehace y dice: «¡Oh, siento que mi penitencia haya quedado manifiesta! He estado en el bosque, toda la noche, orando, haciendo sacrificio... Al alba me ha vencido el sueño... Soy una persona débil... Pero el Señor altísimo tendrá compasión de su pobre siervo. ¿No es verdad, Maestro? Me he despertado tarde y todo dolorido».

«Efectivamente, tienes una cara muy deslucida» observa Santiago de Zebedeo.

Judas se echa a reír: «¡Sí! ¡Ya! Pero tengo el alma más contenta. La oración sienta bien. La penitencia da un corazón alegre, y también humildad y generosidad. Maestro, perdona a tu necio Judas...» y se arrodilla a los pies de Jesús.

«Sí. Levántate y vamos».

«Dame la paz con un beso tuyo. Será la señal de que me has perdonado los malos humores de ayer. No deseé estar contigo, es verdad. Pero era porque quería orar...».

«Habríamos podido orar juntos...».

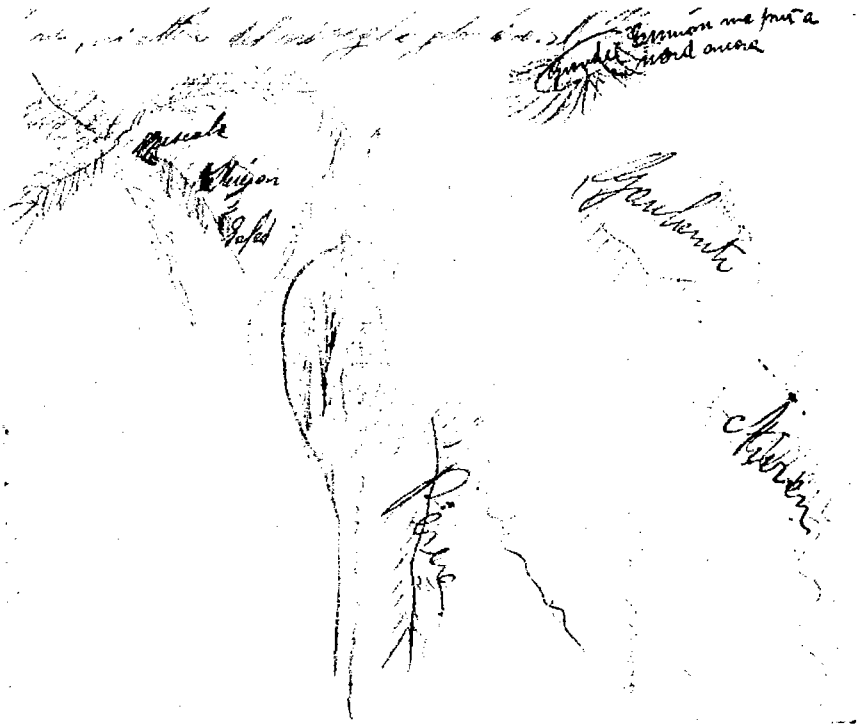
Judas se ríe y dice: «No, no podías orar conmigo esta noche, estar donde yo estaba...».

«¡Ésta sí que es buena! ¿Por qué? ¡Está siempre con nosotros, y nos ha enseñado Él a orar!» dice Pedro asombrado.

Todos se echan a reír. Pero Jesús no se ríe. Fija sus ojos en Judas, que le ha besado y ahora le está mirando con ojos jocosos de punzante malicia, como si le desafiara.

Tiene la osadía de repetir: «¿No es verdad que no podías estar conmigo esta noche?».

«No podía. No podía y no podré nunca, en efecto, compartir los abrazos de mi espíritu y mi Padre con un tercero, todo carne y sangre, como eres tú, y en los lugares a donde tú vas. Amo la soledad poblada de ángeles, para olvidar que el hombre es un hedor de carne corrompida por la sensualidad, el oro, el mundo y Satanás».



Judas ya no se ríe ni siquiera con los ojos. Responde serio: «Tie-
339.6 nes razón. Tu espíritu ha visto la verdad. [6]¿A dónde vamos ahora?».

«A venerar las tumbas de los grandes rabíes y héroes de Israel».

«¿Qué? ¿Cómo? Pero si Gamaliel no te ama. Pero si los otros te odian» dicen muchos de los presentes.

«No importa. Yo me inclino ante las tumbas de los justos que esperan Redención. Voy a decir a sus huesos: "Pronto Aquel que os espiró vuestro espíritu estará en el Reino de los Cielos, pronto para bajar de allí al extremo Día, para hacer que viváis de nuevo, eternamente, en el Paraíso"».

Caminan, caminan hasta que encuentran el pueblo de Meirón. Bonito, bien cuidado, lleno de luz y de sol, situado entre fértiles colinas y cumbres.

«Detengámonos. Por la tarde iremos hacia Yiscala. Las grandes tumbas están esparcidas por estas pendientes, en espera de su glorioso despertar». *

340. El enmendamiento de Judas Iscariote y el choque con los rabíes junto al sepulcro de Hil.lel.

24 de noviembre de 1945.

340.1 [1]Dejando el pueblo de Meirón, Jesús, con sus apóstoles, toma un camino, también éste de montaña, que va en dirección noroeste, entre bosques y prados. Sigue subiendo. Quizás han venerado ya algunas tumbas, porque oigo que hablan de ello.

Ahora es precisamente Judas Iscariote el que va delante con Jesús. Se comprende que en Meirón han recibido y dado limosnas. Judas rinde cuentas, diciendo los donativos que han recibido y las limosnas que han dado. Termina diciendo: «Y ahora, aquí, mi donativo. He jurado esta noche que te lo iba a dar para los pobres, como penitencia. No es mucho. Pero no tengo mucho dinero. De todas formas, he convencido a mi madre de que me mande dinero a menudo a través de muchos amigos. Las otras veces que dejaba mi casa era con mucho dinero. Pero esta vez, teniendo que ir por los montes solo, o

* El dibujo de MV, colocado en la página precedente por exigencias de paginación, en el cuaderno autógrafo sigue a las últimas palabras del capítulo.
Al noroeste están los nombres de las ciudades de*Yiscala, Meirón y Sefet* (*Giscala, Meieron* e *Safed*) (citada en el texto original con las palabras "Safed" o "Sefet"); al nordeste está el grupo montañoso con el texto *Gran Hermón pero más al Norte todavía* (*Grande Ermon ma più a nord ancora*); al Este están las regiones de *Gaulanítida* y *Aurán* (*Gaulanite* e *l'Auran*); hacia el Sur, *Perea* (*Perea*). En el centro aparecen dibujados, sin los nombres, el lago de Tiberíades y el río Jordán en sus tramos afluente y efluente.

sólo con Tomás, he tomado lo suficiente para la duración del viaje. Prefiero hacerlo así. La única cosa es que... tendré que pedirte alguna vez autorización para separarme de vosotros durante unas horas para ir donde mis amigos. Ya he dispuesto todo... Maestro, ¿sigo teniendo el dinero yo? ¿Todavía yo? ¿Te fías todavía de mí?».

«Judas, tú solo dices todo. Y no sé el motivo por el que lo haces. [2]Has de saber que para mí nada ha cambiado... porque espero con 340.2
ello que cambies tú y vuelvas a ser el discípulo que fuiste, y llegues a ser el justo por cuya conversión oro y sufro».

«Tienes razón, Maestro. Pero, con tu ayuda, ciertamente lo seré. Por lo demás... son imperfecciones de juventud. Cosas sin peso. Es más, sirven para poder comprender a los semejantes y para curarlos».

«¡Verdaderamente, Judas, tu moral es muy extraña! Y debería decir más. Nunca se ha visto a un médico que enferme voluntariamente para poder decir después: "Ahora sé curar mejor a los que tienen esta enfermedad". ¿Así que Yo soy un incapaz?».

«¿Quién lo dice, Maestro?».

«Tú. Yo no cometo pecados; por tanto, no sé curar a los pecadores».

«Tú eres Tú. Pero nosotros no somos Tú, y tenemos necesidad de la experiencia para saber hacer...».

«Es tu vieja idea. La misma de hace unas veinte lunas. Sólo que entonces opinabas que Yo debía pecar para ser capaz de redimir. Verdaderamente me sorprende que no hayas tratado de corregir este... defecto mío, según tus modos de juzgar, y de dotarme de esta... capacidad de comprender a los pecadores».

«Estás bromeando, Maestro. Bien, me agrada que bromees. Me causabas pena. Estabas muy triste. Y para mí es doble satisfacción el que sea precisamente yo quien te hace bromear. Pero nunca he pensado en elevarme a ser tu pedagogo. Además, ya ves que he corregido mi modo de pensar; tanto, que digo que esta experiencia es necesaria sólo para nosotros. Para nosotros, pobres hombres. Tú eres el Hijo de Dios, ¿no es verdad? Tienes, por tanto, una sabiduría que, para ser sabiduría, no tiene necesidad de experiencias».

«Bueno, pues, has de saber que la inocencia también es sabiduría, mucho mayor que el bajo y peligroso conocimiento del pecador. Donde la santa ignorancia del mal limitaría la capacidad de guiarse y de guiar, suple el ministerio angélico, que jamás se ausenta de un corazón puro. Cree que los ángeles, aun siendo purísimos, saben distinguir el Bien y el Mal, y conducir al hombre puro que custodian por el sendero recto y hacia actos rectos. El pecado no es aumento de sabiduría. No es luz. No es guía. Jamás. Es corrupción. Es privación

de ver. Es caos. De modo que quien lo cometa conocerá su sabor, mas perderá también la capacidad de saber muchas otras espirituales cosas y ya no tendrá a un ángel de Dios, espíritu de orden y amor, que le guíe; sino a un ángel de Satanás, para conducirle por la vía de un desorden cada vez mayor, por el odio insaciable que devora a estos espíritus diabólicos».

340.3 [3]«Y... escucha, Maestro. ¿Si uno quisiera volver a tener la guía angélica? ¿Basta el arrepentimiento, o, por el contrario, el veneno del pecado perdura incluso después de que uno se ha arrepentido y ha sido perdonado?... Ya sabes... uno que se ha dado al vino, por ejemplo, aunque jure no volver a emborracharse, y lo jure con verdadera voluntad de cumplirlo, sigue sintiendo la incitación a beber. Y sufre...».

«Claro. Sufre. Por este motivo uno no se debería hacer nunca esclavo de lo malo. Pero sufrir no es pecar. Es expiar. Como un borracho arrepentido no comete pecado, sino que adquiere mérito, si resiste heroicamente a la incitación y deja de beber vino; así mismo, quien ha pecado y se arrepiente y resiste a todas las incitaciones, adquiere un mérito; y no le falta la ayuda sobrenatural para esta resistencia. Ser uno tentado no es pecado. Es más, es batalla que procura victoria. Y — cree también esto — Dios desea sólo perdonar y ayudar a quien habiendo errado luego se arrepiente...».

Judas está en silencio un rato... Luego, toma la mano de Jesús y la besa, y curvado todavía hacia la mano que ha besado, dice: «Pero yo ayer por la noche me he pasado de la raya. Te he insultado, Maestro... Te he dicho que acabaré odiándote... ¡He dicho estas blasfemias! ¿Pueden acaso serme perdonadas?».

«El mayor pecado es desesperar de la misericordia divina... Judas, Yo he dicho: "Todo pecado contra el Hijo del hombre será perdonado". El Hijo del hombre ha venido para perdonar, salvar, curar, pa-

340.4 ra llevar al Cielo. ¿Por qué quieres perder el Cielo? [4]¡Judas! ¡Judas! ¡Mírame! Lávate el alma en el amor que brota de mis ojos...».

«¿Pero no te causo repulsa?».

«Sí... Pero el amor es mayor que la repulsa. Judas, pobre leproso, el mayor leproso de Israel, ven a invocar la salud a Aquel que te la puede dar...».

«Dame la salud, Maestro».

«No. No así. No hay en ti arrepentimiento verdadero y voluntad firme. Hay sólo un conato de amor sobreviviente por mí, por tu pasada vocación. Hay un pulular de sentimiento, pero enteramente humano. No es que sea malo todo esto. Es más, es el primer paso hacia el Bien. Cultívalo, auméntalo, injértalo en lo sobrenatural, haz de

ello un verdadero amor por mí, una vuelta verdadera a lo que eras cuando viniste a mí, ¡eso al menos!, ¡eso al menos! Haz de ello, no un latido transitorio, emotivo, de sentimentalismo inactivo, sino un verdadero sentimiento, activo, de atracción al Bien. Judas, Yo espero. Sé esperar. Yo oro. Soy Yo quien suple, en esta espera, a tu ángel disgustado. Mi piedad, mi paciencia, mi amor, siendo perfectos, son superiores a los angélicos, y pueden permanecer a tu lado, en medio de los desagradables hedores de lo que te fermenta en el corazón, para ayudarte...».

[5]Judas se estremece, no fingidamente, sino en la realidad. Con labios temblorosos, con voz quebradiza por lo que le estremece, pálido, pregunta: «¿Pero Tú sabes realmente lo que he hecho?». 340.5

«Todo, Judas. ¿Quieres que te lo diga o prefieres que te ahorre esta humillación?».

«Pero... bueno, es que no puedo creer...».

«Bien, pues entonces vamos a recorrer hacia atrás el camino y a decirle al incrédulo la verdad. Esta mañana ya has mentido más de una vez, sobre el dinero y sobre cómo has pasado la noche. Tú ayer por la noche has tratado de ahogar con la lujuria todos tus otros sentimientos, todos los odios, los remordimientos. Tú...».

«¡Basta! ¡Basta! ¡Por caridad, no sigas! O huiré de tu presencia».

«Deberías, por el contrario, abrazarte a mis rodillas pidiendo perdón».

«¡Sí, sí! ¡Perdón! ¡Perdón, Maestro mío! ¡Perdón! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Es más fuerte que yo! Todo es más fuerte que yo».

«Menos el amor que deberías tener por Jesús... Pero, ven aquí, para vencerte la tentación y librarte de ella». Y le toma entre sus brazos y llora silenciosas lágrimas encima de la cabeza morena de Judas.

[6]Los demás, que están algunos metros más atrás, se han detenido prudentemente y ahora comentan: 340.6

«¡¿Veis?! Quizás Judas tiene verdaderamente algún pesar».

«Y esta mañana se ha abierto con el Maestro».

«¡Qué tonto! Yo lo hubiera hecho inmediatamente».

«Serán cosas penosas».

«¡Seguro que no es por mala conducta de su madre! ¡Es una santa mujer! ¿Qué puede ser de penoso?».

«Quizás intereses que van mal...».

«¡No, hombre, no! ¡Él gasta y da, según le parece, con generosidad!».

«¡Bueno! ¡Asuntos suyos! Lo importante es que esté concorde con el Maestro, y parece que es así. Ya llevan mucho tiempo hablando y

en paz. Ahora están abrazados... Muy bien».

«Sí, porque es una persona con capacidad y que conoce a mucha gente. Es buena cosa que esté en armonía y con buena voluntad con nosotros, y especialmente con el Maestro».

«Jesús dijo en Hebrón que las tumbas de los justos son lugares de milagros, o más o menos... En estos lugares hay muchas tumbas de justos. Quizás las de Meirón han hecho un milagro respecto a la turbación de Judas».

«¡Entonces terminará de hacerse santo ahora ante la tumba de Hil.lel! ¿Aquello no es Yiscala?».

«Sí, Bartolomé».

«Pues el año pasado no pasamos por aquí...».

«¡Hombre, claro; como que vinimos por la otra parte!».

Jesús se vuelve y los llama. Se acercan alegres.

«Venid. La ciudad está cerca. Tenemos que cruzarla para encontrar la tumba de Hil.lel. Hagámoslo en grupo» dice Jesús sin explicar nada más, mientras los once miran curiosos con el rabillo del ojo tanto a Él como a Judas. Pero si éste último muestra un rostro pacificado, aunque mustio, Jesús no lo tiene radiante: su expresión es solemne, pero seria.

340.7 [7]Entran en Yiscala, que es vasta y bonita, y está bien cuidada. Debe haber en ella un floreciente centro rabínico porque veo a muchos doctores reunidos acá o allá, con alumnos a su lado escuchando sus lecciones. Bien se nota el paso de los apóstoles, y especialmente del Maestro, y muchos se ponen detrás del grupo. Alguno sonríe maliciosamente, otros llaman a Judas de Keriot; pero él va al lado del Maestro y ni siquiera se vuelve.

Salen de la ciudad y se dirigen a la casa cerca de la cual está la tumba de Hil.lel.

«¡Qué descaro!».

«¡Es imprudente e irrespetuoso!».

«Nos provoca».

«¡Profanador!».

«¡Díselo, Uziel!».

«Yo no me contamino. Díselo tú, Saúl, que eres sólo alumno».

«No. Se lo decimos a Judas. Ve a llamarle».

El joven llamado Saúl, menudo, pálido, todo ojos y boca, va a donde Judas y le dice: «Ven. Te llaman los rabíes».

«No voy. Me quedo donde estoy. Dejadme».

El joven vuelve y refiere esto a sus jefes.

Entretanto, Jesús, circundado por los suyos, ora con veneración ante el sepulcro de Hil.lel, bien cándido de cal.

Los rabíes se acercan despacio, como serpientes silenciosas, y observan. Dos de ellos, barbudos, ancianos, tiran de la túnica de Judas, el cual, al ponerse a hacer oración ha quedado desprotegido de las parejas de los otros compañeros.

«¡Pero bueno, ¿qué queréis?!» pregunta en voz baja, aunque con resentimiento. «¿Ni siquiera orar se puede?».

«Sólo una palabra. Luego te dejamos en paz».

Simón Zelote y Judas Tadeo se vuelven y se callan los cuchicheadores.

Judas se separa dos o tres pasos y pregunta: «¿Qué queréis?».

No percibo lo que el más viejo le susurra al oído. Pero sí veo bien la reacción de Judas, que, sin mediar reflexión alguna, se separa de repente y dice: «No. Dejadme en paz, ánimas de veneno. No os conozco, no quiero seguiros conociendo».

Una carcajada de burla sale del grupito rabínico, y una amenaza: «¡Atento a lo que haces, muchacho estúpido!».

«Atentos vosotros. ¡Fuera! Id a decírselo también a los demás. A *todos* los demás. ¿Habéis entendido? Hablad con quien queráis, pero no conmigo, demonios, que es lo que sois» y los deja plantados.

Ha hablado tan fuerte que los apóstoles, atónitos, se han vuelto; Jesús, no, ni siquiera por la carcajada burlona y la promesa: «¡Nos volveremos a ver, Judas de Simón!» que resuena en el silencio del lugar.

Judas vuelve a su sitio; es más, aparta a Andrés, que se había puesto al lado de Jesús, y, casi como para buscar defensa y protección, toma con sus manos un extremo del manto de Jesús.

[8]La ira, entonces, arremete contra Jesús. Se aproximan, amenazadores, y gritan: «¿Qué haces aquí, anatema de Israel? ¡Fuera! No turbes los huesos del Justo al que no eres digno de acercarte. Se lo diremos a Gamaliel para que seas castigado». 340.8

Jesús se vuelve y los mira, uno por uno.

«¿Por qué nos miras así, endemoniado?».

«Para conocer bien vuestras caras y vuestros corazones. Porque no sólo mi apóstol os volverá a ver. Yo también, y entonces querré haberos conocido bien para poderos reconocer en seguida».

«Bien, ¿ya nos has visto? Márchate de aquí. Gamaliel, si estuviera, no lo permitiría».

«El año pasado he estado con él aquí...».

«¡No es verdad, embustero!».

«Preguntádselo. Como es una persona honesta, os dirá que es verdad. Yo amo y venero a Hil.lel, y respeto y honro a Gamaliel. Son dos hombres en los cuales, por su justicia y sabiduría, se pone de

manifiesto el orígen del hombre, recordando que el hombre ha sido hecho a semejanza de Dios».

«¿En nosotros no, eh?» interrumpen los energúmenos.

«En vosotros está entenebrecido por los intereses y el odio».

«¡Pero le estáis oyendo? ¡En casa ajena así habla y ofende! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí, corruptor de los mejores de Israel! Si no, echamos mano a las piedras. Que aquí no está Roma para protegerte, amigo de contubernios con el enemigo pagano...».

«¿Por qué me odiais? ¿Por qué me perseguís? ¿Qué mal os he hecho? Algunos de vosotros han recibido beneficios de mí; todos, respeto. ¿Por qué, pues, sois crueles conmigo?». Jesús se muestra humilde, manso, afligido y amoroso. Les suplica su amor.

Ellos toman esto como signo de debilidad y miedo, y acosan: la primera piedra vuela, y roza a Santiago de Zebedeo. Éste, rápido, hace el gesto de reaccionar lanzándola a los agresores. Mientras, todos se apiñan en torno a Jesús. Pero son doce contra aproximadamente un centenar. Otra piedra le da a Jesús en la mano, que está ordenando a los suyos que no reaccionen. La mano, herida en el dorso, sangra: parece ya la herida del clavo...

340.9 [9]Entonces Jesús ya no ora. Se yergue, imponente; los mira, los fulmina con sus miradas. Mas otra piedra hace sangrar a Santiago de Alfeo en la sien. Jesús debe paralizar cualquier otro acto con su poder, para defender a sus apóstoles, los cuales, obedientes, sufren la apedrea sin reaccionar. Y cuando la voluntad de Jesús domina a los viles, Él — su imponencia es *terrífica* — dice con voz de trueno:

«Me voy. Pero sabed que, por lo que hacéis, Hil.lel os habría maldecido. Me voy. Pero recordad que ni siquiera el mar Rojo detuvo a los israelitas en el camino que Dios les había señalado. Todo se allanó y quedó abierto el camino ante la voluntad de Dios que pasaba. Y lo mismo para mí. De la misma forma que ni egipcios ni filisteos ni amorreos ni cananeos ni ningún otro pueblo detuvieron la marcha triunfal de Israel, así vosotros, que sois peores que ellos, tampoco detendréis mi camino ni mi misión: Israel. Recordad que fue cantado al pozo del agua por Dios dada: "Mana, pozo, pozo cavado por los prín- *
cipes, preparadopor los jefes del pueblo, con el dador de la Ley, con los propios bastones". ¡Yo soy aquel Pozo! ¡Aquel Pozo soy Yo! Cavado desde los Cielos por todas las oraciones y la justicia de los verdaderos príncipes y jefes del Pueblo santo, que no sois vosotros. No. No lo sois. Por vosotros jamás el Mesías habría venido, porque no os lo me-

---

* *Mana, pozo...* se encuentra en *Números 21, 17-18*, como observa MV en una copia mecanografiada.

recéis. Porque su venida es vuestra ruina. Porque el Altísimo conoce *todos* los pensamientos de los hombres, y los conoce desde *siempre*, desde antes de que existiera Caín, del cual procedéis, y Abel, al que asemejo; desde antes de Noé, figura mía; antes que Moisés, que fue el primero en usar mi símbolo; desde antes de que existiera Balaam, que profetizó la Estrella, e Isaías y todos los profetas. Y conoce los vuestros, Dios, y le horrorizan. Siempre le han horrorizado, de la misma forma que siempre ha exultado por los justos por quienes justo era enviarme, y que verdaderamente, ¡oh, sí, verdaderamente!, me han aspirado desde las profundidades de los Cielos para portar el Agua viva para la sed de los hombres. Yo soy la Fuente de Vida eterna. Pero vosotros no queréis beber. Y moriréis».

Y pasa lentamente por entre los paralizados rabíes y alumnos, y sigue su camino, lento, solemne, en un silencio atónito de hombres y cosas.

341. La mano herida de Jesús. Curación de un sordomudo en los confines sirofenicios.

25 de noviembre de 1945.

[1]No sé dónde han pernoctado los peregrinos. Sé que es de nuevo 341.1
por la mañana, que están en camino, por lugares montosos como antes, que Jesús tiene vendada la mano y Santiago de Alfeo la frente, que Andrés cojea bastante y Santiago de Zebedeo no lleva el talego (lo ha cogido su hermano Juan).

Jesús ha preguntado dos veces: «¿Puedes seguir andando, Andrés?».

«Sí, Maestro. Camino mal por el vendaje. Pero el dolor no es fuerte». Y la segunda vez añade: «¿Y tu mano, Maestro?».

«Una mano no es una pierna. Está en descanso y duele poco».

«¡Mmm! Poco no creo, tan hinchada como está y tan abierta, hasta el hueso... El aceite hace bien. Pero quizás hubiera sido mejor si de ese ungüento de tu Madre le hubiéramos pedido un poco a...».

«A mi Madre. Tienes razón» dice rápidamente Jesús, sintiendo lo que está para salir de los labios de Pedro, el cual, confuso, se pone colorado y mira con mirada desolada a su Jesús; tan desolada, que Él sonríe y apoya la mano, precisamente la herida, encima del hombro de Pedro, para arrimársele a sí.

«Te hará daño estar así».

«No. Simón. Tú me quieres y tu amor es un magnífico aceite saludable».

«¡Oh, entonces, si es por eso, ya deberías estar curado! Hemos sufrido todos de verte tratado de ese modo, y hay quien ha llorado». Y Pedro mira a Juan y a Andrés...

«Aceite y agua son buena medicina, pero el llanto de amor y piedad es más potente que cualquier otra cosa. ¿Veis? Estoy mucho más alegre hoy que ayer. Porque hoy sé cuán obedientes sois y cuánto me queréis. Todos», y Jesús los mira con su mirada dulce, en cuya ya habitual tristeza hay una tenue luz de alegría esta mañana.

341.2 [2]«¡Pero qué hienas, eh! ¡Jamás he visto un odio como ése!» dice Judas de Alfeo. «Debían ser todos judíos».

«No, hermano. La región no tiene nada que ver. El odio es igual en todos los sitios. Recuerda que en Nazaret, hace meses, fui expulsado y me querían apedrear. ¿No te acuerdas?» dice sereno Jesús (y ello sirve de consuelo de las palabras de Judas Tadeo para los que son judíos).

Tanto consuelo, que el Iscariote dice: «¡Ah, pero esto lo voy a decir! ¡Vaya que si lo voy a decir! No estábamos haciendo nada malo. No hemos reaccionado. Y Él ha hablado lleno de amor al principio. Y han empezado a pedradas con nosotros, como si fuéramos serpientes. Lo voy a decir».

«¿Y a quién se lo vas a decir, si están todos contra nosotros?».

«Yo sé a quién decírselo. De momento, en cuanto vea a Esteban y a Hermas se lo digo. Lo sabrá en seguida Gamaliel. Pero para Pascua se lo digo a quien yo me sé. Voy a decir: "No es justo actuar así. Con vuestro furor sois ilegales. Vosotros sois culpables, no Él"».

«¡Mejor sería que no te acercaras mucho a esos "señores"!... Tengo la impresión de que para ellos tú también eres culpable» aconseja sabiamente Felipe.

«Es verdad. Mejor es que no vuelva a tener nunca contacto con ellos. Sí. Es mejor. Pero a Esteban sí se lo digo. Es bueno y no envenena...».

«¡Déjalo, hombre, Judas! No harías mejorar nada. Yo he perdonado. No pensemos más en ello» dice sereno y persuasivo Jesús.

341.3 [3]Dos veces que encuentran riachuelos, tanto Andrés como los dos Santiagos se mojan las vendas que cubren sus contusiones. Jesús no. Prosigue tranquilo, como si no sintiera dolor.

Y, sin embargo, el dolor debe ser notable, si, cuando se detienen para comer, debe pedir a Andrés que le parta el pan; si, cuando se le desata una sandalia, debe rogar a Mateo que se la ate de nuevo; si, sobre todo, al bajar por un atajo con fuerte declive, y yendo a chocar contra un tronco porque su pie ha resbalado, no puede reprimir un quejido; si se le pone otra vez roja de sangre la venda (tanto que, en

la primera casa de un pueblo, al que llegan hacia el crepúsculo, se detienen y piden agua y aceite para medicarle la mano, la cual, quitadas las vendas, aparece muy hinchada y de un color aturquesado en el dorso, con la herida rojiza en el centro).

Mientras esperan a que la mujer de la casa llegue con lo que han pedido, se arriman todos a la mano herida para observarla, y hacen sus respectivos comentarios. Pero Juan se retira un poco más allá para esconder su llanto.

Jesús le llama: «Ven aquí. No es una cosa grave. No llores».

«Lo sé. Si lo tuviera yo, no lloraría. Pero lo tienes Tú; y no dices todo el daño que te hace esta amada mano, que no ha dañado nunca a nadie» responde Juan. Jesús le ha dejado la mano relajada. Juan la acaricia dulcemente, en la punta de los dedos, en la muñeca, todo alrededor de la moradura, y la vuelve con dulzura, para besar su palma y apoyar su mejilla en el cuenco de la mano, y dice: «Está ardiendo... ¡Cuánto te debe doler!» y lágrimas de piedad caen sobre ella.

La mujer trae el agua y el aceite. Con un pedazo de tela, Juan quiere limpiar la mano manchada de sangre; con delicadeza, hace circular agua tibia sobre la parte herida; luego la unge, la venda con unas tiras limpias de tela, y en el lazo pone un beso. Jesús le coloca la otra mano en la cabeza, que tiene agachada.

[4]La mujer pregunta: «¿Es tu hermano?». 341.4

«No. Es mi Maestro, nuestro Maestro».

La mujer sigue preguntando, esta vez a los otros: «¿De dónde venís?».

«Del Mar de Galilea».

«¡Lejos! ¿Para qué?».

«Para predicar la Salud».

«Es casi de noche. Quedaos en mi casa. Casa de pobres, pero de gente honrada. Puedo daros leche en cuanto vuelvan mis hijos con las ovejas. Mi marido os acogerá con gusto».

«Gracias, mujer. Si el Maestro quiere, nos quedamos aquí».

La mujer va a sus labores mientras los apóstoles le preguntan a Jesús qué deben hacer.

«Sí. Bien. Mañana vamos a ir a Quedes y luego hacia Panéade. He reflexionado, Bartolomé. Conviene hacer como dices. Me has dado un buen consejo. Espero encontrar así a otros discípulos y enviarlos delante de mí a Cafarnaúm. Sé que a estas alturas ya deben haber estado algunos discípulos en Quedes, entre los cuales los tres pastores libaneses».

Vuelve la mujer y pregunta: «¿Entonces?».

«Sí, buena mujer. Pasamos aquí esta noche».

«Y cenáis. Aceptadlo. No me pesa. Y, además, algunos, que son discípulos de ese Jesús de Galilea, al que llaman Mesías, que hace tantos milagros y predica el Reino de Dios, nos han enseñado la misericordia. Pero Él no ha venido nunca aquí. Quizás porque estamos en los confines sirofenicios. Pero sí han venido sus discípulos. Y ya es mucho. Para Pascua, los del pueblo queremos ir todos a Judea para ver si vemos a este Jesús. Porque tenemos enfermos y los discípulos han curado a algunos, pero a otros no. Y entre éstos está un hijo, joven, de un hermano de la mujer de mi cuñado».

«¿Qué le pasa?» pregunta Jesús sonriendo.

«Es... No habla y no oye. Nació así. Quizás un demonio entró en el vientre de la madre para hacerla desesperarse y sufrir. Pero es bueno. Un endemoniado no sería así. Los discípulos han dicho que para él es necesario Jesús de Nazaret, porque debe faltarle algo, y
341.5 sólo este Jesús... [5]¡Ah, aquí están mis hijos y mi marido! Melquías, he acogido a estos peregrinos en nombre del Señor. Estaba hablando de Leví... Sara, ve pronto a ordeñar la leche, y tú, Samuel, baja a la gruta por aceite y vino, y trae manzanas del desván. Date prisa, Sara; preparamos las camas en las habitaciones altas».

«No te afanes, mujer. Estaremos bien en cualquier sitio. ¿Podría ver al hombre de que hablabas?».

«Sí... Pero... ¡Oh! ¡Señor! ¡No serás Tú el Nazareno?».

«Soy Yo».

La mujer cae de rodillas, y grita: «¡Melquías, Sara, Samuel! ¡Venid a adorar al Mesías! ¡Qué gran día! ¡Qué gran día! ¡Y yo le tengo en mi casa! ¡Y estaba hablando con Él, así! ¡Y le he traído el agua para lavar la herida!... ¡Oh!...» se ahoga de emoción. Y corre a donde el barreño. Lo ve vacío: «¿Por qué habéis tirado esa agua? ¡Era santa! ¡Melquías! ¡El Mesías en nuestra casa!».

«Sí. Pero tranquilízate, mujer. Y no se lo digas a nadie. Más bien, ve por el sordomudo y tráemelo...» dice Jesús sonriendo...
341.6 [6]...Y pronto regresa Melquías con el joven sordomudo, los parientes de él y medio pueblo al menos... La madre del infeliz adora a Jesús y le suplica.

«Sí, será como tú quieres». Toma de la mano al sordomudo, le separa un poco de la masa de personas que se apiña, mientras los apóstoles, por compasión hacia la mano herida, luchan por mantener a la gente separada. Jesús arrima a sí bien al sordomudo; le pone los índices en las orejas y la lengua en los entreabiertos labios; luego, alzando los ojos al cielo ya algo oscurecido, expele su aliento sobre el rostro del sordomudo y grita fuertemente: «¡Ábríos!» y le suelta.

El joven le mira por un momento, mientras la gente cuchichea.

Es sorprendente el cambio de la cara del sordomudo: primero apática y triste, ahora sorprendida y sonriente. Se lleva las manos a las orejas. Aprieta y suelta... Se convence de que realmente oye... Abre la boca y dice: «¡Mamá! ¡Oigo! ¡Oh, Señor, yo te adoro!».

Se apodera de la gente el entusiasmo habitual; mucho más todavía, porque se preguntan: «¿Y cómo puede saber hablar, si nunca, desde que nació, oyó palabra alguna? ¡Un milagro en el milagro! Le ha soltado el habla y al mismo tiempo le ha enseñado a hablar. ¡Viva Jesús de Nazaret! ¡Hosanna al Santo, al Mesías!».

Y se apiñan contra Él, que levanta su mano herida para bendecir, mientras algunas personas, informadas por la mujer de la casa, se mojan la cara y los miembros con las gotas de agua que habían quedado en el barreño.

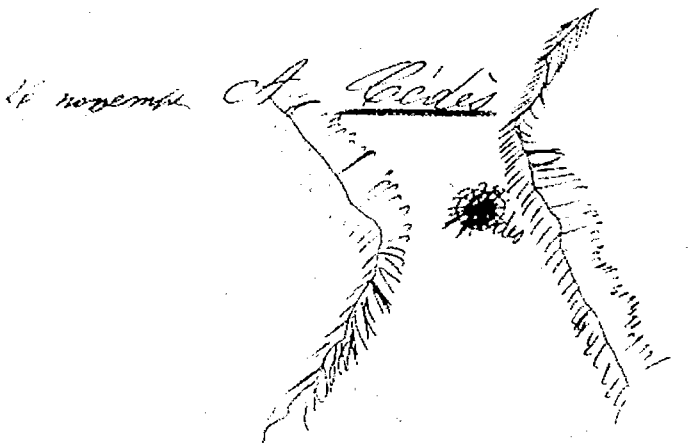
Jesús los ve y grita: «Por vuestra fe, quedad todos curados. Id a vuestras casas. Sed buenos, honestos. Creed en la palabra del Evangelio. Y conservad para vosotros lo que sabéis, hasta que llegue la hora de proclamarlo en las plazas y por los caminos de la tierra. Mi paz sea con vosotros».

Y entra en la amplia cocina, donde resplandece el fuego y tiemblan las luces de dos lámparas.

342. En Quedes. Los fariseos piden un signo. La profecía de Habacuc.

26 de noviembre de 1945.

[1]La ciudad de Quedes está situada en un montecillo, separado un poco de una larga cadena que va de Norte a Sur, dispuesta a oriente 342.1



respecto a aquél; a occidente, una cadena de colinas, casi paralela, se orienta igualmente de Norte a Sur: dos líneas paralelas, que, sin embargo, se estrechan y forman casi un esbozo de X. En el punto más estrecho, y más apoyado en la cadena oriental que en la occidental, está el otero en cuyas pendientes se sitúa Quedes: extendida desde la cima a las laderas, más bien poco inclinadas, dominando el valle fresco y verde, muy estrecho al Sur, más amplio al Oeste.

Es una bonita ciudad rodeada de muros, con casas bonitas y una imponente sinagoga; como imponente es la fuente, con sus muchas bocas que dejan caer agua fresca y abundante en la pila de debajo, de la cual salen unos canalillos destinados a alimentar otras fuentes, quizás, o jardines... no sé.

Jesús entra en esta ciudad en día de mercado. Su mano ya no está vendada, pero tiene todavía una costra oscura y un amplio hematoma en el dorso. También Santiago de Alfeo tiene una pequeña costra, de color entre rojo y marrón, en la sien, y, todo alrededor, una amplia moradura. Andrés y Santiago de Zebedeo, menos heridos, ya no muestran señales de la pasada aventura. Y caminan ligero, mirando a todas partes, especialmente a los lados y hacia atrás, porque están escalonados, delante, detrás y al lado de Jesús. Tengo la impresión de que se hayan detenido dos o tres días en el lugar descrito ayer, o en sus cercanías, quizás para descansar, o para distanciar a los rabíes, temiendo que hubieran ido a las ciudades principales con la esperanza de cogerlos en renuncio y dañarlos más todavía. Al menos esto hace pensar lo que dicen.

«¡Pero ésta es una ciudad de refugio!» dice Andrés.

«¡Sí, vaya, precisamente ellos van a respetar el amparo y la santidad de un lugar! ¡Pero qué ingenuo eres, hermano!» le responde Pedro.

Jesús va entre los dos Judas. Delante de Él, en vanguardia, Santiago y Juan, y luego el otro Santiago con Felipe y Mateo. Detrás de Él, Pedro, Andrés y Tomás. Los últimos, Simón Zelote y Bartolomé.

342.2 [2]Todo va bien hasta la entrada en una bonita plaza (la de la taza de la fuente y la sinagoga) en que se aglomera la gente que trata de negocios. El mercado, no obstante, está más abajo y en el suroeste de la ciudad, donde desembocan la vía principal que viene del Sur y la otra, la que ha recorrido Jesús, que viene del Oeste (ambas confluyen en ángulo recto y se funden en una sola, que penetra por la puerta de la ciudad hasta transformarse en una vasta plaza oblonga, en que hay asnos y esteras, vendedores, compradores, y el consabido jaleo...)

Pero cuando llegan a esta plaza más bonita — el corazón de la ciudad, creo, no tanto porque equidiste del contorno de los muros,

cuanto porque la vida espiritual y comercial de Quedes late aquí (parece decirlo también su posición elevada respecto a la mayor parte del pueblo, posición dominadora, fácil para la defensa, como una ciudadela) — cuando llegan a esta plaza, empiezan las dificultades. Junto al portón amplio y bello de esculturas y frisos de la rica sinagoga, hay un grupo numeroso de fariseos y saduceos, grupo de perros gruñidores a la espera de saltarle encima a un inerme cachorro, o, mejor, grupo de perros rastreros al acecho de la caza, cuyo olor han sentido ya en el viento; grupo mezclado — como elemento excitante — con un grupito de rabíes ya vistos en Yiscala, entre los cuales aquél llamado Uziel. Y, en seguida, unos a otros se hacen señas indicando a Jesús y a los apóstoles.

«¡Vaya, Señor! ¡Están también aquí!» dice asustado Juan volviéndose hacia atrás a hablar con Jesús.

«No temas. Sigue adelante seguro. De todas formas, los que no se sientan dispuestos a hacer frente a esos desdichados que se retiren y se vayan a la posada. Quiero, por encima de todo, hablar aquí, antigua ciudad levítica y de refugio»*.

Protestan todos: «¡¿Maestro, cómo puedes pensar que te vamos a dejar solo?! Que nos maten a todos, si quieren. Nosotros compartiremos tu suerte».

342.3 [3]Jesús pasa por delante del grupo enemigo y va a colocarse contra la tapia de un jardín, por encima de la cual llueven los cándidos pétalos de un peral en flor: la tapia obscura y la nube cándida son marco y corona de Cristo, que tiene enfrente a sus doce.

Jesús empieza a hablar, y su bonita voz entonada, que dice: «¡Vosotros, aquí reunidos, venid a escuchar la Buena Nueva, porque más útil que los negocios y las monedas es la conquista del Reino de los Cielos!», llena la plaza y hace volverse a quienes están en ella.

«¡Oh, pero si ése es el Rabí galileo!» dice uno. «Venid. Vamos a oír lo que dice. Quizás hace algún milagro».

Y otro: «Yo, en Bet-Yinna, le vi hacer uno. ¡Y qué bien habla! No como esos gavilanes rapaces y esas serpientes astutas».

Pronto mucha gente circunda a Jesús. Y Él prosigue para esta gente atenta:

«En el corazón de esta ciudad levítica no quiero recordar la Ley. Sé que la tenéis presente en vuestros corazones como en pocas ciuda-

---

* *ciudad levítica y de refugio.* Las *ciudades levíticas* eran las 48 ciudades reservadas a los levitas para que en ellas morasen. De ellas, seis eran, además, *ciudades de refugio,* donde encontraba asilo el homicida involuntario, que de esa forma quedaba preservado de la ley de la venganza. Las prescripciones referidas a esas ciudades están en: *Éxodo 21, 12-13*; *Números 35*; *Deuteronomio 4, 41-43*; *19, 1-13*; *Josué 20-21.*

des de Israel, y lo demuestra incluso el orden que en ella he encontrado, la honestidad de que me han dado prueba los comerciantes a quienes he comprado el alimento para mí y mi pequeño rebaño, y esta sinagoga, ornamentada como conviene al lugar donde se honra a Dios. Mas, dentro de vosotros hay también un lugar donde se honra a Dios, un lugar donde residen las aspiraciones más santas y resuenan las palabras más dulcemente esperanzadoras de nuestra fe y las oraciones más ardientes para que la esperanza se haga realidad: el alma: éste es el lugar santo e individual, donde se habla de Dios y con Dios en espera de que la Promesa se cumpla. Pero la Promesa se ha cumplido ya. Israel tiene su Mesías, y Él os trae la palabra y la certeza de que el tiempo de la Gracia ha llegado, de que la Redención está próxima, de que el Salvador está en medio de vosotros, de que el invicto Reino de Dios comienza.

342.4 [4]¡Cuántas veces habréis oído la lectura de Habacuc! Y los más meditativos de vosotros habrán susurrado: "Yo también puedo decir: '¿Hasta cuándo, Señor, tendré que gritar sin que me prestes oídos?'". Desde siglos Israel gime así. Mas ahora el Salvador ha venido. El gran hurto, el perpetuo apuro, el desorden y la injusticia causados por Satanás, están a punto de caer, porque el Enviado por Dios está para reintegrar al hombre en lo que es su dignidad de hijo de Dios y coheredero del Reino de Dios. Miremos la profecía de Habacuc con ojos nuevos, y sentiremos que da testimonio de mí, que habla ya el lenguaje de la Buena Nueva que Yo traigo a los hijos de Israel.

Mas aquí soy Yo quien debe expresar un lamento: "Se ha verificado el juicio, y, no obstante, la oposición triunfa". Y lo expreso con profundo dolor. No tanto por mí, que estoy por encima del parecer humano, cuanto por aquellos que, por ser adversarios, se condenan, y por los que se extravían por causa de los adversarios. ¿Os asombra lo que digo? Entre vosotros hay mercaderes de otros lugares de Israel. Ellos os pueden decir que no miento. No miento con una vida contraria a lo que enseño o no haciendo lo que del Salvador se espera. No miento cuando digo que la oposición humana se yergue contra el juicio de Dios, que me ha enviado, y contra el juicio de las gentes humildes y sinceras, que me han oído y juzgado rectamente en lo que soy».

Algunos de la multitud comentan: «¡Es verdad! ¡Es verdad! Nosotros, del pueblo, le estimamos, y sentimos que es santo. Pero aquéllos (y señalan a los fariseos y compañeros) le hostigan».

Jesús prosigue: «En aras de esta oposición se lacera la Ley, y cada vez será más maltratada, hasta llegar incluso a abolirla, con tal de cometer la suprema injusticia, la cual, no obstante, no durará mucho. Bienaventuralos los que en la breve y espantosa espera,

cuando parezca que la oposición haya triunfado contra mí, sepan seguir creyendo en Jesús de Nazaret, en el Hijo de Dios, en el Hijo del hombre, anunciado por los profetas: Yo podría cumplir el juicio de Dios con toda extensión, salvando a todos los hijos de Israel. Mas no podré hacerlo, porque el impío triunfará contra sí mismo, *contra la parte mejor de sí mismo*, y, de la misma forma que pisotea mis derechos y a mis fieles, pisoteará los derechos de su espíritu, que tiene necesidad de mí para ser salvado y que es entregado a Satanás con tal de negármelo a mí».

[5]Los fariseos murmuran turbulentos. Pero un anciano de majes- 342.5
tuoso porte hace ya un rato que se ha acercado al lugar donde está Jesús, y ahora, durante un momento de pausa del discurso, dice: «Entra en la sinagoga, te lo ruego; enseña en ella. Nadie tiene más derecho que Tú a hacerlo. Soy Matías, el jefe de la sinagoga. Ven, que la Palabra de Dios habite mi casa como mora en tu boca».

«Gracias, justo de Israel. La paz sea siempre contigo».

Y Jesús, a través de la muchedumbre, que se abre como una ola para dejarle pasar, y luego se cierra formando estela y le sigue, cruza de nuevo la plaza y entra en la sinagoga, pasando otra vez por delante de los fariseos gruñidores, que entran también en la sinagoga, tratando de abrirse paso violentamente. Pero la gente los mira con cara de pocos amigos y dice: «¿De dónde venís? Id a vuestras sinagogas y esperad allí al Rabí. Ésta es nuestra casa y entramos nosotros». Y rabíes, saduceos y fariseos, tienen que soportar quedarse humildemente a la puerta para no ser expulsados por los habitantes de Quedes.

Jesús está en su sitio. Tiene cerca al arquisinagogo y a otros de la sinagoga, no sé si hijos o coadyutores. Reanuda su discurso: «Habacuc dice — ¡y con qué amor os invita a observar! —: "Extended vuestra mirada sobre las naciones, y observad, maravillaos, asombraos, porque en vuestros días ha sucedido una cosa que nadie creerá cuando se la cuenten". También ahora tenemos enemigos materiales en Israel. Pero dejad pasar este pequeño detalle de la profecía y miremos solamente al gran vaticinio enteramente espiritual que contiene. Porque las profecías, aunque parecen tener una referencia material, su contenido es siempre espiritual. La cosa, pues, que ha sucedido — y es tal, que nadie podrá aceptarla si no está convencido de la infinita bondad del verdadero Dios — es que Él ha mandado a su
* Verbo para salvar y redimir al mundo. Dios que se separa de Dios

* MV explica en una copia mecanografiada la expresión *Dios que se separa de Dios* con la siguiente nota: *Aun siendo todavía "una cosa" con el Padre, el Verbo ya no estaba en el Padre como antes de la Encarnación.* La nota puede valer también para otras afirmaciones análogas, como las que encontraremos en 517.2.

para salvar a la criatura culpable. Pues bien, Yo he sido mandado a esto. Y ninguna fuerza del mundo podrá detener mi ímpetu de Triunfador sobre reyes y tiranos, sobre pecados y necedades. Venceré porque soy el Triunfador».

342.6 [6]Una carcajada burlona y un grito se dejan oír desde el fondo de la sinagoga. La gente protesta. El jefe de la sinagoga, que está tan concentrado en escuchar a Jesús que tiene incluso los ojos cerrados, se pone de pie e impone silencio, amenazando con la expulsión a los perturbadores.

«No te opongas a ellos; es más, invítalos a que expongan sus divergencias» dice Jesús en voz alta.

«¡Bien! ¡Esto esta bien! Déjanos acercarnos a ti, que queremos hacerte unas preguntas» gritan en tono irónico los objetores.

«Venid. Dejadlos pasar, vosotros de Quedes».

Y la gente, con miradas hostiles y caras disgustadas — y no falta algún que otro epíteto — los deja ir adelante.

«¿Qué queréis saber?» pregunta Jesús en tono severo.

«¿Tú, entonces, dices que eres el Mesías? ¿Estás verdaderamente seguro de ello?».

Jesús, cruzados los brazos, mira con tal autoridad al que ha hablado, que a éste se le cae de golpe la ironía y cierra la boca.

Pero otro toma la palabra en su lugar y dice: «No puedes pretender que se te crea por tu palabra. Cualquiera puede mentir, incluso con buena intención. Para creer se necesitan pruebas. Danos, pues, pruebas de que eres eso que dices ser».

«Israel está lleno de mis pruebas» dice secamente Jesús.

«¡Ah! ¡Ésas!... Pequeñas cosas que cualquier santo puede hacer. ¡Han sido hechas y serán hechas en el futuro por los justos de Israel!» dice un fariseo.

Otro añade: «¡Y no se da por sentado que Tú las hagas por santidad y ayuda de Dios! Se dice, y verdaderamente es muy verosímil, que cuentas con la ayuda de Satanás. Queremos otras pruebas. Superiores, cuales Satanás no pueda dar».

«¡Sí, hombre, una victoria sobre la muerte!...» dice otro.

«Ya la habéis visto».

«Eran apariencias de muerte. Muéstranos a uno ya descompuesto que se reanime y recomponga, por ejemplo, para tener la seguridad de que Dios está contigo. Dios: el único que puede dar de nuevo respiro al fango que ya se vuelve polvo».

«Nunca fue pedido esto a los Profetas para creer en ellos».

Un saduceo grita: «Tú eres más que un profeta. ¡Tú, al menos Tú lo dices, eres el Hijo de Dios!... ¡Ja! ¡ja! ¿Por qué, entonces, no actúas

como Dios? ¡Ánimo, pues! ¡Danos una señal! ¡Una señal!».

«¡Sí, eso! Una señal del Cielo que diga que eres Hijo de Dios. Entonces te adoraremos» grita un fariseo.

«¡Sí! ¡Eso es, Simón! No queremos caer de nuevo en el pecado de Aarón. No adoramos al ídolo, al becerro de oro, ¡pero podríamos adorar al Cordero de Dios! ¿No eres Tú? Si es que el Cielo nos indica que lo eres» dice el que tiene por nombre Uriel, que estaba en Yiscala, y ríe sarcásticamente.

Interviene otro, a voces: «Déjame hablar a mí, a Sadoq, el escriba de oro. ¡Óyeme, oh Cristo! Demasiados te han precedido, que no eran cristos. Basta ya de engaños. Una señal de que lo eres. Dios, si está contigo, no te lo puede negar. Y nosotros creeremos en ti y te ayudaremos. Si no, ya sabes lo que te espera, según el Mandamiento de Dios».

Jesús alza la diestra herida y la muestra bien a su interlocutor. «¿Ves esta señal? La has hecho tú. Has indicado otra señal. Te alegrarás cuando la veas abierta en la carne del Cordero. ¡Mírala! ¿La ves? La verás también en el Cielo, cuando te presentes a rendir cuentas de tu modo de vivir. *Porque Yo te he de juzgar*, y estaré allí arriba con mi Cuerpo glorificado, con las señales de mi ministerio y del vuestro, de mi amor y de vuestro odio. Y tú también la verás, Uriel, y tú, Simón, y la verán Caifás y Anás, y otros muchos, en el último Día, día de ira, día tremendo, y por ello preferiréis estar en el abismo, porque mi señal abierta en la mano herida os asaeteará más que los fuegos del Infierno».

«¡Eso son palabras y blasfemias! ¡¿Tú en el Cielo con el cuerpo?! ¡Blasfemo! ¡¿Tú juez en lugar de Dios?! ¡Anatema seas! ¡Insultas al Pontífice! Merecerías la lapidación» gritan en coro fariseos, saduceos y doctores.

342.7 [7]El jefe de la sinagoga se pone de nuevo en pie, patriarcal, con su espléndida canicie como un Moisés, y grita: «Quedes es ciudad de refugio y levítica. Tened respeto...».

«¡Viejas historias! ¡Ya no cuentan!».

«¡Oh, lenguas blasfemas! Vosotros sois los pecadores, no Él, y yo le defiendo. No dice nada malo. Explica los Profetas. Nos trae la Promesa Buena. Y vosotros le interrumpís, le tentáis, le ofendéis. No lo permito. Él está bajo la protección del viejo Matías, de la estirpe de Leví por parte de padre y de Aarón por parte de madre. Salid y dejad que ilumine con su doctrina mi vejez y la madurez de mis hijos». Y, mientras, tiene su anciana, rugosa mano puesta en el antebrazo de Jesús, como defendiendo.

«Que nos dé una señal verdadera y nos iremos convencidos» gri-

tan los enemigos.

«No te inquietes, Matías. Hablo Yo» dice Jesús calmando al arquisinagogo. Y, dirigiéndose a los fariseos, saduceos y doctores, dice: «Al atardecer examináis el cielo, y si, en llegando el ocaso, está rojizo, sentenciáis en virtud de un viejo proverbio: "Mañana hará buen tiempo, porque el ocaso pone rojo el cielo". Lo mismo al alba, cuando en el aire pesado de niebla y vaho el Sol no se anuncia áureo, sino que parece esparcir sangre por el firmamento, decís: "No pasará este día sin que haya tormenta". Sabéis, pues, leer el futuro del día a partir de los signos inestables del cielo y de los aún más volubles de los vientos. ¿Y no alcanzáis a distinguir los signos de los tiempos? Esto no honra ni vuestra mente ni vuestra ciencia, y completamente deshonra vuestro espíritu y vuestra presunta sabiduría. Sois de una generación malvada y adúltera, nacida en Israel de la unión de quien fornicó con el Mal. Vosotros sois sus herederos, y aumentáis vuestra maldad y vuestro adulterio repitiendo el pecado de los padres de este desmán. Pues bien, sabedlo, tú, Matías, vosotros, habitantes de Quedes, y todos los presentes, fieles o enemigos: Ésta es la profecía que digo, profecía mía, en vez de la que quería explicar de Habacuc: a esta generación malvada y adúltera, que pide una señal, no le será dada sino la de Jonás... Vamos. La paz sea con los buenos de voluntad». Y, por una puerta lateral, que da a una calle silenciosa situada entre huertos y casas, se aleja con sus apóstoles. *

342.8 [8]Pero los de Quedes no se dan por vencidos. Algunos le siguen, y, al ver que ha entrado en una pequeña posada de los arrabales orientales del pueblo, lo comunican al arquisinagogo y a los conciudadanos; de forma que no ha terminado de comer todavía Jesús y ya el patio soleado de la posada está abarrotado de gente, y el anciano arquisinagogo de Quedes se asoma a la puerta de la habitación donde está Jesús y se inclina implorando: «Maestro, en nosotros ha quedado todavía el deseo de tu palabra. ¡Era tan hermosa, explicada por ti, la profecía de Habacuc! ¿Porque haya quien te odia, deberán quedarse sin conocerte los que te aman y creen en tu verdad?». *

«No, padre. No sería justicia castigar a los buenos por causa de los malos. Oíd entonces...» (y Jesús deja de comer para asomarse a la puerta y hablar a los que están aglomerados en el patio sereno).

---

* *la de Jonás* es el episodio recogido en *Jonás 2-3* y explicado, como señal, en 269.10 y en 344.6.

* Se vuelve ahora a las palabras sobre la *profecía de Habacuc* (que habían comenzado con las citas de *Habacuc 1, 2-3 y 5* y que habían sido interrumpidos por los fariseos), y se continúa su explicación, con las citas de *Habacuc 1, 12-13*; *2, 3-4 y 6 y 9 y 12 y 18*; *3, 2-5*. De este modo hemos agrupado las referencias a los numerosos versículos puntualmente anotados por MV en una copia mecanografiada.

«En las palabras de vuestro arquisinagogo se oye un eco de las de Habacuc. Él, en nombre propio y vuestro, confiesa y profesa que Yo soy la Verdad. Habacuc confiesa y profesa: "Desde el principio Tú eres, y estás con nosotros y no moriremos". Y así será. No perecerá quien cree en mí. Me pinta el Profeta como Aquel que ha sido establecido por Dios para juzgar, como Aquel al que Dios ha hecho fuerte para castigar, como Aquel cuyos ojos son demasiado puros como para ver el mal, y que no podrá soportar la iniquidad. Pero, si bien es verdad que el pecado me repugna, podéis ver que abro los brazos a los que están arrepentidos de su pecar, porque soy el Salvador. Por esto vuelvo la mirada también hacia el culpable e invito al impío a arrepentirse...

[9]¡Oh, vosotros de Quedes, ciudad levítica, ciudad santificada por 342.9
el edicto de la caridad para el culpable de un delito — y todo hombre tiene delitos hacia Dios, hacia su alma, hacia su prójimo —, venid, pues, a mí, Refugio de los pecadores! Aquí, en mi amor, ni siquiera el anatema de Dios podría alcanzaros, porque mi mirada suplicante en favor de vosotros transforma el anatema de Dios en bendición de perdón.

¡Escuchad, escuchad! Escribid en vuestros corazones esta promesa, como Habacuc escribió su profecía cierta en el rollo. Allí se lee: "Si tarda, esperadle, porque quien ha de venir vendrá sin tardanza". Pues bien, Aquel que había de venir ha venido: soy Yo.

"El incrédulo no tiene en sí un alma justa" dice el Profeta, y su palabra condena a los que me han tentado e insultado. No los condeno Yo. Los condena el Profeta que me vio anticipadamente y en mí creyó. Él, de la misma forma que me describe a mí, al Triunfador, describe al hombre soberbio, diciendo que no tiene honor porque ha abierto su alma a la avidez y a la insaciabilidad, como ávido e insaciable es el infierno. Y amenaza: "¡Ay de aquel que acumula cosas que no son suyas y se echa encima denso fango!". Las malas acciones contra el Hijo del hombre son este fango; querer despojarle a Él de su santidad para que no haga sombra a la propia es avidez.

"¡Ay de aquel — dice el Profeta — que reúne en su casa los frutos de su perversa avaricia para colocar alto su nido, creyendo salvarse de las garras del mal!". Es deshonrarse y matar la propia alma.

"¡Ay de aquel que edifica una ciudad sobre la sangre y apresta castillos sobre la injusticia!". En verdad, demasiados en Israel consolidan sus ávidas fortalezas amasando con sus lágrimas y su sangre, y esperan hasta el final para obtener la más dura mezcla. ¿Pero, qué puede una fortaleza contra los dardos de Dios; qué, un puñado de hombres contra la justicia de todo el mundo, que gritará de horror

por el sin par delito?

¡Qué bien lo expresa Habacuc!: "¿Para qué sirve la estatua?". Estatua idolátrica ha venido a ser la falsa santidad de Israel. Sólo el Señor mora en su Templo santo, sólo ante Él se inclinará la tierra adoradora y temblará atemorizada, mientras la señal prometida será dada, más de una vez, y el Templo verdadero en que Dios descansa subirá, glorioso, a decir en los Cielos: "¡Ha quedado cumplido!", de la misma forma que, con lágrimas, lo habrá manifestado a la tierra para limpiarla con su anuncio.

"¡Fiat!" dijo el Altísimo, y el mundo empezó a ser; "fiat" dirá el Redentor, y el mundo será redimido. Yo procuraré al mundo con qué ser redimido. Los redimidos serán aquellos que tengan la voluntad de serlo.

342.10 [10]Ahora alzaos. Vamos a decir la oración del Profeta... ¡Qué apropiado es pronunciarla en este tiempo de gracia!:

"He oído, Señor, tu anuncio, y he exultado". Ya no es tiempo de miedo, vosotros que creéis en el Mesías.

"Señor, tu obra está en medio de los años, hazla vivir a pesar de las insidias de los enemigos. En medio de los años la darás a conocer". Sí, cuando la edad sea perfecta, la obra quedará cumplida.

"Y en el enojo resplandecerá la misericordia", porque el enojo será sólo para aquellos que hayan echado redes y lazos y lanzado flechas al Cordero Salvador.

"Dios viene de la Luz al mundo". Yo soy la Luz que viene a traeros a Dios. Mi esplendor inundará la tierra brotando a raudales "donde los afilados cuernos" hayan desgarrado las Carnes de la Víctima, última victoria "de la Muerte y de Satanás, que huirán, derrotados, ante el Viviente y el Santo".

¡Gloria al Señor! ¡Gloria al Hacedor! ¡Gloria al Dador del Sol y de los astros! ¡Al Artífice de los montes! ¡Al Creador de los mares! ¡Gloria, infinita gloria al Bueno que quiso a Cristo para salvación de su pueblo, para redención del hombre!

Uníos, cantad conmigo, porque la Misericordia ha venido al mundo y se acerca el tiempo de la Paz. Aquel que tiende hacia vosotros sus manos os exhorta a creer en el Señor y a vivir en Él, porque se acerca el tiempo en que Israel será juzgado con verdad.

Paz a vosotros, aquí presentes, a vuestras familias, a vuestras casas».

Jesús traza un amplio gesto de bendición y hace ademán de retirarse.

Pero el jefe de la sinagoga suplica: «Quédate más tiempo».

«No puedo, padre».

«Al menos, envíanos aquí a tus discípulos».

«Los tendréis, sin duda. Adiós. Ve en paz».

[11]Se quedan solos... 342.11

«Yo quisiera saber quién nos los ha enredado entre las piernas. Parecen nigromantes...» dice Pedro.

Judas Iscariote se adelanta, pálido; se arrodilla a los pies de Jesús. «Maestro, yo soy el culpable. He hablado en aquel pueblo... con uno de ellos, que me hospedaba...».

«¡Cómo? ¡Vaya, vaya, conque penitencia ¿eh?! Tú eres...».

«¡Silencio, Simón de Jonás! Tu hermano, sinceramente, se está acusando. Hónrale por esta humillación suya. No te angusties, Judas. Te perdono. *Tú sabes* que Yo perdono. Sé prudente otra vez... Y ahora vamos. Caminaremos mientras dure la luna. Tenemos que cruzar el río antes del amanecer. Vamos. Aquí detrás empieza el bosque. Perderán nuestras huellas tanto los buenos como los malos. Mañana estaremos en el camino de Paneas».

343. La levadura de los fariseos. El Hijo del hombre. El primado a Simón Pedro.

27 de noviembre de 1945.

[1]La llanura costea el Jordán antes de que éste vierta sus aguas en 343.1
el lago de Merón. Un hermoso llano, en que, cada día que pasa, crecen más exuberantes los cereales y van enfloreciéndose los árboles frutales. Los montes, allende los cuales está Quedes, ahora quedan a espaldas de los peregrinos, que con frío andan ligeros bajo las primeras luces del día, mirando anhelantes al Sol, que subé, y buscándolo, apenas su rayo toca los prados y acaricia el follaje. Deben haber dormido al raso, o como mucho en un pajar, porque los indumentos están arrugados y conservan algunas pajuelas y hojas secas, que ellos se van quitando según las van descubriendo con la luz más fuerte.

El río anuncia su presencia por su murmullo, que parece fuerte en medio del silencio matutino del campo, y también por una densa hilera de árboles con hojas nuevas que tiemblan con la leve brisa de la mañana; pero todavía no se ve, porque fluye profundo en la rasa llanura. Cuando sus aguas azules, incrementadas por numerosos torrentillos que bajan de los montes occidentales, se ven brillar entre la hierba nueva de las márgenes, se está casi en la orilla.

«¿Seguimos la orilla hasta el puente, o pasamos el río por aquí?» preguntan a Jesús, que estaba solo, meditativo, y que se había parado a esperarlos.

«Mirad a ver si hay una barca para pasar. Es mejor atravesar por aquí...».

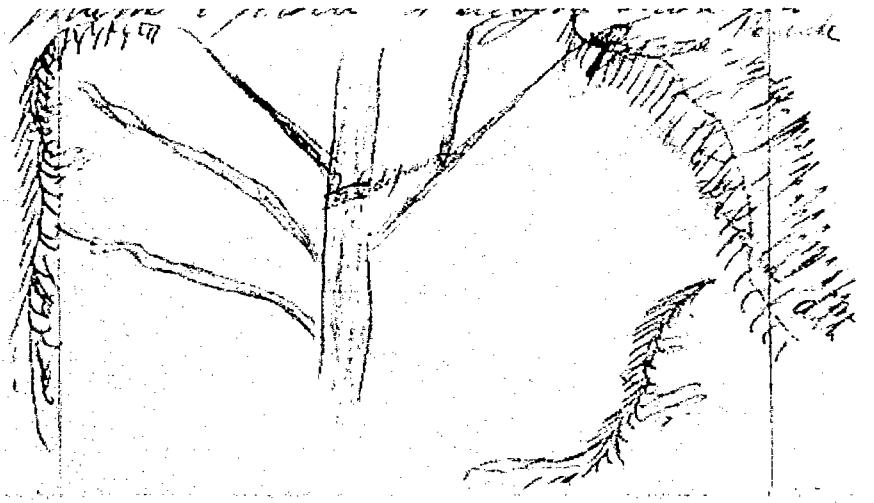
«Sí. En el puente, que está justo en la vía para Cesarea Paneas, podríamos encontrar otra vez a algunos que hubieran seguido nuestra pista» observa Bartolomé, ceñudo, mirando a Judas.

«No. No me mires mal. Yo no sabía que íbamos a venir aquí, y no he dicho nada. Era fácil comprender que de Sefet Jesús iría a las tumbas de los rabíes y a Quedes. Pero jamás habría imaginado que quisiera llegarse hasta la capital de Filipo. Por tanto, ellos lo ignoran. Y no nos los encontraremos por culpa mía, ni por su voluntad. A menos que no tengan como guía a Belcebú» dice tranquilo y humilde Judas Iscariote.

«Esto está bien. Porque con cierta gente... Hay que tener ojo y medir las palabras; no dejar indicios de nuestros proyectos. Tenemos que estar atentos a todo. Si no, nuestra evangelización se transformará en un huir permanente» replica Bartolomé.

Vuelven Juan y Andrés. Dicen: «Hemos encontrado dos barcas. Nos pasan a una dracma por barca. Vamos a bajar al borde».

Y en dos barquichuelas, en dos veces, pasan a la otra orilla. La * llanura rasa y fértil los acoge también aquí. Una llanura fértil y, sin embargo, poco poblada. Sólo los campesinos que la cultivan tienen



* *La llanura rasa y fértil...* En el dibujo insertado por MV entre los renglones autógrafos, con dificultad se leen las palabras que indican *Montes* (*Colli*) (al Oeste), *Cesarea Paneas* (*Cesarea Paneade*) (al nordeste), *Montes bastante altos* (*Monti abbastanza alti*) (al Este), otra vez *Montes* (*Colli*) (al sudeste) y *Lugar de paso* (*Posto di passo*) (en el centro, en el curso del río).

casa en ella.

[2]«¡Mmm! ¿Cómo vamos a conseguir el pan? Yo tengo hambre. Y 343.2
aquí... nó tenemos ni siquiera las espigas filisteas... Hierba y hojas, hojas y flores. No soy ni una oveja ni una abeja» comenta Pedro a sus compañeros, los cuales sonríen ante la observación.

Judas Tadeo — que iba un poco más adelante — se vuelve y dice: «Compraremos pan en el próximo pueblo».

«Siempre y cuando no nos hagan huir» termina Santiago de Zebedeo.

«Absteneos, vosotros que decís que hay que estar atentos a todo, de la levadura de los fariseos y saduceos; que creo que la estáis tomando sin reflexionar en lo que de malo hacéis. ¡Tened cuidado! ¡Guardaos!» dice Jesús.

Los apóstoles se miran unos a otros y cuchichean: «¿Pero qué dice? Han sido aquella mujer del sordomudo y el posadero de Quedes los que nos han dado el pan. Y está todavía aquí; es el único que tenemos. Y no sabemos si podremos encontrar pan que comprar para nuestra hambre. ¿Cómo dice, entonces, que compramos a saduceos y fariseos pan con su levadura? Quizás no quiere que se compre en estos pueblos...

Jesús, que, todo solo, estaba de nuevo delante, se vuelve otra vez.

«¿Por qué tenéis miedo a quedaros sin pan para vuestra hambre? Aunque aquí todos fueran saduceos y fariseos, no os quedaríais sin comida por causa de mi consejo. No me refiero a la levadura del pan. Por tanto, podéis comprar donde os parezca el pan para vuestros vientres. Y, si nadie quisiera vendéroslo, igualmente no os quedaríais sin pan. ¿No os acordáis de los cinco panes con que comieron cinco mil personas? ¿No os acordáis que recogisteis doce cestas colmadas de los trozos sobrados? Podría hacer para vosotros, que sois doce y tenéis un pan, lo que hice para cinco mil con cinco panes. ¿No comprendéis a qué levadura aludo? A la que fermenta en el corazón de los fariseos, saduceos y doctores, contra mí. Eso es odio, es herejía. Y vosotros estáis yendo hacia el odio como si hubiera entrado en vosotros parte de la levadura farisaica. No debemos odiar ni siquiera a nuestro enemigo. No abráis siquiera una rendija a lo que no es Dios. Tras el primero entrarían otros elementos contrarios a Dios. Hay veces que, por excesivo deseo de combatir a los enemigos con las mismas armas, uno termina pereciendo o vencido. Y, una vez vencidos, podríais, por contacto, absorber sus doctrinas. No. Tened caridad y prudencia. No tenéis en vosotros todavía tanto como para poder combatir estas doctrinas, sin que ellas mismas os contaminen. Porque también vosotros tenéis algunos de sus elementos, de los cuales uno

es el odio a ellos. Os digo más: podrían cambiar de método para seduciros y arrancaros de mí, usando con vosotros mil amabilidades, mostrándose arrepentidos, deseosos de hacer la paz. No debéis huir de ellos. Pero, cuando quieran daros sus doctrinas, habréis de saber no acogerlas. A esta levadura me refiero. Es la malevolencia que va contra el amor, y las falsas doctrinas. Os digo: sed prudentes».

343.3 [3]«¿Esa señal que pedían los fariseos ayer tarde era "levadura", Maestro?» pregunta Tomás.

«Era levadura y veneno».

«Has hecho bien en no dársela».

«Pero se la daré un día».

«¿Cuándo? ¿Cuándo?» preguntan curiosos.

«Un día...».

«¿Y qué señal es? ¿No nos lo dices ni siquiera a nosotros, tus apóstoles? Para poder reconocerla inmediatamente» pregunta, deseoso, Pedro.

«Vosotros no deberíais necesitar una señal».

«¡Bueno, no para poder creer en ti! No somos gente con muchos pensamientos. Tenemos uno sólo: amarte a ti» dice vehementemente Santiago de Zebedeo.

343.4 [4]«Pero, la gente — vosotros que tratáis con ella, así llanamente, más que Yo, sin el sentido de temor que Yo puedo infundir — ¿quién dice que soy? ¿Y cómo define al Hijo del hombre?».

«Hay quien dice que Tú eres Jesús, o sea, el Cristo, y son los mejores; los otros te consideran Profeta, otros sólo Rabí, y otros — ya lo sabes — un loco y un endemoniado».

«Pero hay alguno que usa para ti el mismo nombre que Tú te das, y te llama: "Hijo del hombre"».

«Y algunos dicen también que no puede ser eso, porque el Hijo del hombre es otra cosa muy distinta. Y esto no es siempre una cosa negativa, porque, en el fondo, admiten que eres más que el Hijo del hombre: eres el Hijo de Dios. Otros, sin embargo, dicen que Tú no eres siquiera el Hijo del hombre, sino un pobre hombre agitado por Satanás o a merced de la demencia. Como puedes ver, los pareceres son muchos y todos distintos» dice Bartolomé.

«¿Pero, para la gente, entonces, quién es el Hijo del hombre?».

«Es un hombre que debe poseer todas las virtudes más hermosas del hombre, un hombre que reúna en sí todos los requisitos de la inteligencia, sabiduría, gracia, que pensamos que tenía Adán; y algunos, a estos requisitos, añaden el de no morir. Ya sabes que circula la voz de que Juan Bautista no ha muerto, sino solamente que ha sido transportado a otro lugar por los ángeles, y que Herodes, para no re-

conocerse vencido por Dios, y más todavía Herodías, han mostrado, como cadáver del Bautista, el cuerpo mutilado del siervo. ¡Bueno, la gente dice tantas cosas!... Por eso, hay muchos que piensan que el Hijo del hombre es o Jeremías, o Elías, o alguno de los Profetas, e incluso el mismo Bautista, que tenía sabiduría y gracia, y se decía el Precursor del Cristo. Cristo: el Ungido de Dios. El Hijo del hombre: un gran hombre nacido del hombre. Muchos no pueden admitir, o no quieren admitirlo, que Dios haya podido enviar a su Hijo a la tierra. Tú ayer lo dijiste: "Creerán sólo los que están convencidos de la infinita bondad de Dios". Israel cree en el rigor de Dios más que en su bondad...» añade Bartolomé.

«Ya, claro. Se sienten, efectivamente, tan indignos, que juzgan imposible que Dios sea tan bueno como para mandar a su Verbo a salvarlos. El estado degradado de su alma les es obstáculo para creerlo» confirma el Zelote. Y añade: «Tú mismo dices que eres el Hijo de Dios y del hombre. En efecto, en ti mora toda gracia y sabiduría como hombre. Y yo pienso que, realmente, uno que hubiera nacido de un Adán en gracia se habría parecido a ti en belleza, inteligencia y en todas las demás cualidades. Y en ti brilla Dios por la potencia. ¿Pero quiénes de los que se creen dioses y en su soberbia infinita miden a Dios con el patrón de sí mismos podrán creerlo? Ellos, los crueles, los que odian, los rapaces, los impuros, no pueden, claro, pensar que Dios haya extendido su dulzura hasta darse a sí mismo para redimirlos; su amor hasta salvarlos, su generosidad hasta entregarse a merced del hombre, su pureza hasta sacrificarse en medio de nosotros. No pueden, no, siendo como son tan inexorables y escrupulosos en buscar y castigar las culpas».

[5]«¿Y vosotros quién decís que soy Yo? Decidlo por vuestro juicio, 343.5
sin más; sin tener en cuenta ni mis palabras ni las de los demás. Si estuvierais obligados a dar un juicio sobre mí, ¿qué diríais que soy?».

«Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo» grita Pedro mientras se arrodilla con los brazos extendidos hacia arriba, hacia Jesús. Y Jesús le mira con una faz toda luz y se agacha a levantarle de nuevo para abrazarle, y dice:

«¡Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás! Porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos. Desde el primer día que viniste a mí te hiciste esta pregunta, y, por ser sencillo y honesto, supiste comprender y aceptar la respuesta que te venía de los Cielos. No viste manifestaciones sobrenaturales, como tu hermano y Juan y Santiago. No conocías mi santidad de hijo, de obrero, de ciudadano, como Judas y Santiago, mis hermanos. No fuiste objeto de milagros ni los viste hacer, ni te di se-

ñal de poder, como hice y vieron en el caso de Felipe, Natanael, Simón Cananeo, Tomás, Judas. No fuiste subyugado por mi voluntad, como en el caso de Leví el publicano. Y, no obstante, exclamaste: "¡Él es el Cristo!". Desde la primera hora en que me viste, creíste, y nunca tu fe se ha tambaleado. Por eso te llamé Cefas. Y por esto, sobre ti, Piedra, edificaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos. Lo que atares en la tierra será atado en los Cielos; lo que desatares en la tierra será desatado en los Cielos. Sí, hombre fiel y prudente, cuyo corazón he podido pulsar. Y aquí, desde este momento, tú eres el jefe, y se te debe obediencia y respeto como a otro Yo mismo. Esto le proclamo delante de todos vosotros».

343.6 [6]Si Jesús hubiera aplastado a Pedro con una granizada de correcciones, el llanto de Pedro no habría sido tan alto. Llora todo convulso de sollozos, apoyada la cara en el pecho de Jesús. Un llanto que encuentra paralelo sólo en aquél, incontenible, de su dolor de haber renegado a Jesús. El de ahora está hecho de mil sentimientos humildes y buenos... Otro poco del antiguo Simón — el pescador de Betsaida que, ante el primer anuncio de su hermano, se había reído diciendo: «¡El Mesías se te aparece a ti!... ¡Precisamente!» incrédulo y jocoso — un poco mucho del antiguo Simón se desmorona bajo ese llanto, para dejar aparecer, bajo la costra ahora más delgada de su humanidad, cada vez más claramente, al Pedro pontífice de la Iglesia de Cristo.

Cuando alza la cara, tímido, confuso, no sabe hacer sino un acto para decir *todo*, para prometer *todo*, para entregarse *todo* con renovada energía al nuevo ministerio: echar sus cortos y musculosos brazos al cuello de Jesús y obligarle a agacharse más para besarle, mezclando sus cabellos y su barba, un poco híspidos y entrecanos, con los cabellos y la barba, suaves y dorados, de Jesús; y luego le mira, con una mirada de adoración, amorosa, suplicante, de sus ojos un poco overos, brillantes y rojos de las lágrimas lloradas, mientras tiene entre sus manos callosas, anchas, rudas, cual si se tratara de un vaso del que fluyera licor vital, el rostro ascético del Maestro, inclinado hacia el suyo... y bebe, bebe, bebe dulzura y gracia, seguridad y fuerza, de ese rostro, de esos ojos, de esa sonrisa...

343.7 [7]Se separan por fin y reanudan la marcha hacia Cesarea de Filipo. Jesús entonces dice a todos: «Pedro ha dicho la verdad. Muchos la intuyen, vosotros la sabéis. Pero, por ahora, no digáis a nadie lo que es el Cristo, en la verdad completa de lo que sabéis. Dejad que Dios hable en los corazones como habla en el vuestro. En verdad os digo que quienes a mis afirmaciones o a las vuestras añaden la fe perfecta

y el perfecto amor, llegan a saber el verdadero significado de las palabras "Jesús, el Cristo, el Verbo, el Hijo del hombre y de Dios"».

344. Encuentro con los discípulos en Cesarea de Filipo y explicación de la señal de Jonás.

28 de noviembre de 1945.

[1]Debe ser una ciudad de reciente construcción, como Tiberíades y Ascalón. Dispuesta en plano inclinado, culmina en la maciza fortaleza erizada de torres. Está circundada por murallas ciclópeas, y defendida por profundos fosos que reciben parte del agua de dos riachuelos que, casi unidos antes formando un ángulo, se separan luego, para fluir uno por fuera de la ciudad, el otro por dentro. Y las bonitas calles, plazas, fuentes, el aire de moda romana en las construcciones dicen que también aquí el obsequio servil de los Tetrarcas, pisoteando todo respeto por las costumbres de la Patria, se ha manifestado. 344.1

La ciudad, quizás por ser nudo de importantes vías de primer orden y rutas de caravanas dirigidas a Damasco, Tiro, Sefet y Tiberíades, como indican en cada puerta los mojones señaladores, está llena de movimiento y gente. Gente a pie o a caballo y largas caravanas de asnos y camellos se cruzan en las calles amplias y bien conservadas; en las plazas, bajo los soportales, o junto a las casas lujosas — quizás hay también termas —, corrillos de negociantes o de ociosos, tratan de negocios u ocian en charloteos fatuos.

[2]«¿Sabes dónde podremos encontrarlos?» pregunta Jesús a Pedro. 344.2

«Sí. Me han dicho las personas a las que he preguntado que los discípulos del Rabí suelen reunirse a las horas de comer en una casa de fieles israelitas que está cerca de la ciudadela. Y me la han descrito. No puedo equivocarme: una casa de Israel incluso en el aspecto externo: una fachada sin ventanas exteriores y un portón alto con ventanillo; en un lado del muro, una fuentecita; las tapias altas del jardín prolongadas por dos lados en callejuelas; una terraza llena de palomas, en el tejado».

«Bien. Entonces vamos»...

Cruzan toda la ciudad hasta la ciudadela. Llegan a la casa que buscaban. Llaman. Al ventanillo se asoma el rostro rugoso de una anciana.

Jesús se pone delante y saluda: «La paz sea contigo, mujer. ¿Han vuelto los discípulos del Rabí?».

«No, hombre. Están hacia la "fuente grande", con otros que han

venido de muchos pueblos de la otra orilla a buscar precisamente al Rabí. Todos le están esperando. Tú también eres de ellos?».

«No, Yo buscaba a los discípulos».

«Entonces mira: ¿ves aquella calle casi enfrente de la fuente? Tómala y ve hacia arriba, hasta que te encuentres de frente un paredón de rocas del que sale agua que cae en una especie de pilón y luego forma como un regato. Por allí cerca los encontrarás. ¿Pero, vienes de lejos? ¿Quieres reposar?, ¿entrar aquí a esperarlos? Si quieres llamo a mis señores. ¡Son buenos israelitas, eh! Y creen en el Mesías. Son discípulos sólo por haberle visto una vez en Jerusalén en el Templo. Pero ahora los discípulos del Mesías los han instruido sobre Él y han hecho milagros aquí, porque...».

«Bien, buena mujer. Volveré más tarde con los discípulos. Paz a ti. Vuelve, vuelve a tus labores» dice Jesús con bondad, aunque también con autoridad para detener esa avalancha de palabras.

344.3 [3]Se ponen de nuevo en marcha. Los más jóvenes de los apóstoles se ríen con ganas por la escena de la mujer, y hacen sonreír también a Jesús.

«Maestro» dice Juan «parecía ella la "fuente grande". ¿No te parece? Echaba palabras sin interrupción, y ha hecho de cada uno de nosotros un pilón que se hace regato al estar lleno de palabras...».

«Sí. Espero que los discípulos no hayan hecho milagros en su lengua... Habría que decir: habéis hecho *demasiado* milagro» dice Judas Tadeo, que, contrariamente a lo normal, se ríe con ganas.

«¡Lo mejor va a ser cuando nos vea volver y conozca al Maestro por lo que es! ¿Quién va a poderla callar?» pregunta Santiago de Zebedeo.

«No, no, se quedará muda de asombro» dice, tomando parte en los juveniles comentarios, Mateo.

«Alabaré al Altísimo si el asombro le paraliza la lengua. Será porque estoy casi en ayunas, pero, la verdad, ese remolino de palabras me ha mareado» dice Pedro.

«¡Y cómo gritaba! ¿Será que es sorda?» pregunta Tomás.

«No. Creía que los sordos éramos nosotros» responde Judas Iscariote.

«Dejadla en paz. ¡Pobre viejecita! Era buena y creyente. Su corazón es tan generoso como su lengua» dice semiserio Jesús.

«¡Entonces, Maestro mío, entonces esa anciana es generosa hasta el heroísmo!» dice riéndose abiertamente Juan.

344.4 [4]Ya se puede ver la pared rocosa y calcárea, ya se oye el murmullo de las aguas que caen en el pilón.

«Éste es el regato. Vamos a seguirlo... Ahí está la fuente... y

allí... ¡Benjamín! ¡Daniel! ¡Abel! ¡Felipe! ¡Hermasteo! ¡Estamos aquí! ¡Viene también el Maestro!» grita Juan a un nutrido grupo de hombres que están congregados en torno a uno que no se ve.

«Calla, muchacho, que, si no, vas a ser tú también como esa vieja gallina» aconseja Pedro.

Los discípulos se han vuelto. Han visto. Y ver y lanzarse hacia abajo a saltos desde el escalón ha sido todo uno. Veo, ahora que se disgrega el compacto grupo, que con los discípulos, que son muchos, ya ancianos, están mezclados habitantes de Quedes y del pueblo del sordomudo. Deben haber tomado caminos más directos, porque han precedido al Maestro.

La alegría es mucha; también las preguntas y respuestas. Jesús, pacientemente, escucha y responde, hasta que, con otros dos, se ve venir al delgado y risueño Isaac, cargado de provisiones.

«Vamos a la casa hospitalaria, mi Señor. Allí nos dirás lo que no hemos podido decir por no saberlo tampoco nosotros. Éstos, los últimos en llegar — están con nosotros desde hace unas pocas horas — quieren saber qué es para ti la señal de Jonás que has prometido dar a la generación malvada que te persigue» dice Isaac.

«Se lo explicaré mientras vamos...».

¡Ir! ¡Es fácil decirlo! Como si un aroma de flores se hubiera esparcido por el aire y numerosas abejas hubieran acudido, de todas partes viene gente para unirse a los que ya están alrededor de Jesús.

«Son nuestros amigos» explica Isaac. «Gente que ha creído y que te esperaba...».

«Gente que de éstos, y de él en especial, han recibido beneficios» grita uno de la muchedumbre mientras señala a Isaac.

Isaac se pone rojo como la brasa, y, casi excusándose, dice: «Pero yo soy el siervo, Él es el Señor. ¡Vosotros que esperáis, aquí tenéis al Maestro Jesús!».

¡Entonces sí! El ángulo tranquilo de Cesarea, un poco apartado por estar relegado a la periferia, se transforma en un lugar más animado que un mercado, y también más rumoroso. Voces de aleluya, aclamaciones, súplicas... de todo hay.

Jesús avanza muy lentamente, comprimido en esa tenaza de amor. Pero sonríe y bendice. Tan lentamente, que algunos tienen tiempo de marcharse corriendo a esparcir la noticia y a volver con amigos o parientes, que traen a los niños y los aúpan para que puedan llegar, sin sufrir daño, hasta Jesús, el cual los acaricia y bendice.

[5]Llegan así a la casa de antes. Llaman. La criada anciana de an- 344.5
tes, al oír las voces, abre sin reserva alguna. Pero... ve a Jesús en medio del gentío aclamador, y comprende... Cae al suelo gimiendo:

«¡Piedad, mi Señor! ¡Tu sierva no te había conocido y no te había venerado!».

«No hay mal en ello, mujer. No conocías al hombre, pero creías en Él. Esto es lo que se requiere para ser amados por Dios. Levántate y condúceme adonde tus señores».

La anciana obedece, toda temblorosa de respeto. Y ve a sus señores, también anonadados de respeto, literalmente contra la pared en el fondo del vestíbulo un poco obscuro. Los señala: «¡Ahí están!».

«Paz a vosotros y a esta casa. Os bendiga el Señor por vuestra fe en el Cristo y por vuestra caridad para con sus discípulos» dice Jesús yendo hacia los dos ancianos cónyuges, o hermano y hermana.

Un gesto de veneración y le acompañan al vasto mirador, donde tienen preparadas muchas mesas, bajo un tupido toldo. La vista se extiende libre sobre Cesarea y los montes que la ciudad tiene a sus espaldas y a los lados. Las palomas trenzan vuelos desde la terraza al jardín, lleno de plantas en flor.

Mientras un doméstico aumenta los puestos, Isaac explica: «¡Benjamín y Ana no sólo nos reciben en su casa a nosotros, sino también a todos los que vienen en busca de ti! Lo hacen en tu Nombre».

«Que el Cielo los bendiga cada vez que lo hacen».

«Disponemos de medios y no tenemos herederos. En el ocaso de la vida, adoptamos como hijos a los pobres del Señor» dice con sencillez la anciana.

Y Jesús le pone la mano en su encanecida cabeza diciendo: «Y esto te hace madre más que si hubieras concebido superabundante-
344.6 mente. [6]Mas ahora permitidme que explique a éstos lo que deseaban saber, para poder despedir luego a los de la ciudad y sentarnos a la mesa».

La terraza está invadida de gente, que sigue entrando y apiñándose en los espacios libres.

Jesús está sentado en medio de una corona de niños, que le miran extáticos con sus ojazos inocentes. Vuelve las espaldas a la mesa y sonríe a estos niños, aunque esté hablando de un tema grave. Parece como si leyera en sus caritas inocentes las palabras de la verdad solicitada.

«Escuchad. La señal de Jonás, que prometí a los malos, y que prometo también a vosotros, no porque seáis malos, sino, al contrario, para que podáis creer con perfección cuando la veáis cumplida, es ésta.

Como Jonás permaneció tres días en el vientre del monstruo marino y luego fue restituido a la tierra para convertir y salvar a Nini-

ve, así será para el Hijo del hombre. Para calmar las violentas olas de una grande, satánica tempestad, los principales de Israel creerán útil sacrificar al Inocente. Lo único que conseguirán será aumentar sus peligros, porque, además del conturbador Satanás, tendrán a Dios con su castigo tras el delito cometido. Podrían triunfar contra la tempestad de Satanás creyendo en mí. Pero no lo hacen porque ven en mí la razón de sus inquietudes, miedos, peligros y desmentidas contra su insincera santidad. Mas, llegada la hora, ese monstruo insaciable que es el vientre de la tierra, que se traga a todo hombre que muere, se abrirá de nuevo para restituir la Luz al mundo que renegó de ella.

He aquí, pues, que, como Jonás fue signo para los ninivitas de la potencia y misericordia del Señor, así el Hijo del hombre lo será para esta generación; con la diferencia de que Nínive se convirtió, mientras que Jerusalén no se convertirá, porque está llena de esta generación malvada de que he hablado. Por ello, la Reina del Mediodía se alzará el Día del Juicio contra los hombres de esta generación y los condenará. Porque ella vino, en su tiempo, desde los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, mientras que esta generación, que me tiene presente, y siendo Yo mucho más que Salomón, no quiere oírme, y me persigue y expele como a un leproso y a un pecador. También los ninivitas, que se convirtieron con la predicación de un hombre, se alzarán en el día del Juicio contra la generación malvada que no se convierte al Señor su Dios. Yo soy más que un hombre, aunque se tratara de Jonás o cualquier otro Profeta.

Por tanto, daré la señal de Jonás a quien pide una señal sin posibles equívocos. *Más de una* señal daré a quien no baja la frente proterva ante las pruebas ya dadas de vidas que renacen por voluntad mía. Daré todas las señales: tanto la de un cuerpo en descomposición que vuelve a vivir y a recomponerse, como la de un Cuerpo que por sí solo se resucita porque a su Espíritu le es dada la plenitud del poder. Mas éstas no serán gracias. No significarán aligeramiento de la situación. Ni aquí ni en los libros eternos. Lo escrito escrito está. Y, como piedras para una próxima lapidación, las pruebas se amontonarán: contra mí, para perjudicarme sin lograrlo; contra ellos, para arrollarlos eternamente con la condena de Dios a los incrédulos malvados.

A esta señal de Jonás me refería. ¿Tenéis más cosas que preguntar?».

«No, Maestro. Se lo comunicaremos a nuestro jefe de la sinagoga, que ha juzgado la señal prometida con juicio muy cercano a la verdad».

344.7 «Matías es un justo. 7La Verdad se revela a los justos como se revela a estos inocentes, que mejor que nadie saben quién soy Yo. Dejadme, antes de despedirme de vosotros, oír alabar la misericordia de Dios por boca de los ángeles de la tierra. Venid niños».

Los niños, que habían estado quietos con pena hasta ese momento, corren hacia Él.

«Decidme, criaturas sin malicia, ¿para vosotros, cuál es mi señal?».

«Que eres bueno».

«Que curas a mi mamá con tu Nombre».

«Que quieres a todos».

«Que ninguno puede ser tan guapo como Tú».

«Que haces volverse bueno hasta al que era malo como mi padre».

Cada una de las boquitas, más o menos niñas, anuncia una dulce propiedad de Jesús, y testifica penas que Jesús ha transformado en sonrisas.

Pero el más simpático de todos es un pilluelo de unos cuatro años que trepa hasta el regazo de Jesús y se abraza a su cuello diciendo: «Tu señal es que quieres a todos los niños y que los niños te quieren. Así te quieren...», y abre lo más que puede sus bracitos regordetes, y ríe, para luego abrazarse otra vez al cuello de Jesús restregando su mejilla infantil con la de Jesús, que le besa y pregunta: «Pero, ¿por qué me queréis si no me habéis visto nunca antes de ahora?».

«Porque pareces el ángel del Señor».

«Tú no le has visto, pequeñuelo...» prueba Jesús, sonriendo.

El niño se queda un momento desorientado. Pero luego se echa a reír, mostrando todos los dientecitos, y dice: «¡Pero le ha visto bien mi alma! Dice mi mamá que la tengo, y está aquí, y Dios la ve, y el alma ha visto a Dios y a los ángeles, y los ve. Y mi alma te conoce porque eres el Señor».

Jesús le besa en la frente y dice: «Que te aumente, por este beso, la luz en el intelecto» y le pone en el suelo. El niño, entonces, corre donde su padre dando brincos, teniendo la mano apretada contra la frente en el lugar en que ha sido besado, y grita: «¡Vamos donde mamá, donde mamá! Que bese aquí, donde ha besado el Señor y le vuelva la voz y no llore más».

Explican a Jesús que se trata de una mujer casada, enferma de la garganta, deseosa de milagro, pero que no lo habían realizado en ella los discípulos, los cuales no habrían podido curar ese mal, que no se podía tocar de tan profundo como estaba.

«La curará el discípulo más pequeño, su hijito. Ve en paz, hombre. Y ten fe como tu hijo» dice mientras despide al padre del pequeñuelo.

Besa a los otros niños, que se han quedado deseosos del mismo beso en la frente, y despide a los que viven en la ciudad. Se quedan los discípulos, los de Quedes y los del otro lugar.

[8]Mientras se espera la comida, Jesús ordena la partida, para el día siguiente, de *todos* los discípulos, que habrán de precederle a Cafarnaúm para unirse con los otros procedentes de otros lugares. «Tomaréis luego con vosotros a Salomé y a las mujeres e hijas de Natanael y Felipe, y a Juana y Susana, según vais descendiendo hacia Nazaret. Allí tomaréis con vosotros a mi Madre y a la madre de mis hermanos, y las acompañaréis a Betania, a la casa donde está José, en las tierras de Lázaro. Nosotros iremos por la Decápolis». 344.8

«¿Y Margziam?» pregunta Pedro.

«He dicho: "precededme a Cafarnaúm". No "id". Pero desde Cafarnaúm podrán avisar a las mujeres de nuestra llegada, de modo que estén preparadas cuando nosotros vayamos hacia Jerusalén por la Decápolis. Margziam, que ya es un jovencito, irá con los discípulos escoltando a las mujeres...».

«Es que... quería llevar también a mi mujer, pobrecilla, a Jerusalén. Siempre lo ha deseado y... no ha ido nunca porque no quería yo problemas... Pero este año querría darle esta satisfacción. ¡Es tan buena!».

«Pues sí, Simón. Razón de más para que Margziam vaya con ella. Harán lentamente el viaje y nos reuniremos de nuevo todos allí...».

El anciano dueño de la casa dice: «¿Tan poco tiempo aquí?».

«Padre, tengo todavía mucho que hacer, y quiero estar en Jerusalén al menos ocho días antes de la Pascua. Ten en cuenta que la primera fase de la luna de Adar ya ha terminado...».

«Es verdad. ¡Pero tanto te he anhelado!... Teniéndote, me parece estar en la luz del Cielo... y que esta luz se haya de apagar en cuanto te marches».

«No, padre. Te la dejaré en tu corazón. Y a tu esposa. A toda esta casa hospitalaria».

Se sientan a las mesas y Jesús ofrece y bendice los alimentos, que luego el doméstico distribuye a las distintas mesas.

345. Milagro en el castillo de Cesarea Paneas.

29 de noviembre de 1945.

345.1 [1]Terminada la comida en la casa hospitalaria, Jesús sale con los doce, los discípulos y el anciano dueño de la casa. Vuelven al "manantial grande". Pero no se detienen allí. Siguen el camino siempre subiendo en dirección norte.

El camino que han tomado, aunque vaya muy cuesta arriba, es cómodo, porque es un verdadero camino, por el que pueden transitar incluso carros y cabalgaduras. En su parte más alta, en la cima del monte, hay un macizo castillo, o fortaleza si se prefiere, que causa estupor por su forma singular. Parece formado por dos construcciones colocadas a algunos metros de desnivel una de la otra, de manera que la más retrasada, y al mismo tiempo la más belicosa, está más alta que la otra, a la que domina y defiende. Hay un alto y ancho muro — sobre el cual se alzan torres cuadradas, bajas pero sólidas — entre las dos construcciones, que, aun siendo así, son una *única* construcción, porque está rodeada por un único cerco de murallas de bloques de piedra almohadillados, murallas derechas, o un poco oblicuas en la base para sostener mejor el peso del bastión. No veo el lado oeste. Pero los dos lados norte y sur caen a pico, formando una unidad con el monte, que está aislado y desciende también a pico por esos dos lados. Y creo que el lado oeste presentará las mismas características.

El anciano Benjamín, por ese sutil orgullo propio de todo ciudadano respecto a su ciudad, ilustra el castillo del Tetrarca, que es, además de castillo, lugar de defensa de la ciudad, y enumera su belleza y fortaleza, su solidez, las comodidades de las cisternas y pilones para el agua, y del amplio espacio, las facilidades de su vasto radio de visión, de su posición, etc. etc. «Los romanos también dicen que es bonito. ¡Y ellos entienden de castillos!...» termina el anciano. Y añade: «Conozco al administrador. Por eso puedo entrar. Os voy a enseñar el más amplio y bonito panorama de Palestina».

Jesús escucha benigno. Los otros sonríen un poco: ¡ellos que han visto tantos panoramas!... pero el anciano es tan bueno que no tienen corazón para contrariarle y secundan su deseo de mostrar cosas bonitas a Jesús.

345.2 [2]Llegan a la cima. La vista es verdaderamente bonita ya incluso desde la plazoleta que hay delante del portón de entrada guarnecido de hierro. Pero el anciano dice: «¡Venid, venid!... Dentro es más bonito. Vamos a subir a la torre más alta de la ciudadela. Veréis...».

Y penetran en el obscuro pasaje abierto en la muralla de bastan-

tes metros de anchura. Van hasta un patio. Allí están esperándolos el administrador y su familia. Los dos amigos se saludan y el anciano explica el objeto de la visita.

«¡¿El Rabí de Israel?! ¡Qué pena que no esté Filipo! Deseaba verle, porque su fama ha llegado hasta aquí. Filipo estima a los rabíes verdaderos, porque son los únicos que han defendido sus derechos, y también por desdén hacia Antipa, que no los estima. ¡Venid, venid!...». El hombre, al principio, ha mirado un momento a Jesús; luego ha decidido honrarle con una reverencia digna de un rey.

Cruzan otro pasaje. Aparece un segundo patio y una nueva poterna que da acceso a un tercer patio. Pasado éste, hay una profunda cárcava y el murrallón torreado de la ciudadela. Caras curiosas de armígeros o domésticos se asoman por todas partes. Entran en la ciudadela, y luego, por una estrecha escalera, suben al bastión, y de éste a una torre. En la torre entran sólo Jesús y el administrador, Benjamín y los doce. Más no podrían, porque ya están apretados como sardinas. Los otros se quedan en el bastión.

¡Qué vista, cuando desde la torre Jesús y los que están con él salen a la terrazita que corona la torre y asoman todos la cabeza por el alto parapeto de bloques de piedra! Asomándose hacia el precipicio que hay en este lado oeste, el más alto del castillo, se ve toda Cesarea, extendida a los pies de este monte, y se ve bien, porque ella tampoco es llana, sino que está construida sobre suaves ondulaciones. Más allá de Cesarea, se extiende toda la fértil llanura que precede al lago Merón. Y parece un pequeño mar de un verde tierno, con tornasoles de aguas de turquesas claras, resplendentes en la vasta llanura glauca cual jirones de cielo sereno. Y luego graciosas colinas dispuestas como collares de un esmeralda oscuro irisado con la plata de los olivos, esparcidos acá o allá en los confines de la llanura. Y penachos esponjosos de árboles que florecen, o bolas compactas de árboles ya florecidos... Y, mirando hacia el Norte y hacia Oriente se ve el Líbano potente, el Hermón que brilla bajo el sol con sus nieves perladas y los montes de Iturea; y el valle del Jordán, por la cavidad comprendida entre los collados del mar de Tiberíades y los montes de la Galaunítida, aparece en un atrevido recorte, para perderse luego en lejanías de ensueño.

«¡Bonito! ¡Bonito! ¡Muy bonito» exclama Jesús mientras mira con admiración, y parece bendecir y querer abrazar estos lugares tan hermosos con su rostro sonriente y sus brazos abiertos. Y responde a los apóstoles, que piden una u otra explicación, señalando los lugares donde han estado, o sea las comarcas y las direcciones en que éstas se encuentran.

«Pero no veo el Jordán» dice Bartolomé.

«No lo ves, pero está allá, en aquella extensión entre dos cadenas montañosas; al pie de esa de Poniente está el río. Bajaremos por allí, porque la Perea y la Decápolis todavía esperan al Evangelizador».

345.3 [3]Pero, entretanto, se vuelve, preguntando casi al aire, por un quejido largo, ahogado, que no es la primera vez que hiere su oído. Y mira al administrador como para preguntarle qué sucede.

«Es una de las mujeres del castillo. Una mujer casada. Va a tener un niño. El primero y el último, porque su marido murió en las calendas de Kisléu. No sé si vivirá siquiera, porque la mujer, desde que se ha quedado viuda, no hace sino consumirse en llanto. Es un espectro. ¿Oyes? Ni siquiera tiene fuerza para gritar... Claro que... viuda a los diecisiete años... Y se querían mucho. Mi mujer y su suegra le dicen: "En tu hijo tendrás de nuevo a Tobit". Pero son palabras...».

Bajan de la torre y pasan por los bastiones, admirando el lugar y el panorama. Luego el administrador quiere ofrecer a la fuerza unas bebidas y fruta a los visitantes; entran, pues, en una vasta habitación de la parte anterior del castillo, a donde los siervos traen las cosas requeridas.

El quejido es más desgarrador y más cercano. El administrador presenta disculpas por ello, incluso porque el hecho tiene ocupada a su mujer y no puede venir con el Maestro. Mas al lamento de antes sigue un griterío aún más doloroso, y hace suspender en el aire las manos que traen la fruta, o las copas en las bocas.

«Voy a ver qué ha sucedido» dice el administrador. Y sale, mientras la cacofonía de gritos y llantos penetra aún más intensamente por la puerta entreabierta.

345.4 [4]Vuelve el administrador: «Se le ha muerto el niño nada más nacer... ¡Qué congoja! Está tratando de reanimarle con sus fuerzas huidizas... Pero ya no respira. ¡Está negro!...» y menea la cabeza, para concluir: «¡Pobre Dorca!».

«Tráeme al niño».

«Pero si está muerto, Señor».

«Tráeme al niño, te digo. Como está. Y di a la madre que tenga fe».

El administrador se marcha corriendo. Vuelve: «No quiere. Dice que no se lo deja a nadie. Parece loca. Dice que lo que queremos es quitársele».

«Llévame a la puerta de su habitación. Que me vea».

«Pero...».

«¡No te preocupes! Ya me purificaré después, si acaso...».

Van raudos por un corredor obscuro hasta una puerta cerrada. Jesús mismo la abre y se queda en el umbral, frente a la cama, donde una liviana criatura alabastrina aprieta contra su corazón a una criaturita que no da señales de vida.

«La paz a ti, Dorca. Mírame. No llores. Soy el Salvador. Dame a tu pequeñuelo...».

No sé lo que hay en la voz de Jesús. Sé que la desesperada, que en el primer momento, al verle, había apretado ferozmente al recién nacido contra su corazón, le mira y su ojo acongojado y demente se abre a una luz dolorosa pero llena de esperanza. Cede a la criaturita envuelta en paños delicados a la mujer del administrador... y se queda allí, con las manos extendidas hacia delante, con la vida, con la fe en sus ojos dilatados, sorda a las súplicas de la suegra que querría ponerla cómoda sobre los almohadones.

[5]Jesús toma el fardito de carnes semifrías y de paños. Mantiene 345.5
al pequeñuelo derecho por las axilas. Apoya su boca en los labiecitos entreabiertos, curvado hacia adelante porque la cabecita pende hacia atrás. Sopla fuerte en la inerte garganta... Está un instante con los labios apoyados en la boquita, luego se separa... Y un piar de pajarillo tiembla en el aire inmóvil... un segundo, más fuerte... un tercero... y, en fin, un verdadero vagido mientras oscila la cabecita, se agitan las manitas y los piececitos, y, contemporáneamente, durante el largo, triunfal llanto del recién nacido, toma color la cabecita pelada, la carita minúscula... Le responde el grito de la madre: «¡Hijo mío! ¡Mi amor! ¡La semilla de mi Tobit! ¡En el corazón! ¡En el corazón de tu mamá... para que muera feliz!...» dice con un susurro que se apaga en un beso y en una reacción comprensible de abandono.

«¡Se muere!» gritan las mujeres.

«No. Entra en un merecido descanso. Cuando se despierte, decidle que al niño le ponga por nombre Iesaí-Tobit. La paz sea con vosotras».

Cierra de nuevo, lentamente, la puerta, y se vuelve para regresar adonde estaba antes, adonde sus discípulos. Pero están todos allí, montón conmovido que ha presenciado y que ahora le mira con maravilla.

Vuelven juntos al patio. Saludan al estupefacto administrador, que no hace sino repetir: «¡Cuánto va a sentir el Tetrarca no haber estado!» y emprenden de nuevo la bajada para volver a la ciudad.

Jesús pone la mano en el hombro del anciano Benjamín diciendo: «Te agradezco lo que nos has mostrado y el haber sido la razón de un milagro»...

346. Primer anuncio de la Pasión y reprensión a Simón Pedro.

30 de noviembre de 1945.

346.1 [1]Jesús debe haber dejado la ciudad de Cesarea de Filipo con las primeras luces de la mañana, porque ya queda lejos con sus montes y la llanura le rodea de nuevo. Se dirige hacia el lago de Merón para ir después hacia el de Genesaret. Van con Él los apóstoles y todos los discípulos que estaban en Cesarea. Pero una expedición tan numerosa por el camino no causa estupor a nadie, porque ya se ven otras, dirigidas a Jerusalén, de israelitas o prosélitos, procedentes de todos los lugares de la Diáspora, que desean pasar un tiempo en la Ciudad Santa para escuchar a los rabíes y respirar largamente el aire del Templo.

Caminan a buena marcha, bajo un Sol ya alto pero que todavía no molesta, porque es un Sol de primavera que juega con el follaje nuevo y las frondas florecidas, y suscita flores, flores, flores por todas partes. La llanura que precede al lago, toda ella, es una alfombra florecida. La mirada, volviéndose hacia los montes que la circundan, ve a éstos remendados con las matas cándidas, tenuamente róseas, o de color rosa intenso, o rosa casi rojo, de los diversos tipos de árboles frutales; y, al pasar cerca de las raras casas de campesinos o de los talleres de herrador esparcidos por el camino, la vista se alegra ante los primeros rosales florecidos en los huertos o a lo largo de los setos o contra las tapias de las casas.

«Los jardines de Juana deben estar todos en flor» observa Simón Zelote.

«También el huerto de Nazaret debe parecer un cesto lleno de flores. María es la dulce abeja que va de rosal en rosal; de los rosales a los jazmines, que pronto florecerán; a las azucenas, que ya tienen los capullos en el tallo; y tomará la rama del almendro, como hace siempre, es más, ahora tomará la del peral o del granado, para ponerla en el ánfora de su habitación. Cuando éramos niños le preguntábamos todos los años: "¿Por qué tienes siempre ahí una rama de árbol en flor y no metes en su lugar las primeras rosas?". Y Ella respondía: "Porque en esos pétalos veo escrita una orden que me vino de Dios y siento el aroma puro del aura celeste". ¿Te acuerdas, Judas?» pregunta Santiago de Alfeo a su hermano.

«Sí. Me acuerdo. Y recuerdo que, ya hombre, esperaba con ansia la primavera, para ver a María caminar por su huerto bajo las nubes de sus árboles en flor y entre los setos de las primeras rosas; nunca vi espectáculo más hermoso que esa eterna niña moviéndose evanes-

cente entre las flores y entre vuelos de palomas...».

[2]«¡Oh, vamos pronto a verla, Señor! ¡Yo también quiero ver todo eso!» suplica Tomás. 346.2

«Basta con que aceleremos el paso y hagamos paradas breves, por las noches, para llegar a Nazaret a tiempo» responde Jesús.

«¿Me das esta satisfacción verdaderamente, Señor?».

«Sí, Tomás. Iremos a Betsaida todos, y luego a Cafarnaúm. Allí nos separaremos: nosotros vamos en la barca a Tiberíades, y luego a Nazaret. Así cada uno, salvo vosotros judíos, vamos a tomar los indumentos más ligeros. El invierno ha concluido».

* «Sí. Y nosotros vamos a decir a la Paloma: "Álzate, apresúrate, amada mía; ven, porque el invierno ha pasado, la lluvia ha terminado, las flores pueblan el suelo... Álzate, amiga mía; ven, paloma escondida, muéstrame tu faz y deja que oiga tu voz"».

«¡Sí señor, Juan! ¡Pareces un enamorado cantando su canción a su amada!» dice Pedro.

«Lo estoy. De María lo estoy. No veré a otras mujeres que despierten mi amor. Sólo María, la amada de todo mi ser».

«También lo decía yo hace un mes. ¿Verdad, Señor?» dice Tomás.

«Yo creo que estamos todos enamorados de Ella. ¡Un amor tan alto, tan celestial!... Como sólo esa Mujer puede inspirar. Y el alma ama completamente su alma, la mente ama y admira su intelecto, el ojo mira y se complace en su gracia pura, que embelesa sin producir agitación, como cuando se mira una flor... María, la Belleza de la tierra y, creo, la Belleza del Cielo...» dice Mateo.

«¡Es verdad! ¡Es verdad! Todos vemos en María cuanto de más dulce hay en la mujer: la niña pura y la madre dulcísima; y no se sabe por cuál de estas dos gracias se la ama...» dice Felipe.

«Se la ama porque es "María". ¡Eso es!» sentencia Pedro.

[3]Jesús los ha estado oyendo hablar y dice: «Todos habéis hablado bien, y Pedro muy bien. María se ama porque es "María". Os dije, mientras íbamos a Cesarea, que solamente aquéllos que unan una fe perfecta a un amor perfecto llegarán a conocer el verdadero significado de las palabras: "Jesús, el Cristo, el Verbo, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre". Pero ahora os digo que hay otro nombre denso en significados. Y es el de mi Madre. Sólo aquellos que unan una perfecta fe a un perfecto amor llegarán a conocer el verdadero significado del nombre "María", de la Madre del Hijo de Dios. Y el verdadero significado empezará a aparecer claro para los verdaderos creyentes y para los verdaderos amantes en una hora tremenda de tormento, 346.3

* *Álzate...* es cita de *Cantar de los Cantares 2, 10-14.*

cuando la Madre sea sometida a suplicio con su Hijo, cuando la Redentora redima con el Redentor, a los ojos de todo el mundo y por todos los siglos de los siglos».

«¿Cuándo?» pregunta Bartolomé mientras se detienen a orillas de un caudaloso arroyo, en el que están bebiendo muchos discípulos.

«Detengámonos aquí a compartir el pan. El Sol marca mediodía. Al caer de la tarde, estaremos en el lago Merón, y podremos acortar el camino con unas barcas» responde Jesús evasivamente.

Se sientan todos sobre la tierna hierbecita, tibia de sol, de las orillas del arroyo. Juan dice: «Es una pena echar a perder estas flores tan delicadas. Parecen pedacitos de cielo caídos aquí en los prados». Son cientos y cientos de miosotis.

«Renacerán más bonitas mañana. Han florecido para hacer del suelo una sala de banquetes para su Señor» le consuela Santiago, su hermano.

Jesús ofrece y bendice los alimentos y todos se ponen a comer alegremente. Los discípulos, todos, como si fueran girasoles, miran en dirección a Jesús, que está sentado en el centro de la fila de sus apóstoles.

346.4 [4]La comida pronto termina, condimentada con serenidad y agua pura. Pero, dado que Jesús permanece sentado, ninguno se mueve. Es más, los discípulos se cambian de sitio para acercarse, para oír lo que dice Jesús como respuesta a los apóstoles, que siguen preguntando sobre lo que había dicho antes, de su Madre.

«Sí. Porque ser madre de mi carne ya sería una gran cosa. Fijaos que se recuerda a Ana de Elcaná como madre de Samuel, y él era sólo un profeta; pues bien, la madre es recordada por haberle engendrado. Por tanto ya María sería recordada, y con altísimas alabanzas, por haber dado al mundo a Jesús el Salvador. Pero ello sería poco, respecto a cuanto Dios exige de Ella para completar la medida requerida para la redención del mundo. María no defraudará el deseo de Dios. *Jamás lo ha defraudado*. Desde las demandas de amor *total* hasta las de sacrificio *total*. Ella se ha entregado y se entregará. Y, cuando haya consumado el máximo sacrificio, conmigo, por mí, en favor del mundo, los verdaderos fieles y los verdaderos amantes comprenderán el verdadero significado de su Nombre. Y, por todos los siglos, a todo verdadero fiel, a todo verdadero amante, le será condecido comprenderlo. El Nombre de la Gran Madre, de la Santa Nutriz que lactará por todos los siglos a los párvulos de Cristo con su llanto, para criarlos para la Vida de los Cielos».

«¿Llanto, Señor? ¿Debe llorar tu Madre?» pregunta Judas Iscariote.

«Todas las madres lloran. La mía llorará más que ninguna otra».

«¿Pero por qué? Yo he hecho llorar a la mía alguna vez, porque no soy siempre un buen hijo. ¡Pero Tú? No das nunca pesares a tu Madre».

«No. Efectivamente, como Hijo suyo, no le doy pesares. Pero le daré muchos como Redentor. Dos harán llorar con un llanto sin fin a mi Madre: Yo, salvando a la Humanidad; la Humanidad, con sus continuos pecados. Todo hombre que haya vivido, que vive, o que vivirá, cuesta lágrimas a María».

«¿Pero por qué?» pregunta, sorprendido, Santiago de Zebedeo.

«Porque todo hombre me cuesta torturas a mí para redimirle».

«¡¿Pero decir esto de los que ya han muerto o no han nacido todavía?! Te harán sufrir los vivos, los escribas, fariseos, saduceos, con sus acusaciones, sus celos, sus mezquindades; pero más no» afirma con tono seguro Bartolomé.

«También mataron a Juan Bautista... Israel no ha matado sólo a este profeta, ni es el único sacerdote de la Voluntad eterna matado por causa del odio de los que no obedecen a Dios».

«Pero Tú eres más que un profeta y que el mismo Bautista, tu Precursor. Tú eres el Verbo de Dios. Israel no levantará su mano contra ti» dice Judas Tadeo.

«¿Lo piensas así, hermano? Estás en un error» le responde Jesús.

«No. ¡No puede ser! ¡No puede suceder! ¡Dios no lo permitirá! ¡Sería degradar para siempre a su Cristo!». Judas Tadeo está tan agitado que se pone en pie.

Jesús también se levanta y le mira fijamente a la cara palidecida, a los ojos sinceros. Dice lentamente: «Y sin embargo así será» y baja el brazo derecho, que le tenía alzado, como jurando.

[5]Todos se ponen en pie y se arriman aún más a Él: una corona de caras afligidas, y, más aún, incrédulas. Una serie de comentarios recorre el grupo: 346.5

«Si fuera así... tendría razón Judas Tadeo».

«Lo que le sucedió a Juan el Bautista fue una cosa mala, pero exaltó al hombre, heroico hasta el final; si le sucediera eso al Cristo sería disminuirle».

«Cristo puede ser perseguido, pero no degradado».

«Tiene la unción de Dios».

«¿Y quién podría ya creer, si te vieran en poder de los hombres?».

«No lo permitiremos».

El único que permanece en silencio es Santiago de Alfeo.

Su hermano arremete contra él: «¡No hablas? ¿No te mueves! ¿No

oyes! ¡Defiende a Cristo contra sí mismo!».

Santiago, por toda respuesta, se lleva las manos a la cara, se separa bastante, y llora.

«¡Es un estúpido!» sentencia su hermano.

«Quizás menos de lo que crees» le responde Hermasteo. Y añade: «Ayer, explicando la profecía, el Maestro habló de un cuerpo deshecho que se reintegra y de uno que por sí mismo se resucita. Creo que uno no puede resucitar sin estar antes muerto».

«Pero puede haber muerto de muerte natural, de vejez. ¡Y ya sería mucho para el Cristo!» rebate Judas Tadeo, y muchos le dan la razón.

«Sí, pero entonces no sería una señal para esta generación, que es mucho más vieja que Él» observa Simón Zelote.

«Ya. Pero no está claro que hable de sí mismo» rebate Judas Tadeo, obstinado en su amor y respeto.

«Ninguno que no sea el Hijo de Dios puede resucitarse a sí mismo, como tampoco ninguno que no sea el Hijo de Dios puede nacer como nació Él. Yo lo digo, yo que vi su gloria natal» dice Isaac testimoniando firmemente.

Jesús, con los brazos cruzados, los ha escuchado mirándolos a medida que hablaban. Ahora es Él el que hace ademán de hablar, y dice: «El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, porque es el Hijo de Dios, sí, pero también el Redentor del hombre; y no hay redención sin sufrimiento. Mi sufrimiento será corporal, de la carne y de la sangre, para reparar los pecados de la carne y de la sangre; moral, para reparación de los pecados de la mente y las pasiones; espiritual, para reparación de las culpas del espíritu. Será *completo*. Por tanto, a la hora establecida, me prenderán, en Jerusalén, y tras haber sufrido ya mucho por culpa de los Ancianos y de los Sumos Sacerdotes, de los escribas y fariseos, seré condenado a una muerte infamante. Y Dios no lo impedirá, porque así debe suceder, siendo Yo el Cordero de expiación por los pecados del mundo entero. Y, en un mar de angustia, compartida por mi Madre y por otras, pocas personas, moriré en el patíbulo; y tres días después, por mi voluntad divina, por ella sola, resucitaré a una vida eterna y gloriosa como Hombre y volveré a ser: Dios en el Cielo con el Padre y el Espíritu. Pero antes tendré que padecer toda suerte de oprobios, y sentir *

* *volveré a ser: Dios en el Cielo*, es decir, ya no Dios en la tierra (Hijo que permanece unido *con el* Padre), sino Dios en el Cielo (Hijo que vuelve *al* Padre), como se ha explicado anteriormente, en la nota de la página 271. La expresión es similar a la reseñada en *Juan 16, 28*: "Salí del Padre y he venido al mundo, ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre"; y es conforme con la formulación del *Credo*: "bajó del Cielo, ... subió al Cielo, y está sentado a la derecha del Padre".

mi corazón traspasado por la Mentira y el Odio».

[6]Un coro de gritos se eleva en el aire tibio y perfumado de primavera. 346.6

Pedro — el rostro profundamente preocupado, y escandalizado como los demás — coge de un brazo a Jesús, le separa un poco y le dice en voz baja al oído: «¡Pero, Señor...! No digas esto. No está bien. Ya ves que se escandalizan. Decaes del concepto en que te tienen. Por nada del mundo debes permitir esto. Ya de por sí nunca te va a pasar nada semejante, ¿por qué pensarlo como si fuera verdadero? Debes subir cada vez más en el concepto de los hombres, si te quieres afirmar; debes terminar, por ejemplo, con un último milagro, como reducir a cenizas a tus enemigos. Pero nunca degradarte hasta aparecer como un malhechor castigado». Pedro parece un maestro o un padre afligido corrigiendo con amorosa angustia a un hijo que ha dicho una necedad.

Jesús, que estaba un poco agachado para escuchar el bisbiseo de Pedro, se yergue severo, con rayos en los ojos, pero rayos de amargura, y grita fuerte, para que todos oigan y la lección sirva para todos: «¡Aléjate de mí, tú que en este momento eres un diablo que me aconseja desistir de la obediencia a mi Padre! ¡Para esto he venido! ¡No para los honores! Tú, aconsejándome la soberbia, la desobediencia y el rigor sin caridad, tratas de seducirme al mal. ¡Vete! ¡Me escandalizas! ¿No comprendes que la grandeza no está en los honores sino en el sacrificio, y que nada importa aparecer a los ojos de los hombres como gusanos si Dios nos considera ángeles? Tú, hombre ignorante, no comprendes lo que es grandeza y razón según Dios, y ves, juzgas, sientes, hablas según el hombre».

El pobre Pedro queda anonadado por esta severa corrección; se separa, compungido, y rompe a llorar... No es el llanto gozoso de pocos días antes, sino el sollozo desolado de quien comprende que ha pecado y ha causado dolor a la persona amada.

Jesús le deja llorar. Se descalza, se remanga las vestiduras y vadea el arroyo. Los demás hacen lo mismo en silencio. Ninguno se atreve a decir una palabra. Al final de todos va el pobre Pedro, en vano consolado por Isaac y el Zelote.

[7]Andrés se vuelve más de una vez y le mira, y luego susurra algo a Juan, que está muy afligido; pero Juan menea la cabeza en señal de negación. Entonces Andrés se decide. Se adelanta corriendo. Alcanza a Jesús. Le llama suavemente, con visible temor: «¡Maestro! ¡Maestro!...». 346.7

Jesús deja que le llame varias veces. Al final se vuelve, severo, y pregunta: «¿Qué quieres?».

«Maestro, mi hermano está compungido... llora...».

«Se lo ha merecido».

«Es verdad, Señor. Pero de todas formas es un hombre... No puede hablar bien siempre».

«Efectivamente, hoy ha hablado muy mal» responde Jesús. Pero ya se le ve menos severo, y un atisbo de sonrisa dulcifica la mirada divina.

Andrés se siente más seguro y aumenta la peroración en pro de su hermano. «Pero Tú eres justo, y sabes que el amor a ti ha sido lo que le ha hecho caer...».

«*El amor debe ser luz, no tinieblas*. Él lo ha hecho tinieblas y ha envuelto en ellas su espíritu».

«Es verdad, Señor. Pero las vendas se pueden quitar cuando se quiera. No es como tener el espíritu mismo tenebroso. Las vendas son lo externo; el espíritu es lo interno, el núcleo vivo... El interior de mi hermano es bueno».

«Que se quite entonces las vendas que se ha puesto».

«¡Lo hará, sin duda, Señor! Ya lo está haciendo. Vuélvete y mira lo desfigurado que está por ese llanto que no consuelas Tú. ¿Por qué tan severo con él?».

«Porque él tiene el deber de ser "el primero", de la misma forma que le he dado el honor de serlo. Quien mucho recibe mucho debe dar...».

«¡Es verdad, Señor, sí! Pero, ¿no te acuerdas de María de Lázaro?, ¿de Juan de Endor?, ¿de Áglae?, ¿de la Beldad de Corazín? ¿de Leví? A éstos les diste *todo*... y ellos todavía te habían dado sólo la *intención* de redimirse... ¡Señor!... Atendiste mi súplica por la Beldad de Corazín y por Áglae... ¿No lo harías ahora por tu Simón y mi Simón, que ha pecado por amor a ti?».

Jesús baja su mirada hacia este hombre apacible que se vuelve intrépido y apremiante en favor de su hermano, como lo fue, silenciosamente, en favor de Áglae y de la Beldad de Corazín, y su rostro resplandece de luz: «Ve a llamar a tu hermano» dice «y tráemele aquí».

«¡Gracias, mi Señor! Voy...» y se echa a correr, raudo como una golondrina.

346.8 [8]«Ven, Simón. El Maestro ya no está irritado contigo. Ven, que te lo quiere decir».

«No, no. Me da vergüenza... Hace demasiado poco que me ha corregido... Será que quiere que vaya para reprenderme otra vez...».

«¡Qué mal le conoces! ¡Venga, ven! ¿Piensas que yo te llevaría a otro sufrimiento? Si no estuviera seguro de que te espera allí una

alegría, no insistiría. Ven».

«¿Y qué le voy a decir?» dice Pedro mientras se pone en marcha un poco recalcitrante, frenado por su humanidad, aguijado por su espíritu, que no puede estar sin la indulgencia de Jesús y sin su amor. «¿Qué le voy a decir?» sigue preguntando.

«¡Nada, hombre! ¡Será suficiente con que le muestres tu rostro!» le dice su hermano animándole.

Todos los discípulos, a medida que los dos hermanos los van adelantando, los miran y, comprendiendo lo que sucede, sonríen.

Llegan donde Jesús. Pero Pedro, al último momento, se detiene. Andrés no se anda con chiquitas. Con un enérgico envite, como los que da a la barca para empujarla al mar, le echa hacia adelante. Jesús se para... Pedro alza la cara... Jesús la baja... Se miran... Dos lagrimones se deslizan por las mejillas enrojecidas de Pedro...

«Ven aquí, niño grande irreflexivo, que te haga de padre enjugando este llanto» dice Jesús, y levanta su mano, en que es bien visible aún la señal de la pedrada de Yiscala, y seca con sus dedos esas dos lágrimas.

«¡Oh, Señor! ¿Me has perdonado?» pregunta Pedro lleno de temblor, agarrando la mano de Jesús con las suyas y mirándole con unos ojos como los de un perro fiel que desea obtener el perdón del amo resentido.

«Nunca te he condenado...».

«Pero antes...».

«Te he amado. *Es amor no permitir que en ti arraiguen desviaciones de sentimiento y de pensamiento. Debes ser el primero en todo*, Simón Pedro».

«¿Entonces... entonces me estimas todavía? ¿Me quieres contigo todavía? No es que yo quiera el primer puesto, ¡eh! Me conformo con el último, pero estar contigo, a tu servicio... y morir verdaderamente a tu servicio, Señor, mi Dios».

Jesús le pasa el brazo por encima de los hombros y le estrecha contra su costado.

Entonces Simón, que no ha dejado suelta en todo este tiempo la otra mano de Jesús, se la cubre de besos... dichoso. Y susurra: «¡Cuánto he sufrido!... Gracias, Jesús».

«Da las gracias más bien a tu hermano. Y en el futuro lleva bien tu carga con justicia y heroísmo. [9]Vamos a esperar a los otros. ¿Dón- 346.9
de están?».

Están parados en el lugar en que se encontraban cuando Pedro alcanzó a Jesús, para dejar libertad al Maestro de hablar a su apóstol humillado. Jesús les hace señas para que se acerquen. Con ellos

hay un grupito de labriegos, que habían dejado de trabajar en los campos para venir a hacer preguntas a los discípulos.

Jesús, todavía con la mano en el hombro de Pedro, dice:

«Por lo que ha pasado habéis entendido que estar a mi servicio es una cosa severa. Le he reprendido a él. Pero la corrección era para todos. Porque los mismos sentimientos estaban en la mayoría de los corazones, o formados o en gestación. Así os los he truncado; y quien todavía los cultiva muestra que no comprende ni mi Doctrina ni mi Misión ni mi Persona.

He venido para ser Camino, Verdad y Vida. Os doy la Verdad con lo que enseño. Os aliso el Camino con mi sacrificio; os lo trazo e indico. Pero la Vida os la doy con mi Muerte. Y acordaos de que quien responde a mi llamada y se alista en mis filas para cooperar en la redención del mundo debe estar dispuesto a morir para dar a otros la Vida. Por tanto, quien quiera seguirme debe estar dispuesto a negarse a sí mismo, al *viejo* yo con sus pasiones, tendencias, costumbres, tradiciones, pensamientos, y seguirme con su *nuevo* yo.

Tome cada cual su cruz como Yo la tomaré. La tome, aunque le parezca demasiado infamante. Deje que el peso de su cruz triture a su yo humano para liberar al yo espiritual, al cual no produce horror la cruz; antes al contrario, le es apoyo y objeto de veneración, porque *el espíritu sabe y recuerda.* Y que me siga con su cruz. ¿Que al final del camino le esperará la muerte ignominiosa como me espera a mí? No importa. No se aflija; antes al contrario, exulte por ello, porque la ignominia de la tierra se transformará en grande gloria en el Cielo, mientras que será un deshonor la vileza frente a los heroísmos espirituales.

Siempre decís que queréis seguirme hasta la muerte. Seguidme, entonces, y os guiaré al Reino por un camino abrupto, pero santo y glorioso, al final del cual conquistaréis la Vida eternamente inmutable. Esto será "vivir". Por el contrario, seguir los caminos del mundo y la carne es "morir". De modo que quien quiera salvar su vida en esta tierra la perderá, mas aquel que pierda su vida en esta tierra por causa mía y por amor a mi Evangelio la salvará. Pensad esto: ¿de qué le servirá al hombre ganar todo el mundo, si luego pierde su alma?

346.10 [10]Y otra cosa: guardaos bien, ahora y en el futuro, de avergonzaros de mis palabras y acciones. Eso también sería "morir". Porque el que se avergüence de mí y de mis palabras delante de esta generación necia, adúltera y pecadora, de que he hablado, y, esperando recibir su protección y ganancia, la adule, renegando de mí y de mi Doctrina, arrojando a las bocas inmundas de los cerdos y perros las per-

las recibidas, para recibir luego, como paga, excrementos en vez de dinero, será juzgado por el Hijo del hombre cuando venga en la gloria de su Padre, con los ángeles y santos, a juzgar al mundo. Él, entonces, se avergonzará de estos adúlteros y fornicadores, de estos villanos y usureros, y los arrojará fuera de su Reino; porque no hay sitio en la Jerusalén celeste para adúlteros, ruines, fornicadores, blasfemos y ladrones. Y os digo, en verdad, que algunos de mis discípulos y discípulas presentes no experimentarán la muerte antes de ha-
* ber visto la fundación del Reino de Dios, y ungido y coronado a su Rey».

Reprenden la marcha, hablando animadamente, mientras el Sol desciende lentamente en el cielo...

347. En Betsaida. Profecía sobre el martirio de los Apóstoles y curación de un ciego.

1 de diciembre de 1945.

[1]Ya no andan. Corren. Corren con la nueva aurora, aún más rien- 347.1
te y genuina que las anteriores; todo un destellar de gotas de rocío que llueven, junto con pétalos multicolores, sobre cabezas y prados, para poner tonalidades de flores deshojadas junto a las ya innumerables de las florecillas de las márgenes y del interior que se yerguen sobre sus tallos, y para encender nuevos diamantes en los hilos de hierba reciente. Corren entre cantos de aves en celo y de brisa ligera y de risueñas aguas, que suspiran o arpegian: pasando entre las ramas, acariciando el heno y los cereales que crecen día tras día, o fluyendo entre las márgenes, y alejándose, plegando delicadamente los tallos que tocan las límpidas aguas. Corren como si fueran a un banquete de amor. Incluso los ancianos, como Felipe, Bartolomé, Mateo, el Zelote, comparten la alegre prisa de los jóvenes. Y lo mismo sucede entre los discípulos: los más viejos emulan a los más jóvenes en andar deprisa. No se ha secado todavía el rocío en los prados cuando llegan a la zona de Betsaida comprendida en el poco espacio que hay entre el lago, el río y el monte.

[2]Y, del bosque del monte, desciende por un sendero un jovencito 347.2
corvo bajo el peso de un haz de ramas. Baja raudo, casi corriendo. Por la postura no ve a los apóstoles... Canta contento, corriendo así,

---

* Después de *fundación*, MV añade en una copia mecanografiada: *y luego afirmación*; y explica en una nota a pie de página: *El Reino de Dios vio sus comienzos el Viernes Santo, por los méritos de Cristo, y luego se afirmó con la Iglesia constituida. Pero no todos vieron esta creciente afirmación.*

bajo su haz de leña. Cuando llega al camino principal, a la altura de las primeras casas de Betsaida, deja caer al suelo su carga y se endereza para descansar, y echa hacia atrás sus cabellos oscuros. Alto y fino, derecho, de cuerpo fuerte y extremidades ágiles y delgadas, también fuertes: una bonita figura juvenil.

«Es Margziam» dice Andrés.

«¿Estás mal de la cabeza? Ése es un hombre ya» le responde Pedro.

Andrés pone abocinadas las manos en la boca y le llama con fuerza.

El jovencito, que estaba agachándose para coger de nuevo la carga, tras haberse ceñido bien con el cinturón la corta túnica — que apenas si le llega a las rodillas, y que está abierta en el pecho, porque probablemente ya no cabe en ella —, se vuelve en la dirección del reclamo y ve a Jesús, a Pedro y a los demás, que le están mirando, parados junto a una grupo de sauces llorones que sueltan sus frondas en las aguas de un ancho arroyo, el último afluente del Jordán por la izquierda antes del lago de Galilea y situado justamente en donde empieza el pueblo. Deja caer el haz, alza los brazos y grita: «¡Mi Señor! ¡Mi padre!» y se lanza de carrera.

Pero también Pedro se echa a correr, vadea el arroyo sin quitarse siquiera las sandalias, limitándose a remangarse las vestiduras, para correr luego por el camino polvoriento, dejando las grandes señales húmedas de sus sandalias marcadas en el terreno seco.

«¡Padre mío!».

«¡Hijo mío querido!».

Están, recíprocamente, el uno entre los brazos del otro. Y, verdaderamente, Margziam es tan alto como Pedro, de forma que sus cabellos oscuros, durante el beso de amor, caen sobre el rostro de Pedro; de todas formas, siendo esbelto, parece más alto que Pedro.

347.3 [3]Pero Margziam se separa del dulce abrazo y prosigue su carrera hacia Jesús, que ya está en esta parte del arroyo y viene caminando lentamente en medio de la corona de los apóstoles. Margziam cae a sus pies, con los brazos alzados, y dice: «¡Oh, mi Señor, bendice a tu siervo!».

Mas Jesús se inclina, le pone de pie, le acerca a su corazón, le besa en las dos mejillas y le desea «continua paz y crecimiento en sabiduría y en gracia en los caminos del Señor».

También los demás apóstoles saludan jovialmente al jovencito; especialmente los que no le veían desde hacía meses le manifiestan su contento por su desarrollo.

¡Pero Pedro! ¡Ah, Pedro!... ¡Si le hubiera procreado él, no se senti-

ría tan contento! Da una vuelta alrededor de Margziam, le mira, le toca y pregunta a éste o a este otro: «¿No es acaso guapo? ¿No está bien modelado? ¡Fijaos que derecho! ¡Qué pecho tan alto! ¡Qué piernas más derechas!... Un poco delgado, con poco músculo todavía. ¡Pero promete! ¡Verdaderamente promete mucho! ¿Y la cara? Observad y decidme si parece ahora esa criaturita que llevaba en brazos el año pasado y me parecía como llevar a un pajarillo: desnutrido, apagado, triste, asustadizo... ¡Hay que ver Porfiria! ¡Verdaderamente lo ha hecho muy bien, con toda su miel, mantequilla, aceite, huevos, hígado de pescado. Merece que se lo diga inmediatamente. [4]¿Me dejas, 347.4
no, Maestro, ir donde mi esposa?».

«Ve, ve, Simón. Yo iré pronto».

Margziam, todavía de la mano de Jesús, dice: «Maestro, estoy seguro de que mi padre encarga a mi madre que haga de comer. Déjame dejarte para ayudarla...».

«Ve. Y que Dios te bendiga por honrar a quienes son para ti padre y madre».

Margziam se marcha corriendo, toma de nuevo su haz de leña, se lo carga, da alcance a Pedro y camina al lado de él.

«Parecen Abraham e Isaac subiendo el monte» observa Bartolomé.

«¡Pobre Margziam! ¡Sólo faltaría eso!» dice Simón Zelote.

«¡Y pobre hermano mío! No sé si sería capaz de hacer de Abraham...» dice Andrés.

Jesús le mira, luego mira la cabeza entrecana de Pedro, que se va distanciando al lado de su Margziam, y dice: «En verdad os digo que llegará un día en que Simón Pedro sentirá alegría al saber que su Margziam ha sido encarcelado, herido, flagelado, colocado ante el umbral de la muerte; y que se sentiría con fuerzas incluso de extenderle con su propias manos sobre el patíbulo para revestirle de la púrpura de los Cielos y para fecundar con la sangre del mártir la tierra; envidioso y afligido sólo por un motivo: por no estar él en el lugar de su hijo y subalterno, porque su elección como Jefe supremo de mi Iglesia le obligará a reservarse para ella hasta que Yo le diga: "Ve a morir por ella". Vosotros no conocéis todavía a Pedro. Yo le conozco».

«¿Prevés el martirio para Margziam y mi hermano?».

«¿Te duele, Andrés?».

«No. Lo que me duele es que no lo preveas también para mí».

«En verdad, en verdad os digo que seréis revestidos todos de púrpura, menos uno».

«¿Quién? ¿Quién?».

«Dejemos el silencio sobre el dolor de Dios» dice triste y solemne

Jesús. Y todos callan atemorizados y pensativos.

347.5 [5]Entran en la primera calle de Betsaida, entre huertas llenas de plantas tiernas. Pedro, con otros de Betsaida, está llevando a un ciego a la presencia de Jesús. Margziam no está. Sin duda se ha quedado a ayudar a Porfiria. Con los de Betsaida y los padres del ciego hay muchos discípulos venidos a Betsaida de Sicaminón y otras ciudades; entre éstos, Esteban, Hermas, el sacerdote Juan y Juan el escriba y muchos otros. (Recordarse de todos ya es un buen jaleo. Son muchos).

«Te le he traído, Señor. Estaba aquí esperando desde hace varios días» explica Pedro mientras el ciego y sus padres entonan una nenia de «¡Jesús, Hijo de David, piedad de nosotros!», «Pon tu mano en los ojos de mi hijo y verá», «¡Ten piedad de mí, Señor! ¡Yo creo en ti!».

347.6 [6]Jesús toma de la mano al ciego y retrocede con él unos metros para resguardarle del sol, que ya inunda la calle. Le arrima a la pared cubierta de follaje de una casa, la primera del pueblo, y Él se pone de frente. Se moja de saliva los dos índices y le restriega los párpados con los dedos húmedos; luego le aprieta los ojos con las manos (la base de la mano en la concavidad de las órbitas y los dedos abiertos y metidos entre los cabellos del desdichado). Así ora. Luego le quita las manos. «¿Qué ves?» pregunta al ciego.

«Veo hombres. Son sin duda hombres. Pero así me imaginaba a los árboles vestidos de flores; pero son hombres, porque andan y gesticulan en dirección a mí».

Jesús impone otra vez las manos y las vuelve a quitar y dice: «¿Y ahora?».

«¡Ahora veo bien la diferencia entre los árboles plantados en la tierra y estos hombres que me están mirando... ¡Y te veo a ti! ¡Qué hermosura la tuya! Tus ojos son iguales que el cielo y tus cabellos parecen rayos de sol... y tu mirada y tu sonrisa son propios de Dios. ¡Señor, te adoro!», y se arrodilla para besarle la orla de su túnica.

«Levántate y ven adonde tu madre, que durante tantos años ha sido para ti luz y consolación y de la cual no conoces otra cosa sino el amor».

Le toma de la mano y le lleva a su madre, que está arrodillada a algunos pasos de distancia, en actitud de adoración, de la misma forma que antes estaba en actitud de súplica.

«Levántate, mujer. Aquí tienes a tu hijo, que ve la luz del día. Quiera su corazón seguir la Luz eterna. Ve a casa. Sed felices. Y sed santos por agradecimiento a Dios. Pero, al pasar por los pueblos, no digáis a ninguno que te he curado, para que la muchedumbre no se

desplace aquí en seguida para impedirme ir a donde es justo que vaya a llevar confirmación en la fe y luz y alegría a otros hijos de mi Padre».

Y, rápido, por un senderillo que discurre entre huertos, se escabulle en dirección hacia la casa de Pedro, donde entra saludando a Porfiria con su dulce saludo.

348. Manahén da algunas noticias acerca de Herodes Antipas, y desde Cafarnaúm va con Jesús a Nazaret. Revelación de las transfiguraciones de la Virgen.

2 de diciembre de 1945.

[1]Cuando ponen pie en la playita de Cafarnaúm, los recibe el grite- 348.1
río de los niños, que, tanto corren, veloces, chillando con sus vocecitas, desde la playa a las casas, que emulan a las golondrinas afanadas en la construcción de los nuevos nidos; alborozados con esa sencilla alegría de los niños, para los cuales es espectáculo maravilloso un pececito muerto encontrado en la orilla, y mágico objeto una piedrecita pulida por las olas y que por su color asemeja a una piedra preciosa, o la flor descubierta entre dos piedras, o el escarabajo tornasolado capturado en vuelo: prodigios todos dignos de ser mostrados a las mamás, para que participen de la alegría de su hijito.

Mas ahora estas golondrinitas humanas han visto a Jesús, y todos sus vuelos convergen hacia Él, que está para desembarcar en la playita. Entonces se abate sobre Jesús una templada, viva avalancha de carnes niñas, y le ciñe; una cadena suave de tiernas manitas, que le ata; un amor de corazones infantiles, que, cual dulce fuego, le da calor.

«¡Yo! ¡Yo!».

«¡Un beso!».

«¡A mí!».

«¡También yo!».

«Jesús! ¡Te quiero!».

«¡No te vuelvas a marchar por tanto tiempo!».

«Venía todos los días aquí para ver si venías».

«Yo iba a tu casa».

«Ten esta flor. Era para mi mamá. Pero te la doy».

«Otro beso más para mí, muy fuerte. El de antes no me ha tocado, porque Yael me ha empujado para atrás...».

Y las vocecitas continúan mientras Jesús trata de caminar entre esa red de ternuras.

«¡Pero dejadle un poco en paz! ¡Fuera! ¡Basta!» gritan discípulos y apóstoles tratando de aflojar el cerco. ¡Ya, ya! ¡Parecen lianas provistas de ventosas! Por esta parte las separan, por allá se pegan.

«¡Dejad! ¡Dejadlos! Con paciencia llegaremos» dice Jesús sonriendo, y da pasos increíblemente pequeños para poder andar sin pisar piececitos descalzos.

348.2 [2]Pero lo que le libra del amoroso cerco es la improvisa llegada de Manahén con otros discípulos, entre los cuales los pastores que estaban en Judea.

«¡La paz a ti, Maestro!» dice con voz potente el solemne Manahén, espléndidamente vestido, aunque ya sin objetos de oro en la frente y en los dedos; eso sí, con una magnífica espada a la cintura, que suscita la admiración llena de reverencia de los niños, los cuales, ante este magnífico caballero vestido de púrpura y con un arma tan estupenda en su cintura, se apartan atemorizados.

Y así Jesús puede abrazarle, y abrazar a Elías, a Leví, a Matías, a José, a Juan, a Simeón, y no sé a cuántos otros más. «¿Cómo es que estás aquí? ¿Y cómo has sabido que había arribado?».

«Saberlo, se ha sabido por los gritos de los niños. Han traspasado los muros como flechas de alegría. Pero he venido aquí porque pensaba que está próximo tu viaje a Judea y que ciertamente tomarán parte en él las mujeres... He querido estar también yo... Para protegerte, Señor, si no es demasiada soberbia pensarlo. Hay mucha efervescencia en Israel contra ti. Esto es una cosa dolorosa de decir. Pero no la ignoras».

348.3 [3]Hablando así, llegan a la casa y entran en ella. Manahén continúa hablando después de que el jefe de casa y su mujer han saludado reverentemente al Maestro.

«Ya en estos momentos la efervescencia y el interés que suscitas ha penetrado por todas partes, agitando y llamando la atención incluso de los más insensibles y distraídos por cosas muy distintas de lo que Tú eres. Las noticias de tus obras han penetrado incluso dentro de las sucias murallas de Maqueronte y en los lujuriosos refugios de Herodes, bien sean éstos el palacio de Tiberíades, o los castillos de Herodías o la espléndida mansión de los Asmoneos cerca del Sixto. Franquean, como oleadas de luz y poder, las barreras de tinieblas y mezquindad. Abaten los cúmulos de pecados dispuestos como trinchera y refugio para los sucios amores de la Corte y los atroces delitos. Asaetean, como dardos de fuego, escribiendo palabras mucho * más graves que las del banquete de Baltasar en las licenciosas pare-

* Las *palabras... del banquete de Baltasar* están en el episodio de *Daniel 5*.

des de las alcobas y de las salas del trono y de los banquetes. Gritan tu Nombre y tu poder, tu naturaleza y tu misión. Y Herodes tiembla de miedo por ello; y Herodías se contuerce en los lechos, con miedo a que Tú seas el Rey vengador que habrá de arrebatarle riquezas e inmunidades, si no incluso la vida, y arrojarla a merced de las turbas, que vengarían sus muchos delitos. En la Corte tiemblan. Y es por ti. Tiemblan de miedo humano y sobrehumano. Desde que la cabeza de Juan cayó cortada, un fuego parece devorar las entrañas de quienes le mataron. Ya no tienen siquiera su mísera paz de antes, paz de puercos hartos de comilonas, que encuentran el silencio a las acusaciones de la conciencia en la ebriedad y en la cópula. Ya no hay nada que les dé paz... Están perseguidos... Y después de cada una de las horas de amor se odian, hartos el uno de la otra, culpándose recíprocamente de haber cometido el delito que turba, que ha sobrepasado la medida; mientras que Salomé, como poseída por un demonio, vive zarandeada por un erotismo que degradaría a una esclava de las moliendas. El Palacio es más hediondo que un albañal. Herodes me ha preguntado varias veces acerca de ti. Siempre he respondido: "Para mí es el Mesías, el Rey de Israel de la única estirpe real, la de David. Es el Hijo del hombre a que se refieren los Profetas, es el Verbo de Dios, Aquel que, por ser el Cristo, el Ungido de Dios, tiene derecho a reinar sobre todos los vivientes". Y Herodes palidece de miedo sintiéndote el Vengador. Y rechaza el miedo, el grito de la conciencia desmembrada por el remordimiento, diciendo — porque los de la Corte para confortarle dicen que Tú eres Juan falsamente considerado muerto, y con ello le hacen deprimirse más que nunca, de horror; o Elías, o algún otro profeta del pasado —, diciendo: "¡No, no puede ser Juan! Le decapitaron por orden mía y su cabeza la tiene Herodías en segura custodia. Y no puede ser uno de los profetas. No se vive de nuevo una vez muertos. Pero tampoco puede ser el Cristo. ¿Quién lo dice? ¿Quién dice que lo es? ¿Quién osa decirme que es el Rey de la única estirpe regia? ¡Yo soy el rey! ¡Yo! Y ningún otro. El Mesías fue matado por Herodes el Grande: fue ahogado, recién nacido, en un mar de sangre. Fue degollado como un corderito... y tenía pocos meses... ¿Oyes cómo llora? Su balido me grita continuamente dentro de la cabeza, junto con el rugido de Juan: 'No te es lícito'... ¡¿No me es lícito?! Sí. Todo me es lícito, porque yo soy 'el rey'. Aquí vino y mujeres, si Herodías rechaza mis abrazos amorosos, y que dance Salomé para despertar mis apetitos aterrorizados por esas cosas pavorosas que dices". Y se emborracha entre las mimas de la Corte, mientras en sus habitaciones grita la desquiciada mujer sus blasfemias contra el Mártir, y sus amenazas contra ti; y, en las suyas, Salomé conoce lo

que es el haber nacido del pecado de dos lujuriosos y el haber sido cómplice de un delito conseguido con el abandono del propio cuerpo a los frenesíes lúbricos de un hombre inmundo. Pero luego Herodes vuelve en sí y quiere saber de ti, y querría verte. Y por este motivo favorece el que yo venga a ti, con la esperanza de que te lleve a su presencia; cosa que no haré nunca, para no llevar tu santidad a un antro de fieras inmundas. Y querría tenerte Herodías para agredirte; y lo grita con su estilete en las manos... Y querría tenerte Salomé, que te vio en Tiberíades sin que Tú lo supieras, el pasado Etanim, en su insania por ti... ¡Éste es el Palacio, Maestro! Pero yo permanezco en él, porque así vigilo las intenciones respecto a ti».

«Yo te lo agradezco y el Altísimo te bendice por ello. También esto es servir al Eterno en sus decretos».

«Lo he pensado. Y por este motivo he venido».

«Manahén, dado que has venido, te ruego una cosa. No bajes a Jerusalén conmigo, sino con las mujeres. Yo voy con éstos por camino ignoto; no podrán hacerme ningún mal. Pero ellas son mujeres indefensas, y el que las acompaña es de corazón manso y está enseñado a ofrecer la mejilla a quien ya le ha golpeado. Tu presencia será segura protección. Un sacrificio, lo comprendo. Pero estaremos juntos en Judea. No me niegues esto, amigo».

«Señor, todo deseo tuyo es ley para tu siervo. Estoy al servicio de tu Madre y de las condiscípulas, desde este momento hasta cuando quieras».

«Gracias. Esta obediencia tuya también será escrita en el Cielo.
348.4 [4]Ahora vamos a dedicar la espera de las barcas para todos a curar a los enfermos que me aguardan».

Y Jesús baja al huerto, donde hay camillas o enfermos, y los cura rápidamente, mientras recibe el saludo deferente de Jairo y de los amigos, pocos, de Cafarnaúm.

Las mujeres, entretanto — y son Porfiria y Salomé, más la anciana esposa de Bartolomé y la menos anciana de Felipe con sus hijas jovencitas — se ocupan de la comida para el numeroso grupo de los discípulos, que habrán de saciar el hambre con las nasas de pescado que Betsaida y Cafarnaúm han ofrecido. Y una intensa actividad de abrir vientres argénteos todavía palpitantes, de enjuagar peces en los barreños, y una intensa crepitación de frito sobre las parrillas, se produce en la cocina, mientras Margziam, con otros discípulos, alimenta los fuegos y trae cántaros de agua para ayudar a las mujeres.

La comida pronto está hecha y pronto consumida. Y habiendo sido ya reclutadas las barcas para el transporte de tanta gente, no falta sino embarcarse en dirección a Magdala, por un lago de encanto:

tan sereno... tan angélico, engastado en sus orillas esmeraldinas.

Los jardines y la casa de María de Magdala se abren hospitalarios en el mediodía solar para recibir al Maestro y a sus discípulos, y toda Magdala se lanza a la calle a saludar al Rabí que va hacia Jerusalén.

[5]Y las frescas laderas de las colinas galileas sienten la marcha diligente y alegre de la turba fiel, seguida de un cómodo carro en que van Juana con Porfiria, Salomé, las mujeres de Bartolomé y Felipe y las dos hijas jovencitas de este último, más los risueños María y Matías, de aspecto irreconocible respecto a lo que eran cinco meses antes. Margziam marcha con bravura con los adultos; es más, por voluntad de Jesús, está incluso en el grupo apostólico, entre Pedro y Juan, y no se pierde ni una palabra de cuanto dice Jesús. 348.5

El Sol resplandece en un cielo purísimo. Tibias rachas de viento traen olor a bosque, a calamanto, a violeta, y el olor de los primeros muguetes y de los rosales que se van poblando cada vez más de flores; soberano, sobrepujando a todos, ese olor fresco, levemente amargoso, de las flores de los árboles frutales, que, desde todas partes, esparcen nieve de pétalos sobre los prados. Todos tienen algunos de estos pétalos entre el pelo, mientras caminan en medio de un continuo gorjeo de pájaros, en medio de cantos de seducción y vibrantes reclamos de unas frondas a otras entre los audaces machos y las púdicas hembras; y mientras las ovejas rozan, pingües de maternidad, y los primeros corderitos chocan el morrito rosado contra la torneada ubre para aumentar la secreción de leche, o, como niños felices, corretean haciendo círculos por los prados de hierba reciente.

[6]¡Qué pronto llega Nazaret después de Caná!, donde Susana se une a las otras mujeres llevando consigo los productos de su tierra en cestas y frascos, y una rama entera de rosas rojas, todas en capullo todavía, próximos a abrirse, que — dice — «son ofrenda para María». 348.6

«Yo también, ¿ves?» dice Juana, y destapa una especie de caja donde están cuidadosamente colocadas bastantes rosas entre musgo húmedo: «Las primeras y las más bonitas. ¡Siempre será nada para Ella, que es tan encantadora!».

Veo que todas las mujeres han traído consigo provisiones para el viaje pascual; y, con las provisiones, quién esta flor, quién esa otra planta, para el huerto de María... Porfiria se disculpa porque no ha traído más que una maceta de alcanfor, espléndido con esas diminutas hojitas glaucas que emanan su aroma con sólo rozarlas. «María deseaba esta planta balsámica...» dice. Y todas la elogian por la be-

lleza exuberante del arbolito. «¡Oh! Le he vigilado todo el invierno, resguardándole del hielo y del granizo en mi habitación. Margziam me ayudaba a llevarle al sol todas las mañanas y a retirarle cuando caía la tarde... Este niño encantador, si no hubiera estado la barca y ahora el carro, se lo habría cargado a las espaldas para llevárselo a María, por cortesía con Ella y conmigo» dice la humilde mujer, que cada vez se siente más segura por la bondad de Juana, y que no cabe en sí de la alegría de estar en viaje hacia Jerusalén, y además con el Maestro, con su marido y con su Margziam.

«¿No has estado nunca en Jerusalén?».

«Mientras vivía mi padre, todos los años. Pero luego... Mi madre no volvió a ir... Mis hermanos me habrían llevado, pero yo servía de ayuda a mi madre y ella no me dejaba partir. Después me casé con Simón... y no he vuelto a estar muy bien de salud. Simón habría debido estar mucho de viaje, y se aburría... Así que me quedaba en casa esperándole... El Señor veía mi deseo... y era como si hiciera el sacrificio en el Templo...» dice la mansa mujer.

Y Juana, que la tiene cerca, le pone una mano en sus espléndidas trenzas y le dice: «¡Querida mía!». Y en esa expresión hay mucho amor, mucha comprensión, mucho significado.

348.7 [7]Llegan a Nazaret... Llegan a la casa de María de Alfeo, que ya está entre los brazos de sus hijos, y ella, con las manos goteando y rojas por la colada que está haciendo, los acaricia, para correr luego, secándoselas en el tosco mandil, a abrazar a Jesús... Llegan a la casa de Alfeo de Sara, que precede inmediatamente a la de María. Alfeo ordena al nietecito más grande que corra a avisar a María, mientras se dirige a pasos de gigante hacia Jesús, con una brazada de nietecitos encima; y le saluda junto con esa nidada estrechada entre sus brazos como un ramo de flores ofrecido a Jesús.

He ahí a María, asomándose a la puerta, bajo el sol, con su vestido de casa de un azul claro un poco descolorido, y con el oro — brillante, vaporoso sobre la frente virginal, macizo en el tupido nudo de las trenzas sobre la nuca — el oro de sus cabellos; hela cayendo sobre el pecho de su Hijo, que la besa con todo su amor. Los demás se detienen, prudentes, para dejarlos libres en los primeros momentos.

Pero Ella se separa en seguida y vuelve el rostro, inexpugnable a la edad, ahora todo rosado por la sorpresa y luminoso por la sonrisa, y saluda con su voz de ángel: «La paz a vosotros, siervos del Señor y discípulos de mi Hijo. La paz a vosotras, hermanas en el Señor» y, con las discípulas, que han bajado del carro, intercambia un beso fraterno.

«¡Oh, Margziam, ya no voy a poder tenerte entre mis brazos! Ya

eres un hombre. Pero ven con la Mamá de todos los buenos, que sí te daré un beso todavía. ¡Tesoro mío! Que Dios te bendiga y te haga crecer en sus caminos, robusto como crece tu joven cuerpo, y más aún. Hijo mío, habrá que llevarle a que le vea su abuelo. Se pondrá muy contento de verle así» dice luego volviéndose hacia Jesús.

Y luego abraza a Santiago y a Judas de Alfeo. Y les da la noticia que ciertamente desean oír: «Este año Simón viene conmigo, como discípulo del Maestro. Me lo ha dicho».

Luego saluda, uno por uno, a los más conocidos, a los más influyentes, y tiene para cada uno de ellos una palabra de gracia. Jesús acerca a Manahén a Ella y se le presenta como escolta suya en el viaje hacia Jerusalén.

«¿No vienes con nosotros, Hijo?».

«Madre, tengo más lugares que evangelizar. Nos veremos en Betania».

«Hágase tu voluntad ahora y siempre. Gracias, Manahén. Tú: ángel humano; nuestros custodios: ángeles del Cielo; estaremos tan seguras como estando en el Santo de los Santos». Y ofrece su mano menuda a Manahén en señal de amistad. El caballero, crecido en el fasto, se arrodilla para besar la gentil mano que se le ofrece.

[8]Entretanto, han descargado las flores y todas las otras cosas que 348.8
deben quedarse en Nazaret. Luego el carro va a su lugar: alguna de las caballerizas de la ciudad.

La pequeña casa parece una rosalera por las rosas que las discípulas han distribuido por todas partes. Pero la planta de Porfiria, que ha sido puesta encima de la mesa, recoge la más viva admiración de María; y dice que la lleven a un lugar apropiado según las indicaciones de la mujer de Pedro.

Ciertamente no pueden entrar todos en la minúscula casa, ni en el huerto, que no es ni un latifundio ni una hacienda, pero que, eso sí, parece ascender hacia el cielo sereno, hacerse etéreo (por la gran cantidad de nubes de flores de los árboles de este hortezuelo).

Y Judas de Alfeo, sonriendo, pregunta a María: «¿Has cortado hoy también la rama para tu ánfora?».

«Claro, Judas. La estaba contemplando cuando habéis llegado...».

«Y soñando de nuevo, Mamá, tu vasto misterio» dice Jesús, ciñéndola con su brazo izquierdo y arrimándola contra su pecho.

María alza su rostro enrojecido, y suspira: «Sí, Hijo mío... y también el primer latido de tu corazón en mí...».

Jesús dice: «Que se queden las discípulas, los apóstoles, Margziam, los discípulos pastores, el sacerdote Juan, Esteban, Hermas y

Manahén. Los demás que se dispersen en busca de alojamiento...».

«Muchos pueden alojarse en mi casa...» grita desde la puerta, donde está retenido, Simón de Alfeo. «Soy condiscípulo de ellos y los reclamo».

«¡Hermano, acércate para que te pueda besar» dice, efusivo, Jesús, mientras Alfeo de Sara e Ismael y Aser, los dos discípulos ex arrieros de asnos, de Nazaret, dicen, a su vez: «A nuestra casa. ¡Venid, venid!».

Los discípulos que no habían sido nombrados se marchan. Se puede entonces cerrar la puerta... para ser abierta de nuevo inmediatamente, por la llegada de María de Alfeo, que no puede estar lejos aunque se estropee su colada. Son casi cuarenta personas, así que se esparcen por el huerto tibio y calmo. Se distribuyen los alimentos. Todos, tan contentos como están de consumirlos en la casa del Señor y además distribuidos por María, los encuentran de un sabor celestial.

Regresa Simón, después de acomodar convenientemente a los discípulos, y dice: «No me has llamado como a los demás, pero soy hermano tuyo y vengo de todas formas».

348.9 «Bien. Ven, Simón. [9]He querido que estuvierais aquí para daros a conocer a María. Muchos de vosotros conocéis a la "madre" María; algunos a la "esposa" María. Pero ninguno conoce a la "virgen" María. Os la quiero dar a conocer en este jardín en flor, al cual vuestro corazón viene, con el deseo, en los momentos de lejanía forzada, como a un lugar de reposo, durante las fatigas del apostolado.

He oído lo que decíais, apóstoles, discípulos y parientes; he oído vuestras impresiones, vuestros recuerdos, vuestras afirmaciones acerca de mi Madre. Quiero transfiguraros todo esto — cargado de admiración pero todavía muy humano — en conocimiento sobrenatural. Porque mi Madre, antes de mí, debe ser transfigurada ante los ojos de los más merecedores, para ser mostrada cual Ella es. Veis a una mujer. Una mujer que por su santidad os parece distinta de las demás, y que veis en realidad como un alma envuelta en la carne, como la de todas sus hermanas de sexo. Pero ahora quiero descubriros el alma de mi Madre, su verdadera y eterna belleza.

Ven aquí, Madre mía. No te ruborices. No te eches hacia atrás atemorizada, paloma suave de Dios. Tu Hijo es la Palabra de Dios, y puede hablar de ti y de tu misterio, de tus misterios, ¡oh sublime Misterio de Dios! Vamos a sentarnos aquí, bajo esta sombra ligera de árboles en flor, junto a la casa, junto a tu habitación santa. ¡Así! Vamos a descorrer esta cortina ondeante. Que salgan olas de santidad y de Paraíso de esta habitación virginal para saturarnos de ti a to-

dos... Sí. A mí también, y quede perfumado de ti, Virgen perfecta, para poder soportar los hedores del mundo, para, teniendo saturada la pupila de tu Candor, poder ver candor... Venid aquí, Margziam, Juan, Esteban, y vosotras, discípulas, poneos bien de frente a la puerta abierta de la morada casta de la que es Casta entre todas las mujeres. Y detrás vosotros, amigos míos. Y aquí, a mi lado, tú, amada Madre mía.

[10]Poco antes os he dicho: "la eterna belleza del alma de mi Madre". 348.10
Soy la Palabra y por ello sé hacer uso de la palabra sin error. He dicho: eterna, no inmortal. Y no lo he dicho sin una finalidad. Inmortal es quien, habiendo nacido, ya no muere. Así, el alma de los justos es inmortal en el Cielo, el alma de los pecadores es inmortal en el Infierno; porque el alma, una vez creada, ya no muere sino a la gracia.
* Pero el alma tiene vida, existe desde el momento en que Dios la piensa. La crea el Pensamiento de Dios. El alma de mi Madre *desde siempre* es pensada por Dios. Por tanto es eterna en su belleza, en la cual Dios ha vertido todas las perfecciones para recibir de ella delicia y confortación.

* Está escrito en el Libro de nuestro antepasado Salomón, que te antevio, y, por tanto, puede ser llamado profeta tuyo: "Dios me poseyó al principio de sus obras, desde el mismo principio, antes de la Creación. Ab aeterno fui establecida, al principio, antes de que fuera hecha la Tierra. No existían todavía los abismos y yo había sido ya concebida. No manaban aún las fuentes de las aguas, no habían sido asentadas aún las montañas sobre su pesada mole y yo ya existía. Antes de las colinas había sido dada a luz. Él no había hecho todavía

---

* *Pero el alma tiene vida, existe desde el momento en que Dios la piensa. La crea el Pensamiento de Dios.* Tales expresiones fueron modificadas por MV en una copia mecanografiada, de la siguiente manera: *Pero el alma tiene en realidad ya una vida desde el momento en que Dios la piensa. Y el pensamiento de Dios la crea cuando se verifica el momento de infundirla.*
Se trata no de correcciones, sino de integraciones que completan y aclaran. En efecto, como se explicó en la nota de la página 413 del volumen cuarto, la creación del alma pensada y su infusión en el cuerpo concebido son dos actos que se cumplen en el mismo momento: *...Dios la crea... cuando se verifica el momento de infundirla.*

* *Está escrito en el Libro de nuestro antepasado Salomón*, es decir, en *Proverbios 8, 22-31*, que recoge las palabras de la Sabiduría creadora del universo, en la cual la Obra valtortiana ve la imagen del alma de María Stma., presente en el pensamiento de Dios Creador.
Al final del fragmento bíblico citado, MV anota en una copia mecanografiada: *La Revelación, la Iglesia y los Santos Padres la llaman por eso "primogénita".* De esta manera, MV quiere corroborar que el alma de María Stma., en cuanto "pensada" eternamente (para ser luego "creada" en la plenitud del tiempo), precede, también en predilección del Padre y en perfección propia, a cualquier otra alma de humana criatura.
El título de "segundogénita", que la propia Obra da a María Stma. en 1.2, lo es sólo en relación a Jesús, Hijo suyo encarnado y, hablando absolutamente, Primogénito del Padre.

la Tierra, ni los ríos, ni los fundamentos del mundo, y yo ya existía. Cuando preparaba los cielos y el Cielo, estaba presente. Cuando con ley inviolable cerró debajo de la bóveda el abismo, cuando afianzó en lo alto la bóveda celeste y colgó de ella las fuentes de las aguas, cuando fijó al mar sus confines y dictó a las aguas la ley de no superarlos, mientras echaba los cimientos de la Tierra, yo estaba con Él dando orden a todas las cosas. En medio de una constante alegría, jugaba en su presencia continuamente. Jugaba en el orbe".

¡Sí, oh Madre de la que Dios, el Inmenso, el Sublime, el Virgen, el Increado, estaba grávido, y te llevaba como al dulcísimo fruto de su seno, exultando al sentirte agitarte dentro de Él, dándole las sonrisas con las que hizo la Creación! Tú, a la que dio a luz al dolor para darte al Mundo, alma suavísima, nacida del Virgen para ser la "Virgen", Perfección de la Creación, Luz del Paraíso, Consejo de Dios, el cual, mirándote, pudo perdonar la Culpa, porque sólo tú, tú sola, sabes amar como no sabe hacerlo toda la Humanidad junta. ¡En ti el Perdón de Dios! ¡En ti la Medicina de Dios, tú, caricia del Eterno en la herida infligida por el hombre a Dios! ¡En ti la Salud del mundo, Madre del Amor encarnado y del Redentor concedido!

¡Oh, el alma de mi Madre! ¡Fundido en el Amor con el Padre, te miraba dentro de mí, oh alma de mi Madre!... Tu esplendor, tu oración, la idea de que tú me llevaras, eran eterno consuelo de mi destino de dolor y de experiencias inhumanas, de lo que significa para el Dios perfectísimo el mundo corrompido. ¡Gracias, Madre! He venido ya saturado de tus consuelos, he descendido sintiéndote sólo a ti, tu perfume, tu canto, tu amor... ¡Alegría, alegría mía!

348.11 [11]Pero, oíd, vosotros que ahora sabéis que una sola es la mujer en la que no hay mancha, una sola la Criatura que no cuesta heridas al Redentor, oíd la segunda transfiguración de María, la Elegida de Dios.

Era una tarde serena de Adar. Estaban en flor los árboles en el huerto silencioso. María, desposada con José, había cogido una rama de árbol florecido para substituir a la otra que había en su habitación. Hacía poco que María había venido a Nazaret, tomada del Templo para adornar una casa de santos. Y, con el alma tripartita (entre el Templo, la casa y el Cielo), miraba la rama florecida, pensando que con una parecida a ésa, florecida en modo insólito, una rama cortada en este hortezuelo en pleno invierno y que había echado flores como en primavera delante del Arca del Señor — quizás le había dado calor el Sol-Dios radiante en el lugar de su Gloria — Dios le había expresado su voluntad... Y pensaba también que el día de la boda José le había llevado otras flores, aunque no como esa primera,

que tenía escrito en sus pétalos ligeros: "Te quiero unida a José"... Muchas cosas pensaba... Y pensando subió a Dios. Las manos se movían diligentes entre la rueca y el huso, e hilaban un hilo más delgado que un cabello de su joven cabeza...

El alma tejía un tapiz de amor, yendo diligente, como la lanzadera del telar, de la tierra al Cielo; de las necesidades de la casa, de su esposo, a las del alma, de Dios. Y cantaba y oraba. El tapiz se formaba en el místico telar, se desenrollaba desde la tierra al Cielo, subía para perderse arriba... ¿Formado con qué? Con los hilos finos, perfectos, fuertes, de sus virtudes; con el veloz hilo de la lanzadera que Ella creía "suya", y, sin embargo, era de Dios: la lanzadera de la Voluntad de Dios en la cual estaba arrollada la voluntad de la pequeña, grande Virgen de Israel, la Desconocida para el Mundo, la Conocida para Dios; su voluntad arrollada, hecha *una* con la Voluntad del Señor. Y el tapiz se adornaba con flores de amor, de pureza, con palmas de paz, de gloria, con violetas, jazmines... Todas las virtudes florecían en el tapiz del amor que la Virgen de Dios extendía, invitante, desde la tierra hasta el Cielo. Y, no bastando el tapiz, lanzaba
* su corazón cantando: "Venga mi Amado a su jardín y coma el fruto de sus árboles frutales... Baje mi Amado a su jardín, a la era de los aromas, a halagarse en los jardines, a recoger lirios. ¡Yo soy de mi Amado, y mi Amado es mío; Él, que se halaga entre los lirios!".

Y, desde lejanías infinitas, entre torrentes de Luz, venía una Voz cual oído humano no puede oír, ni garganta humana formar. Decía: "¡Cuán hermosa eres, amiga mía! ¡Qué hermosa!... Miel gotean tus labios... ¡Un jardín cerrado eres tú, una fuente sellada, oh hermana, esposa mía!...", y las dos voces se unían para cantar la eterna verdad: "El amor es más fuerte que la muerte. Nada puede extinguir o ahogar 'nuestro' amor". La Virgen se transfiguraba así... así... así... mientras descendía Gabriel y la reclamaba, con su llamear, a la Tierra; uníale de nuevo el espíritu al cuerpo, para que Ella pudiera oír y comprender la demanda de Aquel que la había llamado "Hermana" pero que la quería "Esposa".

Pues bien, allí tuvo lugar el Misterio... Y una púdica, la más púdica entre todas las mujeres, Aquella que ni siquiera conocía el estímulo instintivo de la carne, se turbó ante el ángel de Dios, porque hasta un ángel turba la humildad y la verecundia de la Virgen; y sólo se calmó oyéndole hablar; y creyó; y dijo la palabra por la que el amor "*de Ella y Él* " se hizo Carne y vencerá a la Muerte, y no habrá

---

* *...cantando*: las expresiones del místico diálogo están tomadas de *Cantar de los Cantares 5, 1; 6, 2-3; 4, 1 y 11-12; 8, 6-7*, como MV anota en una copia mecanografiada.

agua que pueda apagarle ni maldad que pueda sumergirle...».

348.12 [12]Jesús se inclina dulcemente hacia María, que ha caído a sus pies, casi extática, al rememorar la lejana hora, iluminada con una luz especial que parece exhalar del alma; y le pregunta quedo: «¿Cuál fue, ¡Purísima!, tu respuesta a aquel que te aseguraba que viniendo a ser Madre de Dios no perderías tu perfecta Virginidad?».

Y María, casi en sueño, lentamente, sonriendo, con los ojos dilatados por un feliz llanto: «¡He aquí a la Sierva del Señor! Hágase en mí según su Palabra» y reclina, adorando, la cabeza en las rodillas de su Hijo.

Jesús la cubre con su manto, celándola así a los ojos de todos, y dice: «Y se cumplió. Y se cumplirá hasta el final. Hasta sus otras transfiguraciones. Ella será siempre "la Sierva de Dios". Hará siempre lo que diga "la Palabra". ¡Ésta es mi Madre! Bueno es que empecéis a conocerla en toda su santa Figura... ¡Madre! ¡Madre! Alza tu cara, Amada... Llama a tus devotos a esta Tierra en que por ahora estamos...» dice mientras destapa a María, después de un rato en que no se ha oído ningún sonido aparte del zumbido de las abejas y el gorgoteo de la fuentecita.

María levanta la cara, cubierta de llanto, y susurra: «¿Por qué me has hecho esto Hijo? Los secretos del Rey son sagrados...».

«Pero el Rey los puede revelar cuando quiere. Madre, lo he hecho para que se comprenda lo que dijo un Profeta: "Una Mujer abarcará al Hombre", y lo otro del otro Profeta: "La Virgen concebirá y dará a luz a un Hijo". Y también para que ellos, que se horrorizan por demasiadas cosas del Verbo de Dios que consideran humillantes, tengan como contrapeso otras muchas cosas que los confirmen en el gozo de ser "míos". Así no se volverán a escandalizar, y conquistarán

348.13 así también el Cielo... [13]Ahora los que tengan que ir a las casas hospitalarias que vayan. Yo me quedo aquí con las mujeres y Margziam. Que mañana, al alba, estén aquí todos los hombres; quiero llevaros a un lugar cercano. Luego regresaremos para saludar a las discípulas. Después volveremos a Cafarnaúm y reuniremos a los otros discípulos para enviarlos detrás de ellas»...

---

* *lo que dijo un Profeta: Jeremías 31, 22; y lo otro del otro Profeta: Isaía 7, 14* (esto último está anotado, por MV, en una copia mecanografiada).

349. La Transfiguración en el monte Tabor y el epiléptico curado al pie del monte. Un comentario para los predilectos.

3 de diciembre de 1945.

[1]¿Hay, acaso, algún hombre que no haya visto, al menos una vez, 349.1
un alba serena de marzo? Si tal hombre existe, es un gran desagraciado, porque desconoce una de las gracias más hermosas de la naturaleza despertada de primavera, de nuevo virgen, niña, cual debía ser el primer día.

En esta gracia, que es pura en todos sus aspectos y cosas — desde las hierbas nuevas y cargadas de rocío, hasta las florecillas que se abren, como niños que nacen, ante la primera sonrisa de la luz del día; hasta los pájaros que se despiertan con un batir de alas y dicen su primer "¿chip?" interrogativo, preludio de todos sus canoros discursos de la jornada; hasta el mismo olor del aire, que ha perdido durante la noche, por la lavación del rocío y la ausencia del hombre, hasta la más mínima contaminación de polvo, humo e indicio de cuerpos humanos —, en medio de esta gracia, van Jesús, los apóstoles y los discípulos. Está con ellos también Simón de Alfeo.

Van en dirección sureste, superando las colinas que hacen de corona a Nazaret, vadeando un torrente, atravesando una llanura estrecha situada entre las colinas nazarenas y un grupo de montes hacia el Este. [2]Estos montes están precedidos por el cono semitruncado 349.2
del Tabor, cuya cima, curiosamente, me recuerda, vista de perfil, la punta del gorro de nuestra policía nacional: .

Llegan al monte. Jesús se para y dice: «Pedro, Juan y Santiago de Zebedeo subirán conmigo al monte. Vosotros diseminaos por la base, separándoos hacia los caminos que la bordean, y predicad al Señor. Al atardecer quiero estar de nuevo en Nazaret, así que no os alejéis mucho. La paz sea con vosotros». Y, volviéndose a los tres que había nombrado, dice: «Vamos».

Y empieza a subir sin volverse ya, y con un paso tan expedito, que pone a Pedro en dificultad para seguirle.

En un alto que hacen, Pedro, rojo y sudado, le pregunta con respiración afanosa: «¿Pero a dónde vamos? No hay casas en el monte. En la cima, aquella vieja fortaleza. ¿Quieres ir a predicar allí?».

«Habría subido por la otra vertiente. Como puedes ver, le vuelvo las espaldas. No vamos a ir a la fortaleza, y quien esté en ella ni siquiera nos verá. Voy a unirme con mi Padre. He querido teneros conmigo porque os amo. ¡Venga, ligeros!».

«¡Oh, mi Señor! ¿Y no podríamos ir un poco más despacio, y ha-

blar de lo que oímos y vimos ayer, que nos ha tenido despiertos toda la noche para comentarlo?».

«*A las citas con Dios hay que ir siempre sin demora.* ¡Ánimo, Simón Pedro! Que arriba os permitiré que descanséis». Y reanuda la subida...

349.3 [3](Dice Jesús: «Introducid aquí la Transfiguración del 5 de agosto de 1944, pero *sin el dictado que la acompañaba.* Una vez terminada la transcripción de la Transfiguración del año pasado, el P. M. copiará esto que ahora te muestro»).

5 de agosto de 1944.

349.4 [4]Estoy con mi Jesús en un alto monte. Con Jesús están Pedro, Santiago y Juan. Suben más alto todavía y la mirada se expande por dilatados horizontes que un hermoso día sereno hace detalladamente nítidos hasta en las zonas más lejanas.

El monte no forma parte de un sistema montañoso como el de Judea; se yergue aislado, teniendo, respecto al lugar en que nos encontramos, el Oriente de frente, el Norte a la izquierda, el Sur a la derecha, y, detrás, al Oeste, la cima, que se alza aún unos centenares de pasos. Es muy alto, y la mirada puede ver libremente en un vasto radio.

El lago de Genesaret parece un recorte de cielo engastado en el verde de la tierra, una turquesa oval ceñida de esmeraldas de distintas tonalidades; un espejo trémulo, que se riza con el viento leve y por el que se deslizan, con agilidad de gaviotas, las barcas con sus velas desplegadas, ligeramente inclinadas hacia la superficie azulina, con la misma gracia del vuelo cándido de una gaviota cuando sigue el curso de la onda en busca de presa. Luego, de la vasta turquesa sale una vena, de un azul más pálido en los lugares donde el guijarral es más ancho, y más oscuro donde las orillas se estrechan y el agua es más profunda y opaca por la sombra que proyectan los árboles que crecen vigorosos junto al río, nutridos con su linfa. El Jordán parece una pincelada casi rectilínea en el verde de la llanura.

A uno y otro lado del río, diseminados por la llanura, hay unos pueblecillos. Algunos de ellos son realmente un puñado de casas, otros son más grandes, ya con aire de pequeñas ciudades. Las vías de comunicación son rugosidades amarillentas en el verde. Pero aquí, en la parte del monte, la llanura está mucho más cultivada y es mucho más fértil, muy bonita. Se ve a los distintos cultivos, con sus distintos colores, sonreír al bonito sol que desciende del cielo sereno.

Debe ser primavera, quizás marzo, si calculo la latitud de Palesti-

na, porque veo los cereales ya altos, aunque todavía verdes, ondear como un mar glauco, y veo a los penachos de los más precoces de entre los árboles frutales colocar como nubecillas blancas y róseas sobre este pequeño mar vegetal, y luego prados enteramente florecidos, por los altos henos, sobre los cuales, ovejitas al pasto parecen pequeños cúmulos de nieve amontonada acá o allá sobre la hierba.

Al pie del monte, en las colinas que constituyen su base — bajas y breves colinas —, hay dos pequeñas ciudaditas, una hacia el Sur, la otra hacia el Norte. La llanura ubérrima se extiende especial y más ampliamente hacia el Sur.

[5]Jesús, después de una breve pausa al fresco de un puñado de ár- 349.5
boles (pausa que, sin duda, ha sido concedida por piedad hacia Pedro, que en las subidas se cansa visiblemente), reanuda la ascensión. Sube casi hasta la cima, hasta un rellano herboso con un semicírculo de árboles hacia la parte de la ladera.

«Descansad, amigos. Yo voy allí a orar». Y señala con la mano una voluminosa roca que sobresale del monte y que se encuentra, por tanto, no hacia la ladera sino hacia dentro, hacia la cima.

Jesús se arrodilla en la tierra herbosa y apoya las manos y la cabeza en la roca, en la postura que tomará también en la oración del Getsemaní. El sol no incide en Él, porque la cima le resguarda. Pero el resto de la explanada herbosa está toda alegre de sol, hasta el límite de sombra del borde arbolado a cuya sombra se han sentado los apóstoles.

Pedro se quita las sandalias y las sacude para quitar el polvo y las piedrecitas, y se queda así, descalzo, con sus pies cansados entre la hierba fresca, casi echado, apoyada la cabeza, como almohada, en un matojo esmeraldino que sobresale más que los demás en su trozo de prado. Santiago hace lo mismo, pero, para estar cómodo, busca un tronco de árbol; en él apoya su manto, y en el manto la espalda. Juan permanece sentado, observando al Maestro. Pero la calma del lugar, el vientecillo fresco, el silencio y el cansancio le vencen a él también, y se le caen: sobre el pecho, la cabeza; sobre los ojos, los párpados. Ninguno de los tres duerme profundamente; están en ese estado de somnolencia veraniega que atonta.

[6]Los despabila una luminosidad tan viva, que anula la del Sol y 349.6
se esparce y penetra hasta debajo del follaje de las matas y árboles bajo los cuales se han puesto.

* Abren, estupefactos, los ojos, y ven a Jesús transfigurado. Es ahora como le veo en las visiones del Paraíso, *tal cual*. Naturalmente

* *ven a Jesús transfigurado.* En una hojita, insertada entre las páginas de una copia

sin las Llagas y sin la enseña de la Cruz. Pero la majestad del Rostro y del Cuerpo es igual; igual es su luminosidad, igual el indumento, que, de un rojo obscuro, se ha transformado en el adiamantado y perlino tejido inmaterial que le viste en el Cielo. Su Rostro es un sol de luz sideral, pero intensísima, en el cual centellean los ojos de zafiro. Parece más alto aún, como si su glorificación hubiera aumentado su estatura. No sabría decir si la luminosidad, que pone incluso fosforescente el rellano, proviene enteramente de Él, o si a la luz propia se une toda la luz que hay en el universo y en los cielos, concentrada en su Señor. Sé que es algo indescriptible.

Jesús está ahora de pie; bueno, diría incluso que está levantado del suelo, porque entre Él y la hierba del prado hay como una luz en evaporación, un espacio constituido únicamente por una luz, sobre el cual parece erguirse Él. Pero es tan viva, que podría incluso engañarme, y el no ver el verde de la hierba bajo las plantas de Jesús podría estar provocado por esta luz intensa que vibra y produce ondas como algunas veces se ve en los fuegos intensos. Ondas, aquí, de un color blanco, incandescente. Jesús tiene el Rostro alzado hacia el cielo y sonríe como respuesta a una visión que le sublima.

Los apóstoles sienten casi miedo y le llaman, porque ya no les parece que sea su Maestro, de tanto como está transfigurado. «Maestro, Maestro» dicen bajo, pero con ansia. Él no oye.

«Está en éxtasis» dice Pedro temblando. «¿Qué estará viendo?».

Los tres se han puesto en pie. Querrían acercarse a Jesús, pero no se atreven.

349.7 [7]La luz aumenta todavía más, debido a dos llamas que bajan del cielo y se colocan a ambos lados de Jesús. Una vez asentadas en el

---

mecanografiada, MV escribió: *Nota sobre la Transfiguración. Para desviar las intrigas de Satanás y las insidias de los futuros — y no desconocidos para Dios Padre — enemigos del Verbo Encarnado, Dios envolvió a Cristo de aspectos que son comunes a todos los nacidos de mujer, y no sólo mientras fue "el niño y el hijo del carpintero", sino también cuando fue "el Maestro". Sólo la sabiduría y los milagros le distinguían de los demás. Pero Israel — aunque en menor medida — conocía otros maestros (los profetas) y obradores de milagros. Ello debía servir también para probar la fe de sus elegidos: los apóstoles y discípulos, quienes debían "creer sin ver" cosas extraordinarias y divinas. Así, veían al Hombre docto y santo que, también, hacía milagros, pero que, en todo lo demás, era similar a ellos en sus necesidades humanas. Pero, para confirmar a los tres, después de la turbación sufrida por el anuncio de la futura muerte de cruz, Él ahora se manifiesta en toda la gloria de su Naturaleza Divina. Después de ello, ya no podía subsistir la duda que el anuncio de la muerte de cruz había insinuado en sus más cercanos seguidores. Habían visto a Dios, a Dios en el Hombre que sería crucificado. Era la manifestación de las dos Naturalezas hipostáticamente unidas, manifestación innegable que no podía dejar dudas. Y al Hijo-Dios que como tal se manifiesta se une el Padre-Dios con sus palabras y el Cielo, representado por Moisés y Elías. Después de zarandear su fe con el anuncio de su muerte, Jesús restablece — es más, la aumenta — la fe de los tres apóstoles, transfigurándose.*

rellano, se abre su velo y aparecen dos majestuosos y luminosos personajes. Uno, más anciano, de mirada aguda y grave y con barba larga bipartida. De su frente salen cuernos de luz que me dicen que es Moisés. El otro es más joven, enjuto, barbudo y velloso, aproximadamente como el Bautista, al cual yo diría que se asemeja por estatura, delgadez, conformación y gravedad. Mientras que la luz de Moisés es cándida como la de Jesús, especialmente en los rayos de la frente, la que emana Elías es solar, de llama viva.

Los dos Profetas toman una postura reverente ante su Dios Encarnado, y, aunque Él les hable con familiaridad, ellos no abandonan esa su postura reverente. No comprendo ni siquiera una de las palabras que dicen.

Los tres apóstoles caen de rodillas temblando, cubriéndose el rostro con las manos. Querrían ver, pero tienen miedo.

Por fin Pedro habla: «Maestro, Maestro, óyeme». Jesús vuelve la mirada sonriente hacia su Pedro, el cual recobra vigor y dice: «Es hermoso estar aquí contigo, con Moisés y con Elías. Si quieres hacemos tres tiendas para ti, para Moisés y para Elías, y nosotros os servimos...».

Jesús vuelve a mirarle y sonríe más vivamente. Mira también a Juan y a Santiago: una mirada que los abraza con amor. También Moisés y Elías miran a los tres fijamente. Sus ojos centellean. Deben de ser como rayos que atraviesan los corazones.

Los apóstoles no se atreven a decir nada más. Atemorizados, callan. Dan la impresión de personas un poco ebrias, como personas aturdidas. Pero, cuando un velo, que no es niebla, que no es nube, que no es rayo, envuelve y separa a los Tres gloriosos detrás de una pantalla aún más luminosa que la que ya los circundaba, celándolos a la vista de los tres, y una Voz potente y armónica vibra y llena de sí el espacio, los tres caen con el rostro contra la yerba.

«Éste es mi Hijo amado, en quien me he complacido. Escuchadle».

Pedro, al arrojarse rostro en tierra, exclama: «¡Misericordia de mí, que soy un pecador! ¡La Gloria de Dios está descendiendo!». Santiago no dice nada. Juan susurra, con un suspiro, como si estuviera próximo a desmayarse: «¡El Señor habla!».

[8]Ninguno se atreve a levantar la cabeza, ni siquiera cuando el si- 349.8
lencio se hace de nuevo absoluto. No ven, por tanto, siquiera el retorno de la luz a su naturaleza de luz solar, que muestra a Jesús solo, de nuevo el Jesús de siempre, con su túnica roja.

Él anda en dirección a ellos, sonriendo; los mueve y toca y llama por su nombre.

«Alzaos. Soy Yo. No temáis» dice, porque los tres no se atreven a

levantar la cara e invocan misericordia para sus pecados, temiendo que sea el Ángel de Dios queriendo mostrarles al Altísimo.

«Alzaos. Os lo ordeno» repite Jesús con tono imperioso. Alzan el rostro y ven a Jesús sonriente.

«¡Oh, Maestro, Dios mío!» exclama Pedro. «¿Cómo vamos a vivir a tu lado, ahora que hemos visto tu gloria? ¿Cómo vamos a vivir en medio de los hombres, y nosotros, hombres pecadores, ahora que hemos oído la voz de Dios?».

«*Deberéis* vivir conmigo y ver mi gloria hasta el final. Sed dignos de ello, porque el tiempo está próximo. Obedeced al Padre mío y vuestro. Volvemos ahora con los hombres, porque he venido para estar con ellos y para llevarlos a Dios. Vamos. Sed santos en recuerdo de esta hora, fuertes, fieles. Participaréis en mi más completa gloria. Pero no habléis ahora de esto que habéis visto a nadie, ni siquiera a * vuestros compañeros. Cuando el Hijo del hombre resucite de entre los muertos y vuelva a la gloria del Padre, entonces hablaréis. Porque entonces será necesario creer para tener parte en mi Reino».

«¿Pero no tiene que venir Elías para preparar tu Reino? Los rabíes dicen eso».

«Elías ha venido ya y ha preparado los caminos al Señor. Todo sucede como ha sido revelado. Pero los que enseñan la Revelación no la conocen ni la comprenden, y no ven ni reconocen los signos de los tiempos ni a los enviados de Dios. Elías ha vuelto una vez. Vendrá la * segunda cuando esté cercano el último tiempo, para preparar a los últimos para Dios. Ahora ha venido para preparar a los primeros para Cristo, y los hombres no le han querido reconocer, le han hecho sufrir y le han matado. Lo mismo harán con el Hijo del hombre, porque los hombres no quieren reconocer lo que es su bien».

Los tres agachan la cabeza pensativos y tristes, y bajan con Jesús por el mismo camino por el que han subido.

3 de diciembre de 1945.

349.9 [9]... Y es otra vez Pedro el que, en un alto a mitad de camino, dice: «¡Ah, Señor! Yo también digo como tu Madre ayer: "¿Por qué nos has hecho esto?", y también digo: "¿Por qué nos has dicho esto?". ¡Tus últimas palabras han borrado de nuestro corazón la alegría de la gloriosa visión! ¡Ha sido un día de grandes miedos! Primero, el miedo de la gran luz que nos ha despertado, más fuerte que si el monte ar-

---

* *Pero no habléis... ni siquiera a vuestros compañeros. La prudencia, perfecta en Cristo, lo impuso así para evitar fanatismos de veneración y de odio, ambos prematuros y nocivos*: así lo anota MV en una copia mecanografiada.

* *Elías ha vuelto una vez. El Elías que "ha vuelto una vez", al que alude Jesús, era Juan el Bautista*: así lo anota MV en una copia mecanografiada.

diera, o que si la Luna hubiera bajado a resplandecer al rellano ante nuestros ojos; luego tu aspecto, y el hecho de separarte del suelo como si estuvieras para echar a volar y marcharte. He tenido miedo de que Tú, disgustado por las iniquidades de Israel, volvieras a los Cielos, quizás por orden del Altísimo. Luego he tenido miedo de ver aparecer a Moisés, al que los suyos de su tiempo no podían ver ya sin velo, de tanto como resplandecía en su rostro el reflejo de Dios, y todavía era hombre, mientras que ahora es espíritu bienaventurado y encendido de Dios; y a Elías... ¡Misericordia divina! He pensado que había llegado a mi último momento, y todos los pecados de mi vida, desde cuando robaba de pequeño la fruta de la despensa hasta el último de haberte aconsejado mal hace unos días, me han venido a la mente. ¡Con qué temblor me he arrepentido! Luego me dio la impresión de que me amaban esos dos justos... y he tenido la intrepidez de hablar. Pero incluso su amor me producía miedo, porque no merezco el amor de semejantes espíritus. ¡Y después... después!... ¡El miedo de los miedos! ¡La voz de Dios!... ¡Yeohveh ha hablado! ¡A nosotros! Nos ha dicho: "¡Escuchadle!". Tú. Y te ha proclamado "su Hijo amado en el cual Él se complace". ¡Qué miedo! ¡Yeohveh!... ¡A nosotros!... ¡Verdaderamente sólo tu fuerza nos ha mantenido en vida!... Cuando nos has tocado y tus dedos ardían como puntas de fuego, he sentido el último momento de terror. He creído que era la hora de ser juzgado y que el Ángel me tocaba para tomar mi alma y llevársela al Altísimo... ¡Pero, ¿cómo pudo tu Madre ver... oír... vivir en definitiva, ese momento del que hablaste ayer, sin morir, Ella que estaba sola, siendo jovencita aún, sin Ti?!».

«María, la Sin Mancha, no podía tener miedo de Dios. Eva no tuvo miedo de Dios mientras fue inocente. Y Yo estaba en ese lugar. Yo, el Padre y el Espíritu, Nosotros, que estamos en el Cielo y en la tierra y en todas partes, y que teníamos nuestro Tabernáculo en el corazón de María» dice dulcemente Jesús.

«¡Qué cosa! ¡Qué cosa!... Pero después hablaste de muerte... Y toda alegría se borró... Pero, ¿por qué a nosotros tres todo esto?, ¿por qué a nosotros? ¿No convenía dar a todos esta visión de tu gloria?».

«Precisamente porque desfallecéis al oír hablar de muerte, y muerte de suplicio, del Hijo del hombre, el Hombre-Dios os ha querido fortalecer para aquella hora y para siempre, con la precognición de lo que seré después de la Muerte: recordad todo esto, para decirlo a su tiempo... ¿Habéis entendido?».

«¡Oh, sí, Señor. No es posible olvidar. Y sería inútil decirlo. Dirían que estaríamos ebrios».

[10]Reanudan la marcha hacia el valle. Pero, llegados a un punto, 349.10

Jesús tuerce por un sendero pino en dirección a Endor, o sea, por el lado opuesto al otro en que dejó a los discípulos.

«No los encontraremos» dice Santiago. «El Sol empieza a bajar. Se estarán agrupando para esperarte en el lugar donde los dejaste».

«Ven y no te crees pensamientos necios».

En efecto, en cuanto la espesura se abre dando lugar a una pradera que desciende suavemente hasta tocar el camino de primer orden, ven a toda la masa de los discípulos, aumentada por la presencia de viandantes curiosos, de escribas venidos de no sé dónde, moviéndose en la base del monte.

«¡Vaya! ¡Escribas!... ¡Y ya disputan!» dice Pedro señalándolos. Y baja los últimos metros disgustado.

Pero también los que están abajo los han visto y unos a otros se los señalan, y luego se echan a corren hacia Jesús, gritando: «¿Cómo es que vienes por esta parte, Maestro? Estábamos para encaminarnos al lugar establecido. Pero nos han entretenido en disputas los escribas, y con sus súplicas un padre afligido».

«De qué discutíais entre vosotros?».

«Por un endemoniado. Los escribas se han burlado de nosotros porque no hemos podido liberarle. Lo ha intentado de nuevo, ya por pundonor, Judas de Keriot; pero ha sido inútil. Entonces hemos dicho: "Intentadlo vosotros". Han respondido: "No somos exorcistas". Ha coincidido que pasaban algunos, que venían de Caslot-Tabor, entre los que había dos exorcistas. Pero ellos tampoco nada. Aquí viene el padre a suplicarte. Escúchale».

349.11 [11]Un hombre, en efecto, se acerca suplicante. Se arrodilla frente a Jesús, que se ha quedado en el prado en pendiente, estando, pues, al menos, tres metros por encima del camino, y, por tanto, bien visible a todos.

«Maestro» le dice el hombre, «venía a Cafarnaúm con mi hijo, buscándote. Te traía a mi hijo infeliz para que le liberaras, Tú que expulsas los demonios y curas toda enfermedad. Frecuentemente se apodera de él un espíritu mudo. Cuando se apodera de él sólo puede emitir gritos roncos, como un animal que se estuviera ahogando. El espíritu le tira al suelo, y él, en el suelo, se revuelca, le crujen los dientes, echa espuma como un caballo que muerde el bocado, y se hiere, o puede incluso morir por asfixia, o quemado, o destrozado, porque el espíritu, más de una vez, le ha arrojado al agua, al fuego, o le ha tirado por las escaleras. Tus discípulos lo han intentado, pero no han podido. ¡Oh, Señor bueno! ¡Piedad de mí y de mi niño!».

Jesús centellea de poder mientras grita: «¡Oh generación perversa, oh turba satánica, legión rebelde, pueblo del infierno incrédulo y

cruel, ¿hasta cuándo tendré que estar contigo?, ¿hasta cuándo tendré que soportarte?». Se muestra majestuoso, tanto, que se hace un silencio absoluto y cesan las risitas maliciosas de los escribas.

[12]Jesús dice al padre: «Levántate y tráeme a tu hijo». 349.12

El hombre se marcha y regresa con otros hombres; en medio de éstos viene un muchacho de unos doce o catorce años. Un muchacho guapo, pero con una mirada un poco cretina, como si estuviera aturdido. En su frente rojea una herida alargada; más abajo se ve una cicatriz vieja, blanquecina. Nada más ver a Jesús, que le está mirando fijamente con sus ojos magnéticos, lanza un grito ronco y se contuerce todo su cuerpo convulsivamente, y cae al suelo echando espuma y girándole los ojos (de forma que se ve solamente el bulbo blanco, mientras se revuelca por el suelo con una típica convulsión epiléptica).

Jesús se acerca unos pasos para llegar a su lado y dice: «¿Desde cuándo le sucede esto? Habla fuerte, que todos te oigan».

Y el hombre, gritando, mientras se va estrechando el círculo y los escribas se ponen más arriba de Jesús para dominar la escena, dice: «Desde niño. Ya te he dicho que a menudo cae en el fuego, en el agua, o desde las escaleras o desde los árboles, porque el espíritu le asalta desprevenidamente y le empuja con violencia para acabar con él. Está todo lleno de cicatrices y quemaduras. Ya es mucho que no se haya quedado ciego a causa de las llamas de la lumbre. Ningún médico, ningún exorcista, ni siquiera tus discípulos le han podido curar. Pero Tú, si, como creo firmemente, puedes algo, ten piedad de nosotros y socórrenos».

«Si puedes creer así, todo me es posible, porque todo se le concede al que cree».

«¡Oh, Señor, claro que creo! Pero, si no creo todavía suficientemente, aumenta mi fe: para que sea completa y obtenga el milagro» dice el hombre llorando de rodillas junto al hijo, que padece más convulsiones que nunca.

[13]Jesús se endereza, retrocede dos pasos, y, mientras la muche- 349.13
dumbre, más que nunca, restringe su círculo, grita fuerte: «¡Espíritu maldito que haces sordo y mudo al niño y le atormentas, te ordeno que salgas de él y no vuelvas a entrar nunca!».

El niño, a pesar de su postura (está echado en el suelo), da unos botes espantosos, haciendo presión contra el suelo con la cabeza y los pies, en forma de arco, y lanza gritos no humanos. Un último salto, con el que se vuelve boca abajo y golpea la frente y la boca contra una roca que sobresale de la yerba; ésta se pone roja de sangre. Luego se queda inmóvil.

«¡Se ha muerto!» gritan muchos. «¡Pobre niño!», «¡Pobre padre!»

dicen, compasivos, los mejores. Y los escribas, riéndose burlonamente, dicen: «¡Buen servicio te ha hecho el Nazareno!», o: «¡Maestro, ¿cómo es esto?! Esta vez Belcebú te ha hecho quedar mal...» y se echan a reír venenosamente.

Jesús no responde a nadie. Ni siquiera al padre, que ha dado la vuelta a su hijo y ahora le está secando la sangre de la frente herida y de los labios heridos, gimiendo, invocando a Jesús. Pero el Maestro se inclina y toma de la mano al niño. Y éste abre los ojos dando un fuerte suspiro, como si se despertase de un sueño, luego se sienta y sonríe. Jesús le acerca hacia sí, le hace ponerse de pie y se lo entrega a su padre, mientras los presentes gritan de entusiasmo y los escribas huyen seguidos de las burlas de la gente...

«Y ahora vamos» dice Jesús a sus discípulos. Despide a la gente, costea el lado del monte y va al camino recorrido por la mañana.

349.14 [14]Dice Jesús:

«Ahora, aquí, el P. M. puede poner el comentario a la visión del 5 de agosto de 1944 (cuaderno A 930), empezando por las palabras: "No te elijo sólo para conocer las tristezas de tu Maestro, y sus dolores; quien sabe estar conmigo en el dolor debe tener parte conmigo en la gloria". Y tú descansa, fiel, pequeño Juan, que tu descanso está bien merecido. Mi paz sea alegría en ti».

5 de agosto de 1944

349.15 [15]Dice Jesús:

«Te he preparado para meditar en mi Gloria. Mañana la Iglesia la celebra. Pero quiero que mi pequeño Juan la vea en su verdad para comprenderla mejor. No te elijo sólo para conocer las tristezas de tu Maestro, y sus dolores; quien sabe estar conmigo en el dolor debe tener parte conmigo en la alegría. *

Quiero que tengas, delante de tu Jesús, que se te muestra, los mismos sentimientos de humildad y arrepentimiento de mis discípulos.

Jamás soberbia. Serías castigada perdiéndome.

Continuo recuerdo de quién soy Yo y de quién eres tú.

Continuo pensamiento de tus faltas y de mi perfección, para tener un corazón lavado por la contrición; pero, al mismo tiempo, también mucha confianza en mí.

He dicho: "No temáis. Alzaos. Vamos. Vamos con los hombres, porque he venido para estar con ellos. Sed santos, fuertes y fieles en recuerdo de esta hora". Te lo digo a ti también, y a todos mis predi-

* Unos renglones más arriba dice "gloria", pero así está en el original italiano (NdT).

lectos de entre los hombres, a los que me tienen de forma especial.

No tengáis miedo de mí. Me muestro para elevaros, no para reduciros a cenizas.

Alzaos: que la alegría del don os dé vigor y no os embote en el sopor del quietismo, creyéndoos ya salvados porque os haya mostrado el Cielo.

Vamos juntos a los hombres. Os he invitado a obras sobrehumanas con sobrehumanas visiones y lecciones, para que podáis servirme más de ayuda. Os asocio a mi obra. Pero Yo no he conocido, ni conozco, descanso. Porque el Mal no descansa nunca y el Bien debe estar siempre activo para anular lo más que se pueda la obra del Enemigo. Descansaremos cuando el Tiempo llegue a su cumplimiento. Ahora es necesario caminar incansablemente, obrar continuamente, consumirse infatigablemente por la mies de Dios. Que mi continuo contacto os santifique, mi continua lección os fortalezca, mi amor de predilección os haga fieles contra toda insidia.

No seáis como los antiguos rabíes, que enseñaban la Revelación y luego no le prestaban fe, hasta el punto de que no reconocían los signos de los tiempos ni a los enviados de Dios. Reconoced a los precursores de Cristo en su segunda venida, porque las fuerzas del Anticristo están en marcha, y, haciendo una excepción a la medida que me he impuesto, porque sé que bebéis de ciertas verdades no por espíritu sobrenatural sino por sed de curiosidad humana, os digo en verdad que lo que muchos creerán victoria sobre el Anticristo, paz ya próxima, no será sino un alto para dar tiempo al Enemigo de Cristo de recuperar fuerzas, curarse las heridas, reunir su ejército para una lucha más cruel.

Reconoced, vosotros que sois las "voces" de este vuestro Jesús, del Rey de reyes, del Fiel y Veraz, que juzga y combate con justicia y será el Vencedor de la Bestia y de sus siervos y profetas, reconoced vuestro Bien y seguidle siempre. Que ningún engañoso aspecto os seduzca y ninguna persecución os aterre. Diga vuestra "voz" mis palabras. Sea vuestra vida para esta obra. Y si tenéis destino, en la tierra, común con Cristo, su Precursor y Èlías, destino cruento o atormentado por vejaciones morales, sonreíd a vuestro destino futuro y seguro, el que tendréis en común con Cristo, con su Precursor, con su Profeta.

Iguales en el trabajo, en el dolor, en la gloria. Aquí Yo Maestro y Ejemplo; allí Yo Premio y Rey. Tenerme será vuestra bienaventuranza. Será olvidar el dolor. Será algo que para hacéroslo comprender ninguna revelación es suficiente, porque la alegría de la vida futura es demasiado superior a la posibilidad de imaginar de la criatura que todavía está unida a la carne».

350. Lección a los discípulos sobre el poder de vencer a los demonios.

4 de diciembre de 1945.

350.1 [1]Están ahora nuevamente en la casa de Nazaret. Es más, para ser más exactos, están esparcidos en el rellano de los olivos, en espera de separarse para ir a descansar. Ya ha obscurecido y la Luna se alza tarde, así que han encendido una pequeña hoguera para aclarar la noche; noche tibia, «demasiado incluso» como sentencian los pescadores previendo próximas lluvias. Y es bonito estar allí, todos unidos: las mujeres en el huerto florecido, alrededor de María; los hombres aquí arriba; y, en el borde del rellano, de forma que le vean tanto éstos como aquéllas, Jesús, respondiendo a uno o a otro, mientras las discípulas escuchan atentas. Deben haber referido lo del lunático curado al pie del monte y todavía siguen los comentarios al respecto.

«¡Vamos, que has hecho falta Tú!» exclama el primo Simón.

«¡Pero ni siquiera el ver que incluso sus exorcistas no podían nada, a pesar de haber dicho que habían usado las fórmulas más fuertes, ha convencido a esos cernícalos!» dice, meneando la cabeza, el barquero Salomón.

«Y no convencerán a sus escribas ni siquiera diciéndoles sus conclusiones».

«¡Ya, claro! Me parecía que hablaban bien, ¿no es verdad?» pregunta uno que no conozco.

«Muy bien. Excluyeron todo tipo de sortilegio demoníaco en el poder de Jesús, y dijeron que se sintieron invadidos de profunda paz cuando el Maestro hizo el milagro; mientras que — decían — cuando sale de uno un poder malvado lo sienten como un sufrimiento» responde Hermas.

350.2 [2]«¡Pero hay que ver qué espíritu más fuerte! ¡No se quería marchar! Pero, ¡cómo es que no le tenía continuamente poseído? ¿Era un espíritu rechazado, solitario; o era tan santo el muchacho, que por sí mismo le repelía?» pregunta otro discípulo cuyo nombre desconozco.

Jesús responde espontáneamente: «He explicado varias veces que toda enfermedad, siendo un tormento y un desorden, puede esconder a Satanás, y Satanás se puede esconder en una enfermedad, usarla, crearla, para atormentar y hacer blasfemar contra Dios. El niño era un enfermo, no un poseído. Un alma pura. Por eso con gran alegría la he liberado del astutísimo demonio, que quería dominarla hasta el punto de hacerla impura».

350.3 [3]«¿Y por qué, si era una simple enfermedad, no hemos hemos podido resolverlo nosotros?» pregunta Judas de Keriot.

«¡Sí, eso! Se comprende que los exorcistas, si no era un endemoniado, no hayan podido hacer nada. Pero nosotros...» observa Tomás.

Y Judas de Keriot (que no ha encajado la afrenta de haber intentado muchas veces con el muchacho y haber obtenido sólo que cayera en un estado de agitación o incluso en convulsiones) dice: «Pero nosotros... hasta parecía que se le empeorase. ¿Recuerdas, Felipe? Tú que me ayudabas oíste y viste las burlas que me dirigía. Me dijo incluso: "¡Vete! De los dos el más demonio eres tú". Lo cual hizo que a mis espaldas se rieran los escribas».

«¿Y ello te ha dolido?» pregunta Jesús como sin interés.

«¡Claro que sí! No es una cosa bonita que se burlen de uno. Y no es útil cuando se es apóstol tuyo. Se pierde autoridad».

«Cuando uno tiene a Dios tiene autoridad, aunque el mundo entero se burle, Judas de Simón».

«De acuerdo. Pero Tú aumenta, al menos en nosotros los apóstoles, el poder, para no sufrir otra vez ciertas derrotas».

«Ni es justo ni sería útil que Yo aumentara el poder. Por vosotros mismos lo tenéis que hacer, para salir vencedores. Si habéis fracasado ha sido por vuestra insuficiencia, y también por haber disminuido cuanto os había dado, con elementos no santos que habéis querido añadir esperando mayores triunfos».

«¿Lo dices por mí, Señor?» pregunta Judas Iscariote.

«Tú sabrás si lo mereces. Hablo a todos».

Bartolomé pregunta: «¿Pero entonces qué hay que tener para vencer a estos demonios?».

«Oración y ayuno. No se necesita nada más. Orad y ayunad. Y no sólo en la carne. Por eso bien está el que vuestro orgullo haya quedado en ayunas, sin ser satisfecho. El orgullo saciado vuelve apáticas la mente y el alma, y la oración se hace tibia, inerte; de la misma forma que el cuerpo demasiado lleno está somnoliento y pesado. [4]Y ahora vamos también nosotros al justo descanso. Que mañana al amanecer todos, menos Manahén y los discípulos pastores, estén en el camino de Caná. La paz sea con vosotros». 350.4

Y retiene a Isaac y a Manahén y da particulares instrucciones para el día siguiente, día de la partida para las discípulas y María, que, junto con Simón de Alfeo y Alfeo de Sara empiezan el peregrinaje pascual.

«Pasaréis por Esdrelón para que Margziam vea al anciano. Daréis a los labriegos la bolsa que por indicación mía os ha dado Judas de Keriot. Y durante el viaje socorreréis a todos los pobres que os encontréis con la otra que os he dado hace poco. Cuando lleguéis a Je-

rusalén, id a Betania, y decid que me esperen para la neomenia de Nisán. Poco podré tardar a partir de ese día. Os confío a la persona que más estimo y a las discípulas. Pero estoy tranquilo de que estarán seguras. Partid. Nos volveremos a ver en Betania y estaremos bastante tiempo juntos».

Los bendice y, mientras ellos se alejan en la noche, salta hacia abajo, al huerto, y entra en casa, donde ya están las discípulas y su Madre, que, con Margziam, están apretando los cordones de los fardos de viaje, y disponiendo todas las cosas para esta ausencia cuya duración no se conoce.

351. El tributo al Templo pagado con la moneda hallada en la boca del pez.

5 de diciembre de 1945.

351.1 [1]Las dos barcas tomadas para volver a Cafarnaúm se deslizan por un lago inverosímilmente calmo: una verdadera lastra de cristal zarco, que, en cuanto pasan las dos barcas, recompone su lisa unidad. Pero no son las barcas de Pedro y Santiago, sino otras dos, quizás alquiladas en Tiberíades. Y oigo que Judas se lamenta un poco por haberse quedado sin dinero después de este último gasto.

«Hemos pensado en los demás. ¿Pero en nosotros? ¿Cómo nos las vamos a arreglar ahora? Tenía esperanzas de que Cusa... Pero nada. Estamos en las condiciones de un mendigo, uno de tantos como ahora salen a los caminos a pedir limosna a los peregrinos» dice a Tomás, rezongando, en voz baja.

Pero éste, bondadoso, responde: «¿Y qué tendría de malo si fuera así? Yo no me preocupo de nada».

«Sí, pero a la hora de comer eres el que quiere comer más que ninguno».

«¡Claro! Tengo hambre. También en el hambre soy vigoroso. Bien, pues hoy, en vez de pedir al que suministra el pan y las viandas, pediré directamente a Dios».

«¡Hoy! ¡Hoy! Mañana estaremos en las mismas condiciones, y pasado mañana lo mismo; y estamos yendo hacia la Decápolis, donde no nos conocen y son medio paganos. Y no es sólo el pan, también se gastan las sandalias, y luego... los pobres que te dan la lata, y uno se podría sentir mal y...».

«Y, si sigues más todavía, dentro de poco ya me habrás imaginado muerto y tendrás que proveer para un funeral. ¡Pero cuántas preocupaciones! Yo... es que no tengo ninguna preocupación. Estoy ale-

gre, tranquilo como un recién nacido».

Jesús, que parecía absorto en sus pensamientos, sentado en la proa, casi en el borde, se vuelve y dice fuerte a Judas, que está en la popa (pero lo dice como hablando a *todos*): «Está muy bien no tener ni una perra, así brillará más la paternidad de Dios incluso en las cosas más pequeñas».

«Desde hace unos días para ti está todo bien. Bien si no se produce un milagro, bien si no nos dan dinero, bien haber dado todo lo que teníamos; en definitiva, todo bien... Pero yo me siento muy incómodo... Eres un Maestro grato, un santo Maestro, pero para la vida material... no vales nada» dice sin acritud Judas, como haciendo una observación a un hermano bueno de cuya bondad imprevisora incluso se gloría.

Y Jesús, sonriendo, le responde: «Es mi mejor cualidad, ser un hombre que no vale nada para la vida material... Y, repito: está muy bien no tener ni una perra» y sonríe luminosamente.

[2]La barca roza en el guijarral. Se detiene. Bajan de ella. Mientras 351.2
tanto, la otra barca se acerca para detenerse. Jesús, con Judas, Tomás, Judas y Santiago, Felipe y Bartolomé, se encamina hacia la casa...

Pedro baja de la segunda barca, con Mateo, los hijos de Zebedeo, Simón Zelote y Andrés. Pero Pedro no se pone en marcha como todos, sino que se queda en la orilla hablando con los barqueros que los han traído, y que quizás conoce, y luego los ayuda a partir de nuevo. Después, se vuelve a poner la túnica larga y remonta la playa en dirección a la casa.

[3]Atravesando la plaza del mercado, vienen hacia él dos, le paran 351.3
y dicen: «Escucha, Simón de Jonás».

«Escucho. ¿Qué queréis?».

«¿Tu Maestro, por el hecho de serlo, paga o no las dos dracmas que corresponden al Templo?».

«¡Claro que las paga! ¿Por qué no lo iba a hacer!».

«Pues... porque dice que es el Hijo de Dios y...».

«Y lo es» replica secamente Pedro, que ya está rojo de indignación. Luego añade: «Pero, dado que también es un hijo de la Ley, el mejor que tiene la Ley, paga sus dracmas como todo israelita...».

«Según lo que sabemos no es así. Nos han dicho que no paga, así que le aconsejamos que pague».

«Mmm-m-m» balbuce Pedro, cuya paciencia está para agotarse. «Mmm-m-m... Mi Maestro no necesita vuestros consejos. Id en paz y decid al que os envía que las dracmas serán depositadas en la primera ocasión».

«¡En la primera ocasión!... ¿Y por qué no en seguida? ¿Quién nos asegura que lo vaya a hacer, si está siempre acá o allá sin rumbo fijo?».

«En seguida no, porque en este momento no tiene ni una perra. Podríais ponerle boca abajo y no caería al suelo ni una sola moneda. Estamos todos sin un solo denario, porque nosotros, que no somos fariseos, que no somos escribas, que no somos saduceos, que no somos ricos, que no somos espías, que no somos áspides, normalmente damos lo que tenemos a los pobres, por su doctrina. ¿Entendéis? Y ahora hemos dado todo, y mientras no intervenga el Altísimo podemos morir de hambre o ponernos a pedir limosna en una esquina de la calle. Decid también esto a los que dicen que Él es un comilón. ¡Adiós!» y los deja plantados y se marcha barbotando y ardiendo de enojo.

351.4 [4]Entra en casa y sube a la habitación de arriba, donde está Jesús escuchando a uno que le ruega que vaya a una casa que está en el monte de detrás de Magdala, donde hay uno muriéndose.

Jesús despide al hombre prometiendo que irá en seguida. Luego, cuando éste se marcha, se vuelve hacia Pedro, que se ha sentado en un rincón y está pensativo, y le dice: «¿Qué opinas, Simón? ¿Según las reglas, los reyes de la tierra de quién reciben los tributos y el censo?, ¿de sus propios hijos o de los extraños?».

Pedro se sobresalta. Dice: «¿Cómo sabes, Señor, lo que debía decirte?».

Jesús sonríe haciendo un gesto como diciendo: «No le des importancia»; luego dice: «Responde a lo que te pregunto».

«De los extraños, Señor».

«Entonces los hijos están eximidos, como efectivamente es justo. Porque un hijo es de la sangre y casa de su padre, y no debe pagar al padre sino el tributo del amor y la obediencia. Así que Yo, Hijo del Padre, no debería pagar tributo al Templo, que es la casa del Padre. Les has respondido bien. Pero, como hay una diferencia entre tú y ellos, y es ésta: que tú crees que Yo soy el Hijo de Dios, y ellos y quienes los han enviado no lo creen, pues, para no escandalizarlos, pagaré el tributo, y además en seguida, mientras están todavía en la plaza recaudando».

«¿Y con qué, si no tenemos ni una perra?» pregunta Judas, que se ha acercado con los otros. «¿Ves como es necesario tener algo?».

«Se lo pedimos prestado al dueño de la casa» dice Felipe.

Jesús hace con la mano un gesto de guardar silencio y dice: «Simón de Jonás, ve a la orilla del mar y echa lo más lejos que puedas un sedal provisto de un anzuelo resistente. En cuanto pique el pez,

tira hacia ti el sedal. Será un pez grande. En la orilla ábrele la boca. Encontrarás dentro un estáter. Tómalo, ve donde aquellos dos y paga por mí y por ti. Luego trae el pez. Le asaremos; y Tomás, caritativamente, nos proveerá de un poco de pan. Comeremos e iremos en seguida donde el hombre que está muriéndose. Santiago y Andrés, preparad las barcas, que las usaremos para ir a Magdala; la vuelta la haremos esta noche a pie para no estorbar la pesca a Zebedeo y al cuñado de Simón».

[5]Pedro se marcha. Un rato después se le ve en la orilla montando 351.5
en una barca cuya proa está ya metida en el agua. Echa un cordel delgado y fuerte, provisto hacia el final de una piedra pequeña, o plomo, y que termina en el hilo fino del sedal propiamente dicho. Las aguas del lago se abren con salpicaduras de plata cuando el peso se hunde en él; luego todo vuelve a la calma mientras las aguas se serenan después de un alejarse de giros concéntricos...

Pasa un rato. El cordel, que estaba flojo en las manos de Pedro, se tensa y vibra... Pedro tira, tira, tira. La cuerda sufre sacudidas cada vez más enérgicas. Al final, da un tirón y el sedal emerge con su presa, que se contorsiona en el aire, formando un arco por encima de la cabeza del pescador, para luego caer en la arena amarillenta, donde se contuerce, sufriendo el espasmo del anzuelo que le hiende el paladar y el de la asfixia que comienza.

Es un magnífico pez, grande como un rombo del peso de al menos tres quilos. Pedro le arranca el anzuelo de los labios carnosos, le mete en la garganta su grueso dedo y extrae una gruesa moneda de plata. La coge entre el pulgar y el índice y la alza para mostrársela al Maestro, que está en el pretil de la terraza. Luego recoge el cordel, lo enrolla, toma el pez y se echa a correr en dirección a la plaza.

Los apóstoles se han quedado todos de piedra... Jesús sonríe y dice: «Así habremos eliminado un escándalo...».

[6]Regresa Pedro: «Ya estaban para venir aquí. Y además con Elí, 351.6
el fariseo. He tratado de ser delicado como una niña. Los he llamado y he dicho: "¡Eh, enviados del Fisco! Tomad. ¿Son cuatro dracmas, verdad? Pues dos por el Maestro y dos por mí. ¿Estamos en paz, no? Hasta que nos veamos en el valle de Josafat, especialmente contigo, querido amigo". Se han ofendido porque he dicho "Fisco". "Somos del Templo, no del Fisco". "Cobráis impuestos como los recaudadores. Todo recaudador para mí es 'fisco' " he respondido. Pero él me ha dicho: "¡Insolente! ¿Me estás deseando la muerte?". "¡No, amigo! De ninguna manera. Te deseo un feliz viaje al valle de Josafat. ¿No vas para la Pascua a Jerusalén? Pues podremos encontrarnos por allí, amigo". "No lo deseo, ni quiero que te permitas llamarme amigo tu-

yo". "Efectivamente, es demasiado honor" he respondido. Y me he vuelto. Lo mejor es que estaba allí medio Cafarnaúm, que ha visto que he pagado por ti y por mí. Así esa vieja serpiente ya no podrá decir nada».

Los apóstoles no han podido evitar reírse por la narración y la mímica de Pedro. Jesús quiere estar serio, pero una leve sonrisa se escapa, no obstante, de sus labios mientras dice: «Eres peor que la mostaza», y termina: «Asad el pez; y vamos a darnos prisa, que para la puesta del Sol quiero estar aquí de nuevo».

352. Un convertido de María de Magdala. Parábola para el pequeño Benjamín y lección sobre quién es grande en el reino de los Cielos.

6 de diciembre de 1945.

352.1 [1]Y justo mientras se incendian el cielo y el lago por el fuego del ocaso, regresan hacia Cafarnaúm. Están contentos. Vienen hablando unos con otros. Jesús habla poco, pero sonríe. Hacen la observación de que, si el mensajero hubiera sido más preciso, habrían podido ahorrar camino. Pero también dicen que la fatiga ha merecido la pena, porque un grupo de hijos de tierna edad ha recuperado a su padre sano, cuando ya se estaba enfriando por la cercana muerte; y también porque ya no están sin un mínimo de dinero.

«Ya os había dicho que el Padre proveería a todo» dice Jesús.

«¿Y es un antiguo amante de María de Magdala?» pregunta Felipe.

«Parece... Según lo que nos han dicho...» responde Tomás.

«¿A ti, Señor, que te dijo el hombre?» pregunta Judas de Alfeo.

Jesús sonríe evasivamente.

«Yo le he visto más de una vez con ella cuando iba a Tiberíades con amigos. Esto es cierto» afirma Mateo.

«¡Venga hombre, hermano, condesciende a nuestra pregunta!... ¿El hombre te pidió sólo la salud o también ser perdonado?» pregunta Santiago de Alfeo.

«¡Qué pregunta más sin sentido! ¿Pero cuándo el Señor no exige arrepentimiento para conceder una gracia?» dice Judas Iscariote con mucho desdén hacia Santiago de Alfeo.

«Mi hermano no ha dicho una estupidez. Jesús cura, o libera, y luego dice: "Ve y no peques más"» le responde Judas Tadeo.

«Porque ve ya el arrepentimiento en los corazones» rebate Judas Iscariote.

«En los endemoniados no hay arrepentimiento ni voluntad de ser liberados. Lo cual no lo ha demostrado sólo uno. Recuerda todos los casos y verás que o huían o arremetían como enemigos, o por lo menos intentaban una o la otra cosa, y si no lo llevaban a cabo era sólo porque se lo impedían sus parientes» replica Judas Tadeo.

«Y por el poder de Jesús» incrementa el Zelote.

«Pero en ese caso Jesús tiene en cuenta la voluntad de los parientes, que representan la voluntad del endemoniado, el cual, si no estuviera impedido por el demonio, desearía la liberación».

«¡Cuántas sutilezas! ¿Y para los pecadores entonces? Me da la impresión de que usas la misma fórmula, aunque no sean endemoniados» dice Santiago de Zebedeo.

«A mí me dijo: "Sígueme", y no le había dicho todavía ni una palabra respecto a mi estado» observa Mateo.

«Pero te la veía en el corazón» dice el Iscariote, que quiere tener siempre razón, a toda costa.

[2]«¡Bueno, bien! Pero ese hombre, que según la opinión general 352.2
era un gran lujurioso y un gran pecador, no endemoniado, o, mejor, no poseído — porque un demonio, con los pecados que tenía ese hombre, le debía tener por maestro, si no incluso por posesor —, moribundo, etc. etc., ¿qué ha pedido?, en definitiva. Estamos paseando por las nubes, me parece... Estamos en la primera pregunta» dice Pedro.

Jesús condesciende a su deseo: «Ese hombre ha querido estar solo conmigo para poder hablar con libertad. Lo primero que ha expuesto no ha sido su estado de salud... sino el de su espíritu. Ha dicho: "Estoy muriendo, pero no cuanto he hecho creer a los demás para poderte tener pronto. Necesito tu perdón para sanar. Pero me basta tu perdón. Si no me curas, me resignaré. Lo he merecido. Lo que te pido es que salves mi alma" y me ha confesado sus muchos pecados. Una nauseante cadena de pecados...». Jesús dice esto, pero su rostro resplandece de alegría.

«¿Y sonríes, Maestro? ¡Me sorprende!» observa Bartolomé.

«Sí, Bartolmái. Sonrío. Porque esos pecados ya no existen, y porque junto con los pecados he sabido el nombre de la redentora. En este caso el apóstol ha sido una mujer».

«¡Tu Madre!» dicen bastantes.

Otros: «¡Juana de Cusa! Si él iba a menudo a Tiberíades, quizás la conoce».

Jesús menea la cabeza.

Le preguntan: «¿Entonces quién?».

«María de Lázaro» responde Jesús.

«¿Ha venido aquí? ¿Por qué sin que la viéramos ninguno de nosotros?».

«No ha venido. Ha escrito a su antiguo compañero de pecado. He leído las cartas. Todas suplican lo mismo: escucharla, redimirse como ella se ha redimido, seguirla en el Bien como la había seguido en el pecado, y, con palabras de lágrimas, esas cartas le ruegan que alivie el alma de María del remordimiento de haber seducido su alma. Y le ha convertido. Tanto, que se había aislado en su campiña para vencer las tentaciones de las ciudades. La enfermedad, más de remordimiento del alma que física, ha acabado de prepararle a la Gracia. Eso es. ¿Estáis contentos ahora? ¿Comprendéis ahora por qué sonrío?».

«Sí, Maestro» dicen todos. Y luego, viendo que Jesús alarga el paso como para aislarse, se ponen a conversar en tono bajo entre sí...

352.3 [3]Están a la vista de Cafarnaúm cuando, en la confluencia del camino que han recorrido ellos con el que bordea el lago viniendo de Magdala, se cruzan con los discípulos, que han venido a pie, evangelizando desde Tiberíades. Todos, menos Margziam, los pastores y Manahén, que han ido desde Nazaret hacia Jerusalén con las mujeres. Es más, los discípulos han aumentado, por algún otro que se ha unido a ellos de retorno de la misión y que trae consigo nuevos prosélitos de la doctrina cristiana.

Jesús los saluda dulcemente. Pero en seguida se vuelve a aislar en una meditación y oración profundas, unos pasos más adelante que ellos.

Los apóstoles, por su parte, se unen al grupo de los discípulos, especialmente con los más influyentes, o sea, Esteban, Hermas, el sacerdote Juan, Juan el escriba, Timoneo, José de Emaús, Hermasteo (que por lo que entiendo vuela en el camino de la perfección), Abel de Belén de Galilea, cuya madre va al final del nutrido grupo con otras mujeres. Y discípulos y apóstoles se intercambian preguntas y respuestas sobre las cosas acaecidas desde que se dejaron. Así, se habla de la curación y conversión de hoy, y del milagro del estáter en la boca del pez... Esto, por las causas que lo han originado, suscita grandes comentarios, que se propagan de fila en fila cual fuego aplicado a pajas secas...

352.4 [4]Dice Jesús: «Aquí pondréis la visión del 7 de marzo de 1944: "El pequeño Benjamín de Cafarnaúm", sin el comentario. Y proseguiréis con el resto de la lección y de la visión. Sigue».

Antes de nada digo que omito la última frase: «La visión me cesa aquí, etc». Estaría fuera de lugar, ahora que la visión prosigue.

7 de marzo de 1944.

[5]Veo, andando por un camino, a Jesús, seguido y circundado por 352.5
sus apóstoles y discípulos.

Se entrevé poco lejano el lago de Galilea, resplandeciente, todo sereno y azul, bajo un lindo sol de primavera o de otoño (porque no es un sol violento como el de verano). Pero me inclinaría a pensar que es primavera, porque la naturaleza se ve muy fresca, sin esos tonos dorados y cansinos del otoño.

Parece que, acercándose la noche, Jesús se está retirando a la casa que le hospeda; parece que se dirige, por tanto, al pueblo que se ve ya aparecer. Jesús, como hace frecuentemente, va unos pasos más adelante de los discípulos; dos o tres, no más: lo suficiente como para poder aislarse en sus pensamientos, necesitado de silencio después de una jornada de evangelización. Camina absorto. Lleva en la mano derecha una ramita verde, que, sin duda, ha arrancado de alguna mata, y con ella golpea levemente, ensimismado, las hierbas del ribazo.

Por el contrario, los discípulos, detrás de Él van hablando animadamente. Evocan los episodios de la jornada y no son demasiado delicados al sopesar los defectos o bribonadas ajenos. Todos, más o menos, critican el hecho de que los de la recaudación del tributo al Templo hayan querido que Jesús les pagara.

Pedro, siempre vehemente, define el hecho como un sacrilegio, porque el Mesías no está obligado a pagar el tributo: «Esto es como pretender que Dios se pague a sí mismo» dice. «Y no es justo. Y si lo que pasa es que creen que no es el Mesías, pues entonces ya es un sacrilegio».

Jesús se vuelve un momento y dice: «¡Simón, Simón, muchos habrá que duden de mí! Incluso de los que se creen seguros e inquebrantables en la fe en mí. No juzgues a los hermanos, Simón. Júzgate siempre primero a ti mismo».

Judas, con una sonrisita irónica, dice al humillado Pedro que ha agachado la cabeza: «Ésta es para ti. Por ser el más anciano siempre quieres hablar como un doctor. ¿Quién ha dicho que a uno le juzguen los méritos por la edad? Entre nosotros hay quien te supera en saber y en poder social».

Se enciende una disputa sobre los respectivos méritos: quién se jacta *de ser uno de los primeros* discípulos, quién apoya su tesis de preferencia en que para seguir a Jesús *ha dejado un puesto influyente*, quién dice que *ninguno* tiene tantos derechos como él porque *ninguno* se ha convertido tanto a sí mismo como él al pasar de publicano a discípulo. La disputa se alarga, y, si no temiera ofender a los apóstoles, diría que asume el tono de una verdadera discusión.

Jesús se abstrae de ello. Da la impresión de no oír ya nada. Mientras tanto, han llegado a las primeras casas del pueblo, que sé que es Cafarnaúm. Jesús prosigue, y los otros detrás discutiendo todavía.

352.6 [6]Un niño pequeño, de unos siete u ocho años, viene tras Jesús corriendo y dando brincos. Adelanta al grupo vocinglero de los apóstoles. Es un niño guapo, de cabellos castaño oscuro muy rizados, cortos. En su faz morena tiene dos ojitos negros e inteligentes. Llama confidencialmente al Maestro como si le conociera bien. «Jesús» dice «¿me dejas ir contigo hasta tu casa?».

«¿Tu mamá lo sabe?» pregunta Jesús, mirándole con una sonrisa buena.

«Lo sabe».

«¿De verdad?». Jesús, aunque sigue sonriendo, mira con una mirada penetrante.

«Sí, Jesús, de verdad».

«Entonces ven».

El niño da un salto de alegría, y agarra la mano izquierda que Jesús le tiende. ¡Con qué amorosa confianza el niño mete su manita morena en la larga mano de mi Jesús! ¡Quisiera hacer lo mismo yo!

«Cuéntame una parábola bonita, Jesús» dice el niño, que va dando saltitos al lado de Jesús y mirándole de abajo arriba con una carita resplandeciente de alegría.

También Jesús le mira con una alegre sonrisa que le entreabre la boca sombreada por el bigote y la barba rubio-roja, que el sol enciende como si fuera de oro; los ojos de zafiro oscuro le ríen de alegría mientras mira al niño.

«¿Y qué vas a hacer con la parábola? No es un juego».

«Es más bonita que un juego. Cuando me voy a la cama la pienso para mí y la sueño y mañana la recuerdo y me la repito para mis adentros para ser bueno. Me hace ser bueno».

«¿La recuerdas?».

«Sí. ¿Quieres que te diga todas las que me has dicho?».

«Eres grande, Benjamín; más que los hombres, que olvidan. Como premio te voy a decir la parábola».

El niño ya no salta. Camina serio y mesurado como un adulto, y no se pierde ni una palabra, ni una inflexión, de Jesús, al cual mira atentamente sin preocuparse siquiera de en dónde pisa.

352.7 [7]«Un pastor muy bueno, habiendo venido a saber que en un lugar del mundo había muchas ovejas que habían sido abandonadas por pastores poco buenos, y que corrían peligro por caminos perversos y en pastos nocivos, y que se acercaban cada vez a barrancos sombríos, fue a ese lugar, y, sacrificando *todo* lo que poseía, adquirió esas ove-

jas y corderos. Quería llevarlos a su reino, porque ese pastor era también rey, como lo han sido muchos reyes en Israel. En su reino, esas ovejas y esos corderos encontrarían pastos sanos, frescas y puras aguas, caminos seguros y refugios invulnerables contra los ladrones y lobos feroces. Por eso ese pastor reunió a sus ovejas y corderos y les dijo: "He venido a salvaros, a llevaros a un lugar donde ya no sufriréis, donde ya no conoceréis peligros ni dolor. Amadme, seguidme, porque yo os amo mucho y por teneros me he sacrificado en todos los modos. Pero, si me amáis, mi sacrificio no me pesará. Venid tras mí y vamos". Y el pastor delante, detrás las ovejas, tomaron el camino que conducía al reino de la alegría. El pastor, a cada momento, se volvía para ver si le seguían; para exhortar a las cansadas, infundir coraje a las desanimadas, socorrer a las enfermas, acariciar a los corderos. ¡Cómo las quería! Les ofrecía su pan y su sal. Probaba antes él el agua de las fuentes y la bendecía, para experimentar si era sana y hacerla santa. Pero las ovejas —¿lo crees, Benjamín? —, las ovejas, pasado un tiempo, se cansaron. Primero una, luego dos, luego diez, luego cien, se quedaron atrás a rozar la hierba hasta llenarse y no poder moverse; luego se echaron, cansadas y llenas en el polvo y en el lodo. Otras se asomaban prominentemente a los precipicios, a pesar de que el pastor dijera: "No lo hagáis"; y algunas, dado que él se ponía donde había mayor peligro para impedirles que fueran a esos sitios, le chocaron con la cabeza proterva y trataron de despeñarle más de una vez. Así, muchas terminaron en los barrancos y murieron míseramente. Otras se enzarzaron y, a fuerza de cornadas y mochadas, se mataron unas a otras. Sólo un corderito no se distrajo nunca. Corría, balando, y con su balido decía al pastor: "Te quiero". Corría tras el pastor bueno. Cuando llegaron a las puertas de su reino, sólo quedaban ellos dos: el pastor, el corderito fiel. Entonces el pastor no dijo: "entra", sino dijo: "ven" y le tomó en brazos y le estrechó contra su pecho y le llevó adentro; luego llamó a todos sus súbditos y les dijo: "Mirad. Éste me ama. Quiero que esté eternamente conmigo. Vosotros amadle, porque es el predilecto de mi corazón". [8]La parábola ha terminado, Benjamín. ¿Ahora sabes decirme 352.8
quién es ese pastor bueno?».

«Tú, Jesús».

«¿Y ese corderito quién es?».

«Soy yo, Jesús».

«Pero Yo ahora me voy a marchar y te olvidarás de mí».

«No, Jesús. No me olvidaré de ti porque te quiero».

«Se te terminará el amor cuando dejes de verme».

«Diré dentro de mí las palabras que me has dicho y será como si

estuvieras presente. Te voy a querer y a obedecer así. ¿Y Tú, Jesús, dime: te vas a acordar de Benjamín?».

«Siempre».

«¿Y cómo vas a hacer para acordarte?».

«Me diré a mí mismo que me has prometido amarme y obedecerme; y así me acordaré de ti».

«¿Y me vas a dar tu Reino?».

«Si eres bueno, sí».

«Seré bueno».

«¿Cómo vas a llevarlo a cabo? La vida es larga».

«Pero también tus palabras son muy buenas. Si me las repito y hago lo que tus palabras dicen que hay que hacer, me conservaré bueno toda la vida. Y lo voy a hacer porque te quiero. Cuando se ama no cuesta ser bueno. A mí no me cuesta obedecer a mi mamá, porque la quiero. Y no me va a costar obedecerte a ti porque te quiero».

Jesús se ha parado y está mirando a esta carita encendida más que por el sol por el amor. La alegría de Jesús es tan viva, que parece que otro sol se ha encendido en su alma y emite sus resplandores a través de las pupilas. Se agacha y besa en la frente al niño.

352.9 [9]Se ha detenido a la altura de una casita modesta que tiene en la parte de delante un pozo. Jesús va luego a sentarse junto al pozo, y allí le alcanzan los discípulos, que siguen todavía midiendo las respectivas prerrogativas.

Jesús los mira. Luego los convoca: «Venid aquí, alrededor, y oíd la última enseñanza de la jornada, vosotros que os quedáis roncos celebrando vuestros méritos y tenéis vuestro pensamiento centrado en adjudicaros un puesto según la medida de ellos. ¿Veis a este niño? Está más que vosotros en la verdad. Su inocencia le da la llave para abrir las puertas de mi Reino. Ha comprendido, en su sencillez infantil, que en el amor está la fuerza para llegar a ser grandes, y en la obediencia realizada por amor la fuerza para entrar en mi Reino. Sed sencillos, humildes; amad con un amor que no sea sólo para mí, sino recíproco entre vosotros; sed obedientes a mis palabras, a todas, *también a éstas*, si queréis llegar al lugar en que habrán de entrar estos inocentes. Aprended de los pequeños. Como el Padre les revela a ellos la verdad, no se la revela a los sabios».

Jesús, mientras habla, mantiene contra sus rodillas, derecho, a Benjamín, y tiene apoyadas las manos en los hombros del niño. El rostro de Jesús ahora se muestra lleno de majestad. Está serio; no enojado, pero sí serio. Verdaderamente como Maestro. El último rayo de sol forma un nimbo de rayos encima de su cabeza rubia.

La visión se me termina aquí, y me deja llena de dulzura en me-

dio de mis dolores.

6 de diciembre de 1945

[10]Bien, pues los discípulos no han podido entrar en la casa. Es natural. Por el número y por respeto. Nunca lo hacen, si no es por invitación del Maestro a todos o a algunos en particular. Observo siempre un gran respeto, una gran discreción, a pesar de la afabilidad del Maestro y la ya duradera familiaridad con él. Incluso Isaac (del que podría decir que es el primero del número de los discípulos), no se permite jamás la libertad de acercarse a Jesús si una sonrisa, al menos una sonrisa del Maestro, no le llama. 352.10

¿Un poco distinto, no? respecto al modo como muchos tratan lo sobrenatural: a la ligera y casi burlescamente... Es un comentario mío que veo justo, porque no acabo de digerir el que la gente tenga para con lo que está por encima de nosotros maneras que no usamos para con los hombres como nosotros por el solo hecho de que estén una miaja por encima... ¡En fin!... Vamos a seguir adelante...

Los discípulos, pues, se han esparcido, por la margen del lago, para comprar pescado para la cena, pan y las demás cosas necesarias. Vuelve también Santiago de Zebedeo y llama al Maestro, que está sentado en la terraza, con Juan, que está acoclado a sus pies, en un dulce y sosegado coloquio... Jesús se levanta y se asoma por el guardalado.

Santiago dice: «¡Cuánto pescado, Maestro! Mi padre dice que has bendecido las redes con tu llegada. Mira: esto es para nosotros» y enseña una cesta de pescado, de un pescado que parece de plata.

«Dios le sea grato por su generosidad. Preparadlo, que después de cenar vamos a ir a la orilla, donde los discípulos».

Y así lo hacen. La noche pone negro el lago, en espera de la Luna, que se levanta tarde. Más que vérsele, se le oye borbollar, gorgotear entre los cantos del guijarral. Sólo las inverosímiles estrellas propias de los países de oriente se reflejan en las aguas tranquilas. Se sientan en círculo, alrededor de una barca vuelta, sobre la que se ha sentado Jesús. Han traído al centro del círculo los pequeños faroles de las barcas, los cuales apenas si iluminan las caras más cercanas. El rostro de Jesús está todo iluminado, de abajo arriba, por un farolillo colocado a sus pies; todos, por tanto, le pueden ver bien mientras habla a uno o a otro de los presentes.

[11]Al principio es una conversación sencilla, familiar. Pero luego adquiere el tono de una lección. Es más, Jesús lo dice abiertamente: 352.11

«Venid. Escuchad. Dentro de poco nos vamos a separar. Quiero adoctrinaros más para formaros mejor.

Hoy os he oído disputar, y no siempre con caridad. A los mayores de entre vosotros les he dado ya la lección. Pero quiero dárosla a vosotros también. No les vendrá mal tampoco a éstos, mayores que vosotros, oírla repetir. Ahora no está aquí, apoyado contra mis rodillas, el pequeño Benjamín. Está durmiendo en su cama, soñando sus sueños inocentes. Pero quizás su alma cándida está de todas formas aquí, en medio de nosotros. Imaginad que él, o cualquier otro niño, estuviera aquí, para ejemplo vuestro.

En vuestro corazón tenéis todos una obsesión que os preocupa, una curiosidad, un peligro. La obsesión: ser el primero en el Reino de los Cielos. La curiosidad: saber quién será este primero. Y, en fin, el peligro: el deseo, aún humano, de oírse responder: "Tú eres el primero en el Reino de los Cielos", o bien de los compañeros con un sentido de aprobación, o bien y sobre todo del Maestro, cuya verdad y penetración de las cosas futuras conocéis. ¿No es, acaso, así? Las preguntas tiemblan en vuestros labios y viven en el fondo del corazón.

El Maestro, mirando a vuestro bien, secunda esta curiosidad, a pesar de que aborrezca condescender con las curiosidades humanas. Vuestro Maestro no es un charlatán al que se le consulta por dos centavos en medio del bullicio de un mercado; no es uno poseído por un espíritu pitónico que le procura dinero con el oficio de adivino, para secundar las restringidas mentes del hombre, que quiere conocer el futuro para "*saberse guiar*". El hombre no se puede guiar por sí solo. Dios le guía, ¡si el hombre tiene fe en Él! Y no aprovecha el conocer, o creer que se conoce, el futuro, si luego no se dispone de los medios para desviar ese futuro profetizado. Sólo hay un medio: la oración al Padre y Señor para que por su misericordia nos ayude. En verdad os digo que la oración confiada puede transformar un castigo en bendición. Pero quien recurre a los hombres para intentar, como hombre y con los medios de los hombres, desviar el futuro no sabe orar o sabe orar muy mal. Yo, esta vez, dado que esta curiosidad puede daros una buena enseñanza, le doy respuesta, aunque aborrezco las preguntas dictadas por la curiosidad e irrespetuosas.

352.12 [12]Os preguntáis: "¿Quién de entre nosotros es el mayor en el Reino de los Cielos?".

Anulo la limitación "entre nosotros". Amplío los límites a todo el mundo, presente y futuro, y respondo: "El mayor en el Reino de los Cielos es el más pequeño entre los hombres". O sea, aquel que es considerado "mínimo" por los hombres. El sencillo, el humilde, el que no desconfía, el inexperto. Por tanto: el niño, o aquel que sabe construirse de nuevo un alma de niño. No es la ciencia ni el poder ni la

riqueza o la actividad (aunque sea buena) lo que os harán "el mayor" en el Reino bienaventurado, sino el ser como los pequeñuelos, en benevolencia, humildad, sencillez, fe.

Observad cómo me aman los niños, e imitadlos; cómo creen en mí, e imitadlos; cómo recuerdan lo que digo, e imitadlos; cómo ponen en práctica mis enseñanzas, e imitadlos; cómo no se ensoberbecen de lo que hacen, e imitadlos; cómo no experimentan rivalidades contra mí o contra sus compañeros, e imitadlos. En verdad os digo que si no cambiáis vuestra manera de pensar, actuar y amar, reconstruyéndola según el modelo de los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Ellos saben lo mismo que vosotros sabéis de esencial en mi doctrina. ¡Pero con qué diferencia practican lo que enseño! Vosotros, a cada acto bueno que realizáis, decís: "Lo he hecho yo"; el niño me dice: "Jesús, me he acordado de ti hoy, y por ti he obedecido, he amado, he contenido un deseo de reñir... y estoy contento porque Tú, lo sé, sabes cuándo soy bueno y te alegras". Observad también a los niños cuando cometen una falta. Con qué humildad me confiesan: "Hoy he sido malo. Lo siento, porque te he apenado". No buscan disculpas. Saben que Yo sé las cosas. Creen. Sienten dolor por *mi* dolor.

¡Oh, amados de mi corazón, niños, en los cuales no hay soberbia, doblez, lujuria! Os digo: Haceos como los niños, si queréis entrar en mi Reino. Amad a los niños como al ejemplo angélico que todavía podéis tener. Porque como ángeles deberíais ser. Podríais decir para disculparos: "No vemos a los ángeles". Mas Dios os da a los niños por modelos, y los tenéis en medio de vosotros. Y si veis a un niño abandonado material o moralmente, y que puede perecer, acogedle en mi Nombre, porque son los *muy* amados de Dios. Quienquiera que reciba a un niño en mi Nombre me recibe a mí mismo, porque Yo estoy en el alma de los niños, que es inocente. Y quien me recibe a mí recibe a Aquel que me ha enviado, es decir, al Señor Altísimo.

[13]Y guardaos de escandalizar a uno de estos pequeños, cuyo ojo ve 352.13
a Dios. No se debe nunca escandalizar a nadie. Pero, ¡ay!, ¡tres veces ay de aquel que tan sólo roce el ingenuo candor de los niños! Dejadlos ángeles lo más que podáis. ¡Demasiado repugnante es el mundo y la carne para el alma que viene del Cielo! Y el niño, por su inocencia, es todavía todo alma. Tened respeto hacia el alma del niño, y a su propio cuerpo, como lo tenéis para con un lugar sagrado. También el niño es sagrado, porque tiene a Dios dentro de sí. En todo cuerpo está el templo del Espíritu; pero el templo del niño es el más sagrado y profundo, está más allá del doble Velo. No mováis tan siquiera las cortinas de la sublime ignorancia de la concupiscencia con el viento de vuestras pasiones.

Yo querría un niño en cada familia, en medio de cada grupo de personas, para que fuera freno de las pasiones de los hombres. El niño santifica, da confortación y frescura, con sólo el rayo de sus ojos sin malicia. Pero, ¡ay de aquellos que substraen santidad al niño con su manera de actuar escandalosa! ¡Ay de aquellos que con sus licencias infunden malicia en los niños! ¡Ay de aquellos que con sus palabras e ironías lesionan la fe en mí de los niños! Sería mejor que a todos éstos se les atara al cuello una piedra de molino y se los arrojara al mar para que se ahogaran junto con su escándalo. ¡Ay del mundo por los escándalos que da a los inocentes! Porque, si es inevitable que sucedan escándalos, ¡ay del hombre que los provoca!

Nadie tiene derecho de hacer violencia a su cuerpo ni a su vida, porque vida y cuerpo nos vienen de Dios y solamente Él tiene derecho a tomar o partes o el todo. Pero Yo os digo que si vuestra mano os escandaliza es mejor que la cortéis, que si vuestro pie os lleva a dar escándalo conviene que lo cortéis. Es mejor para vosotros entrar mancos o cojos en la Vida, que ser arrojados al fuego eterno con las dos manos y los dos pies. Y si no es suficiente tener un pie cortado o una mano, haced que os corten también la otra mano o el otro pie, para no escandalizar más y para tener tiempo de arrepentiros antes de ser arrojados adonde el fuego no se extingue y roe eternamente como un gusano. Y, si es vuestro ojo el que os es motivo de escándalo, sacáoslo: es mejor no tener un ojo que estar en el infierno con los dos: con un ojo sólo, o incluso sin ojos, llegados al Cielo veríais la Luz, mientras que con los dos ojos escandalosos sólo tinieblas y horror veríais en el infierno. Recordad todo esto.

352.14 [14]No despreciéis a los pequeños, no los escandalicéis, no os burléis de ellos. Son más que vosotros, porque sus ángeles ven siempre a Dios, que les dice las verdades que han de revelar a los niños y a los que tienen el corazón de niño.

Y vosotros, como niños, amaos unos a otros. Sin disputas, sin orgullos. Estad en paz unos con otros. Tened espíritu de paz con todos. Sois hermanos, en el nombre del Señor; no enemigos. No hay, no debe haber enemigos para los discípulos de Jesús. El único Enemigo es Satanás. De ése sed enemigos acérrimos. Descended a combatir contra él y contra los pecados que llevan a Satanás a los corazones.

Sed incansables en combatir el Mal, qualquiera que fuere la forma que asuma. Y pacientes. No hay limitación al actuar del apóstol, porque no hay limitación al actuar del Mal. El demonio no dice nunca: "Basta. Ahora estoy cansado, así que voy a descansar". Es el incansable. Pasa de un hombre a otro, ágil como el pensamiento y más aún; tienta y atrapa y seduce y atormenta y no da tregua. Asalta

proditoriamente y derriba, si uno no está más que vigilante. A veces se instala como conquistador por debilidad de la víctima; otras veces entra como amigo, porque el modo de vivir de la víctima buscada es ya tal que constituye alianza con el Enemigo. Hay veces que, habiendo sido arrojado de uno, da vueltas para caer sobre el mejor, para vengarse de la afrenta recibida de Dios o de un siervo de Dios. Pues bien, vosotros debéis decir lo mismo: "No descanso". Él no descansa para poblar el infierno, vosotros no debéis descansar para poblar el Paraíso. No le deis tregua. Os predigo que cuanto más combatáis contra él más os hará sufrir. Pero no debéis tener en cuenta esto. Puede recorrer, agresivo, la tierra, pero en el Cielo no entra. Por tanto, allí no os molestará más. Y allí estarán todos aquellos que hayan combatido contra él...».

[15]Jesús interrumpe bruscamente y dice: «Pero bueno, ¿por qué es- 352.15
táis siempre molestando a Juan? ¿Qué quieren de ti?».

Juan se pone rojo como el fuego. Bartolomé, Tomás y Judas Iscariote, viéndose descubiertos, agachan la cabeza.

«¿Entonces?» pregunta imperativamente Jesús.

«Maestro, mis compañeros quieren que te diga una cosa».

«Pues dila».

«Hoy, mientras estabas en casa de ese enfermo y nosotros estábamos por el pueblo como habías dicho, hemos visto a un hombre, que no es discípulo tuyo y que nunca hemos visto entre los que escuchan tu doctrina, que arrojaba demonios en tu nombre de un grupo de peregrinos que iban a Jerusalén. Y lo conseguía. Ha curado a uno que tenía un temblor que le impedía cualquier tipo de trabajo; y ha devuelto el habla a una niña que había sido agredida en el bosque por un demonio con apariencia de perro que le había trabado la lengua. Decía: "Vete, demonio maldito, en nombre del Señor Jesús, el Cristo, Rey de la estirpe de David, Rey de Israel. Él es el Salvador y Vencedor. ¡Huye ante su Nombre!", y el demonio huía realmente. Nosotros nos hemos resentido. Y se lo hemos prohibido. Nos ha dicho: "¿Qué hago de malo? Honro al Cristo liberándole el camino de los demonios que no son dignos de verle". Le hemos respondido: "No eres exorcista según Israel ni discípulo según Cristo. No te es lícito hacerlo". Ha dicho: "Hacer el bien es siempre lícito", y se ha rebelado contra nuestra orden diciendo: "Y seguiré haciendo lo que hago". Bien, querían que te dijera esto, especialmente ahora que has dicho que en el Cielo estarán todos aquellos que hayan combatido contra Satanás».

[16]«Bien. Ese hombre será uno de ellos. Lo es. Tenía razón. Los 352.16
equivocados habéis sido vosotros. Los caminos del Señor son infinitos. No se puede afirmar que sólo los que tomen el camino directo

llegarán al Cielo. En cualquier lugar, siempre, de mil modos distintos, habrá criaturas que vendrán a mí quizás por un camino inicialmente malo. Dios verá su recta intención y los atraerá hacia el camino bueno. Y, de la misma forma, habrá algunos que por concupiscente y ternaria embriaguez saldrán del camino bueno y tomarán un camino más largo, o incluso desviado. Por tanto, no debéis jamás juzgar a vuestros semejantes. Sólo Dios ve. Cuidad de no saliros vosotros del camino bueno, en el que, más que vuestra voluntad, la voluntad de Dios os ha puesto. Y, cuando veáis a uno que cree en mi Nombre y por él actúa, no le llaméis extranjero ni enemigo ni sacrílego. Es en todo caso un súbdito mío, amigo y fiel, porque cree en mi Nombre, espontáneamente y mejor que muchos de vosotros. Por eso mi Nombre, en sus labios, obra prodigios como los vuestros y quizás mayores. Dios le ama porque me ama, y terminará de llevarle al Cielo. Ninguno que haga prodigios en mi Nombre puede ser enemigo mío ni hablar mal de mí; antes al contrario, con su actuación da honor a Cristo y testimonio de fe. En verdad os digo que creer en mi Nombre es Salvación. Así que os digo: si le encontráis otra vez, no se lo volváis a prohibir. Antes al contrario, llamadle "hermano", porque lo es, aunque esté todavía fuera del recinto de mi Redil. Quien no está contra mí está conmigo. Quien no está contra vosotros está con vosotros».

«¿Hemos pecado, Señor?» pregunta, afligido, Juan.

«No. Habéis actuado por ignorancia, pero sin malicia. Por tanto, no hay pecado. Pero en lo sucesivo sería pecado, porque ahora ya sabéis. Y ahora vamos a nuestras casas. La paz sea con vosotros».

352.17 [17]Si lo considera oportuno, puede poner, después del final de la visión de hoy, el dictado que sigue a la del pequeño Benjamín (7-3-44). A su arbitrio.

7 de marzo de 1944.

352.18 [18]Dice luego Jesús:

«Lo que he dicho a mi pequeño discípulo os lo digo también a vosotros. El Reino es de los corderos fieles que me aman y me siguen sin perderse en lisonjas. Me aman hasta el final. Y os digo también a vosotros lo que dije a mis discípulos adultos: "Aprended de los pequeños".

Lo que hace conquistar el Reino de los Cielos no es el hecho de ser doctos, ricos, audaces. No es serlo humanamente, sino con la ciencia del amor, que hace a uno docto, rico, audaz, sobrenaturalmente: ¡Cómo ilumina el amor para comprender la Verdad!, ¡cuán rico le hace a uno para adquirirla, cuán audaz para conquistarla!, ¡qué

confianza inspira, qué seguridad!

Haced lo que el pequeño Benjamín, mi pequeña flor que perfumó mi corazón en aquel atardecer y cubrió el olor de la humanidad que fermentaba en los discípulos; que le cantó una música angélica y cubrió el rumor de las disputas humanas.

¿Quieres saber lo que fue de Benjamín después? Siguió siendo el pequeño cordero de Cristo, y, una vez perdido su gran Pastor, porque había vuelto al Cielo, se hizo discípulo del que más se me parecía, y de la mano de éste recibió el bautismo y el nombre de Esteban, el primer mártir mío. Fue fiel hasta la muerte, y con él sus parientes, que fueron atraídos a la Fe por el ejemplo de su pequeño apóstol de familia.

¿No es conocido? Son muchos los desconocidos de los hombres que son conocidos por mí en mi Reino. Y esto los hace felices. La fama del mundo no añade ni un destello a la aureola de los bienaventurados.

Pequeño Juan, camina siempre con tu mano en la mía. Irás segura, y, cuando llegues al Reino, no te diré "entra", sino "ven", y te tomaré en mis brazos para colocarte en el lugar preparado por mi Amor y merecido por el tuyo.

Ve en paz. Te bendigo».

353. La segunda multiplicación de los panes y el milagro de la multiplicación de la Palabra.

28 de mayo de 1944. Dos de la mañana del día de Pentecostés.

[1]Una serena visión. Veo un lugar que ciertamente no es llanura 353.1
— no es tampoco montaña: hay unos montes a oriente, pero bastante lejanos; luego hay un pequeño valle y otras elevaciones más bajas y planas: planicies elevadas, herbosas —. Parecen los primeros relieves de un sistema de colinas. El terreno es más bien adusto y carente de árboles. Puede verse algo de hierba, corta y rala, diseminada por el terreno pedregoso. Acá o allá algún que otro matojo muy bajo de plantas espinosas. Hacia occidente el horizonte se abre amplio y luminoso. No veo nada más, en cuanto a paisaje. Es todavía de día, pero yo diría que declina la tarde, porque el poniente está rojo, por el ocaso, mientras que los montes de oriente están ya violáceos con la luz que se hace crepuscular: un comienzo de crepúsculo, que hace más negras las hendeduras profundas y pone apenas violeta las partes más elevadas.

Jesús está erguido encima de una voluminosa piedra. Habla a mucha, *muchísima* gente que está esparcida por el páramo. Los discípulos le circundan. Él, sobrepujando en altura, porque su rústico

pedestal le eleva, domina la muchedumbre de todas las edades y condiciones que está en torno a Él.

Debe haber realizado milagros, pues oigo que dice: «No a mí, sino al que me ha enviado, debéis ofrecer alabanza y gratitud. Y la alabanza no es la que sale, como el sonido del viento, de labios distraídos; es la que sale del corazón y es el sentimiento verdadero de vuestro corazón. Ésta es la alabanza que le es grata a Dios. Los curados amen al Señor con un amor de fidelidad; y así también los parientes de los curados. No hagáis mal uso del don de la salud recuperada. Tened más miedo de las enfermedades del corazón que de las del cuerpo. Y no queráis pecar. Porque todo pecado es una enfermedad. Y las hay que pueden acarrear la muerte. Así pues, vosotros que ahora exultáis, no destruyáis la bendición de Dios con el pecado. Cesaría vuestro júbilo, porque las malas acciones quitan la paz, y donde no hay paz no hay júbilo. Antes al contrario, sed santos. Sed perfectos como el Padre vuestro quiere. Lo quiere porque os ama, y a los que ama quiere darles un Reino. Mas en su Reino santo sólo entran aquellos a quienes la fidelidad a la Ley hace perfectos. La paz de Dios sea con vosotros».

353.2 [2]Y Jesús calla. Recoge sobre el pecho los brazos y, con los brazos así, observa a la muchedumbre que tiene alrededor. Luego mira en torno a sí. Alza los ojos al cielo sereno, que se está oscureciendo al menguar la luz. Piensa. Baja de su roca. Habla a los discípulos. «Siento compasión de esta gente. Me siguen desde hace tres días. No tienen ya provisiones. Estamos lejos de todos los lugares habitados. Temo que los más débiles sufran demasiado si los despido sin alimentarlos».

«¿Y cómo quieres resolverlo, Maestro? Tú mismo dices que estamos lejos de todo centro habitado.¿Dónde encontrar pan en este lugar desierto? ¿Y quién nos daría tanto dinero como para comprarlo para todos?».

«¿No tenéis nada vosotros ahí?».

«Tenemos unos pocos peces y algún pedazo de pan. Las sobras de nuestra comida. No es suficiente para nadie. Si se lo das a los más cercanos se produce una revolución. Nos privas a nosotros y no haces un bien a nadie». Es Pedro el que habla.

«Traedme todo lo tenéis».

Traen, dentro de una cesta pequeña, siete pedazos de pan. No son ni siquiera panes enteros. Parecen gruesas rebanadas cortadas de hogazas grandes. Los pececillos... un puñado de pobres animalitos chamuscados por la llama.

«Encargaos de que esta muchedumbre se siente en corros de cin-

cuenta y que estén quietos y callados si quieren comer».

Los discípulos, parte subiendo encima de piedras, parte circulando entre la gente, se afanan, solícitos, para poner el orden que ha pedido Jesús. Con empeño, lo consiguen. Algún niño lloriquea porque tiene hambre y sueño, algún otro gimotea porque, para hacerle obedecer, su mamá, o algún otro pariente, le ha administrado un bofetón.

[3]Jesús toma los panes, no todos, naturalmente: dos, uno en cada 353.3
mano, y los ofrece; luego los deposita en la cesta y los bendice. Toma los pececillos (son tan pocos, que caben casi todos en la concavidad de sus largas manos), los ofrece también, los deposita y también los bendice.

«Y ahora tomad, circulad por entre la muchedumbre y dad a cada uno *con abundancia*».

Los discípulos obedecen.

Jesús, de pie, erguido, blanca figura que sobresale en medio de este pueblo de personas sentadas en vastos círculos que cubren toda la planicie, observa y sonríe.

Los discípulos se alejan cada vez más, y dan sin cesar, y la cesta siempre está llena de comida. La gente come mientras llega la noche, y hay un gran silencio y una gran paz.

[4]Dice Jesús: 353.4

«He aquí otra cosa que molestará a los doctores difíciles: cómo aplico esta visión evangélica. No te propongo meditar en mi poder y bondad, ni en la fe y obediencia de los discípulos. Nada de esto. Quiero que veas la analogía del episodio con la obra del Espíritu Santo.

Mira: Yo ofrezco mi palabra, todo aquello que podéis comprender y, por tanto, asimilar como alimento del alma. Pero la fatiga y el tedio os han vuelto tan tardos, que no podéis asimilar todo el alimento que hay en mi palabra. Os haría falta mucha, mucha, mucha. Pero no sabéis recibir mucha. ¡Estáis tan pobres de fuerzas espirituales! Os pesa sin daros ni sangre ni fuerza. He aquí que entonces el Espíritu obra el milagro para vosotros. El milagro espiritual de la multiplicación de la Palabra. *Os ilumina* — y, por tanto, la multiplica — *todos sus más recónditos significados*, de forma que vosotros, sin cargaros con un peso que os aplastaría sin fortaleceros, os nutrís de ella, de forma que ya no caéis, quebrantados, en el desierto de la vida.

¡Siete panes y pocos peces!

* Prediqué durante tres años, y, como dice mi amado Juan, "si se escribieran todas las palabras que dije y los milagros que llevé a ca-

* *como dice mi amado Juan,* en *Juan 21, 25.*

bo para daros un alimento abundante, capaz de llevaros sin debilidades hasta el Reino, no bastaría la Tierra para contener los volúmenes". Pero, aunque se hubiera hecho esto, no habríais podido leer una mole tan grande de libros. ¡No leéis ni siquiera, como deberíais, lo poco que de mí se ha escrito!... Lo único que deberíais conocer, como conocéis las palabras más necesarias desde la más tierna edad.

Y entonces el Amor viene y multiplica. También Él, Uno conmigo y con el Padre, siente "compasión de vosotros que morís de hambre", y, con un milagro que se repite desde siglos, dobla, decuplica, centuplica los significados, las luces, el alimento de todas mis palabras. Y así tenéis un tesoro sin fondo de celeste alimento que la Caridad os ofrece. Extraed de él sin miedo. Cuanto más extraiga vuestro amor de ese tesoro, éste, fruto del Amor, ampliará más su afluencia.

353.5 [5]Dios no conoce límites en sus riquezas ni en sus posibilidades. Vosotros sois relativos, Él no. Es infinito. En todas sus obras. También en ésta, o sea, en poderos dar en cada momento, en cada cosa que sucede, aquellas luces que necesitáis *en ese determinado instante*. Y, de la misma forma que el día de Pentecostés, el Espíritu derramado sobre los apóstoles hizo la palabra de éstos comprensible para Partos, Medas, Escitas, Capadocios, Pónticos y Frigios, y, como lengua natal, para Egipcios y Romanos, Griegos y Libios; de la misma forma, os consolará si lloráis, os dará consejo si pedís, compartirá vuestra alegría si estáis alegres, con la misma Palabra.

Porque, verdaderamente, si el Espíritu os manifiesta: "Ve en paz y *no quieras pecar*", esta frase significa premio para quien no ha pecado, ánimo para el que todavía es débil pero no quiere pecar, perdón para el culpable que se arrepiente, reprensión no sin misericordia para aquel que no tiene más que un barrunto de arrepentimiento. Y es sólo *una* frase, y de las más sencillas. ¡Y cuántas hay en mi Evangelio! Cuántas que, como capullos de flor que después de un aguacero y un sol abrileño se abren para poblar la rama en que había uno sólo florecido, y la cubren por entero, para gozo de quien los mira, se abren en nosotros con su espiritual perfume para atraernos hacia el Cielo.

Descansa, ahora. La paz del Amor esté contigo».

354. Jesús habla sobre el Pan del Cielo en la sinagoga de Cafarnaúm.

354.1 [1]Antes de la visión del 7-12 hay que poner, con su respectivo dictado, la de la segunda multiplicación de los panes, tenida el 28 de mayo de 1944.

7 de diciembre de 1945.

[2]La playa de Cafarnaúm bulle de gente que desembarca de una 354.2
verdadera flotilla de barcas de todas las dimensiones. Y los primeros que echan pie a tierra se ponen a buscar entre la gente para ver si ven al Maestro, a un apóstol o, al menos, a un discípulo. Y van preguntando...

Un hombre, por fin, responde: «¿Maestro? ¿Apóstoles? No. Se han marchado después del sábado, en seguida, y no han vuelto. Pero volverán porque hay algunos discípulos. Acabo de hablar con uno de ellos. Debe ser un discípulo importante. ¡Habla como Jairo! Ha ido hacia aquella casa que está entre los campos, costeando el mar».

El hombre que ha preguntado hace extender la voz, y todos se ponen en rápido movimiento hacia el lugar indicado. Pero, recorridos unos doscientos metros por la orilla, encuentran a todo un grupo de discípulos que vienen hacia Cafarnaúm gesticulando animadamente. Los saludan y preguntan: «¿El Maestro dónde está?».

Los discípulos responden: «Durante la noche, después del milagro, se ha marchado con los suyos con las barcas atravesando el mar. Hemos visto las velas bajo el claror de la Luna, en dirección a Dalmanuta».

«¡Ah! ¡claro! ¡Le hemos buscado en Magdala, en casa de María, y no estaba! ¡De todas formas... nos lo podían haber dicho los pescadores de Magdala!».

«No lo sabrían. Quizás había subido a los montes de Arbela a orar. Ya fue allí una vez el año pasado antes de la Pascua. Le encontré en esa ocasión por suma gracia del Señor a su pobre siervo» dice Esteban.

«¿Pero no va a volver aquí?».

«Ciertamente volverá. Nos debe despedir y darnos las indicaciones. Pero, ¿qué queréis?».

«Seguirle oyendo. Seguirle. Hacernos suyos».

«Ahora va a Jerusalén. Le encontraréis allí. Allí, en la Casa de Dios, el Señor os hablará. Si os conviene ir tras Él. [3]Porque debéis 354.3
saber que, si bien Él no rechaza a nadie, nosotros tenemos dentro aspectos que rechazan la Luz. De forma que quien tenga tantos aspectos de éstos que no sólo esté ya saturado — lo cual no sería un gran mal, porque Él es la Luz y, cuando nos hacemos lealmente suyos con voluntad decidida, su Luz penetra en nosotros venciendo a las tinieblas —, sino que esté incluso unido a ellos como a la carne de nuestro cuerpo, y los estime como a la carne de su cuerpo, entonces éste conviene que se abstenga de venir, a menos que no se destruya para rehacerse nuevo. Meditad, pues, sobre si tenéis en vosotros la fuerza

de asumir un nuevo espíritu, un nuevo modo de pensar, un nuevo modo de querer. Y luego, si lo juzgáis conveniente, venid. Quiera el Altísimo, que guió a Israel en su "paso", guiaros a vosotros en este "pésac" a seguir la estela del Cordero, allende los desiertos, hacia la Tierra eterna, hacia el Reino de Dios» dice Esteban, hablando por todos sus compañeros.

«¡No, no! ¡Inmediatamente! ¡Inmediatamente! Nadie hace las cosas que Él hace. Queremos seguirle» dice, agitada, la muchedumbre.

Esteban expresa con una sonrisa *muchas* cosas. Abre los brazos y dice: «¿Porque os haya dado pan bueno y abundante queréis venir? ¿Creéis que os va a dar siempre sólo esto? A los que le siguen les promete aquello que constituye su acervo: dolor, persecución, martirio; no rosas sino espinas, no caricias sino bofetadas, no pan sino piedras están preparadas para los "cristos". Y diciendo esto no blasfemo, porque sus verdaderos fieles serán ungidos con el aceite santo hecho con su Gracia, generado con su sufrimiento; nosotros seremos "ungidos" para ser víctimas en el altar y reyes en el Cielo».

«¿Y! ¿Es que tienes celos? ¿No estás tú? Pues también queremos estar nosotros. El Maestro es de todos».

«Bien. Os lo decía porque os amo y quiero que sepáis lo que significa ser "discípulos", de forma que después no sea uno un desertor. Vamos entonces todos juntos a esperarle a su casa. Se está empezando a poner el Sol y comienza el sábado. Vendrá para pasarlo aquí antes de partir».

354.4 [4]Y se dirigen, conversando, a la ciudad. Muchos hacen preguntas a Esteban y a Hermas (que ha llegado también); los israelitas ven a los dos con una luz especial por ser alumnos predilectos de Gamaliel. Muchos preguntan: «¿Pero qué dice Gamaliel de Él?», otros: «¿Os ha dicho él que vinierais?», y otros: «¿No le ha dolido perderos?», o: «¿Y el Maestro qué dice del gran rabí?».

Los dos, pacientemente, responden: «Gamaliel habla de Jesús de Nazaret como del hombre más grande de Israel».

«¡Más grande que Moisés?» dicen casi escandalizados.

«Dice que Moisés es uno de los muchos precursores del Cristo, pero que no es sino el siervo suyo».

«Entonces para Gamaliel es el Cristo? ¿Es esto lo que dice? Si dice eso el rabí Gamaliel, la cosa está clara: ¡es el Cristo!».

«No dice eso. Todavía no es capaz de creerlo, por desgracia para él. Pero dice que el Cristo está ya en la Tierra porque habló con Él hace muchos años; él y el sabio Hil.lel. Espera una señal que aquel Cristo le prometió para reconocerle» dice Hermas.

«¿Pero por qué creyó que aquél era el Cristo? ¿Qué hacía? Yo ten-

go tantos años como Gamaliel y no he oído nunca que en nuestra tierra alguien hiciera las cosas que el Maestro hace. Si no se convence con estos milagros, ¿qué vio de milagroso en aquel Cristo para poder creer en Él?».

«Vio que estaba ungido con la Sabiduría de Dios. Así dice» responde otra vez Hermas.

«¿Y entonces qué es éste para Gamaliel?».

«El mayor de entre los hombres, maestro y precursor de Israel. Si pudiera decir: "Es el Cristo", quedaría salvada el alma sabia y justa de mi primer maestro» dice Esteban, y termina: «Y pido porque se cumpla esto cueste lo que cueste».

«Y si no cree que es el Cristo, ¿por qué os ha dicho que vinierais?».

«Nosotros queríamos venir. Nos ha dejado venir, diciendo que estaba bien venir».

«Quizás para sacar informaciones y referírselas al Sanedrín...» insinúa uno.

«¿Qué dices! Gamaliel es una persona honesta. No espía al servicio de nadie, ¡y menos al servicio de los enemigos de un inocente!» reacciona inmediatamente Esteban (y tanto es su desdén, casi radiante santamente indignado, que parece un arcángel).

«De todas formas, le habrá dolido perderos» dice otro.

«Sí y no: como hombre que nos quería, sí; como espíritu muy recto, no. Porque dijo: "Él es más que yo y más joven; por tanto podré cerrar los ojos, en paz respecto a vuestro futuro, sabiendo que sois del 'Maestro de los maestros'"».

«¿Y Jesús de Nazaret qué dice del gran rabí?».

«¡Sólo tiene para él palabras selectas!».

«¿No le tiene envidia?».

«Dios no envidia» dice Hermas en tono severo. «No hagas suposiciones sacrílegas».

«¿Pero para vosotros entonces es Dios? ¿Estáis seguros?».

Y los dos, a una sola voz: «Como de que estamos vivos en este momento». Y Esteban termina: «¡Y os exhorto a que queráis creerlo también vosotros para obtener la verdadera Vida».

[5]Están otra vez en la playa, que se ha transformado en plaza; la 354.5
atraviesan para ir a la casa. En la puerta está Jesús acariciando a unos niños.

Discípulos y curiosos se aglomeran y preguntan: «Maestro, ¿cuándo has venido?».

«Hace unos momentos». El rostro de Jesús presenta todavía esa majestuosidad solemne un poco extática de cuando ha orado mucho.

«¿Has estado en oración, Maestro?» pregunta Esteban en voz ba-

ja por reverencia (y, por el mismo motivo, tiene inclinado su cuerpo).

«Sí. ¿Qué te lo hace pensar, hijo mío?» pregunta Jesús mientras le pone, con una dulce caricia, la mano sobre su pelo obscuro.

«Tu rostro de ángel. Yo soy un pobre hombre, pero tu aspecto es tan límpido que en él se leen los latidos y acciones de tu espíritu».

«También el tuyo es límpido. Tú eres uno de esos que permanecen niños...».

«¿Qué hay en mi rostro, Señor?».

«Ven aparte y te lo digo» y le toma de la muñeca y le lleva a un pasillo obscuro. «Caridad, fe, pureza, generosidad, sabiduría. Te las ha dado Dios. Tú las has cultivado y las cultivarás más todavía. En fin, de acuerdo con tu nombre, tienes la corona: de oro puro con una gran gema que brilla en la frente. En el oro y en la gema hay dos palabras grabadas: "Predestinación" y "Primicia". Sé digno de tu destino, Esteban. Ve en paz con mi bendición». Y le pone nuevamente la mano en el pelo mientras Esteban se arrodilla para luego inclinarse y besar los pies de Jesús.

354.6 [6]Vuelven adonde los demás.

«Esta gente ha venido para escucharte...» dice Felipe.

«Aquí no se puede hablar. Vamos a la sinagoga. Jairo se pondrá contento».

Jesús delante, detrás el cortejo de los demás, se encaminan hacia la bonita sinagoga de Cafarnaúm. Jesús es saludado por Jairo y luego entra. Ordena que todas las puertas queden abiertas para que los que no logren entrar puedan oírle desde la calle y la plaza, que están a los lados de la sinagoga.

Jesús va a su sitio, en esta sinagoga amiga en que hoy, por buena ventura, no están los fariseos (quizás se han puesto ya en marcha pomposamente hacia Jerusalén). Empieza a hablar.

«En verdad os digo: me buscáis no por escucharme y por los milagros que habéis visto, sino por el abundante pan que os he dado, gratis, con que saciar vuestra hambre. Las tres cuartas partes de vosotros por esto me buscabais, y por curiosidad, viniendo de todas las partes de nuestra Patria. Es, pues, una búsqueda sin espíritu sobrenatural. Domina el espíritu humano con sus curiosidades malsanas (o, al menos, de una imperfección infantil: no por ser curiosidad sencilla como la de los niños, sino deficiente cual la inteligencia de un obtuso mental). Y, con la curiosidad, quedan la sensualidad y el sentimiento viciado: la sensualidad, que se esconde, sutil como el demonio, de quien es hija, detrás de apariencias y en actos aparentemente buenos; el sentimiento viciado, que es simplemente una desviación morbosa del sentimiento y que, como todo aquello que es "enferme-

dad" necesita drogas, y tiende a ellas, drogas que no son el alimento sencillo (el buen pan, el agua buena, el aceite genuino, la leche pura) suficiente para vivir, y vivir bien. El sentimiento viciado quiere cosas extraordinarias para sentirse impresionado y sentir el estremecimiento placentero, el estremecimiento enfermo de los paralizados, que necesitan drogas para experimentar sensaciones con que creerse aún íntegros y vigorosos. La sensualidad que quiere satisfacer sin esfuerzo la gula (en este caso con el pan no sudado recibido por bondad de Dios).

[7]Estos regalos de Dios no son lo habitual, sino lo extraordinario. 354.7
No se pueden exigir. No se puede uno volver perezoso y decir: "Dios me los dará". Está escrito: "Comerás el pan mojado con el sudor de tu frente", o sea, el pan ganado con el trabajo. Porque si Aquel que es Misericordia dijo: "Siento compasión de las turbas, que me siguen desde hace tres días y no tienen ya nada que comer y podrían desfallecer por el camino antes de llegar a Ippo, en la orilla del lago, o a Gamala o a otros ciudades", y proveyó a esta necesidad, no quiere ello decir que deba ser seguido por esto. A mí se me ha de seguir por mucho más que por un poco de pan, destinado a estiércol después de la digestión; no por el alimento que llena el vientre, sino por el que nutre al alma. Porque no sois sólo animales que deben rozar y rumiar, u hozar en el plato y engordar. ¡Sois almas! ¡Esto es lo que sois! La carne es la vestidura, el ser es el alma. Es el alma la que perdura. La carne, como todo vestido, se aja y acaba, y no merece la pena ocuparse de ella cual si fuere una perfección a la que hubiera que prestar todos los cuidados.

Buscad, pues, lo que es oportuno procurarse, no lo que no lo es. Tratad de procuraros no el alimento perecedero, sino el que permanece para la vida eterna. El Hijo del hombre os dará siempre este alimento, cuando lo queráis. Porque el Hijo del hombre tiene a su disposición todo lo que viene de Dios, y puede darlo, Él, que es el dueño, magnánimo dueño, de los tesoros del Padre Dios, que ha imprimido en Él su sello para que los ojos honestos no sean confundidos. Y, si tenéis en vosotros el alimento imperecedero, siendo nutridos con el alimento de Dios, podréis hacer obras de Dios».

[8]«¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios? Obser- 354.8
vamos la Ley y los Profetas. Por tanto, ya nos nutrimos de Dios y hacemos obras de Dios».

«Es verdad. Observáis la Ley; más exactamente: "*conocéis*" la Ley. Pero conocer no es practicar. Nosotros conocemos, por ejemplo, las leyes de Roma, y, no obstante, un fiel israelita no las practica sino en aquellas fórmulas impuestas por su condición de súbdito. Por

lo demás, nosotros — hablo de los fieles israelitas — no practicamos las costumbres paganas de los romanos aunque las conozcamos. La Ley que todos vosotros conocéis, y los Profetas, deberían, efectivamente, nutriros de Dios, y daros, por tanto, capacidad de realizar obras de Dios. Pero, para hacer esto, deberían haberse hecho unidad en vosotros, como sucede con el aire que respiráis y el alimento que asimiláis, que se transforman en vida y sangre. Sin embargo, os son extraños, a pesar de estar en vuestra casa, como lo es un objeto de la casa, que conocéis y os es útil pero que si un día faltara no os quitaría la existencia. Mientras que... ¡privaos unos minutos de respirar, o, durante muchos días, de comer, a ver qué sucede! Veréis que no podéis vivir. Pues así debería sentirse vuestro *yo* en la desnutrición y asfixia de una Ley y unos Profetas conocidos pero no asimilados y hechos unidad con vosotros. Yo he venido a enseñar y dar esto: la savia, el aire de la Ley y los Profetas; para procurar de nuevo sangre y respiro a vuestras almas agonizantes por inanición y asfixia. Sois semejantes a niños incapacitados, por una enfermedad, para distinguir aquello que puede nutrirlos. Tenéis ante vosotros mucha abundancia de alimentos, pero no sabéis que deben ser ingeridos para transformarse en algo vital, o sea, que debemos *hacerlos verdaderamente nuestros*, con una fidelidad pura y generosa a la Ley del Señor, que habló a Moisés y a los Profetas por todos vosotros. Venir, pues, a mí para recibir aire y savia de Vida eterna es un deber. Pero este deber presupone en vosotros una fe. Porque si uno no tiene fe no puede creer en mis palabras, y si no cree no viene a decirme: "Dame el verdadero pan". Y si no tiene el verdadero pan no puede hacer obras de Dios, no teniendo la capacidad de realizarlas. Por tanto, para nutriros de Dios y realizar obras de Dios es necesario que realicéis la obra-base, que es ésta: creer en Aquel que Dios ha enviado».

354.9 [9]«Bien, ¿pero qué milagros haces para que podamos creer en ti como en el Enviado de Dios, y para que podamos ver en ti el sello de Dios? ¿Qué haces Tú que ya — aunque de forma menor — no hayan hecho los Profetas? Moisés incluso te superó, porque durante cuarenta años, y no sólo alguna que otra vez, nutrió con maravilloso alimento a nuestros padres. Así está escrito: que nuestros padres, durante cuarenta años, comieron el maná en el desierto; y está escrito que, por eso, Moisés — él, que podía dárselo — les dio de comer pan bajado del cielo».

«Estáis en un error. No Moisés, sino el Señor, pudo hacer eso. En * el Éxodo se lee: "Mira: haré llover pan del cielo. Que el pueblo salga

---

* *En el Éxodo se lee*: MV, entre los renglones autógrafos, inserta las referencias a *Éxodo 16, 4-5 y 14 y 31*.

y recoja la cantidad suficiente cada día; así probaré si el pueblo camina según mi ley. Y que el sexto día recoja el doble, por respeto al séptimo día, que es el sábado". Y los hebreos vieron que el desierto se cubría cada mañana de aquella "cosa menuda, como algo machacado en el mortero, semejante a la escarcha de la tierra, semejante a la semilla de cilantro, con agradable sabor a flor de harina mezclada con miel". Así pues, no fue Moisés, sino Dios, quien proporcionó el maná. Dios, que *todo lo puede. Todo.* Castigar y bendecir. Privar de algo y concederlo. Y os digo que de estas dos cosas prefiere siempre bendecir y conceder, antes que castigar o negar.

* Dios, como dice la Sabiduría, por amor a Moisés — de quien el Eclesiástico dice que era "amado de Dios y de los hombres, de bendita memoria, hecho por Dios semejante en gloria a los santos, grande y terrible para los enemigos, capaz de suscitar prodigios y poner fin a ellos, glorioso delante de los reyes, ministro suyo ante su pueblo, conocedor de la gloria de Dios y de la voz del Altísimo, custodio de los preceptos y de la Ley de vida y ciencia" —, Dios, decía, por amor a Moisés, alimentó a su pueblo con el pan de los ángeles; le dio un pan que bajaba del cielo, ya bien hechito, sin necesidad de trabajo, y que contenía todas las delicias, todas las suavidades de sabor. Y — tened bien presente lo que dice la Sabiduría —, y, como venía del Cielo, de Dios, y revelaba su dulzura hacia sus hijos, para cada uno tenía el sabor que cada uno quería, y en cada uno producía los efectos deseados: era útil tanto al niño, con su estómago todavía imperfecto, como al adulto, con su apetito y digestión vigorosos; tanto a la niña delicada, como al anciano caduco. Y también, para testificar que no era obra de hombre, subvirtió las leyes de los elementos, de forma que resistió al fuego ese misterioso pan que cuando salía el Sol se derretía como escarcha. O más exactamente: el fuego — sigue diciendo la Sabiduría — olvidó su propia naturaleza por respeto a la obra de Dios su Creador y a las necesidades de los justos de Dios; de forma que, mientras que lo que normalmente hace es inflamarse para consumir, aquí se hizo suave para hacer el bien a los que confiaban en el Señor.

Por eso entonces, transformándose todo, sirvió a la gracia del Señor que a todos sustentaba, según la voluntad de quien oraba al Eterno Padre, para que sus hijos amados aprendieran que no es la reproducción de los frutos lo que alimenta a los hombres, sino que es la palabra del Señor la que conserva a quien cree en Dios. Efectivamente, el fuego no consumió — como habría podido — el suave maná,

---

* *como dice la Sabiduría*: MV, entre los renglones autógrafos, inserta las referencias a *Eclesiástico* (=Sirácida) *45, 1-6* y a *Sabiduría 16, 19-28.*

a pesar de que la llama era alta y viva, mientras que bastaba para derretirlo el suave sol de la mañana; para que los hombres recordaran y aprendieran que deben buscar los dones de Dios desde el principio de la jornada y de la vida, y que, para recibirlos, es necesario adelantarse a la luz, y erguirse para alabar al Eterno desde el rayar del día.

Esto les enseñó el maná a los hebreos. Yo os lo recuerdo porque es un deber que permanece, y permanecerá, hasta el final de los siglos. Buscad al Señor y sus dones celestes, sin ser perezosos, hasta las postreras horas del día o de la vida. Levantaos para alabarle antes incluso de que lo haga el naciente Sol; alimentaos con su palabra, que conserva, preserva y conduce a la Vida verdadera.

No fue Moisés el que os dio el pan del Cielo; en verdad, fue el Padre Dios el que lo dio; y ahora, verdad de las verdades, es mi Padre el que os da el *verdadero* Pan, el Pan nuevo, el Pan eterno que baja del Cielo, el Pan de misericordia, de Vida, el Pan que da al mundo la Vida, que calma toda hambre y elimina toda flaqueza, el Pan que da, a quien lo toma, la Vida eterna y la eterna alegría».

354.10 [10]«¡Danos, Señor, ese pan, y ya no moriremos».

«Vosotros moriréis como muere todo hombre. Pero, si os alimentáis *santamente* con este Pan, resucitaréis para Vida eterna, porque hace incorruptible a quien lo come. Respecto a dároslo, será dado a quienes se lo piden a mi Padre con puro corazón, recta intención y santa caridad. Por eso he enseñado a decir: "Danos el pan cotidiano". Pero los que se nutran indignamente con este Pan vendrán a ser un hervidero de gusanos infernales, como los gomor de maná conservados en contra de la orden recibida. Ese Pan de salvación y vida se transformará para ellos en muerte y condena. Porque el sacrilegio más grande lo cometerán aquellos que pongan ese Pan en una mesa espiritual corrompida y fétida, o lo profanen mezclándolo con la sentina de sus incurables pasiones. ¡Más les valdría no haberlo tomado nunca!».

354.11 [11]«¿Pero dónde está este Pan? ¿Cómo se halla? ¿Qué nombre tiene?».

«Yo soy el Pan de Vida. En mí se halla. Su nombre es Jesús. Quien viene a mí no tendrá ya hambre, y quien cree en mí no tendrá ya sed, porque los ríos celestes verterán sobre él sus aguas y extinguirán toda sed material. Ya os lo he dicho. Ya me habéis conocido. Y, a pesar de todo, no creéis. No podéis creer que todo está en mí. Y, sin embargo, es así. En mí están todos los tesoros de Dios. Todas las cosas de la tierra me han sido dadas. De forma que en mí se reúnen el glorioso Cielo y la tierra militante; e incluso está en mí la masa, la

que purga y espera, de los muertos en gracia de Dios. Porque todo poder está en mí y a mí me es dado todo poder. Y os digo que todo lo que el Padre me da vendrá a mí, y no rechazaré a quien venga a mí, porque he bajado del Cielo no para hacer mi voluntad sino la de Aquel que me ha enviado. Y la voluntad del Padre mío, del Padre que me ha enviado, es ésta: que no pierda ni siquiera uno de los que me ha dado, sino que los resucite en el último día. Ahora bien, la voluntad del Padre que me ha enviado es que todo el que conoce al Hijo y cree en Él tenga la Vida eterna y Yo le pueda resucitar en el Último Día, viéndole nutrido de la fe en mí y signado con mi sello».

[12]Se oye no poco rumor en la sinagoga y fuera de ella por las nue- 354.12
vas e intrépidas palabras del Maestro, el cual, tras un momento para recuperar el aliento, vuelve sus ojos centelleantes de arrobamiento hacia el lugar donde más se murmura (son exactamente los grupos en que hay judíos). Reanuda su discurso.

«¿Por qué murmuráis entre vosotros? Sí, Yo soy el Hijo de María de Nazaret, hija de Joaquín de la estirpe de David, virgen consagrada en el Templo, luego casada con José de Jacob, de la estirpe de David. Muchos de vosotros conocieron a los justos que dieron vida a José, carpintero regio, y a María, virgen heredera de la estirpe regia. Por ello murmuráis: "¿Cómo puede éste decir que ha bajado del Cielo?" y surge en vosotros la duda.

Os recuerdo a los Profetas, sus profecías sobre la Encarnación del Verbo. Os recuerdo también cómo — más para nosotros israelitas que para cualquier otro pueblo —, es dogmático que Aquel que no osamos nombrar no podía darse una Carne según las leyes de la humanidad, y de una humanidad, además, caída. El Purísimo, el Increado, si se ha humillado haciéndose Hombre por amor al hombre, no podía sino elegir un seno de Virgen más pura que las azucenas para revestir de Carne su Divinidad.

El pan bajado del Cielo en tiempos de Moisés fue depositado en el arca de oro cubierta por el propiciatorio, custodiada por los querubines, tras los velos del Tabernáculo. Y con el pan estaba la Palabra de Dios. Así debía ser, porque debe prestarse sumo respeto a los dones de Dios y a las tablas de su santísima Palabra. Pues bien, ¿qué habrá preparado entonces Dios para su misma Palabra y para el Pan verdadero venido del Cielo? Un arca más inviolada y preciosa que el arca de oro, y cubierta con el precioso propiciatorio de su pura voluntad de inmolación, custodiada por los querubines de Dios, velada tras el velo de un candor virginal, de una humildad perfecta, de una caridad sublime, de todas las más santas virtudes.

¿Entonces? ¿No comprendéis todavía que mi paternidad está en

el Cielo y que, por tanto, de allí vengo? Sí, Yo he bajado del Cielo para cumplir el decreto de mi Padre, el decreto de salvación de los hombres, según cuanto prometió en el momento mismo de la condena y repitió a los Patriarcas y Profetas.

Pero esto es fe. Y la fe la da Dios a quien tiene una disposición de buena voluntad. Por tanto, nadie puede venir a mí si mi Padre no le trae, viéndole en las tinieblas pero rectamente deseoso de luz. Está escrito en los Profetas: "Serán todos adoctrinados por Dios". Está escrito. *Es Dios quien les enseña a dónde ir para ser instruidos en orden a Dios*. Todo aquel, pues, que ha oído, en el fondo de su espíritu recto, hablar a Dios ha aprendido del Padre a venir a mí».

«¿Y quién puede haber oído a Dios o haber visto su Rostro?» preguntan no pocos de los presentes, y empiezan a dar señales de irritación y de escándalo. Y terminan: «O deliras o eres un iluso».

«Nadie ha visto a Dios excepto Aquel que viene de Dios. Éste ha visto al Padre. Éste soy Yo.

354.13 [13]Y ahora escuchad el "credo" de la vida futura, sin el cual ninguno se puede salvar.

En verdad, en verdad os digo que quien cree en mí tiene la Vida eterna. En verdad, en verdad os digo que Yo soy el Pan de la Vida eterna.

Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron. Porque el maná era un alimento santo pero temporal, y daba la vida en la medida necesitada para llegar a la tierra prometida por Dios a su pueblo. Mas el Maná que Yo soy no tendrá límites ni de tiempo ni de poder. No sólo es celeste, es divino; produce aquello que es divino: la incorruptibilidad, la inmortalidad de cuanto Dios ha creado a su imagen y semejanza. Este Maná no durará sólo cuarenta días, cuarenta meses, cuarenta años, cuarenta siglos. Durará mientras dure el tiempo, y será dado a todos aquellos que tengan hambre de él, hambre santa y grata al Señor, que exultará dándose sin medida a los hombres por quienes se ha encarnado, para que tengan la Vida que no muere.

Yo puedo darme, puedo transubstanciarme por amor a los hombres, para que el pan sea Carne y la Carne sea Pan, para saciar el hambre espiritual de los hombres, que sin este Alimento morirían de hambre y enfermedades espirituales. Pero el que coma de este Pan con justicia vivirá eternamente. El pan que Yo daré será mi Carne inmolada para la vida del mundo, será mi Amor distribuido en las casas de Dios para que a la mesa del Señor se acerquen todos los que aman o son infelices, y encuentren la satisfacción de su necesidad de unirse con Dios o de sentir aliviada su pena».

[14]«¿Pero cómo puedes darnos de comer tu carne? ¿Por quién nos 354.14
has tomado? ¿Por fieras sanguinarias?, ¿por salvajes?, ¿por homicidas? Nos repugna la sangre y el delito».

«En verdad, en verdad os digo que muchas veces el hombre es peor que una fiera, y que el pecado hace al hombre más que salvaje, que el orgullo provoca sed homicida y que no a todos los presentes les repugnará ni la sangre ni el delito. Y también en el futuro el hombre será así, porque Satanás se pone ferino con la sensualidad y el orgullo. Por tanto, más necesidad que nunca tiene y tendrá el hombre de eliminar de sí los terribles gérmenes con la infusión del Santo. *En verdad, en verdad os digo que si no coméis la Carne del Hijo del hombre y no bebéis su Sangre no tendréis en vosotros la Vida.* Quien come dignamente mi Carne y bebe mi Sangre tiene la Vida eterna y Yo le resucitaré en el Último Día. Porque mi Carne es verdaderamente Comida y mi Sangre es verdaderamente Bebida. El que come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en mí y Yo en él. Como el Padre que vive me envió, y Yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá por mí e irá a donde le envíe, y hará lo que Yo deseo; vivirá austero como hombre, ardiente como serafín; será santo, porque para poder nutrirse de mi Carne y de mi Sangre se prohibirá a sí mismo los pecados y vivirá ascendiendo para acabar su ascensión a los pies del Eterno».

«¡Pero éste está desquiciado! ¿Quién puede vivir así? En nuestra religión sólo el sacerdote debe ser purificado para ofrecer la víctima. Aquí Él quiere hacer de cada uno de nosotros una víctima de su demencia. ¡Esta doctrina es demasiado penosa y este lenguaje es demasiado duro! ¿Quién puede escuchar esto y practicarlo?» murmuran los presentes, y muchos son de los ya reputados discípulos.

[15]La gente desaloja el lugar haciendo comentarios. Y muy mermadas aparecen las filas de los discípulos cuando se quedan solos en la sinagoga el Maestro y los más fieles. No los cuento, pero digo que, a ojo de buen cubero, no sé si llegarán a cien. Es decir que la defección ha debido ser abundante incluso en las filas de los antiguos discípulos que ya estaban al servicio de Dios. 354.15

Entre los que quedan están los apóstoles, el sacerdote Juan y el escriba Juan, Esteban, Hermas, Timoneo, Hermasteo, Ágapo, José, Salomón, Abel de Belén de Galilea y Abel el que fue leproso de Corazín, con su amigo Samuel, Elías (el que dejó de enterrar a su padre por seguir a Jesús), Felipe de Arbela, Aser e Ismael de Nazaret, y otros que no conozco de nombre. Todos éstos hablan en voz baja entre sí, comentando la defección de los otros y las palabras de Jesús, que está pensativo, con los brazos cruzados y apoyado en un alto ambón.

«¿Y os escandalizáis de lo que he dicho? Y si os dijera que veréis un día al Hijo del hombre subir al Cielo adonde estaba antes y sentarse al lado del Padre? ¿Qué habéis entendido, absorbido, creído, hasta ahora? ¿Con qué habéis escuchado y asimilado? ¿Sólo con vuestra humanidad? *Es el espíritu lo que vivifica y tiene valor. La carne nada aprovecha. Mis palabras son espíritu y vida; hay que oírlas y comprenderlas con el espíritu para que den vida.* Pero muchos de vosotros tienen muerto el espíritu porque no tiene fe. Muchos de vosotros no creen con verdad. Inútilmente permanecen conmigo. No recibirán Vida, sino Muerte. Porque están, como he dicho al principio, o por curiosidad o por humano gusto, o, peor, con fines todavía más indignos. No los trae el Padre como premio a su buena voluntad, sino Satanás. En verdad, ninguno puede venir a mí si no le es concedido por mi Padre. Marchaos, sí, vosotros que permanecéis a duras penas porque humanamente os avergonzáis de abandonarme pero sentís más vergüenza aún de estar al servicio de Uno que os parece "loco y duro". Marchaos. Mejor lejos que aquí para perjudicar».

Y muchos otros se separan del grupo de los discípulos (entre ellos el escriba Juan y Marcos, el geraseno endemoniado que había sido curado mandando los demonios a los cerdos). Los discípulos buenos se consultan y corren tras estos renegados tratando de pararlos.

354.16 [16]En la sinagoga están ahora Jesús, el arquisinagogo y los apóstoles...

Jesús se vuelve a los doce — que, apesadumbrados, están en un rincón — y dice: «¿Queréis marcharos también vosotros?». Lo dice sin acritud, sin tristeza, pero sí con mucha seriedad.

Pedro, con ímpetu doloroso, le dice: «Señor, ¿y a dónde quieres que vayamos? ¿Con quién? Tú eres nuestra vida y nuestro amor. Sólo Tú tienes palabras de Vida eterna. Nosotros hemos conocido que eres el Cristo, Hijo de Dios. Si quieres, recházanos. Pero nosotros, por nosotros, no te dejaremos, ni aunque... ni aunque dejaras de amarnos...» y Pedro llora quedo, con grandes lagrimones...

También Andrés, Juan, los dos hijos de Alfeo, lloran abiertamente. Los otros, pálidos o rojos por la emoción, no lloran, pero sufren visiblemente.

«¿Por qué habría de rechazaros? ¿No os he elegido Yo a vosotros doce?...».

Jairo, prudentemente, se ha retirado para dejar a Jesús que conforte o reprenda a sus apóstoles. Jesús, notando su silencioso alejamiento, sentándose abatido, como si la revelación que hace le costase un esfuerzo superior a lo que puede hacer, cansado, disgustado, apenado, dice: «Y, sin embargo, uno de vosotros es un demonio».

La frase cae lenta, terrible, en la sinagoga en que la única cosa alegre es la luz de las muchas lámparas... y ninguno se atreve a decir nada. Pero se miran unos a otros con pávido horror, angustiosamente inquisitivos; y cada uno, con un interrogante aún más angustioso e íntimo, se examina a sí mismo...

Pasa un tiempo en que ninguno se mueve. Jesús está ahí, solo, en su asiento, con las manos cruzadas encima de las rodillas y la cara baja. La alza, en fin, y dice: «Venid. ¡No me he vuelto leproso! ¿O creéis que lo soy?...».

Entonces Juan corre adelante, se enrosca a su cuello y dice: «Contigo entonces en la lepra, mi único amor. Contigo en la condena, contigo en la muerte, si crees que te espera eso...»; y Pedro se arrastra hasta sus pies, los toma y los pone encima de sus hombros y dice entre singultos: «¡Aquí, aprieta, pisa! Pero evita que piense que desconfías de tu Simón».

Los otros, viendo que Jesús acaricia a los dos primeros, se acercan y besan a Jesús en el vestido, en las manos, en el pelo... Sólo Judas Iscariote osa besarle en la cara.

Jesús se levanta de repente, y su reacción es tan improvisa que casi le aparta bruscamente, y dice: «Vamos a casa. Mañana por la noche partiremos con las barcas hacia Ippo».

355. El nuevo discípulo Nicolái de Antioquía y el segundo anuncio de la Pasión.

9 de diciembre de 1945.

[1]Jesús está completamente solo en la terraza de la casa de Tomás de Cafarnaúm. El pueblo ocia por el sábado. Un pueblo ya muy reducido de habitantes, porque los más cuidadosos en cumplir las prácticas de fe se han puesto ya en marcha hacia Jerusalén; como también aquellos que van con las familias, y tienen niños que no pueden hacer marchas largas y obligan a los adultos a pararse y a hacer breves trayectos. Así que falta, en este día ya de por sí un poco nublado, la nota de oro de la infancia festiva. 355.1

Jesús está muy pensativo: sentado en un banco pequeño y bajo, en un rincón, junto al pretil, de espaldas a la escalera, casi escondido por el antepecho; tiene un codo apoyado en la rodilla, y la frente en la mano con gesto cansado, casi de sufrimiento.

[2]Interrumpe su meditación la llegada de un niñito que quiere saludarle antes de salir para Jerusalén. «¡Jesús! ¡Jesús!» llama, a cada peldaño que sube (no ve a Jesús, que está celado por el murete a 355.2

la vista de quien está abajo). Y Jesús está tan concentrado que no oye la vocecita ligera ni el paso de palomita... de forma que, cuando el pequeño llega a la terraza, está todavía en esa postura de sufrimiento. El niño se atemoriza. Se para en el umbral de la terraza, se mete un dedito entre los labios y piensa... luego decide: lentamente se acerca... ya está casi junto a Jesús por detrás... se inclina para ver lo que hace... y dice: «¡No, bonito! ¡No llores! ¿Por qué? ¿Por esos hombrachos feos de ayer? Lo hablaba mi padre con Jairo, que son indignos de ti. Pero no debes llorar. Yo te quiero. Y también te quiere mi hermanita y Santiago y Tobías, y Juana y María y Miqueas y todos, todos los niños de Cafarnaúm. No llores más...» y se echa a su cuello, muy cariñoso, para terminar: «Si no, voy a llorar también yo, y siempre... durante todo el viaje...».

«No, David, ya no lloro. Tú me has consolado. ¿Has venido solo? ¿Cuándo partís?».

«Después de que se ponga el Sol. Con la barca hasta Tiberíades. Ven con nosotros. Mi padre te quiere, ¿sabes?».

«Lo sé, querido mío. Pero tengo que ir a ver a otros niños... Gracias por haber venido a saludarme. Te bendigo, pequeño David. Vamos a darnos el beso de adiós y luego vuelve con tu mamá. ¿Sabe que estás aquí?...».

«No. Me he escabullido porque no te he visto con tus discípulos y he pensado que estabas llorando».

«Ya ves que ya no lloro. Ve, ve donde tu mamá, que quizás te está buscando temiendo mucho por ti. Adiós. Ten cuidado con los asnos de las caravanas. ¿Ves? En todas partes hay asnos parados».

«¿Pero ya de verdad que no lloras?».

«No. Ya no estoy afligido. Tú me has consolado. Gracias, niño».

El niño baja la escalera saltando. Jesús le observa. Menea la cabeza. Luego vuelve a su sitio, a la dolorosa meditación de antes.

355.3 [3]Pasa un rato. El Sol, cuando se abren las nubes, se muestra descendiendo.

Un paso más pesado en la escalera. Jesús alza la cara. Ve a Jairo, que viene hacia Él. Le saluda. Recibe de Jairo un saludo respetuoso.

«¿Cómo por aquí, Jairo?».

«¡Señor! Quizás me he equivocado. Pero Tú que ves el corazón de los hombres verás que en mi error no había mala voluntad. Yo hoy no te he envitado a la sinagoga para que hablaras. Pero he sufrido mucho por ti, ayer, y te he visto sufrir tanto, que... no me he atrevido. He consultado a los tuyos y me han respondido: "Quiere estar solo"... Pero hace poco ha llegado Felipe, padre de David, diciéndome que su hijo te ha visto llorar. Ha dicho que le has dado las gracias

por haber venido a ti. He venido yo también. Maestro, los que quedan todavía en Cafarnaúm están para reunirse en la sinagoga. Y mi sinagoga es tuya, Señor».

«Gracias, Jairo. Hoy hablarán otros en ella. Iré como simple fiel...».

«No estarías obligado. Tu sinagoga es el mundo. ¿Entonces no vienes, Maestro?».

«No, Jairo. Estoy aquí con mi espíritu ante el Padre, que me conoce y que no encuentra culpas en mí». Un titileo de lágrimas aparece en los ojos tristes de Jesús.

«Yo tampoco encuentro culpas en ti... Adiós, Señor».

«Adiós, Jairo». Y Jesús se sienta de nuevo. Sigue meditabundo.

[4]Ligera como una paloma sube, vestida de blanco, la hija de Jairo. 355.4
Mira... Llama delicadamente: «¡Salvador mío!».

Jesús vuelve la cabeza, la ve, le sonríe, le dice: «Ven a mí».

«Sí, mi Señor. Pero quisiera llevarte a los demás. ¿Por qué debe estar hoy muda la sinagoga?».

«Están tu padre y muchos otros para llenarla de palabras».

«Pero son palabras... La tuya es la Palabra. ¡Oh, mi Señor! Con tu palabra me restituiste para mi madre y mi padre, y estaba muerta. ¡Mira a los que se dirigen a la sinagoga! Muchos están más muertos que yo entonces. Ven a darles la Vida».

«Hija, tú la merecías; ellos... Ninguna palabra puede dar vida a uno que para sí elige la muerte».

«Sí, mi Señor. Pero ven de todas formas. Hay también personas que, oyéndote, viven cada vez más... Ven. Pon tu mano en la mía y vamos. Yo soy el testimonio de tu poder, y estoy pronta para testificarlo incluso ante tus enemigos, aunque me costara perder esta segunda vida, que la verdad es que ya no es mía. Tú me la has dado, Maestro bueno, por compasión hacia una madre y un padre. Pero yo...». La niña, una bonita niña, ya mujercita, de dulces ojos grandes que brillan en su rostro puro e inteligente, se detiene a causa de un acceso de llanto que la ahoga y gotea de las largas pestañas a las mejillas.

«¿Por qué lloras ahora?» pregunta Jesús poniéndole la mano en el pelo.

«Porque... me han dicho que Tú dices que vas a morir...».

«Todos morimos, niña».

«¡Pero no como Tú dices! Yo... no querría ahora estar viva de nuevo, para no verlo, para no estar cuando... suceda este horror...».

«Entonces no habrías estado tampoco para darme el consuelo que ahora me das. ¿No sabes que la palabra — una sola incluso — de

una persona pura y de una persona que me ama me quita todas las penas?».

«¿Sí? ¡Oh! Entonces no tienes que tener ya penas, porque te quiero más que a mi padre, más que a mi madre y más que a mi vida!».

«Así es».

«Entonces ven. No estés solo. Habla para mí, para Jairo, para mi madre, para el pequeño David, en fin, para los que te quieren. Somos muchos. Y seremos más todavía. Pero no estés solo. Viene melancolía» y, materna por instinto, como toda mujer honesta, termina así: «Conmigo cerca, ninguno te hará ningún mal. Y además yo te defenderé».

Jesús la complace y se levanta. La mano en la mano, atraviesan las calles y entran en la sinagoga por una puerta lateral.

355.5 [5]Jairo, que está leyendo en voz alta un libro, suspende la lectura y, mediando un reverente saludo, dice: «Maestro, te ruego que hables para los rectos de corazón. Prepáranos para la Pascua con tu santa palabra».

«¿Estás leyendo de los Reyes, no?».

«Sí, Maestro. Quería que meditaran que quien se separa del Dios verdadero cae en idolatría de becerros de oro».

«Bien has hablado. ¿Ninguno tiene nada que decir?».

Se crea rumor entre la gente. Quién quiere que hable Jesús, quién grita: «Tenemos prisa. Que se digan las oraciones y se concluya la reunión. Además, vamos a Jerusalén; allí oiremos a los rabíes» (los que gritan así son los muchos desertores de ayer, retenidos en Cafarnaúm por el sábado).

Jesús los mira con suma tristeza y dice: «Tenéis prisa. Es verdad. También Dios tiene prisa de juzgaros. Marchaos, marchaos». Luego, volviéndose hacia los que los reprenden, dice: «No los increpéis. Cada planta da su fruto».

«¡Señor! ¡Repite el gesto de Nehemías! ¡Habla contra ellos, Tú, * Sacerdote supremo!» grita, indignado, Jairo; y le hacen coro los apóstoles, los discípulos fieles y los de Cafarnaúm.

Jesús extiende en cruz los brazos. Palidísimo (un rostro verdaderamente mortificado, y, no obstante, dulcísimo), grita: «¡Acuérdate, propicio, de mí, oh mi Dios! ¡Y acuérdate también propiciamente de ellos! ¡Yo los perdono!».

355.6 [6]La sinagoga se vacía. Quedan los que son fieles a Jesús...

Hay un extranjero en un rincón. Un hombre robusto, no observa-

---

* *el gesto de Nehemías*, pedido por Jairo es la amenaza de castigo expresada en *Nehemías 5, 13*; pero la respuesta de Jesús es la invocación de misericordia de *Nehemías 5, 19*.

do por ninguno, al que ninguno dirige la palabra; bueno, él tampoco habla con nadie. Sólo mira fijamente a Jesús; tanto que el Maestro vuelve su mirada en aquella dirección, le ve y pregunta a Jairo que quién es.

«No sé. Sin duda uno de paso».

Jesús lo interpela: «¿Quién eres?».

«Nicolái, prosélito de Antioquía. Me dirijo a Jerusalén para la Pascua».

«¿A quién buscas?».

«A ti, Señor Jesús de Nazaret. Deseo hablarte».

«Ven». Y sale, ya con él al lado, al huerto de detrás de la sinagoga para escucharle.

«Hablé en Antioquía con un discípulo tuyo de nombre Félix. He deseado ardientemente conocerte. Me dijo que Cafarnaúm es lugar en que te detienes, y que tienes a tu Madre en Nazaret; y también que vas al Getsemaní o a Betania. El Eterno ha hecho que te encuentre en el primer lugar. Estaba ayer... Estaba no lejos de ti, esta mañana, mientras llorabas orando cabe la fuente... Te amo, Señor. Porque eres santo y manso. Creo en ti. Tus acciones, tus palabras, me habían hecho ya tuyo. Pero tu misericordia de hace un rato para con los culpables me ha determinado. ¡Señor, acógeme en cambio de quien te abandona! Vengo a ti con todo lo que tengo: la vida, los bienes, todo». Se ha arrodillado diciendo las últimas palabras.

Jesús le mira fijamente... luego dice: «Ven. Desde hoy serás del Maestro. Vamos adonde tus compañeros».

Vuelven a la sinagoga, donde hay una intensa conversación de los discípulos y los apóstoles con Jairo.

«Aquí tenéis a un nuevo discípulo. El Padre me consuela. Amadle como a un hermano. Vamos con él a compartir el pan y la sal. Luego, ya de noche, saldréis con él hacia Jerusalén; nosotros iremos a Ippo con las barcas... Y no digáis mi camino a nadie, para que no me entretengan».

[7]Entretanto el sábado ha terminado, y los que quieren evitar a Jesús se agolpan en la playa para contratar las barcas para Tiberíades. Y discuten con Zebedeo, que no quiere ceder su barca ya preparada para la partida nocturna de Jesús con los doce y cercana a la de Pedro. 355.7

«¡Voy a ayudarle!» dice Pedro, que está irritado.

Jesús, para evitar choques demasiado fuertes, le retiene y dice: «Vamos todos, no tú solo».

Y así lo hacen... Y saborean la amargura de ver que los que huyen se van sin siquiera un saludo, cortando netamente toda discu-

sión con tal de alejarse de Jesús... y oyen algún que otro epíteto despreciante y consejos mordaces a los discípulos fieles...

Jesús se vuelve para regresar a casa, una vez que la turba hostil se ha marchado, y dice al nuevo discípulo: «¿Los has oído? Esto es lo que te espera siguiéndome».

«Lo sé. Por eso me quedo. Te había visto en un día glorioso, entre la muchedumbre que te aclamaba y te saludaba como rey. Me encogí de hombros diciendo: "¡Otro pobre iluso! ¡Otro azote para Israel!", y no te seguí porque parecías un rey. Ya me había olvidado de ti. Ahora te sigo porque en tus palabras y en tu bondad veo al Mesías prometido».

«Verdaderamente eres más justo que muchos otros. Y digo, una vez más, que se retire quien espere de mí un rey terreno; se retire quien siente que se va a avergonzar de mí ante el mundo acusador; se retire quien se vaya a escandalizar de verme tratado como un malhechor. Os digo esto mientras todavía podéis hacerlo sin veros comprometidos ante los ojos del mundo. Imitad a los que huyen en aquellas barcas, si no os sentís dispuestos a compartir mi destino en el oprobio para poder compartirlo después en la gloria. Porque va a suceder pronto esto: van a acusar al Hijo del hombre, le van a entregar en manos de los hombres, los cuales le van a matar como a un malhechor y creerán que le han vencido. Mas habrán cometido su delito inútilmente, porque resucitaré a los tres días y triunfaré. ¡Dichosos aquellos que sepan estar conmigo hasta el final!».

355.8 [8]Ya han llegado a la casa. Jesús confía a los discípulos el nuevo llegado, y sube solo al lugar de antes; más exactamente, entra en la habitación de arriba, y se sienta a pensar.

Pasa un rato. Suben Judas Iscariote y Pedro.

«Maestro, Judas me ha hecho reflexionar en cosas convenientes».

«Dilas».

«Tomas contigo a este Nicolái, un prosélito cuyo pasado además ignoramos. Ya hemos tenido muchas complicaciones... y las tenemos todavía. ¿Y ahora? ¿Qué sabemos de él? ¿Podemos fiarnos? Judas, con razón, dice que podría ser un espía enviado por los enemigos».

«¡Que sí! ¡Un traidor! ¿Por qué no quiere decir de dónde viene ni quién le envía? Le he hecho preguntas, pero sólo dice: "Soy Nicolái de Antioquía, prosélito". Yo tengo serias sospechas».

«Te recuerdo que viene porque me ve traicionado».

«¡Puede ser mentira! ¡Puede ser una traición!».

«Quien por todas partes ve mentira o traición es alma capaz de esas cosas. Porque se mide con el propio modelo» dice serio Jesús.

«¡Señor, me ofendes!» grita Judas indignado.

«Pues déjame y vete con los que me abandonan».

Judas sale dando un portazo con malos modales.

«De todas formas, Señor, Judas no está equivocado en todo... Y además no quisiera que... ese hombre hablara de Juan. Sólo puede ser el hombre de Endor el Félix que te le manda...».

«Ciertamente es así. Pero Juan de Endor es prudente y ha tomado de nuevo su viejo nombre. Estáte tranquilo, Simón. Un hombre que se hace discípulo porque siente que mi causa humana está ya perdida, no puede ser sino una persona recta de espíritu. Muy distinto es el que ha salido ahora, que vino a mí porque esperaba ser príncipe de un rey poderoso... y no se convence de que Yo soy Rey sólo para el espíritu...».

«¿Sospechas de él, Señor?».

«De ninguno. Pero, en verdad te digo que adonde llegará Nicolái, discípulo y prosélito, Judas de Simón, apóstol, israelita y judío, no llegará».

«Señor, quisiera preguntar a Nicolái sobre... Juan».

«No lo hagas. Juan no le ha dado ningún encargo porque es prudente. No seas tú el imprudente».

«No, Señor. Sólo te lo preguntaba...».

«Vamos a bajar para acelerar la cena. Partiremos con la noche plena... Simón... ¿me amas tú?».

«¡Maestro, pero ¿qué dices?!».

«Simón, mi corazón está más obscuro que el lago en una noche de tormenta, y tan desazonado como él...».

«¡Oh, Maestro mío!... ¿Qué te puedo decir, si yo estoy todavía más... obscuro y desazonado que Tú? Te digo: "Aquí tienes a tu Simón. Si mi corazón te puede confortar, tómalo". Es lo único que tengo. Pero es sincero».

Jesús pone unos momentos la cabeza en ese pecho amplio y fuerte; luego se pone de pie y baja con Pedro.

356. Hacia Gadara. Las herejías de Judas Iscariote y las renuncias de Juan, que quiere sólo amar.

10 de diciembre de 1945.

[1]Jesús está ya en Transjordania. Y, por lo que entiendo, la ciudad 356.1
que se ve en lo alto de una colina toda verde es Gadara; es también la primera ciudad que tocan después de haber bajado de las barcas en la orilla suroriental del lago de Galilea, porque allí han puesto pie en tierra, sin bajar a Ippo, adonde habían llegado ya las barcas que

llevaban a los contrarios de Jesús. Creo que han desembarcado, por tanto, justo enfrente de Tariquea, en la salida del Jordán del lago.

«Sabes el camino más corto para ir a Gadara, ¿no? ¿Te acuerdas de por dónde es?» pregunta Jesús.

«¡Hombre, claro! Cuando lleguemos a las caldas del Yarmok, sólo tendremos que seguir el camino» responde Pedro.

«¿Y dónde vas a encontrar los manantiales?» pregunta Tomás.

«¡Basta tener buen olfato para encontrarlos! ¡Huelen desde algunas millas antes de llegar!» exclama Pedro arrugando con disgusto la nariz.

«No sabía que sufrieras de dolores...» observa Judas Iscariote.

«¿Dolores yo? ¿Y cuándo!».

«¡Es que conoces tan bien las caldas del Yarmok que debes haber estado allí!».

«¡Nunca he tenido necesidad de baños para estar bien! Me han salido los venenos de los huesos con las sudaderas del trabajo honrado... y, además, habiendo trabajado más que gozado, han entrado pocos venenos, siempre pocos, en mí...».

«Lo dices por mí, ¿no es verdad? ¡Ya! ¡Yo tengo la culpa de todo!...» dice inquieto Judas.

«¿Pero quién te ha picado? Tú preguntas, yo respondo; a ti como habría respondido al Maestro o a un compañero. Y creo que ninguno de ellos, ni siquiera Mateo, que... ha sido una persona de mundo, se lo habría tomado a mal».

«¡Pues yo me lo tomo a mal!».

«No te creía tan delicado. Pero te pido perdón de esa supuesta insinuación. Por amor al Maestro, ¿sabes? Al Maestro, que tanta aflicción recibe de los extraños y no tiene necesidad de recibir más de nosotros. Mírale, en vez de correr tras tus sensibilidades, y verás que necesita paz y amor».

Jesús no habla. Se limita a mirar a Pedro y a sonreírle agradecido.

356.2 [2]Judas no responde al respecto de la justa observación de Pedro. Está cerrado e inquieto. Quiere aparecer amable, pero la rabia, el malhumor, la desilusión que tiene en su corazón, se manifiestan a través de la mirada, la voz, la expresión, y hasta a través de su paso arrogante, que choca fuertemente las suelas, como para desahogarse, golpeando con ira el suelo para desfogarse de todo lo que le hierve dentro.

Pero se esfuerza en parecer sereno y en ser amable; no lo consigue, pero lo intenta... Pregunta a Pedro: «¿Y entonces cómo conoces estos lugares? Quizás es que has estado aquí con tu mujer...».

«No. He pasado por aquí en Etanim, cuando vinimos a Aurán con

el Maestro. Acompañé a su Madre y las discípulas hasta las tierras de Cusa; por eso, viniendo de Bosra, pasé por aquí» responde sincera y prudentemente Pedro.

«¿Estabas tú solo?» pregunta con ironía Judas.

«¿Por qué? ¿No crees que valgo solo por muchos, cuando hay que valer y hay que hacer un encargo de confianza y, además, se hace por amor?».

«¡Cuánta soberbia! ¡Querría haberte visto!».

«Habrías visto a un hombre serio acompañando a mujeres santas».

«¿Pero estabas *realmente solo*?» pregunta Judas con acto verdaderamente de inquisidor.

«Estaba con los hermanos del Señor».

«¡Ah! ¡Ya empiezan las admisiones!».

«¡Y empiezan a ponérseme de punta los nervios! ¿Se puede saber qué te pasa?».

«Es verdad. Es una vergüenza» dice Judas Tadeo.

«Y ya es hora de acabar con esto» añade Santiago de Zebedeo.

«No te es lícito injuriar a Simón» dice Bartolomé en tono de reproche.

«Porque deberías recordar que es el jefe de todos nosotros» termina el Zelote.

Jesús no habla.

«No injurio a nadie, y no me pasa nada en absoluto; lo único es que me gusta pincharle un poco...».

«¡No es verdad! ¡Mientes! Haces preguntas astutas porque quieres llegar a precisar algo. El artero considera a todos arteros. Aquí no hay secretos. Estábamos todos. Todos hicimos lo mismo: lo que había ordenado el Maestro. Y no hay nada más. ¿Comprendes?» grita, verdaderamente airado, el otro Judas.

«Silencio. Parecéis mujeres riñendo. Todos estáis en error. Y me avergüenzo de vosotros» dice severo Jesús.

[3]Se abate un profundo silencio, mientras van hacia la ciudad situada sobre la colina. 356.3

Rompe el silencio Tomás diciendo: «¡Qué mal olor!».

«Son las caldas. Aquél es el Yarmok y aquellas construcciones son las termas de los romanos. Detrás de las termas hay una calle bonita toda adoquinada que va a Gadara. Los romanos quieren viajar bien. ¡Gadara es muy bonita!» dice Pedro.

«Será todavía más bonita porque no nos encontraremos en ella a ciertos... seres... Al menos no abundantes» murmura Mateo entre dientes.

Cruzan el puente del río entre acres olores de aguas sulfurosas. Pasan muy cerca de las termas, entre los vehículos romanos; toman una bonita calle pavimentada con losas grandes, que conduce a la ciudad edificada en lo alto de la colina, hermosa dentro de sus murallas.

Juan se pone al lado del Maestro: «¿Es verdad que donde están aquellas aguas, antiguamente, fue arrojado a las entrañas de la tierra un réprobo? Mi madre, cuando éramos pequeños, nos lo decía, para que comprendiéramos que no se debe pecar; si no, el infierno se abre bajo los pies de aquel a quien Dios maldice, y se le traga. Y luego, como recuerdo y advertencia, quedan fisuras de las que sale olor, calor y aguas de infierno. Yo tendría miedo a bañarme en esas aguas...».

«¿De qué, muchacho? No te corromperían. Es más fácil ser corrompidos por los hombres que llevan dentro el infierno y de él emanan hedor y venenos. Pero se corrompen solamente aquellos que, por sí mismos, tienen ya tendencia a corromperse».

«¿Me podrían corromper a mí?».

«No. Aunque estuvieras en medio de una turba de demonios, no».

«¿Por qué? ¿Qué tiene de distinto de los demás?» pregunta inmediatamente Judas de Keriot.

«Tiene que es puro bajo *todos* los aspectos. Por tanto, ve a Dios» responde Jesús. Y Judas ríe maliciosamente.

Juan pregunta otra vez: «¿Entonces no son bocas del infierno esos manantiales?».

«No. Son, al contrario, cosas buenas puestas por el Creador para sus hijos. El infierno no está bajo la tierra. Está *sobre* la tierra, Juan; en el corazón de los hombres. Más allá, se completa».

356.4 [4]«¿Pero existe verdaderamente el Infierno?» pregunta Judas Iscariote.

«¿Pero qué dices!» le preguntan, escandalizados, los compañeros.

«Digo: ¿existe verdaderamente? Yo — y hay otros, no soy sólo yo — no lo creo».

«¡Pagano!» gritan con horror.

«No. Israelita. Somos muchos en Israel los que no creemos en ciertas patrañas».

«¿Pero, entonces, cómo puedes creer en el Paraíso?», «¿y en la justicia de Dios?», «¿dónde metes a los pecadores?», «¿cómo explicas a Satanás?» gritan muchos.

«Digo lo que pienso. Se me ha echado en cara hace poco que soy un embustero. Os demuestro que soy sincero, aunque esto os haga

escandalizaros de mí y me haga odioso ante vuestros ojos. Además, no soy el único en Israel que cree esto, desde que Israel ha progresado en el saber, en contacto con helenistas y romanos. Y el Maestro, el único cuyo juicio respeto, y que protege a los griegos y es visiblemente amigo de los romanos, no puede censurarnos ni a mí ni a Israel... Yo parto de este concepto filosófico: si Dios controla todo, todo lo que hacemos es por su voluntad; por tanto, nos debe premiar a todos de una única forma, porque no somos sino autómatas movidos por Él. Somos seres desprovistos de voluntad. Lo dice también el Maestro. Dice: "La voluntad del Altísimo. La voluntad del Padre". Ésa es la única Voluntad. Y es tan infinita, que aplasta y anula la voluntad limitada de las criaturas. Por tanto, Dios hace tanto el bien como el mal, porque nos los impone, aunque parezcan hechos por nosotros. Y, por tanto, no nos castigará por el mal y así quedará ejercida su justicia, porque nuestras culpas no son voluntarias, sino impuestas por quien quiere que las hagamos para que en la tierra haya bien y mal. El malo es el medio de expiación de los menos malos. Y él sufre el no poder ser considerado bueno, expiando así su parte de culpa. Jesús ha dicho que el infierno está sobre la tierra y en el corazón de los hombres. Yo no siento a Satanás. No existe. Tiempo ha lo creía. Pero ya desde hace algo de tiempo estoy seguro de que todo es una patraña. Y creer de esta forma es llegar a la paz».

Judas exhibe estas... teorías con un engreimiento tan formidable, que los otros se quedan sin respiración...

[5]Jesús guarda silencio. Y Judas le incita: «¿No tengo razón, Maestro?». 356.5

«No». El "no" es tan seco, que parece un estallido.

«Pues a pesar de todo yo... no siento a Satanás y no admito el libre albedrío, el Mal. Y todos los saduceos están conmigo, y muchos otros, de Israel o de fuera de Israel. No. Satanás no existe».

Jesús le mira. Una mirada tan compleja, que no se puede analizar: de juez, de médico, de persona afligida, asombrada... hay todo en esa mirada...

Judas, ya lanzado, termina: «Será que he superado el terror de los hombres hacia Satanás porque soy mejor que los demás, más perfecto».

Y Jesús guarda silencio. Y él pincha: «¡Pero habla! ¿Por qué no siento terror de él?». Jesús calla. «¿No respondes, Maestro? ¿Por qué? ¿Tienes miedo?».

«No. Soy la Caridad. Y la Caridad retiene su juicio hasta que no se ve obligada a emitirlo... Déjame, y retírate» dice, terminando, porque Judas intenta abrazarle; y termina, susurrando, estrechado

a la fuerza entre los brazos del blasfemo: «¡Me horrorizas! ¡No ves ni sientes a Satanás porque forma unidad contigo! ¡Márchate, diablo!».

Judas, con verdadero descaro, le besa y ríe, como si el Maestro le hubiera hecho en secreto algún elogio.

Vuelve donde los otros, que se han detenido horrorizados, y dice: «¿Os dais cuenta? Yo sé abrir el corazón al Maestro. Y le hago feliz porque me abro a Él y de Él recibo la lección correspondiente. ¡Vosotros, por el contrario!... Jamás os atrevéis a hablar. Porque sois soberbios. ¡Oh, yo seré el que más sepa de Él! Y podré hablar...».

356.6 [6]Llegan a las puertas de la ciudad. Entran todos juntos, porque Jesús los ha esperado. Pero, mientras cruzan el pasaje, Jesús ordena: «Que mis hermanos y Simón se adelanten para reunir a la gente».

«¿Por qué no yo, Maestro? ¿Ya no me encargas misiones? ¿No son ahora ya necesarias? Me diste dos seguidas, y de varios meses...».

«Y te quejaste diciendo que quería tenerte lejos. ¿Ahora te quejas porque te tengo cerca?».

Judas no sabe qué responder y calla. Se pone delante con Tomás, el Zelote, Santiago de Zebedeo y Andrés. Jesús se para para dejar pasar a Felipe, a Bartolomé, a Mateo y a Juan, como si quisiera estar solo. No se oponen.

Pero Juan, cuyos ojos durante las disputas y blasfemias de Judas más de una vez han brillado de lágrimas, movido por su amoroso corazón, se vuelve poco después: a tiempo para ver que Jesús, creyendo pasar desapercibido en la callecita solitaria y sombría (por las ininterrumpidas arcadas que la cubren), se lleva las manos a la frente con un gesto de dolor, y se curva como quien sufre mucho. Deja plantados a sus compañeros el rubio Juan y vuelve donde su Maestro: «¿Qué te pasa, Señor mío? ¿Sufres otra vez tanto como cuando nos reunimos contigo en Akcib? ¡Oh, mi Señor!».

«¡Nada, Juan, nada! Ayúdame tú, con tu amor. Y calla ante los demás. Ora por Judas».

«Sí, Maestro. ¿Es muy infeliz, no es verdad? Está en las tinieblas y no lo sabe. Cree haber alcanzado la paz... ¿Es paz ésa?».

«Es muy infeliz» dice Jesús abatido.

«No te abatas de esta forma, Maestro. Piensa en cuántos pecadores, endurecidos en el pecado, han vuelto a ser buenos. Lo mismo hará Judas. ¡Oh, Tú ciertamente le salvarás! Pasaré esta noche en oración por esto. Le voy a decir al Padre que haga de mí uno que sólo sepa amar; no deseo ninguna otra cosa. Soñaba con dar la vida por ti y hacer brillar tu potencia a través de mis obras. Ahora sólo esto. Renuncio a todo, eligo la vida más humilde y común y pido al Padre que

dé todo lo mío a Judas... para hacerle feliz... y para que así se vuelva hacia la santidad... Señor... tendría que decirte algunas cosas... Creo saber por qué Judas es así».

«Ven esta noche. Oraremos juntos y hablaremos».

«¿Y el Padre me escuchará? ¿Aceptará mi sacrificio?».

«El Padre te bendecirá. Pero sufrirás por ello...».

«No, no; me basta con verte a ti contento... y con que Judas... y con que Judas...».

«Sí, Juan. [7]Mira, nos están llamando. Corramos». 356.7

La callecita se transforma en una bonita calle, y luego en una arteria adornada con pórticos y fuentes; y se adorna de plazas, a cuál más hermosa; se cruza con otra arteria igual. Al final, hay ciertamente un anfiteatro. Y en un ángulo de los pórticos ya están reunidos en espera del Salvador distintos enfermos.

Pedro viene al encuentro de Jesús: «Han conservado la fe en lo que dijimos de ti en Etanim. Han venido inmediatamente».

«Y Yo inmediatamente voy a premiar su fe. Vamos».

Y se dirige, en el ocaso ya avanzado que tiñe de rojo los mármoles, a sanar a los que con fe le esperan.

357. Juan y las culpas de Judas Iscariote. Los fariseos y la cuestión del divorcio.

11 de diciembre de 1945.

[1]Las magníficas estrellas de una serena noche de marzo resplan- 357.1
decen en el cielo de Oriente; tan amplias y vivaces, que parece que el firmamento haya descendido, como un baldaquino, hacia la terraza de la casa que ha acogido a Jesús: una casa muy alta, y edificada en uno de los puntos más altos de la ciudad; de modo que el horizonte infinito se abre delante, y alrededor, de quien mira, desde cualquier ángulo. Y, si la tierra — no alegrada todavía por la Luna, que está en su fase menguante — se anula en la obscuridad de la noche, el cielo resplandece con un sinfín de luces. Es verdaderamente la revancha del firmamento, que expone victoriosamente sus pensiles de astros, sus praderas de Galatea, sus gigantes planetarios, sus bosques de constelaciones contra la efímera vegetación de la tierra, que, aunque sea secular, es, en todo caso, de *una hora* respecto a éstas, que *existen* desde cuando el Creador hizo el firmamento. Y, perdiéndose mirando arriba, paseando la mirada por esas esplendorosas avenidas, en que las estrellas son los árboles, uno tiene la impresión de percibir las voces, los cantos de aquellas florestas de esplendores, de ese

enorme órgano de la más sublime de las catedrales, en que gustosamente imagino que hacen de fuelles y registros los vientos de las carreras astrales, y de voces las estrellas lanzadas en sus trayectorias. Y parece percibirse mucho más, dado que el silencio nocturno de esta Gadara durmiente es absoluto. No canta una fuente, no canta un pájaro. El mundo duerme, duermen las criaturas. Duermen los hombres — menos inocentes que las otras criaturas — sus sueños, más o menos tranquilos, en las casas obscuras.

357.2 [2]Pero, por la puerta de la habitación que da a la terraza inferior — porque hay otra, superior, que está encima de la habitación más alta — se muestra una sombra alta, apenas visible en la noche, por la blancura del rostro y de las manos que contrastan con el indumento obscuro; la sigue otra más baja. Caminan de puntillas para no despertar a los que quizás duermen en la habitación de abajo, y de puntillas suben la escalera externa que conduce a la última terraza. Luego se toman de la mano y van, así, a sentarse en un banco que está adosado a todo lo largo del antepecho, muy alto, que circunda la terraza. El banco bajo y el antepecho alto hacen que todas las cosas desaparezcan ante sus ojos. Aunque hubiera en el cielo la más clara Luna, que bajara a iluminar el mundo, para ellos no sería nada; porque la ciudad está escondida toda, y con ella las sombras más obscuras, en la obscuridad de la noche, de los montes cercanos. Solamente se les muestra el cielo con sus constelaciones de primavera y las magníficas estrellas de Orión (Rigel y Betelgeuse), Aldebarán, Perseo, y Andrómeda y Casiopea, y las Pléyades unidas como hermanas. Y Venus (zafíreo y diamantino), Marte (de pálido rubí) y el topacio de Júpiter son los reyes del pueblo astral, y titilan, titilan como saludando al Señor, acelerando sus latidos de luz para la Luz del mundo.

Jesús levanta la cabeza, apoyándola contra el alto pretil, para mirarlas; Juan hace lo mismo, perdiéndose mirando arriba, donde se puede ignorar el mundo... Luego Jesús dice: «Y ahora que nos hemos limpiado en las estrellas, vamos a orar».

Se pone en pie. Juan también. Una larga oración, silenciosa, apremiante, toda alma, con los brazos abiertos en cruz, la cara alzada vuelta hacia oriente, donde se preludia un primer claror de luna. Y luego el *Pater* dicho en común, lentamente, no una vez sino tres, y — lo manifiesta claramente la voz — con un progresivo aumento de insistencia en la súplica; una súplica que es tan ardiente, que separa de la carne el alma y deja a ésta por los caminos del infinito.

Luego silencio. Se sientan donde estaban antes, mientras la Luna blanquece cada vez más la tierra durmiente.

357.3 [3]Jesús pasa un brazo por los hombros de Juan, le arrima hacia sí,

y dice: «Dime, pues, lo que sientes que tienes que decirme. ¿Qué cosas son las que mi Juan ha intuido, con ayuda de la luz espiritual, en el alma tenebrosa del compañero?».

«Maestro... estoy arrepentido de haberte dicho eso. Cometeré dos pecados...».

«¿Por qué?».

«Porque te voy a causar dolor manifestándote incluso lo que no sabes, y... porque... Maestro, ¿es pecado manifestar el mal que vemos en otro? Sí, ¿no es verdad? ¿Y entonces cómo puedo decir esto si lesiono la caridad!...». Juan está angustiado.

Jesús da luz a su alma: «Escucha, Juan. ¿Para ti es más el Maestro o el condiscípulo?».

«El Maestro, Señor. Tú estás por encima de todos».

«¿Y qué soy Yo para ti?».

«El Principio y el Fin. Eres el Todo».

«¿Crees que Yo, siendo Todo, conozco también todo lo que existe?».

«Sí, Señor. Por esto siento una gran contrariedad dentro de mí. Porque pienso que sabes y sufres. Y porque recuerdo que un día me dijiste que en ocasiones Tú eres el Hombre, sólo el Hombre, y por tanto el Padre te hace conocer lo que es ser hombre que debe conducirse según razón. Y pienso también que Dios, por compasión hacia ti, podría ocultarte estas feas verdades...».

«Atente a este pensamiento, Juan. Y habla. Con confidencia. Confiar lo que sabes a quien para ti es "Todo" no es pecado. Porque el "Todo" no se escandaliza, ni murmura, ni faltará a la caridad, ni siquiera con el pensamiento, hacia el desdichado. Sería pecado si dijeras lo que sabes a quien no puede ser todo amor, a tus compañeros por ejemplo, que murmurarían, e incluso agredirían sin misericordia al culpable, dañándole a él y a sí mismos. Porque hay que tener misericordia, una misericordia que ha de ser mucho mayor en la medida en que tengamos ante nosotros a una pobre alma enferma de todas las enfermedades: un médico, un enfermero compasivo, o una madre, si es poco el mal que sufre un enfermo, se impresionan poco, y poco luchan por curarle; pero si el hijo, o el hombre, está muy enfermo, en peligro de muerte, ya gangrenoso y paralizado, ¡cómo luchan, venciendo repugnancias y fatigas, para curarle! ¿No es así?».

«Así es, Maestro» dice Juan, que ahora está en esa postura suya del brazo en torno al cuello del Maestro y la cabeza apoyada en su hombro.

«Pues bien, no todos saben tener misericordia con las almas enfermas. Por eso hay que ser prudentes en dar a conocer sus males, para que el mundo no las rehúya y no las dañe con el desprecio. Un

enfermo que se ve menospreciado se entristece, y empeora. Si, por el contrario, le asisten con alegre esperanza, puede sanar, porque la alegría esperanzada del que le asiste entra en él y ayuda a la acción de la medicina. Pero tú sabes que Yo soy la Misericordia y que no humillaré a Judas. Habla, pues, sin escrúpulos. No eres un espía. Eres un hijo que confía a su padre, con amorosa solicitud, el mal que ha descubierto en su hermano, para que el padre le asista. ¡Ánimo, pues...!».

357.4 [4]Juan emite un fuerte suspiro, luego inclina aún más la cabeza, dejándola caer hasta el pecho de Jesús, y dice: «¡Cuán penoso es hablar de cosas corrompidas!... Señor... Judas es un impuro... y me tienta a la impureza. No me importan sus escarnios hacia mí, lo que me duele es que se acerque a ti manchado de sus amores. Desde que ha vuelto me ha tentado varias veces. Cuando las circunstancias nos dejan solos — cosa que él provoca en todos los modos — no hace otra cosa que hablar de mujeres... y yo siento la repulsa que sentiría si me sumergieran en materias fétidas que trataran de introducirme en la boca...».

«¿Pero en lo profundo te sientes turbado?».

«¿En qué sentido turbado? Mi alma se estremece. La razón grita contra estas tentaciones... No quiero ser corrompido...».

«¿Y tu carne qué hace?».

«Se retrae horrorizada».

«¿Solamente esto?».

«Esto, Maestro, y lloro entonces, porque me parece que Judas no podría ofender más a quien se ha consagrado a Dios. Dime: ¿esto va a lesionar mi ofrenda?».

«No. No más que un puñado de barro arrojado a una lámina de diamante. No raya la lámina, no penetra en ella. Para limpiarla basta echar encima una copa de agua. Y queda más bonita que antes».

«Límpiame entonces».

«Tu caridad te limpia, y tu ángel. Nada queda en ti. Eres un al-
357.5 tar limpio y Dios baja a él. [5]¿Qué más hace Judas?».

«Señor, él... ¡Oh, Señor!» la cabeza de Juan desciende más todavía.

«¿Qué?».

«El... No es verdad que sea dinero suyo el que te da para los pobres; es el dinero de los pobres que roba para sí: para ser alabado por una generosidad no verdadera. Le enfureciste al quitarle todo el dinero al regreso del Tabor. Y a mí me dijo: "Hay soplones entre nosotros". Yo dije: "¿Soplones de qué? ¿Acaso robas?". "No" me respondió, "pero soy previsor y hago dos bolsas. Alguno se lo ha dicho al Maes-

tro y Él me ha impuesto que dé todo; tan enérgicamente lo ha impuesto, que me he visto constreñido a hacerlo". Pero no es verdad, Señor, que haga eso por previsión. Lo hace para tener dinero. Podría declararlo con la casi certeza de decir la verdad».

«¡Casi certeza! Esta duda sí que es leve culpa. No puedes acusarle de ser ladrón si no estás absolutamente seguro de ello. Las acciones de los hombres a veces tienen apariencia mala y son buenas».

«Es verdad, Maestro. No le volveré a acusar, ni siquiera con el pensamiento. De todas formas, eso de que tiene dos bolsas, y que la que dice que es suya y te da es tuya, y que lo hace buscando alabanza, eso es verdad. Y yo eso no lo haría. Siento que no está bien hacerlo».

«Tienes razón. [6]¿Qué más debes decir?». 357.6

Juan alza una cara asustada, abre la boca para hablar, pero la cierra. Se desliza hasta caer de rodillas. Esconde la cara en la túnica de Jesús. Él le pone una mano sobre sus cabellos.

«¡Ánimo! Quizás has juzgado equivocadamente. Yo te ayudaré a juzgar bien. Me debes decir también lo que piensas acerca de las posibles causas de que Judas peque».

«Señor, Judas se siente sin la fuerza que querría para hacer milagros... Tú sabes que siempre lo ha deseado fogosamente... ¿Te acuerdas de Endor? Y, sin embargo, es el que hace menos milagros. Y... bueno... desde que ha regresado, ya no consigue nada... y por la noche se queja de ello incluso en sueños, como si fuera una pesadilla, y... ¡Maestro, Maestro mío!».

«Venga. Habla. Todo».

«Impreca... y practica la magia. Esto no es una mentira ni una duda. Le he visto. Me elige como compañero porque tengo un sueño profundo. Es más, lo tenía. Ahora, lo confieso, le vigilo, y mi sueño es menos profundo porque en cuanto se mueve le oigo... Quizás he hecho mal. Pero he fingido dormir para ver lo que hacía. Y dos veces le he visto y oído hacer cosas feas. No es que yo entienda de magia, pero eso es magia».

«¿Sólo?».

«No y sí. En Tiberíades le seguí. Fue a una casa. Después pregunté quién vivía allí. Uno que practica la necromancia con otros. Y, cuando Judas salió, casi de mañana, por las palabras que dijeron, comprendí que se conocen y que son muchos... y no todos extranjeros. Pide al demonio la fuerza que Tú no le das. Por esto sacrifico yo mi fuerza al Padre, para que se la pase a él, y él deje de ser pecador».

«Haría falta que le dieras tu alma. Pero eso no lo permitiríamos

ni el Padre ni Yo...».

357.7 [7]Un largo silencio. Luego dice Jesús con voz cansada: «Vamos, Juan. Vamos a bajar y a descansar en espera del alba».

«¡Estás más triste que antes, Señor! ¡No debía haber hablado!».

«No. Yo ya lo sabía. Pero tú al menos estás más tranquilo... y eso es lo que importa...».

«Señor, ¿debo evitarle?».

«No. No temas. Satanás no perjudica a los Juanes. Los aterroriza, pero no puede quitarles la gracia que Dios continuamente les otorga. Ven. Por la mañana voy a hablar. Luego iremos a Pel.la. No podemos demorarnos, porque el río está crecido, por la fusión de las nieves y el agua de los días pasados. Pronto estará colmo, y mucho más teniendo en cuenta que la Luna aureolada predice lluvias abundantes...».

Bajan y deja de vérselos en la habitación de debajo de la terraza.

357.8 [8]Es por la mañana. Una mañana de marzo. Por tanto, nubes y claros se alternan en el cielo. Pero las nubes sobrepujan a los claros y tratan de apoderarse del cielo. Un aire caliente, con rachas rítmicas, sopla y carga el ambiente enrareciéndolo con polvo venido probablemente de las zonas del altiplano.

«¡Si no cambia el viento, esto es agua!» sentencia Pedro al salir de la casa con los otros.

El último en salir es Jesús, que se despide de las dueñas de la casa. El dueño acompaña a Jesús. Se dirigen hacia una plaza.

Dados pocos pasos, los para un suboficial romano que está con otros soldados. «¿Eres Tú Jesús de Nazaret?».

«Lo soy».

«¿Qué haces?».

«Hablo a las gentes».

«¿Dónde?».

«En la plaza».

«¿Palabras sediciosas?».

«No. Preceptos de virtud».

«¡Ojo! No mientas. Roma ya tiene suficientes falsos dioses».

«Ven tú también. Verás como no estoy mintiendo».

El hombre que ha alojado a Jesús siente el deber de intervenir: «¡Pero desde cuándo tantas preguntas a un rabí?».

«Denuncia de hombre sedicioso».

«¿Sedicioso? ¿Él? ¡Pero hombre, Mario Severo, eso es una ilusión! Éste es el hombre más manso de la Tierra. Te lo digo yo».

El suboficial se encoge de hombros y responde: «Mejor para Él. Pero esta es la denuncia que ha recibido el centurión. Que vaya si

quiere. Está avisado». Se da la media vuelta y se marcha con los subalternos.

«¿Pero quién puede haber sido? ¡No lo entiendo!» dicen varios.

Jesús responde: «Dejad de entender. No hace falta. Vamos a la plaza mientras haya muchos. Luego nos marcharemos también de aquí».

[9]Debe ser una plaza más bien comercial. No es un mercado pero poco le falta, porque está circundada de fondaques en los que hay depósitos de mercancías de todos los tipos. Y la gente se aglomera en ellos. Por tanto, hay mucha gente en la plaza, y alguno hace señas de que está Jesús, de forma que pronto un círculo de gente está alrededor del "Nazareno". Un círculo compuesto de personas de todo tipo, clase y nación. Quién por veneración, quién por curiosidad. 357.9

Jesús hace un gesto de querer hablar.

«¡Vamos a escucharle!» dice un romano que sale de un almacén.

«¿No nos tocará oír alguna lamentación?» le responde un compañero suyo.

«No lo creas, Constancio. Es menos indigesto que uno de nuestros oradores de rigor».

«¡Paz a quien me escucha! Está escrito en el libro de Esdras, en * la oración de Esdras: "¿Qué vamos a decir ahora, Dios nuestro, después de las cosas que han sucedido? ¿Qué, si hemos abandonado los preceptos que habías decretado por medio de tus siervos...?"».

«Deténte, Tú que hablas. Nosotros proponemos el tema» grita un puñado de fariseos que se abre paso entre la gente. Casi al mismo tiempo, vuelve a aparecer la unidad armada y se detiene en el ángulo más cercano. Los fariseos están ya frente a Jesús. «¿Eres Tú el Galileo? ¿Eres Jesús de Nazaret?».

«¡Lo soy!».

«¡Bendito sea Dios por haberte encontrado!». La verdad es que tienen unas caras de tanta mala uva, que no se ve que estén alegres por el encuentro...

El más viejo habla: «Te seguimos desde hace muchos días, pero llegamos siempre cuando Tú ya te has marchado».

«¿Por qué me seguís?».

«Porque eres el Maestro y deseamos ser adoctrinados sobre un punto obscuro de la Ley».

«No hay puntos obscuros en la Ley de Dios».

«En ella no. Pero... en fin... pero la Ley ha sufrido "superposicio-

---

* La *oración de Esdras* está en *Esdras 9, 6-15*. El fragmento tomado comienza en el versículo 10.

nes", como Tú dices... en fin... que han proyectado obscuridad».

«Penumbras, al máximo. Y basta volver el intelecto a Dios para eliminarlas».

«No todos lo saben hacer. Nosotros, por ejemplo, permanecemos en penumbra. Tú eres el Rabí, así que ayúdanos».

357.10 [10]«¿Qué queréis saber?».

«Queríamos saber si le es lícito al hombre repudiar por un motivo cualquiera a su mujer. Es una cosa que sucede frecuentemente, y, siempre, donde sucede esto, da mucho que hablar. Vienen a nosotros para saber si es lícito. Y nosotros, según el caso, respondemos».

«Aprobando lo sucedido en el noventa por ciento de los casos. Y el diez por ciento que queda desaprobado pertenece a la categoría de los pobres o de vuestros enemigos».

«¿Cómo lo sabes?».

«Porque sucede así en todas las cosas humanas. Y agrego a la categoría la tercera clase: la que — si fuera lícito el divorcio — más derecho tendría, por ser la de los *verdaderos* casos penosos: como una lepra incurable, o una cadena perpetua, o enfermedades innominables...».

«¿Entonces para ti nunca es lícito?».

«Ni para mí ni para el Altísimo ni para ninguno de corazón recto. ¿No habéis leído que el Creador, al comienzo de los días, creó al hombre y a la mujer? Y los creó varón y hembra; y no tenía necesidad de hacerlo, porque, si hubiera querido, habría podido, para el rey de la creación, hecho a su imagen y semejanza, crear otro modo de procreación, y hubiera sido igualmente bueno aun siendo distinto de todos los otros naturales. Y dijo: "Así, por esto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne". Así pues, Dios los unió en una sola unidad. No son, por tanto, ya "dos" sino "una" sola carne. Lo que Dios ha unido, porque vio que "es buena cosa", no lo separe el hombre, pues si así sucediera sería una cosa ya no buena».

357.11 [11]«¿Pero por qué, entonces, Moisés dijo: "Si el hombre ha tomado consigo una mujer, pero la mujer no ha hallado gracia ante sus ojos por algún defecto desagradable, él escribirá un libelo de repudio, se lo entregará en mano y la despedirá de su casa"?».

«Lo dijo por la dureza de vuestro corazón. Para evitar, con una orden, desórdenes demasiado graves. Por esto os permitió repudiar a vuestras mujeres. Pero desde el principio no fue así. Porque la mujer es más que el animal, el cual sigue el capricho del amo o de las libres circunstancias naturales, y va a este o a aquel macho, es carne sin alma que hace pareja para reproducirse. Vuestras mujeres tienen un

alma como vosotros, y no es justo pisotearla despiadadamente. Porque, si bien la condena dice: "Estarás sometida a la potestad de tu marido y él te dominará", ello debe acaecer según justicia y no con atropello lesivo de los derechos del alma libre y digna de respeto. Vosotros, con el repudio, que no os es lícito, ofendéis al alma de vuestra compañera, a la carne gemela que se ha unido a la vuestra, a ese todo que es la mujer con que os habéis casado exigiendo su honestidad, mientras que vosotros, ¡perjuros!, vais a ella deshonestos, minorados, a veces corrompidos, y seguís corrompidos, y aprovecháis todas las ocasiones para herirla y dar mayor campo a la lujuria insaciable que hay en vosotros. ¡Prostituidores de vuestras esposas! Por ningún motivo podéis separaros de la mujer que está unida a vosotros según la Ley y la Bendición. Sólo en el caso de que la gracia os toque, y comprendáis que la mujer no es una propiedad sino un alma, y que, por tanto, tiene iguales derechos que vosotros de ser reconocida parte del hombre y no su objeto de placer, y sólo en el caso de que vuestro corazón sea tan duro que no sepáis elevarla a esposa, después de haber gozado de ella como una prostituta, sólo en el caso de anular este escándalo de dos que conviven sin que Dios bendiga su unión, podéis despedirla. Porque entonces vuestra unión no es tal, sino que es fornicación, y frecuentemente sin el honor de unos hijos, porque, o son eliminados forzando la naturaleza, o repudiados como una vergüenza. En ningún otro caso. En ningún otro. Porque si tenéis hijos ilegítimos de vuestra concubina, tenéis el deber de poner término al escándalo casándoos con ella, si sois libres. No contemplo el caso del adulterio consumado contra la esposa ignara. Para ese caso, santas son las piedras de la lapidación y las llamas del Seol. Y para el que repudia a su esposa legítima, porque está saciado de ella, y toma a otra, hay sólo una sentencia: ése es adultero. Y es adúltero el que toma a la repudiada, porque, si el hombre se ha arrogado el derecho de separar lo que Dios ha unido, *la unión matrimonial continúa ante los ojos de Dios, y maldito aquel que pasa a segunda esposa sin ser viudo*. Y maldito aquel que toma otra vez a su mujer primera después de haberla despedido por repudio y haberla abandonado a los miedos de la vida, siendo así que ella haya cedido a nuevo matrimonio para ganarse el pan, si queda viuda del segundo marido. Porque, aunque sea viuda, fue adúltera por culpa vuestra, y haríais doble su adulterio. ¿Habéis comprendido, fariseos que me tentáis?».

Éstos se van humillados, sin responder.

[12]«Es un hombre severo. Si fuera a Roma, vería que allí fermenta un fango aún más hediondo» dice un romano. 357.12

También algunos de Gadara se quejan: «¡Dura cosa ser hombres,

si hay que ser castos de esa forma!...».

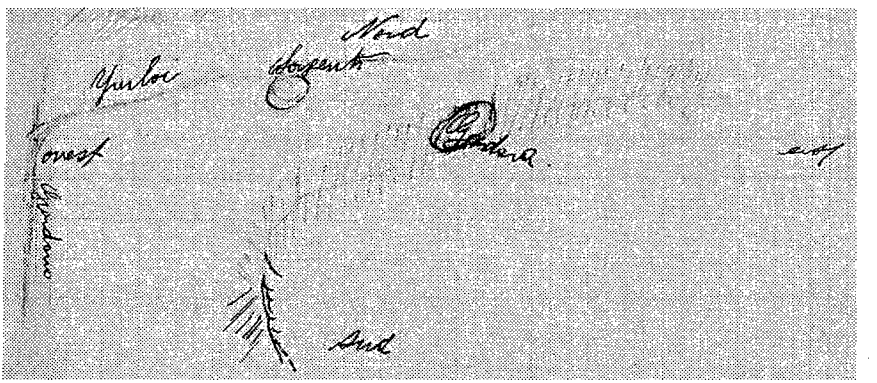
Y algunos, más fuerte: «Si tal es la condición del hombre respecto a la mujer, es mejor no casarse».

Y también los apóstoles repiten este razonamiento mientras toman de nuevo el camino que conduce a los campos, tras haber dejado a los de Gadara. Lo dice Judas con sarcasmo. Lo dice Santiago de Zebedeo con respeto y reflexión. Y Jesús responde al uno y al otro:

«No todos comprenden esto, ni lo comprenden bien. Algunos, efectivamente, prefieren el celibato para tener libertad de secundar sus vicios; otros para evitar la posibilidad de pecar siendo maridos no buenos. Sólo algunos — a los cuales les es concedido — comprenden la belleza de estar limpios de sensualidad e incluso de una honesta hambre de mujer. Y son los más santos, los más libres, los más angélicos sobre la faz de la tierra. Hablo de aquellos que se hacen eunucos por el Reino de Dios. Hay hombres que nacen así. A otros los hacen eunucos. Los primeros son personas deformes que deben suscitar compasión; los segundos... son abusos que hay que reprimir. Mas está esa tercera categoría de eunucos voluntarios, los cuales, sin usar violencia para consigo — por tanto con doble mérito —, saben adherirse a eso que Dios pide, y viven como ángeles para que el altar abandonado de la tierra tenga todavía flores e inciensos para el Señor. Éstos no complacen a su parte inferior, para crecer en la parte superior, de forma que ésta florezca, en el Cielo, en los arriates más próximos al trono del Rey. Y en verdad os digo que no son personas mutiladas, sino seres dotados de aquello que a la mayor parte de los hombres les falta. No son, pues, objeto de necio escarnio; antes al contrario, de gran veneración. Comprenda esto quien debe, y respete, si puede».

Los apóstoles casados musitan entre sí.

«¿Qué os pasa?» pregunta Jesús.



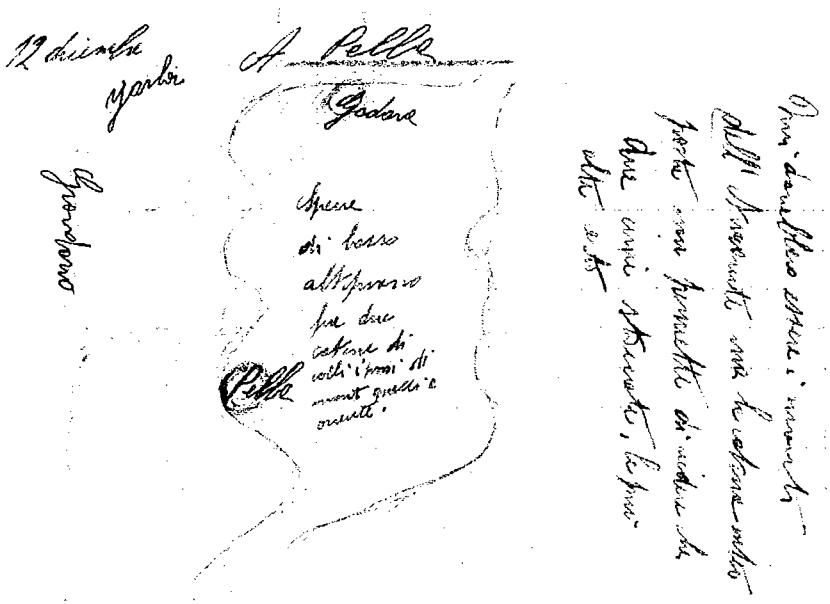
«¿Y nosotros? No sabíamos esto, y hemos tomado mujer. Pero nos gustaría ser como Tú dices...» dice por todos Bartolomé.

«Y no os está prohibido hacerlo de ahora en adelante. Vivid en continencia, viendo en vuestra compañera a vuestra hermana, y tendréis gran mérito ante los ojos de Dios. Vamos a acelerar el paso. Para estar en Pel.la antes de la lluvia». *

358. En Pel.la. El jovencito Yaia y la madre de Marcos de Josías.

12 de diciembre de 1945.

[1]El camino que de Gadara va a Pel.la recorre una zona fértil extendida entre dos órdenes de collados, uno más alto que el otro. Pa- 358.1



* *lluvia*». La última palabra del capítulo está seguida por el bosquejo que por exigencias de paginación hemos colocado en la página precedente. En él está trazado, en vertical y al Oeste, el curso del *Jordán* (*Giordano*), en el que desemboca, en dirección Norte-Oeste, el *Yarloc* (*Yarloc*), en cuyo curso están los *Manantiales* (*Sorgenti*) de aguas sulfurosas. En el centro está *Gadara* (*Gadara*), en el trazado de una cadena montañosa. Están indicados también los cuatro puntos cardinales.
La misma zona está representada en el bosquejo que MV dibuja después de la fecha y el título del capítulo siguiente. Además, están trazados otros dos afluentes, sin nombre, del Jordán; y está indicada, hacia el Sur, la posición de la ciudad de *Pel.la* (*Pella*). Entre ésta y Gadara, la siguiente anotación: *Especie de bajo altiplano entre dos cade-*

recen dos enormes peldaños de una escalera de gigantes fabulosos, para subir del valle del Jordán a los montes de Aurán. Cuando el camino se junta más al escalón de occidente, el ojo señorea no sólo sobre los montes del otro lado — creo que son los de la Galilea meridional, y ciertamente los de Samaria —, sino también sobre la verde lindura que hace de ala al río azul por una y otra parte; cuando se separa, acercándose a las cadenas de oriente, entonces pierde de vista el valle del Jordán, pero ve todavía las cimas de las cadenas de Samaria y Galilea recortadas con su verde en el fondo gris del cielo.

En día de sol sería un hermoso panorama, con tonalidades vivas de graciosa belleza. Hoy que el cielo está ya enteramente cubierto de nubes bajas, acumuladas por un siroco que aumenta sin cesar y va empujando nuevas masas de nubes densas para superponerse a las ya existentes, bajando así el cielo con toda esta guata gris y enredada, el panorama pierde la luminosidad de los colores verdes, que aparecen apagados como por una opacidad de niebla.

Llegan a algún que otro pueblecito, y los dejan atrás, sin que suceda nada particular. La indiferencia acoge y sigue al Maestro. Sólo los pordioseros, que van pidiendo limosna, no dejan de interesarse por el grupo de peregrinos galileos. No faltan los ciegos, que en su mayor parte tienen los ojos destruidos por el tracoma, o los casi ciegos, que van con la cabeza baja, soportando malamente la luz, pegados a las tapias, unas veces solos, otras con una mujer o un niño. En un pueblo, donde se interseca el camino hacia Pel.la con el de Gerasa y Bosra hacia el Lago de Tiberíades, hay un grupo numeroso que asalta las caravanas con sus quejidos semejantes a gañidos de perros, quebrados de tanto en tanto por verdaderos ululatos. Están atentos. Es un grupo de miseria, mugre y harapos, pegado a las tapias de las primeras casas. Mordisquean cortezas de pan, y aceitunas; o están adormilados, y las moscas pican con toda libertad en los párpados ulcerados. Pero, al primer ruido de cascos o de roces de numerosos pies, se alzan y van — harapiento coro de tragedia antigua —, todos con las mismas palabras y los mismos gestos, hacia los que llegan. Alguna moneda vuela y algún mendrugo de pan, y los ciegos o semiciegos exploran nerviosamente el polvo y la inmundicia para encontrar el óbolo.

358.2 [2]Jesús los observa y dice a Simón Zelote y a Felipe: «Llevadles dinero y pan. Judas tiene el dinero; el pan, Juan».

---

nas de collados, los primeros de montes, los situados al oriente. A la derecha, escrita en vertical, otra anotación: *Aquí deberían estar los montes de Auranítida, pero la cadena interpuesta no permite ver más que dos cimas destacadas, sin duda las más altas.*

Los dos se adelantan solícitos a realizar lo que ha sido ordenado, y se detienen a hablar mientras Jesús se acerca despacio, impedido por una fila de asnos que tapa el camino.

Los mendigos se asombran de la forma de saludarlos y de la gracia que les ofrecen los recién llegados, y preguntan: «¿Quiénes sois, que nos tratáis amablemente?».

«Los discípulos de Jesús de Nazaret, el Rabí de Israel, el que ama a los pobres y a los infelices porque es el Salvador, y pasa anunciando la Buena Nueva y haciendo milagros».

«Éste es el milagro» dice uno que tiene los párpados atrozmente devastados. Y le da a su pedazo de pan limpio; un verdadero animal que no siente y admira sino las cosas materiales.

Una mujer que, al pasar con sus ánforas de cobre, oye dice: «¡Cállate ahí, holgazán indecente». Y se vuelve a los discípulos para decir: «No es del pueblo. Es pendenciero y violento con sus semejantes. Habría que echarle, porque roba a los pobres del pueblo. Pero tenemos miedo de sus venganzas» y, en voz baja, verdaderamente una pizca de voz, susurra: «Se dice que es un ladrón que, durante años, ha robado y matado — bajando de los montes de Caracamoab y Sela, que ahora los dominadores llaman Petra — a los que recorren los caminos de los desiertos. Se dice que es un soldado desertor de aquel romano que fue allí para... que vieran lo que es Roma... Elio, me parece, y otro nombre más... Si le hacéis beber, habla... Ahora, ciego, ha venido a parar aquí... ¿Es aquel el Salvador?» pregunta luego señalando a Jesús, que ha pasado recto.

«Es ése. ¿Quieres decirle algo?».

«¡No, no!» dice la mujer con indeferencia.

Los dos apóstoles se despiden de ella y se encaminan para alcanzar al Maestro. [3]En esto, se produce un alboroto entre los ciegos, y se 358.3
alza un llanto casi de niño. Varios se vuelven. La mujer de antes, que está en el umbral de la puerta de su casa, explica: «Será ese despiadado que quita el dinero a los más débiles. Siempre lo hace».

También Jesús se ha vuelto, a mirar.

Efectivamente, un niño, o más bien un adolescente, sale sangrando y llorando del grupo y se queja: «¡Me ha quitado todo! ¡Y mi madre ya no tiene pan!».

Unos se muestras compasivos, otros se ríen...

«¿Quién es?» pregunta Jesús a la mujer.

«Un niño de Pel.la. Pobre. Viene mendigando. Todos ciegos en su casa, por una enfermedad cogida los unos de los otros. El padre ha muerto. La madre está en casa. El jovencito pide limosna a los que pasan y a los campesinos».

El muchacho se acerca con su bastoncito, secándose con un ribete de su manto desgarrado el llanto y la sangre, que le mana de la frente.

La mujer le llama: «¡Párate, Yaia! ¡Te lavo la frente y te doy un pan!».

«Tenía dinero y pan para varios días! ¡Ahora nada! Mi madre me espera para comer...» se lamenta el desdichado mientras se lava con el agua de la mujer.

358.4 [4]Jesús se acerca y dice: «Yo te doy todo lo que tengo. No llores».

«¡Pero Señor? ¿Por qué? ¿Dónde vamos a hospedarnos? ¿Qué haremos?» dice inquieto Judas.

«Alabaremos a Dios, que nos conserva sanos. Es ya suma gracia».

El muchacho dice: «¡Sí que lo es! ¡Si yo viera! Trabajaría para mi madre».

«¿Querrías curarte?».

«Sí».

«¿Por qué no vas a los médicos?».

«Ninguno nos ha curado nunca. Nos han dicho que hay Uno en Galilea que no es médico pero que cura. Pero, ¿cómo vamos a donde Él?».

«Ve a Jerusalén. Al Getsemaní. Es un olivar que está en las faldas del monte de los olivos, cerca del camino de Betania. Pregunta por Marcos y Jonás. Todos los del arrabal de Ofel te darán indicaciones. Puedes unirte a una caravana. Pasan muchas. A Jonás pregúntale por Jesús de Nazaret...».

«¡Eso! ¡Es ese nombre! ¿Me curará?».

«Si tienes fe, sí».

«Tengo fe. ¿Tú a dónde vas, Tú que eres bueno?».

«A Jerusalén, para la Pascua».

«¡Llévame contigo entonces! No te daré fastidio. Dormiré al raso, me bastará un pedazo de pan. Vamos a Pel.la ¿Tú vas allí, verdad? Y se lo decimos a mi madre, y luego vamos... ¡Ver! ¡Eres bueno, Señor!...» y el jovencito se arrodilla buscando los pies de Jesús para besarlos.

«Ven. Te llevaré a la luz».

«¡Bendito seas!».

358.5 [5]Reanudan el camino y la mano fusiforme de Jesús sujeta de un brazo al niño para guiarle solícitamente. Y el niño habla: «¿Quién eres? ¿Un discípulo del Salvador?».

«No».

«¿Pero le conoces al menos?».

«Sí».

«¿Y crees que me va a curar?».

«Lo creo».

«Pero... ¿querrá dinero? No tengo. ¡Los médicos quieren mucho dinero! Por las curas hemos conocido el hambre...».

«Jesús de Nazaret sólo quiere fe y amor».

«Es muy bueno entonces. Pero también Tú eres bueno» dice el jovencito, y, para coger y acariciar la mano que le guía, palpa la manga de la túnica. «¡Qué buena túnica llevas! ¡Eres un señor! ¿No te avergüenzas de mí, que voy andrajoso?».

«Me avergüenzo sólo de las culpas que deshonran al hombre».

«Yo tengo las de murmurar alguna vez por mi estado, y de desear ropa caliente, pan y, sobre todo, la vista».

Jesús le acaricia: «No son culpas que deshonren. Pero trata de no tener ni siquiera esas imperfecciones y serás santo».

«Pero, si me curo, ya no las tendré... ¿O es que no me voy a curar y Tú lo sabes y me estás preparando para mi destino y enseñándome a santificarme como Job?».

«Te curarás. Pero después, sobre todo después, tienes que estar siempre contento de tu condición, aun no siendo de las más halagüeñas».

Llegan a Pel.la. Las huertas que siempre preceden a las ciudades exponen la fecundidad de sus cuadros con un pujante verdecer de hortalizas.

Algunas mujeres que están trabajando en los surcos, o en las tinas de la colada, saludan a Yaia e le dicen: «Vuelves pronto hoy. ¿Te ha ido bien?», o: «¿Has encontrado un protector? Pobre hijo». Una, anciana, grita desde el fondo de una huerta: «¡Yaia! Si tienes hambre, hay una escudilla para ti. Si no, para tu madre. ¿Vas a casa? Tómala».

«Voy a decir a mi madre que voy con este señor bueno a Jerusalén para curarme. Conoce a Jesús de Nazaret y me guía a donde Él».

[6]El camino, casi a las puertas de Pel.la, está lleno de gente. Hay 358.6
mercaderes, pero hay también peregrinos.

Una mujer de buen aspecto, que hace su viaje en un burro, acompañada de una sierva y un siervo, al oír hablar de Jesús, se vuelve; luego tira de las riendas, para al burro, baja y se dirige a Jesús. «¿Conoces a Jesús de Nazaret? ¿Vas a donde Él? Yo también voy... Para la curación de un hijo. Quisiera hablar con el Maestro porque...» se echa a llorar debajo del tupido velo.

«¿Qué enfermedad tiene tu hijo? ¿Dónde está?».

«Es de Gerasa. Pero ahora está camino de Judea. Va como un poseso... ¡Oh, ¿qué he dicho?!».

«¿Está endemoniado?».

«Señor, lo estaba y fue curado. Ahora... es más demonio que antes, porque... ¡Esto sólo se lo puedo decir a Jesús de Nazaret!».

«Santiago, tomad al niño entre Simón y tú, e id adelante con los otros. Esperadme fuera de la puerta. Mujer, puedes decir a los siervos que sigan adelante. Hablaremos entre nosotros».

La mujer dice: «¡Pero Tú no eres el Nazareno! Yo quiero hablarle sólo a Él. Porque sólo Él puede comprender y tener misericordia».

Entretanto se han quedado solos. Los otros ya se han adelantado por su cuenta. Jesús espera a que la calle se desaloje y luego dice: «Puedes hablar. Yo soy Jesús de Nazaret».

La mujer gime y hace ademán de arrodillarse.

«No. La gente no debe saberlo por ahora. Vamos. Allí hay una casa abierta. Vamos a pedir un lugar para estar y vamos a hablar. Ven».

Van por una callecita que discurre entre dos huertas, a una casa aldeana en cuya era retozan unos niños.

«La paz sea con vosotros. ¿Me permitís que pueda descansar unos momentos esta mujer? Debo hablar con ella. Venimos de lejos para podernos hablar y Dios nos ha hecho confluir antes de la meta».

«Entrad. El huésped es bendición. Os daremos leche y pan, y agua para los pies cansados» dice una anciana.

«No hace falta. Nos basta un lugar tranquilo para poder hablar».

«Venid» y sube con ellos a una terraza enguirnaldada con una vid en que ya brotan hojas esmeraldinas.

358.7 [7]Se quedan solos.

«Habla, mujer. Ya he dicho que Dios nos ha hecho encontrarnos antes de la meta para alivio tuyo».

«¡No hay, no hay ya alivio para mí! Tenía un hijo. Quedó poseído por el demonio. Una fiera entre los sepulcros. Nada le tenía sujeto. Nada le curaba. Te vio. Te adoró con la boca del demonio, y Tú le curaste. Quería seguirte. Tú pensaste en mí, su madre, y me le enviaste. Para que me diera nueva vida y nuevo juicio, que vacilaban por el dolor de un hijo endemoniado. Le enviaste también para que te predicara, dado que quería amarte. Yo... ¡Oh! ¡Ser madre de nuevo; y, además, de un hijo santo, de un siervo tuyo! Pero, ¡dime, dime! Cuándo le dijiste que regresara, ¿sabías que era... que sería otra vez un demonio? Porque es un demonio, que te deja después de tanto bien recibido, después de haberte conocido, después de haber sido elegido para el Cielo... ¡Dímelo! ¿Lo sabías? ¡Oh, estoy desvariando! Hablo y no te digo por qué es un demonio... Hace algo de tiempo que ha caído otra vez en locura. Pocos días, pero para mí más penosos que los largos años que vivió endemoniado... Y entonces creía que

nunca sufriría penas más grandes que ésa... Ha venido... y ha demolido la fe que Gerasa cultivaba hacia ti por mérito tuyo y suyo, diciendo infamias de ti. ¡Y ahora te precede hacia el vado de Jericó, procurándote daño, procurándote daño!».

La mujer, que no se ha quitado en todo este tiempo el velo bajo el cual solloza desconsoladamente, se arroja a los pies de Jesús suplicando: «¡Márchate! ¡Aléjate! ¡No te dejes insultar! Yo me he puesto en camino, de acuerdo con mi marido enfermo, rogando a Dios hallarte. ¡Me ha escuchado! ¡Bendito sea! ¡No quiero, no quiero permitir que Tú, Salvador, seas maltratado por causa de mi hijo! ¿Por qué le he traído al mundo? ¡Te ha traicionado, Señor! Cita mal tus palabras. El demonio se ha apoderado de nuevo de él. Y... ¡oh, Altísimo y Santo!... ¡piedad de una madre! Y se condenará. ¡Mi hijo, mi hijo! Antes no tenía culpa de estar lleno de demonios. Era una desventura que le había sucedido. ¡Pero ahora, ahora que le habías liberado, ahora que había conocido a Dios, ahora que Tú le habías instruido! ¡Ahora ha querido ser un demonio, y ya ninguna fuerza le liberará! ¡Oh!».

La mujer está por el suelo: un amasijo de vestidos y carne agitándose en medio de los sollozos. Y gime: «Dime, dime qué debo hacer por ti, por mi hijo. ¡Para desagraviar! ¡Para salvar! No. ¡Desagraviar! Ya ves que mi dolor es desagravio. ¡Pero salvar! No puedo salvar al que reniega de Dios. Está condenado... Y, para mí, israelita, ¿qué es esto? Tormento».

[8]Jesús se agacha. Le pone la mano en el hombro. «¡Álzate, cálmate! Te tengo amor. Escucha, pobre madre». 358.8

«¡¿No me maldices por haberle generado?!».

«¡No! No eres responsable de su error. Has de saber, además, para consuelo tuyo, que sí puedes ser causa de su salvación. Los quebrantos de los hijos pueden ser reparados por las madres. Y tú lo vas a hacer. Tu dolor, siendo bueno como es, no es estéril; es fecundo. Por tu dolor será salvada el alma que amas. Expías por él, y expías con una intención tan recta, que eres la indulgencia de tu hijo. Volverá a Dios. No llores».

«¿Pero cuándo? ¿Cuándo será?».

«Cuando tu llanto se disuelva en mi Sangre».

«¿Tu Sangre? ¿Entonces es verdad lo que dice él? ¿Que te matarán porque mereces la muerte?... ¡Blasfemia horrenda!».

«Es verdad verdadera en la primera parte. Me matarán para haceros dignos de Vida. Soy el Salvador, mujer. La salvación se da con la palabra, con la misericordia y con el holocausto. Para tu hijo es necesario esto. Y lo daré. Pero ayúdame. Dame tu dolor. Ve con mi bendición. Consérvala en ti para poder ser misericordiosa y paciente

con tu hijo, y recordarle así que *Otro* fue misericordioso con él. Ve, ve en paz».

«¡Pero no hables en Pel.la! ¡No hables en Perea! Te los ha puesto en contra. Y no está solo. Pero yo veo sólo a él y hablo sólo de él...».

«Hablaré con un hecho, que será suficiente para anular la obra de otros. Ve en paz a tu casa».

«Señor, ahora que me has absuelto de haberle generado, ve mi rostro, para saber cómo es el rostro de una madre acongojada» y se destapa la cara diciendo «Aquí ves la cara de la madre de Marcos de * Josías, renegador del Mesías y torturador de la que le engendró» y baja de nuevo el tupido velo para cubrir su rostro devastado por el llanto, y dice gimiendo: «¡Ninguna otra madre de Israel me igualará en el dolor!».

358.9 [9]Bajan del lugar hospitalario. Toman la calle otra vez. Entran en Pel.la y se reúnen de nuevo la mujer con los siervos y Jesús con los apóstoles.

Pero la mujer le sigue, como hechizada, mientras Jesús va detrás del muchacho, que se dirige a su pobre casuca: una casa situada en un sótano de una construcción pegada a la ladera del monte, característica de esta ciudad que sube a escalones, de forma que el bajo del lado oeste es el segundo piso del lado este, pero en realidad es un bajo también allí, porque se puede acceder a él desde el camino que pasa por arriba, que está al nivel del último piso; no sé si logro explicarme bien.

El muchacho llama con fuerza: «¡Madre! ¡Madre!».

Del interior del antro mísero y obscuro sale una mujer todavía joven, ciega, desenvuelta porque conoce bien el recinto. «¿Ya de regreso, hijo mío? ¿Tan numerosas han sido las limosnas, que regresas estando todavía alto el día?».

«Mamá, he encontrado a uno que conoce a Jesús de Nazaret y que dice que me lleva a donde Él para que me cure. Es muy bueno. ¿Me dejas ir, mamá?».

«¡Claro, Yaia! Me quedo sola, pero ve, ve, bendito, ¡y mira también por mí al Salvador!». La adhesión, la fe de la mujer es absoluta.

Jesús sonríe. Habla: «¿No dudas, mujer, ni de mí ni del Salvador?».

«No. Si Tú le conoces y eres amigo suyo, tienes que ser bueno sin duda. ¡Él puede hacerlo! ¡Ve, ve, hijo! No te retrases ni un momento. Vamos a darnos un beso y ve con Dios».

A tientas se encuentran y se besan.

---

* *Marcos de Josías* aparece por primera vez en 186.5/8.

Jesús pone encima de la tosca mesa un pan y unas monedas. «Adiós, mujer. Aquí tienes con qué procurarte comida. La paz sea contigo».

[10]Salen. La comitiva reanuda la marcha. Caen las primeras gotas 358.10
de lluvia.

«¿Pero no nos paramos? Llueve...» dicen los apóstoles.

«En Yabés Galaad nos detendremos. Caminad».

Se echan los mantos por encima de las cabezas. Jesús extiende el suyo sobre la cabeza del muchacho. La madre de Marcos de Josías le sigue con los siervos, en su asno. Da la impresión de que no se puede separar de Él.

Salen de Pel.la. Se adentran en la verde campiña, triste en este día lluvioso.

Recorren al menos un kilómetro. Luego Jesús se para. Toma la cabeza del cieguito entre sus manos, le besa en los ojos extinguidos y dice: «Y ahora regresa. Ve a decir a tu madre que el Señor premia a quien tiene fe, y ve a decir a los de Pel.la lo que es el Señor». Le deja marcharse y se aleja rápido.

Pero no han pasado tres minutos cuando el muchacho grita: «¡Pero si veo! ¡Oh! ¡No te vayas! ¡Tú eres Jesús! ¡Haz que Tú seas lo primero que vea!» y cae de rodillas en el camino mojado de lluvia.

Por una parte la mujer gerasena y los siervos, por otra los apóstoles, corren a ver el milagro.

También Jesús vuelve, lentamente, sonriente. Se agacha a acariciar al muchacho. «Ve, ve donde tu mamá. ¡Que sepas creer en mí, siempre!».

«Sí, Señor mío... ¡¿Pero a mi madre nada?! ¿En la obscuridad ella, que cree como yo?».

Jesús sonríe aún más luminosamente. Mira a su alrededor. Ve en el borde del camino una mata de pequeñas margaritas aljofaradas de agua. Se agacha. Las coge. Las bendice. Se las da al niño.

«Pásalas por encima de los ojos de tu madre y ella verá. Yo no vuelvo para atrás. Voy adelante. El que sea bueno que me siga con su espíritu, y que hable de mí a los que vacilan. Tú habla de mí en Pel.la, que titubea en la fe. Ve. Dios está contigo».

Y luego se vuelve a la mujer de Gerasa: «Y tú síguele. Ésta es la respuesta de Dios a todos los que tratan de disminuir la fe de los hombres en el Cristo. Que esto refuerce *tu* fe y la de Josías. Ve en paz».

Se separan. Jesús reanuda la marcha hacia el Sur; el niño, la gerasena y los siervos, hacia el Norte. El velo tupido del agua los separa como tras una cortina de humo...

359. En la cabaña de Matías cerca de Yabés Galaad.

13 de diciembre de 1945.

359.1 [1]El valle profundo y boscoso donde surge Yabés Galaad se oye rumoroso debido a un arroyuelo muy cargado de agua, que va espumando hacia el cercano Jordán. El crepúsculo y la jornada, tenebrosos, agravan los aspectos sombríos de las frondas; así que el pueblo se presenta triste e inhóspito ya desde los primeros momentos.

«¡Mmm! No quisiera que después de siglos se vengara en nosotros este pueblo, de la desagradable sorpresa que le dio Israel. ¡Basta! ¡Vamos a sufrir por el Señor!» dice Tomás, que conserva su buen humor, a pesar de que su ropa esté como recién sacada de una tina (barro caminando, de la cabeza a las caderas, de las caderas a los pies). *

No los vapulean, eso no. Pero los echan de todas partes, llamándolos ladrones, y peor todavía. Felipe y Mateo tienen que pegarse una buena carrera para salvarse de un perro de grandes dimensiones embriscado por un pastor cuando habían ido a la puerta de un aprisco a pedir alojamiento para la noche «al menos en el cobertizo de los animales».

«¿Y ahora qué hacemos?».

«No tenemos pan».

«Ni dinero. ¡Sin dinero no se encuentra ni pan ni posada!».

«Y estamos empapados, helados, hambrientos».

«Y llega la noche. ¡Sí que vamos a estar cucos mañana, después de una noche en el bosque!».

De doce que son, siete rezongan abiertamente; tres tienen escrito en el rostro su mal humor, y, aunque de hecho guardan silencio, es como si hablaran. Simón Zelote va cabizbajo, indescifrable. Juan parece como sobre las brasas encendidas y su cabeza se vuelve veloz, de los rezongones a Jesús y de éste a aquéllos, con la pena dibujada en la cara. Jesús continúa llamando de casa en casa, personalmente, puesto que los apóstoles no quieren o lo hacen con temor; continúa recorriendo, paciente, las callejuelas convertidas en pantanos resbaladizos y fétidos. Pero en todas partes es rechazado.

359.2 [2]Ya están en el extremo del pueblo. Allí el valle se abre en los pastos de la llanura transjordánica. Alguna que otra casa, todavía... Todo son desilusiones...

«Busquemos en los campos. ¿Juan, eres capaz de subir a este olmo? Desde arriba puedes ver».

---

* La *desagradable sorpresa que le dio Israel* está narrada en: *1 Macabeos 5, 9-36.*

«Sí, mi Señor».

«El olmo está resbaladizo de lluvia. El muchacho no va a subir y se va a hacer daño. Y, por si fuera poco, vamos a tener un herido» dice Pedro descontento.

Y Jesús, mansamente: «¡Subo Yo!».

«¡De ninguna manera!» gritan en coro. Los que más alzan la voz son los pescadores, que añaden: «Si es peligroso para nosotros, que somos pescadores, ¿cómo vas a poder Tú, que no has trepado nunca por las costanas ni por las cuerdas?».

«Lo hacía por vosotros. Para buscaros un alojamiento. Para mí es indiferente. No es el agua lo que me resulta penoso...». ¡Cuánta tristeza! ¡Cuánta moción a la piedad por Él hay en la voz!

Algunos se aperciben y callan. Otros, que son, para mayor exactitud, Bartolomé y Mateo, dicen: «Ya es demasiado tarde para poner remedio. Se debía haber pensado antes».

«Sí, y no hacer caprichos queriendo salir de Pel.la aunque ya lloviera. Has sido un testarudo y un imprudente, y ahora todos tenemos que pagar las consecuencias. ¿Qué remedio vas a poner ahora? ¡Si hubiéramos tenido una bolsa bien nutrida, hubieras visto como se habrían abierto todas las casas! ¡Pero Tú!... ¿Por qué no haces un milagro, al menos un milagro para tus apóstoles, puesto que los haces hasta para los indignos?» dice Judas de Keriot, gesticulando como un loco, agresivo; tanto que los otros, aunque en el fondo piensen en parte come él, sienten la necesidad de exigirle respeto.

Jesús parece ya el Condenado mirando pacífico a sus verdugos. Y calla. Este callar, que va siendo cada vez más frecuente en Jesús desde hace un tiempo, preludio del "gran silencio" ante el Sanedrín, ante Pilatos y ante Herodes, me da mucha pena. Me semejan esas pausas de silencio que se oyen en el quejido de un moribundo, que no son signo de calma de los dolores, sino preludio de la muerte. Siento la impresión de que estos silencios de Jesús gritan, más que cualquier otra palabra, con su callar, y que expresan todo el dolor de Jesús ante la incomprensión de los hombres y su desamor. Y su mansedumbre que no reacciona, esta postura suya con la cabeza un poco baja, me le presentan ya atado, consignado al odio de los hombres.

«¿Por qué no hablas?» le preguntan.

«Porque diría palabras que vuestro corazón no entendería en este momento... Vamos. Vamos a andar para no congelarnos... Y perdonad...».

Se vuelve sin demora y se pone a la cabeza de esta comitiva que en parte es comprensiva; en parte, acusadora; en parte, polémica con los compañeros.

359.3 [3]Juan se rezaga un poco, pero de forma que ninguno se dé cuenta. Luego se acerca a un árbol grande, alto — creo que es chopo o fresno —, y, arrojados manto y túnica, se pone a subir semidesnudo, fatigosamente, hasta que las primeras ramas no le facilitan la subida. Sube, sube, sube, como un gato. Alguna vez también resbala, pero se afianza de nuevo. Está ya casi en la cima. Escudriña el horizonte bajo las últimas luces del día, más claras aquí — en abierta llanura — que en el valle, porque además las plomizas nubes son menos espesas. Agudiza la mirada en todas las direcciones. Por fin un gesto de alegría. Se deja resbajar rápidamente hasta el suelo, se pone los indumentos que se había quitado, se echa a correr hasta alcanzar y pasar a sus compañeros. Ya llegó donde el Maestro. Dice, jadeante por el esfuerzo realizado y por la carrera: «Una cabaña, Señor... una cabaña hacia oriente... pero hay que volver atrás... He subido a un árbol... Ven, ven...».

«Voy con Juan por esta parte. Si queréis venir, venid; si no, proseguid hasta el próximo pueblo siguiendo el río. Allí nos encontraremos» dice Jesús serio y decidido.

Los siguen todos por los prados empapados.

«¡Pero estamos volviendo a Yabés!».

«Yo no veo casas...».

«¡Quién sabe lo que habrá visto el muchacho!».

«¡Quizás un pajar!».

«O la cabaña de un leproso».

«Así terminamos de mojarnos. Estos prados parecen esponjas» se lamentan los apóstoles.

359.4 [4]Pero no es ni la cabaña de un leproso ni un pajar lo que se presenta a sus ojos detrás de una espesura de troncos. Es una cabaña, eso sí. Ancha, baja, semejante a un aprisco pobre. Tejado de paja hasta la mitad, paredes de barro que apenas si se sujetan con los cuatro machones angulares de piedras sin desbastar. Una serie de estacas circuye la casucha; en el espacio intermedio, hortalizas que chorrean agua.

Juan da una voz. Se asoma un anciano. «¿Quién es?».

«Peregrinos camino de Jerusalén. ¡Posada en nombre de Dios!» dice Jesús.

«Siempre. Es un deber. Pero mal sitio os ha tocado. Tengo poco espacio y no tengo camas».

«No importa. Tendrás fuego al menos».

El hombre se afana en abrir el cierre y lo abre. «Entrad. La paz sea con vosotros».

Pasan por la minúscula huerta. Entran en la habitación única,

que es cocina y dormitorio. En el hogar está encendido el fuego. Hay orden y pobreza. No hay ni un utensilio más de los necesarios.

«¿Veis? ¡Lo único que tengo es un corazón grande y adornado! Pero si os adaptáis... ¿Tenéis pan?».

«No. Un puñado de aceitunas...».

«Yo no tengo pan para todos. Pero os voy a hacer una cosa con la leche. Tengo dos ovejas. Me bastan. Voy a ordeñarlas. ¿Me dais los mantos? Así los extiendo en el aprisco, aquí detrás. Se secarán un poco. Mañana con la llama se acabarán de secar».

El hombre sale cargado con la ropa húmeda. Todos están cerca del fuego y se alegran por el calor.

Vuelve el hombre trayendo una tosca estera. La extiende. «Quitaos las sandalias. Así las lavo y les quito el barro y las cuelgo para que se sequen. También os voy a dar agua caliente para quitaros el barro de los pies. La estera es tosca, pero es gruesa y está limpia; la agradeceréis más que el suelo frío».

Descuelga un caldero lleno de agua verdosa, por las verduras que cuecen dentro, y vierte el agua mitad en un barreño mitad en una tina. La alarga con agua fría y dice: «Aquí tenéis. Os reanimará. Lavaos. Éste es un paño limpio».

Y, entretanto, se afana avivando la llama, vierte leche en un caldero y la pone en el fuego. Y, en cuanto empieza a hervir, echa semillas dentro de la leche (creo que son o cebada molida o millo descascarado). Y remueve la papilla.

[5]Jesús, que ha sido uno de los primeros que se ha lavado, se acerca a él: «Que Dios te recompense por tu caridad». 359.5

«No hago sino restituir lo que he recibido de Él. Estaba leproso. De los treinta y siete a los cincuenta y uno, leproso. Luego me curé. Pero en el pueblo me encontré ya que mis padres habían muerto, y mi mujer; y la casa estaba devastada. Además yo era "el leproso"... Vine aquí y me hice mi nido; yo solo y con la ayuda de Dios. Primero una cabaña de juncos, luego de madera. Luego tapias... Todos los años una cosa nueva. El año pasado hice el lugar para las ovejas. Las he comprado fabricando esteras que vendo, y también platos y vasos de madera. Tengo un manzano, un peral, una higuera, una vid. Detrás tengo una parcelita de cebada; delante, las hortalizas. Cuatro parejas de palomas y dos ovejas. Dentro de poco tendré corderos. Esperemos que sean hembras esta vez. Bendigo al Señor y no pido más cosas. ¿Y Tú quién eres?».

«Un galileo. ¿Tienes prejuicios?».

«Ninguno, aunque sea de raza judía. Si hubiera tenido hijos, habría podido tener uno como Tú... Hago de padre a las palomitas...

Estoy acostumbrado a estar solo».

«¿Y para las Fiestas?».

«Lleno los comederos y me marcho. Alquilo un asno. Corro, hago lo que tengo que hacer, y vuelvo. Jamás me ha faltado ni una sola hoja. Dios es bueno».

«Sí, con los buenos y con los menos buenos; pero los buenos están bajo sus alas».

«Sí. Lo dice también Isaías... A mí me ha protegido».

«De todas formas, has sido leproso» observa Tomás.

«Y me he quedado pobre y solo. Pero, mira, volver a ser un hombre y tener techo y pan es gracia de Dios. Mi modelo en la desventura fue Job. Espero merecer como él la bendición de Dios, no en riquezas sino en gracia».

359.6 «La tendrás. Eres un justo. [6]¿Cómo te llamas?».

«Matías». Y quita del fuego su caldero, lo lleva a la mesa, añade mantequilla y miel, remueve, vuelve a ponerlo en el fuego y dice: «Tengo sólo seis piezas de vajilla entre platos y cuencos. Os turnáis».

«¿Y tú?».

«El que da hospitalidad es el último en servirse. Primero los hermanos que Dios envía. Bueno, ya está a punto. Esto sienta bien». Y echa unos cazos de papilla humeante en cuatro platos y dos cuencos. Cucharas de madera sí que hay.

Jesús sugiere a los más jóvenes que coman.

«No. Tú, Maestro» dice Juan.

«No, no. Conviene que se sacie Judas, y vea que hay siempre comida para los hijos».

Judas Iscariote cambia de color, pero come.

«¿Eres un rabí?».

«Sí. Éstos son mis discípulos».

«Yo iba donde el Bautista, cuando él estaba en Betabara. ¿Sabes algo del Mesías? Dicen que ya ha venido y que Juan le señaló. Siempre que voy a Jerusalén espero verle. Pero nunca lo he logrado. Cumplo el rito y no me detengo. Será por esto por lo que no le veo. Aquí vivo aislado, y además... gente no buena en Perea. Hablé con unos pastores que vienen aquí por los pastos. Ellos sabían del Mesías. Me hablaron. ¡Qué palabras! ¡Qué será cuando las diga Él!...».

Jesús no se da a conocer. Le toca ahora comer y lo hace serenamente, al lado del buen anciano.

«¿Y ahora? ¿Cómo vamos a hacer para dormir? Os cedo la cama. Pero es solo una... Yo voy donde las ovejas».

«No, vamos nosotros. El heno es bueno para quien está cansado».

La cena ha terminado. Ahora piensan en acostarse para partir al alba. Pero el anciano insiste y a su cama va Mateo, que está muy constipado.

[7]Pero la aurora es un diluvio. ¿Cómo ponerse en marcha bajo esas 359.7
cataratas? Siguen el consejo del viejo y se quedan. Entretanto cepillan y secan las túnicas, untan las sandalias, dan descanso a sus cuerpos. El viejo cuece otra vez cebada en la leche, para todos; luego mete unas manzanas entre las cenizas. La comida de todos. Lo están consumiendo cuando llega de fuera una voz.

«¿Otro peregrino? ¿Cómo nos vamos a arreglar?» dice el anciano. Pero se pone en pie y sale, envuelto en una manta de lana basta, impermeable.

En la cocina hay calor de fuego, pero no de humor bueno. Jesús guarda silencio.

Vuelve el anciano, con los ojos desmesuradamente abiertos. Mira a Jesús, mira a los otros. Parece sentir miedo... parece en duda y escrutador. Al fin dice: «¿Uno de vosotros es el Mesías? Decidlo, porque los de Pel.la le buscan para adorarle, por un gran milagro que ha hecho. Llevan llamando, desde ayer tarde, a todas las casas, hasta el río, hasta el primer pueblo... Ahora, regresando, han pensado en mí. Alguno ha indicado mi casa. Están afuera, con los carros. ¡Mucha gente!».

Jesús se levanta. Los doce dicen: «No vayas. Si has dicho que era prudente no detenernos en Pel.la, es inútil mostrarte ahora».

«¡Pero entonces!... ¡Oh! ¡Bendito! ¡Bendito Tú y quien te ha enviado! ¡Y bendito yo, que te he acogido! Eres el rabí Jesús, aquel... ¡Oh!». El hombre está de rodillas, con la frente contra el suelo.

«Soy Yo. Pero deja que vaya a estos que me buscan. Luego vendré a ti, hombre bueno». Se libera los tobillos apresados por las manos del anciano y sale a la huerta inundada.

[8]«¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Hosanna!». Se apean rápidamente de los 359.8
carros. Son hombres y mujeres, y está el cieguito de ayer con su madre, y está la gerasena. Sin preocuparse del barro, se arrodillan y suplican: «¡Regresa, regresa donde nosotros, a Pel.la!».

«No: a Yabés» gritan otros, que son ciertamente de allí. «¡Te queremos con nosotros! ¡Estamos arrepentidos de haberte echado!» gritan los de Yabés.

«No, donde nosotros. A Pel.la, donde está vivo tu milagro. A ellos los ojos; a nosotros, la luz del alma».

«No puedo. Voy a Jerusalén. Allí me encontraréis».

«Estás enfadado porque te hayamos echado».

«Estás disgustado porque sabes que habíamos creído las calumnias de un pecador».

La madre de Marcos se tapa la cara y llora.

«Dile tú, Yaia, al que te ha amado, que vuelva».

«Me encontraréis en Jerusalén. Marchaos. Y perseverad. No seáis como los vientos, que van en todas las direcciones. Adiós».

«No. Ven. Te raptamos por la fuerza, si no vienes».

«Vosotros no alzaréis contra mí vuestra mano. Esto es idolatría, no verdadera fe. La fe cree incluso sin ver. Persevera aunque se la combata. Crece aun sin milagros. Me quedo en casa de Matías, que ha sabido creer sin ver nada y que es un justo».

«Al menos, acepta nuestros presentes. Dinero, pan. Nos han dicho que habéis dado todo lo que teníais a Yaia y a su madre. Toma un carro. Irás en él. Lo dejas en Jericó, en casa de Timón el posadero. Tómalo. Llueve. Y va a seguir lloviendo. Estarás resguardado. Llegarás antes. Muéstranos que no nos odias».

Ellos al otro lado de la estacada, Jesús a este lado, se miran; los de la parte de allá están agitados. Detrás de Jesús está el anciano Matías, de rodillas, con la boca abierta; luego, de pie, los apóstoles.

Jesús tiende la mano y dice: «Acepto para los pobres. Pero no acepto el carro. Soy el Pobre entre los pobres. No insistáis. Yaia, mujer, y tú de Gerasa, venid que os bendiga en particular». Y, cuando los tiene a su lado, puesto que Matías ha abierto la estacada, los acaricia y bendice, y se despide de ellos. Bendice luego a los otros, que se han aglomerado en torno a la entrada y están dando a los apóstoles monedas y víveres, y los despide.

359.9 [9]Vuelve a casa...

«¿Por qué no les has hablado?».

«Habla el milagro de los dos ciegos».

«¿Por qué no has tomado el carro?».

«Porque ir a pie está bien». Y se vuelve a Matías: «Te habría recompensado con las bendiciones. Ahora puedo darte, además, un poco de dinero por los gastos que te ocasionamos...».

«No, Señor Jesús... No lo quiero. Esto lo he hecho de buen corazón. Ahora... ahora lo hago sirviendo al Señor. No paga el Señor. No está obligado a ello. ¡He sido yo quien ha recibido, no Tú! ¡Este día vendrá, con su recuerdo, hasta la otra vida!».

«Bien has hablado. Encontrarás tu misericordia hacia los peregrinos escrita en el Cielo, y también tu fe solícita. En cuanto se aclare el cielo un poco, te dejo. Aquellos podrían volver. Insistentes mientras están bajo la impresión del milagro; luego... tardos como antes, o enemigos. Yo continúo mi camino. Hasta ahora me he detenido,

tratando de convertirlos. Ahora vengo y paso, sin detenerme. Voy al destino mío que me apremia. Dios y el hombre me acucian. No puedo ya detenerme. Me aguija el amor y me aguija el odio. Quien me ama puede seguirme. Pero el Maestro ya no va a correr detrás de las ovejas indóciles».

«¿No te aman, Maestro divino?» pregunta Matías.

«No me comprenden».

«Son malos».

«Los gravan las concupiscencias».

El hombre ya no se atreve a mostrarse con la libertad de antes. Parece como si estuviera delante del altar. Jesús, por el contrario, ahora que ya no es el Desconocido, se muestra menos reservado y habla al anciano como a un familiar.

Y así pasan las horas, hasta un principio de sol de mediodía. La nube, rota, promete suspensión de la lluvia. Jesús ordena la partida. Y, mientras el anciano va a recoger los mantos ya secos, deposita en un cajón unas monedas y dispone que metan panes y quesos en una masera.

Regresa el anciano. Jesús le bendice. Luego reanuda su camino, y se vuelve todavía a mirar a la blanca cabeza que sobresale de la estacada obscura.

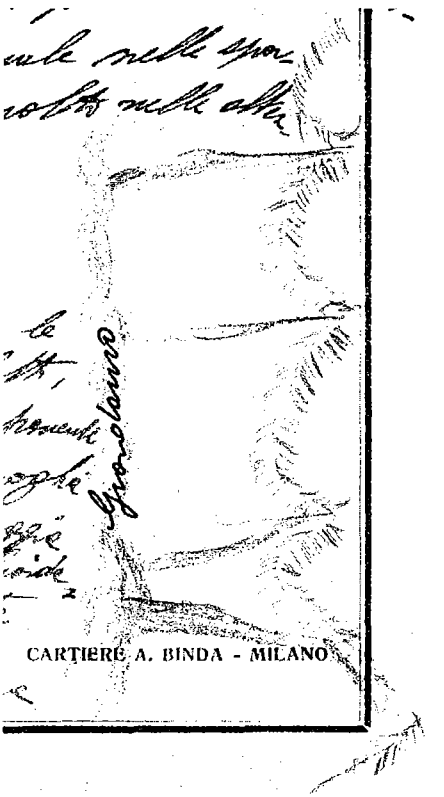
360. El malhumor de los apóstoles y el descanso en una gruta. El encuentro con Rosa de Jericó.

14 de diciembre de 1945.

[1]La llanura del lado oriental del Jordán, por las continuas lluvias, 360.1
parece haberse convertido en una laguna, especialmente en el lugar en que se encuentran ahora Jesús y los apóstoles. Hace poco, han cruzado un torrente que desciende por una estrechura de las cercanas colinas, las cuales parecen formar verdaderamente una presa ciclópica, de Norte a Sur, paralela al Jordán, interrumpida acá o allá por estrechos valles por los que surge el inevitable torrente. Parece como si Dios hubiera puesto un gran festón de collados para orla del gran valle del Jordán, por esta parte. Diría, incluso, que son tan iguales sus salientes, formas y alturas, que es un festón monótono. El grupo apostólico está entre los dos últimos torrentes, que además se han desbordado y han ocupado las zonas rayanas de sus orillas, ampliando así su lecho; especialmente el que está al Sur, imponente por la masa de agua que trae de las montañas, que rumorea, turbia, en dirección al Jordán, cuyo rumor, a su vez, se oye fuerte, especial-

mente en las zonas en que las curvas naturales — podría decir, las estrechuras que continuamente presenta — o la desembocadura de un afluente producen una excesiva acumulación de aguas. Pues bien, Jesús está dentro de este triángulo truncado, formado por tres * cursos de agua crecidos; y salir de ese pantano no es cosa fácil.

360.2 [2]El humor apostólico está más turbio que el día. Con eso está todo dicho. Todos quieren expresar su opinión. Todas las cosas que se dicen celan, bajo la apariencia de un consejo, una crítica. Es la hora de los: «Yo lo había dicho», «si se hubiera hecho como aconsejaba yo»... tan violentos para una persona que haya cometido un error, para alguien que ya de por sí se sienta abatido por ello.



Aquí se dice: «Hubiera sido mejor pasar el río a la altura de Pel.la y luego ir por la otra parte, que es menos dificultosa», o: «¡Hubiera convenido tomar aquel carro! Sí, hemos cumplido, ¿pero luego?...», y también: «¡Si nos hubiéramos quedado en los montes, no habría este barro!».

Juan dice: «Sois los profetas de las cosas realizadas. ¿Quién podía prever esta insistencia de la lluvia?».

«Es su tiempo. Era natural» sentencia Bartolomé.

«Los otros años no ha sido así antes de la Pascua. Cuando fui donde vosotros, el Cedrón no estaba crecido, y el año pasado hemos tenido incluso tiempo seco. Vosotros que os quejáis, ¿no os acordáis de la sed que pasamos en la llanura filistea?» dice el Zelote.

---

* El *triángulo truncado* es el formado — en el bosquejo autógrafo de MV — por *tres cursos de agua*: los últimos dos afluentes en el Sur y el tramo de Jordán entre el uno y el otro. El nombre *Jordán* (*Giordano*) está escrito en el curso de agua grande situado al Oeste, mientras que al Este está esbozado un sistema de colinas.

«¡Claro! ¡Natural! ¡Hablan los dos sabios y nos contradicen!» dice con ironía Judas de Keriot.

«Tú cállate, por favor. Sabes sólo criticar. Pero, en los momentos importantes, cuando hay que hablar con algún fariseo o similar, te quedas callado como si tuvieras trabada la lengua» le dice, inquieto, Judas Tadeo.

«Sí. Tiene razón. ¿Por qué no has replicado ni una palabra a esas tres serpientes en el último pueblo? Sabías que habíamos estado también en Yiscala y en Meirón, respetuosos y obsequiosos; y que allí quiso ir Él, justamente Él, que honra a los grandes rabíes difuntos. ¡Pero no has hablado! Sabes cómo exige de nosotros respeto a la Ley y a los sacerdotes. ¡Pero no has hablado! Hablas ahora. Ahora, porque hay alguna ironía que hacer sobre los mejores de entre nosotros, y críticas que hacer a las acciones del Maestro» dice, en tono apremiante, Andrés, que normalmente es paciente pero que hoy se manifiesta muy nervioso.

«Calla tú. Judas está equivocado. Él, que es amigo de muchos, demasiados, samaritanos...» dice Pedro.

«¿Yo! ¿Quiénes son? Dime sus nombres, si puedes».

«¡Sí, sí, amigo! Todos los fariseos, saduceos y gente influyente de cuya amistad te jactas. ¡Se ve que te conocen! A mí no me saludan nunca. A ti, sí».

«¡Estás celoso! Bueno, yo pertenezco al Templo y tú no».

«Por gracia de Dios soy un pescador. Sí, y me glorío de ello».

«Un pescador tan necio, que no ha sabido ni siquiera prever este tiempo».

«¡No? Ya lo dije: "Luna de Nisán mojada, agua a cantaradas"» sentencia Pedro.

«¡Ah! ¡Aquí te quería ver! ¿Y tú qué opinas, Judas de Alfeo? ¿Y tú, Andrés? ¡También Pedro, el Jefe, critica al Maestro!».

«Yo no critico absolutamente a ninguno. Estoy diciendo un proverbio».

«Que, para quien lo oye, significa crítica y reproche».

«Sí... pero todo esto no sirve para secar la tierra, me parece. Ya estamos aquí, y aquí debemos estar. Vamos a reservar el aliento para desencajar los pies de este pantano» dice Tomás.

[3]¿Y Jesús? Jesús guarda silencio. Va un poco adelantado, chapoteando en el lodo, o buscando pedazos de tierra herbosa no sumergidos. Pero también basta con pisarlos para que salpiquen agua hasta la mitad de las espinillas, como si el pie hubiera pisado una bolsa, en vez de un trozo de tierra con hierba. Guarda silencio, les deja hablar, descontentos, enteramente hombres, nada más que hombres a quie- 360.3

nes la mínima molestia vuelve irascibles e injustos.

Ya está cerca el río más meridional. Jesús, viendo pasar a lo largo del ribazo inundado a un hombre a lomos de un mulo, pregunta: «¿Dónde está el puente?».

«Más arriba. Yo también paso por él. El otro, hacia abajo, el romano, está ya sumergido».

Otro coro de quejas... Pero se apresuran a seguir al hombre, que habla con Jesús.

«De todas formas, te conviene subir hacia las colinas» dice. Y termina: «Vuelve al llano cuando encuentres el tercer río después del Yaloc. Tendrás ya cerca el vado. Pero apresúrate. No te detengas. Porque el río crece cada hora que pasa. ¡Qué estación más horrible! Primero el hielo, luego el agua. Y fuerte como ahora. Un castigo de Dios. ¡Pero es justo! Cuando no se apedrea a los blasfemos de la Ley, Dios castiga. ¡Y tenemos blasfemos de ésos! ¿Tú eres galileo, no es verdad? Entonces conocerás a ese de Nazaret del que todos los buenos se separan porque provoca todos los males. ¡Atrae las potencias destructoras con su palabra! ¡Los castigos! Hay que oír lo que cuentan de Él los que le seguían. Tienen razón los fariseos en perseguirle. ¡Qué gran ladrón será! Debe dar miedo como Belcebú. Me vinieron ganas de ir a escucharle, porque antes me habían hablado muy bien de Él. Pero... eran discursos de los de su banda. Todos gente sin escrúpulos como Él. Los buenos le abandonan. Y hacen bien. Yo, por mi parte, ya no trataré de verle otra vez. Y si me coincide en mi camino, le apedreo, como se debe hacer contra los blasfemos».

«Apedréame entonces. Soy Yo Jesús de Nazaret. No huyo ni te maldigo. He venido para redimir al mundo derramando mi Sangre. Aquí me tienes. Sacrifícame, pero hazte justo».

Jesús dice esto abriendo un poco los brazos, hacia abajo; lo dice lentamente, mansamente, con tristeza. Pero, si hubiera maldecido al hombre, no le habría impresionado más. Éste tira tan bruscamente de los ramales, que el mulo pega una reparada que por poco si no se cae por el ribazo al río hinchado. Jesús echa mano al bocado y sujeta al animal, a tiempo de salvar hombre y mulo.

El hombre no hace sino repetir: «¡Tú! ¡Tú!...» y, viendo el acto que le ha salvado, grita: «Pero si te he dicho que te apedrearía... ¿No comprendes?».

«Y Yo te digo que te perdono y que sufriré también por ti para redimirte. Esto es el Salvador».

El hombre le mira todavía; luego da un golpe de talón en el costado del mulo y se marcha veloz... Huye... Jesús agacha la cabeza...

360.4 [4]Los apóstoles sienten la necesidad de olvidarse del barro, la llu-

via y todas las otras miserias, para consolarle. Le circundan y dicen: «¡No te aflijas! No tenemos necesidad de bandidos. Y ése lo es. Porque sólo una persona mala puede creer que son verdaderas las calumnias que se dicen de ti, y tener miedo de ti».

«De todas formas» dicen también «¡qué imprudencia, Maestro! ¿Y si te hubiera agredido? ¿Por qué decir que eras Tú Jesús de Nazaret?».

«Porque es la verdad... Vamos hacia las colinas, como ha aconsejado. Perderemos un día, pero vosotros saldréis del pantano».

«También Tú» objetan.

«¡Para mí no cuenta! El pantano que me cansa es el de las almas muertas» y dos lágrimas gotean de sus ojos.

«No llores, Maestro. Nosotros nos quejamos, pero te queremos. ¡Si encontramos a los que te difaman!... Nos vengaremos».

«Vosotros perdonaréis como perdono Yo. Pero dejadme llorar. ¡Al fin y al cabo, soy el Hombre! Y que me traicionen, que renieguen de mí, que me abandonen, me causa dolor».

«Míranos a nosotros, a nosotros. Pocos pero buenos. Ninguno de nosotros te traicionará ni te abandonará. Créelo, Maestro».

«¡Ciertas cosas no hay ni que decirlas! ¡Pensar que podamos cometer una traición es una ofensa a nuestra alma!» exclama Judas Iscariote.

Pero Jesús está afligido. Guarda silencio. Y lentas lágrimas ruedan por las pálidas mejillas de un rostro cansado y enflaquecido.

Se acercan a los montes. «¿Vamos a subir allá arriba o sólo vamos a bordear las bases de los montes? Hay pueblos a mitad de la ladera. Mira. De esta parte del río y de la otra» le indican.

«Está cayendo la tarde. Vamos a tratar de llegar a un pueblo. Que sea uno u otro es lo mismo».

Judas Tadeo, que tiene muy buenos ojos, escruta las laderas. Se acerca a Jesús. Dice: «En caso de necesidad, hay grietas en el monte. ¿Las ves allí? Nos podemos refugiar en ellas. Siempre será mejor que no el barro».

«Encendemos fuego» dice Andrés queriendo consolar.

«¿Con la leña húmeda?» pregunta con ironía Judas de Keriot.

Ninguno le responde. Pedro susurra: «Bendigo al Eterno porque no están con nosotros ni las mujeres ni Margziam».

[5]Pasan el puente — verdaderamente prehistórico —, que está justo en los lindes del valle. Toman el lado meridional de éste, por un camino de herradura que lleva a un pueblo. Las sombras descienden rápidamente; tanto, que deciden refugiarse en una amplia gruta para huir de un chaparrón violento. Quizás es una gruta que sirve de 360.5

refugio a los pastores, porque hay paja, suciedad y un tosco hogar.

«Como cama no sirve. Pero para hacer fuego...» dice Tomás, señalando los ramajes sucios y desmenuzados que hay por el suelo, desperdigados; y helechos secos y ramas de enebro o de otra planta similar. Y los arrima al hogar ayudándose con un palo. Los amontona. Prende fuego.

Humo y hedor, junto a olor de resina y enebro, se alzan del fuego. Y, no obstante, se agradece ese calor; todos hacen un semicírculo, y comen pan y queso a la luz móvil de las llamas.

«De todas formas se habría podido intentar en el pueblo» dice Mateo, que está ronco y resfriado.

«¡Sí, ya! ¿Para repetir la historia de hace tres noches? De aquí no nos echa nadie. Estamos sentados en aquella leña y hacemos fuego hasta que podamos. Ahora que se ve, ¡hay leña en cantidad, eh? ¡Mira, mira, también paja!... Es un redil. Para verano, o para cuando
360.6 trashuman. [6]¿Y por aquí? ¿A dónde se va? Coge una rama encendida, Andrés, que quiero ver» ordena Pedro, mientras se mueve buscando hacer algún descubrimiento.

Andrés obedece. Se meten por una estrecha hendidura que hay en una pared de la gruta.

«¡Tened cuidado, no vaya a haber algún animal peligroso!» gritan los otros. «O leprosos» dice Judas Tadeo.

Al cabo de poco, llega la voz de Pedro. «¡Venid! ¡Venid! Aquí se está mejor. Está limpio y seco, y hay bancos de madera, y leña para el fuego. ¡Es un palacio para nosotros! Traed ramas encendidas, que hacemos fuego inmediatamente».

Debe ser, sí, un refugio de pastores: ésta es la gruta donde duermen los que están de descanso, mientras que en la otra velan los que, por turno, vigilan el rebaño. Es una excavación en el monte, mucho más pequeña, quizás hecha por el hombre, o por lo menos ampliada y reforzada con palos, colocados para sujetar la bóveda. Una campana de chimenea primitiva se pliega en forma de gancho hacia la primera gruta, para aspirar el humo que, si no, no tendría salida. Contra las paredes, toscos bancos y paja; en éstas hay clavados unos ganchos para colgar lámparas, indumentos o bolsas.

«¡Está magnífico, hombre! ¡Venga, vamos a hacer un buen fuego! Estaremos calientes y se secarán los mantos. Fuera los cintos; vamos a usarlos como cuerdas para tender los mantos» indica Pedro. Luego se pone a colocar los bancos y la paja y dice: «Y ahora, un poco cada uno, dormimos y nos turnamos en mantener vivo el fuego. Para ver y estar calientes. ¡Qué gracia de Dios!».

Judas barbota entre dientes. Pedro se vuelve resentido: «Respec-

to a la gruta de Belén, donde nació el Señor, esto es un palacio; si Él nació allí, podremos estar una noche nosotros aquí».

«También es más bonita que las grutas de Arbela. Allí lo único hermoso que había era nuestro corazón, que era mejor que ahora» dice Juan, internándose en un místico recuerdo suyo.

«También es mucho mejor que la que hospedó al Maestro para prepararse a la predicación» dice en tono severo el Zelote, mirando a Judas Iscariote como diciéndole "¡ya está bien, ¿no?!".

Jesús, por último, abre su boca y dice: «Y es, sin comparación, más caliente y cómoda que en la que hice penitencia por ti, Judas de Simón, el pasado Tébet».

«¿Penitencia por mí! ¿Por qué? ¡No hacía falta!».

«Verdaderamente deberíamos tú y Yo pasar la vida en penitencia para liberarte de todo lo que te grava. Y no sería suficiente todavía».

La sentencia, muy decidida aunque haya sido dada con serenidad, cae como un rayo en el grupo atónito... Judas baja la cara y se retira a un rincón. No tiene la audacia de reaccionar.

[7]«Yo me quedo despierto. Me encargo del fuego. Dormid vosotros» 360.7
ordena Jesús pasado un rato.

Y, poco después, a los chasquidos de la leña se une la respiración pesada de los doce cansados, echados entre paja encima de los toscos bancos. Y Jesús, si la paja se cae y los deja descubiertos, se levanta y vuelve a extenderla encima de los durmientes, amoroso como una madre. Y llora incluso mientras contempla los rostros herméticos de algunos en el sueño, o plácidos, o contrariados. Mira a Judas Iscariote, que parece sonreír maliciosamente incluso en el sueño, torvo, con los puños cerrados... Mira a Juan, que duerme con una mano debajo de la cara, velado el rostro por sus rubios cabellos, róseo, sereno como un niño en la cuna. Mira el rostro honesto de Pedro y el grave de Natanael, el virolento del Zelote, el rostro aristocrático de su primo Judas, y se detiene largamente a mirar a Santiago de Alfeo, que es un José de Nazaret muy joven. Sonríe al oír los monólogos de Tomás y Andrés, que parecen hablar al Maestro. Tapa muy bien a Mateo, que respira con dificultad, cogiendo más paja para que esté caliente; paja que extiende encima de sus pies después de haberla calentado al fuego. Sonríe al oír a Santiago proclamar: «Creed en el Maestro y tendréis la Vida»... y continuar predicando a personajes de sueño. Y se inclina a recoger una bolsa donde Felipe conserva entrañables recuerdos, y se la coloca despacio debajo de la cabeza. En los intervalos medita y ora...

[8]El primero en despertarse es el Zelote. Ve a Jesús todavía cabe el 360.8

fuego encendido en la gruta ya bien caliente. Y, por el montón de la leña, reducido a una miseria, comprende que han pasado muchas horas. Baja de su yacija y se acerca de puntillas a Jesús. «¿Maestro, no vienes a dormir? Velo yo».

«Ya amanece, Simón. Hace poco he ido allí y he visto que el cielo se está aclarando».

«Pero, ¿por qué no nos has llamado? ¡Tú también estás cansado!».

«Simón, tenía mucha necesidad de pensar... y de orar» y le apoya la cabeza sobre el pecho.

El Zelote, en pie, junto a Él sentado, le acaricia, y suspira. Pregunta: «¿Pensar en qué, Maestro? Tú no tienes necesidad de pensar. Tú sabes todo».

«Pensar no en lo que debo decir, sino en lo que debo hacer. Estoy desarmado frente al mundo astuto, porque no tengo ni la malicia del mundo ni la astucia de Satanás. Y el mundo me vence... Y estoy muy cansado...».

«Y apenado. Y nosotros contribuimos a ello, Maestro bueno inmerecido por nuestra parte. Perdóname a mí y a mis compañeros. Lo digo por todos».

«Os amo mucho... Sufro mucho... ¿Por qué tantas veces no me comprendéis?».

360.9 [9]El bisbiseo de los dos despierta a Juan, que es el que está más cerca. Abre sus ojos zarcos, mira a su alrededor extrañado, luego recuerda y, en seguida, se pone de pie, y se acerca por detrás a los dos que están hablando.

Por este motivo, oye las palabras de Jesús: «Para que todo el odio y las incomprensiones se transformaran en una insignificancia soportable, me bastaría vuestro amor, vuestra comprensión... Pero vosotros no me comprendéis... Y ésta es mi primera tortura. ¡Es dura! ¡Dura! Pero no tenéis culpa de ello. Sois hombres... Será vuestro dolor el no haberme comprendido, cuando ya no podáis repararlo... Por eso, porque entonces expiaréis las superficialidades de ahora, las mezquindades de ahora, las cerrazones de ahora, Yo os perdono y digo anticipadamente: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen, ni el dolor que me causan"».

Juan cae delante y de rodillas, y abraza las rodillas de su Jesús afligido, y ya está para llorar cuando susurra: «¡Oh, Maestro mío!».

El Zelote, que sigue teniendo en su pecho la cabeza de Jesús, se inclina a besarle en los cabellos y dice: «¡Y, a pesar de todo, te queremos mucho! Sólo que pretenderíamos de ti una capacidad de defenderte, de defendernos, de triunfar. Nos deprime el verte hombre, su-

jeto a los hombres, a las inclemencias, a la miseria, a la maldad, a las necesidades de la vida... Somos unos necios. Pero así es. Para nosotros eres el Rey, el Triunfador, el Dios. No logramos comprender la sublimidad de tu renuncia a tanto por amor nuestro. Porque Tú sólo sabes amar. Nosotros no sabemos...».

«Sí, Maestro. Simón ha hablado bien. No sabemos amar como ama Dios: Tú. Y lo que es infinita bondad, infinito amor, lo interpretamos como debilidad y nos aprovechamos de ello... Aumenta nuestro amor, aumenta tu amor, Tú que eres su fuente; hazle desbordarse como ahora se desbordan los ríos; empápanos, satúranos de amor, como están los prados en todo el valle. No son necesarios la sabiduría, el coraje, la austeridad, para ser perfectos como Tú quieres. Basta con tener el amor... Señor, yo me acuso por todos: no sabemos amar».

«Vosotros, los dos que más comprenden, os acusáis. Sois la humildad. Y *la humildad es amor*. Pero también los otros tienen sólo una barrera para ser como vosotros. Y Yo la abatiré. Porque efectivamente soy Rey, Triunfador y Dios. Eternamente. Pero ahora soy el Hombre. Mi frente pesa ya bajo el suplicio de mi corona. Siempre ha sido una corona torturadora el ser Hombre... Gracias, amigos. Me habéis consolado. Porque esto tiene de bueno el ser hombres: tener una madre que ama y amigos sinceros. [10]Ahora vamos a despertar a 360.10
los compañeros. Ya no llueve. Los mantos están secos. Los cuerpos descansados. Comed y nos ponemos en marcha».

Alza la voz lentamente, hasta que el «nos ponemos en marcha» es una orden firme. Todos se levantan y manifiestan su contrariedad por haber dormido todo el tiempo mientras Jesús velaba. Se arreglan un poco, comen, cogen los mantos, apagan el fuego y salen al sendero húmedo, y empiezan a bajar hasta el camino de herradura, que tiene el suficiente desnivel como para no ser un mar de lodo. La luz todavía es poca, porque ni hay sol ni el cielo está claro. Suficiente, de todas formas, para ver.

[11]Andrés y los dos hijos de Alfeo van delante de todos. Llegados a 360.11
un punto del camino, se inclinan, miran y rápidamente vuelven. «¡Hay una mujer! ¡Parece muerta! Tapa el sendero».

«¡Qué lata! Ya empezamos mal. ¿Cómo es posible? ¡Ahora vamos a tener que purificarnos incluso!». Las primeras quejas del día.

«Vamos a ver nosotros si está muerta» dice Tomás a Judas Iscariote.

«Voy yo contigo, Toma» dice el Zelote, y va adelante.

Llegan adonde la mujer, se agachan, y Tomás regresa corriendo y gritando.

«Quizás la han asesinado» dice Santiago de Zebedeo.

«O ha muerto de frío» responde Felipe.

Pero Tomás se llega a ellos y grita: «Lleva la túnica descosida de los leprosos...» (está tan desconcertado, que parece como si hubiera visto al diablo).

«¿Pero está muerta?» preguntan.

«¡Qué sé yo? He salido corriendo».

El Zelote se levanta y, a buen paso, viene hacia Jesús. Dice: «Maestro, una hermana leprosa. No sé si está muerta. Creo que no. Creo que el corazón todavía late».

«¡¿La has tocado?!» gritan bastantes separándose.

«Sí. Desde que soy de Jesús, no tengo miedo de la lepra. Y siento compasión, porque sé lo que es ser leproso. Quizás le han dado un golpe, porque está sangrando por la cabeza. Quizás había bajado buscando algo de comer. Es tremendo, ¿sabéis?, morirse de hambre y tener que hacer frente a los hombres para conseguir un pan».

«¿Está muy maltrecha?».

«No. Es más, no sé cómo es que está con los leprosos. No tiene ni escamas ni llagas ni gangrenas. Quizás es leprosa desde hace poco. Ven, Maestro. Te lo ruego. ¡Como de mí, ten piedad de esta hermana leprosa!».

«Vamos. Dadme pan, queso y ese poco de vino que tenemos todavía».

«¿No le irás a dar de beber de donde bebemos nosotros!» grita aterrorizado Judas Iscariote.

«No temas. Beberá en mi mano. Ven, Simón».

360.12 [12]Van hacia delante... pero la curiosidad manda adelante también a los otros. Sin sentir ya molestias por el agua del follaje (que llueve de las ramas encima de las cabezas cuando menean aquéllas) ni por el musgo empapado, suben por la ladera para ver a la mujer sin acercarse. Y ven que Jesús se agacha, la toma por las axilas, la arrastra sentada y la apoya contra una roca. La cabeza pende como si estuviera muerta.

«Simón, vuélvele la cabeza, para que pueda echarle en la garganta un poco de vino».

El Zelote obedece sin miedo, y Jesús, manteniendo en alto el calabacino, deja caer unas gotas de vino dentro de los labios entreabiertos y lívidos. Y dice: «¡Está helada esta infeliz! Y empapada».

«Si no fuera leprosa, la podíamos llevar adonde hemos estado nosotros» dice Andrés compadecido.

«¡Sí!» prorrumpe Judas «¡sólo faltaba eso!».

«¡Pero si no está leprosa! No tiene señales de lepra».

«Tiene la túnica y es suficiente».

El vino actúa mientras tanto. La mujer emite un suspiro cansado. Jesús, viendo que traga, le vierte un chorro en la boca. La mujer abre los ojos obnubilados y asustados. Ve a algunos hombres. Trata de alzarse y de huir, mientras grita: «¡Estoy contaminada! ¡Estoy contaminada!». Pero las fuerzas no la ayudan. Se tapa el rostro con las manos y gime: «¡No me apedreéis! He bajado porque tengo hambre... Hace tres días que ninguno me echa nada...».

«Aquí hay pan y queso. Come. No tengas miedo. Bebe un poco de vino en mi mano» dice Jesús echando en el cuenco de su mano un poco de vino y dándoselo.

«¿Pero no tienes miedo!» dice, asombrada, la infeliz.

«No tengo miedo» responde Jesús. Y, poniéndose en pie, sonríe; se queda, de todas formas junto a la mujer, que come con avidez el pan y el queso.

Parece una fiera hambrienta. Jadea incluso, por el ansia de nutrirse. [13]Luego, sedada la animalidad de las entrañas vacías, mira al- 360.13
re dedor de sí... Cuenta en voz alta: «Uno... dos... tres... trece... ¿Pero entonces?... ¿Quién es el Nazareno? ¿Tú, no? ¡Sólo Tú puedes tener compasión como has tenido de una leprosa!...». La mujer se pone de rodillas con dificultad por la flaqueza.

«Soy Yo, sí. ¿Qué quieres? ¿Curarte?».

«Eso también... Pero antes debo decirte una cosa... Yo tenía noticia de ti. Me habían hablado hace mucho unos que pasaron... ¿Mucho? No. El otoño pasado. Pero para un leproso... cada día es un año... Hubiera deseado verte. Pero ¿cómo podía ir a Judea o a Galilea? Me llaman "leprosa". Pero lo único que tengo es una llaga en el pecho, que me la ha transmitido mi marido, que me tomó virgen y sana, y él no estaba sano. Pero es una persona importante... y puede todo. Incluso decir que le había traicionado yendo a él ya enferma, y así repudiarme, para tomar a otra mujer de la que estaba prendado. Me denunció como leprosa. Por pretender justificarme, empezaron a pedradas conmigo. ¿Era justo, Señor? Ayer tarde, un hombre ha pasado, de Bet-Yaboc, avisando que venías, y exhortando a salir a tu encuentro para echarte de aquí. Yo estaba... Había bajado hasta las casas porque tenía hambre. Habría hurgado incluso en los estercoleros para matar mi hambre... Yo, que era la "señora", habría querido quitarles a los pollos un poco de su frangollo agriado...».

Llora... Luego continúa: «La ansiedad por encontrarte — por ti, para decirte: "¡Huye!"; por mí, para decirte: "¡Piedad!" — me ha hecho olvidarme de que, infringiendo nuestra ley, perros, cerdos y pollos viven junto a las casas de Israel, pero que el leproso no puede bajar a pedir un pan, ni siquiera cuando es una que de leprosa sólo

tiene el nombre. Y he venido, preguntando dónde estabas. No me vieron en ese momento, por la obscuridad, y me dijeron: "Sube por el ribazo del río". Pero luego me vieron, y en vez de pan me dieron piedras. Salí corriendo, en la noche, para venir a tu encuentro, para evitar los perros. Tenía hambre, tenía frío, tenía miedo. Caí donde me has encontrado. Aquí. Creía que moría. Sin embargo, te he encontrado a ti. Señor, no estoy leprosa. Pero esta llaga que tengo aquí en el pecho me impide volver con los vivos. No pido volver a ser la Rosa de Jericó de los tiempos de mi padre; pero por lo menos vivir con los demás hombres y seguirte a ti. Los que me hablaron en octubre dijeron que tienes discípulas y que estabas con ellas... Pero primero sálvate Tú. ¡No mueras, Tú que eres bueno!».

360.14 «No moriré hasta que no llegue mi hora. [14]Ve allí, a aquella peña. Hay una gruta segura. Descansa. Luego ve al sacerdote».

«¿Para qué, Señor?». La mujer tiembla de ansiedad.

Jesús sonríe: «Vuelve a ser la Rosa de Jericó que florece en el desierto y que siempre está viva aunque parezca muerta. Tu fe te ha curado».

La mujer alza ligeramente la parte de vestido que cubre el pecho, mira... y grita: «¡Ya no hay nada! ¡Oh, Señor, mi Dios!» y cae rostro en tierra.

«Dadle pan y otras cosas de comer. Y tú, Mateo, dale un par de sandalias tuyas. Yo doy un manto. Para que pueda ir, después de reponer fuerzas, al sacerdote. Dale también el óbolo, Judas. Para los gastos de purificación. La esperaremos en Getsemaní para dársela a Elisa, que me pidió una hija».

«No, Señor. No descanso. Me pongo en marcha ya. En seguida. En seguida».

«Baja, entonces al río, lávate, ponte encima el manto...».

«Señor, se lo doy yo a la hermana leprosa. Deja que lo haga. Yo la guío adonde Elisa. Me curo otra vez viéndome a mí en ella, así, dichosa» dice el Zelote.

«Sea como quieres. Dale todo lo necesario. Mujer, escucha bien. Irás a purificarte. Luegos irás a Betania y preguntarás por Lázaro. Le dices que te dé hospedaje hasta que llegue Yo. Ve en paz».

«¡Señor! ¿Cuándo voy a poder besarte los pies?».

«Pronto. Ve. Mas has de saber que sólo el pecado me produce horror. Y perdona a tu marido, porque por medio suyo me has encontrado a mí».

«Es verdad. Le perdono. Me voy... ¡Oh, Señor! No te detengas aquí que te odian. Piensa que he caminado exhausta, durante una noche, para venir a decírtelo, y que si en vez de encontrarte a ti hu-

biera encontrado a otros me podían haber matado a pedradas como a una serpiente».

«Lo recordaré. Vete, mujer. Quema la túnica. Acompáñala, Simón. Nosotros os seguiremos. En el puente os alcanzaremos».

[15]Se separan. 360.15

«Pero ahora tenemos que purificarnos. Todos estamos contaminados».

«No era lepra, Judas de Simón. Yo te lo digo».

«Bueno, pues, de todas formas me voy a purificar. No quiero cargar con impuridades».

«¡Que cándida azucena!» exclama Pedro. «¡No se siente impuro el Señor, y te vas a sentir tú impuro!».

«¿Y por una que Él dice que no está leprosa? Pero, ¿qué tenía, Maestro? ¿Has visto la llaga?».

«Sí. Un fruto de la lujuria masculina. Pero no era lepra. Y si el hombre hubiera sido honesto no la habría repudiado, porque estaba más enfermo que ella. Pero todo les sirve a los lujuriosos para saciar su hambre. Tú, Judas, si quieres, vete también. Nos encontraremos en el Getsemaní. ¡Y purifícate! ¡Purifícate! Pero la primera purificación es la sinceridad. Tú eres hipócrita. No lo olvides. Vete, vete, si quieres».

«¡No, no, que me quedo! Si Tú lo dices, creo. No estoy, por tanto, contaminado y me quedo contigo. Tú quieres decir que soy lujurioso y que aprovechaba la ocasión para... Te demuestro que mi amor eres Tú».

Y caminan raudos cuesta abajo.

15 de diciembre.

[16]Dice Jesús: «Aquí pondréis la visión del "Milagro del Jordán engrosado", del día 17 de septiembre de 1944». 360.16

361. Los dos injertos que transformarán a los apóstoles. María de Magdala advierte a Jesús de un peligro. Milagro ante la riada del Jordán.

17 de septiembre de 1944.

[1]Por fin puedo escribir lo que desde el rayar del alba de esta mañana ocupa mi vista y oído mentales, y me hace sufrir por el esfuerzo de oír cosas externas y de casa mientras que lo que *debo* ver y oír son las cosas de Dios, y me hace intolerante respecto a todas las demás cosas que no sean lo que el espíritu ve. 361.1

¡Cuánta paciencia necesito para... no perder la paciencia esperando el momento de decir a Jesús: «¡Aquí me tienes! Ahora puedes seguir adelante»! Porque — lo he dicho otras veces y ahora lo repito — cuando no puedo proseguir o empezar la narración de lo que veo, la escena se detiene al principio, o en el punto en que me interrumpen, y luego continúa su secuencia o empieza de nuevo, cuando puedo seguirla libremente. Creo que Dios quiere esto para que no omita o confunda ni siquiera un detalle particular, lo cual podría sucederme si escribiera un tiempo después de haber visto.

Aseguro por mi conciencia que cuanto escribo, por verlo u oírlo, lo escribo mientras lo veo y oigo.

Así pues, esto es lo que veo desde el comienzo de la mañana, y mi interno consejero me dice que es el comienzo de una larga y hermosa visión.

361.2 [2]Jesús, con un tiempo de lobos, va por un camino campestre embarradísimo. El camino es un pequeño río de lodo que a cada pisada cede y salpica; un lodo amarillento, pegajoso, resbaladizo cual jabón blando, que se agarra a las sandalias y las aspira como si fuera una ventosa, y al mismo tiempo se desliza bajo sus suelas, haciendo penosa la marcha en medio de muchos patinazos.

Debe haber llovido y requetellovido en esos días. Y el cielo (un cielo bajo, plúmbeo, recorrido por nubarrones densos impulsados por los vientos siroco o gregal, tan densos que el aire parece, en la boca, un cuerpo dulzarrón, una pátina empalagosa) todavía promete más lluvia. No alivia este rítmico soplo de viento, que plega hierbas y ramas y luego pasa para tornar todo a la inmovilidad pesada del bochorno tempestuoso. De vez en cuando, un nubarrón se abre, y gruesas gotas, calientes como si provinieran de una ducha templada, caen para formar borbollones en el lodo, que salpica aún más en las túnicas y las piernas.

Los bajos de las túnicas — a pesar de que Jesús y los suyos las hayan recogido, disponiéndolas muy abolsadas en torno a las caderas con la ayuda del cordón que las ciñe a las cinturas — son una entera cazcarria de fango, muy húmedo en la parte más baja, casi seco en las salpicaduras más altas. Túnicas y mantos — éstos también los llevan lo más alto posible: los han plegado en dos y así los llevan, por limpieza y para protegerse doblemente de los chaparrazos breves pero violentos — están enteramente sucios de barro. ¿Y los pies y las piernas?: hasta la mitad de las espinillas parecen cubiertos de una espesa media de lana cascarriosa, y que, sin embargo, es lodo, lodo y más lodo encostrado.

361.3 [3]Hasta aquí el comienzo. Ahora prosigue.

Los discípulos se quejan un poco del tiempo y del camino, y, digámoslo también, de las ganas poco... aconsejables del Maestro de estar por ahí caminando con un tiempo como éste.

Jesús parece que no oye. Pero oye. Y dos o tres veces se vuelve levemente — van casi en fila india para seguir el lado izquierdo del camino, que, por su nivel un poco más alto que el derecho, está menos cenagoso —, se vuelve para mirarlos, pero no habla.

La última vez es el más anciano de los apóstoles el que dice: «¡Pobre de mí! ¡Con esta humedad que se me está secando encima voy a tener dolores para tomar y dejar! ¡Yo ya soy viejo! ¡Ya no tengo treinta años!».

También Mateo refunfuña: «¿Y yo, entonces? Yo es que no estaba acostumbrado... Cuando llovía en Cafarnaúm, ya sabes, Pedro, que no salía de mi casa. Ponía a unos siervos en la mesa de los impuestos y ellos me traían a los que tenían que pagar. Había organizado un verdadero servicio para esto. ¡Hombre, claro! ¿Quién salía cuando hacía mal tiempo? ¡Pues... algún que otro melancólico y nada más! Mercados y viajes se hacen con el buen tiempo...».

«¡Callad! ¡Que oye!» dice Juan.

«¡No, hombre, que no oye. Está pensando, y, cuando piensa... es como si nosotros no existiéramos» dice Tomás.

«Y cuando establece una cosa no la remueve ninguna justa consideración. Quiere hacer lo que quiere Él. Sólo se fía de sí mismo. Será su ruina. Si se asesorase un poco conmigo... [4]¡Que yo sé muchas co- 361.4
sas!» dice Judas con ese empaque de "yo hago todo" y de "soy más que los demás".

«¿Qué sabes tú?» pregunta Pedro, ya rojo como un gallito. «¡Tú sabes todo! ¿Qué amigos tienes? ¿Qué es, que eres una personalidad de Israel? ¡Vete por ahí, hombre! Tú eres un pobre hombre como yo y los demás. Un poco más guapo... Pero la belleza de juventud es una flor que dura un día. ¡Yo también era guapo!».

Una fresca carcajada de Juan quiebra el aire. También los otros se ríen, y toman un poco el pelo a Pedro por sus arrugas, sus piernas divergentes, como las de todos los marineros, sus ojos un poco prominentes y enrojecidos por los vientos del lago.

«Reíos si queréis, pero es así. Y... no me interrumpáis. Di, Judas. ¿Qué amigos tienes? ¿Qué sabes? Para saber lo que das a entender, debes tener amigos entre los enemigos de Jesús. Y quien tiene amigos entre los enemigos es un traidor. ¡De modo que, muchacho, cuida de ti, si te preocupa tu belleza! Porque, si bien es verdad que ya no soy guapo, es verdad que soy todavía fuerte, y no me costaría mucho esfuerzo dejarte desdentado o deshacerte un ojo» dice Pedro.

«¡Qué modos de hablar! ¡Verdaderamente propios de un tosco pescador!» dice Judas con un desprecio de príncipe ofendido.

«Sí señor, y a mucha honra. Pescador, pero sincero como mi lago, que si quiere hacer tormenta no dice: "Hago bonanza", sino que se estremece y se pone, como testigos en el zócalo del cielo, unas borlas de nubes que para qué; de forma que basta con que uno no sea un animal o esté borracho para que entienda la alusión y tome las medidas que correspondan. Tú... tú me asemejas a este barro, que parece sólido y, mira» (y pisa enérgicamente, y el barro salpica hasta el mentón del guapo Iscariote).

«¡Pero Pedro! ¡Son modales indignos! ¡Pues sí que dan en ti buen fruto las palabras del Maestro sobre la caridad!».

«Y en ti sobre la humildad y la sinceridad. Venga. Escupe lo que sabes. ¿Qué sabes? ¿Es verdad que sabes, o te das importancia para hacer creer que tienes amigos poderosos? ¡Tú, que eres sólo un pobre gusano!».

«Yo sé lo que sé, y no vengo a decírtelo a ti para que se produzcan riñas como te gustaría, como galileo que eres. Repito que sería una cosa muy buena que el Maestro fuera menos testarudo. Y menos violento. La gente se cansa de oír que la ofenden».

«¿Violento! Si lo fuera, debería hacerte volar al río, *inmediatamente*. Un buen vuelo por encima de aquellos árboles. Así te lavarías el barro que te ensucia el perfil. ¡Ojalá sirviera para lavarte el corazón, que... me equivocaré, pero debe estar más costroso que mis piernas embarradas!».

Efectivamente, Pedro, velludo y bajo de estatura, tiene las piernas más embarradas. Él y Mateo son verdaderamente de arcilla casi hasta la rodilla.

«¡Dejadlo, ¿no?! ¡Ya está bien!» dice precisamente Mateo.

361.5 [5]Juan, que ha notado que Jesús ha aminorado la marcha, sospecha que haya oído, y, acelerando el paso, pasando a dos o tres compañeros, se llega hasta Él, se pone a su lado y le llama: «¡Maestro!», dulcemente como siempre, y con esa mirada suya de amor, volviendo la cabeza hacia arriba, porque es más bajo y porque va hacia el centro del camino y, por tanto, fuera del ligero desnivel por el que todos marchan.

«¡Juan! ¿Me has alcanzado?». Jesús le sonríe.

Juan, estudiando con amor y preocupación su rostro para tratar de ver si ha oído, responde: «Sí, Maestro mío. ¿Me quieres contigo?».

«Siempre te quiero conmigo. A todos os querría tener al lado, ¡y con tu corazón! Pero, si sigues caminando por ahí, te acabarás de mojar».

«¡No me importa, Maestro! ¡Nada me importa, con tal de estar a

tu lado!».

«¿Siempre quieres estar conmigo? Tú no piensas que soy imprudente y que puedo meteros en líos también a vosotros. ¿No te sientes ofendido porque no atiendo tus consejos?».

«¡Maestro! ¿Entonces has oído?» Juan está consternado.

«He oído *todo*. Desde las primeras palabras. De todas formas, no te aflijas. No sois perfectos. Lo sabía desde cuando os llamé. Y no pretendo que seáis perfectos rápidamente. Antes deberéis ser transformados de agrestes en delicados, con dos injertos...».

«¿Cuáles, Maestro?».

«Uno de sangre, otro de fuego. Después seréis héroes del Cielo y convertiréis al mundo, empezando por vosotros».

«¿De sangre? ¿De fuego?».

«Sí, Juan. La Sangre: *la mía*...».

«¡No, Jesús!». Juan le interrumpe con un gemido.

«Serénate, amigo. No me interrumpas. Sé tú el primero en escuchar estas verdades. Lo mereces. La Sangre: *la mía*. Ya sabes que para esto he venido. Soy el Redentor... Piensa en los Profetas. No omitieron ni una iota describiendo mi misión. Seré el Hombre descrito por Isaías. Y, cuando me desangren, mi Sangre os fecundará a vosotros. Pero no me limitaré a esto. Sois tan imperfectos, débiles, obtusos y miedosos, que Yo, glorioso al lado del Padre, os enviaré el Fuego, la Fuerza que procede de mi ser por generación del Padre y que vincula al Padre y al Hijo en una arra indisoluble, haciendo de Uno, Tres: el *Pensamiento*, la *Sangre*, el *Amor*. Cuando el Espíritu de Dios, o mejor, el Espíritu del Espíritu de Dios, la Perfección de las Perfecciones divinas, descienda sobre vosotros, vosotros dejaréis de ser lo que ahora sois. Seréis nuevos, potentes, santos... Pero para uno nula será la Sangre y nulo el Fuego. Porque la Sangre, para él, significará poder de condenación, y para toda la eternidad conocerá otro fuego, en el cual arderá, arrojando y tragando sangre, porque verá sangre en todos los lugares donde ponga sus ojos mortales o sus ojos espirituales, desde cuando haya traicionado la Sangre de un Dios».

«¡Oh, Maestro! ¿Quién es?».

«Lo sabrás un día. Ahora ignora. Y, por la caridad, no trates ni siquiera de indagar. La averiguación presupone sospecha. No debes sospechar de tus hermanos, porque la sospecha es ya falta de caridad».

«Me basta con que me asegures que no seremos ni yo ni Santiago los que te traicionemos».

---

* *el Hombre descrito por Isaías* está en: *Isaías 52, 13-15; 53, 1-12.*

«¡No, tú no! Y tampoco Santiago. ¡Tú eres mi consuelo, Juan bueno!» y Jesús le pone un brazo encima de los hombros y le arrima hacia sí, y prosiguen así unidos.

361.6 [6]Van en silencio un rato. También los demás ahora guardan silencio. Se oyen sólo las pisaduras sobre el lodo.

Luego, otro ruido. Es un susurro, un gorgoteo: me asemeja al pesado ronquido de una persona acatarrada. Un ronquido monótono, interrumpido de vez en cuando por pequeños chasquidos.

«¿Oyes?» dice Jesús. «El río está cerca».

«Pero al vado no llegaremos antes de la noche. Dentro de poco empezará a obscurecer».

«Dormiremos en alguna cabaña. Y mañana pasaremos. Hubiera querido llegar antes, porque cada hora que pasa se engrosa más el río. ¿Oyes? Los cañizares de las orillas se rompen bajo el peso de las aguas crecidas».

«¡Te han entretenido mucho en las ciudades de la Decápolis! Nosotros se lo decíamos a aquellos enfermos: "¡Otra vez será!" pero...».

«Pero quien está enfermo quiere curarse, Juan. Y quien tiene piedad cura *inmediatamente*, Juan. No importa. Pasaremos de todas formas. Quiero recorrer la otra orilla antes de volver a Jerusalén para Pentecostés».

Callan de nuevo. Cae la tarde con la rapidez de las tardes lluviosas. La marcha, en el crepúsculo cada vez más obscuro, se hace aún más difícil. Y los árboles que hay a lo largo del camino aumentan la obscuridad con su follaje.

«Vamos a pasar a la otra margen del camino. Ya estamos muy cerca del vado. Vamos a buscar una cabaña».

Cruzan. Los demás los siguen. Salvan un pequeño canal cenagoso — más cieno que agua — que va a afluir, burbujeando, al río. Casi a tientas pasan entre los árboles, y se dirigen hacia el río, cuyo rumor se oye cada vez más cercano y fuerte.

361.7 [7]Un primer rayo de luna perfora las nubes, penetra entre dos nubes y baja haciendo brillar el agua limosa del Jordán, que está muy engrosado y ancho en ese punto. (Si calculo bien, el río tiene una anchura de cincuenta o sesenta metros. Soy una verdadera calamidad en cuestión de cálculo de medidas, pero creo que mi casa cabría en ese cauce, al menos, nueve o diez veces, y tenía una anchura de aproximadamente cinco metros y medio).

Ahora no es el hermoso, calmo y azul Jordán, de aguas pacíficas y bajas que dejan al descubierto la fina arena del guijarral en las orillas, donde empiezan los cañizares, que siempre son un temblor sonoro. Ahora el agua ha invadido todo, y los primeros cañizares, com-

bados, rotos y sumergidos, ya no se ven; todo lo más, alguna cinta de las hojas ondea en la superficie del agua y parece hacer un gesto de adiós y pedir ayuda. El agua está ya al pie de los primeros árboles gruesos. No sé qué árboles son. Son altos y frondosos, compactos como una muralla, obscura en la noche obscura. Algún sauce hunde las cimas de sus desordenadas frondas en el agua amarillenta.

«Por aquí ya no se puede vadear» dice Pedro.

«Por aquí no. ¿Pero allí? ¿Ves? Se pasa todavía» dice Andrés.

Efectivamente, dos cuadrúpedos están pasando con cautela el río. El agua toca el vientre de los animales.

«Si pasan ellos, pasan también las barcas».

«Pero es mejor pasar en seguida, aunque ya sea de noche. Hay menos nubes, y hay luna. No dejemos pasar este momento. Vamos a buscar si hay una barca...». Y Pedro lanza tres veces un largo y lamentoso «¡O... eh!».

Ninguna respuesta.

«Vamos abajo, al pie del vado. Melquías con sus hijos debe estar. Es el mejor período del año para él. Nos pasará».

Andan lo más deprisa que pueden por el senderillo que, casi lamido por el río, lo bordea.

[8]«¿Pero aquélla no es una mujer?» dice Jesús, mirando a los dos 361.8
que ya han cruzado el río con los caballos y que ahora están parados en el sendero.

«¿Una mujer?». Pedro y los demás no ven ni distinguen si es hombre o mujer el bulto obscuro que ha bajado del caballo y está esperando.

«Sí. Es una mujer. Es... es María. Mirad, ahora que cae bajo el rayo de la luna».

«¡Dichoso Tú que ves! ¡Dichosos tus ojos!».

«María es. ¿Qué querrá?» y Jesús grita: «¡María!».

«¡Rabbuní! ¿Eres Tú? ¡Gloria a Dios, que te he encontrado!» y María corre como una gacela hacia Jesús. No me explico cómo no tropieza en el accidentado sendero. Ha dejado caer un primer manto grande y grueso, y ahora viene con su velo y un manto más ligero arrollado al cuerpo encima de una túnica obscura.

Cuando llega donde Jesús, se arroja a sus pies sin tener en cuenta el barro. Jadea, pero se la ve feliz. Repite: «¡Gloria a Dios, que me ha hecho encontrate!».

«¿Por qué, María? ¿Qué sucede? ¿No estabas en Betania?».

«Estaba en Betania con tu Madre y las mujeres, como habías dicho... Pero he venido a tu encuentro... Lázaro no podía porque sufre mucho... Entonces he venido yo con el doméstico...».

«¡Tú salir de casa sola con un muchacho y con este tiempo!».

«¡Rabbuní, no irás a decirme que piensas que tengo miedo! No he tenido miedo de hacer tanto mal... no lo tengo ahora de hacer el bien».

«¿Y bien? ¿Para qué has venido?».

«Para decirte que no pases... En la otra parte te esperan con intención de hacerte daño... Lo he sabido... Lo he sabido de un herodiano que hace tiempo... que hace tiempo me amaba... No sé si lo habrá dicho por amor, todavía, o por odio... Sé que anteayer me vio a través de la cancilla y me dijo: "María necia, ¿estás esperando a *tu* Maestro? Haces bien, porque será la última vez, porque en cuanto pase y venga a Judea le echan mano. Mírale bien y luego huye, porque no es prudente estar cerca de Él *ahora*...". Entonces... te puedes imaginar con qué coraje... he indagado... Como sabes... he conocido a muchos... y, aunque quizás llamándome loca y... poseída, todavía me hablan... He sabido que es verdad. Entonces he tomado dos caballos y he venido, sin decir nada a tu Madre... para no causarle dolor.

361.9 [9]Regresa... vuélvete inmediatamente, Maestro. Si saben que estás aquí, pasado el Jordán, vienen. Y también Herodes te busca... y estás ya demasiado cerca de Maqueronte. ¡Vete, vete por piedad, vete por piedad, Maestro!...».

«No llores, María...».

«¡Tengo miedo, Maestro!».

«¡No! ¡Miedo tú, tan valiente que has pasado el río crecido y de noche?...».

«Pero esto es un río y *ésos* son hombres enemigos tuyos y que te odian... Tengo miedo del odio a ti... Porque te quiero, Maestro».

«No temas. No me prenderán aún. No es mi hora. Aunque pusieran a lo largo de todos los caminos formaciones y más formaciones de soldados, no me prenderían. No es mi hora. Pero seguiré tu deseo. Regresaré...».

Judas barbota unas palabras entre dientes. Gesús responde: «Sí, Judas. Es exactamente como dices. *Exactamente* en la primera mitad de tu frase. Hago caso de ésta; sí, hago caso de ella. Pero no porque sea mujer, como insinuas, sino porque es la que ha recorrido más camino de amor. María, vuelve a casa mientras puedas hacerlo. Yo regreso. Pasaré... por donde pueda, y me iré a Galilea. Ven con mi Madre y las otras a Caná, a casa de Susana. Allí os daré instrucciones. Ve en paz, bendita. Dios está contigo».

Jesús le pone la mano en la cabeza, bendiciéndola así. María toma las manos de Cristo y las besa, luego se levanta y se vuelve. Jesús la mira mientras se marcha. La mira mientras recoge el grueso

manto y se lo pone, mientras va hasta el caballo y monta, mientras entra de nuevo en el vado y pasa.

«Y ahora vamos» dice. «Quería que descansarais, pero no me es posible. Me preocupo de vuestra incolumidad, piense lo que piense Judas en contra. Creedme: si cayerais en manos de mis enemigos sería peor para vuestra salud que el agua y el barro...».

Todos bajan la cabeza, porque han comprendido el reproche velado, y dado como respuesta a sus conversaciones de antes.

[10]Caminan, caminan, caminan toda la noche, entre disipaciones 361.10
de nubes y breves chubascos. A la entrada de una pobrísima aldea, que se extiende junto al río con sus casuchas de barro, los sorprende una aurora cenicienta. El río es un poco menos ancho que en el vado. Hay algunas barcas que han sido arrastradas a la tierra, incluso hasta dentro de la propia aldea, para salvarlas de la crecida.

Pedro lanza su grito: «¡O... eh!».

Sale de un tugurio un hombre vigoroso, aunque anciano. «¿Qué quieres?».

«Barcas para pasar».

«¡Imposible! El río está demasiado crecido... La corriente...».

«¡Eh, amigo! ¿A quién se lo estás diciendo? Soy pescador de Galilea».

«Una cosa es el mar... esto es río... no quiero quedarme sin barca. Y además... sólo tengo una, y tú y los que te acompañan sois muchos».

«¡Embustero! ¿Me vas a contar que tienes una barca sólo?».

«Que se me sequen los ojos si miento, yo...».

«Ten cuidado, no sea que se te vayan a secar de verdad. Éste es el Rabí de Galilea, que da ojos a los ciegos y que... puede complacerte secándote los tuyos...».

«¡Misericordia! ¡El Rabí! ¡Perdóname, Rabbuní!».

«Sí. Pero no vuelvas a mentir. Dios ama a los sinceros. ¿Por qué decir que tienes una barca sólo, cuándo todo el pueblo puede desmentirte? ¡Demasiado humillante es para un hombre la mentira y el quedar desenmascarado! ¿Me prestas tus barcas?».

«Todas, Maestro».

«¿Cuántas hacen falta, Pedro?».

«En tiempos normales son suficientes dos. Pero con el río crecido es más difícil la maniobra y hacen falta tres».

«Tómalas, pescador. Pero, ¿cómo voy a recuperarlas?».

«Ven en una. ¿No tienes hijos?».

«Tengo un hijo y dos yernos y algunos nietos».

«Dos por cada barca son suficientes para regresar».

«Vamos».

361.11 [11]El hombre llama a los otros, y, con la ayuda de Pedro, Andrés, Santiago y Juan, empujan las barcas adentro. La corriente es fuerte y trata de arrastrarlas enseguida corriente abajo. Las cuerdas que sujetan las barcas a los troncos más cercanos están tensas come las de un arco, y crujen por la tensión. Pedro mira. Mira las barcas, el río; mira y menea la cabeza y se alborota con una mano sus cabellos entrecanos; luego lanza una ojeada curiosa a Jesús.

«¿Tienes miedo, Pedro?».

«¡Hombre!... casi, casi...».

«No temas. Ten fe. Y también tú, hombre. Quien lleva a Dios y a sus enviados no debe temer. Vamos a bajar a las barcas. Yo a la primera».

El dueño de las barcas hace un gesto de resignación. Estará pensando que ha llegado la última hora para sí y para sus parientes; lo mínimo que estará pensando es que va a perder las barcas o que quién sabe dónde van a terminar.

Jesús ya está en la barca. De pie, en la proa. Bajan también los otros, a ésta o a las otras dos barcas. Queda en tierra solamente un viejecito, el ayudante quizás, que vigila las sogas.

«¿Ya?».

«Sí, ya».

«¿Preparados los remos?».

«Preparados».

«Suelta, tú, de la orilla».

El viejecito desanuda los cabos de la espiga con que formaban nudo cabe el tronco. Las barcas, a medida que van quedando libres, dan un bandazo un poco hacia el Sur en la dirección de la corriente.

Pero Jesús tiene la expresión del rostro de cuando obra milagros. No sé lo que le dice al río. Lo que sé es que la corriente casi se para (tiene sólo el movimiento lento del Jordán cuando no está crecido). Las barcas cortan el agua sin esfuerzo; es más, a una velocidad que debe asombrar al dueño de las barcas.

361.12 [12]Ya están en la otra parte. Bajan fácilmente; y la corriente, mientras están parados los remos, no intenta arrastrar hacia abajo a las barcas.

«Maestro, veo que eres verdaderamente poderoso» dice el dueño de las barcas. «Bendice a tu siervo y acuérdate de mí, que soy un pecador».

«¿Por qué poderoso?».

«¡¿Hombre, te parece poco?! ¡Has detenido la corriente impetuosa del Jordán!...».

«Josué ya hizo este milagro, y mayor aún, porque desaparecieron las aguas del río, para que pasara el Arca...».

«Y tú, hombre, has pasado a la verdadera Arca de Dios» dice Judas con su empaque.

«¡Oh, Dios Altísimo! ¡Sí, lo creo! ¡Tú eres el verdadero Mesías! El Hijo de Dios Altísimo. Voy a decir esto por ciudades y pueblos de la ribera. Voy a decir esto, lo que has hecho, lo que te he visto hacer. ¡Vuelve, Maestro! Mi pobre aldea tiene muchos enfermos. ¡Ven a curarlos!».

«Iré. Tú, mientras, predica en mi Nombre la fe y la santidad para ser gratos a Dios. Adiós, hombre. Ve en paz. Y no temas por el regreso».

«No tengo miedo. Si tuviera miedo, te habría pedido que tuvieras compasión de mi vida. Pero creo en ti y en tu bondad y voy a la otra orilla sin pedir nada. Adiós».

Vuelve a subir a la barca. Es el primero en meter la proa en el río. Y marcha seguro y veloz. Toca la orilla.

Jesús, que ha estado parado hasta que le ha visto en tierra, hace un gesto de bendición. Luego se retira hacia el camino.

El río reprende su marcha vortiginosa... Y todo termina así.

362. La misión de las "voces" en la Iglesia futura. El encuentro con la Madre y las discípulas.

16 de diciembre de 1945.

[1]Están ahora en la otra parte del Jordán y andan ligeros en dirección suroeste, orientados hacia una segunda cadena de montes — más elevada que la primera, formada por bajas colinas — pasada la cual se ve la llanura del Jordán. Por lo que comentan, comprendo que han evitado la llanura para no caer de nuevo en el limo que han dejado en la otra parte, y piensan ir a donde deben siguiendo los caminos internos, mejor mantenidos y más transitables, especialmente en tiempo de lluvia. 362.1

«¿A qué altura estaremos?» pregunta Mateo, que se orienta mal.

«Sin duda, entre Silo y Betel. Reconozco los montes» dice Tomás. «Pasamos hace poco por aquí, con Judas, que en Betel se hospedó donde algunos fariseos».

«Te podían hospedar también a ti. No quisiste venir. Pero ni yo ni ellos te dijimos: "No vengas"».

«Yo tampoco digo que me lo dijerais. Digo sólo que preferí quedarme con los discípulos que evangelizaban aquí».

Y el incidente termina. Es más, Andrés manifiesta su alegría: «Si en Betel tenemos fariseos amigos, no vendrán contra nosotros».

«Pero estamos volviendo, no estamos yendo a Jerusalén» le objetan.

«¡Tendremos que ir en todo caso para la Pascua! Y no sé cómo nos las vamos a ingeniar...».

«¡Sí, claro! ¿Por qué ha dicho que vuelve a Caná? Podían volver las mujeres, y nosotros cumplir el peregrinaje...».

«¡Está escrito que mi mujer no celebre la Pascua en Jerusalén!» exclama Pedro.

362.2 [2]Juan le consulta a Jesús, que está hablando animadamente con el Zelote: «Maestro, cómo nos las vamos a ingeniar para que nos dé tiempo a ir y volver?».

«No lo sé. Me pongo en las manos de Dios. Si nos retrasamos, no será culpa mía».

«Has hecho bien siendo prudente» dice el Zelote.

«¡Por mí habría seguido! Porque no ha llegado todavía mi hora. Esto Yo lo siento. Pero, ¿cómo habríais soportado, *vosotros*, la aventura; vosotros que de un tiempo a esta parte estáis tan... cansados?».

«Maestro... tienes razón. Parece como si un demonio hubiera espirado su aliento entre nosotros. ¡Estamos muy cambiados!».

«El hombre se cansa. Quiere las cosas rápidas. Y sueña cosas estúpidas. Cuando se percata de que el sueño es distinto de la realidad, se agita y, si no tiene buena voluntad, cede. Olvida que el Omnipotente, que hubiera podido, en un instante, hacer del Caos el Universo, lo hizo en fases ordenadas y separadas en espacios de tiempo que se han llamado días. Yo debo sacar del Caos espiritual de todo un mundo el Reino de Dios. Y lo haré. Construiré sus bases. Ya las estoy construyendo. Y debo quebrar la roca durísima, para labrar dentro de ella los cimientos que no han de derrumbarse. Vosotros levantaréis lentamente los muros. Vuestros sucesores continuarán la obra, en altura y anchura. De la misma manera que Yo moriré en la obra, vosotros también moriréis, y habrá muchos otros que morirán cruenta o incruentamente, consumidos, de todas formas, por este trabajo que requiere espíritu de inmolación, de generosidad, y lágrimas y sangre y paciencia sin medida...».

362.3 [3]Pedro introduce su cabeza entrecana entre Jesús y Juan. «¿Se puede saber qué decís?».

«¡Hombre, Simón! Ven aquí. Hablábamos de la futura Iglesia. Estaba explicando que, al contrario de vuestras prisas, cansancios, desánimos, etc. requiere calma, constancia, esfuerzo, confianza. Estaba explicando que requiere el sacrificio de *todos* sus miembros. Desde

mí, que soy su Fundador, su Cabeza mística, hasta vosotros, hasta todos los discípulos, hasta todos aquellos que lleven el nombre de cristianos y el de pertenecientes a la Iglesia universal. Y, en verdad, los que harán verdaderamente vital a la Iglesia, no pocas veces, serán los más humildes de la gran escala de las jerarquías, es decir, aquellos que parezcan simplemente "números". Verdaderamente, no pocas veces tendré que refugiarme en éstos para seguir manteniendo viva la fe y la fuerza de los colegios apostólicos que se renovarán siempre; y tendré que hacer de estos apóstoles personas atormentadas por Satanás y por los hombres envidiosos, soberbios e incrédulos. Y su martirio moral no será menos penoso que el martirio material: sí, se verán entre la voluntad activa de Dios y la voluntad mala del hombre, instrumento de Satanás, que tratará con todas las artes y violencias de presentarlos embusteros, locos, obsesos, para paralizar mi obra en ellos y los frutos de mi obra, cada uno de los cuales es un golpe victorioso contra la Bestia».

«¿Y resistirán?».

«Resistirán. Incluso sin tenerme materialmente a su lado. Deberán creer no sólo en lo que se debe creer, sino también en su secreta misión; creerla santa, creerla útil, creerla proveniente de mí. Y, mientras, en torno a ellos, Satanás, sibilante, tratará de aterrorizarlos, y el mundo gritará para escarnecerlos, y gritarán los no siempre perfectamente luminosos ministros de Dios para condenarlos. Éste es el destino de mis futuras voces. Y, con todo, no tendré otro modo de hacer reaccionar a los hombres y llevarlos al Evangelio y a Cristo. Ahora bien, como contrapartida de todo lo que les pida y les imponga y de todo lo que reciba de ellos, ¡oh, les daré eterno gozo, una gloria especial! [4]En el Cielo hay un libro cerrado. Sólo Dios puede leerlo. En 362.4
él están todas las verdades. Pero Dios alguna vez quita los sellos y despierta las verdades ya dichas a los hombres, y constriñe a un hombre, elegido para tal destino, a conocer el pasado, presente y futuro como están contenidos en el libro misterioso. ¿Habéis visto alguna vez a un hijo, el mejor de la familia, o a un alumno, el mejor de la escuela, ser convocados por el padre o el maestro para leer en un libro de adultos y para escuchar la explicación? Está al lado de su padre o de su maestro, abarcado por uno de sus brazos, mientras la otra mano, del padre o maestro, señala con el índice los renglones que quiere que lea y conozca el predilecto. Lo mismo hace Dios con sus consagrados para tal destino. Los acerca hacia sí, los tiene cogidos con su brazo, y los fuerza a leer lo que Él quiere, y a saber su significado, y luego a decirlo, y recibir a cambio burlas y dolor. Yo, el Hombre, encabezo la estirpe de los que dicen las Verdades del libro

celeste; y recibo burlas, dolor y muerte. Pero el Padre ya prepara mi Gloria. Y Yo, cuando haya subido a ella, prepararé la gloria de aquellos a quienes haya forzado a leer en el libro cerrado los puntos que quería que leyeran, y, en presencia de toda la Humanidad resucitada y de los coros angélicos, los señalaré como lo que fueron, y los invitaré a acercarse; entonces abriré los sellos del Libro que ya será inútil tener cerrado, y ellos sonreirán al verlas de nuevo escritas, al volver a leer las palabras que ya les fueran iluminadas cuando sufrían en la tierra».

362.5 [5]«¿Y los otros?» pregunta Juan, que está atentísimo a la lección.

«¿Qué otros?».

«Los otros, que como yo no han leído en la tierra aquel libro, ¿no sabrán nunca lo que dice?».

«Los bienaventurados en el Cielo, absorbidos en la Sabiduría infinita, sabrán todo».

«¿Inmediatamente? ¿Nada más morir?».

«Nada más entrar en la Vida».

«¿Pero entonces por qué en el Último Día vas a hacer ver que los llamas para conocer el Libro?».

«Porque no estarán sólo los bienaventurados viendo esto, sino toda la Humanidad. Y muchos, en la parte de los condenados, serán de aquellos que se burlaron de las voces de Dios como de voces de locos y de endemoniados, y los atormentaron por causa de aquel don suyo. Tardía pero obligada revancha concedida a estos mártires del malvado embotamiento del mundo».

«¡Qué bonito será verlo!» exclama Juan arrobado.

«Sí. Y ver a todos los fariseos amolar los dientes de rabia» dice Pedro, y se frota las manos.

«¡Yo creo que miraré sólo a Jesús y a los benditos que lean con Él el Libro!...» responde Juan con una sonrisa de niño en sus labios rojos, soñando con esa hora, perdidos sus ojos en quién sabe qué visión de luz, ahora más brillantes por un acceso de llanto emotivo que no brota pero pone esplendorosos sus iris garzos.

El Zelote le mira, también Jesús le mira. Pero Jesús no dice nada. El Zelote, sin embargo, dice: «¡Te mirarás entonces a ti mismo! Porque si entre nosotros hay uno que será "voz de Dios" en la tierra y será llamado a leer los puntos del Libro sellado, ése eres tú, Juan, predilecto de Jesús y amigo de Dios».

«¡No digas eso! Yo soy el más ignorante de todos. Soy tan negado para todo, que, si Jesús no dijera que de los niños es el Reino de Dios, pensaría que no podría nunca alcanzarlo. ¿No es verdad, Maestro, que yo valgo sólo porque soy semejante a un niño?».

«Sí, perteneces a la bienaventurada infancia. ¡Y bendito seas por ello!».

[6]Siguen andando todavía un rato; luego Pedro, que mira hacia 362.6
atrás por el camino de caravanas en que ya se encuentran, exclama: «¡Misericordiosa Providencia! ¡Aquél es el carro de las mujeres!».

Todos se vuelven. Es realmente el pesado carro de Juana. Viene tirado por dos robustos caballos al trote. Se paran para esperarle. La cubierta de cuero, enteramente echada, impide ver a las personas que vienen dentro del carro. Pero Jesús hace un gesto de que se detenga, y el conductor reacciona con una exclamación de alegría cuando ve a Jesús erguido y con el brazo levantado al borde del camino.

Mientras el hombre para a los dos caballos que venían resoplando, se asoma por la apertura del tendal el rostro flaco de Isaac: «¡El Maestro!» grita. «¡Madre, alégrate! ¡Está aquí!».

Voces de mujeres y confuso rumor de pisadas se producen en el interior del carro; pero antes de que una sola de las mujeres baje, ya han saltado al suelo Manahén, Margziam e Isaac, y corren para venerar al Maestro.

«¿Todavía aquí, Manahén?».

«Fiel a la consigna. Y ahora más que nunca, porque las mujeres tenían miedo... Pero... Te hemos obedecido porque se debe obedecer, aunque — créelo — no había nada preocupante. Sé con certeza que Pilatos ha llamado al orden a los turbulentos, diciendo que quienquiera que provoque sediciones en estos días de fiesta será castigado duramente. Creo que no es ajena a esta protección de Pilatos su mujer, y, sobre todo, las damas amigas de su mujer. En la Corte se sabe todo y nada. Pero se sabe lo suficiente...» [7]y Manahén se aparta para 362.7
ceder el sitio a María, que ha bajado del carro y ha recorrido los pocos metros de camino, trémula y emocionada toda.

Se besan, mientras las discípulas, todas, veneran al Maestro. Pero no están ni María ni Marta de Lázaro.

María susurra: «¡Cuánta congoja desde aquella noche! ¡Hijo, cómo te odian todos!» y unas lágrimas descienden siguiendo las líneas rojas que son señal en el rostro de muchas otras vertidas esos días.

«Pero ya ves que el Padre provee. ¡Así que no llores! Yo desafío con coraje a todo el odio del mundo. Pero una sola lágrima tuya me abate. ¡¡Ánimo, Madre santa!!» y, teniéndola arrimada contra sí con un brazo, se vuelve hacia las discípulas para saludarlas; y dedica palabras especiales a Juana, que ha querido regresar para acompañar a María.

«¡Maestro, no es ningún esfuerzo estar con tu Madre! María está retenida en Betania por los sufrimientos de su hermano. He venido yo. He dejado los niños a la mujer del guardián del palacio; es una

mujer buena y maternal. Y ya está también Cusa. ¡Fíjate Tú si le va a faltar algo a nuestro querido Matías, predilecto de mi marido! Pero también Cusa me dijo que partir era inútil. La medida de contención impuesta por el Procónsul le ha roto las uñas también a Herodías. Y además él, el Tetrarca, tiembla de miedo, y no tiene más que un pensamiento: vigilar para que Herodías no le destruya ante los ojos de Roma. La muerte de Juan ha echado abajo muchas cosas que estaban a favor de Herodías. Y Herodes siente también, y muy bien, que el pueblo está rebelado contra él por la muerte de Juan. La raposa intuye que el peor castigo sería perder la odiosa y humillante protección de Roma. El pueblo arremetería contra él inmediatamente. Por tanto, no dudes que no hará nada por propia iniciativa».

362.8 [8]«¡Entonces volvemos a Jerusalén! Podéis caminar tranquilos respecto a vuestra incolumidad. Vamos. Que las mujeres monten de nuevo en el carro, y con ellas Mateo y quien esté cansado. Descansaremos en Betel. Vamos».

Las mujeres obedecen. Suben con ellas Mateo y Bartolomé. Los otros prefieren seguir al carro a pie junto con Manahén, Isaac y Margziam. Y Manahén cuenta cómo ha hecho las averiguaciones para saber lo que había de verdad en la bravata del herodiano que había extendido un velo de dolor sobre el grupo tranquilo reunido en Betania en casa de Lázaro, «que sufre *mucho*» (dice Manahén).

«¿Ha ido una mujer a Betania?».

«No, Señor. Pero nosotros hace tres días que faltamos de allí. ¿Quién es?».

«Una discípula. Se la daré a Elisa, porque es joven, está sola y no tiene medios».

«Elisa está en el palacio de Juana. Quería venir. Pero está muy constipada. Ardía en deseos de verte. Decía: "¿Pero no comprendéis que mi paz está en verle?"».

362.9 «Voy a darle también una alegría con esta joven. [9]¿Y tú, Margziam, no hablas?».

«Escucho, Maestro».

«El muchacho escucha y escribe. De uno u otro requiere que le repitamos tus palabras, y escribe, escribe. ¿Pero las habremos dicho bien?» dice Isaac.

«Las miraré Yo y añadiré lo que falte en el trabajo de mi discípulo» dice Jesús acariciando el carrillo morenito de Margziam. Y pregunta: «¿Y el anciano padre? ¿Le has visto?».

«¡Sí! No me reconocía. Lloró de alegría. Pero le veremos en el Templo porque Ismael los envía. Es más, les ha dado más días este año. Tiene miedo de ti».

«¡Claro, mira tú éste! ¡Después de la bromita que le sucedió a Cananías en Sebat!» dice Pedro, y ríe.

«Pero el miedo a Dios no construye; al contrario, destruye. No es amistad. Es sólo una espera que a menudo se transforma en odio. Pero cada uno da lo que puede...».

Prosiguen el camino y los pierdo de vista.

363. En Rama, en casa de la hermana de Tomás. Jesús habla sobre la salvación. Apóstrofe a Jerusalén.

17 de diciembre de 1945.

[1]Tomás, que iba en la cola de la comitiva hablando con Manahén y Bartolomé, se separa de los compañeros y alcanza al Maestro, que va delante con Margziam e Isaac. «Maestro, dentro de poco estaremos cerca de Rama. ¿Quieres venir a bendecir al hijo de mi hermana? ¡Ella tiene muchos deseos de verte! Podremos hacer un alto allí. Hay sitio para todos. ¡Dime que sí, Señor!». 363.1

«Te complaceré, y además con alegría. Mañana entraremos en Jerusalén descansados».

«¡Oh! ¡Entonces me adelanto para avisar! ¿Me dejas ir?».

«Ve. Pero recuerda que no soy el amigo mundano. No obligues a los tuyos a un gasto grande. Trátame como "Maestro". ¿Entiendes?».

«Sí, mi Señor. Se lo diré a mi familia. ¿Vienes conmigo, Margziam?».

«Si Jesús quiere...».

«Ve, ve, hijo».

Los otros, que han visto a Tomás y a Margziam marcharse en dirección a Rama, situada un poco a la izquierda del camino que de Samaria, creo, va a Jerusalén, aceleran el paso para preguntar que qué pasa.

«Vamos a casa de la hermana de Toma. He estado en las casas de todas vuestras familias. Es justo que vaya también a su casa. Le he mandado adelante por esto».

«Entonces, con tu permiso, hoy me adelanto yo también, para sondear si no hay novedades. Cuando entres por la puerta de Damasco, si hay dificultades, estaré yo. Si no, te veo... ¿dónde, Señor?» dice Manahén.

«En Betania, Manahén. Me dirijo sin demora a casa de Lázaro. Pero dejaré a las mujeres en Jerusalén. Voy solo. Es más, te ruego que después de la pausa de hoy las escoltes a sus casas».

«Como quieras, Señor».

«Avisad al conductor que nos siga hacia Rama».

En efecto, el carro sube lentamente para ir detrás de la comitiva apostólica. Isaac y el Zelote se detienen para esperarle, mientras todos los demás toman el camino secundario que, con suave desnivel, conduce a la colina, muy baja, sobre la cual está Rama.

363.2 [2]Tomás, que no cabe dentro de sí y que aparece aún más rubicundo por la alegría que resplandece en su rostro, está a la entrada del pueblo, esperando. Corre al encuentro de Jesús: «¡Qué felicidad, Maestro! ¡Está toda mi familia! ¡Mi padre, que tantos deseos tenía de verte, mi madre, mis hermanos! ¡Qué contento estoy!». Y se pone al lado de Jesús, y va tan derecho mientras atraviesa el pueblo, que parece un conquistador en la hora del triunfo.

La casa de la hermana de Tomás está en un cruce situado hacia el este de la ciudad. Es la típica casa acomodada israelita: fachada casi sin ventanas, puerta principal herrada, con su ventanillo; por techo la terraza; los muros del jardín, altos y obscuros — por encima de los cuales sobresalen las copas de los árboles frutales —, que se prolongan por detrás de la casa.

Pero hoy la doméstica no necesita mirar por el ventanillo. La puerta está abierta de par en par. Todos los habitantes de la casa están dispuestos en orden en el atrio. Y continuamente se ven manos adultas alargarse para sujetar a un niño o a una niña del nutrido grupo de los niños, los cuales, agitados, exaltados por el anuncio, rompen continuamente filas y jerarquías, se escabullen y van a la delantera de la familia, a los sitios de honor, donde, en primera fila están los padres de Tomás, y la hermana con su marido.

Pero cuando Jesús llega al umbral de la puerta, no hay quien sujete a los rapazuelos. Parecen una nidada saliendo del nido después de una noche de descanso. Y Jesús recibe el choque de este pelotón gorjeador y primoroso que se abate contra sus rodillas y le ciñe, y que levanta las caritas en busca de besos y no se separa a pesar de las llamadas maternas o paternas, ni por algún que otro pescozón afectuoso propinado por Tomás para poner orden.

«¡Dejadlos! ¡Dejadlos! ¡Ojalá fuera todo el mundo así!» exclama Jesús, que se ha agachado para complacer a todos estos rapazuelos.

363.3 [3]Por fin puede entrar, entre saludos más reverenciales de los adultos. Pero el que me gusta especialmente es el saludo del padre de Tomás, un anciano típicamente judío, al que Jesús invita y ayuda a levantarse, y luego le besa «en señal de gratitud por la generosidad de haberle dado un apóstol».

«Dios me ha amado más que a ningún otro en Israel, porque mientras todo hebreo tiene un varón, el primogénito, consagrado al

Señor, yo tengo dos: el primero y el último; y la consagración del último es incluso mayor, porque, sin ser levita ni sacerdote, hace lo que ni siquiera el Sumo Sacerdoce hace: ve constantemente a Dios y acoge sus mandatos» dice con esa voz un poco temblorosa de los ancianos, y aún más trémula por la emoción. Y termina: «Dime sólo una cosa, para hacer dichosa mi alma. Tú, que no mientes, dime: ¿este hijo mío, por la forma en que te sigue, es digno de servirte y de merecer la Vida eterna?».

«Reposa en la paz, padre. Tu Toma tiene un gran puesto en el corazón de Dios por el modo como vive, y tendrá un gran puesto en el Cielo por la forma como habrá servido a Dios hasta el último respiro».

Tomás boquea como un pez, de la emoción por lo que está oyendo decir.

El anciano levanta sus trémulas manos, mientras dos hilos de llanto se deslizan por las incisiones de las profundas arrugas para perderse entre la barbota patriarcal, y dice: «Descienda sobre ti la * bendición de Jacob; la bendición del patriarca al más justo de sus hijos: "Te bendiga el Omnipotente con las bendiciones del cielo, que está arriba, con las bendiciones del abismo, que abajo yace, con las bendiciones de los pechos y del seno. Las bendiciones de tu padre sobrepujen las de mis padres, y, hasta que no se cumpla el anhelo de los collados eternos, desciendan sobre la cabeza de Tomás, sobre la cabeza del consagrado entre sus hermanos"».

Y todos responden: «¡Así sea!».

«Y ahora bendice Tú, Señor, a esta casa, y, sobre todo, a éstos que son sangre de mi sangre» dice el anciano señalando a los niños.

Y Jesús, abriendo los brazos, recita con voz potente la bendición mosaica, y la alarga diciendo: «Dios, en cuya presencia caminaron vuestros padres, Dios que me nutre desde mi adolescencia hasta hoy, que me ha librado de todo mal, bendiga a estos niños, lleven ellos mi Nombre y los nombres de mis padres y se multipliquen copiosamente sobre la tierra» y termina tomando de los brazos de la madre al último nacido para besarle en la frente y dice: «Y a ti desciendan, como miel y mantequilla, las virtudes selectas que vivieron en el Justo cuyo nombre te he dado, y lo hagan pingüe cual palma de dorados dátiles, adornado como cedro de regia copa, para los Cielos».

Todos los presentes están emocionados y extáticos. Pero luego un gorjeo de alegría estalla en todas las bocas y acompaña a Jesús, que

---

* *la bendición de Jacob* está en *Génesis 49, 25-26*, como observa MV en una copia mecanografiada; la sucesiva *bendición mosaica* está en *Números 6, 22-27*.

entra en la casa y no se detiene hasta llegar al patio, donde hace la presentación de su Madre, de las discípulas, apóstoles y discípulos, a los huéspedes.

363.4 [4]Ya no es por la mañana, ni mediodía. El rayo enfermo de un sol que a duras penas horada las desmadejadas nubes de un tiempo que lucha por restablecerse dice que el astro se encamina al ocaso y el día al crepúsculo.

Las mujeres ya no están, y tampoco Isaac y Manahén; Margziam sí, se ha quedado y está feliz al lado de Jesús, que sale de casa y va caminando con los apóstoles y todos los familiares varones de Tomás a ver algunas vides, que al parecer tienen un especial valor. Tanto el anciano como el cuñado de Tomás explican la posición del majuelo y la rareza de las plantas, que por ahora tienen sólo pequeñas y tiernas hojas.

Jesús, benignamente, escucha estas explicaciones, interesándose de podas y sachaduras como de las cosas más útiles del mundo. Al final dice a Tomás sonriendo: «¿Debo bendecir esta dote de tu gemela?».

«¡Mi Señor! Yo no soy Doras ni Ismael. Sé que tu respiro, tu presencia en un lugar, son ya bendición. Pero si quieres levantar tu diestra sobre estas plantas hazlo, y su fruto ciertamente será santo».

«¿Y abundante, no? ¿Tú que opinas, padre?».

«Basta que sea santo. ¡Santo basta! Y lo pisaré y te lo mandaré para la próxima Pascua. Lo usarás en el cáliz del rito».

«Está dicho. Cuento con ello. Quiero, en la próxima Pascua, consumir el vino de un verdadero israelita».

Salen de la viña para volver al pueblo.

363.5 [5]La noticia de la presencia en el pueblo de Jesús de Nazaret se ha esparcido, y todos los de Rama están en las calles, y con fervientes ganas de acercarse.

Jesús lo ve y dice a Tomás: «¿Por qué no vienen? ¿Es que tienen miedo de mí? Diles que los quiero».

¡Tomás no deja que se lo repita dos veces! Va de uno a otro corrillo, tan rápido que parece una mariposa volando de flor en flor. Y los que oyen la invitación tampoco esperan a que se lo digan dos veces. Todos se pasan la voz y, corriendo, van alrededor de Jesús; de forma que, llegados al cruce donde está la casa de Tomás, hay ya una discreta aglomeración de personas que respetuosamente habla con los apóstoles y los familiares de Tomás, preguntando esto o aquello.

Comprendo que Tomás ha trabajado mucho durante los meses de invierno, y mucho de la doctrina evangélica se conoce en el pueblo.

Pero desean una explicación más detallada, y uno, que se ha quedado muy impresionado por la bendición que Jesús ha dado a los niños de la casa que le hospeda y por cuanto ha dicho de Tomás, pregunta: «¿Entonces todos serán justos por esta bendición tuya?».

«No por la bendición. Por sus acciones. Les he dado la fuerza de la bendición para confirmarlos en sus acciones. Pero son ellos los que tienen que cumplir las acciones, y que éstas sean sólo acciones justas, para conseguir el Cielo. Yo bendigo a todos... pero no todos se salvarán en Israel».

«Es más, se salvarán muy pocos, si siguen como ahora» dice Tomás en tono de queja.

«¿Qué dices?».

«La verdad. El que persigue a Cristo y le calumnia, el que no practica lo que Él enseña, no tendrá parte en su Reino» dice Tomás con su voz fuerte.

[6]Uno le tira de la manga: «¿Es muy severo?» pregunta, señalando a Jesús. 363.6

«¡Lo contrario, demasiado bueno!».

«¿Yo? ¿Tú que opinas, que me salvaré? No estoy entre los discípulos. Pero tú sabes cómo soy y cómo he creído siempre en lo que me decías. Más no sé hacer. ¿Qué tengo que hacer, exactamente, para salvarme, además de lo que ya hago?».

«Pregúntaselo a Él. Tendrá mano más suave que la mía, y juicio más justo».

El hombre avanza hacia Jesús y dice: «Maestro, yo observo la Ley, y, desde que Tomás me repitió tus palabras, trato de ser todavía más observante. Pero soy poco generoso. Hago lo que no tengo más remedio que hacer. Me abstengo de hacer lo que no está bien porque tengo miedo del Infierno. Pero estoy apegado a mis comodidades, y... lo confieso, me las ingenio mucho para hacer las cosas sin pecar pero tampoco incomodándome demasiado a mí mismo. ¿Con esta forma de actuar me salvaré?».

«Te salvarás. Pero, ¿por qué ser avaro con el buen Dios, que tan generoso es contigo? ¿Por qué pretender para uno mismo sólo la salvación, a duras penas arrebatada, y no la gran santidad que produce inmediatamente eterna paz? ¡Ánimo, hombre! ¡Sé generoso con tu alma!».

El hombre dice humildemente: «Lo pensaré, Señor. Lo pensaré. Siento que tienes razón, y que perjudico a mi alma obligándola a una larga expiación antes de conseguir la paz».

«¡Eso es! Este pensamiento ya es un comienzo de perfeccionamiento».

363.7 [7]Otro de Rama pregunta: «¿Señor, son pocos los que se salvan?».

«Si el hombre supiera vivir con respeto hacia sí mismo y amor reverencial a Dios, todos los hombres se salvarían, como Dios desea. Pero el hombre no actúa así. Como un necio, se entretiene con el similor, en vez de coger el oro verdadero. Sed generosos en vuestro deseo del Bien. ¿Os cuesta? En eso está el mérito. Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. La otra, bien ancha y engalanada, es una seducción de Satanás para descaminaros. La del Cielo es estrecha, baja, austera, adusta. Para pasar por ella hay que ser ágiles y ligeros y no estar apegados a la pompa ni a la materialidad. Para poder pasar hay que ser espirituales. Si no, cuando llegue la hora de la muerte, no lograréis cruzarla. En verdad, se verá a muchos que tratarán de entrar, pero tan engrosados de materialidad, tan engalanados de pompas humanas, tan endurecidos por una costra de pecado, tan incapaces de agacharse a causa de la soberbia que ya es su esqueleto, que no lo lograrán. Irá entonces el Amo del Reino para cerrar la puerta, y los que estén afuera, los que no hayan podido entrar en el debido momento, desde fuera, llamarán a la puerta gritando: "¡Señor, ábrenos! ¡Estamos también nosotros aquí!". Pero Él dirá: "En verdad os digo que no os conozco, ni sé de dónde venís". Y ellos: "¿Cómo es posible? ¿No te acuerdas de nosotros? Hemos comido y bebido contigo, te hemos escuchado cuando enseñabas en nuestras plazas". Pero Él responderá: "En verdad no os reconozco. Cuanto más os miro, más os veo saciados de aquellas cosas que declaré alimento impuro. En verdad, cuanto más os escruto, más veo que no sois de mi familia. En verdad, veo ahora de quién sois hijos y súbditos: del Otro. Tenéis por padre a Satanás, por madre la Carne, por nodriza la Soberbia, por siervo el Odio, por tesoro tenéis el pecado y vuestras gemas son los vicios. En vuestro corazón está escrito "Egoísmo". Vuestras manos están manchadas de fraudes contra los hermanos. ¡Fuera de aquí! ¡Lejos de mí todos vosotros obradores de iniquidad!". Y entonces, mientras que Abraham, Isaac, Jacob y todos los profetas y justos del Reino de Dios se presentarán viniendo de lo profundo del Cielo fúlgidos de gloria, ellos, los que no tuvieron amor sino egoísmo, no sacrificio sino molicie, serán arrojados lejos, recluidos en el lugar donde el llanto es eterno y no hay sino terror. Y los resucitados gloriosos, venidos de oriente y occidente, se septentrión y mediodía, se congregarán a la mesa nupcial del Cordero, Rey del Reino de Dios. Entonces se verá que muchos que parecieron "mínimos" en el ejército de la tierra serán los primeros en la ciudadanía del Reino. Y, de la misma forma, verán que no todos los poderosos de Israel serán poderosos en el Cielo, ni todos los que Cristo eligiera para el destino de

siervos suyos habrán sabido merecer la elección para la mesa nupcial. Antes al contrario, verán que muchos, considerados "los primeros", serán no sólo los últimos, sino que no serán ni siquiera últimos. Porque muchos son los llamados, mas pocos los que de la elección saben hacerse una verdadera gloria».

[8]Mientras Jesús está hablando, al improviso llegan unos fariseos. 363.8
Forman parte de un peregrinaje que se dirige a Jerusalén, o que viene, en busca de alojamiento, de una Jerusalén saturada. Ven la concentración de gente y se acercan para ver. Pronto descubren la rubia cabeza de Jesús resplandeciente contra el fondo obscuro de la casa de Tomás.

«Dejad paso, que queremos decir unas palabras al Nazareno» irrumpen gritando.

Sin ningún entusiasmo se separa la gente. Los apóstoles ven venir hacia ellos al grupo farisaico.

«¡Maestro, paz a ti!».

«La paz a vosotros. ¿Qué queréis?».

«¿Vas a Jerusalén?».

«Como todo fiel israelita».

«¡No vayas! Te espera un peligro allí. Lo sabemos porque venimos de allá al encuentro de nuestras familias. Hemos venido a advertirte, porque hemos sabido que estabas en Rama».

«¿Quién os lo ha dicho, si es lícito preguntarlo?» dice Pedro, escamado y dispuesto a empezar una discusión.

«No es asunto de tu incumbencia, hombre. Basta con que sepas, tú que nos llamas serpientes, que hay muchas serpientes cerca del Maestro, y que deberías desconfiar de los demasiados, y de los *demasiado poderosos*, discípulos».

«¿Cómo dices! ¡No querrás insinuar que Manahén o...».

«Silencio, Pedro. Y tú, fariseo, has de saber que ningún peligro puede apartar de su deber a un fiel. Si se pierde la vida, no pasa nada. Lo grave es perder la propia alma contraviniendo a la Ley. Pero tú lo sabes, y sabes que Yo lo sé. ¿Por qué, entonces, me tientas? ¿No sabes, acaso, que sé por qué lo haces?».

«No te tiento. Te digo la verdad. Muchos de nosotros serán enemigos tuyos, pero no todos. Nosotros no te odiamos. [9]Sabemos que 363.9
Herodes te busca, y te decimos: márchate. Márchate de aquí, porque si Herodes te captura te mata seguro. Lo está deseando».

«Lo está deseando, pero no lo hará. Esto lo sé Yo. ¿Y sabéis lo que os digo?: id a decirle a esa vieja raposa que la persona que él busca está en Jerusalén. Pues vengo expulsando demonios y obrando curaciones, sin esconderme. Y lo seguiré haciendo hoy, mañana y pasado

mañana, mientras dure mi tiempo. Y es que es necesario que siga caminando hasta tocar el final. Y es necesario que hoy y luego otra vez, y otra, y otra más, entre en Jerusalén; porque no es posible que mi camino se detenga antes. Y debe cumplirse en justicia, o sea, en Jerusalén».

«El Bautista murió en otro lugar».

«Murió en santidad, y santidad quiere decir: "Jerusalén". Porque, si bien ahora Jerusalén quiere decir "Pecado", ello se refiere sólo a lo que sólo es terrestre y pronto perecerá. Yo me refiero a lo eterno y espiritual, o sea, a la Jerusalén de los Cielos. En ella, en su santidad, mueren todos los justos y los profetas. En ella moriré Yo, e inútil es vuestro deseo de inducirme al pecado. Y moriré, además, entre las colinas de Jerusalén; pero no por mano de Herodes, sino por voluntad de quien me odia más refinadamente que él, porque ve en mí al usurpador del Sacerdocio apetecido, al purificador de Israel, de todas las enfermedades que lo corrompen. No le carguéis, pues, a Herodes todo el afán de matar; tomad, más bien, cada uno vuestra parte... en efecto, el Cordero está encima de un monte al que suben por todas partes lobos y chacales, para degollarle y...».

Los fariseos huyen bajo la granizada de estas verdades que queman...

363.10 [10]Jesús los mira mientras huyen. Luego se vuelve hacia mediodía, hacia un claror más luminoso, que quizás indica la zona de Jerusalén, y, con tristeza, dice: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a tus profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como reúne el ave en el nido a sus pequeñuelos bajo sus alas, y tú no has querido! Pues bien, tu verdadero Amo dejará desierta tu Casa. Él vendrá, hará — como establece el rito — lo que deben hacer el primero y el último de Israel, y luego se marchará. Ya no permanecerá dentro de tu recinto, para purificarte con su presencia. Y te aseguro que ni tú ni tus habitantes me volveréis a ver, *en mi verdadera figura*, hasta que llegue el día en que digáis: "Bendito el que viene en nombre del Señor"... Y vosotros de Rama recordad estas palabras, y todas las otras, para no tener parte en el castigo de Dios. Sed fieles... Podéis marcharos. La paz sea con vosotros».

Y Jesús se retira a la casa de Tomás con todos los familiares de éste y con sus apóstoles.

ÍNDICE DEL VOLUMEN QUINTO

Índice del volumen quinto

Nota del Editor V

Texto unificado de los cuatro Evangelios VII

296. Llegada a Aera bajo la lluvia. 2
Curación de los enfermos que allí esperan.

297. Con el sermón de Aera termina 9
el segundo gran vije apostólico.

298. La ayuda prestada a los huerfanitos María y Matías 12
y las enseñanzas que de ella se deducen.

299. A Juana de Cusa le son confiados, 20
para su tutela, los huerfanitos María y Matías.

300. Con escribas y fariseos 25
en casa del resucitado de Naím.

301. Parábola de las frentes destronadas 32
y explicación de la parábola sobre lo no puro.

302. En Magdala, antes de mandar a todos 36
a sus respectivas familias para las Encenias.

303. Jesús donde su Madre en Nazaret. 41

304. Con Juan de Endor, Síntica 45
y Margziam. María es Madre y Maestra.

305. Jesús consuela a Margziam 47
con la parábola de los pajarillos.

306. También Simón Zelote está en Nazaret. 51
Lección sobre los daños del ocio.

307. Controversia en la casa de Nazaret 54
acerca de las culpas de los nazarenos. Lección sobre
la tendencia al pecado a pesar de la Redención.

308. Curación del hijo de Simón de Alfeo. 60
Margziam es el primero de los niños discípulos.

309. Sacrificio de Margziam por la curación 63
de una niña. Enmienda de Simón de Alfeo.

310. Con Pedro, en Nazaret, Jesús organiza 69
la partida de Juan de Endor y Síntica.

311. La renuncia de Margziam es ocasión de una lección sobre los sacrificios hechos por amor. 73

312. Jesús comunica a Juan de Endor la decisión de enviarle a Antioquía. Final del segundo año. 77

TERCER AÑO DE LA VIDA PUBLICA DE JESUS.

313. Preparativos para salir de Nazaret, después de la visita de Simón de Alfeo con su familia. Durante el tercer año, Jesús será el Justo. 88

314. La cena en la casa de Nazaret. La dolorosa partida. 95

315. El viaje hacia Yiftael y las reflexiones de Juan de Endor. 102

316. Jesús se despide de Juan de Endor y de Síntica. 107

317. La oración de Jesús por la salvación de Judas Iscariote. 111

318. En barca de Tolemaida a Tiro. 116

319. Partida de Tiro en la nave del cretense Nicomedes. 122

320. Prodigios en la nave en medio de una tempestad. 127

321. Arribo a Seleucia. Se despiden de Nicomedes. 133

322. Partida de Seleucia en un carro y llegada a Antioquía. 136

323. La visita a Antigonio. 142

324. Las pláticas de los ocho apóstoles antes de dejar Antioquía. El adiós a Juan de Endor y a Síntica. 150

325. Los ocho apóstoles se reúnen con Jesús cerca de Akcib. 161

326. Un alto en Akcib. 169

327. En los confines de Fenicia. Palabras de Jesús sobre la igualdad de los pueblos. Parabola de la levadura. 172

328. En Alejandrocena donde los hermanos de Hermiona. 176

329. En el mercado de Alejandrocena. La parábola de los obreros de la viña. 180

330. Santiago y Juan "hijos del trueno". Hacia Akcib con el pastor Anás. 193

331. La fe de la mujer cananea y otras conquistas. Llegada a Akcib. 199

332. La sufrida separación de Bartolomé, que con Felipe vuelve a unirse al Maestro. 209

333. Con los diez apóstoles hacia Sicaminón. 214

334. También Tomas y Judas Iscariote se unen de nuevo al grupo apostólico. 216

335. La falsa amistad de Ismael ben Fabí, y el hidrópico curado en sábado. 224

336. En Nazaret con cuatro apóstoles. El amor de Tomás por María Stma. 237

337. El sábado en Corazín. Parábola sobre los corazones imposibles de labrar. Curación de una mujer encorvada. 241

338. Judas Iscariote pierde el poder de milagros. La parábola del cultivador. 245

339. La noche pecaminosa de Judas Iscariote. 251

340. El enmendamiento de Judas Iscariote y el choque con los rabíes junto al sepulcro de Hil.lel. 256

341. La mano herida de Jesús. Curación de un sordomudo en los confines sirofenicios. 263

342. En Quedes. Los fariseos piden un signo. La profecía de Habacuc. 267

343. La levadura de los fariseos. El Hijo del hombre. El primado a Simón Pedro. 277

344. Encuentro con los discípulos en Cesarea de Filipo y explicación de la señal de Jonás. 283

345. Milagro en el castillo de Cesarea Paneas. 290

346. Primer anuncio de la Pasión y reprensión a Simón Pedro. 294

347. En Betsaida. Profecía sobre el martirio de los Apóstoles y curación de un ciego. 303

348. Manahén da algunas noticias acerca de Herodes Antipas, y desde Cafarnaúm va con Jesús a Nazaret. Revelación de las transfiguraciones de la Virgen. 307

349. La Transfiguración en el monte Tabor y el epiléptico curado al pie del monte. Un comentario para los predilectos. 319

350. Lección a los discípulos sobre el poder de vencer a los demonios. 330

351. El tributo al Templo pagado con la moneda hallada en la boca del pez. 332

352. Un convertido de María de Magdala. Parábola para el pequeño Benjamín y lección sobre quién es grande en el reino de los Cielos. 336

353. La segunda multiplicación de los panes y el milagro de la multiplicación de la Palabra. 349

354. Jesús habla sobre el Pan del Cielo en la sinagoga de Cafarnaúm. 352

355. El nuevo discípulo Nicolái de Antioquía y el segundo anuncio de la Pasión. 365

356. Hacia Gadara. Las herejías de Judas Iscariote y las renuncias de Juan, que quiere sólo amar. 371

357. Juan y las culpas de Judas Iscariote. Los fariseos y la cuestión del divorcio. 377

358. En Pel.la. El jovencito Yaia y la madre de Marcos de Josías. 387

359. En la cabaña de Matías cerca de Yabés Galaad. 396

360. El malhumor de los apóstoles y el descanso en una gruta. El encuentro con Rosa de Jericó. 403

361. Los dos injertos que transformarán a los apóstoles. María de Magdala advierte a Jesús de un peligro. Milagro ante la riada del Jordán. 415

362. La misión de las "voces" en la Iglesia futura. El encuentro con la Madre y las discípulas. 425

363. En Rama, en casa de la hermana de Tomás. Jesús habla sobre la salvación. Apóstrofe a Jerusalén. 431